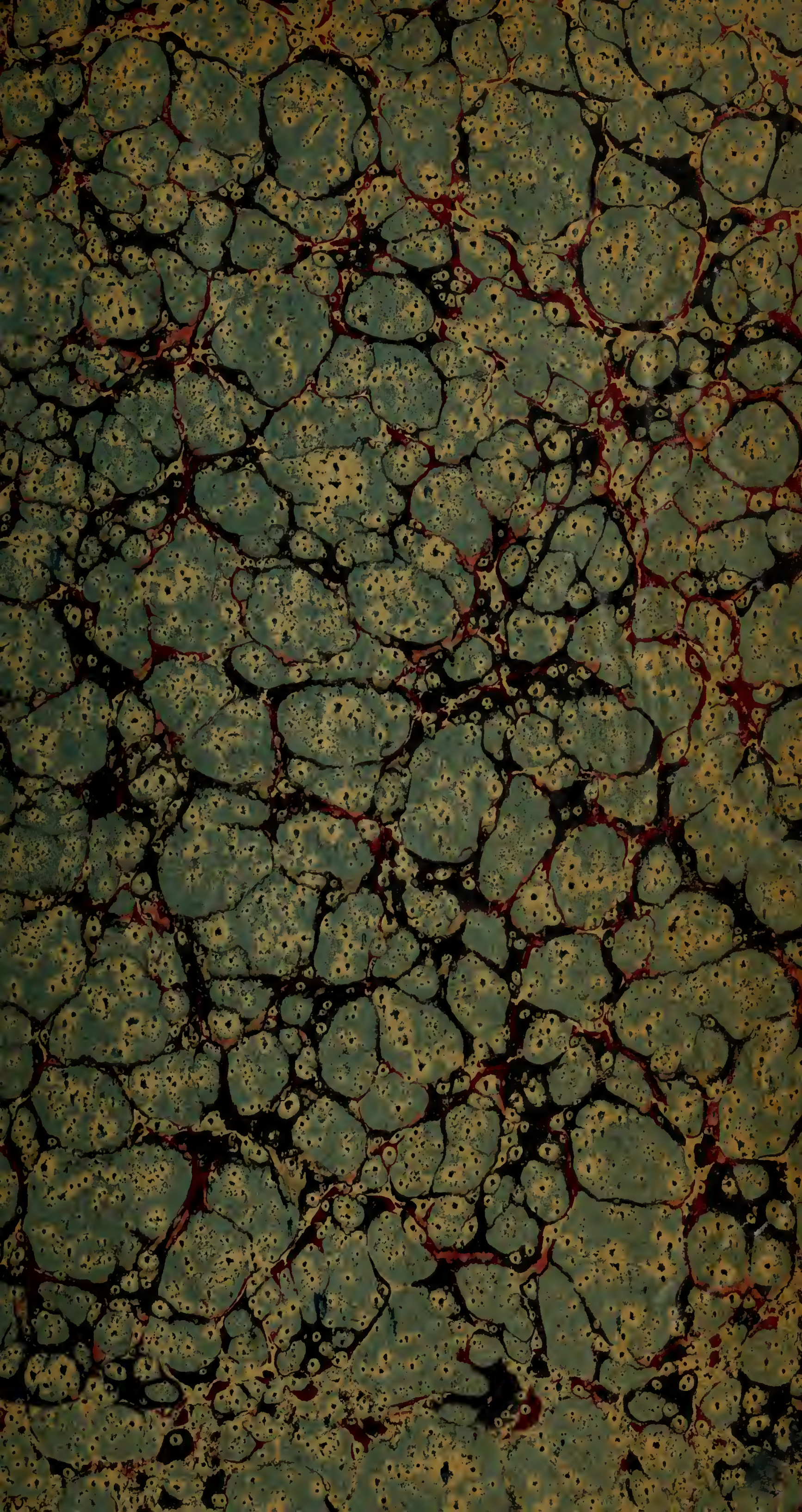

3 1761 09545940 0





COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XXX.

OBRAS

DE

D. F. MARTINEZ DE LA ROSA.

TOMO III.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.



Hernan Perez del Pulgar.

OBRAS COMPLETAS

DE D. FRANCISCO

MARTINEZ DE LA ROSA.

TOMO TERCERO.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

DOÑA ISABEL DE SOLIS.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

Nº 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS,

Y STASSIN Y XAVIER, 9, CALLE DU COQ.

SE VENDE TAMBIEN POR AMYOT, CALLE DE LA PAIX; TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS;
TH. BARROIS, QUAI VOLTAIRE; LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG;
Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE.

1844.

HERNAN

PEREZ DEL PULGAR

BOSQUEJO HISTÓRICO

CON

LAS HAZAÑAS DEL GRAN CAPITAN.

DOÑA ISABEL DE SOLIS

REINA DE GRANADA,

NOVELA HISTÓRICA.

POR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

Nº 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS,

Y STASSIN Y XAVIER, 9, CALLE DU COQ.

SE VENDE TAMBIEN POR AMYOT, CALLE DE LA PAIX; TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS;

TH. BARROIS, QUAI VOLTAIRE; LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG;

Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE.

1844.

ADVERTENCIA.

Este bosquejo histórico, que lleva por título el nombre de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, contiene un breve resúmen de la vida y proezas de aquel esclarecido varon, que no ha alcanzado hasta ahora, al menos que yo sepa, la fama y nombradía de que se hizo merecedor; debiendo confesar por mi parte, aunque con rubor lo confiese, que cuando de vuelta estos últimos años á mi patria, ví representar en el teatro de Granada, con el gozo que excitan los recuerdos de la niñez, la toma de aquella ciudad y el *Triunfo del Ave María;* cuando ví aparecer en la escena á Hernando del Pulgar, penetrar en el seno de una capital enemiga, y pegar fuego con una hacha encendida á mezquitas y plazas, saliendo sano y salvo de entre la confusion y el tumulto, aplaudí con buen ánimo el celo del poeta en presentar á la vista del público hechos tan portentosos para realzar la gloria castellana; pero me quedó el escozor de que fuesen parto de su inventiva, contando sobradamente con la indulgencia de los espectadores.

Sospeché no obstante que tal vez aquel hecho, aunque abultado con ficciones y fábulas, tendria algun fundamento de verdad; confirmándome en ello lo que en la propia comedia se expresaba, y de que habia quedado en Granada una confusa tradicion; á saber: que el mismo Hernando del Pulgar por premio y galardon de sus servicios habia pedido á los reyes católicos *los molinos del reino de Fez.* Imposible me parecia que una especie tan singular y peregrina fuese mera invencion; y como que advertia en aquella generosa propuesta el sello de la nobleza y altivez castellana en aquellos venturosos tiempos, de que no queda sino amarga memoria.

Por salir de una vez de mis dudas é incertidumbre, rogué al actual marqués del Salar, poseedor de la casa de los Pulgares, que me franquease su archivo: hízolo de buen grado, y apenas satisfice mi curiosidad, y saqué varios materiales para otra obra que traigo entre manos, creció en mí la codicia y afan de beneficiar aquella mina.

Varios y muy preciosos fueron los documentos que encontré en dicho archivo, y por lo mismo me dolió mas la falta de otros, no menos importantes, sin los cuales no era posible bosquejar el retrato de tan gran caudillo. Resuelto sin embargo á no desistir de mi intento, y antes bien aguijoneado por las mismas dificultades, registré con esmero antiguas crónicas y anales para ver la luz que arrojaban acerca de los hechos de

Hernando del Pulgar; y habiéndome trasladado á la corte, aproveché la ocasion que se me presentaba de solicitar documentos de algunas secretarías y archivos, y de buscar en las academias y bibliotecas las noticias que tanto anhelaba.

Quiso la buena suerte que dí al cabo con una obra compuesta por el mismo Pulgar, *el de las hazañas*, curiosa por el nombre del autor y por el héroe que en ella se ensalza (el famoso Gonzalo de Córdoba); y siendo muy escasas las noticias queacerca de dicha obra se tienen comunmente, y rarísimos los ejemplares de ella, me he decidido á reimprimirla por entero como un monumento histórico que no debe yacer en olvido.

Con no menos diligencia, aunque no con tan buena dicha, rastreé el paradero de una historia M. S., en que se trataba de propósito de la vida y hazañas de Hernando del Pulgar; obra tanto mas apreciable, cuanto parece que tuvo por autores á dos parientes de aquel caudillo, y que probablemente tendrian á la mano documentos de la casa, que ya no existen. Mas no habiéndose hallado ni en Granada ni en Loja aquel precioso M. S., me ha sido forzoso contentarme con las noticias que de él se sacaron para trasladarlas á otra obra, que en razon de esta circunstancia adquiere mayor crédito [1].

Por estas breves indicaciones es fácil venir en conocimiento de que no ha estado á mi alcance escribir, cual fuera de desear, la vida del ilustre caudillo, satisfaciendo plenamente mi propio anhelo y la curiosidad de los lectores; y que harto tiempo y trabajo ha sido menester para rebuscar aquí y allí datos y noticias, coordinar materiales, y presentar la imágen del insigne guerrero, ya que no completa, bastantemente parecida.

Su nombre, sus hazañas, sus singulares prendas, la patria en que vivió, aquella edad tan fecunda en portentos, convidaban naturalmente á dar al estilo y al lenguage de esta obra cierta gala y lozanía, que no consintiera tal vez asunto mas severo; y me ha parecido, no sé si con razon, que podia bosquejarse el retrato de un héroe de aquel temple con vivos colores y matices, que lejos de desfigurarle, contribuyesen á darle realce, movimiento, vida.

[1] Titúlase esta obra *Historia de la casa de Herrasti*, escrita por don Juan Francisco Perez de Herrasti, octavo señor de dicha casa, etc. Imprimióse en Granada, año de 1750. En esta obra se dice lo siguiente: «Hernan Perez del Pulgar y Osorio, señor de la casa de Pulgar, llamado *el de las hazañas* por las muchas que obró en la conquista del reino de Granada, de que hay escrito un libro entero (autores don Martin de Angulo y Pulgar, y don Gerónimo Sandoval: es M. S., y su fecha en Loja, año de 1550): y referirlas aquí todas, fuera asunto prolijo, aunque no dejaremos de tocar tal cual suceso.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR,

EL DE LAS HAZAÑAS.

« É porque es cosa justa é muy razonable á los que las semejantes cosas facen de les gratificar é memorar, en tal manera que otros viendo aquello trabajen de hacer semejantes autos de virtud y hazañas..... » Asi se expresaba el señor rey don Carlos Iº, al conceder á Hernan Perez del Pulgar singulares honras y mercedes [1]; y si en todos tiempos y lugares se tuvo por loable costumbre perpetuar la fama de los claros varones, aun mas provechoso deberá serlo hoy dia, en que enflaquecidos los ánimos y deslustrada la gloria castellana, urge desenterrar del polvo la memoria de antiguos hechos, para que nos sirvan de estímulo y de ejemplo, ó al menos de castigo, sacándonos las colores al rostro.

Entre los muchos héroes con que se honra España, pocos habrá habido que llevasen á cabo tan grandes empresas y de fama tan pura y sin mancilla como Hernan Perez del Pulgar, cuya vida nos proponemos bosquejar en este estrecho cuadro; y pocos hay tambien de quien se tengan mas escasas noticias, no solo en naciones extrañas, donde apenas ha llegado el eco de su nombre, sino dentro de los términos de España, que ilustró con sus hechos.

Dos circunstancias singulares han contribuido, mal pecado, á que no alcance tan esclarecido varon la fama que merece : por un extraño acaso hubo en su mismo tiempo y en el ejército de los reyes católicos, y en el cerco y conquista de Granada, otro caballero del propio nombre, si ya distinto en edad, en calidad y estado; y no ha faltado quien confunda á Hernando del Pulgar, el cronista, con Hernando del Pulgar, el guerrero [2]. En vano sus mismos compañeros de armas, testigos de sus proezas y exentos de ruin envidia y pasiones villanas, le dieron por sobrenombre *el de las hazañas*, para que en el trascurso de los siglos no pudiera confundirse con otro : casi ha llegado á ponerse en duda si tal vez ha existido.

[1] Real cédula expedida por el emperador Cárlos V, en la ciudad de Granada á 29 de setiembre del año de 1526, que se conserva *original* en el archivo de la casa de los Pulgares. (Véanse los documentos del Apéndice.)

[2] Acerca de la diferencia de uno y otro Pulgar, véanse los apuntes contenidos en el Apéndice.

La misma grandeza de sus hechos, que mas parecen propios de añejas cántigas y leyendas, para solaz y esparcimiento de la fantasía, que dignos de cautivar la admiracion en anales é historias, ha contribuido tambien en daño del que acometió tamañas empresas, que su posteridad bastardeada apenas las juzga posibles.

Acostumbrados á mirar como fabulosas las hazañas del caudillo griego, que ha debido su fama al sublime genio de un poeta; recelosos y desconfiados al oir en nuestros cantares las proezas de Bernardo y del Cid, abultadas por el tiempo y por la distancia, como que nos cuesta trabajo dar crédito á lo que de Hernando del Pulgar nos refieren los romances y las comedias, mas veraces en este punto que la misma historia.

Y para que no se imagine que nos deslumbra el brillo de su nombre, ó que tal vez miramos con sobrada aficion y apego lo que vamos á sacar á la luz del dia (como por lo comun acontece á los que escavan la tierra, para desenterrar antiguos monumentos), cuidaremos de no asentar sino hechos verdaderos, auténticos, confirmados con tales pruebas y testimonios, que la crítica mas suspicaz y descontentadiza no pueda negarles asenso.

Nació Hernan Perez del Pulgar, apellidado despues *el de las hazañas*, en Ciudad Real, provincia de la Mancha, el martes 27 de julio del año de 1451 [1]; pudiéndose gloriar de tan noble cuna como que por el lado paterno descendia de un antiguo solar de Asturias, en el lugar de la Cortina, concejo de Lena, donde era tenido su linage por uno de los buenos entre los mejores [2]; y por el costado materno de la esclarecida estirpe de los Osorios, pues no menos

[1] En ninguno de los documentos existentes en el archivo de la casa del Salar, ni en los demas que el autor ha tenido á mano, se halla indicado el pueblo ni menos el año ó el dia en que nació Hernando del Pulgar; y solo me parecia probable que hubiese nacido en la Mancha, atendiendo á que su padre se casó en Ocaña y murió en Ciudad Real. En este último pueblo no se ha hallado tampoco rastro de tal nacimiento, ni aun de semejante familia por el trastorno de los tiempos; mas registrando una obra impresa en Granada (*Historia de la casa de Herrasti*), escrita por un caballero muy principal, emparentado con la familia de los Pulgares, y que consultaria probablemente los documentos de su casa, se ha venido en conocimiento de lo que con tanto anhelo se buscaba.

[2] « Consta ser público y notorio que la casa y solar del Pulgar está en el principado de Asturias, en el valle de Guerna, en el lugar de la Cortina, que es del concejo de Lena; y que es de los mas ilustres y nobles que hay en dicho concejo y principado, cuyos poseedores siempre han sido reconocidos y estimados por caballeros y principales señores, etc. » (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos, servicios, etc.*, de esta casa: se hizo á peticion de Juan Hernando Perez del Pulgar, señor del Salar, por los años de 1673, y con vista de los *documentos originales* del archivo donde se custodia el *testimonio impreso.*) En el archivo antiguo del lugar de la Cortina, concejo de Lena, se hallaron en el padron de la moneda forera unos renglones que decian asi:

Gonzalo Pulgar, hijo-dalgo.

Pedro Pulgar, su hermano, hijo-dalgo.

(Es de advertir que ambos vivieron en el siglo XIV.) Los señores de esta casa en Asturias eran patronos del patronazgo que llaman el *Albergueria*, en el lugar de Rios, al pie del puerto de la Cubilla; en el que daban sustento á pobres pasageros,

que su propia madre, doña Constanza García y Osorio, era hija del comendador de Socobos y nieta del marques de Astorga [1].

Poco ó nada se sabe de la infancia y adolescencia de Hernando del Pulgar; como si le hubiese cabido en suerte que no constase de su vida sino sus hechos mas notables, quedando sepultado en el olvido su principio y su término. Solo puede conjeturarse que nacido en un siglo en que por todas partes despuntaba el amor al saber, y cuando los caballeros de Castilla manejaban con no menor destreza la pluma que la lanza, recibiria probablemente una educacion esmerada, á gusto y sabor de aquellos tiempos, y como á tal persona convenia. De lo cual ofrece no pequeño indicio el haber subsistido hasta el dia de hoy un libro en letra antigua, *escrito del propio puño de Pulgar, el de las hazañas* (como en su cubierta se expresa, y custodiado como tal en el mismo archivo de su casa [2]); en cuyo libro se contienen máximas y preceptos morales y retazos de historia, asemejándose no poco en su estilo y contexto á otros libros manuscritos de aquella época, en que tal afan habia por las obras de antiguos filósofos, buscando tesoros de doctrina en las ruinas de Grecia y de Roma.

Aun mas claramente se echa de ver la noble aficion de Pulgar á estudiar los sublimes modelos que aquellas naciones le ofrecian, cuando se advierte con cuanta satisfaccion alude á ellos en el breve resúmen histórico que dió á la estampa, y del cual se hará despues mencion; siendo, en mi juicio, harto mas que probable, que ha-

lumbre y heno para camas; y los que los asistian eran libres de pechos reales y concejiles, por privilegios muy antiguos. (*Historia de la casa de Herrasti.*)

[1] « Rodrigo del Pulgar casó en Ocaña con doña Constanza García Osorio, hija de Lope Alvarez Osorio, comendador de Socobos y Trece de Santiago. » (*Historia genealógica de la casa de Lara*, por don Luis de Salazar y Castro, lib. 14, fol. 746.) Han sido vanas las investigaciones hechas en Ocaña, para sacar alguna luz acerca de dicho casamiento; y solo se han hallado pruebas de haber existido antiguamente en aquella ciudad una ilustre familia de Osorios, enlazada con otras no menos esclarecidas. Pero en el siglo XVII quedaban todavia documentos y pruebas concernientes á este propósito: « Consta por una informacion hecha en Ocaña, ante Julian García, escribano del número de ella, en 11 de abril de 1636, que casó (Rodrigo del Pulgar, padre de Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*) con doña Constanza García Osorio y Cárdenas, hija de Lope Alvaréz Osorio, comendador de Socobos y Trece de la órden de Santiago, y de doña Constanza de Cárdenas, su muger, hermana entera de Garci Lopez de Cárdenas, comendador mayor de Leon, progenitor de los condes de la Puebla, del maestre y de los duques de Maqueda. Y el Lopez Alvarez Osorio era hijo de Juan Alvarez Osorio, progenitor de los marqueses de Astorga. » (*Historia de la casa de Herrasti.*) « Lope Alvarez Osorio (dice Lope de Haro en *su Nobiliario*) fue *el primer caballero de esta casa y linage que hallamos haber poblado en la villa de Ocaña*, que por algunas relaciones manuscritas parece haber sido hijo del marques de Astorga, y segun otro hermano, aunque en ellas no se hace memoria de cual de los marqueses de esta casa fue el hijo; pero por el tiempo parece haberlo sido de don Alvaro Perez Osorio, el primero marques de esta casa: fue caballero del hábito de Santiago y comendador de Socobos y Trece de la órden. » (*Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, tom. 1°, lib. 4°, fol. 297.)

[2] Legajo 2°, núm. 19.

biendo nacido dotado de imaginacion fogosa y de corazon altivo y magnánimo, el ejemplo de los héroes de la antigüedad, cuya virtud y grandeza admiraba, despertaria desde muy temprano en su pecho el ardiente deseo de imitarlos.

Pero el mejor doctrinal y espejo para el mozo Pulgar debieron ser los hechos y costumbres de sus pasados, leales á sus monarcas, celosos del procomunal, apercibidos siempre y dispuestos á derramar su sangre en defensa de la religion y de la patria. Ya desde muy antiguo, como nacidos en la cuna de la libertad castellana, habian merecido por ello mucha estima y renombre [1]; siendo tal el aliento y constancia que distinguian á los de aquella estirpe (cual si se trasmitiesen de padres á hijos con la propia sangre), que tenian por escudo y blason un guerrero armado de punta en blanco, empujando con su espada el muro de una torre, y en derredor este orgulloso lema, de quien seguro de su esfuerzo desafía á la fortuna: *El pulgar quebrar y no doblar.*

De la misma boca de su padre oia embebecido el mancebo los claros hechos de sus mayores: y quien viera á aquel anciana, mal recobrado sus heridas, y previendo con ánimo tranquilo que le iban á arrastrar al sepulcro, referir á su hijo las hazañas de sus abuelos; quien contemplára al jóven Hernando, pendiente de los labios del padre, enternecerse, retemblar, demudarse, sin poder contener dentro del pecho sus generosos ímpetus, bien pudiera prever desde entonces que aquel gallardo mozo estaba destinado á realzar el lustre y esplendor de su casa.

Oia sobre todo con especial ahinco, si ya con visos de emulacion honrosa, las hazañas de su bisabuelo Hernando del Pulgar, que llevó cabalmente su nombre, doncel del señor ey don Juan el I, y que si bien compartió la escasa fortuna de aquel príncipe en lides y batallas, ganó para sí fama y renombre en la guerra contra Portugal [2].

[1] El mas antiguo ascendiente de esta casa, de que se tiene auténtica noticia, es «*Pedro del Pulgar*, que nació año de 1321, en el reinado del señor don Alonso XI; fue caudillo en muchas empresas militares, y murió en Campomanes año de 1376. Casó en dicho principado con Maria Diez de la Cortina, de quien tuvo dos hijos.» (*Historia de la casa de Herrasti.*)

En la casa de los marqueses del Salar se conserva un antiguo cuadro, que probablemente es copia de otro mas antiguo, y en el que está retratado un guerrero de hermoso gesto y gallarda presencia, el cabello hasta el hombro y la barba crecida, con armadura de hierro y una banda encarnada, que le cae del hombro izquierdo y le cruza por el pecho, anudada luego con un lazo. En la mano derecha tiene un baston corto de mando, tachonado de oro sobre color rojo; y la mano izquierda apoyada en un casco que está colocado sobre un bufete. En dicho cuadro se lee este letrero: «El señor Pedro del Pulgar, señor y caballero de la casa, torre y castillo del Pulgar, sita en el lugar de la Cortina, principado de Asturias. Nació en dicha casa, año de 1321, habiendo hecho muchas y gloriosas acciones militares, siendo caudillo en las mas de ellas: murió en Campomanes el año de...» (Lo demas no puede leerse.)

[2] «*Fernando del Pulgar*, doncel del rey don Juan el I, hijo segundo de *Pedro del Pulgar*, señor de esta casa en Santa María de Telledo, concejo de Lena

Con no menor esfuerzo, y al principio con mas próspera suerte, peleó largos años Pedro del Pulgar, hijo de aquel guerrero, señalándose en reencuentros y asaltos, en la toma de ciudades y villas; hallando al fin gloriosa muerte en el mismo campo de batalla [1].

« ¡ Dichoso mil veces mi padre (decia con lágrimas en los ojos el buen Rodrigo Perez del Pulgar á su hijo) ! murió á manos de infieles, peleando contra los enemigos de su religion y de su patria..... Dios le llevó á su gloria. Aquel, Hernando mio, aquel sí que era un noble; pundonoroso y liberal, tan valiente como cortés, su palabra valia por mil juramentos, y su espada estaba siempre pronta en favor del menesteroso y desvalido..... Mil veces me lo repitió en sus postreros años; que no parecia sino que el corazon le pronosticaba nuestras desventuras : aciagos tiempos te han cabido en suerte, hijo mio, y no verás en Castilla sino alteraciones y escándalos..... Pero cuenta, Rodrigo, con empañar tu fama; sé siempre fiel al rey y celoso del bien de tu patria; que si el cielo te depara desdichas, quien estuvo lejos de merecerlas bendice la mano de Dios, y las sobrelleva con buen ánimo ! »

« Asi me decia mi buen padre (proseguia el anciano), que me parece ahora mismo que estoy oyendo sus palabras; y bien hube menester, hijo mio, no borrarlas de la memoria, cuando vi cundir en Castilla la llama de la guerra civil y abrasarlo todo y consumirlo..... Yo he visto con mis propios ojos (grima me da el pensarlo) pelear deudos contra deudos, hermanos contra hermanos, padres contra hijos; y habiendo guerreado contra los enemigos de la fé hasta en la misma vega de Granada, fue tal mi mala suerte, que escapé salvo de tantos peligros, para verter mi sangre á manos de Españoles..... Dios los perdone, hijo mio, y te libre á tí de tamaña desdicha [2] ! »

en Asturias; casó con María de Cienfuegos. » (*Historia y genealogía de la casa de Lara*, lib. 14, fol. 746.)

« *Fernando del Pulgar*, doncel del señor rey don Juan el I°, y muy valeroso soldado : hallóse en el sitio de Almeida, año de 1381, y el de 1385 en la batalla de Aljubarrota, donde recibió muchas heridas, de que quedó entre los muertos : y el año de 1397 fue teniente de Diego Hurtado de Mendoza, y capitan de una de las cinco galeras que gobernaba en contraposicion de las de Portugal, las que desbarataron. Habia nacido en Asturias, en la Cortina, concejo de Lena, donde casó con María de Cienfuegos y Quirós, casa de honores, etc. » (*Historia de la casa de Herrasti.*)

[1] « *Pedro del Pulgar*, que sirvió y se halló en l batalla que se dió á los Moros cerca de los Collejares, año de 1406, y en la toma de Pruna y en la de Antequera; y en un reencuentro sobre Cambil le mataron, el de 1431. Casó en Ciudad Real con doña Juana Martinez de Poblete, en quien tuvo á Rodrigo del Pulgar. » (*Historia de la casa de Herrasti.*)

[2] « *Rodrigo del Pulgar y Poblete*, hijo mayor de Pedro del Pulgar, sirvió valerosamente; y siguiendo la parte del rey don Enrique IV se halló en la batalla de Olmedo, y en las talas que se hicieron en la vega de Granada, los años de 1454, 55 y 56, y en la defensa de Ciudad Real, cuando la invasion del maestre de Calatrava, año de 1475, quedó muy mal heridó, de lo que le resultó su muerte. » (*Testimonio*

Ni una sola vez pudo proseguir el anciano, al recordar cómo habia sido herido en la defensa de Ciudad Real, cuando la acometida del maestre de Calatrava [1]; mas como advirtiese el buen viejo que su hijo Hernando se afligia, procuraba serenar el rostro, y estrechando su diestra con la suya (como del padre del Cid nos lo refieren) : « Esta, hijo mio, no blandirá la lanza sino contra los enemigos de Dios y de tu patria; mas cuenta no lo olvides (y le apretaba la mano con mas fuerza), ya sabes el blason de los tuyos : *El pulgar quebrar y no doblar.* »

No respondia el mancebo, ni menos daba muestras de dolor ó flaqueza; antes bien besaba humilde la mano de su padre, y le pedia su bendicion, seguro de llevar con ella la del cielo. Y acostumbrando el cuerpo á la intemperie y los trabajos, acreciendo las fuerzas con el rudo ejercicio de la caza, y llevando sobre sí las pesadas armas (que apenas con afan y sobrealiento pudiéramos nosotros levantar de la tierra), fue adquiriendo aquel temple y vigor que habia de ostentar algun dia.

Aun era mozo Hernando cuando lloró la muerte de su padre:

judicial de la ascendencia, hechos y servicios, etc., de la casa del Pulgar. *Historia de la casa de Herrasti.*)

[1] No hay mas dato para venir en conocimiento de cual fue esta acometida contra Ciudad Real, de cuyas resultas quedó herido el padre de Hernan Perez del Pulgar, que saberse que se verificó el año de 1475, y que iba por caudillo de los que embistieron la villa el maestre de Calatrava. Habiendo muerto el maestre de dicha órden don Pedro Giron por los años de 1466, es evidente que al que aquí se alude fue su hijo don Rodrigo Tellez Giron, que le sucedió en aquel cargo, y que luego murió de una saetada con yerba en el real sobre Loja, á 13 de julio de 1482. (*Apuntes breves del reinado de los señores reyes católicos don Fernando y doña Isabel*, por el doctor don Lorenzo Galindez y Carvajal. M. S. existente en la real academia de la Historia.)

Debió de verificarse la acometida de Ciudad Real con motivo de los bandos y parcialidades que se encendieron en el reino, cuando se disputó la sucesion á la corona por muerte de don Henrique IV, acaecida en los postreros del año de 1474. Algunos grandes y señores tomaron la parte de doña Juana, llamada vulgarmente *la Beltraneja.* « É los primeros que se mostraron é manifestaron por la dicha doncella doña Juana (dice un escritor contemporáneo, digno de mucho crédito *) fueron el marques de Villena, don Diego Pacheco, que la tuvo en su poder, é sus primos *el maestre de Calatrava don Rodrigo Giron*, é su hermano don Alonso Tellez Giron, conde de Ureña, hijos del maestre de Calatrava don Pedro Giron, etc. » Entre los caballeros que siguieron en aquella guerra el bando de los reyes católicos, cita el mismo historiador « *la gente del marques de Astorga*, que tenia en administracion don Luis Osorio, capitan que despues fue é guarda de la ciudad de Alhama é despues obispo de Jaen, que era tutor del marques de Astorga, que era niño. » Aparece pues, como sumamente probable, que el maestre de Calatrava acometeria á Ciudad Real (siguiendo la antigua enemiga entre dicho pueblo y la mencionada órden), y que Rodrigo del Pulgar, casado con doña *Constanza Osorio*, y enlazado con tan ilustre casa, seguiria el mismo bando y concurriria á la defensa de Ciudad Real, declarada á favor de los reyes católicos.

* *Historia de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel*, escrita por el bachiller Andres Bernaldes, cura que fue de la villa de los Palacios. (M. S. existente en la biblioteca de la Historia.)

buen caballero, á la antigua usanza de Castilla, y de tantas y aventajadas partes, que fuera aun mayor su renombre, si tan en breve no le eclipsara el hijo. Pues decir la pena y amargura con que lamentó este aquella dolorosa pérdida, sin que nada bastase á consolarle, seria cosa no menos árdua que enojosa; habiendo tenido la buena dicha, para que no acabase el dolor de quebrantar su ánimo, de que muy luego le sacase de su postracion y desaliento el sordo rumor de las armas.

Habia nacido Hernando del Pulgar en tan buena sazon y coyuntura, que le duraba, al llegar á la edad viril, el horror que despertáran en su ánimo las revueltas y discordias civiles, cuando exhaustos los pueblos, desmandados los nobles, el trono mal seguro, se desgarraba el reino con sus propias manos; y al mismo tiempo en que se miró huérfano, dueño de mediana fortuna y cabecera de su ilustre casa, vió Pulgar que se iba despejando el cielo de Castilla, y que las prendas y virtudes de la reina doña Isabel presagiaban largos dias de prosperidad y de gloria.

Anublóse no obstante la comun alegría, cuando apenas asentada en el solio aquella esclarecida princesa; se amontonaron en derredor tantas y tan recias tormentas, hasta el punto de renacer en la propia tierra antiguas parcialidades y bandos, de traspasar huestes extrañas los opuestos confines del reino, y de disputarse la corona á punta de lanza en el mismo corazon de Castilla.

Entonces fue cuando por primera vez salió Hernando del Pulgar á probar en el campo sus armas; y con tan buen éxito hubo de hacerlo, que sin mas recomendacion que su espada, y cuando apenas entre tanta muchedumbre de guerreros se distinguian los capitanes mas esforzados, logró un simple escudero llamar la atencion de los reyes, que fáciles y prontos á galardonar el merecimiento, le nombraron *continuo de su casa* [1].

Pasó la avenida de males que amenazaba sumergir el reino: volvió el Frances vencido á encerrarse en sus límites; reconoció Portugal, tras uno y otro escarmiento, á la Reina proclamada en Castilla; allanáronse poco á poco los ánimos soliviantados; y comenzó la potestad real á recobrar su robustez y fuerzas, cifrando su salud en las leyes. Con lo cual alejado uno y otro peligro, tornó Pulgar á sus hogares, honrado y satisfecho, atento siempre el oido y la mano en la espada, para acorrer al punto que oyese la voz de sus reyes.

Poco tiempo habia trascurrido, cuando causó en toda España no

[1] « El famoso Hernando del Pulgar, primer señor del Salar, *caballero continuo de la casa real*, y á quien llamaron *el de las hazañas* por las heroicidades que ejecutó en la conquista do Granada. » (*Historia de la casa de Lara*, etc., lib. 14, fol. 743.) « Y que sirvió con grande aprobacion de valiente guerrero *en la guerra de Portugal*, *donde se le hizo dicha merced de continuo*, etc. » (*Testim. judicial de la ascendencia*, *hechos*, etc., *de la casa de Pulgar*.) En el archivo de Simancas, en un libro titulado: *Continuos* del año de 481 en adelante, se halla la partida setenta de los continuos que dice: *Fernando del Pulgar, cuarenta mil maravedis.*

menos sentimiento que escándalo el que hubiesen quebrantado los Moros las asentadas treguas, tomando de rebato á Zahara, y poniendo á hierro y fuego casas y moradores [1]. Increible parecia que los que no habia muchos años vieron talar sus campos, casi á las mismas puertas de Granada, y hubieron de comprar con vil precio la paz que demandaban, ostentasen ahora tanta avilantez y descuello, que provocasen de propósito las armas de Castilla. Mas asi que se tuvo certeza del lamentable acontecimiento, y que la voz y fama abultó sus horrores, sonó por todo el ámbito del reino un grito de sorpresa y de indignacion, como el que arroja el hombre honrado al verse acometido por un asesino alevoso.

Sin tregua ni respiro (¿ á qué aguardar el mandato del rey para lavar tamaña afrenta?) voló el marques de Cadiz á tomar en los infieles pronta y cabal venganza; y casi al mismo tiempo que supo la pérdida y desastre de Zahara, llegó la nueva de la toma de Alhama, ganada por aquel caudillo en el corto plazo de una noche [2].

Rebosó en Castilla el contento, al correr de boca en boca la inesperada nueva: celebróse en ciudades y villas con regocijos y alegrías, pero los prudentes monarcas, anteviendo las resultas de aquel suceso, y sin dejarse desvanecer por los humos del triunfo, apellidaron los caballeros principales, demandaron auxilio á los pueblos, y ordenaron acudir con presteza en socorro de Alhama.

Estaba cabalmente circundada por todas partes de pueblos enemigos, en el riño del reino de Grenada, y á pocas leguas de la capital; y si bien blasonaba de fuerte (no tanto por sus muros, cuanto por lo quebrado y áspero del terreno, enriscada sobre una cumbre, cerros por torres, y por foso un rio), no bastaban los guerreros que la habian conquistado, á defenderla largo tiempo contra un torrente de enemigos.

Túvose luego aviso de que el rey de Granada en persona se habia puesto otra vez sobre la ciudad con numerosa hueste, resuelto á no alzar mano de la empresa hasta recobrar á todo trance aquella joya de su corona. Y en tamaño apremio y conflicto, quiso la buena suerte que recordasen los reyes de Castilla el esfuerzo de aquel mancebo, que ya habia grangeado prez y renombre en la guerra contra Portugal. Recibir el mandato del rey, y volar Hernando del Pulgar en socorro de Alhama, todo fue un solo punto: no llevaba, es cierto, la numerosa hueste con que habia acudido al mismo intento el famoso duque de Medina Sidonia (al fin Guzman el Bueno),

[1] « En el segundo dia de Navidad de dicho año de 1481, escalaron los Moros á *Zahara*, é tomaron la fortaleza é la villa con toda la gente é cuanto en ella habia, é se perdieron entre muertos é cautivos, chicos é grandes, que ovieron los Moros, ciento sesenta personas cristianas; que no se salvaron, salvo algunos hombres que saltaron por los adarves. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 51.)

[2] Llamóse por esto la *batalla tenebrosa*: el marques de Cadiz sorprendió y tomó á Alhama en la noche del dia postrero de febrero de 1482: la villa era de seiscientos vecinos; murieron en aquel rebato ochocientos Moros varones, y cerca de tres mil almas quedaron cautivas. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 52.)

mas digno de admiracion y loa por ahogar en aquel trance antiguos resentimientos y quejas, acudiendo en defensa de su rival, que por haber vencido tantas veces á los enemigos, ni podia competir en séquito y boato con tantos caballeros de cuenta. Pulgar venia solo, sin mas compaña que un fiel escudero, la armadura lisa, pero de buen temple, el caballo con sencillos arreos, la misma espada de su padre. « A esta guerra van á acudir (decia hablando consigo mismo) los caballeros mas ilustres, lo mas granado del reino, los que traen bajo sus banderas un ejército de vasallos.... Tú no tienes, Pulgar, mas que tu brazo; mas por la gloria de mis padres (y le hervia la sangre en las venas), que he de morir en la demanda, ó he de ganar mas fama que todos los caballeros de Castilla. »

Y con este anhelo y propósito se entró resuelto en la ciudad de Alhama, á tiempo que mas arreciaba el peligro [1], acosados los cristianos de la sed y del hambre, sitiados por la hueste enemiga, y sin mas esperanza que la de Dios para librarse del cautiverio ó de la muerte.

Por horas, por instantes, iba apremiando el riesgo : desfallecian el ánimo y las fuerzas de los guerreros mas famosos, con tantos trabajos, vigilias, rebatos, necesidades y peligros de toda especie; á punta en espada y no sin riesgo de la vida, tenian que buscar el agua de la misma corriente del rio[2], bebiéndola no pocas veces mezclada con la propia sangre; escaseaban los mantenimientos; acudian de tropel las enfermedades, mas destructoras y temibles que el hierro de los enemigos; y en tamaño apuro ofrecióse Pulgar á salir solo, amparado de la noche, para ir en demanda de auxilios, y volver con ellos á la ciudad. « Animo, compañeros (les dijo con voz esforzada) : dentro de breves dias vuelvo á salvaros ó á morir con vosotros. »

La fortuna, que desde los primeros pasos se le mostró propicia, le allanó el camino para salir de Alhama y pasar por en medio de los enemigos : y trepando por uno y otro monte, sin mas escolta que su espada, ni mas favor y guia que el auxilio del cielo, llegó á la ciudad de Antequera, donde se aprestaban auxilios y mante-

[1] De una real cédula, firmada por los reyes católicos, su fecha en Alcalá de Henares á 18 de febrero de 1486, se infiere que Pulgar empezó á servir en la guerra de Granada, contribuyendo á la guarda y defensa de Alhama, « desde veinte é seis dias de agosto del año que pasó de 1482, que yo (dice el rey) vos mandé recebir por mio, y vos mandé que quedásedes por mí contador de la dicha ciudad, con D. Luis Osorio, obispo de Jaen; donde habeis estado y residido hasta hoy. » (Véase este documento en el Apéndice.)

[2] *Alhama la Seca* se llama aun hoy dia : el apuro de los sitiados, en aquella época, se puede colegir de estas palabras de Bernaldes : « É desde este dia no osaron (los Moros) dar mas combate real, salvo en el agua que quitaron muchas veces á los de la villa por la mina; é volvíanla á echar por do solia ir; é sobre esta agua echar recibieron sobre ello asaz daño los cristianos, que de algunos que murieron los mas fueron sobre el agua, porque no tenian sino un pozo en la villa, é padecieron los cercados muy grandes penas de sed, á causa que los Moros les quitaban asi el rio. (M. S. del cura de los Palacios, cap.53.)

nimientos para acorrer á Alhama, si bien no con tanta presteza como lo premioso del caso requeria.

No escaseó Pulgar súplicas, ruegos, instancias, y por mayor acicate y estímulo su propio ejemplo; en tal manera que desde á pocos dias salió con abundantes provisiones, capitaneando unos cuantos guerreros que se habian ofrecido á seguirle en tan difícil y aventurada empresa.

Con lágrimas de compasion y de ternura los acompañó muchedumbre de gente hasta fuera de las puertas de la ciudad, como despidiéndose de ellos por la vez postrera: caminaron luego en buena órden; algunos de á caballo delante, á fuer de exploradores, las acémilas resguardadas en medio, y detras buen golpe de gente, caballos y peones.

No aconteció cosa notable durante algunas leguas, aunque ya les causaba no pequeño embarazo y molestía lo agrio y estrecho de las sendas, las cargas y el fardage, lo riguroso de la estacion, ventisca y aguaceros; mas al desembocar de pronto á los llanos de Cantaril, y como apareciesen cubiertos de una nube de Moros y resonase por los vecinos montes su grita y vocería, arredráronse los cristianos al contarse tan pocos; comenzaron á remolinarse, á desordenarse, á ciar.... Acudió Hernando al punto, animándolos con su voz y su ejemplo; pero apenas echó de ver, con no menos indignacion que sorpresa, que miraban mas por la conservacion de la vida que por la quiebra de la honra, « ¿Qué haceis, cobardes, qué haceis? ¿De cuándo acá los Moros han visto á un Castellano las espaldas?.... Mas si venis huyendo de la muerte, mas cerca la teneis. » Y en diciendo esto, arremetió por medio de los suyos, hiriéndolos con su propia lanza, y empujándolos contra el enemigo. El arrojo del caudillo, su ejemplo, sus palabras acerosas, mas penetrantes que sus mismas armas, restauraron como por encanto el ánimo de aquellos guerreros; y revolviendo como un torbellino en contra de los Moros, barrieron la llanura y los arrojaron á los montes[1].

Desembarazados de enemigos, que apenas se mostraban despues guarecidos entre las peñas, continuaron los Castellanos su peligrosa via, yendo Pulgar delante, con rostro tan sereno, cual si ya hubiese olvidado su reciente proeza; y como advirtiese el caudillo que los suyos no osaban mirarle, avergonzados y pesarosos, los alentaba con afable ademan, apellidando á cada cual por su propio nombre y celebrando su valor y esfuerzo.

Por barruntes y lenguas habia cuidado Pulgar de dar aviso á los

[1] « Y al llegar á los llanos de *Cantaril*, que son camino de Archidona á Loja, algunos de los vuestros (decian los reyes católicos á Hernando del Pulgar) tuvieron pavor de pasar por las sierras de ella, é quisieron desampararos; é por no querer pasar adelante ni obedeceros, feristeis en ellos; é teniendo pavor de vos, os siguieron. » Real cédula de los reyes católicos, fecha en Medina del campo, á 9 del mes de abril de 1494. (Véase en los documentos del Apéndice.)

de Alhama de su pronta llegada, para que no decayesen de ánimo; y como conocia á palmos la ciudad y su tierra, se fue acercando con recato antes que despuntase el dia; y sobrecogiendo á los Moros entorpecidos con el frio y el sueño, rompió por medio de ellos y llegó al pie del muro.

Apenas tuvo tiempo el conde de Teudilla, alcaide á la sazon de aquella fortaleza, para salir al encuentro de Pulgar, abrazándole en las mismas puertas; y fue tanto el jubilo y el gozo de cuantos en Alhama se hallaban, rendidos de cansancio, escasos de sustento, y lo que es mas, ya faltos de esperanza, que apenas daban crédito á sus propios ojos, lloraban de ternura, bendecian á sus libertadores: mas como si estos sintiesen cierto rubor y empacho al recibir tantas alabanzas, y no bastantemente merecidas, volvíanse en silencio hácia Pulgar y le señalaban con la mano.

Iba el esforzado caudillo sin desvanecimiento ni ufanía, al lado izquierdo del buen conde, que le apellidaba á boca llena salvador de aquella ciudad, y le ofrecia á nombre de los reyes colmados dones y mercedes: « Vamos á dar gracias á Dios, que á él se le debe todo, » contestó en voz baja Pulgar, y encaminó sosegadamente sus pasos hácia la mezquita mayor, recien convertida en iglesia.

Los dias que se siguieron al de su llegada, bien puede decirse que fueron para aquella ciudad como de regocijo y de fiesta; que no parecia sino que se habia borrado la memoria de tantos males, y que habian desaparecido los riesgos; mirábase la ciudad como salva, y tanta era la confianza que en el esfuerzo de Pulgar tenian, que siempre y cuando apremiaba la urgencia, bien fuese necesario demandar socorros, bien procurar mantenimientos, ó hacer entradas y correrías en tierra de enemigos, encomendábanlo á Pulgar, cual si fuese fiador del buen éxito [1].

Exento de rivalidad y de envidia, que no caben en pecho hidalgo,

[1] El conde de Tendilla, capitan general de Alhama, se expresaba de esta suerte, al conceder á Hernando del Pulgar casas, tierras y heredamientos en aquella ciudad: « É yo, veyendo quanto cumple al servicio de los dichos rey é reyna, nuestros señores, la dicha vecindad del dicho Fernando del Pulgar, contador susodicho, óvelo por bien, é tomé dél seguridad que estará en la dicha ciudad y en el servicio della los quatro años que sus altezas mandan que esten los vecinos que en ella vivieren, é lo que los dichos rey y reina é nuestros señores, le manden, *é en emienda é quivalencia de lo que ha servido é sirve, é quanto buen é lealmente, é con mucho trabajo é arriesgo de su persona, desde que está en la dicha ciudad, é viendo el recabdo que ha puesto é pone en la guarda é defensa della*; por ende, etc. »

De la citada cédula de los reyes católicos se deduce igualmente lo mucho que contribuyó Hernando del Pulgar á la guarda y defensa de Alhama: « asegurando la dicha ciudad y faciendo reparar los muros y cercas de ella, y asi mismo poniendo vuestra persona á muchos riesgos y peligros, entrando y saliendo por nuestro mandado muchas veces á la dicha ciudad de Alhama, por tierra de Moros, enemigos de nuestra santa fe católica, y viniendo á nuestra corte á nos facer saber las cosas de la dicha ciudad y de las fronteras, y otras cosas de que habemos seido mucho servidos de vos, en que habeis gastado mucho de lo vuestro, etc. » Real cédula de los

admiraba el generoso conde la bizarría de aquel mancebo, y no queriendo retardar (que hasta la sombra de ingratitud es deshonra y mancilla) la recompensa de tan señalados servicios, concedió en nombre de los reyes á Hernando del Pulgar ciento y cincuenta yugadas de tierra, calles, casas, heredamientos, en aquella misma ciudad que habia salvado con su esfuerzo: confirmando luego los reyes aquella merced, y en términos tan lisonjeros, que valian mas que los mismos dones, hasta el punto de escribir á Pulgar, para que en todo tiempo quedase de sus hechos memoria: «*que se debia á su industria é valor la conservacion de Alhama só su poderio* [1].»

Tan importante se creia la guarda de aquella ciudad (como si fuese una atalaya en medio del campo enemigo), que en algunos años, mientras se iba apretando poco á poco el cerco de Granada, no la perdió de vista aquel prudente príncipe; y creyéndose seguro de poseerla en tanto que estuviese Pulgar dentro de su recinto, le ordenó que se quedase en compañía de don Luis Osorio, deudo de aquel caudillo por el lado materno, á quien habia encomendado el rey la custodia de aquella fortaleza.

Obedeció Pulgar, ya que no de buen grado, porque reputaba como descanso y ocio velar en defensa de una ciudad amenazada del hambre y del asedio; y por via de recreacion y esparcimiento, salia fuera de los muros y desasosegaba los pueblos fronteros, volviendo siempre cargado de cautivos y de despojos.

Con impaciencia, si es que no con ira, oía Pulgar encerrado en Alhama los continuos reencuentros, ya prósperos, ya adversos, de cristianos y Moros en la afanosa guerra de Granada: el descerco de Loja, con desdoro del pendon de Castilla, y no sin riesgo del rey mismo, á quien salvó su propia espada [2]; el desastre de los

reyes católicos fecha en Alcalá la Real á 18 de febrero de 1486. (Véase en los documentos del Apéndice.)

[1] Por estas palabras literales de la real cédula expedida por los reyes católicos, en Medina del Campo, á 9 de abril de 1494, se viene en conocimiento de lo mucho que aprovechó el socorro que entró Pulgar en Alhama, para que no cayese esta en poder de los Moros; por cuyo señalado servicio, y por lo demas qne prestó aquel guerrero mientras permaneció en la mencionada ciudad, le habian concedido el conde de Tendilla y don Gutierre de Padilla, clavero de Calatrava, ciento y cincuenta yugadas de tierra, casas, viñas, meson, horno, huertas, palomar, morales, etc.

Confirmaron luego los reyes católicos aquellos dones, honrando á Pulgar con estas lisonjeras palabras: «Por lo cual todo sois digno de mucha remuneracion; é porque en alguna emienda remuneracion de los dichos vuestros servicios é quede memoria de vos é de los que de vos vinieren, é tengais é tengan con que mejor nos servir, é por que otros tomen ejemplo para nos servir de aquí adelante, tuvímoslo y tenémoslo por bien.... no embargante que la dicha gracia é merced é donacion sea mas de lo que se da á los que se han avecindado é avecindan en dicha ciudad; *por cuanto los servicios que nos habeis fecho son é merecen mas mercedes que todos los susodichos.*» Real cédula expedida por los reyes católicos en Alcalá de Henares, á 18 de febrero de 1486. (Véanse los documentos del Apéndice.)

[2] «E como vido aquello, acudió (el rey) por aquel lágar con unos pocos de

montes de Málaga, que cubrió de luto á todo el reino, y en cambio la toma de Ronda; el recobro de Zahara, la rendicion de cien pueblos y fortalezas: mas tal era la índole de Pulgar y tal la disposicion de su ánimo, que se le saltaban las lágrimas de indignacion y pena, cada vez que escuchaba que los suyos habian sido vencidos, y no podia sobrellevar con paciencia que guerreasen y venciesen sin compartir sus lauros.

Hasta que sabedor de que el rey tornaba al asedio de Loja, mejor apercibido que la vez primera [1], y acompañado de los capitanes mas famosos de que blasonaba Castilla, no pudo callar por mas tiempo, y demandó al monarca, como única merced y recompensa, ir á pelear á su lado: « que no es justo (decia) que el rey exponga su vida, como lo hizo en aquel mismo campo, y que Pulgar esté á pocas leguas resguardado detras de los muros. »

Otorgóle el rey la gracia que pedia (en aquellos tiempos lo era aventurar un Español su vida en defensa y honra de su patria); y apenas se vió Pulgar en el campamento del monarca, con tantos ingenios y pertrechos de guerra; la hueste numerosa; á centenares los caudillos, y cada cual de mas fama y merecimiento, no hallaba sosiego ni descanso hasta dar aviso de su venida con algun hecho señalado. Escaso triunfo le parecia concurrir con tantos guerreros á la toma de una ciudad; y llevado de su altiva indole, que le incitaba á empresas arriesgadas y singulares, concibió el designio de acercarse aun mas á Granada, y tomar una fortaleza de allí poco distante, mientras el rey Fernando con su hueste terminaba la rendicion de Loja [2].

Traia Pulgar consigo, mas pagados de su fama que remunerados con sueldo, quince escuderos de gran ánimo, todos de buen linage, y resueltos á acompañarle en sus empresas hasta perder á su lado la vida [3]. Veíase Pulgar en medio de ellos con cierta satisfaccion y complacencia, mas ufano que si se hallase á la cabeza de un ejército; y contando con su arrojo y denuedo, y llevando ademas para lo que acontecer pudiese un corto número de peones, enderezó sus pasos á la fortaleza del Salar, muy cercana al camino de Gra-

caballeros, diciendo á voces: *Tener, caballeros, tener!* é peleó allí él mesmo con los Moros, é desbarató una batalla, é atajó otra de cincuenta Moros, que no pudieron tomar el paso. » (M. S. del cura de los Palacios, capítulo 58.)

[1] « E fue escuela al rey este cerco primero de Loja, en que tomó licion é deprendió ciencia, con que despues fizo la guerra, é con ayuda de Dios ganó la tierra, segun adelante será dicho. » (M. S. del cura de los Palacios, cap. 58.)

[2] El segundo sitio de Loja se puso á principios de mayo del año de 1486. M. S. del cura de los Palacios, pág. 103) : y de la real cédula de los reyes católicos, fecha 18 de febrero del mismo año, se infiere que Hernando del Pulgar habia permanecido hasta aquella época en la ciudad de Alhama.

[3] « Y asimismo en las guerras del reino de Granada, donde ademas de servir con su gran valor, trujo y mantuvo en todas ellas, á su costa *quince escuderos,* en que gastó mucho de su hacienda, por ser caballeros y soldados de gran reputacion. » (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos, servicios.* etc., *de la casa de Pulgar.*)

nada á Loja, abrigada de montes, y defendida por el alcaide *Mahomad Almandani*, de mucha nombradía entre los Moros.

Presentóse Pulgar delante de las puertas, y le intimó que se rindiese, respondiéndole aquel caudillo con altivez y menosprecio, como burlándose de tan loca demanda; pero Hernando del Pulgar, mal avezado á burlas, « *Allá voy por las llaves*, « gritó al osado Moro : y mandando á los suyos que rodeasen la fortaleza, amenazando tomarla á escala vista, comenzó á aportillar el muro por la parte mas flaca, ansioso de abrir un resquicio por donde él entrase delantero. Atónitos miraban los infieles á aquel puñado de valientes (á ochenta no llegaban) proseguir en su intento sin tregua ni descanso, mal escudados con adargas, armados á la ligera, sin máquinas ni ingenios, recibiendo una granizada de piedras y de tiros. *Alá Achbar!* (Dios es grande!) gritaron de improviso, al ver caer desplomado al caudillo de los cristianos; y creyéndose en el mismo instante ya salvos y seguros, bajaron de tropel al campo á recoger los despojos de la victoria. Habia sido herido en efecto el temerario Pulgar, que aquel dia se salvó de milagro : porque firme como una columna, respaldado contra el muro, y aguardando con impaciencia la hora de penetrar en la fortaleza, habia escapado ileso de cien armas arrojadizas, cuando un Moro mas certero le arrojó una piedra con tal ímpetu, que dió con él en tierra. Cayó desatentado, que hasta los suyos le reputaron muerto; mas volviendo luego en sí, y atajando con un lienzo la sangre, « Ya estan fuera de su guarida, no han de volver á ella » : y embistiendo á los Moros, mal recobrados del espanto y sorpresa, dió en ellos con tal furia, que ni lugar tuvieron para cerrar tras sí las puertas. A un mismo tiempo las salvó el caudillo, revuelto con la turba de infieles, y sonó en la cresta del muro el grito de *Santiago y España*; rindiéndose aquella fortaleza á Pulgar y sus compañeros [1].

[1] Fue Hernando del Pulgar « primer Alcaide y señor del castillo del Salar, del que *por haberlo ganado á los Moros,* se le hizo merced por real cédula, su fecha en 21 de diciembre de 1490, refrendada de Juan de la Parra. » (*Historia de la Casa de Herrasti.*)

El emperador Carlos V, en Real cédula fecha en Granada á 29 de setiembre de 1526, se expresaba de esta manera : « Y nos, acatando los grandes y señalados servicios que vos, Fernando del Pulgar, fecisteis á los católicos reyes, nuestros padres, abuelos y señores que hayan santa gloria, y á nos en la conquista de Granada y su reino, fasta que los ganaron, asi en los cercos y combates que dieron á las ciudades, villas y fortalezas dél, como en las escaramuzas y peleas y reencuentros, donde demas de poner muchas veces vuestra persona á riesgo y peligro, fecisteis muchos gastos de vuestra propia facienda; por lo qual todo sois digno de premio y honor, porque vuestros servicios fueron tantos y tales y á tal tiempo fechos que lo merecen; é porque de ellos siempre haya memoria, y otros tomen ejemplo á bien servir, se dirán aqui : que *teniendo el Rey Católico cercada la ciudad de Loja, vos fuisteis con algunos asi vuestros como amigos, á cercar el castillo del Salar; y dél al entrar vos hirieron, y alli estuvísteis con mucho peligro, hasta que los Moros que estaban en él se dieron.* » (Véase esta real cédula entre los documentos del Apéndice.)

« Otra certificacion del escribano, hecha ante la justicia de la ciudad de Loja, en

Mucho se regocijó el rey Fernando, cuando por albricias del dia de su santo patrono recibió, ya dentro de Loja, las llaves que Pulgar le enviaba; y regraciándole por ello, cual á tan gran monarca convenia, se las devolvió con corteses palabras, diciéndole en sustancia: que ninguno guardaria mejor aquellas llaves que el que con tanto riesgo de su vida las habia ganado.

Quedó de entonces Hernando del Pulgar como alcaide de aquella fortaleza, dándole la tenencia con las honras y acostamientos correspondientes para sí, para sus hijos y sucesores [1]; y concediendo largos años despues los reyes de Castilla, á ruego y peticion de la misma ciudad de Granada, que se perpetuase en el primogénito de aquella familia el título de *marques del Salar*, que hoy dia llevan sus nietos [2].

la que consta que habiendo S. M. el Sr. rey católico puesto cerco á la ciudad de Loja, envió desde ella al dicho Hernando del Pulgar á que ganase el castillo del Salar, á cuyo efecto partió con sus quince escuderos y hasta sesenta soldados de á pie y de á caballo; y que aunque la materia fuese dificultosa, la facilitó su valor; pues *aunque herido de una pedrada, rindió el castillo, y prendió á su alcaide, llamado Mahomad Almandani, el dia* 30 *de mayo de* 1486, y que lo remitió á S. M. á esta ciudad, quedándose por alcaide del dicho castillo, de que se le dió el título y acostamiento de merced ya citado. » (*Testimonio judicial de la ascendencia*, etc.)

[1] « Y asimismo certifico que entre los papeles del dicho archivo se halló una cédula de la reina nuestra señora, refrendada de Fernando de Zafra, su secretario, su fecha en Granada á 15 de marzo del año pasado de 1500, por donde parece S. M. hizo merced al dicho Fernando del Pulgar de Contino de su casa, por *haber tomado el castillo del Salar á los Moros del dicho castillo;* atendiendo á los muchos servicios que le hizo durante la guerra de Granada. » (*Testimonio judicial de la ascendencia*, etc., de la casa del Pulgar.)

En 12 de mayo del año de 1489 hicieron los reyes merced, por juro de heredad, de trece caballerías de tierra de labor, la mitad de tierra de riego y la otra de secano, *en término del lugar del Salar*, de cuya fortaleza era alcaide Hernando del Pulgar. (Véase en el Apéndice la copia de este documento, cuyo original existe en el real archivo de Simancas.)

Albalá del rey y de la reina, fecho á 21 de diciembre de 1490, para que los contadores mayores asienten, el año de 1491 y dende en adelante en cada año, *sesenta mil maravedis de tenencia, de la fortaleza del Salar.* (Véase en el Apéndice la copia de este documento, existente en el archivo de Simancas.)

[2] La ciudad de Granada, en el año de 1679 « representó á S. M. los méritos esclarecidos y servicios continuados que ha hecho á S. M. y á sus reales gloriosos progenitores la dilatada heróica série de los Pulgares, *dueños de la villa del Salar por mas de trescientos años*, sin que en todos ellos hayan faltado de esta casa soldados valerosos en los ejércitos y armadas. » Con este motivo pidió la ciudad el título de marques ó de conde para el primogénito de esta casa, y el rey lo concedió.

El señor don José Berni y Catalá hace mencion de este título. (*Creacion, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla.*)

En 1680, don Juan Fernando Perez del Pugar y Sandoval, señor del Salar, ofreció levantar á su costa 500 ó 600 soldados y llevarlos á Italia; y pidió la merced de título de Castilla. Este expediente se conserva *original* en el archivo de Simancas. (Y de él se han sacado algunos documentos del Apéndice.)

En 27 de febrero de 1690 concedió el rey á don Juan Fernando Perez del Pulgar, señor del Salar, el título de *vizconde de la Peronsula del Pulgar.* Consta así de los libros de relacion de la cámara; pero no se ha hallado el documento.

Encastillado en su fortaleza, mientras se recobraba de la reciente herida, y creyéndose tan seguro en tierra de Moros, como si se mirase señor de un alcázar en el mismo centro de Castilla, permaneció allí Pulgar durante algunos meses; mas no pudiendo avenirse á dejar ociosas las armas, ni perder ocasion por liviana que fuese de venir á las manos con los infieles, corrió muchos azares y peligros, saliendo airoso de arriesgadas empresas [1].

Aconteció por acaso un dia, que dándole aviso un atalaya de que allá á lo lejos se divisaba una turba de Moros, que llevaban al parecer unos cuantos cautivos, hombres, mugeres, niños, saltó Pulgar sobre su caballo, desapercibido cual se hallaba, sin petó ni armadura, ni mas defensa que su espada; y dando escaso tiempo para que sus fieles hidalgos le siguiesen, corrió á rienda suelta por aquellos campos, sin reparar si le tenian armada alguna zalagarda, propia de aquella gente pérfida y alevosa; y apenas avistó á los Moros, que á los míseros cautivos conducian, comenzó á gritarles con furia: « Soltad la presa, perros, que Pulgar es quien viene por ella. »

Cosa de pasmo pareció; porque al escuchar los infieles su acento, y al reconocerle á lo lejos, diéronse á huir desapoderadamente, dejando libres á los infelices cristianos, que se abrazaban enternecidos, levantando los ojos y las manos al cielo.

Quedáronse en su guarda unos cuantos escuderos, de los que del Salar habian venido; pero no dándose Pulgar por satisfecho, se cebó tanto en seguimiento de los Moros, que les fue picando el alcance, hasta bajar por cerros y altozanos á dar vista á la vega. Creyéronse los Alarbes seguros, así que divisaron de lejos las torres de Granada; mas vieron con espanto que Pulgar los seguia, hiriendo y arrollando á los que se quedaban zagueros; y apenas reparó el caudillo el punto en que se hallaba, hasta que le atajó los pasos el Genil caudaloso, que por aquellos campos iba torciendo el curso en busca de la sierra de Elvira [2].

En 16 de marzo de 1694, volvió á representar á S. M. la ciudad de Granada, á fin de que se perpetuase el título en la familia de Pulgar. « A esta carta se respondió honrando mucho al marques, y que teniendo presentes los mismos motivos de su contenido, desde el dia 11 del mismo mes habia bajado decreto perpetuándole el título. »

En el archivo de la casa de Pulgar, se conserva la carta de la ciudad, impresa. Legajo 2°, núm. 21.

Lo que no es fácil conciliar es como se habia entendido que era *vitalicio* el título de Castilla concedido á la familia de los Pulgares en 1680, cuando hay un documento original, auténtico, existente en el archivo de la cámara de Castilla, que prueba que aquel título era *hereditario*. (En el Apéndice se halla la copia de este documento.)

[1] « Y quedando vos por alcaide (del Salar) fuisteis allí de los Moros guerreado y corrido. » (Real cédula del emperador Cárlos V, fecha en Granada á 29 de setiembre de 1526. Véase este documento en el Apéndice.)

[2] « Y asimismo consta por la dicha informacion, que fue hecha ante la justicia y ante el dicho escribano á peticion del dicho Juan Fernando Perez del

Ahogóse mas de un Alarbe, con el ansia de salvarse mas presto; y solo permaneció á la vera misma del agua un Moro de gran cuenta, que no habiendo podido recabar de los suyos que siquiera volviesen el rostro, y sonrojado de tal villanía, no quiso tornar á la ciudad, de donde en mal hora saliera, y dijo á Pulgar allegándose: « Mas quiero ser tu cautivo que adalid de cobardes; dispon de mi libertad y de mi vida. » « Una y otra te devuelvo, y mi amistad, si la tienes en precio, » contestóle gravemente Pulgar, alargándole su mano derecha: y tan prendado quedó el Moro de aquella generosidad y cortesanía, que en el mismo punto y hora le hizo pleito homenage de servirle fielmente por todos los dias de su vida.

A ley de caballero cumplió el Moro aquella promesa; que no solo acompañó á Pulgar en mas de un trance peligroso, peleando bravamente á su lado, sino que á poco tiempo resolvió convertirse á la ley que ofrecia un modelo tan cabal de virtud y de heroismo. Holgóse Pulgar de ello, y se ofreció á ser su padrino, demandándole por merced el Moro honrarse con su mismo apellido. *Pedro del Pulgar* le nombraron; y avecindóse años adelante en Granada, por no apartarse ni un solo dia de la sombra de su bienhechor. Favoreciéronle tambien los reyes católicos con dones y mercedes; y acompañándole hasta el borde del sepulcro el recuerdo de los beneficios (que es la memoria de los corazones honrados), dejó sus haciendas y bienes al mismo Hernando del Pulgar, á quien amó cual si fuese su hermano [1].

Mientras estas cosas sucedian, habíase entregado á concierto la ciudad de Loja, vencido el rey Boabdil, debelada su hueste, desvanecida toda esperanza de socorro; y prosiguiendo los reyes católicos en su cauto designio de ir conquistando fortalezas y villas á la redonda antes de cercar á Granada (como el que una tras otra va

Pulgar y Sandoval, que estando el dicho *Fernando del Pulgar* en su castillo del Salar con algunos de sus escuderos, tuvo noticia que yendo del mismo lugar del Salar dos cristianos, con sus mugeres y tres niños, á la ciudad de Alhama, en la torre de la Gallina, distante poco mas de media legua del dicho lugar, les salieron unos cuantos Moros de á caballo de la ciudad de Granada, y los cautivaron y llevaban á la dicha ciudad, de donde habian salido á buscar alguna presa; salió con los dichos sus escuderos en seguimiento, y los alcanzó en la venta del Gato, camino de la dicha ciudad, que hoy llaman *Chaparral*, los cuales, asi que conocieron al dicho Fernando del Pulgar, dejaron la presa y tornaron á huir; y en su alcance llegó hasta el rio Genil, cerca del *Soto de Roma*, donde mató cuatro de ellos, y otros se ahogaron, y otros se emboscaron en el dicho Soto. » (*Testimonio judicial de la ascendencia*, *hechos*, *servicios*, etc., de la casa de Pulgar.)

[1] « Y cautivó á un Moro de gran calidad y valor, que despues fue cristiano, y el dicho Hernando del Pulgar fue su padrino, y le dió su mismo apellido, y se llamó *Pedro del Pulgar*, y le sirvió toda su vida de adalid contra los Moros; y los señores reyes catolicos le hicieron merced de casas y heredamientos en la ciudad de Granada, los cuales por su muerte mandó á don Fernando del Pulgar su amo. » (*Testimonio judicial de la ascendencia*, *hechos*, *servicios*, etc., de la casa de Pulgar. Se hace mencion de este *Pedro del Pulgar*, adalid, en la real cédula de los reyes católicos, fecha en 30 de diciembre de 1490; cuya copia se hallará entre los documentos del Apéndice.)

cortando las ramas de un árbol, para herir mas á salvo el tronco), determinaron á la primavera siguiente mover su campo contra Velez, ciudad rica, suelo feraz, de temple apacible y suave, y el famoso puerto de Málaga de allí poco lejano.

Asi que llegó á Granada la fama de tamaños aprestos, y que el mismo rey en persona venia capitaneando la hueste, tentáronse medios de concordia entre Abdilehi, *el Zagal*, y Boabdil (su padre Albo Hacen habia ya muerto); para que dando de mano á la cruelísima guerra que entre sí traian, revolviesen juntos sus armas contra el enemigo comun. No pudo recabarse del rey chico ni el corto respiro de una tregua; ya por la ojeriza y encono que contra su tio alimentaba, ó ya estuviese decretado por su fatal estrella que por todos medios contribuyese á la ruina y perdicion del reino; pero *el Zagal*, ó mas amante de su patria, ó mas celoso de conservar aquel renombre que su valor y esfuerzo le habian grangeado, allegó numeroso ejército, y marchó á su frente, resuelto á librar su corona al incierto trance de las armas [1].

Casi al mismo tiempo que el rey Fernando dió vista á Velez Málaga, extendiendo su hueste por los vecinos campos y procurando abarcar la ciudad [2], llegó en su socorro el valiente rey de Granada, seguido de tanta muchedumbre de Moros, que aparecieron pobladas como por ensalmo todas las sierras del contorno. Asentó *el Zagal* su campo en las cumbres de *Bentomiz*, latiéndole el corazon al divisar las banderas cristianas ondeando en la espaciosa vega; que así las contemplaba, cual mira el águila allá desde las nubes la presa que imagina segura.

No con menos deseos de venir á las manos miraba á los infieles la hueste de Castilla; mas el rey, como cauto y prudente, recordando el desastre de los montes de Málaga (de que el mismo *Zagal* aun se ensoberbecia) resolvió aguardar ocasion oportuna, sin caminar á ciegas, llevado de los ímpetus del corazon. Lo que mas que todo convenia era adquirir noticia cierta de la posicion del ejército enemigo, de su aparejo y de sus fuerzas, en tal manera que si presentaba algun costado flaco, por allí se le acometiese.

No era fácil empresa acercarse á una hueste tan bien acondicionada y apercibida, con un caudillo experto, exploradores por el campo mas espesos que enjambre de abejas, y los cerros y colinas rodeados de escuchas y atalayas; mas en cuanto vino al pensamiento

[1] « En este tiempo habia dos reyes en Granada, como es dicho; Muley Boabdil y Azagal, este tenia el señorío de la mayor parte de la ciudad, é Muley su sobrino, prisionero del rey de Castilla; é los Moros de Granada afincaron al rey mayor que fuese á socorrer á Velez, é ovo de salir de Granada, y fue con mucha gente de á caballo é de á pié, y asomó un dia por unos cerros altos sobre Velez, á vista del real de los cristianos. » (M. S. del cura de los Palacios, cap. 82.)

[2] Púsose el cerco á Velez Málaga un dia despues de Pascua de Resurreccion, á 19 de abril de 1487. (*Anales breves del reinado de los reyes católicos*, por el doctor Galindes y Carvajal. M. S.)

del rey Fernando el nombre de Pulgar, ya respiró tranquilo. Hízole al punto venir á su presencia (que no habia podido permanecer en la fortaleza del Salar, habiendo en otra parte mayor riesgo), y le manifestó su designio, sin ordenarle empero de propia autoridad que de ello se encargase. Pero apenas lo oyó Pulgar, como si fuese la cosa mas llana y hacedera: « Allá voy, señor, ahora mismo á ver lo que hace el rey moro: y si se descuida, os le traigo. » Contestóle el rey con afable sonrisa, encargándole meramente que no aventurase mucho una vida de que tanto provecho y gloria esperaban sus armas, y que solo le concedia aquel permiso bajo condicion y palabra de que habia de llevar consigo algunos de sus escuderos, los que él á bien tuviese, dejando lo demas á su esfuerzo y prudencia, como quier que de aquella empresa iba á pender tal vez la salud del ejército.

No es posible adivinar el arte y traza que Pulgar se diera (que los secretos de los héroes se los llevan al sepulcro consigo): lo cierto es que tornó al campo cristiano, despues de haber calado muy adentro en las estancias de los moros, rastreando su posicion y fuerzas, hasta convencerse por una y otra seña de que aprestaban alguna acometida.

Atónito escuchó el rey Fernando las nuevas que el caudillo le trajo; y no queriendo confiar la suerte del ejército á su propio dictámen y consejo, ordenó que viniesen á su tienda los capitanes mas experimentados; el célebre marqués de Cádiz, que era como el alma de aquella guerra, el alcaide de los donceles, el maestre de Calatrava, el de Santiago, aquel don Alonso de Aguilar, que coronó con su gloriosa muerte tantos hechos ilustres, y otros esclarecidos capitanes, la flor de los guerreros. Oyeron todos ellos de boca de Pulgar lo que por sus propios ojos habia visto; y como anduviesen poco conformes los pareceres, reputando unos como mas seguro aguardar de pie firme en los reales el embate de los enemigos, y creyendo otros de mas gloria y ventaja salirles al encuentro, á tiempo que se descolgasen de los montes, tanto pudo Pulgar con su persuasion y eficacia, que al cabo se arrimaron todos al dictámen mas arrojado, logrando llevar tras sí la voluntad del rey. « Yo iré delantero, como que sé el camino (dijo Pulgar á aquellos capitanes); y en el mismo punto y hora que bajen los infieles al llano, daré el grito de *cierra España!* y no hay mas que acabar con ellos. »

Apercibióse en secreto la hueste para alzar los reales y acometer de improviso á los Moros, antes que alborease: encendiéronse aquella noche los mismos fuegos en el campo, para que no se echase de ver que se habia levantado; y acercándose del ejército á la sorda, apenas si se oia el confuso rumor de los pasos. Bajaban á la par los Moros desde una y otra cumbre, creyendo hallar desapercibidos á los cristianos, y cebarse en ellos como tigres en un rebaño; pero apenas asentaron el pie en la llanura, y cuando la escasa

luz del alba no les permitia distinguir los objetos, oyeron de repente un clamor en el campo, sonido de trompetas, estruendo de caballos, de armas. Creyéronse perdidos; mas no por eso desmayaron: y poniéndose el Zagal á su frente, rompió por medio de la hueste cristiana, como quien corre en busca de la muerte, desesperanzado de triunfo.

Muchos valientes de uno y otro bando perecieron en aquella refriega: y á Hernando del Pulgar, que iba con ciego arrojo delante del ejército, le arrolló la avenida de infieles, y le llevó gran trecho, dejándole por muerto á los pies de su mismo caballo. Habia este caido traspasado de heridas y lanzadas; mas levantándose el caudillo no sin trabajo y pena, roto el casco, falseada la adarga, cansado el brazo de descargar tan recios golpes, siguió cubierto de sudor y de sangre el alcance de los enemigos, que rotos y dispersos buscaban su salud en la fuga.

Mucha gloria y renombre ganó Pulgar en aquella jornada, de que tanta parte le cupo, no solo por haber desbaratado con su aviso la trama de los enemigos, cuanto por haber confirmado en el campo lo que persuadió en el consejo. Tuviéronselo en cuenta los reyes, al honrarle despues con gracias y mercedes; y dejaron auténtica memoria de aquel señalado servicio [1].

Destruido el ejército moro, puesto en fuga *el Zagal*, y encerrado el mezquino Boabdil dentro de los muros de la Alhambra, abrió sus puertas la ciudad de Velez, recibiendo en sus torres el pendon de Castilla; mas antes que se resfriasen los ánimos de los vencedores, y que los vencidos recobrasen aliento, dispuso el rey católico emprender la conquista de Málaga [2], ciudad la mas poblada y opulenta del reino de Granada, situada orillas del mar, puerto cómodo al abrigo de un monte, señoreado á su vez por una fortaleza y castillo.

Contaba el rey católico para la pronta rendicion de aquella ciudad, emporio del comercio, con su misma riqueza y poderío; que el regalo y deleite suelen ablandar los ánimos, y mas cuando se toca el peligro de perder en un dia el fruto de largos afanes. Mas la firmeza del alcaide moro, digno de mas próspera suerte, mantuvo en pie aquella ciudad contra las fuerzas y el poder de Castilla; y sin

[1] « E otrosi, teniendo el rey católico cercada la ciudad de Velez Málaga, vino á socorrerla con muchos caballeros moros y peones el rey de Granada, puesto en la sierra y cerros de *Bentomim*, que es una de la dicha ciudad; y vos fuisteis con algunos de á caballo á ver y tentar su real, y disteis aviso al dicho rey católico de lo que visteis y sentisteis en el dicho real, y la disposicion que habia en él; *é informado de vos*, mandó salir del real muchos grandes con su gente, capitanes, caballeros y peones, los quales desbarataron y vencieron al rey de Granada con todos sus Moros; *yendo vos en la delantera de este vencimiento fasta que os mataron el caballo.* » Real cédula del emperador Carlos V, fecha en Granada, á 29 de setiembre de 1526. (Véanse los documentos del Apéndice.)

[2] La rendicion de Velez fue el dia de la Cruz, 3 de mayo de 1487, y el dia 7 del mismo mes y año ya estaba puesto el cerco sobre Málaga. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 83.)

contar con socorros de afuera, viendo blanquear en el mar velas cristianas y ondear banderas cristianas en la vecina playa y en los montes, poco satisfecho y mal seguro por parte de los moradores, que ya blandeaban, no menos determinó aquel valiente Moro que sepultarse bajo las ruinas de la ciudad, antes que rendir las llaves á los pies de sus enemigos [1].

Conoció el rey católico, á fuer de sagaz y advertido, la barrera que oponia al logro de sus fines la voluntad de un solo hombre; y desconfiado de poder torcerla, tuvo por buen acuerdo enviar á la ciudad quien tantease los ánimos, poniendo de manifiesto una carta del rey, en que les amenazaba con el cautiverio y la muerte, si no se daban á partido; y llevando en secreto recados y promesas para algunos Moros de cuenta, que se mostraban menos rehacios que el obstinado alcaide.

Mas entrar en una ciudad enemiga, inquieta y desasosegada; ponerse un cristiano en manos de gente infiel y descreida, cuando hervian en estrecho recinto tantas y tan encontradas pasiones, requeria tal aliento y arrojo, que no era cosa de encomendarlo sino á persona de gran ánimo.

Allí á punto se encontraba Pulgar; que no parece sino que tuvo al nacer por signo encargarse de empresas arriesgadas: y poniendo el rey en sus manos (tanta era la confianza que en ellas tenia) la carta que enviaba á los moradores de la ciudad, amonestándoles que se rindiesen y amenazándoles de no hacerlo con rigurosa suerte, dióle secretamente, y la guardó el caudillo en su pecho, una carta para Alí Dordux, Moro de gran riqueza y valimiento, que se habia mostrado de antemano inclinado á tratos de paz. La carta del rey católico decia de esta manera:

« El Rey á Alí Dordux.

» Yo escribo á esa ciudad, segun vereis por la que envio con *Fernando del Pulgar*, continuo de mi casa; y pues vos, segun vuestro buen seso, habeis mas de mirar por el bien y seguridad de los de esa ciudad, por ser persona tan cuerda y tan principal en ella, por ende vos mando y encargo luego deis órden en que esa ciudad responda á lo que le escribo, conformándose con la razon é con lo que á la vida é seguridad de los de ese pueblo conviene; y en todo ello, pues que os tengo por mucho mi servidor, guieis y endereceis aquello que á mi servicio cumple, segun de vos lo espero: que por ello, demas de facer vos lo que vos cumple, vos y vuestros parientes recibireis de mí mercedes. De la mi ciudad de Velez, á 1° de mayo de 87 años.—Yo el rey.—Por mandado del rey, Fernando de Zafra [2]. »

[1] « É el Zegrì (alcaide de Málaga, que se hallaba en Gibralfaro) y los que seguian su opinion, era que matasen las mugeres é niños é viejos, y despues que saliesen peleando é muriesen, que no diesen tal honra é victoria á los cristianos de darse á partido. » (M. S. del cura de los Palacios, cap. 84.)

[2] « Corrigióse este traslado con su original, y va cierto y verdadero; de lo que

Acompañado de un solo escudero, presentóse el gallardo nuncio delante de las puertas de Málaga: y mostrando que traia un mensage del rey de Castilla, abrieron un rastrillo de allí á mas de una hora, y no sin mediar antes largos debates y contiendas dentro de la ciudad. Porque estaban tan discordes los ánimos, que no hallaban á ningun lado que volviesen la vista asilo ni esperanza; descaecidos unos, alentados otros, inciertos y mudables los mas, la salvacion dudosa, inminente el peligro, apretando el dogal la hambre, amenazados de muerte ó servidumbre si la ciudad era entrada por fuerza de armas, y amagados desde la alcazaba con destruccion y ruina si aflojaban en la defensa.

Entró Pulgar, sin mostrar temor ni arrogancia, por medio de una apiñada turba: cubiertos estaban de gente los techos y azoteas, las puertas y ventanas, por ver al mensagero de Castilla, cuyo arrojo pasmaba los ánimos. Apenas de tiempo en tiempo resonaba á lo lejos algun clamor de *muera!* (sin que Pulgar tornase el rostro, para ver de donde partia); pero sucedia al punto un profundo silencio, mas terrible en la agonía de un pueblo que los gritos y amenazas de la muchedumbre.

Largo espacio tardó Pulgar en llegar á donde le esperaban los magistrados y próceres de la ciudad, encargados de su gobierno y su custodia: entrególes la carta que del rey Fernando traia, exortándolos por su parte á que desistiesen de tan inútil resistencia; pero muy luego hubo de convencerse de que por mas inclinados que estuviesen á entablar conciertos de paz, les embargaba la voluntad y el ánimo el temor que tenian al alcaide de la fortaleza, quien amenazaba de contínuo allanar la ciudad con el suelo, antes que verla, mientras él viviese, esclava en poder de cristianos.

A duras penas pudo conseguir el noble nuncio que dos de aquellos Moros principales tomasen sobre sí el arriesgado encargo de subir á la fortaleza, para hacer presente al alcaide los pactos que ofrecia el rey de Castilla, y el mísero estado en que la ciudad se encontraba; escasos los mantenimientos, la mortandad crecida, los muros quebrantados.

Cúpole á Alí Dordux ser uno de los mensageros; y allegándosele Pulgar como por acaso, cual si le recomendase con mas instancia interponer con el alcaide su poderoso ruego, le dió con recato la carta que para él traia; siendo tal la turbacion del Moro al recibirla, por temor de pagar con la vida si de los suyos fuese descubierto, que perdió la color del semblante, y solo dió á Pulgar por respuesta levantar los ojos al cielo.

Apenas estaria el sol á mitad de su curso, cuando aquellos Moros subieron al castillo de Gibralfaro; y ya estaba Pulgar impaciente,

fueron testigos Alonso Lopez de Aranda, vecino de Málaga, y Francisco Fernandez Calvo, vecino de Granada; en Málaga, á 29 de noviembre de 1610. Lo que sellé en testimonio de verdad; Francisco Carrillo de la Vega, escribano. Recibi el original de este traslado. Don Fernando de Málaga.»

viéndolo acercarse al ocaso, cuando tornaron cavilosos, graves, sin dar al Castellano por respuesta mas que estas mesuradas palabras: «Vuelve, caballero, á tu rey; díle que la ciudad de Málaga se defenderá á todo trance; y si Alá ha decretado su ruina, sufrirá resignada su suerte.» Quiso replicar el caudillo; mas atajándole la voz aquellos ancianos, le mostraron que iban á acompañarle hasta dejarle fuera de los muros, para ponerle á cubierto de algun desman ó desacato. No fue inútil esta precaucion, si bien á Pulgar le pesó de ella, repitiendo mas de una vez que bastaba su espada para abrile paso. «Pero no basta (contestóle gravemente uno de los ancianos) para impedir que caiga una mancha en ciudad tan noble y generosa.»

Desasosegados andaban ya los ánimos con la tardanza de los mensageros, con las pláticas de gente turbulenta, con las exortaciones de un alfaquí, á quien miraban con profunda veneracion, cual si fuese enviado del cielo; y al presentarse Pulgar para tornar á los reales cristianos, habíase levantado en la ciudad tal confusion y tumulto, que hubo menester el caudillo todo su aliento y brios, para no mostrar turbacion ni desmayo. Bramaba la turba; apiñábase en torno; le atajaba el paso: las oleadas de gente semejaban á las del mar; pero el esforzado guerrero refrenaba la impaciencia de su caballo, y proseguia sosegadamente por medio del bullicio, cual si se hallase en el seno de una ciudad amiga, y solo despertase la curiosidad de la plebe por la extrañeza de su vestidura y arreos.

Hasta la márgen del Guadalmedina, que por aquellas partes desemboca en el mar, acompañaron Alí Dordux y otros cuantos ancianos al mensagero de Castilla, mas cuidadosos de su vida que él propio; y encubriendo su temor y recelo, cual si en derredor le cercasen por agasajo y cortesía, le sirvieron de reparo y escudo contra mas de un dardo alevoso.

Despidióse el caudillo de aquellos venerables varones, no sin mediar algunas sentidas palabras acerca de los riesgos y peligros que les amenazaban; y volviéndose ellos á encerrar dentro de los aciagos muros, corrió Pulgar á media rienda en busca de sus reales.

Habia salido de ellos el rey Fernando, inquieto y desasosegado con la tardanza del caudillo: temia la escasa fe de los Moros, el desenfreno de la plebe, la índole feroz del alcaide, capaz de enviarle por respuesta la cabeza del mensagero; y aunque no se escapase de sus labios ni amenaza ni queja, resolvia allá en su mente tomar de la ciudad tan ejemplar venganza, que quedase á los siglos memoria. No estaban mas serenos los capitanes que acompañaban al rey; sin que osase ninguno de ellos tomar en sus labios el nombre de Pulgar, por no acrecer la inquietud del buen príncipe; y solo Gonzalo de Córdoba, mas mozo ó mas resuelto, no pudo contenerse por mas tiempo y dijo así al monarca: «Mucho tarda mi amigo; y quisiera, antes que cerrase la noche, demandarle á esa aleve ciudad.»

No respondió Fernando, si bien admiró en sus adentros los brios de aquel mozo, que ya daba claras muestras de lo que habia de ser un dia; mas como el mancebo le apremiase con nuevas instancias, para que accediese á su ruego: « Allí viene Pulgar, si no me engaña mi deseo (contestóle alborozado el rey); mas yo te empeño mi palabra y fe real de otorgarte en otra ocasion la primera merced que me demandes. » No lo olvidó Gonzalo; y cuando años adelante fue menester con grandísimo riesgo llevar un mensage á Granada, alcanzó esta gracia del Rey, sin mas que recordarle su promesa [1].

Cosa de ensueño parecia ver á Pulgar en medio de los suyos, sano y salvo de tamaño peligro: vino á su encuentro el rey, y él se arrojó á sus plantas, ayudándole á levantar el monarca mismo para mas honrarle. Apartáronse, en señal de veneracion y comedimiento, cuantos allí se encontraban cercanos: y sin mas demora ni tardanza, dió Pulgar cuenta al rey de lo ocurrido en la ciudad, y de las escasas esperanzas que habia de lograr su rendicion por plática y concierto. Con lo cual afirmóse el rey en su designio de estrechar mas el cerco y entrarla á viva fuerza, si menester fuese; pero haciéndole pagar con lágrimas de sangre la muerte de cada cristiano.

Sabidos son, sin que sea necesario renovar la memoria de tantos desastres, los varios trances de aquel asedio, su duracion, su éxito; entregándose al cabo á merced aquella ciudad desdichada, que ni halló en las armas el triunfo ni asilo en la clemencia [2].

Sujeta al yugo la ciudad de Málaga, hubieron de someterse igualmente los pueblos de la sierra y ajarquía, si bien de recia condicion y ánimo belicoso, avezados á sufrir los trabajos, el hambre, y

[1] De esta entrada de Gonzalo de Córdoba en Granada, con las circunstancias que de ella han podido averiguarse, se hablará en el Apéndice.

[2] Cuando Alí Dordux fue enviado por la ciudad de Málaga con una carta, proponiendo la entrega, el rey Fernando contestó en estos términos:

« Yo el rey.

» Concejo é viejos é vecinos de la ciudad de Málaga, vi vuestra carta, por la qual me enviades á facer saber que me queriades entregar esa ciudad con todo lo que en ella estaba, y que vos dejase vuestras personas libres de ir á donde quisieredes; y esa suplicacion, si la ficiéredes *al tiempo que os envié á requerir desde Velez Málaga*, ó luego que aquí senté el real, pareciera que con voluntad de mi servicio os moviades á ello; entonces oviera placer de lo facer; pero visto que habeis esperado fasta lo postrimero que os podeis detener, á mi servicio no cumple os recibir de otra manera salvo dandoos á mi merced, como determinadamente os lo he enviado á decir con vuestros mensajeros; y este es muy menor inconveniente que no haber de esperar mas, segun el estado en que estais. »

« Vista esta respuesta por los Moros de Málaga, el Alí Dordux ante las fortalezas fue, y vino muchas veces al rey é á la reyna, é ganó que puesto caso *que todos los Moros fuesen esclavos*, empero que el rey les asegurase la vida á todos y fuele otorgado. »

Segun el mismo historiador, habia en Málaga unas once mil personas, que quedaron todas cautivas. Entregóse á merced la ciudad de Málaga el sábado 18 de agosto de 1487. (M. S. del cura de los Palacios, capitulo 84.) Otros historiadores, y entre ellos Zurita, suponen que la entrega de Málaga se verificó en el mes de setiembre.

á defender palmo á palmo sus empinados riscos : y una vez allanada al poder de Castilla toda la parte del reino de Granada que yace á poniente, resolvieron los reyes católicos suspender un momento las armas, para rehacer la hueste y acometer despues con mayor ímpetu por las regiones de levante [1].

Reinaba allí á la sazon Abdilehi, *el Zagal*, que vencido por los cristianos, guerreado por su mismo sobrino, sin poder acudir al socorro de las ciudades amenazadas ni recobrar el mal perdido trono, extendia meramente su dominacion á las ciudades de Almeria, de Guadix y de Baza, con las comarcas circunvecinas.

Las cadenas de montes que por allí se cruzan, hasta irse luego abajando hácia el mar, puertos y calas en la extendida costa, las asperísimas sierras de la Alpujarra como postrer refugio, y tres ciudades amuralladas, fuertes, resueltas á defenderse hasta el último trance, infundian tanta confianza al rey moro, animoso de suyo y alentado á la vista de su aguerrida hueste, que no menos soñaba en los devaneos de su ambicion que cerrar el paso al ejército castellano, arrollándolo hasta las fronteras, y revolver contra Boabdil, para lanzarle del trono que afrentaba.

Dentro de los muros de Guadix, como un leon en su guarida, acechaba el Zagal por una parte lo que en Granada acontecia, aun no del todo perdida la esperanza de que aquella gente movediza, instable, voluble con el viento de la fortuna, le aclamase otra vez por monarca; y se hallaba al propio tiempo en medio del reducido reino que su mala ventura le dejara, y á punto de acudir con sus guerreros, probados en la escuela de la adversidad, á detener y contrastar las armas de Castilla.

Presentáronse estas delante de los muros de Baza, despues de haber tentado acometerla, pocos meses antes, con mas arrojo que ventura [2]; y como el rey Zagal tuviese tanta confianza en el alcaide Cidi Hiaya, de estirpe real y gran merecimiento, encargado de la custodia de aquel baluarte, prefirió permanecer él en Guadix, desembarazado y pronto para acudir donde quiera que menester fuese, con ánimo resuelto de acometer á la hueste enemiga, cuando los rigores y fatigas del asedio hubiesen quebrantado sus fuerzas.

Pasaron meses y meses, sin adelantar los cristianos en el cerco de Baza : viéronse entonces, aun mas que en el largo trascurso de aquella tenacísima guerra, lo que pueden el valor y entereza contrastándose de una y otra parte, el amor á la patria, el celo de la honra, la religion, la ira, el odio amontonado en ocho siglos; mas sin desistir los cristianos de su propósito, y sin dar los sitiados in-

[1] En la primavera del año de 1488 entró el rey con su ejército por la parte de Murcia, y tomó varios pueblos como Vera, Velez el Blanco, Velez el Rubio, etc. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 89. M. S. del doctor Galindez y Carvajal en la parte concerniente al año de 1488.)

[2] Púsose el cerco de Baza en el mes de junio del año de 1489. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 92.)

dicio de flaqueza, así guerreaban y combatian con salidas, con asaltos, con reencuentros á la contínua, como si en los muros de Baza se encerrase el destino de Granada.

Ceñida aquella ciudad por todas partes, y enseñoreados los cristianos del llano y de la sierra, veian impacientes como se prolongaba el durísimo asedio, cuando algunos guerreros generosos, mal avenidos con dejar un solo dia en descanso las armas, determinaron de propia voluntad, y contando con el tácito consentimiento del monarca, hacer una entrada y correría por tierra de Guadix: y fue no poca ventura, ó por mejor decir, altos juicios del cielo, que llegase á oidos de Pulgar la secreta empresa que se apercibia, brindándose á concurrir á ella, como acontecia siempre que vislumbraba asomo de peligro.

Acogiéronle con alborozo los demas guerreros, pocos en número, si bien de grande esfuerzo, entre los cuales descollaban por su nobleza y bizarría don Francisco Bazan, de lo mejor de España, y don Antonio de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque; y aprestándose todos con sigilo y recato, salieron del campo entre dos albas, y tomaron la via de Guadix. Tanta fue su presteza y buena dicha, que cayeron como nublado repentino sobre la comarca del *Zenete*; y por pronto que los Moros apellidaron la tierra desde sus torres y atalayas, ya habian asolado los cristianos el campo á la redonda, incendiando pueblos, cautivando á sus moradores, y llevando la desolacion y el espanto hasta las mismas puertas de aquella ciudad.

Bramó el Zagal de ira, cual si viniesen á provocarle de intento hasta en su propio alcázar; y deseoso de vengar tamaña afrenta, y esperanzado en que la rica presa y los despojos embarazarian el paso de los Castellanos, y entorpecerian en su diestra el uso de las armas, ordenó que en aquel punto y hora saliese en busca de ellos un tropel de caballos alfaraces, siguiéndolos él de muy cerca para ser testigo del triunfo.

Mas confiados que prudentes, llevando en medio la balumba de cautivos y de rebaños, y habiendo de acudir á su guarda no menos que á defenderse contra el ímpetu de los enemigos, revolvieron los cristianos en busca de sus reales con sobrada tardanza y desconcierto; pero cuando llegó á sus oidos que se acercaban á toda furia los Moros que de Guadix venian, determinaron hacerles rostro, para llevar por galardon mas cumplida victoria.

Descubrirse á lo lejos una nube de polvo, escucharse la gritería de los Alarbes, y cerrar contra los Castellanos, todo fue un solo punto: mezclados peleaban guerreros con guerreros, y en tan estrecho espacio, que ni revolver los caballos podian ni manejar las lanzas: heríanse con espadas, con dagas, con puñales, aferrábanse con los brazos, mataban y morian.

A duras penas pudieron los cristianos salvarse de las garras de los infieles, que los abrumaban con el peso de la muchedumbre;

y como los viesen alejarse un brevísimo trecho (aguardando la llegada de los suyos, para exterminar á mansalva aquel puñado de guerreros), empezaron estos á retraerse, no sin afan y angustia, por las ásperas sendas que dejaban las quiebras de los montes.

Ya se creyeron salvos, al hallarse reunidos en una garganta ó gollizo entre dos altísimas sierras: tomaron allí aliento, que bien lo habian menester despues de tan recia fatiga; y antes de que los Moros les siguiesen mas de cerca el alcance, apresuraron el paso, ansiosos de salir sin demora de aquel apremio y estrechura. Mas allí era donde les aguardaba su mayor desdicha: habíase levantado la tierra, al rumor de la entrada de los cristianos; y ora los aguardasen en acecho (como circundan los monteros un cerro, para impedir que se escape la caza), ora se encaminasen los Moros por aquella senda, para llegar mas breve á la comarca de Guadix, lo cierto de ello es, que al avistar los cristianos una breve llanada en que terminaba el recuesto, encontraron amurallado el paso por un ejército de infieles.

Venian capitaneados, y no era esta la menor desventura, por los alcaides mas famosos de la tribu de los *Zenetes*, de condicion tan belicosa y de ánimo tan levantado, que presumian bastar ellos solos á custodiar aquella tierra, á que habian dado nombre; y habiendo guerreado contra los cristianos no menos que por espacio de ocho siglos, desde que en mala hora pusieron el pie en nuestras playas, y arrinconados ahora dentro de los términos de Granada, habian jurado morir hasta el postrero en defensa de sus hogares.

Helóse la sangre á los cristianos, viendo cierta su perdicion: ni podian detenerse, ni adelantar un paso, ni volver el pie atrás; y como intentasen los caudillos animar á los suyos, para alcanzar á lo menos una muerte gloriosa, vieron por vez primera (rubor causa decirlo) que se les caían de la mano las armas. Hasta un soldado de gran cuenta, que como tal llevaba encomendada la enseña de la hueste, volvió cobardemente las espaldas y acabó de aterrar á los suyos: lo cual visto por Pulgar, y anteponiendo perder la vida á ser testigo de tal deshonra, desciñóse una toca, anudóla á su lanza, y cayendo como un rayo sobre los enemigos, «*Seguidme, compañeros, seguidme; aquí va el pendon de Castilla!*» Apenas dió lugar el guerrero á que los cristianos le oyesen; porque maravillados de su arrojo, y como viesen el blanquísimo lienzo ondear en medio de una turba de infieles, volaron en defensa de su compañero de armas, por no mancharse con borron tan feo.

Dios solo, sí, Dios solo, que en aquel momento los miró con ojos de misericordia, pudo salvar á aquel puñado de valientes, y hasta concederles el triunfo: no parecia sino que un ángel los iba custodiando y arrollando á sus enemigos; tal era el desconcierto, el espanto que se apoderó de los infieles. En vano quisieron los alcaides mas esforzados reanimar el valor de los suyos; desban-

dáronse por los montes; salváronse en las breñas; no quedó uno en el campo sino muerto ó cautivo [1].

Los prodigios de valor que obró Hernando del Pulgar aquel dia, ni él propio fuera parte á contarlos: cada uno de sus compañeros encarecia despues lo que otro atestiguaba haber visto; cien veces se halló cercado de una turba enemiga, y se abrió paso con la lanza; y revolviendo su caballo hácia donde arreciaba la pelea, gritaba á los mismos infieles: *Aqui va el pendon de Castilla!*

La noche y el cansancio pusieron fin á la refriega: y anteviendo Pulgar, tan prudente como esforzado, que si aguardaban en aquel parage á que clarease el dia, volverian los Moros de su espanto, y los acometerian respaldados con los que de Guadix habian salido, aconsejó á sus compañeros, que ya como á caudillo le acataban, encaminarse sin tregua ni respiro á los reales de Baza, llevando cautivos y despojos por trofeo de aquella victoria.

Llegó el rumor al campo aun antes que los mismos guerreros; pero tan extraño y peregrino parecia aquel suceso, que el mismo rey Fernando temia dar vuelo á la esperanza, por no recibir luego mas dolorosa recaida. Demandaba solícito el monarca cuántos eran los cristianos que habian salido de los reales; su calidad, su nombre, su intencion y designio; informábase cuidadoso de los pasos de aquellas sierras, de los pueblos de la comarca, de las fuerzas del enemigo; y mientras mas inquiria, mas se aumentaba su desasosiego y zozobra, teniendo aquel buen príncipe por nuevo torcedor y tormento hasta el valor y arrojo de los suyos.

Sonó un grito en el campo de júbilo y sorpresa, cuando allá á lo lejos divisaron, sin atreverse todavía á dar crédito á sus mismos ojos, el reducido tercio de Castilla, que se acercaba lentamente, rendidos caballeros y caballos con tanto trabajo y fatiga. Ya se hallaban muy cerca, y aun era imposible reconocerlos; tan mudados estaban; rotos los escudos y cascos, destrozadas las armas, cubiertos de polvo, de sangre, del sudor de ardentísimo estío..... Venia delante un caballero, blandiendo en su diestra una lanza, y en el remate de ella una enseña desconocida; y como dudasen los capitanes quien fuese aquel soldado que parecia acaudillar la escasísima hueste: «Que no vuelva yo á ver á Boabdil en mis manos (dijo el conde de Cabra), si no es aquel Hernando del Pulgar, que ha vuelto á hacer alguna de las suyas.» *Él es!* repitió al mismo tiempo un buen número de caudillos; y en el mismo instante resonó el nombre de Pulgar en todo el ámbito del campo.

Apenas dió lugar el rey á que descabalgase el guerrero: el cual echó pie á tierra, aunque sin acertar á moverse ni articular palabra; y solo con la mano hizo seña á los alcaides y demas cautivos para que se postrasen á los pies del monarca. En larguísimo espacio no

[1] Veánse en el Apéndice los testimonios de los historiadores que hacen mencion de esta hazaña del Pulgar.

se pudo saber con certeza lo que habia acontecido; tanto era el anhelo, el afan de enterarse de aquel suceso: abrazaban unos á los recien venidos: preguntaban otros por sus deudos y amigos: este bendecia á Dios; aquel lloraba de ternura; mas en cuanto se supo, y por boca de los mismos guerreros, que solo al valor de Pulgar se debia la salvacion y el triunfo, agolpáronse en derredor los capitanes mas famosos.

« Ni una hora, ni un instante quiero estar sin pagar esta deuda, » dijo á su vez el rey, rebosándole el gozo en el pecho; y apenas pronunció estas palabras, ordenó á aquellos esclarecidos capitanes que formasen un cerco y dejasen en medio á Pulgar. No adivinaba el modesto guerrero la merced que el rey queria hacerle; pero estaba tan turbado y como fuera de sí, al verse rodeado de la flor de Castilla, el monarca delante, la hueste toda fijos en él los ojos, que perdió la color del rostro, y hubo de apoyarse en su lanza.

« ¿Qué tienes, Pulgar? (le dijo el monarca, con afable sonrisa en los labios) no te asusta un ejército moro; y te asusta el rey de Castilla, cuando va á armarte caballero! » — *¡A mi, señor!* — « Sí, Hernando; y ahora mismo, y con mis propias manos, y en presencia de estos valientes; para que te sirva á tí de galardon y á los demas de ejemplo. »

Echóse Pulgar á los pies del buen príncipe, y hasta hizo ademan de besarlos, sin poder contener las lágrimas que brotaban ya de sus ojos. « ¿Quién de estos caballeros quiere ser tu padrino? » Aun no bien hubo pronunciado el rey estas palabras, cuando todos á un tiempo reclamaron para sí aquella honra; mas como cada cual alegase su título, y no fuese cosa llana avenirlos ni satisfacerlos, determinó el rey que lo fuesen el mismo don Francisco Bazan y don Antonio de la Cueva, que habian sido testigos de tan grande hazaña, compartiendo con Pulgar el peligro y la gloria.

Colocáronse á su lado entrambos caballeros, cubiertos aun con la misma armadura que habian traido del combate á la vista de los alcaides y cautivos, amontonados aquí y allí trofeos y despojos: y tal fue la admiracion y el pasmo que se apoderó de los ánimos, que sin que mediase para ello ni ruego ni mandato, permaneció la hueste inmóvil, y se hizo en todo el campo un profundo silencio.

Demandó el rey una espada al capitan Diego de Agüero, criado de su casa, que allí estaba cercano; y dando con ella á Pulgar tres golpes en la cabeza, le dijo en alta voz con noble magestad y compostura: « Dios nuestro Señor é el apóstol Santiago vos fagan buen caballero; que yo vos armo caballero; » y en diciendo esto, ordenó S. A. al duque de Escalona, don Diego Lopez de Pacheco, que calzase á Pulgar las espuelas, como lo hizo de buen talante aquel bizarro caudillo, calzándole unas doradas que él propio traia; fenecido lo cual, mandó el rey á todos los capitanes que presentes estaban, que guardasen á Pulgar las honras y mercedes y privilegios que como á tal caballero le competian.

No dieron lugar los caudillos á escuchar cumplidamente el mandato del príncipe; porque todos ellos se apresuraron á estrechar á Pulgar en sus brazos; y muy principalmente el famoso maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, el mencionado duque de Escalona, y el insigne conde de Cabra, don Diego Fernandez de Córdoba, que autorizaron como testigos aquel solemne acto.

¡Dias de ventura y gloria, eternos en los fastos de España; cuando en el mismo campo, á la vista de tantos héroes, un poderoso príncipe recompensaba una victoria con el solo título de caballero! Hoy se mendiga, si es que no se compra [1].

Aun no habia trascurrido mucho tiempo despues que recibió Pulgar tan señalada honra, y todavía se hallaba el rey católico al pie de los muros de Baza, cuando como si le punzase el deseo de premiar á Pulgar mas largamente: « Demándame (le dijo) la merced que mas te cumpliere; para que eternamente quede memoria de tan grande hazaña. » No contestó el guerrero, hasta que por segunda vez se lo ordenó el buen príncipe: y alentado por su afable ademan no menos que por sus palabras, le dijo al fin con sumiso comedimiento: « Puesto que tanto os empeñais, señor, en honrar á vuestro criado, holgárame de tener por armas y dejarlas á mis descendientes, la misma toca blanca que me sirvió de enseña. » — « De muy buen grado (contestóle el rey); pero es menester que tu lanza sea un leon quien la sustente. » — Sonrojóse Pulgar al oir de la boca del rey tan cortes alabanza; y haciendo venir el príncipe en aquel punto y hora á su secretario Fernando de Alvarez, mandóle extender en favor de Pulgar el título mas honroso y cumplido, *para que quedase memoria de sus méritos y virtudes* (como en el mismo documento se expresa), y concediéndole á él y á sus hijos y sucesores, *para siempre jamas*, el escudo de armas con que habia de honrarse su linage.

Desde aquel mismo dia (otorgó el rey tan señalada merced en los postreros del año de nuestro Señor de 1489), llevó Pulgar por armas, y las vinculó en su familia, un leon de oro en campo azul, levantando una lanza en sus garras, y ondeando al aire en el extremo de ella una toca blanquísima; por orla del escudo once castillos, en memoria de los once alcaides que venció en la batalla; y por lema esta máxima, que eligió Pulgar mismo, y en que lejos de hacer alarde de su valor y esfuerzo, cuidó solo de recordar cuál debia ser la norma y pauta del varon honrado: « *Tal debe el hombre ser, como quiere parecer* [2]. »

[1] En el Apéndice se halla copiada la real cédula de los reyes católicos, su fecha 17 de agosto de 1489, en que se hace una relacion circunstanciada de la manera y forma con que el rey mismo armó caballero á Pulgar en recompensa de su reciente hazaña.

[2] Veáse en el Apéndice el privilegio dado por los reyes católicos, su fecha á 29 de diciembre de 1489; en que conceden á Pulgar el escudo de armas, en la forma que va indicada, haciéndose en el mismo documento especial mencion de la singular victoria á que debia aquella merced.

Allanóse poco despues, realzando la heróica resistencia de los vencidos el renombre y prez de los vencedores, la célebre ciudad de Baza, que sufrió por espacio de siete meses los rigores de estrechísimo asedio; mas cuando perdió la esperanza de recibir socorro, y vió llegar al campo cristiano á la excelsa reina de Castilla, la presencia de aquella muger singular hizo caer las armas de las manos á los infieles, y le abrieron de par en par las puertas [1].

Lo cual sabido por Abdilehi, *el Zagal*, quebrantado ya el ánimo para hacer rostro por mas tiempo á las triunfantes armas de Castilla, y mas enconado cada dia contra su pérfido sobrino, entregó á los reyes católicos las ciudades de Almería y de Guadix, único resto de su escasa dominacion; y pasando en persona al campo enemigo, y despues de regatear indigna recompensa, llevó á tal colmo su desdoro y su villania que compró el vano título y la sombra de rey, desnudando el acero contra su misma patria. La historia ha conservado memoria de aquel hecho; mas tambien la conserva del ejemplar castigo [2].

Rendidas de un solo golpe tres ciudades, sujeta al poder de Castilla la dilatada costa, y asolada la vega tras una y otro tala, íbase estrechando á tal punto el cerco de Granada, que bien puede decirse que dentro de sus muros se encerraban los vestigios y sobras del poder mahometano. Reventó el descontento en la ciudad, al verse en tamaño conflicto: pidieron los valientes morir á lo menos con honra; bramó el inquieto pueblo; y el mezquino Boabdil, mal seguro en el trono, eligió como menor peligro empuñar de nuevo las armas.

La ocasion se mostraba oportuna; el riesgo urgia; brindábanse los pueblos. Ya se habian levantado contra el reciente yugo de Castilla algunas villas y aldeas de la costa y del valle: andaban otros desasosegados, inquietos, apercibidos al combate: en tanto que la hueste cristiana, derramada en vastísimo espacio, bastaba

[1] Llegó la reina Isabel al campo cristiano en el mes de noviembre del año de 1489; y la ciudad de Baza se entregó á partido el dia 4 de diciembre del mismo año. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 92.)

[2] En los postreros dias del año de 1489 se presentó el rey moro á los monarcas de Castilla, en la ciudad de Almería: le concedieron el lugar de Andarax, con otros lugares y alquerías de aquella comarca y el vano título de rey: quedando por vasallo del de Castilla. En calidad de tal, acompañó al rey Fernando con doscientos ginetes, cuando entró á talar la vega de Granada en el verano de 1490.

Rebeláronse por aquel tiempo contra el rey moro los de Andarax y su comarca, y no creyendo segura su vida, devolvió las fortalezas que le habian dado, y se pasó á Africa. (M. S. del cura de los Palacios, cap. 99.)

Habiendo pedido el Zagal un asilo al rey de Fez y convencido en juicio de haber sembrado la disension entre los Moros, contribuyendo á la perdicion del reino, le abrasaron los ojos con una bacia de azófar ardiendo; y ciego y proscripto se refugió aquel á la ciudad de Velez de la Gomera, donde arrastró durante algunos años el peso de la vida, llevando por rótulo al pecho: « *Este es el desventurado rey de los Andaluces.* » (Mármol. *Historia de la rebelion y castigo de los Moriscos*, pág. 74.)

apenas á sujetar la tierra que pisaba. Hasta el mismo rey Fernando se hallaba de allí lejos; y aprovechando Boabdil tan buena coyuntura, tentó el último esfuerzo, como la postrer llamarada de una luz próxima á apagarse.

Con la flor de su ejército salió de la ciudad, por aquella amenísima parte en que el Genil y el Dauro se abrazan como hermanos; y cayendo de rebato sobre la fortaleza de Alhendin, tomóla al paso, recorrió la llanura, y revolvió prestamente hácia los montes en busca de la costa. Habia tenido al principio intencion y propósito de arrancar del poder de los cristianos todos los castillos y fuerzas á la redonda, para que pudiese la ciudad respirar con mas desahogo; pero temiendo encontrar resistencia que le hiciese malgastar el tiempo, y ansioso de abrirse paso hasta la ribera del mar (para recibir los socorros que de Africa aguardaba) encaminóse á mas andar hácia el puerto de Almuñecar, penetrando con su ejército por aquella misma garganta á que despues dió nombre, cuando destronado y proscripto volvió por vez postrera los ojos á Granada [1].

Mas aun no habia llegado á mitad del camino, cuando le vino nueva de que se hallaba desapercibida la fortaleza de Salobreña, escasa de presidio, de mantenimientos, de agua; en términos que con solo mostrarse en el ameno valle que á su falda se extiende, le abririan las puertas del mal resguardado castillo, si bien fuerte de suyo, en la cima de un monte, áspera la subida de un lado, y guarecido por la parte opuesta con las olas del mar.

Corrió Boabdil á toda furia; y apoderándose de la villa, por entrega de los mudejares que en ella residian, supo que los pocos cristianos que dentro del castillo se hallaban, ni aun tiempo habian tenido de proveerse de mantenimientos, viéndose reducidos para apagar la sed en aquella estacion ardentísima al agua que les suministrase una escasa cisterna [2]. Con ánimo y deseo de apretar mas y mas el dogal que los afligia, quitándoles de una vez toda vislumbre de esperanza, cubrió de gente el llano, enseñoreóse de la playa, ciñó el pie de los muros; y no queriendo comprar con daño de los suyos, si tentaba el difícil asalto, lo que el hambre y la sed iban á poner en sus manos, aguardó de un instante á otro la rendicion de aquel castillo.

Entre tanto no parecia sino que la fortuna habia vuelto un momento la espalda á los pendones de Castilla: ya se hallaban en poder del rey moro las fortalezas del Padul y Alhendin, sin que hubiese podido el rey Fernando acudir con tiempo á socorrerlas; el famoso Gonzalo de Córdoba se habia encerrado casi solo en los flacos muros de la Malaha, aventurando con escasa gloria su libertad y vida, á trueque de evitar á su monarca nuevas pérdidas y sin-

[1] Alude á la abertura entre dos cerros, que da paso desde la vega á las Alpujarras, último punto desde donde se divisa Granada, y que ha conservado hasta el dia de hoy el nombre de *Suspiro del Moro*.

[2] Verificóse el cerco y defensa de Salobreña en el mes de julio de 1490.

sabores; y si bien el conde de Tendilla, adelantado de la frontera, rompió por medio de la vega con osada resolucion, para llamar sobre sí las fuerzas enemigas, supo con pesadumbre y desconsuelo, casi á la vista de la ciudad, que no podia volar al socorro de los puertos amenazados.

Próxima, segura, inminente, contaba ya su pérdida, cuando quiso la buena suerte que se le presentase un guerrero, de los que en aquella arriesgada empresa le habian acompañado; ofreciéndose á partir en aquel mismo instante para acudir con otros pocos valientes en defensa de Salobreña, y salvarla del peligroso trance ó quedar sepultado en sus ruinas.

Pero mejor será (que no es fácil al cabo de tres siglos copiar fielmente un hecho semejante), oirlo de boca misma de un historiador contemporáneo, que refiere con candor y lisura lo que vió con sus propios ojos, y en lo que tuvo no pequeña parte.

« Y en aquel tiempo el conde de Tendilla, que capitan general en la frontera era, corrió á Granada; y de lenguas que tomó en la vega supo como el Moro estaba sobre Salobreña, con la gente de Granada y de las Alpujarras. É la villa entrada, estaba sobre la fortaleza, y aquello le certificaron en el escaramuza. É al conde aquí *uno* que llegó le dijo : Estos Moros han dicho á vuestra señoría que la causa que al rey llevó á Salobreña fue por la certenidad que tiene de la poca agua y menos gente que está en ella. Yo iré, y con el ayuda de Dios en la fortaleza entraré; que con luego, señor, ocurrir, se remediará lo que despues del daño venido no aprovechará. *Este* con setenta hombres, dellos escuderos, y los mas espingarderos y ballesteros, por el postigo á la fortaleza de Salobreña entró, al trocar de las guardas que los Moros hacian al alba; los cuales la fortaleza combatian, donde no menos daño recibian que los cercados afan. Los de dentro soltaron un peon á declarar su necesidad de agua á don Iñigo, que con él vinieron las ciudades de Málaga, Antequera, Loja, Alhama y Velez, y otros muchos caballeros y gentes que trujo por la mar al socorro, el cual con asaz daño que cada hora de la tierra les daban, estaba en el peñon junto á el que es allí poco dentro en la mar; de él á la fortaleza no se puede mandar, habiendo en el arenal como estaba gran cantidad de Moros que lo estorbaban. Y en el tormento deste peon, que al dicho capitan don Iñigo Manrique enviaba, supieron la poca agua y no vino que tenian, y como aquella por cuartillos se repartia. Testimonio de lo creer fue los caballos muertos de sed que del adarve abajo echaban; y con esto ovo causa tener esperanza haber presto la fortaleza. Los del cerco á menudo decian á los cercados con amenazas fieras breve serian entrados. Y que pues no tenian agua, se diesen y no esperasen tiempo á ser tomados por fuerza, lo que á la hora serian recebidos de grado con partidos provechosos, que el rey en mansedumbre ventajoso les haria. *Aquel* que los setenta hombres metió, un cántaro de agua (de que bien poca quedaba) les dió; y

en albricias del combate con que le amenazaban, fuese en la covacha, que era su estancia, les arrojó y dió una taza de plata; y el alcaide Bejir, alferez del pendon real del rey, le retificaba las amenazas con que furor mezcladas con mucha buena razon, poniéndole delante la toma del Padul y Alhendin, y el cativerio y muertes de aquellos que en ellas se tomaron. O señor alcaide (dijo *aquel*) sabed que vuestras amenazas no dan temor á la codicia que los desta fortaleza tienen de ser combatidos; porque si á vosotros conviene salir con vuestra empresa, estos caballeros y gente han de sostener su defensa: por ende certificad á S. A., de cuya parte, señor, venis, que antes moriremos defendiendo, que salvarnos rendiendo. Pues mas nos teneis cercados que combatidos, haciéndonos ruido y no fuerza; cá su Señoria verá como esta casa se le defenderá; y vuestras razones mas osadía que temor nos añaden. É vuelta la habla á los cercados, lo que de la razon destos Moros se toma (dijo *aquel*) es: que como hombres flojos en osadía mueven tratos, y cautelosos en engaños ofrecen cosas para dañar nuestras almas y mancillar nuestras honras: y no debemos desahuciar nuestra ayuda y no seremos de todas partes heridos con injuria: pues estan en este cerco mas por tentar nuestros ánimos, que ánimos tengan para sofrir vuestras fuerzas; las cuales bien como á los temerosos en el afrenta mengua, ansi los fuertes en el peligro acrecienta; y no nos deben poner espanto las palabras soberbiosas con que amenazan; que el temor que os tienen empedirá su hecho. Ansi que, señores, á nosotros conviène trabajemos con perseverancia en defendernos: cá mas son las cosas destos dar espanto que hacer daño; y aparejad los ánimos y manos, que al presente nos son necesarios para salvar las vidas y guardar las honras, y gozaos que á la puerta teneis el socorro con la persona real, y usad de vuestra loable fortaleza con sofrimiento de sed, cuanto podreis, y podreis cuanto querreis. Cá cuanto mayor es el peligro que el bueno defiende, tanto mayor gloria y fama se le debe. Fenecida la razon de *aquel*, todos fueron tan animados que á la hora deseaban combate, teniendo por cierto cosa alguna les podia ofender ni ser aquejados en él. É con esta esperanza gastaban tiempo en reparar sus adarves y contraminar las minas que por debajo de aquellos les dañaban. Luego á la fortaleza recio combate dieron, donde en él mataron á Mahomad Lentin, alcaide que fue de Cambil. La muerte del cual con muchos que allí mataron los entristeció; y pegado á esto creer el rey tener agua, y mas nueva que le llegó los condes de Tendilla y de Cifuentes, y Rodrigo de Ulloa, contador mayor de Castilla, con la frontera y Sevilla y Jerez en Almuñecar estaban, y el rey que le despertaba la toma de Alhendin, recio vino á socorrer á Salobreña, y llegó á la vega, y de camino al val de Lecrin para tomar el paso de la entrada á Granada. El Rey della alzó el cerco, y por las faldas de la Sierra Nevada entró en ella; y al tiempo de levantar el real, el dicho don Iñigo Manrique

con apresuramiento salió en tierra, y fecho fuerte en ella, ansi con tiros como con otros amparos, soltó gente ligera, que mató y cativó muchos de aquellos Moros, que no se recogieron con el avanguarda dellos. »

El historiador que nos ha dejado esta relacion fiel y sencilla, es *Hernan Perez del Pulgar*, cuya vida estamos bosquejando; y aquel guerrero desconocido, á cuyo denuedo y constancia se debió la defensa de Salobreña, y que con ella se desvaneciesen las esperanzas en que libraba su salud Granada, fue aquel mismo *Pulgar*, que ni siquiera nos reveló su nombre [1].

Tal vez no desplacerá á nuestros lectores cotejar con la relacion que precede la que nos dejó por su parte el famoso cronista de los reyes católicos (tambien Hernando y Pulgar de apellido), que refiere de esta manera el cerco y el descerco de Salobreña:

« Los Moros que habian quedado por mudexares en la villa, pospuesto el juramento de fidelidad que ficieron al rey é á la reina, dieron lugar al rey moro para que entrase en la villa, é ayudaron á los Moros con armas é viandas, é las otras cosas que ovieron necesario para cercar la fortaleza. El alcaide que en ella estaba, puesto por Francisco Ramirez de Madrid, que tenia el cargo principal de aquella fortaleza, con otros algunos cristianos que entraron á le ayudar, se puso en defensa, é repartió las estancias en los lugares por donde los Moros querian combatir. Sabido esto por don Francisco Enriquez, tio del rey, capitan de la ciudad de Velez Málaga, é por otros capitanes é alcaides que estaban en la comarca, vinieron para entrar en la villa, para la defender; pero no lo pudieron facer por la multitud de los Moros, que por todas partes la tenian cercada. Visto por aquellos capitanes cristianos que no podian entrar en la villa, é que eran pequeño número para pelear con los Moros, pusiéronse en una peña que estaba cercana á la mar, donde ni los Moros á ellos ni ellos á los Moros podian facer daño; pero esfuerzaban á los de la fortaleza; diciéndoles que se detoviesen, porque prestamente venia el rey á los socorrer. Y en aquella manera los Moros tovieron cercada aquella fortaleza, combatiéndola por espacio de quince dias.

» Sabido por el rey como los Moros tenian cercada aquella villa, é que el alcaide é los que con él la guardaban estaban en muy grande aprieto, por los continos combates que los Moros les daban, partió de la cibdad de Córdova con la mas gente que pudo haber, é apresurando su camino, llegó cerca de aquella villa por la socorrer. Sabido por el rey moro como el rey venia con gente en socorro, luego alzó el real que tenia puesto, é volvió con toda su hueste para la cibdad de Granada, é ansi quedó aquella villa libre. Y el rey y la reina ficieron mercedes al alcaide é á los que

[1] Véase el *Breve resúmen de la vida del Gran Capitan* escrito y publicado por Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*.

con él estaban é la defendieron, por los trabajos que ovieron en la defender, é porque fueron constantes contra los combates que sofrieron, é miedos que les eran puestos por los Moros que los habian cercado. É aquí en esta fortaleza metió por un postigo el *alcaide Pulgar* en ella setenta homes. É habiendo falta de agua, por mengua de la cual los Moros la esperaban tomar, porque perdiesen aquella esperanza, los fizo dende el adarve colgar un cántaro della; y en albricias del combate con que los amenazaban, les dió una taza de plata, que fue causa que como los cercados se esforzaron, los cercadores se alzaron [1]. »

¿Pero qué testimonio mas solemne y auténtico de tan esclarecido hecho, que el que dió el emperador y rey don Carlos I°, cuando hizo como reseña de las proezas de Pulgar, al tiempo mismo de recompensarlas? « Otrosí (decia al ilustre guerrero aquel poderoso monarca) teniendo el rey de Granada cercada la villa y fortaleza de Salobreña, *vos* con setenta hombres entrasteis á la socorrer; *la cual entrada fue causa que el rey de Granada no la ganase*; y teniendo el rey certeza que no habia agua dentro, que era la causa por donde la esperaban tomar, á los que fueron á requerir con partido os diésedes, pues agua no teníades, *vos* les distes un cántaro de ella, quedándovos muy poca; é amenazándoos con combate, les diestes porque vos lo diesen una taza de plata; é dado el dicho combate, murieron muchos Moros é pocos cristianos. Y visto por el rey como teníades agua, y perdia mucha gente en el combate, alzó el cerco; y asi alzado, *vos salisteis con algunos, y disteis en los moros que en cabo de su real quedaban* [2]. »

Viendo cerradas para siempre las puertas del mar, vencido y acosado, recogióse Boabdil á Granada; creyéndose apenas salvo cuando se vió dentro de sus muros; en tanto que la hueste de Castilla, ansiosa de vengar los recientes ultrages, entraba á hierro y fuego la dilatada vega, escarmentaba los lugares alzados, y lo allanaba todo á presencia del rey. Mas como tuviese aviso aquel prudente príncipe de que por la parte de levante trabajaban á la callada los enemigos por minarle la tierra, á punto casi de ponerse en armas las ciudades de Baza, de Guadix y Almería, acudió prestamente á donde la tormenta amenazaba; dejando para estacion mas

[1] É aqui en esta fortaleza... *Desde estas palabras hasta el fin del capítulo, falta en el M. S. del Escorial. Este alcaide Pulgar es el del Salar, de quien se habló en el cap.* 3, *y cuenta él mismo este suceso con alguna mas extension en el sumario de los hechos del Gran Capitan, pág.* 12, *aunque con la modestia de ocultar su nombre.* (*Crónica de los señores reyes católicos don Fernando y doña Isabel, escrita por su cronista Hernando del Pulgar, cap.* 131, *pág.* 371, *edicion de Valencia.*)

[2] Real cédula del emperador Carlos V, su fecha en Granada á 29 de setiembre de 1526 (se halla entre los documentos del Apéndice) donde se encontrarán igualmente las citas de varios escritores, que han hecho mencion de esta hazaña de Hernando del Pulgar.

oportuna (ya asomaba la cabeza el invierno) poner cerco á Granada y dar cima á la empresa [1].

Pesaba allá en su mente aquel cauto monarca los riesgos, los obstáculos, los azares de toda especie; tratándose de una ciudad tan fuerte, populosa, y ceñida de tres cercas de muros, por defensa mil y trescientas torres, la desesperacion por armas. Empero los capitanes que habian seguido el pendon real hasta las mismas puertas de Granada, no pudieron sin desabrimiento y pesadumbre volver otra vez las espaldas á ciudad tan famosa y aplazar por un año su anhelada conquista.

Sobre todo Pulgar, que no creia hallarse en su elemento sino escuchaba el rumor de las armas, se retiró con desplacer á la ciudad de Alhama, primer teatro de sus glorias. No una sola vez, sino muchas, en los devaneos de su imaginacion y hasta en repetidos ensueños, le habia halagado la esperanza de ser él quien primero tomase posesion de Granada, si la ciudad era entrada por fuerza: y al ver ahora alejarse tan grata perspectiva, andaba triste y caviloso, embebidas las potencias y el alma en un solo y único pensamiento.

Aconteció por acaso un dia, á tiempo que ya el sol se iba ocultando tras los montes, que se halló Pulgar á las puertas de la antigua mezquita, convertida pocos años ántes en iglesia, si bien conservaba la misma forma y estructura, la luz escasa, la techumbre sombría, arcos calados, y sutiles columnas. Penetró el guerrero dentro de aquel recinto, como llevado de secreto impulso, con intencion y deseo de dirigir al cielo sus plegarias, en aquella hora grave y melancólica en que va feneciendo el dia y aun no ha sobrevenido la noche. Largo tiempo permaneció Pulgar como abismado dentro de sí mismo en aquella soledad y silencio: y reflejando que al esfuerzo de unos cuantos valientes se habia debido la sorpresa de Alhama, y verse aquella mezquita consagrada al Dios de sus padres, sintió tal pena y desconsuelo al recordar el cautiverio de Granada, y que tan solo en su recinto, de todo el ámbito de España, se tributaba aun culto á la ley del falso profeta, que en aquel mismo instante hizo voto solemne de aventurar la vida en desagravio de tamaño ultraje. « Animo, Pulgar, ¿qüé te arredra? (dijo en voz baja, sin poder reprimirse): vas á verter tu sangre por tu Dios, por tu pátria: de tí solo depende acometer una empresa tan señalada, que deje atrás la fama de los otros caudillos: y si me da su amparo la Reina de los cielos, he de ensalzar tan alto su santísimo nombre, que quede á los siglos memoria. »

En lágrimas ardientes se arrasaron sus ojos al acabar de proferir estas palabras: y como si sintiese que le quitaban del corazon una

[1] Despues de haber talado la vega de Granada, en el verano de 1490, vinieron os reyes católicos á Sevilla, donde permanecieron hasta la primavera del año siguiente. (M. S. del doctor Galindez y Carvajal, año de 1490.)

losa que le oprimia, salió mas sereno del templo y se encaminó paso á paso á su albergue.

Eternas le parecieron las horas de la noche, sin cerrar un momento los ojos, ni bien dormido ni despierto; pero sin aflojar un punto en su propósito, confiado en el esfuerzo de su brazo y mucho mas en la ayuda del cielo, con aquella fe sincera y pura que tan bien hermanar solia, en aquellos siglos de gloria, el celo de la religion y el amor á la patria.

Apenas despuntaba el dia (mostrábase tardo y perezoso, al promedio ya de diciembre) cuando llamó Pulgar á su presencia á sus amigos mas allegados, compañeros de sus peligros y de sus triunfos: á Francisco de Bedmar, su cuñado, hombre de grande aliento [1]; á Pedro del Pulgar, aquel cautivo que habia cobrado tanto cariño á su amigo y bienhechor, hasta mudar por él de nombre y de creencia: al esforzado Gerónimo Aguilera y á los otros hidalgos (honrados todos y valientes, si jamas los hubo) que seguian la estrella de Pulgar, durante el largo curso de aquella guerra, con tanta lealtad como ventura.

Quince fueron en número los que allí se juntaron, curiosos é impacientes de saber el intento á que eran convocados en estacion tan rigurosa, los montes cubiertos de nieve, embotadas las fuerzas y el brio, en silencio las armas. Acogiólos Pulgar con palabras corteses, si bien pocas en número, y el semblante mas grave que lo que de ordinario solia: y haciéndoles sentarse en derredor y muy cerca de sí (como un padre se rodea de sus hijos cuando teme no volver á verlos) les dijo en sustancia estas propias razones: « Bien sé vuestra lealtad y vuestro esfuerzo, de que me habeis dado tantas pruebas; y la mayor que en esta vida puedo daros de lo mucho que han labrado en mi corazon, es el haberos preferido para confiaros mi intento. Mañana voy á entrar en Granada... » Involuntariamente arrojaron un grito cuantos allí se hallaban; tan atónitos se quedaron, mirándose los unos á los otros, y aun dudando tal vez alguno si habria comprendido mal las palabras que oyera: mas como si no se hubiese apercibido Pulgar de aquella admiracion y extrañeza, repitió con el mismo acento: « Mañana voy á entrar en Granada, con el favor de Dios y el de su Santísima Madre: pero como me doliera en el alma topar en el camino con algunos infieles, y tal vez morir á sus manos ántes de dar logro á mi empresa, quisiera mereceros... Cuenta que no lo exijo como en pago, ni menos os lo ordeno como caudillo; pero os lo tendré á gran merced, si me lo otorgais de buen grado... » No hubo uno solo de aquellos hidalgos que no se enterneciera al escuchar las últimas palabras: y hasta el mismo Pulgar, conmovido al mirarlos, prosiguió en estos terminos:

[1] Francisco de Bedmar estuvo casado con doña Mencia Perez del Pulgar, hermana de Hernando del Pulgar: dió muestras señaladas de su esfuerzo en la toma de Alhama, y acompañó á su cuñado en varias empresas durante el curso de aquella guerra.

« Ya lo sé, amigos mios: ¿cómo pudiera yo dudarlo? Vendreis en mi compaña hasta las puertas de la ciudad, y allí me aguardareis.» — Calló el caudillo y permaneció unos instantes como discursivo y suspenso; que tal vez en aquel punto le salteó el temor y recelo de ir á separarse para siempre de amigos tan leales; pero reponiéndose luego, y como advirtiese que hacian vanos esfuerzos para encubrir su pena, levantóse de pronto y les dijo con semblante apacible: « Tú, Bedmar, escalaste los muros de Alhama; que aun dura la memoria en esta tierra... Tambien os he visto á vosotros tomar á escala franca el castillo del Salar, combatir en Velez, en Baza, en los mismos llanos de la vega... y os miro ahora á mi lado; ¿porqué poneis en Dios tan poca confianza, que me contais ya entre los muertos?»

Procuraba de esta suerte el caudillo despejar el ánimo de aquellos hidalgos, y sellarles los labios recordándoles las ocasiones en que tanta fama habian grangeado; mas despues que permanecieron suspensos por algunos instantes, sin que osase ninguno de ellos romper el penoso silencio, se aventuró Francisco de Bedmar, con las alas que le daban la amistad y el deudo, á soltar estas pocas palabras: « Tu voluntad es nuestra ley, Hernando; y no nos vieras cual nos ves ahora si nos demandaras la vida... pero mal cumpliriamos con lo que á tí debemos, á tí que por tantos años no nos has tratado como caudillo, sino como amoroso padre, si al mirarte correr á una perdicion cierta...» « No os he demandado consejo (le interrumpió gravemente Pulgar); os he rogado solo que me acompañeis hasta Granada.»

Enmudecieron los hidalgos, al ver cuán firme estaba en su propósito; como quiera que conocian, por larga y constante experiencia, que ningun obstáculo ni riesgo hacia mella en su voluntad; y en el mismo punto y hora comenzó el caudillo á disponer los aprestos de la partida, mostrándose tan solícito y cuidadoso con aquellos honrados guerreros, que esto mismo agravaba, si posible era, el pesar que los afligia. « Cuenta con ir bien apercibidos, los vestidos con buenos soforros, y la jacerina debajo, como que no llevais mas escudo y defensa... el que no tuviere espada de buen temple, acuda á mí, que del mismo Toledo las tengo, y algunas hojas de Fez, que ya conocen á los Moros... Ni estaria demas que el que pueda procurarse algun albornoz ó capellar lo lleve consigo; que la estacion está muy destemplada, las noches son largas y frias, y tenemos que atravesar por medio de enemigos hasta llegar á los muros de la ciudad, sin que tan siquiera nos sientan... y si nos sintieren ¿qué importa? ya aprendimos en el *Zenete* la manera de abrirnos paso.»

Alargó en esto la mano á Bedmar y á los otros hidalgos, que se la besaban á porfia, cual si fuesen sus hijos: « Id con Dios, amigos mios... ¿qué puede temer en el mundo quien os lleva por compañeros?» Salió Pulgar con ellos hasta la puerta de su albergue; y aun

allí los alentó con blandas razones, dando á cada cual alguna muestra del aprecio en que los tenia: en tanto que ellos no acertaban á separarse de tan buen caudillo, mirándole en lo íntimo del corazon como en víspera de su muerte.

Al trasmontar el sol aquella misma tarde, ya se hallaban todos ellos apercibidos, prontos, en sendos caballos de pelea, aguardando á Pulgar á las puertas de Alhama. Llegó en breve el guerrero: siendo muy contados en la ciudad los que presenciaron aquella salida, por hallarse los mas guarecidos dentro de sus casas en hora tan desapacible; pero asomándose un viejo á la ventana, al oir pisadas y relinchos, dijo no sin donaire y de tal manera que lo oyesen: «¿Con Pulgar ís?... la cabeza llevais pegada con alfileres.»— Sonriéronse aquellos valientes, y volvieron los ojos á Pulgar, que tampoco fue parte á conservar la gravedad del rostro; y tanto cundió despues el dicho del buen viejo, que quedó convertido en adagio [1].

Por montes y barrancos, pudiendo apenas los caballos refirmar el pie en las estrechísimas sendas, y forzados los ginetes á descabalgar de trecho en trecho, para sacudir de los miembros el entorpecimiento y el frio, se llevaron en peso aquella noche, de las mas ásperas de invierno, caminando toda ella sin tregua ni descanso. A pocas leguas de Granada se hallaron, á tiempo que ya alboreaba; y entonces determinó Pulgar hacer alto en una traspuesta, resguardada del paso de la gente, con ánimo de aguardar á que cerrase otra vez la noche, para cruzar con presteza la vega y llegar sin ser vistos á la ciudad.

Muy largo se les antojó el dia, sin embargo de ser uno de los mas cortos del año; y despues que departieron á su sabor de los trances y sucesos de aquella guerra, y que dieron reposo á sus cansados cuerpos, propúsoles Pulgar, como por via de esparcimiento, si querian cogerle por aquellos campos lo que mas habia menester. «Si flores son lo que apeteces (le dijo con humor festivo Gerónimo Aguilera), dígote que es lo mismo que si pidieras cotufas en el golfo: aguardaras al menos á que ya estuviésemos en la vega; que en aquel paraiso lo mismo nacen flores por el mes de diciembre que en otras partes del mundo por la Cruz de mayo. Mas en estos vericuetos no veo por vida mia cómo puedas satisfacer tu antojo; á no ser quete cuadre que cojamos algunas retamas, para extraer si menester fuere el veneno de las heridas.» — «Acertado has, amigo: quisiera que me cogieseis algunas retamas y atochas, pero de las mas secas; porque no se trata de sacar jugo, sino de pegar fuego.» — «¿Vas á pegar fuego á Granada?» le repuso Aguilera, como por via de donaire. — «Ni mas ni menos» le contestó Pulgar.

Atónitos se quedaron aquellos hidalgos, sin acertar con las palabras para disuadirle de tan arriesgada empresa, que rayaba en te-

[1] *Historia de la casa de Herrasti*, etc.

meridad : mas como procurasen ponerle de bulto ante los ojos los peligros y obstáculos, les atajó Pulgar el habla, cual si no hubiese calado su intencion : « Por eso os he encargado que las retamas y atochas esten secas : porque es muy de temer, como decís, que allí no huelgue el tiempo. »

Desparciéronse luego los hidalgos, como si fuesen por aquellos montes á cumplir el mandato del caudillo ; mas asi que le perdieron de vista, fuéronse allegando los unos á los otros; y sin haber mediado antes plática ni concierto, estaban ya conformes en no abandonar á Pulgar en aquel durísimo trance, y entrar con él dentro de Granada. « ¿Qué se diria de nosotros, si volviésemos sin nuestro capitan? » dijo con resolucion Diego de Baena. « Antes muertos que deshonrados, » contestóle Montemayor; y lo mismo repitieron todos, haciendo promesa y juramento de sacar sano y salvo á Pulgar ó morir á su lado.

Cuando otra vez tornaron á donde los aguardaba el caudillo, halláronle embebecido en registrar los aprestos que consigo traía, un hacha de cera, alquitran, cuerda; diciéndoles al acercársele que bien podian á su vez esparcirse, si les pesaba el ocio, aparejando manojillos de hachos; « que segun sopla el viento de la sierra, mejor ha de ser esta noche que la de san Juan para fuegos y candeladas. »

En estos sabrosos coloquios, cual si no les amenazase ni el riesgo mas lejano, pasaron las pocas horas que de dia les quedaban : mirando no sin satisfaccion y complacencia que el sol se iba ya trasponiendo, al paso que bajaba de los montes espesísima niebla.

Amparados con ella y con la oscuridad de la noche, descendieron al llano y tomaron la via de Granada; como gente que conocia á palmos el terreno en que por tantos años habia guerreado. Esquivaban con especial cuidado pasar muy cerca de los pueblos, aun de aquellos en que habia presidio de Españoles; y sin ser molestados ni sentidos, se encontraron á media noche casi á las puertas de la ciudad.

Tomaron allí aliento, redoblando las precauciones, á la par que se aproximaba el peligro : ni aun á moverse se atrevian por temor de ser descubiertos; y abocándose los unos y los otros, y apiñados en torno de Pulgar, (no lejos del parage donde se elevaba una mezquita [1]) les dijo asi en voz baja : « Seguidme todos á la deshilada y sin perder el rastro : que es menester esguazar por esta parte el rio y reunirnos en la orilla opuesta.... Juntos en aquel sitio, con el favor del cielo, no hay mas que caminar por el mismo cauce del Dauro, si es que no viene muy crecido, ó á la lengua del agua,

[1] El sitio que aqui se indica, y en el que habia en tiempo de Moros una mezquita, está á la márgen del Genil, y no lejos del puente. Labróse despues en aquel parage una ermita dedicada á *san Sebastian*, y en cuya pared se ve aun hoy dia una antigua lápida expresando que alli fue donde Boabdil entregó al rey Fernando las llaves de Granada.

hasta llegar al último puente.... Allí os abrazaré, amigos mios, y allí me aguardareis. »

Iba á separarse el guerrero sin dar lugar á que le replicasen; pero volvió cuidadoso á encargarles con mayor ahinco: « ¿Lo habeis comprendido bien? Asi que cruceis el Genil, seguid siempre por la madre del Dauro... Al abrigo del puente habeis de guareceros, resguardados con los caballos para que no os arrolle la corriente.... Y cuenta con pasar con recato y sigilo por enfrente del castillo de *Bib Taubin;* que los Moros tendrán por aquellas partes escuchas y atalayas.... Fortuna que la noche está tan negra, que ni se ven los dedos de las manos, y que el mismo ruido del agua no consentirá oir el rumor de los pasos. » — « Quisiéramos al menos.... » fue á decirle Ramiro de Guzman; pero le interrumpió el caudillo: « Lo dicho, dicho, y el corazon en Dios y la mano en la espada. »

Volvió á cabalgar sin demora; y colocándose delante de aquellos valerosos hidalgos, tornó á decirles al entrar ya en el rio: «Todos tras mí, cuidado!..... Cortad al sesgo la corriente..... Siempre á mano derecha..... » No se volvió á oir su voz, con el estruendo que formaban las ondas, que subian hasta el pretal de los caballos, y tal vez los llevaban á su pesar gran trecho; pero aquellos diestros ginetes siguieron á duras penas atravesando el rio, menos cuidadosos de sí propios que de la suerte de sus compañeros.

Al arribar á la márgen de enfrente, ya los aguardaba Pulgar, inquieto, desasosegado, preguntando á cada uno de los que llegaban: « ¿Venis todos? ¿Quién falta?. ... » Grandísima fue su alegría cuando vió ya en salvo al postrero; y contemplando como feliz anuncio haber superado el primer obstáculo con tan buena dicha, sintió ensanchársele el corazon, y creció su confianza en la ayuda del cielo.

Por aquel mismo punto por donde desemboca el Dauro, encomendando al Genil sus aguas y perdiendo su nombre, entraron unos tras otros aquellos esforzados guerreros, caminando de allí adelante por el lecho del rio, para no extraviarse de la senda ni ser sentidos de los vecinos muros; bien que tal era la oscuridad de la noche y tan recio el ímpetu del viento, que aun cuando no estuviesen tan descuidados los infieles, sabiendo que el Rey Fernando se hallaba á la sazon en Sevilla, desparcida la hueste, colgadas y en suspenso las armas, mal pudieran atisbar ni oir desde los adarves á aquellos pocos Castellanos, abrazados con el cuello de los caballos, sin respirar siquiera, escondidos contra el ribazo que formaba la caja del rio.

Sin el menor azar ni contratiempo llegaron hasta el último puente, y bajo el arco mismo se ocultaron, apiñados en un recodo; mas allí comenzó luego tal contienda y debate, nacido de pundonor, de amistad y de arrojo, que vió Pulgar por la vez primera desairada su autoridad y desobedecido su mandato. Querian todos acompañarle, sin escuchar razones, amenazas, ruegos: volaba el

tiempo; crecia el peligro; aventurábase malamente el buen éxito de la empresa. Y en tamaño apuro y conflicto, convino Pulgar de mal grado (trabajo le costaba refrenar en el pecho la ira) en que le siguiesen algunos, pero pocos; quedando los demas por resguardo.

Trabóse entonces aun mas vivo altercado, por no querer ninguno de ellos quedar en aquel punto, reputándolo por de menos peligro; mas cuando vió Pulgar que eran vanas las súplicas é instancias, les dijo con su acostumbrada entereza: « Puesto que así pagais mi confianza, arrebatándome de las manos el triunfo, tomad tambien mi vida; pero os prometo y juro por lo que traigo al pecho, que ó me obedeceis al instante, ó ahora mismo doy voces para morir á manos enemigas. »

La resolucion del caudillo, su acento, el concepto que de él tenian, heló el ánimo de los mas osados, quedándose todos ellos cual si fuesen de piedra; lo que advertido por Pulgar, aprovechó tan buena coyuntura, y les dijo con voz mas serena: « Tú, Pedro, vendrás con nosotros, como que sabes mejor las revueltas de la ciudad en que te criaste..... mira si fio de tí, y cuenta como cumples!—Tú, Bedmar, me acompañarás tambien, y otros cuatro, cualesquiera, los que estais aquí á mano..... Fácil empresa, por vida mia, escoger entre vosotros á los mas valientes! »

Obedecieron todos, antes resignados que satisfechos; y deseoso Pulgar de despejar sus ánimos, les añadió para acabar de persuadirlos: « ¿Cómo pudiéramos ir muchos, sin que fuésemos descubiertos?..... Mas nosotros habremos solo de defender la propia vida: y vosotros, amigos mios, quedais tambien en guarda de la nuestra. »

Abrazólos Pulgar uno á uno, y no sin correr en aquel momento muchas lágrimas de los ojos, si bien ninguno de aquellos hidalgos despegó siquiera los labios; y apartándose de allí un breve trecho con los que debian acompañarle, encomendó Pulgar á su liberto que los condujese por el canal del rio, apegados al pie de las casas, de tal manera que no fuesen apercibidos y entrasen de oculto en la ciudad. Púsose el caudillo á su lado, ó bien para arrollar cualquier obstáculo que á su paso encontrasen, ó tal vez para quitarle hasta el pensamiento de faltar á la fé prometida; y con harto trabajo y peligro, el agua á la rodilla, y tanteando á oscuras la difícil senda, siguieron por la *ribera de las Tenerías*, hasta que se hallaron frente por frente de una casa magnífica, de que aun quedan vestigios [1].

[1] Frente del puente llamado *del Carbon*, que une ambas márgenes del Dauro, y va á dar en el *Zacatin*, subsiste un edificio grande, que por los restos de la antigua fábrica juzgó el historiador Pedraza que habia sido *casa real:* no estando acordes los pareceres acerca del uso que tuvo en tiempo de Moros. Lo cierto es que, despues de la conquista y á principios del siglo XVI, sirvió de casa de comedias, siendo el primer teatro que hubo en Granada. Posteriormente ha venido á menos, y tanto que hoy dia es casa de vecindad con el humilde nombre de *meson*

Treparon unos tras otros hasta la misma cresta del ribazo; y por una estrechísima calle, que apenas daba paso á un arroyo de desagüe que por ella corria (*azacaya de los Tintes* la llamaban), llegaron en pocos instantes á una plaza muy reducida, pero en que parecia que se respiraba con mas desahogo, al salir del laberinto de retorcidas calles que por todas partes la cercaban.

Reinaba en aquel sitio tan profundo silencio como si la ciudad estuviese desierta; y solo se oia de cuando en cuando el silvido del viento, que azotaba un alminar altísimo: « Aquella debe de ser la gran mezquita, » dijo Pulgar á su liberto. — « Sí, Hernando; y esa que ves en medio la puerta principal, vuelta al oriente, no lejos de la casa del alfaqui mayor, que es aquella que allí se divisa. »

Dió algunos pasos Pulgar; y desque hubo reconocido aquellos parages, volvió en busca de sus compañeros y les ordenó que le siguiesen. Llegaron todos con el mayor silencio hasta la misma puerta de la mezquita; y arrodillándose Pulgar, encendida en la mano el hacha de cera que consigo traia, sacó del pecho un pergamino, lo besó por tres veces, y dijo asi á sus compañeros: « Aquí teneis mi escudo; esta empresa no es mia, es de la Reina de los ángeles. » Vieron entonces con asombro que en un fondo dorado campeaba el *Ave María*, escrito con letras azules, y debajo otras letras mas menudas, que se divisaban apenas: « Sed vosotros testigos de cómo tomo posesion de esta mezquita, en nombre de los reyes de Castilla, consagrándola desde ahora á la Vírgen del cielo, que nos ha servido de guia. »

Arrodilláronse todos, sobrecogidos de tal pasmo que les embargaba el aliento: y puesto en pie el caudillo, clavó de un golpe su puñal en la tablazon de la puerta, y dejó dél pendiente aquel sagrado rótulo, con la toma de posesion. « En poder de infieles te dejamos, dulcísimo nombre de *María*: concédenos la gloria de volver en breve á rescatarte. »

Acercóse despues á otra puerta, que hácia aquella parte caia; y colocando en el quicial el hacha encendida, mandó á sus compañeros que arrimasen las retamas y atochas, para prender fuego: « no basta, amigos mios, haber tomado posesion de la mezquita; en esta misma noche tiene de arder Granada. » Y sin perder momento, se encaminó con los suyos á un parage de allí muy cercano (de *Alcaizería* ha conservado el nombre), donde se custodiaban para el mercado los mayores tesoros del mundo en ricas telas y sedería. Llevaba Pulgar por intento reducir á cenizas aquel cúmulo de riquezas, para enconar mas y mas contra Boabdil los ánimos ya ulcerados, y apresurar tal vez la rendicion de la ciudad, mostrando hasta donde llegaba el arrojo de los Castellanos.

del Carbon; pero algunos pedazos de la fachada, las ventanas en forma de ajimeces, el menudo calado de las paredes, y la forma y labores de una especie de portal que le sirve de entrada, indican no solamente el orígen morisco del edificio, sino que debió de estar destinado á un objeto importante.

Mas al tiempo mismo de ir á poner por obra su designio, y como pidiese á Tristan de Montemayor la cuerda ya encendida, contestóle aquel escudero que la habia dejado en la mezquita: de lo cual recibió tanto enojo Pulgar, que en el primer arranque de la ira le tiró con la espada al soslayo, hiriéndole levemente en el rostro. « ¿Qué has hecho, mal hombre? Esta noche quedaba abrasada Granada; y me has quitado la mayor hazaña que en el mundo se hubiera oido: » y al decir esto, hizo ademan de acometerle; pero poniéndose de por medio Bedmar y los otros hidalgos, díjole Diego de Baena, como único medio de calmarle: « Sosiégate, señor, y aguarda un solo instante; que fuego he de traerte para abrasar mil veces á Granada. » Y echó á correr hácia la mezquita, seguido de otros dos compañeros.

Tornaban ya con la cuerda y hachos ardiendo, cuando al revolver por la esquina del *Zacatin*, en busca de la puerta principal de la *Alcaicería*, sintieron pasos y vieron acercarse unos cuantos Moros, que velaban en guarda de aquel opulentísimo barrio. Divisarlos, oir zumbar una piedra, y acometerles Baena con espada en mano, todo fue un solo punto: gritaron los Alarbes, acudieron los Castellanos, trabóse entre unos y otros empeñada refriega; mas temiendo Pulgar que con aquel estruendo y vocería cayese sobre ellos una nube de Moros y se alzase la ciudad en armas, gritó á sus compañeros: « Por el mismo camino, amigos mios; y la espada abra paso. »

Quedóse detras el caudillo, para hacerles espalda; y á favor de la oscuridad, cada cual por la senda que pudo, llegaron á la márgen del rio y se arrojaron en su cauce, como único medio de salvacion. Desde allí mismo oian la grita de los Moros; y cada vez mas presurosos y azorados, huyendo de un peligro y dando en otros ciento, por entre quiebras y simas y regolfos que formaban las aguas, siguieron á ciegas la peligrosa via, con riesgo á cada instante de quedar sepultados. El sin ventura Gerónimo Aguilera cayó en uno de los noques, de que aquella ribera abundaba; y sin auxilio humano para salir de aquel estrecho, y anteviendo con horror los cruelísimos tormentos que le aguardaban, invocaba en su corazon al Dios de las misericordias, cuando oyó cercano un acento, que creyó ser la voz de Pulgar, y le clamó con mortal desconsuelo: « Por Dios, Hernando, no me dejes con vida!.....» Arrojóle Pulgar la lanza, sin atinar con el parage donde aquel desdichado gemia; tan cerrada estaba la noche; pero uno de los escuderos, que le seguia de cerca, tuvo mas acierto ó ventura; y con el arrimo del asta, tras uno y otro esfuerzo, casi ya sin aliento y sin vida, salió Aguilera á salvo, y corrió desatentado en busca de sus compañeros.

Los que en el puente se quedaron, habian acudido solícitos, para amparar á sus amigos: salíanles al encuentro, les prestaban ayuda, los recibian en sus brazos; á cada uno que llegaba, daban gracias á Dios; pero crecia su afan y su angustia por los desventurados cuya

suerte ignoraban. Llegó Pulgar uno de los postreros: y cuando se vieron reunidos cuantos le habian acompañado, sintieron tal gozo en el alma, y creció á tal punto su confianza y aliento, que al pronto no pensaron en el riesgo que allí corrian; desgastadas las fuerzas con la humedad, el frio y el cansancio, pocos ellos en número, acorralados en estrecho recinto, y á las puertas de la ciudad.

« No hay que perder momento (les dijo al fin el prudente caudillo); y ya que Dios nos ha sacado con bien de tan aventurada empresa, no perdonemos afan ni diligencia hasta vernos en salvo. »

Al decir esto, ya estaba cabalgando Pulgar; y lo mismo hicieron los demas guerreros, encaminándose tras él por el cauce del rio. Inútil era ya el silencio, inútil el recato: la salud estaba en la presteza. Oian la algazara y estruendo que resonaba en la ciudad; repetiase de torre en torre la grita y vocería; y de un instante á otro veian venir en su seguimiento á un tropel de enemigos.

Pero quiso su buena dicha que asi no aconteciese; que tal es el privilegio de las empresas extraordinarias; llevar en su magnitud misma la fianza del buen éxito. No podian imaginar los Moros que hubiesen penetrado unos pocos cristianos dentro de la ciudad; y no en parage retrahido, con miedo y á hurtadillas, amparados de las tinieblas, sino en el barrio mas rico y populoso, por en medio de guardas y custodias, llevando los mismos agresores teas encendidas en la mano. Así no es maravilla que creyesen al pronto los Alarbes que en aquel suceso se escondia alguna trama de gente descontenta, que viendo mal apagadas las cenizas de la guerra civil, trataban de encenderla de nuevo, provocando á media noche disturbios y desdichas.

Los mismos que habian tropezado con los tres escuderos, si bien extrañaron al pronto el hábito y arreos, apenas daban crédito á sus ojos, y dudaban de lo que habian visto; corrian de boca en boca mil rumores diversos; el pasmo, la sorpresa, el recordar repentinamente del sueño, el arrojo en unos, el pavor en otros, el desaliento en todos, acrecentaban la confusion; y tardóse larguísimo espacio hasta que se supo en la ciudad el rótulo que habia aparecido en la puerta de la mezquita, clavado al parecer por manos castellanas.

Ni aun así lo creyeron muchos; y no faltó quien juzgase mas verosímil (tan suspicaces y recelosos se vuelven los ánimos con los escarmientos de la guerra civil) que aquellas voces se difundian de industria, para malquistar con el pueblo á Boabdil *el desventuradillo*; mostrando tan cercano á cumplirse el pronóstico de su estrella, cuanto que ya habian pisado cristianos el suelo de Granada.

Como quiera que fuese, arreciaba por momentos el bullicio, el tumulto, el escándalo en la ciudad; corrian de tropel á las armas; gritaban por todas partes á la traicion y alevosía; demandaban que se mostrase el rey... Bajó al fin de la Alhambra, ocultando apenas

en el pérfido rostro su inquietud y desasosiego; temia á los extraños, á los propios, á su misma sombra; condicion de tirano.

Sosegóse al cabo el tumulto, sin que corriesen arroyos de sangre, como muchos con razon temieron; pero quedó tan vivo el recuerdo de aquella alteracion y escándalo, no menos que de la rara causa que lo habia promovido, que muchos años adelante, cuando ya se hallaban los cristianos en pacífica posesion de Granada, repetian los ancianos de la tierra, cual si acabasen entonces de ser de ello testigos, los acontecimientos y azares de aquella noche de tribulacion [1].

Mientras andaba la ciudad tan confusa y revuelta, alejábanse de ella Hernando del Pulgar y sus compañeros, corriendo á brida suelta, asi que salvaron uno y otro rio y se vieron libres en el campo. Como una exhalacion cruzaron aquel llano espacioso; y al romper el alba, viéronse ya seguros al abrigo de la fortaleza de Alhendin (recobrada pocos meses habia), si bien extenuados de fatiga, arrecidos de frio, los caballos hijadeando, sin poder sustentarse en pie.

Lo que allí pasó no es para contado: baste decir que á duras penas pudieron Hernando del Pulgar y los suyos desasirse de los brazos de sus amigos, y tomar á la mañana siguiente el camino de Alhama. Habian corrido voces en esta ciudad de que Pulgar se habia ausentado, apercibido en secreto para alguna empresa; mas por acostumbrados que estuviesen á verle acometer las mas árduas y peligrosas, á nadie le pasó por el pensamiento que hubiese logrado penetrar dentro de Granada. Sueño les parecia, cuando despues lo oyeron; demandábanlo una y otra vez; inquirian hasta la menor circunstancia; teníanlo á portento: únicamente el modesto caudillo parecia no conocer el precio de tan grande hazaña [2].

Llegó el rumor á oidos de los reyes, y apenas se atrevieron á

[1] Véase en el Apéndice *el acta del cabildo de la catedral de Granada*, fecha á 9 de octubre de 1526, dando cumplimiento á la real cédula del emperador Carlos V, de 29 de setiembre del mismo año: en aquel documento se hallan estas palabras: «É así mesmo en la sentencia é carta ejecutoria que en esta real academia se dió en favor de su libertad é hidalguía (de Hernando del Pulgar) vimos ó leimos los dichos de los testigos, asi de los escuderos que con él entraron á hacer lo susodicho, como de otros cristianos nuevos, que á la sazon eran Moros, vecinos de la dicha ciudad, *los cuales en sus dichos é deposiciones dicen el pesar, escándalo é alboroto que en ella hubo*, al tiempo que el dicho Fernando Perez del Pulgar llegó á la puerta de esta santa iglesia, que estaba alli donde agora está fecho un arco por el cual se entra á la capilla real de los dichos católicos reyes á esta dicha iglesia, *donde puso la dicha hacha de cera encendida, con un puñal clavada una carta que decia como venia á tomar posesion de la dicha mezquita para iglesia, con otros autos que allí en la misma puerta fizo; lo cual todo claro nos constó haber pasado así, é ser muy público é notorio en esta ciudad é fuera de ella*, etc.»

[2] En el Apéndice se hallarán reunidos los documentos y pruebas concernientes á esta hazaña de Hernando del Pulgar, la mas extraordinaria tal vez de cuantas obró aquel caudillo.

darle crédito; mas cuando despues tuvieron la certísima nueva, empeñaron su palabra y fé real á los quince escuderos, que habian acompañado á Pulgar en aquella demanda, de darles haciendas y bienes en la misma ciudad de Granada, así que con la ayuda de Dios se viese reducida á su servicio. De la mano misma de tan esclaridos monarcas está rubricada la real cédula, que al efecto mandaron darles; y para perpetuar la memoria de aquellos hidalgos, los mencionaron uno á uno por su propio nombre... como si algo bastase contra la ingratitud y el olvido [1]!

Aun mas cumplidas mercedes, y en términos mas lisongeros, ofrecieron aquellos príncipes á Hernando del Pulgar, como quiera que habia sido el alma de la empresa; « poniendo á gran riesgo y peligro su persona... causando grande alboroto y escándalo en la ciudad... y debiéndose tan fausto suceso á la bondad divina y á su buen esfuerzo y valor. » En recompensa de esta hazaña, « é por otros muchos é buenos é contínuos servicios, » que habia hecho Pulgar á los reyes (como ellos mismos se complacieron en recordárselo), le ofrecieron heredades y haciendas en Granada, en cuanto se redujese al poder de Castilla : y para mas honrarle, con una merced única y á ningun otro caudillo concedida, le prometieron que en la catedral que se labrase sobre las ruinas de la mezquita, tendria el privilegio de « *asiento y honrada sepultura* [2]. »

Andando luego el tiempo, y en vida todavía del insigne caudillo, ensanchó el emperador Cárlos V la merced otorgada por los reyes católicos; y como se hallaba á la sazon aquel excelso príncipe en la ciudad de Granada, donde por todas partes resonaba la fama de Pulgar y de sus clarísimos hechos, le dió mas de un solemne testimonio, para encomendarlos á la posteridad [3].

A mas de estos títulos irrefragables, custodiados en el archivo de tan ilustre casa, del testimonio de los historiadores, de las sentencias de los tribunales, de la tradicion no interrumpida por espacio de mas de tres siglos, aun subsiste en pie un monumento, que pone de bulto ante los ojos la memoria de aquella hazaña; tan singular de suyo y portentosa, que bien ha menester en su abono tantas y

[1] Para que no perezca la memoria de los que contribuyeron á tan grande hazaña, se ha incluido en el Apéndice copia de la real cédula, por los reyes católicos expedida á favor de los quince escuderos; cuyo original existe en el archivo de la casa del Salar.

[2] Real cédula expedida por los reyes católicos á favor de Hernando del Pulgar, su fecha á 31 de diciembre de 1490; cuyo original se custodia en el archivo de la casa, y cuya copia se halla inserta entre los documentos del Apéndice.

[3] Véase en el Apéndice la real cédula del emperador Carlos V, su fecha en Granada á 29 dias del mes de setiembre del año de 1526, por la cual ratificó en los términos mas lisonjeros la merced concedida á Pulgar por los reyes católicos de asiento y sepultura en la catedral de Granada.

Y así mismo la real cédula del emperador su fecha á 7 de diciembre de 1526, en que *aprueba y confirma*, como patrono de aquella santa Iglesia, *el acta del cabildo* concerniente á este privilegio, concedido á Pulgar y á sus sucesores.

tantas pruebas, para no confundirse con los mentidos hechos de los libros de caballería. En el mismo parage en que estaba situada la puerta principal de la gran mezquita, y donde se eleva hoy dia con grave magestad y grandeza el Panteon de los reyes católicos, se halla apegado contra el muro un cuadro antiquísimo, en que se ven pintadas las armas de Pulgar, la mezquita y el hacha ardiendo [1]: otro semejante se ve en el retablo de la capilla de los Pulgares, empuñando el blandon una mano, cubierta con manopla de hierro [2]; y como si no se fiase bastantemente del lienzo y sutil tabla, para trasmitir á los siglos la fama de aquel hecho, tambien se labró en duras piedras, y se puso á la sombra de los altares [3].

Edificóse la capilla en vida de Pulgar, y en el mismo parage en que tomó posesion de la mezquita (como lo expresa un antiguo rótulo, que en el propio retablo se conserva [4]): cae á la parte de oriente, y está situada en el confin de tres templos magníficos, junto á los muros de la catedral, pero sin estar encerrada dentro de su recinto: de donde ha provenido sin duda que se diga de antiguo en Granada, á manera de proverbio y no sin puntas de donaire: « *se quedó como Pulgar, ni dentro ni fuera.* »

Volviendo ahora á las cosas de la guerra, ya dijimos como la habia dejado en suspenso el rey don Fernando, por lo crudo de la estacion, y para venir tan bien apercibido á la primavera siguiente, que no dejase á la ciudad ni asomo de esperanza. Y como quiera que se proponia quebrar poco á poco sus fuerzas, hasta que enflaquecida y exánime se postrase á sus plantas, trajo consigo el rey tan numerosa hueste, y tantas máquinas, ingenios y pertrechos de guerra, cual no se habia visto cosa igual en España, de memoria de hombre viviente.

Floridos estaban ya los campos con las lluvias de abril, cuando

[1] En la pared de la capilla real, que linda con la iglesia del Sagrario, se halla un antiguo cuadro de san Lázaro, en el cual se ve pintado el escudo de Pulgar con sus armas, y encima una mezquita, con la puerta en forma de arco, y arrimada á ella una hacha encendida.

[2] En el retablo de la capilla de Pulgar se halla un antiguo cuadro, pintado en tabla, que representa la *Santa Familia.* A un lado del cuadro asoma la mano de un guerrero con manopla de hierro, empuñando una hacha encendida, de color amarillo. En el zócalo del retablo hay dos escudos, uno sencillo, con faja de oro en campo azul, y otro con un leon y la toca en la lanza; armas de Pulgar y de sus descendientes.

[3] En el mismo frontal del altar de la capilla de los Pulgares se vé un escudo de mosáico, labrado con piedras de colores, al parecer muy antiguo y trabajado con escaso primor: representa una mano empuñando una hacha encendida, y en el mismo campo del escudo (como aludiendo al rótulo que clavó Pulgar en la mezquita) estas palabras: *Ave María.*

[4] Al pie del antiguo cuadro existente en la capilla de los Pulgares, se lee este letrero: « Su Magestad esta capilla mandó dar á Hernando del Pulgar, señor del Salar, por ser el lugar donde con los suyos posesion tomó de esta santa iglesia, año de 1490, estando en esta ciudad Muley Baudelí, rey de ella. Acabóse esta obra año de 1531. »

desembocó en la vega el ejército de Castilla [1]; asentando el rey las estancias en el tendido llano, no lejos de la sierra de Elvira, junto á un manantial abundantísimo [2], frente por frente de Granada. Aparecia desde allí la ciudad extendida entre jardines por uno y otro monte, á manera de anfiteatro; allá á lo lejos la blanquísima sierra, y en el ámbito inmenso que abarcaba la vista, pueblos, lugares, alquerías, en medio de frescuras y de sembrados.

Embebecida contemplaba la hueste aquel cuadro magnífico, en tanto que los caudillos mas famosos, allegándose comedidos al rey, parecian incitarle con sus miradas á coronar cuanto antes sus triunfos con la toma de ciudad tan insigne. Empero el cauto príncipe, si bien con ánimo resuelto de no alzar mano de la empresa hasta llevarla á cabo, temia á par de muerte derramar sin provecho ni fruto la sangre mas preciada de sus reinos; y antes que del ciego ímpetu y el temerario arrojo, esperaba el vencimiento del tiempo y la constancia.

Contínuos fueron los reencuentros, las escaramuzas y combates en los términos de la vega; cual si en el ancho circo que forma la cadena de montes, se fuese á decidir para siempre la suerte del poder mahometano. Mas cuando llegó á las estancias la excelsa reina de Castilla, rodeada de sus damas, la flor de la discrecion y de la hermosura, subió á tal punto la impaciencia de los guerreros por coger nuevos laureles á la vista de sus amores y en presencia de la augusta princesa, que se tenia por de menos valer el caballero que no retaba cuerpo á cuerpo á algun valiente Moro.

No rehuian estos por su parte hacer campo con los cristianos: aguijábalos á la par la honra, la venganza, el despecho; peleaban á las mismas puertas de su patria, por su religion, por su hogar, por sus esposas, por sus hijos; y antes que presenciar su cautiverio y muerte, ó llevar á regiones extrañas el torcedor de tantas penas, anteponian mil veces expirar en la tierra donde habian nacido.

Mal podia permanecer Pulgar ocioso y sosegado, cuando de cada hora veia con sus ojos á los capitanes mas ilustres provocar en campo

[1] «Año de 1491. — Estuvieron los reyes en principio de este año en Sevilla, é pasada la pascua florida, partieron á cercar á Granada por el mes de abril, y entraron por el de mayo y corrieron la vega, y quemaron ciertos lugares, y volvieron á poner el real sobre la ciudad, y edificaron la ciudad de *Santa Fé*, y tuvieron el invierno en dicho real.» (*Anales breves del reinado de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel*, por el doctor Galindez y Carvajal. M. S.)

[2] Los antiguos historiadores le llamaron *los ojos de Guécar*: hoy conserva el mismo nombre, aunque corrupto, y se aprovechan sus aguas para el riego.

« El Rey (dice Bernaldez) se volvió á la vega de Granada, é de vuelta tomaron la torre de Gandia, donde se tomaron treinta Moros, é asentó su real en el Gosto, donde edificó la ciudad de *Santa Fé*, cerca de los *ojos de Guécar*, á vista de la ciudad de Granada, muy fuerte é de muy fuertes edificios, é de muy gentil hechura de cuadro, como hoy parece, para enfrenar á Granada.» (M. S. del cura de los Palacios, cap. 100; véase igualmente lo que dice acerca de este punto otro escritor contemporáneo Lucio Marineo Siculo, *de Regibus catholicis*, folio 118.)

abierto á los infieles, y volver á ofrecer á sus damas trofeos y despojos: y cual si fuese á algun vistoso alarde ó á quebrar una lanza en un torneo, salia frecuentemente de los reales cristianos y se enderezaba á la ciudad. Conocíanle ya los Moros, al divisarle desde los adarves; y cuando descubrian de mas cerca la armadura de bruñido acero con ricas labores de oro, y el penacho de plumas blancas, encarnadas y azules, sobre el creston de la celada[1], comenzaba en la ciudad el desasosiego, el murmullo, y se apercibian los valientes á medir con él sus armas.

Ni uno solo hubo de ellos que no pagase con la vida su temerario arrojo; porque tal era el valor de Pulgar, su destreza en las armas, su confianza en el favor del cielo, que así peleaba y combatia cual si estuviese ya seguro del triunfo; habiendo salido vencedor en mas de diez batallas singulares[2].

[1] En la casa de los marqueses del Salar se conserva un antiguo cuadro, que parece del fines del siglo XVI, aunque malamente retocado despues sobre todo por la parte inferior: representa á Hernando del Pulgar, de cuerpo entero, tal como se vé en el grabado que va al frente de esta obra, cuya copia se ha sacado de dicho cuadro.

La armadura denota ser de acero, con labores de oro, y las plumas de la cimera blancas, encarnadas y azules; en la especie de pedestal sobre que estriba el baston de mando, se lee lo siguiente: « Fernando Perez del Pulgar Osorio, señor de la casa de Pulgar, llamado *el de las grandes hazañas* por las muchas que obró en la conquista del reino de Granada: fue caballero de la espuela dorada, contínuo de la casa de los señores reyes católicos y villa del Salar; de la cual se le hizo merced por haberla ganado á sus expensas de los Moros; fue uno de los plenipotenciarios nombrados para los conciertos del entrego de la ciudad y reliquias del reino de Granada, que hizo año de 1492 Abdalid, rey de ella, y fue el primero que dió público culto á nuestra sagrada religion, tomando posesion de la mezquita mayor, siendo Granada de Moros, y en el mismo tiempo pegó fuego á la *Alcaizería*, de lo cual resultó gran confusion, bandos, turbaciones y escándalos en el rey y Moros de la ciudad y reino; por cuyo motivo, los señores reyes católicos le hicieron grandes mercedes y le concedieron muchas preeminencias en la metrópoli de dicha ciudad y su real capilla para sí y sus sucesores en su estado del Salar; y fue á quien se le hizo merced de los molinos de Fez, Tremecen y Tunez, para cuando se ganasen, en recompensa de la donacion que hizo á la corona y señores reyes católicos de los lugares de Torros, Nerja, Maro, Dedil, Arenas, y de otros muchos grandes heredamientos que poseia en la ciudad de Alhama, que se le habian dado en remuneracion de sus hazañas, y tuvo por donaciones de Don Luis Osorio, obispo de Jaen, su tio, y fue.... campo de Zenete.... gano.... armas.... á usar por concesion de ....icos, en lugar de las armas.... año.... ent.... » (El final del rótulo está tan deteriorado que no puede leerse.)

[2] « Otrosí parece por una sentencia y carta ejecutoria, escrita en pergamino y sellada con nuestro sello de plomo, que en favor de vuestra caballeria fue dada en la nuestra audiencia é chancillería, que reside en esta ciudad de Granada, de que ante nos fecisteis presentacion, en la cual parece que demas de todo lo susodicho, *por vuestra persona sola prendisteis y matasteis en la dicha guerra mas de diez Moros*, como consta y parece de la dicha fundacion. » (Real cédula del emperador Cárlos V, fecha en Granada á 29 de setiembre de 1526.—Véase entre los documentos del Apéndice.)

« Y así mismo consta que el dicho Fernando del Pulgar, durante la dicha guerra de Granada, *por su persona sola prendió y mató en diferentes desafíos diez Moros.* » (*Testimonio judicial de la ascendencia, servicios, hechos*, etc., de la casa de Pulgar.)

Deshacíase el rey don Fernando mientras uno de sus guerreros estaba peleando cuerpo á cuerpo en medio de ambos campos, expuesto al ímpetu enemigo y á los azares de la suerte : y al ver que se repetian aquellos retos y combates con sobrado riesgo y escasa utilidad, hubo al fin el buen príncipe de poner á raya el valor de los suyos, prohibiendo con rigurosas penas salir sin su permiso y beneplácito á hacer campo con los infieles.

Si el severo mandato del rey causó desplacer á aquellos valientes, por mas que sellase sus labios respetuoso silencio, harto fácil es de concebirse, conociendo la índole y condicion de aquellos generosos caballeros, que reputaban como perdido el dia en que no combatian por su patria. Ni podian sobrellevar con buen ánimo hallarse tan cerca de Granada, casi tocarla con la mano, y ver ondear la media luna en sus alcázares y torres : así es que cuando les deparaba la suerte venir á las manos con los infieles, cebábanse en ellos con tal ímpetu, que mas de una vez los arrollaron hasta los muros de la ciudad.

Reducida á su propio recinto, asolados los campos, escasos los mantenimientos, la esperanza por tierra, los ánimos discordes, vió con terror y asombro levantarse como por encanto una ciudad rival, enemiga, amenazándola casi á sus mismas puertas; y desde aquel momento pudo en verdad decirse que habia llegado el plazo de la rendicion de Granada.

Por espacio de dos meses cumplidos duraron entre la ciudad y el campo cristiano las pláticas y conciertos, ya rotos de improviso, ya anudados de nuevo, segun el flujo y reflujo del temor y de la esperanza, descaecidos los ánimos de los sitiados para empuñar de nuevo las armas, y temerosos de encomendar sus haciendas, su libertad, su vida, á la incierta fe de los vencedores; estragada la hueste, el pueblo inquieto y sediento de sangre, Boabdil tímido, irresoluto, sin osar morir como rey ni desasirse de la corona.

Mediaron en los tratos del entrego personas de gran cuenta; señalándose muy principalmente Fernando de Zafra, secretario de los reyes católicos, y el famoso Gonzalo de Córdoba, cuyo valor y generosas prendas infundian hasta á los mismos enemigos respeto y confianza. Mas si aparece como cosa asentada que tambien intervino Pulgar en aquellos conciertos (nueva prueba y testimonio del concepto que á su rey merecia), no me ha sido posible averiguar la parte que en ellos le cupo, aunque sí la certeza de tan señalado servicio [1].

Al fin abrió sus puertas la ciudad de Granada, tras diez años de

[1] Véase en el Apéndice la real cédula expedida por el emperador Cárlos V, fecha en Granada á 7 de diciembre de 1526.

« Y fue uno de los plenipotenciarios nombrados para los pactos y entrega de esta ciudad, año de 1492. » (Carta dirigida á S. M. por la muy noble y leal ciudad de Granada, á 16 de marzo de 1694, en favor de la familia de Pulgar.)

« Fue uno de los plenipotenciarios nombrados para los conciertos del entrego

asedio, de talas, de combates, despedazada por la guerra intestina, mal defendida por sus príncipes, abandonada de propios y de extraños, cediendo á la feliz estrella de los Monarcas de Castilla.

Con el allanamiento y entrega de ciudad tan famosa, vió terminada España la dura servidumbre de ocho siglos, robustecido el ánimo y los miembros en tan prolongada contienda, para acometer las grandes empresas que le deparaba el destino; mas como fuese necesario ante todas cosas afianzar la paz y sosiego del reino, no habiendo mucho que fiar de una ciudad apenas reducida, mudable el pueblo, los ánimos rebeldes, las armas á la mano, determinó el cauto rey Fernando encomendar la guarda y defensa de Granada á veinte y cuatro capitanes, hombres todos de gran hecho en la guerra, capaz cada uno de ellos de mantener en sujecion un reino.

A Hernando del Pulgar le fiaron la *puerta de Batramayon* (de que no queda rastro ni vestigio) situada al poniente; hácia aquella parte en que se descubria uno de los brazos ó ramales del Dauro, que hasta allí corria soterrado, abasteciendo á la ciudad de saludables aguas [1].

Encomendaron igualmente al mismo caudillo, como en memoria y recompensa de su mayor hazaña, que velase en custodia del barrio de la mezquita principal, uno de los mas importantes por su

de la ciudad y reliquias del reino de Granada, etc. » (Rótulo puesto en el antiguo cuadro, que representa á Hernan Perez del Pulgar.)

En el archivo de la casa de Pulgar se halla un M. S., que se dice sacado de la librería del maestro Villegas, escritor de las Grandezas de Jaen, en el que se halla lo siguiente: « Jueves en la noche, 8 de diciembre de 1491, por un agugero de entre dos torres de entre la puerta cerrada y arco del agua, entraron los siete caballeros á tratar con el rey moro como se habia de entregar la ciudad. Fueron Gonzalo Fernandez de Córdoba, capitan de á caballo, el primero; el segundo el conde de Tendilla Don Iñigo Lopez de Mendoza; el tercero el comendador Martin de Alarcon, capitan de á caballo (falta el cuarto); el quinto *el Señor Hernan Perez del Pulgar, capitan de á caballo, y que hizo en esta conquista muy grandes servicios;* el sesto Fernando de Zafra, secretario que fue de los reyes católicos, señor que fue despues de Castril; el sétimo y último fue Diego de la Peña, secretario. Estos caballeros estuvieron encerrados de secreto en la torre de Comares, á do se hicieron las escrituras del contrato y entrega de la ciudad de Granada, etc. »

Este hecho no aparece bastantemente justificado para que pueda dársele fe: lo único que tengo por cierto (segun resulta de documentos existentes en el archivo de la casa de los señores de Castril) es que efectivamente Hernando de Zafra, secretario de los reyes católicos, entró de oculto en Granada, á tratar de la entrega de la ciudad con Boabdil, que se recataba de los suyos temeroso del pueblo; y viendo que tardaba, y hallándose los reyes de Castilla sumamente inquietos, se brindó Gonzalo de Córdoba á ir en busca de Hernando de Zafra; y penetró de secreto en Granada, sin mas defensa que su propio esfuerzo. Este paso arrojado de tan ilustre caudillo lo sabemos por testimonio del mismo Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*, que refiere el hecho y algunas de sus circunstancias. (Véase el *breve resúmen de la vida del Gran Capitan.*)

[1] « La puerta de *Batrabayon* que despues se llamó *Boqueron de Darro*, dieron en guarda los señores reyes católicos á Hernando del Pulgar; y las demas á 24 caballeros capitanes que quedaron en guarda de la ciudad y por regidores de ella, y de aquí se tomó y causó llamarse *Veinticuatros* á los regidores de las demas ciudades. » (M. S. del maestro Villegas, existente en el archivo de la casa del Salar.)

poblacion y riqueza; dejando bajo su mando y capitaneo un buen golpe de gente, de la que habia acudido á la conquista desde Jerez de la Frontera [1].

A pesar de estas y otras precauciones, dignas de la prudencia de tan esclarecido príncipe, y de haber confiado las riendas del gobierno de la ciudad á un conde de Tendilla, espejo de caballeros, tan generoso y clemente en la paz como bizarro en los combates, á un Fr. Hernando de Talavera, cuyo nombre recuerda la caridad y mansedumbre de los primitivos apóstoles, y al mismo secretario de los reyes, Hernando de Zafra (que habiendo sido el alma de los tratos de paz, quedó como medianero entre los vencedores y vencidos), era muy de temer, y la experiencia lo confirmó harto en breve, que no prevaleciesen largo tiempo en Granada la quietud y sosiego; sobrellevando los rendidos con mal ánimo la reciente coyunda, suspicaces de suyo y recelosos, inquietos, desabridos, sin mas prenda ni fianza que promesas y pactos... débil escudo contra los poderosos.

La misma desconfianza de los Moros aumentaba los temores, las sospechas, la ojeriza de los Castellanos; pocos ellos en número, en medio de una ciudad tan populosa, la mayor parte de la hueste cristiana compuesta de gente allegadiza, fácil de desmandarse; dos pueblos enemigos apiñados en el mismo recinto, y diferentes en religion, en habla, en leyes, en costumbres; vengativos los unos, como esclavos; ensoberbecidos los otros, á fuer de señores; conociendo entrambos, por un secreto instinto, que no cabia entre ellos paz, concierto ni tregua, sino una guerra de exterminio.

Pocos años habian trascurrido, despues de la toma de Granada, cuando empezaron á notarse aun dentro de la misma ciudad síntomas de desasosiego, que indicaban para un plazo mas ó menos remoto cruelísima contienda; pero lo que avivó hasta lo sumo estos temores, siendo ya como anuncio de la desolacion y desdichas que habian de llorarse algun dia, fue el ver cuán facilmente habia prendido el fuego de la rebelion en las sierras de la Alpujarra, formadas por la misma naturaleza como refugio y baluarte, montes á perderse de vista, precipicios, derrumbaderos, sendas intransitables, por respaldo el mar, y el Africa á la mano.

Al primer asomo de peligro, acudió solícito el conde de Tendilla, antes que cundiese el incendio, como quiera que conocia la condicion de aquella tierra (la *rencillosa* llamábanla los Moros) ás-

[1] « Y así mismo consta de público y notorio por la dicha informacion, que habiéndose entregado la ciudad de Granada á los catolicos reyes, de su órden se dieron las fortalezas y alcaidías, por quedar muchos Moros dentro de la ciudad, á personas valerosas y de toda estimacion; y que entre ellas se dio al dicho Fernando del Pulgar la *puerta de Batrabayon*, en el *Boqueron de Darro*, y *que* guardase tambien la que habia sido mezquita mayor, con la gente de Jerez de la Frontera. » (*Testimonio judicial de la ascendencia*, *hechos*, *servicios*, etc., de la casa del Salar.)

pera y fragosa de suyo, y los ánimos libres, levantados, duros como las mismas sierras. Dejó á buen recaudo la ciudad, por lo que sobrevenir pudiese; y fiando el buen éxito de la celeridad y presteza, se encaminó á las Alpujarras, seguido de un tercio de gente mas escogido que numeroso, y á su lado dos capitanes tan insignes como Gonzalo Fernandez de Córdoba y Hernando Perez del Pulgar: buenos brazos.

Los pueblos que primero se habian sublevado, y cuya reduccion mas urgia, eran los de la *taha ó comarca de Orgiba;* terreno fértil, aguas abundantísimas, pueblos ricos, briosos, indóciles al yugo, ufanos de tener en su mano las llaves de las Alpujarras. Corrió allí el de Tendilla y aposentóse en Guejar, uno de los pueblos mas desmandados; allanando con su prudencia antes que con el rigor de las armas toda la tierra á la redonda. Mas al llegarle nueva de que permanecian alzados los Moros de Mondujar (lugar menos famoso por su poblacion y riqueza, que por haber dado asilo á Muley Hacen, el rey viejo, cuando se vió desahuciado por la fortuna), ordenó el conde á Hernando del Pulgar que partiese sin pérdida de instante, acompañándole muy pocos caballos y peones.

Aun no habia dado vista al pueblo, y ya divisó Pulgar un tropel de cristianos, viejos, mugeres, niños, que huian despavoridos de la furia de los infieles; abandonando sus haciendas y hogares á trueque de redimir las vidas. Desierto habia quedado el pueblo, sin un alma viviente; y recelosos los Moros, se habian encastillado por mayor seguridad en la iglesia.

Apenas lo supo Pulgar, ordenó á los soldados que se quedasen á la entrada del pueblo recogidos en una casa; pero apercibidos y prontos para lo que menester fuese: y con aquel ímpetu y arrojo que tan propios le eran, arrostrando sereno los mayores peligros, se apelantó hasta donde los Moros se hallaban y les hizo señales de paz.

Maravillados se mostraron al ver la seguridad y confianza con que se presentaba aquel Castellano, solo, sin defensa, poniéndose casi en manos de sus enemigos; pero sin darles tiempo á que volviesen de su admiracion y extrañeza, propúsoles Pulgar con afables razones que saliese afuera el Moro de mas cuenta, el que hiciese de caudillo de aquella gente; puesto que en ello nada aventuraban, y antes tenia por cierto que de aquella plática podia seguírseles mas bien del que creian.

Vino en ello el alcaide, tal vez menos propenso á escuchar palabras de paz que curioso de saber lo que el Castellano intentaba decirle; y abocándose los dos, á pocos pasos de la iglesia y á la vista misma de los Moros, empezó Pulgar á persuadirle que desistiesen de su loco empeño, acogiéndose á la sombra de la clemencia, antes que cayese sobre ellos el brazo del castigo. Le informó cumplidamente de como los demas pueblos se habian allanado; Granada permanecia tranquila, la hueste castellana enseñoreada de aquellas sierras, las esperanzas de socorros de Africa se habian desvanecido

como el humo.... ¿Qué podian ellos, solos, encerrados entre cuatro paredes, condenados á perecer sin provecho ni gloria?

Por mas que hizo el caudillo, como á quien le dolia el inútil derramamiento de sangre, no pudo acabar con el alcaide que se diese á partido; recibiendo de ello tanta indignacion, que sin reparar en el riesgo que allí corria, le aferró Pulgar con la mano, y poniéndole un puñal al pecho, le dijo en alta voz: « *O se rinden ó mueres.* »

Pasmóse el Moro, sin saber lo que le acontecia; y á tiempo que ya titubeaba, vuelto el rostro y el ánimo á los suyos para empezar á hablarles, los vió salir en su defensa. « *Ahí le teneis!* » les gritó Pulgar, envainándole el puñal en el pecho y arrojándoles el cadáver; y en aquel mismo instante sacó la espada y empezó á retraerse, acosado del tropel de enemigos.

No fue poca ventura que viniesen en su socorro los Castellanos que allí cerca se hallaban; pero viéndose tan escasos en número, cierta su perdicion si salian al campo, y sin poder hacer rostro á la turba que los perseguia, encerráronse como postrer refugio en la misma casa de donde salieron.

Aullidos, que no voces, parecian los gritos de los Moros, sedientos de la sangre cristiana; y tan alborozados é impacientes se mostraban al ver á Pulgar dentro de aquel recinto, como los cazadores de Africa cuando ven al leon preso ya entre sus lazos. Lástima y horror dá con solo imaginar, al cabo de tres siglos, lo que pasaria por el ánimo de aquellos infelices cristianos, sin mas defensa que frágiles tapias de tierra; pocos ellos y las armas escasas; sin sustento, sin agua, los suyos de allí lejos, los enemigos á la puerta, amenazándoles con la voz, con el gesto, aprestando á su vista los tormentos mas rudos.

En aquel amargo conflicto ostentó Pulgar, quizá con mas grandeza que en los demas trances de su vida, el temple de su alma. Él alentaba á los suyos, proveia á la comun defensa, acudia á todas partes: no disimulaba el peligro; pero lo afrontaba sereno: « Muramos, amigos mios, si Dios así lo ha decretado; pero muramos como quien somos, vendiendo caras nuestras vidas. »

Y él propio daba ejemplo, arrojando contra los Moros piedras, leños, cuanto podia causarles daño; sin dejarles acercarse á las puertas, como mas de una vez lo intentaron, para prenderles fuego y apoderarse de su presa en medio de las llamas. En este peligro y desconsuelo los sorprendió la noche, que mas larga ni mas angustiosa no la vió hombre nacido; aguardando la muerte de un instante á otro, amenazados del fuego, del hierro, de la hambre; oyendo las amenazas de los enemigos, y de cuando en cuando los golpes con que intentaban horadar las paredes.

Solo á la vigilancia de Pulgar, á su denuedo y entereza, se debió que en aquella tristísima noche no cayesen los cristianos en poder de aquella gente fiera; mas tan rendidos y postrados se hallaban al apuntar el alba, que era cierta, segura, inminente su

perdicion : aquel dia, desdichados, era el último de su vida.

No lo permitió el cielo : al encerrarse los cristianos dentro de la casa, habíase escapado por fortuna uno de ellos; ó bien porque anteviese que allí no cabia humanamente esperanza de salvacion, ó bien le punzase el deseo de ir á buscar socorro en favor de sus compañeros. Ello es que el mismo temor le dió alas; y corriendo por aquellas sierras hasta encontrar al conde de Tendilla y á Gonzalo de Córdoba, los hizo sabedores del penoso conflicto en que Pulgar y los suyos se hallaban; no habia que perder un instante; tal vez á aquella hora ya habrian perecido, y con un linage de muerte tan lento como bárbaro. Ordenó el de Tendilla que en el mismo punto volasen á su socorro cien soldados del campo, sueltos de pies, briosos, prácticos en la tierra : en tanto que el mismo conde y Gonzalo de Córdoba iban siguiendo sus pisadas, con una banda de gente escogida. Los adalides y corredores, por trochas, por atajos, salvaron una y otra montaña, cerrada ya la noche, entre quiebras y precipicios, exponiendo la propia vida por librar á sus compañeros; y tan buena diligencia se dieron, que llegaron á dar vista á Mondujar, al primer albor de la mañana.

No los aguardaron los Moros : que apenas vieron ahumadas en los cabezos de las sierras, y fueron advertidos por los suyos de que se acercaban cristianos, tentaron el último esfuerzo para tomar de rebate la casa y entrarla á fuego y sangre; mas rechazados por Pulgar y su gente, perdida la esperanza, y bramando de ira, comenzaron de allí á poco á alejarse, si bien lentamente y con pena; como se alejan de un redil los lobos, cuando ven al clarear el dia que acuden los pastores de la comarca [1].

Apenas tuvieron tiempo los cristianos que del campo venian y

[1] « Y así mismo, de público y notorio, por la dicha informacion consta, que despues de entregada la ciudad de Granada los Moros que quedaron en aquel reino quedaron muy disgustados, y que tomando voz de que las justicias y soldados los oprimian, se levantaron el año de 1494, particularmente los del Albaicin y Alpujarras, entre los cuales fueron los mas resueltos Guejar y Monduxar; y que habiéndolo sosegado el conde de Tendilla, pasó á Guejar, desde donde dió orden al dicho Fernando del Pulgar que con algunos caballos y peones pasase á Monduxar, cuyos Moros se habian recogido á la iglesia, echando á los cristianos del lugar, en número de mas de doscientos, dejándolo desierto : púsolo en efecto el dicho Fernando del Pulgar, y llegó á la iglesia y no pudiendo quietarlos, por ser muchos, y pocos los cristianos, procuró divertir al alguacil, que era su gobernador, y pidió se llegase á la puerta, habiendo dejado los caballos en una casa; y cuando le pareció tiempo á dicho Hernando del Pulgar echó mano al cuello del alguacil, y poniéndole un puñal al pecho, le ofreció su muerte, si no sosegaba su gente; el cual lo ofreció, mas no pudo reducirlos, antes saliendo los Moros, dieron sobre los cristianos en cuya refriega el dicho Fernando mató al alguacil, y se retiró á la casa donde tenian los caballos, donde se atrincheró, y donde los Moros no le dejaron sosegar toda la noche, pretendiendo horadar la casa por muchas partes, para matarle; lo cual sabido por el conde de Tendilla y Gonzalo Fernandez de Córdoba, enviaron cien soldados de socorro, con el cual los Moros huyeron, y quedó quieto el lugar. » (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos, servicios, etc.*, de la casa del Salar.)

los que en la casa se hallaban, para abrazarse y darse el parabien; porque tan encendida tenian la voluntad en deseo de venganza, que á pesar del cansancio y sobrealiento, no menos intentaron que seguir el alcance á los Moros; mas como gente esta avezada á enriscarse por aquellas sierras, mas ligeros que gamos, desbandáronse por los montes, y en breve se perdieron de vista.

Reunidos el conde de Tendilla, Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar, dejaron presidio en la tierra, y se tornaron la vuelta de Granada; complacidos y satisfechos de haber apaciguado tan presto aquel comienzo de rebelion, amago ya y preludio de la que años adelante habia de abrasar todo el reino.

A poco tiempo de allanada la comarca de Orgiba, hallándose un dia Pulgar en los alcázares de la Alhambra, llamóle á su presencia el conde de Tendilla, alcaide de aquella fortaleza, en la cual habia tremolado, el dia de la toma de la ciudad, el glorioso pendon de los reyes. Principió por manifestarle la alta estima y aprecio en que aquellos príncipes tenian los muchos y muy señalados servicios que Pulgar les habia prestado; *y yo he sido dello buen testigo* (le añadió el conde con hidalga cortesanía), *desde la defensa de Alhama hasta el último trance de Mondujar.....* « De que vos, señor, me librásteis, » le repuso Pulgar.

« Dios y vuestro buen esfuerzo os han librado solo; que no habeis menester ayudas ni valedores para salir airoso de mayores empresas. Pero como quiera que sea, á mí me cupo la dicha de ser el primero que galardonase vuestro merecimiento, haciéndoos en Alhama los dones y mercedes que confirmaron los reyes de buena voluntad. Mas acontece ahora, que siendo menester traer á aquella tierra nuevas gentes y pobladores, como prenda de seguridad y sosiego, cumpliera mucho al servicio de SS. AA. (y asi me ordenan decíroslo en su nombre), que devolvieseis para repartirlos los heredamientos y bienes que entonces se os dieron, si es que venís en ello de buen grado..... »

« ¡ Qué decís ! La reina, mi señora, puede disponer de mi vida, cuanto mas de mi hacienda; y me habeis lastimado (escusadme esta queja) con solo demandármelo. »—« No os lo demandaba, honrado Pulgar, dudando de vuestra respuesta; que bien conocidas tengo vuestra lealtad y generosas prendas : quise meramente mostraros, tal cual era, la voluntad de la reina. Por condicion expresa, digna de su gran ánimo, exige que presteis para ello vuestro consentimiento; dejando á vuestra libre voluntad y albedrío la compensacion que se os deba en cambio de aquellas mercedes. »

Encendiósele el rostro á Pulgar, al oir estas palabras : que tanto se preciaba de caballero, que casi creyó que empañaban su fama con solo proponerle que pidiese satisfaccion y pago, antes de soltar de la mano lo que ya poseia. Mas dueño de sí luego, y temeroso de que se atribuyese á resentimiento y despique lo que era meramente nacido de su misma lealtad y pundonor, manifestó en sustancia al

de Tendilla: que todos sus pasados habian guerreado como él, sin recibir por ello tan cumplidas mercedes; que los reyes, sus señores, le habian recompensado tan liberalmente, que mal pudiera él satisfacer tan grande deuda, aun cuando derramase en su servicio la última gota de su sangre; y que solo les demandaba en gracia («Cuenta, señor, que asimismo se lo digais á SS. AA.»), que aceptasen aquellas tierras y heredamientos con la misma buena voluntad con que Pulgar se las devolvia.

Echóle los brazos al cuello, sin poder contenerse el buen conde; no sabiendo qué admirar mas, si la índole generosa de Pulgar, ó su valor en los combates; y despues que se hubo desahogado algun tanto, dándole una y otra muestra de singular aprecio, volvió á anudar con arte la interrumpida plática, si bien con escasa esperanza de recabar lo que pretendia. «¿Es posible (le dijo al fin, y con ciertos visos de impaciencia) que tan poco puedan con vos el deseo de una esclarecida princesa y el ruego de un amigo? No os creí, á fé de Mendoza, tan tenaz en vuestro propósito.»—«Segun eso no sabeis el antiguo blason de los mios: *El pulgar quebrar y no doblar.*»

Sonrióse el conde, que era, como todos los de su linage, no menos entendido que bizarro; y queriendo tantear por vez postrera si lograba de alguna suerte reducirle, mostró darse ya por vencido, y le dijo con cierto desmayo y tibieza: «Puesto que no hay manera de torcer vuestra voluntad, haced, Hernando, lo que mas os plazca; solo debo advertiros, que segun lo que colijo de las expresiones de la reina, será vano vuestro ofrecimiento: S. A. no recogerá los dones que ya hizo, sin que acepteis otros en cambio.»

Quedóse callado Pulgar, como quien no esperaba que en tal estrecho le pusiesen; mas recobrando en breve su serenidad, clavó los ojos en el ilustre caudillo, y le dijo estas meras palabras: «De Dios está, por vida mia, que habeis de vencer siempre.»—«Y mas me huelgo de este triunfo que de haber escarmentado á los Moros.»—«Pero no creais que me entrego á merced; sino con pactos y condiciones.»—«¿Teneis mas que dictarlos vos mismo?»—«Una cosa demando en pago; y decid de mi parte á SS. AA. que no tomo ni mas ni menos.»—«Yo os lo ofrezco en su nombre: ¿qué demandais?»—«*Los molinos de Tremecen.*»

«Donoso estais (le dijo el de Tendilla, despues de mostrarse suspenso unos breves instantes): ¡á los reyes de Castilla pedís que os concedan molinos en Africa!» — «¿Pues hay mas que ganarlos (le repuso Pulgar)?» — «No dudo que algun dia lleguen allá los Españoles: ¿mas, y si tarda el plazo?.....» — «Si no tomo posesion de ellos, la tomarán mis hijos.»

En los miserables tiempos que alcanzamos, apocados los ánimos y enmohecidos con el vil interés, casi miramos con sonrisa de lástima la extraña demanda de Pulgar, cual si ya frisase en locura; pero en aquella era de gloria y de heroismo, se creian los Espa-

ñoles, como los antiguos Romanos, destinados al imperio del mundo.

Acogieron los reyes con afable benevolencia la generosa oferta del caudillo; y le otorgaron en cambio la merced que pedia, en términos tan lisongeros, que no los trocára Pulgar por todos los tesoros de la tierra. « E vos con mucho celo é amor á nuestro servicio (le decian en su carta los príncipes), nos volvísteis dichos heredamientos, que nos vos habiamos dado en remuneracion de muchos gastos que aviais fecho de vuestra propia facienda; é en alguna enmienda de vuestros muy señalados servicios, *é nos pedisteis que en pago, equivalencia é satisfaccion dellos, vos ficiésemos gracia é merced de todos los molinos que son é por tiempo fueren en el reino de Tremecen, en Africa, lo que en buen hora se reduzca á nuestro servicio.....* » Prosigue despues la real cédula haciendo como alarde y reseña de los esclarecidos hechos de Pulgar; en remuneracion de los cuales, y en pago de los bienes y heredamientos que devolvia, le hicieron los reyes merced, para él y sus sucesores, de los molinos de la ciudad y reino de Tremecen, *desque en buen hora se ganen*. Asi decian aquellos magnánimos monarcas, aceptando el favorable agüero [1].

El emperador Carlos V, en cuyo glorioso reinado no cabia que se desvaneciesen aquellas esperanzas, ratificó la gracia hecha por los reyes católicos, confirmando á Pulgar y á sus descendientes la propiedad de los molinos de Tremecen, para cuando aquella ciudad se ganase; y á peticion del mismo Pulgar, que tenia en sumo precio tan honroso título, le otorgó que se incorporasen perpétuamente en el mayorazgo del Salar, quedando vinculados en su casa [2].

Lo mas singular es (como si hubiese querido la suerte satisfacer en alguna manera el gallardo presentimiento de aquel caudillo), que á pocos años de acaecido su fallecimiento, su hijo Hernan Perez del Pulgar, que habia heredado del padre el denuedo y el nombre, acompañó con trescientas lanzas al famoso conde de Alcaudete, en varias expediciones contra el Africa; y habiéndose apoderado de la ciudad de Tremecen, requirió Pulgar al conde, haciendo valer los títulos con que habian honrado los reyes su linage, á fin de que en su cumplimiento le hiciese formal entrega de los molinos de aquel reino. Escusóse el conde de hacerlo,

[1] En el Apéndice se encuentra real cédula expedida por los reyes católicos, en Medina del Campo, á 9 del mes de abril de 1494; por la cual conceden á Pulgar y á sus sucesores la propiedad de *todos los molinos que son é por tiempo fueren en el reino é ciudad de Tremecen.*

[2] Veáse en el Apéndice la solicitud de Hernando del Pulgar pidiendo que la propiedad de los molinos de Tremecen se añadiese á la vinculacion del Salar, y corriese unida con ella, y la real facultad concedida al efecto por el emperador Cárlos V, á 29 de setiembre de 1526: en cuya virtud existe en el archivo de la casa el testimonio de la propiedad de los molinos de Tremecen y la claúsula de su vinculacion en el mayorazgo: la fundacion de este aparece ser de 25 de setiembre, año de 1529.

como quiera que se disponia á sentar otra vez en el trono, si bien como tributario del rey de Castilla, á uno de los mezquinos tiranuelos que entre sí disputaban la presa [1]; mas poco satisfecho Pulgar de la no esperada repulsa, y para que en ningun tiempo se creyese menoscabado su derecho, tomó posesion de los molinos delante de testigos valederos, haciendo plena informacion de ello, así que volvió á España [2].

Tambien ha quedado en Granada la fama y tradicion de que luego despues, por larguísimo tiempo, al principio de cada año se sacaban á pregon y puja los molinos de Tremecen, delante de la casa de los Pulgares, como en reconocimiento de propiedad y para perpétua memoria [3].

No sé si me seduce el entusiasmo; pero la cesion que hizo Pulgar de tierras, casas, bienes, conquistados á punta de lanza, sin aceptar en cambio la menor recompensa, es tal vez á mis ojos el rasgo mas glorioso de su vida: y al ver tan bizarro desprendimiento, tal grandeza de alma, á la par de tanto denuedo, no parece sino que vemos revivir en él uno de aquellos héroes de la antigüedad, dignos del pincel de Plutarco.

Por cuya razon causa mas desconsuelo el contemplar que aquel es el último de sus claros hechos, de que haya quedado memoria; siendo así que el insigne caudillo se hallaba á la sazon en su mayor vigor y lozanía, y que el cielo le concedió despues largos años de vida. Pero por mas esmero y diligencia empleados al efecto, no ha sido posible rastrear lo que Pulgar hiciera, desde poco despues de la conquista de Granada hasta que se verificó su muerte [4]. Mas de una vez me ha pasado por el pensamiento si hallándose en Andalucía, siendo compañero de armas y amigo de Gonzalo de Córdoba, y tan dado por inclinacion y por costumbre al ejercicio de las armas, acompañaria á aquel caudillo en las guerras de Italia; pero en ninguna crónica, de las que han trasmitido á la posteridad la memoria de aquellos hechos, he encontrado siquiera el nombre de Pulgar; y cierto que si se hubiera hallado en tan célebres batallas y conquistas, bajo el mando del Gran Capitan y al lado de un Garcia de Paredes y otros soldados de prez y nombradía, no

[1] Consúltese la *Continuacion de la Historia de España*, por el P. Miñana, lib. 3, cap. 14, en los sucesos correspondientes al año de 1543.

[2] En el Apéndice se encuentra copia del pedimento presentado al efecto por Hernan Perez del Pulgar, segundo señor del Salar, ante el corregidor de la ciudad de Loja, año de 1565; en cuya virtud se hizo la informacion de testigos, que obra *original* en el archivo de la casa.

[3] En el Apéndice se ha incluido el retazo de la comedia titulada *el Triunfo del Ave María*, en que se menciona la concesion de los molinos de Africa, hecha á Hernando del Pulgar, aludiéndose tambien á la tradicion popular de sacarse todos los años en Granada á pública subasta. La mencionada comedia parece vaciada en el mismo molde que otra mas antigua compuesta por Lope de Vega; y acerca de una y otra se harán en el Apéndice algunas observaciones.

[4] La toma de Granada se verificó á principios del año de 1492; y Hernando del Pulgar no falleció hasta mediados de 1531.

era posible que quedase confundido entre la muchedumbre, sin dar buena cuenta de su persona, quien tales hazañas obró en la conquista de Granada.

Tambien es cosa extraña que en un tiempo en que á todos los guerreros de Castilla les latía el corazon con el anhelo y ansia de ir á vengar en Africa la larga servidumbre de su patria; cuando en el mismo reino de Granada, y en la ciudad de Loja [1], y alguna vez bajo el calor y amparo del famoso Gonzalo de Córdoba [2], se apercibian los tercios que habian de llevar el pendon de la cruz á aquellas bárbaras regiones; Pulgar, aquel Pulgar que por tantos años habia guerreado contra los infieles, corriendo cada dia tras nuevos peligros y lauros, permaneciese tranquilo en sus hogares, viendo ociosas y colgadas sus armas. Sea de esto lo que fuere, solo sabré decir que he hallado un mero indicio de que tal vez pasó Pulgar en Africa, cuando al nacer el siglo décimosesto se trababa la larga lucha que habia de costar tanta sangre; pero ni hay certeza del hecho [3], ni consta la menor circunstancia, ni menos cum-

[1] Hernando del Pulgar tenia bienes en Loja, fue regidor de aquella ciudad, y los reyes católicos le concedieron para él y sus sucesores el privilegio de asiento en el coro de aquella santa iglesia. En el archivo de Simancas existe la renunciacion que hizo Hernando del Pulgar de su oficio de regidor de Loja (á 16 de octubre de 1524), traspasándolo al Lic. Pedro Lopez de la Puebla, vecino de Granada; é igualmente la renuncia que hizo en 27 de octubre de 1526 de otro oficio de la ciudad de Loja cediéndolo á su hijo Rodrigo de Sandoval *.

Existe tambien en dicho real archivo la franqueza que obtuvo en 31 de agosto de 1526 para labrar una venta en el término de Loja, de donde era vecino y regidor. (Es de advertir que en el camino de Granada á Loja, y frente por frente del Salar, subsiste hoy dia una venta, que ha conservado el nombre de *venta del Pulgar*, y pertenece á los descendientes del famoso caudillo.)

« Por dicha informacion, ante dicha justicia y escribano, consta que, en remuneracion de los servicios que el dicho Fernando del Pulgar hizo, los señores reyes católicos le hicieron merced al susodicho y á los sucesores en su casa y mayorazgo de un asiento en el coro de la santa iglesia de esta ciudad de Loja; mientras durasen los divinos oficios, etc. » (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos servicios*, etc. de la casa del Pulgar.)

[2] « En este tiempo el arzobispo D. Francisco Ximenez le pidió consejo al Gran Capitan como podria conquistar la ciudad Oran, en Africa, porque queria apaciguar á los Aragoneses y á los invidiosos de sus rentas con hacer aquella jornada. El Gran Capitan le dió la forma, y le envió á Pedro Navarro, conde de Oliveto, para que le dispusiese una buena armada, que en breve la dispuso y embarcó en ella catorce mil hombres; dióle el Gran Capitan el órden que debia tener en la conquista, y hízose á la vela, yendo en ella el mesmo arzobispo, etc. » (M. S. *Historia de las Proezas y hazañas del Gran Capitan*, escrita por el capitan Francisco de Herrera, natural de la ciudad de Córdoba, testigo de ellas, cap. 8.)

[3] En la carta escrita á S. M. por la ciudad de Granada, año de 1694, en favor de la casa del Salar, se da por sentado que Fernan Perez del Pulgar, hijo del famoso guerrero, se habia hallado en la toma de Mazalquivir, año de 1505, y en la de Oran, Trípoli y Bujía, en el de 1509. Si el hecho, á que aquí se alude, descansa en algun fundamento, y si efectivamente concurrió Hernan Perez del Pulgar á las mencionadas expediciones de Africa, fue sin duda el padre y no el hijo; habiendo tal vez el ayuntamiento de Granada confundido á entrambos, engañado por la igualdad del

* Véanse ambos documentos en el Apéndice.

pliera á su gloria andar á la rebusca de servicios livianos y dudosos, cuando la menor de sus proezas basta á inmortalizarle.

Muy escasas son tambien las noticias que hasta nosotros han llegado respecto de la vida doméstica de Pulgar, de sus costumbres y aficiones; y en verdad que despues de admirarle tan grande y generoso, como que se desea con mas ansia seguirle á la callada dentro de sus hogares, escudriñar sus acciones mas leves, escuchar hasta sus palabras; conocemos al *héroe*, y quisiéramos conocer al *hombre*.

Es lícito sin embargo conjeturar, y sin correr el riesgo de engañarse, que habiendo nacido con índole tan noble, acostumbrado desde mozo al áspero ejercicio de las armas, aficionado á las letras humanas que cultivó hasta en su vejez, y mal avenido con el ocio y regalo, no es dable que estuviese sujeto á aquellas pasiones bastardas que avasallan el corazon, le estragan y envilecen. Sus costumbres debieron de ser no menos sencillas que puras, á juzgar por lo que sabemos de su vida, por la robustez de sus fuerzas, por lo despejado de su entendimiento hasta en una edad muy avanzada, ó por mejor decir, hasta la víspera de su muerte.

Tres veces contrajo matrimonio: la primera con doña Francisca Monte de la Isla [1], en la ciudad de Alcalá la Real, donde tal vez pensaba Pulgar avecindarse; por cuanto consta que los reyes católicos le prometieron darle en aquella ciudad oficio de república [2]. Casóse, á lo que se deja entender, por los años de 1485 [3], y de aquella señora le nació una hija, de nombre doña María, que despues casó con un caballero de esclarecido linage, llamado Rodrigo de Bazan, regidor que fue de Granada y alcaide y corregidor de Gibraltar. Dióles Pulgar algunos bienes [4]; mas ora no fuesen tantos como creian ellos corresponderles, ora anduviesen los ánimos de-

nombre. Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, se hallaba en el vigor de la edad, cuando se verificó la expedicion mandada por el alcaide de los donceles (su compañero de armas durante la guerra de Granada) y cuando pocos años despues pasó á proseguir las conquistas en Africa el conde Pedro Navarro; pero Hernan Perez del Pulgar, hijo del famoso caudillo, no habia nacido por aquella época, puesto que sus padres no contrajeron matrimonio hasta la primavera de 1508. Existe en el archivo de la casa el testamento de dicho Pulgar, segundo señor del Salar; y parece hecho en Loja, á 19 de junio de 1579: con cuya fecha concordaria mal el que hubiese tenido edad bastante para señalarse como guerrero por los años de 1505 y 1509, en que se verificaron las mencionadas expediciones.

[1] Era esta señora hija de Montesino de la Isla, jurado de la ciudad de Alcalá la Real. (*Historia de la Casa de Lara*, por don Luis de Salazar y Castro. — Testamento de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*.)

[2] Real cédula, firmada por la reina doña Isabel y refrendada por D. Francisco Madrid, su secretario, fecha á 22 de abril de 1487, por la cual prometió á Pulgar el primer oficio de regidor ó de jurado que vacase en Alcalá la Real. (Véase en el *Apéndice.*)

[3] Asi se colige de estas palabras del testamento de Pulgar: « Podrá haber *quarenta y seis años* que yo me desposé y casé, segun órden de la santa madre Iglesia, en la ciudad de Alcalá la Real, con doña Francisca Monte de la Isla, etc. »

[4] Otorgóse la escritura en el mes de mayo de 1511.

sabridos y contrapuestos (como en tales casos acontece) al ver que su padre habia contraido nuevo enlace, de que hubo luego hijos varones; lo cierto de ello es que brotaron en el seno de la familia disturbios y desavenencias, de que queda rastro en mas de un documento; único sinsabor, al menos que se sepa, que acibaró la vida de Hernando del Pulgar.

Casó en segundas nupcias el dia 2 de abril del año de 1508, por señas que fue Pascua de flores, con una ilustre señora, doña Elvira de Sandoval, rama de muy buen tronco [1]; y á juzgar por el amor entrañable que le tuvo su esposo, y cuyo recuerdo le duró hasta los últimos instantes de su vida (si bien era la noble dueña ya viuda y con un hijo del primer matrimonio) puede con razon colegirse que estaria dotada de muchas y aventajadas partes.

Nacieron de este matrimonio don Rodrigo de Sandoval, que falleció antes que su padre, sin dejar sucesion, y el primogénito Hernando Perez del Pulgar, en quien recayó el mayorazgo, y que tomó sobre sí la pesada carga de llevar sin deslustrarle un nombre tan glorioso. Siguiendo el ejemplar que cercano tenia, guerreó largos años en Africa, consumiendo su hacienda, derramando su sangre, quedando en cautiverio con uno de sus hijos; y al fin ganó mucha fama y renombre en aquellas mismas sierras de la Alpujarra, donde habia apagado su padre la primera chispa de la rebelion [2].

Año y medio antes de morir Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*, casó en terceras nupcias con Elvira Perez del Arca, de la que no se sabe mas que el nombre; pudiéndose meramente colegir que no el cebo de ambicion ó codicia, y sí solo la amistad y el cariño, pudieron estimular á Pulgar á contraer aquel enlace en una edad tan avanzada; puesto que aquella señora no trajo bienes ningunos á poder de su esposo [3].

Por la escasísima luz que arrojan los documentos que aun subsisten, se viene en conocimiento de que Hernando del Pulgar, des-

[1] Segun Salazar en su *Historia de la casa de Lara*, aquella señora era hija de Alonso Gonzalez de Medina, señor de la Membrilla, y veinticuatro de Sevilla, y de doña Mayor de Sandoval; pero segun un apunte suelto, existente en el archivo de la casa, y aun segun lo que se deduce del mismo testamento de Pulgar, su segunda muger era hija de don Pedro Diaz de Sandoval y de doña Juana de Mendoza: fueron padrinos de la boda ilustres caballeros: Pero Afan de Ribera, cuñado de la desposada, Juan de Esquivel, veinticuatro de Sevilla, y el comendador Navarro, contador del duque de Medina Sidonia. Veláronse Pulgar y su esposa en la misma ciudad de Sevilla, dia 15 de julio de 1508. (Documentos y papeles existentes en el archivo de la casa de Pulgar.)

[2] En el apéndice se hallarán algunos apuntes concernientes á este Hernando del Pulgar, hijo del *de las hazañas;* y así mismo dos documentos curiosos: una carta que le dirigió don Juan de Austria, en tiempo de la guerra contra los moriscos rebelados, y otra carta de Felipe II, haciéndole con sigilo una prevencion importante.

[3] «*Item* declaro que podrá haber *año y medio* que yo casé segun orden de la santa madre Iglesia tercera vez con Elvira Perez del Arca, mi muger, con la cual yo no recibí bienes algunos ni los trajo á mi poder.» (Testamento de Pulgar.)

pues de la toma de Granada, permaneció en los términos de Andalucía; ora en aquella ciudad, tan rica para él en gloriosos recuerdos, ora en los pueblos en que disfrutaba bienes y heredamientos, ó ya en la opulenta Sevilla, patria de su segunda esposa, con la que vivió unido largos años [1], y al parecer con mucha paz y contentamiento.

Despues de haber bosquejado, aunque de corrida, el retrato de Hernando del Pulgar, ya como capitan valeroso, ya como varon dotado de generosas prendas, réstanos presentarle ahora como *escritor*: bajo cuyo concepto no ha llegado á mi noticia que haya sido considerado hasta ahora, por mas curioso que parezca ver cómo manejaba la pluma quien tan bien manejaba la espada.

Inducidos á error por la semejanza del nombre, y acostumbrados á mirar á un Hernando del Pulgar como *historiador*, y á otro Hernando del Pulgar como *guerrero*, no han faltado autores de pró que hayan atribuido al cronista de los reyes católicos el resúmen ó compendio de la vida del Gran Capitan; habiendo otros dejado en duda, á pesar de su vastísima erudicion, un punto tan notable de nuestra historia literaria [2]. Cundió despues la opinion, mas conforme á la verdad, de que Pulgar *el de las hazañas* fue quien escribió los claros hechos del otro famoso caudillo; pero se ha creido generalmente que era suya la *Crónica del Gran Capitan*, escrita por un autor contemporáneo, que recató su nombre, y dada varias veces á la prensa en el siglo décimosesto [3]. Mas habiendo leido esta obra con cuidado

[1] Desde el año de 1508 en que contrajeron matrimonio, hasta el de 1528 en que falleció aquella señora. (Testamento de Pulgar.)

[2] Don Nicolas Antonio se expresa de esta suerte en el artículo correspondiente á Hernando del Pulgar, cronista de los reyes católicos: «A la verdad, si no es diverso de este (segun opinan algunos, negándolo otros, y entre estos Gonzalo Argote de Molina, en el catálogo de los libros, de que refiere haberse valido para escribir la historia de la Nobleza de Andalucia) Fernando del Pulgar, marques del Salar, se dice con certeza que escribió la *Historia del Gran Capitan*, dada á luz en Alcalá de Henares, en la imprenta de Fernando Ramirez, año de 1584, en folio.» (*Bibliotheca nova.*)

De estas palabras de don Nicolas Antonio se infieren dos cosas; que puso en duda si Fernando del Pulgar, el cronista, y Fernando del Pulgar, marques del Salar, fueron uno mismo ó distintas personas; y que atribuyó al último con tono de certeza una obra agena, no haciendo mencion de la que escribió realmente.

[3] Titúlase esta obra: *Crónica del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba y Aguilar, en la qual se contienen las dos conquistas del reino de Nápoles, con las esclarecidas victorias que en ellas alcanzó*, etc. Imprimióse en Sevilla año de 1580, en casa de Andrea Pescioni; y dos años despues se reimprimió en la misma ciudad y en la misma imprenta, sin mas diferencia que la del frontis. Debia de haber alguna edicion anterior á estas, puesto que en la de 1580 se concede la licencia de imprimir la mencionada *Crónica*, *porque habia falta de ellas*.

Reimprimióse pocos años despues en Alcalá de Henares, expresándose en el privilegio que ya se habia impreso otras veces y que habia de ella gran falta. A esta edicion aludió el Dr. don José Berni y Catalá, cuando dijo equivocadamente: «que la vida de este grande héroe (habla del Gran Capitan) la escribió Hernando del Pulgar, y publicó en Alcalá, año de 1584.» (*Creacion, antigüedad, y privilegios de los títulos de Castilla*, fol. 168, nota 2.)

y detenimiento, quedé íntimamente convencido de que no estaba escrita por Pulgar; asi por el gusto y sabor, si es lícito expresarse de esta suerte, como por una reflexion obvia y sencilla, á saber: que habiendo sido compañeros de armas Gonzalo Fernandez de Córdoba y Hernando del Pulgar, mientras duró la guerra de Granada, y no quedando rastro ni indicio de que hubiese pasado Pulgar á naciones extrañas, [debió naturalmente hablar con mas aficion de las cosas que vió con sus ojos y en las que le cupo no pequeña parte, que no de las que solo pudo saber de oidas, á manera de rumor lejano; y al contrario, en la expresada crónica se advierte que habla el autor como testigo presencial de las guerras de Italia, indicando circunstancias muy leves, y hasta diciendo alguna vez que habia conocido á personas de aquellos reinos; y apenas nombra, como de paso y con escasa voluntad, las cosas de Granada.

Persuadido de que no era aquella la obra que yo buscaba, seguí haciendo investigaciones, y pasaron sucesivamente por mis manos varias crónicas del Gran Capitan, que hallé en las bibliotecas de la corte ó que me facilitaron mis amigos [1], hasta que al cabo vino á mi poder la que indudablemente fue compuesta por Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas* [2].

El nombre del escritor, aun prescindiendo de la fama del héroe que en aquel escrito se ensalza, bastaria para despertar vivísima curiosidad; pero concurren otras circunstancias particulares que acrecientan hasta lo sumo el interes en favor de tal obra. Escribióse, al parecer, por los años de 1526, probablemente á tiempo que el emperador Cárlos V hizo su mansion en Granada, y de cierto por obeceder su mandato y satisfacer su deseo. ¡ Qué seria ver á un monarca tan poderoso, quizá el mismo dia en que visitára el sepulcro del mayor capitan de su siglo, encomendando que escribiese su vida á otro guerrero ilustre, su amigo y compañero, que en un ejército de héroes mereció que le apellidasen *el de las hazañas!* Figurémonos por un instante á Hernando del Pulgar, á la edad de setenta y cuatro años, recogiendo solícito en su memoria los recuerdos de sus verdes años, repasando en su mente los lugares en que habia alcanzado tanta gloria, los claros hechos de Gonzalo de Córdoba, de que él mismo habia sido testigo: « É yo de los que ví me atrevo á escrebir, aunque en mucha edad é poca habilidad, que causaron poner en borrones vida que tanto merescia ser de buena

[1] Una de ellas M. S. que lleva por título: *Historia de las proezas y hazañas del Gran Capitan don Gonzalo Fernandez de Córdoba, su nacimiento, su educacion, sus excelentes costumbres y liberalidades, escrita por el capitan Francisco de Herrera, natural de la ciudad de Córdoba, testigo de ellas.*

[2] En la misma obra se expresa que « *este breve sumario de las hazañas y solemnes virtudes que en paz y en guerra hizo el Gran Capitan, escribió en pedazos como acaescieron Hernan Perez del Pulgar, Señor del Salar.* » Imprimióse en Sevilla por Jacobo Cromberger, aleman, en el mes de enero de 1527.

El único ejemplar de esta obra que he hallado, y que ha servido para reimprimirla á continuacion de esta noticia, pertenece á la real Academia Española.

tinta escrita, en especial á príncipe y señor que su grandeza en el mundo pone espanto el cual nos quita la benevolencia con que á todos admite.» Exento de presuncion y vanagloria, nos descubre Pulgar su hidalga índole con solo anunciar la manera con que se propone escribir su obra: «É queriendo yo seguir ambos bandos, llano y claro diré lo que en fecho fue, contando las mismas cosas que todos vieron, *apartando la jactancia de decir que fui en ello*, en especial las de la guerra de Granada, do poco della pasó en aquellos quasi diez años que duró, se me encubrió.» Como cabalmente en aquella conquista dieron Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar tan señalada muestra de sus personas (habiendo hecho ambos las primeras armas en la guerra de Portugal), se nota en la relacion de los hechos un sabor de verdad, un candor que embelesa por su sencillez misma: debiéndose á la propia causa que sepamos por esta obra varias proezas de Gonzalo de Córdoba y algunas circunstancias de su vida, que á no ser por Pulgar yacieran ignoradas. Los demas historiadores y cronistas se apegaron con mayor ahinco, cual era natural, á los hechos mas notables por su grandeza, á las batallas y conquistas en que mandó como caudillo, arrojando de Italia los pendones de Francia, y disponiendo con su mano de reinos y coronas: solo por acaso aludieron á los hechos de su mocedad, que no eran sino las primicias de su valor y singulares prendas; pero Hernando del Pulgar, que los habia presenciado, los refiere con grata complacencia, pinta los obstáculos, los riesgos que los acompañaron; se encanta celebrando su buen éxito. No parece sino que se le ensancha el corazon, al referir las proezas del insigne caudillo; y que á pesar de haberse impuesto á sí mismo callar sus propios hechos, dice en secreto á sus lectores: «Este héroe era mi amigo; yo peleaba á su lado.»

Una circunstancia notable, que resulta de la lectura de su obra, es que en mas de una ocasion se asemejaron no poco uno y otro guerrero en los hechos con que se ilustraron, durante la guerra de Granada: no parece sino que á porfia corrian en busca de los mismos peligros. Abastece Pulgar á la ciudad de Alhama y la salva de su perdicion; Gonzalo de Córdoba la salva á su vez, y Pulgar es quien nos lo refiere. Se muestra indecisa la fortuna, aunque por breve plazo, y el rey Fernando no puede acudir tan presto cual quisiera: Gonzalo de Córdoba se encierra en la Malaha, y su sola presencia le preserva; corre Pulgar á Salobreña, y con su arrojo la defiende. Codicioso de riesgos y aventuras, habia llegado el de Córdoba una noche hasta la misma puerta de Granada, prendiendo en ella fuego y causando en los Moros gran turbacion y escándalo; y lástima que se le malogró despues por culpa agena el haber entrado en la ciudad, para libertar á los cautivos, que hubiera sido *el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaescido en España*, segun las palabras mismas de Pulgar; á este le cabe mejor suerte, y da gloriosa cima á la empresa de la mezquita. Entra Pulgar en Má-

laga, poniendo á gran riesgo su persona, para ofrecer tratos y conciertos de paz; Gonzalo de Córdoba se introduce de oculto hasta el palacio mismo de la Alhambra, y arranca al mudable Boabdil las condiciones del entrego.

Terminada la guerra de Granada, gustó en aquella ciudad brevísimo reposo el ilustre caudillo, y pasó luego á Italia: de cuyas empresas y conquistas, ó ya por mas sabidas ó por no poder dar dellas tantas señas, solo hizo Pulgar una leve mencion, como por via de recuerdo.

Cuando se espacia á placer, cual si en él propio reflejaran las alabanzas de su amigo, es cuando pinta su ademan, su rostro, sus hidalgas prendas, la serenidad en los peligros, la igualdad constante del ánimo en la buena y en la mala fortuna, la largueza que le grangeaba hechuras, su clemencia y generosidad que desarmaba á sus contrarios. No encuentra palabras Pulgar para encarecerle cual quisiera; y se le ve con secreta satisfaccion deslizarse sin sentir al mismo propósito, repetir los elogios de mil maneras, buscar acá y allá en anales é historias los héroes mas famosos de la antigüedad, para colocarlos al lado de su héroe y que este aparezca mas grande[1].

Si *el estilo es el hombre* (como ha dicho ingeniosamente un escritor profundo y el mejor intérprete que ha tenido la naturaleza[2]) Hernando del Pulgar se retrató tan fielmente en su obra, que bastaria á cautivar nuestra aficion, aun cuando no hubiese quedado de él ninguna otra memoria. Descúbrese de lleno su generosa índole, al ver con cuánta complacencia celebra á los guerreros que mas se señalaron, sin que se trasluzca en sus palabras ni la mas leve sombra de bastarda envidia: todas las dotes del ánimo, que anuncian elevacion y grandeza, excitan al punto su entusiasmo; y sobre todo se echa de ver que las prendas que mas estimaba eran el menosprecio de las riquezas y la benignidad y mansedumbre. ¡Cuán de apetecer seria, que al recordar del sueño los reyes de la tierra, encontrasen quien les repitiese las mismas palabras que pone Pulgar en boca de Gonzalo de Córdoba, hablando con el rey de Granada! « Con mas seguridad se acrecientan los estados perdonando que vengando: en especial ved como anda todo tan dudoso que requiere mas clemencia y suelta que no gobernacion rigurosa; que su tiempo habrá que carezcan de la vida aquellos que no usaren della como conviene al sosiego de la ciudad. Cá mejor á los dañosos dejallos con miedo, que con aquel y deseo de perdon se enmendarán y serán modestos en lo porvenir; lo que con cuchillo sus semejantes, que fuera de aquel quedaren, no se podrán corregir, y es dar lugar á que quajen mas sus males. Por ende mirad, señor, que para que los hombres duren, no ha de durar miedo en ellos. Que al rey mas amor que temor le hace señorear; y dando lugar á vuestra ira, quedaos tiempo

[1] En uno de los últimos capitulos de su obra ofrece de propósito la *Comparacion del Gran Capitan y Scipion.*

[2] El célebre Buffon.

para consejo; con el qual dareis el remedio necesario: que el poderío con amor y buenas obras á los súbditos se posee mas seguro que con gentes ni oro ni verdugo.»

Está esmaltada la obra con máximas morales, expresadas algunas de ellas con singular acierto, si bien mas de una vez se resiente el escritor del gusto de aquel tiempo, mostrándose recargado de erudicion prolija, que lejos de hermosearle le afea; como suele acontecer á joyeles antiguos, que el engaste pesado del oro ofusca el brillo de la pedrería.

Se conoce que Pulgar gustaba mucho de los historiadores de la antigüedad; condicion propia de su grande alma: y tal vez á aquella aficion se debiera él que mas de una vez ponga razonamientos en boca de sus personages (siendo uno de los primeros que lo tentó en España), para tomar respiro en la narracion de los hechos, y como por gala en el arte de bien decir. Mas de un discurso hay entre los suyos que no se desdeñara de prohijar como propio el escritor de mas renombre: y da gozo ver á un guerrero, cargado de años, y que consumió lo mejor de su vida en el estrépito de los campos, ordenar discursos no sin arte, eslabonar los conceptos, pulir el estilo y la frase, y alguna vez sentir tal calor en el ánimo, que naturalmente se comunica á sus pensamientos y expresiones. Enérgica y briosa, á no poder mas, es el habla que pone en los labios del alfaquí, cuando viendo dividida la ciudad entre dos reyes, y llamados por uno de ellos y acogidos los Castellanos, y el imperio á punto de desplomarse, increpa de esta suerte á los Moros, para que vuelvan de su frenesí: «¿Cuándo en los dias de los malos cesarán nuestros males? Cá de los comportar, nuestros enemigos nos han mancilla: ¡oh, como si fuésemos buenos alfaquíes y viejos, y derramásemos nuestras lágrimas en tratar la paz, como no derramarian los cristianos nuestra sangre en la guerra! Pues la razon quiere, y la justicia defiende á los Moros tomar armas contra Moros; y tan recias, que con el favor del sueldo que Gonzalo Hernandez metió y dá, no se siente el daño que en lo recibir se sigue. E otro mal igual á este, que seguís hombres nuevos, ventajosos en maldad, por negligencia de justicia; de los cuales gran número anda por las calles con callosas manos de hacer mal á sus vecinos; y en lugar de se ocupar en peligrosas y famosas cosas de virtud, desarraigando los enemigos de su pueblo, sin entremeter á lo dañar, gastando en ello sus trabajos, fatigando los hombres llenos de buenos pensamientos. Por ende, ved cuanto en tormento viven los que á estos siguen: que no de la ciudad, mas de la tierra, para bien y utilidad della debian ser desarraigados; y con vuestra experiencia proveed lo presente; pues veis los nervios cortados para mas mal suceder adelante. No dudo algunos digan que el habla es recia; pero es mas segura; pues mejor es morir honrada y virtuosamente en el campo que no meter en nuestras casas enemigos de quien seamos subjetos. Lo cual siempre seremos, si luego no usamos de la vitoria, que en nuestras manos tenemos para ser libres; y

dejando amonestamientos, tomemos armas y fuerzas para amar y defender nuestra cibdad y reino : que el hierro caliente se labra. E apriesa antepongamos la libertad á la vida, y huiremos la servidumbre; y venza nuestra vergüenza al miedo : cá no menos es habido de flaco ánimo el que no muere cuando conviene, que el que muere cuando no es menester; cá guardarnos debemos no solo de lo presente, mas de lo que defuturo podria acaecer : cá lo que padecemos mas es por nuestra flojedad que por fuerza de los enemigos. »

El estilo de la obra es en general sencillo, desaliñado á veces, como el de las antiguas crónicas; pero á veces tambien descubre cierto entono y hasta visos de afectacion. No presume de escritor el guerrero; lo repite al principio y al final de su obra; pero advertimos con cierta sonrisa maligna que no le pesa al buen Pulgar que le tengan por entendido.

Concluye poniendo su obra bajo el amparo del monarca; y desconfiado de su propio acierto, pero seguro de que de cualquier manera que se presentase á la vista la imágen de Gonzalo de Córdoba, habia de aparecer digno de su renombre, termina de propósito con la misma frase con que dió principio á su escrito : « Muy gran razon tuvo vuestra persona imperial de desear ver y conocer al nombrado Gran Capitan. »

Si en esta obra de Hernando del Pulgar se hallan tantos indicios de sus nobles y generosas prendas, aun queda otro monumento, mas precioso si cabe, que nos le dá á conocer tal cual era. No se trata de una obra escrita por mandato de un gran monarca, destinada á salir á la luz pública, y en que el autor se coloca, por decirlo así, en medio del teatro del mundo; se trata del testamento de Pulgar, ordenado en secreto por él muy pocos dias antes de su muerte; cuando en vísperas de separarse de la tierra, reconcentrando el ánimo dentro de sí mismo, y casi mirándose ya en presencia de Dios, escudriñaba los secretos de su corazon y los ponia de manifiesto. Lo mas singular es que no se encuentra rastro ni vestigio de que estuviese á la sazon Pulgar aquejado de ninguna dolencia; y antes bien solo alude al peligro comun á que está expuesto el hombre, y añade expresamente *que se halla en su seso y entendimiento natural*[1]. No parece sino que el cielo, en su misericordia, quiso recompensar las virtudes de tan gran caudillo, manteniéndole sano de alma y cuerpo hasta los últimos instantes de su vida.

Ordenó Pulgar, ante todas cosas, que le sepultasen en su propio enterramiento, al lado de sus dos mugeres, que allí mismo yacian[2]:

[1] El testamento de Pulgar principia con estas palabras : « Considerando que la vida de los hombres es breve, y que se debe tener vigilancia en ella, esperando la muerte que es natura, é aparejar la conciencia, sepan quantos esta carta vieren : como yo Hernando Perez del Pulgar, señor del Salar, vecino de la ciudad de Loja, otorgo é conozco que hago mi testamento é postrimera voluntad, estando en mi seso é entendimiento natural. »

[2] Habiendo registrado escrupulosamente la capilla donde yace Pulgar, solo he

pero mirando con desden la vana ostentacion con que suele alimentarse el orgullo hasta en los mismos arreos de la muerte, previno en términos expresos : « Mando que mi enterramiento sea con toda moderacion é sin fausto ni pompa : é mando é ordené á mi muger é á Fernan Perez del Pulgar, mi fijo, é á mis nietos é descendientes, é á doña María del Pulgar, mi hija, é á sus hijas, é á mis criados é suyos, *que no traigan ni pongan luto por mi.* » De la propia suerte ordenó que *no se celebrasen honras ni cabo de año*, segun costumbre de aquellos tiempos. ¡ Cómo se eleva el ánimo, al ver á un guerrero tan ilustre mostrándose llano, modesto, llevando hasta mas allá del sepulcro la moderacion y templanza !

Recomienda con piedad religiosa que ofrezcan sufragios por la paz de su alma; pero aun en aquel acto se acuerda con ternura de sus compañeros y amigos, y ordena que al mismo tiempo sean ofrecidos « *por las personas que viviendo con él, murieron en la guerra de este reino de Granada.* »

Tenia Pulgar varios esclavos de uno y otro sexo, y á cada cual le menciona por su propio nombre, y á ninguno de ellos olvida al repartir sus beneficios : á cual le da la libertad desde el dia mismo en que él fallezca; á cual le obliga solo á que sirva durante algunos años, y le concede luego que disfrute de un bien de tanto precio. A todos sus criados les deja alguna manda; de todos se despide con cariño, y como pudiera hacerlo un padre.

El que asi trataba á personas tan poco allegadas, mal podia olvidar á su esposa; á la cual dejó algunos bienes para que los disfrutase por los dias de su vida, en prueba del amor que le tenia.

Tambien dejó un legado á favor de Mencia Perez del Pulgar, su hermana; la misma que estuvo casada con aquel Francisco de Bedmar de que se ha hecho mencion en esta obra [1].

No sé si acontecerá á otros lo que á mí me sucede : me embelesa estudiar la condicion é índole de los varones insignes, no en sus hechos famosos, sino en sus acciones mas pequeñas, hasta en por-

hallado la losa que cubre su sepultura; pero no queda rastro ni vestigio de estar alli enterradas sus dos mugeres. En el año de 1631 se sacó un *testimonio auténtico* de lo que á la sazon se encontraba en la mencionada capilla; y de dicho testimonio resulta : «que por bajo (de la sepultura de Pulgar) habia otras dos losas juntas por las cabezas, con armas, y el rótulo que en ellas se podia leer, decia : «Audalid, rey de ella y de su reino : aqui en este polvo de tierra estan los huesos de las claras dueñas doña Francisca Monte de la Isla, y doña Elvira de Sandoval, mugeres que fueron de Fernando del Pulgar, señor del Salar, á quien esta capilla con privilegio Real de S. M. con acuerdo de los señores de esta santa iglesia... » Y que dicho letrero remataba en la losa que estaba arrimada á la sacristía del sagrario de la dicha santa iglesia, y las otras dos con la que estaba del altar y entierro de los Pulgares. » (*Testimonio judicial de la ascendencia, hechos, servicios, etc. de la casa del Salar.*)

[1] Don Luis de Salazar y Castro en su *Historia de la casa de Lara* inserta la genealogia de la familia de Pulgar; y en ella incluye, como hermana de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, á «Mencia del Pulgar, que casó con Francisco de Bedmar, conquistador de Alhama.» (Tomo 2°, cap. 3°, fol. 746.)

menores tan ténues que apenas se divisen. Me agrada ver á un Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*, recomendando á su hijo que dé todos los años á la capilla real de Granada y á otras iglesias y monasterios « *harina de trigo candeal para hostias, molido en el molino del Salar con las piedras de la cañada de Fuente del Junco, porque hacen blanca farina: é esto que sea muy limpio é ahechado; é se miembren con quanta diligencia é cuidado é limpieza lo hacia Doña Elvira de Sandoval su madre.* » ¡ Qué recuerdo tan tierno y tan sentido ! Él solo bastaria á mostrarnos el alma de Pulgar.

A pesar del natural anhelo de perpetuar con gran copia de riquezas el lustre de su casa, y no obstante las costumbres y máximas de aquel siglo, es cosa digna de notarse que Hernando del Pulgar habia compartido la mayor parte de sus bienes entre sus dos hijos varones, fundando un mayorazgo á favor de cada uno de ellos; mas habiendo arrebatado la muerte á Rodrigo de Sandoval, sin dejar sucesion, determinó su padre que se juntasen en uno entrambos vínculos, y recayesen en su primogénito Hernando Perez del Pulgar, á quien dejó mejorado en el tercio y en el remanente del quinto.

Las demas disposiciones, en el testamento contenidas, versan sobre arreglos domésticos; notándose en todas ellas el claro entendimiento de Pulgar, el buen manejo de su hacienda, su cuidado solícito por evitar dudas y disensiones, declarando prolijamente los débitos que dejaba, las fincas que habia enagenado, y hasta el paraje y sitio en que se hallarian á la mano los títulos de propiedad.

El dia 2 de agosto del año de 1531 aparece hecho el testamento en la ciudad de Granada [1]; y el dia 11 del mismo mes y año falleció el ilustre caudillo, como lo expresa la misma lápida que cubre sus cenizas [2]. No consta, por desgracia, ninguna circunstancia de su muerte; mas por lo que sabemos de su vida, de sus claros hechos y virtudes, bien pudiera apellidarle España, como Francia al famoso Bayardo : *el caballero sin miedo y sin mancilla.*

[1] El testamento de Pulgar se otorgó en Granada ante Juan de Sosa escribano el dia 2 de agosto del año de 1531. (Se guarda el *original* juntamente con un traslado en el archivo de la Casa de Pulgar.—Leg. 29, núm. 2°.)

[2] En la capilla de los Pulgares subsiste hoy dia la lápida que cubre las cenizas de Hernando Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, en la cual se halla grabada la inscripcion siguiente : « Aquí está sepultado el magnífico caballero Fernando del Pulgar, señor del Salar, el qual tomó posesion de esta santa iglesia, siendo esta ciudad de Moros. S. M. le mandó dar este enterramiento. Falleció á 11 de agosto, año de 1531. »

BREVE PARTE

DE LAS HAZAÑAS

DEL EXCELENTE NOMBRADO

GRAN CAPITAN.

BREVE PARTE

DE LAS HAZAÑAS

DEL EXCELENTE NOMBRADO

GRAN CAPITAN[1].

Con muy gran razon, soberano señor, vuestra magestad desseó ver y conocer al nombrado Gran Capitan. Ca por cierto si él hoy, fuera segun util á lo real fue, otro Epaminondas [2] ó Parmenion [3] en él tuviera, para señorear el restante que del mando del mundo á vuestra católica magestad queda, y por ser tan justo su deseo (con cuidoso cuidado), á priessa busqué en el gran monton de sus obras estas pocas, que de parte de su vida con mano libre de aficion ni odio serán escritas, ansí de lo que hizo en Italia, como de lo que obró en España, donde ay tal costumbre que lo que en nuestro tiempo vimos de los vecinos della, menoscaba la fé de las cosas buenas; porque quanto mas juntas y claras á nuestra vista son, tanto mas lejos y escuras los escuros las cuentan. Van breves por-

[1] Las siguientes glosas que en las márgenes de esta obra van, son para declarar algunos passos della escuros á los que las crónicas romanas no han leido, con otras declaraciones que en ella escribió un letrado, el nombre del qual no manifiesto por temor de la tempestad de las lenguas de los murmuradores, que carecen de sentido con obras y no con palabras. (Esta advertencia se halla al principio del original impreso.)

[2] Este Epaminondas fue capitan de los Tebanos, muy excelente varon, ansi en el fecho de las armas, como en los ardiles de la guerra, que si particularmente se oviese de decir lo que dél se escribe, convernia gran historia. Del qual de sus muchos hechos, aqui dos cosas porné. Que como oviese de pelear, dice el consul Julio Frontino, con los Lacedemonios, porque sus gentes se esforzasen no solo con las fuerzas, mas tambien con las voluntades, declaróles con ira que los contrarios habian acordado y publicado ganando la vitoria matar á los varones, y dar cativerio á las mugeres y hijos de los vencidos, con mas derrocar á Tebas: de la cual causa los suyos recibieron tal corage con que vencieron los enemigos. Segunda, que con tres mil peones y quatrocientos de caballo venció prósperamente á la gran hueste de los Lacedemonios. El ejército de los quales era mil y seiscientos de cavallo, y veinte y quatro mil peones, del qual se lee nunca dudó acometer y esperar á sus enemigos, quales y quantos quier que fuesen.

[3] Deste Parmenion se escribe fue general capitan del gran Alejandre, el qual fue la causa con que el rey reinasse todas aquellas partes del mundo que cuenta Quinto Curcio.

que no ay palabras que basten á poner en tan alto estilo quanto requiere escribir vida de tan claro varon : del qual en las mas partes de la misma Ytalia valientes historiadores codiciando ensalzar la fama con las obras de este ilustre Capitan en prosa y en metro, han escrito de su figura, resplandor, linage, riquezas y claridad de gloria, que ganó con bondad hazañas de guerra y tratos de paz. Ca fue de tanto valor el precio que ganó en ella, que su nombre no se amatará en todas las edades; pues que oyendo sus enemigos el nombre de Gran Capitan, atemorizaban. E su propio rey y natural señor, con mas el rey de Napoles don Fadrique de Aragon, le dieron tanto honor quanto lo manifiestan y dicen los privilegios que de parte de sus estados y señoríos le dieron : y cuentan estas letras que el rey católico y vuestra alteza embiaron á la excelente duquesa su muger : y de los privilegios de solos dos, por no ocupar, porné las cabezas y títulos de los ducados de Santángelo y Sesa, por ser la grandeza de su alto estilo tal, que me apremió engerirlos aquí. En lo qual se verá ser mucho mas lo que en poco papel se dice, que quanto aquí dél se escribe. Cuyo traslado es este :

Letra del rey cathólico á la duquesa de Terranova, muger del Gran Capitan.

El Rey.

Duquesa prima : ví la letra en que me hecistes saber el fallecimiento del Gran Capitan; y no solamente teneys vos muy gran razon de sentir mucho su muerte, porque perdistes tal marido : pero téngola yo de haber perdido [1] tan grande y señalado servidor, y en quien yo tenia tanto amor, y por cuyo medio con el ayuda de nuestro Señor se acrecentó á nuestra corona real el nuestro reino de Nápoles; y por todas estas causas que son grandes (y principalmente por lo que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte y con razon. Pero pues á Dios nuestro señor ansí le plugo, deveys conformaros con su divina voluntad, y darle gracias por ello; y no fatigueys el espíritu por aquello en que no ay otro remedio porque daña á vuestra salud : y tened por cierto, que á lo que vos y á la duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocáre, yo terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitan nos hizo; y por ellos y por el amor que yo vos tengo miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo vereys por esperiencia, placiendo á Dios nuestro Señor; segun mas largamente vos lo dirá de mi parte la persona que embio á visitaros. De Trogillo á tres de enero de mil y quinientos y diez y seys años. — Yo el Rey. — Por mandado de su alteza, Pedro de Quintana.

[1] Por la muerte de Varro se dolia tanto el Augusto Cesar, que á los que le preguntaban la causa de su pesar, porque no me queda, les respondia, otro Varro. Asi aquí el rey siente perder tan útil y señalado servidor como le fue el Gran Capitan.

Por el Rey.

A la duquesa de Sesa y Terranova, su prima.

Letra del príncipe, rey y emperador y señor nuestro, á la duquesa de Terranova.

El Príncipe.

Duquesa prima : yo he sabido del fallecimiento del nombrado Gonzalo Fernandez Gran Capitan, duque de Terranova, vuestro marido; al qual por lo mucho que merecia y por el valor de su persona, y por los muchos y muy señalados servicios que á los cathólicos rey y reyna mis señores en honra, conservacion, aumentacion de sus reinos y de su corona real y de los naturales dellos hizo, yo le deseava ver y conocer para me ayudar y servir de su consejo, y gozar con su persona; y pues ha placido á Dios que yo no pueda çumplir tan justo deseo, él le ponga en su gloria, y debemos aver por bueno lo que hace y conformarnos con su voluntad : y ansí vos ruego que lo hagays y que vos consoleys, pues hay razon para ello ansí por el renombre y gloria de sus obras y fama, como por la obligacion que para siempre queda á todos los príncipes de España, para tener en memoria y honrar sus huesos, y conservar y acrecentar su sucession. E si para consolacion de vuestra biudez y de vuestra persona y casa, desseays que se haga algo en tanto que yo me aderezo para ir á essos reynos, que será presto placiendo á Dios, hacémelo saber. De la villa de Bruselas á quince de febrero de quinientos y diez y seys años. — El Príncipe. Por mandado del Príncipe, Gonzalo de Segovia.

Por el Príncipe.

A la duquesa de Terranova y Santángelo, su prima.

Título y cabeza del privilegio que dió del ducado y señorío de Santángelo el rey de Nápoles al Gran Capitan.

Don Fadrique de Aragon, rey de Nápoles y de Jerusalen, etc. Por quanto la principal de todas las escogidas virtudes, que es la liberalidad, fue siempre tan necessaria á los Reyes, que en ninguna manera se puede por ellos menospreciar : y es tan grande que con mucho cuidado se debe abrazar, de donde se sigue, que nos, cuyos antepassados sobrepujaron en bien hacer y liberalidad no solamente á los reyes que oy son, mas aun á toda la antigüedad y memoria de los buenos príncipes y emperadores; y por ello debemos esforzarnos con mucho cuidado y diligencia con las mismas virtudes passar adelante á los otros : y como los merecimientos y virtudes de Gonzalo Fernandez de Aguilar y de Córdoba, ilustre y fortísimo varon, Gran Capitan de armas de los serenísimos rey y reyna de España hayan sido tales á nos, y á don Fernando II, rey de Sicilia, nuestro muy caro sobrino, ovimos por bien de loar el

singular esfuerzo y excelencia de ánimo del dicho Gonzalo Fernandez, y de lo ennoblecer con soberanos ornamentos de honra, de fortuna, conviene á nos ciertamente esforzarnos que el resplandor de nuestra liberalidad en este hombre esclarecido resplandezca: de manera que pensemos no tanto en acrecentar su hacienda, quanto en ganar para nos la alabanza de esta virtud de liberalidad; mayormente como los príncipes por todos son estimados por tales quales son aquellos á quien ellos han por bien de hacer mercedes y beneficios. ¿Pues qué podemos decir deste tan gran varon que lo podamos igualar con sus alabanzas? Dejemos su buena voluntad, amor y acatamiento que nos ha tenido en los tiempos de nuestra adversidad: con qué grandeza de esfuerzo, con qué saber de guerra, con qué consejo, con quánto peligro de su vida quitó tan presto de las manos de los crueles Franceses toda la Calabria, y la puso só nuestro poderío. E como quier que libremente debemos confessar que de todo ello somos deudores á aquellos invictísimos rey y reyna, padre y madre nuestros muy acatados, que con su favor esta guerra francesa tan feroz, y tan dañosa y tan peligrosa ha seido acabada. Pero el esfuerzo, lealtad y bondad, consejo, gravedad del dicho Gonzalo Fernandez no menos nos ha ayudado que la grandeza y autoridad de los dichos rey y reyna, tanto que no solamente con gran razon creemos que nos fue por ellos enviado, mas que descendió del cielo para nos. E como quier que sus magestades, porque una cosa digamos muchas veces, confesamos de muchas cosas, y mas verdaderamente de todas serles en cargo, á las quales creemos no podriamos satisfacer con el precio de nuestra vida; pero no podemos afirmar que sus magestades nos hayan hecho mayor ni mas agradable beneficio que habernos dado manera de mostrar en los buenos hombres el gradecimiento y buena voluntad de nuestro ánimo. Ca cualquier cosa que en nos ay de cuidado, de consejo, de trabajo, todo ello nos parece que se debe emplear en ejercitar estas excelentes virtudes. Por ende aun que al dicho Gonzalo Fernandez no es necesario, pero á nos es cosa muy util y honestísima honrarle de títulos y mercedes, y remunerarle de premios y honras, aunque él por su vergüenza y templanza singular no lo pida ni lo dessee; y que assí como sus merecimientos y servicios fechos por él á nos y al dicho rey don Fernando, de que es testigo la Calabria, son testigos las aldeas y casares de Cosencia[1]. Es testigo el estrago que hizo en los enemigos cabe Morano[2]. Es testigo aquella hazaña digna de memoria de Layno[3]. Es testigo la vitoria que nos dió su venida en la tela. Es testigo la Calabria y Vasilitula que poco antes se habia rebelado, otra vez por él reco-

[1] Esta Cosencia es tierra fragosa de sierras en que ay muchas aldeas.

[2] Esto de Morano fue en la guerra primera.

[3] Layno, que es en la Calabria; entró el Gran Capitan una madrugada, y aquí fue muerto el señor de Almeri, que era hijo del conde de Capacho, y con él trece varones con mucha gente francesa, y mas Antonio de Trecabun, valiente capitan.

bradas. Es testigo esto postrero del duque de Sora [1] y del prefecto. Es testigo todo este nuestro reino. Son testigos los enemigos vencidos y desbaratados. Somos en fin testigo nos mismo del esfuerzo de su corazon, y las cosas por él noblemente fechas no las habemos sospechado, mas esperimentado; no pensado, mas las sabemos; no las habemos oydo, mas visto. Ansí que de la liberalidad de nuestro ánimo y debido agradecimiento queremos que dé testimonio este nuestro previlegio, con el qual queda para los venideros perpetua memoria y demostracion de nuestro amor, gracia y buena voluntad que tenemos al dicho Gonzalo Fernandez con soberana alabanza suya. Sea pues á nos y al dicho Gonzalo Fernandez, y á sus hijos y á nuestro reyno próspero favorable: lo acrecentamos y facemos duque de título y nombre y insignias de duque: le ennoblecemos y damos el señorío del ducado de Santángelo con sus tierras, ciudades, villas y lugares, y fortalezas, etc.

Título y cabeza del previlegio que del ducado de Sesa dió el cathólico rey de Aragon y de Secilia, etc., al Gran Capitan.

Nos don Fernando, por la gracia de Dios, rey de Aragon y de Secilia, de aquende de aliende Faro, de Jerusalen, de Valencia, de Mallorcas, de Cerdeña, de Córcega; conde de Barcelona, duque de Atenas y de Neopátria, conde de Ruysellon, marques de Oristan y de Gociano, etc. Como los años passados vos el ilustre don Gonzalo Fernandez de Córdova, duque de Terranova, marques de Santángelo y Vitonto, y mi condestable del reyno de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo: seyendo vencedor fecistes guerra muy bien aventuradamente, y grandes cosas en ella contra los Franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza de ella. Ansí mismo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento del de muchas naciones, justamente para siempre el nombre de Gran Capitan alcanzastes en la Ytalia, donde por nuestro capitan general vos enviamos: por ende pareciónos que era cosa justa y digna de rey para memoria perdurable de los venideros dar testimonio de vuestras virtudes. E contando el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros esta; aunque confessamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que parece cosa recia poderos dar

[1] A un pariente deste duque de Sora, entre el despojo que le fue fecho, le toma ron una sortija que rescató de un peon que la uvo en mil ducados, que á manera de burla le pidió este soldado por ella, y para la paga de ellos en rehen le daba un criado muy acepto á él. Sabido por el Gran Capitan, y preguntado á este caballero qué era la causa que daba tan gran cantidad por aquella sortija, no teniendo piedra que lo valiesse: «Ningun precio, respondió, yguala su valor, que es empresa de la mas linda y preciosa dama de Paris, en la que están sus armas. Oido por el Gran Capitan, y visto el aficion con que procuró el rescate de la sortija, mandó dar los mil ducados al soldado, y aquella con muchas joyas de gran valor dió á este capitan francés.

digno galardon; de manera que aunque grandes mercedes vos ficiéssemos, parecernos ya ser muy menores que vuestro merecimiento. E acordándonos otrosi como enviado por nos con socorro en breve tiempo restituistes en el reyno de Nápoles al rey don Fernando, casado con nuestro sobrino, echado del dicho reyno; el cual muerto, despues el rey Federico su tio y sucesor en el dicho reyno, vos dió el señorío del monte Gargano y de muchos lugares que estan cerca dél; por lo qual volviendo en España honradamente vos recebimos. E acordándonos otrosi como enviado otra vez en Ytalia requeriéndolo la necesidad y el tiempo, ganastes diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los Turcos; de la que volviendo ganastes la Apulla y la Calabria. Por lo qual vos confirmamos y retificamos y fecimos duque de Terranova y Santángelo; y finalmente despues de la discordia nacida entre nos y don Luis Rey de Francia sobre la partida del dicho reyno de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los Franceses, sufriendo con mucha paciencia, constancia, hambre y pestilencia assaz, y de ay tomastes á Rubo[1], dó muy grande exército de Franceses estaba, dentro de veinte y quatro oras. E saliendo de la dicha Barleta, distes batalla á vuestros enemigos los Franceses, quasi en aquel mismo lugar donde venció Anibal[2] á los Romanos. E de lo que es mas de maravillar, que estando cercado salistes á los que vos tenian cercado; en la cual dicha batalla matastes al capitan general[3], y fuistes en el alcance desbaratando y matando los dichos Franceses fasta el Garellano, donde los vencistes y despojastes de mucha y buena artillería, señas y vanderas, con aquel sufrimiento de Fabio[4] ditador romano, y con la destreza de Marcelo[5] y presteza de Cesar. E acordándonos ansi mismo como tomastes la ciudad de Nápoles con increible sabiduría y esfuerzo, y ganastes dos castillos muy fuertes[6], hasta entonces invencibles, y

[1] A veinte y dos de febrero de quinientos y tres años en este Rubo, prendió el Gran Capitan á mosior de la Paliza, capitan general del rey de Francia, y á mosior de Torno, capitan del duque de Saboya, y mandó poner mucha diligencia á personas honestas que guardassen, no se ofendiessen las iglesias de bienes que en ellas estoviessen ni recibiessen mengua las mugeres.

[2] Fue este vencimiento de Anibal en Canas, aldea de Campania cerca de Roma.

[3] Este capitan general que aquí murió, era el duque de Nemos, sobrino y capitan general del rey de Francia, y con él quince capitanes de gente de cavallo; los quales y él fueron enterrados muy honradamente por mandado del Gran Capitan en San Francisco de Barleta á cada uno donde convenia, y la otra gente, que fueron mas de tres mil, en silos y en otras sepulturas. E aquí se ovo muy rico despojo. Fue esto á veinte y siete de abril de mil y quinientos y tres años.

[4] Este era Fabio Maximo.

[5] Marco Marcelo fue hijo de Otavia, hermana de Augusto Cesar, muy diestro en vencer. Lo de Cesar por Julio ditador se dice: el qual por la mayor parte siempre venció.

[6] Esta toma de Nápoles fue á quince de mayo de mil quinientos tres, y luego por junio siguiente á once dél fueron tomados estos castillos de Nápoles.

de qué manera. Despues assentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del rio Garellano, y estando los enemigos con gran gente de la otra parte del dicho rio; los cuales pasados ya por una puente de madera sobre barcas que ficieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxistes; pero fecha por vos y por los vuestros otra puente, passastes de la otra parte del rio supitamente, y dándoles batalla los vencistes matando muchos dellos, y metiendo los otros por fuerza por las puertas de Gaeta; la qual dada la fé á su capitan para que se pudiesse yr por mar, luego se vos rindió la dicha Gaeta con el castillo. Pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará con mas de la gran sagacidad y valiente esfuerzo con que ganastes á Ostia[1], tan fuerte y tan proveida de gente, bastimientos y artillería, de que tanto daño los Franceses á Roma facian? los quales ansi por vos echados de la Ytalia con todos aquellos naturales della que los seguian, sometistes todo el dicho reyno de Nápoles á nuestro señorío, donde mucho tiempo fuistes nuestro virrey. Por ende acatando lo susodicho, vos facemos merced del estado y señorío del ducado de Sesa, etc.

Continuacion del dicho sumario.

Las quales cartas reales arriba escritas, muy poderoso señor, bastarian para historia perpetua, pues aquella autoridad se da á la escritura quanto al actor della con ser mas testigos de lo que hizo este claro Capitan todo el número de gentes que en las guerras de Granada y Ytalia fueron : los quales dicen vieron grandes cosas que hizo en ellas : ca de buena razon no avian de estar calladas, antes continuo nuestro deseo avia de sospirar para las saber; ca trahen provecho con deletacion, porque fueron tantas y tales que antes faltaria tiempo que de aquellas hablar; de algunas de las quales bien breve parte vuestra magestad aquí verá; pues le pertenece el conocimiento y juicio de las tales obras que son dignas vuestra alteza las sepa : y saber le an bien los frutos que dan estos vuestros reynos do nació este y otros Anibales, que vivieron en ellos de que los comentarios estan llenos : la ventaja que ficieron á todas las gentes con quien compitieron y guerrearon, y no tanto con número de aquellas como con esfuerzo y fuerzas corporales. E yo de las que ví me atrevo á escribir, aunque en mucha edad y poca abilidad que causaron poner en borrones vida que tanto merecia ser de buena tinta escrita : en especial á príncipe y señor que su grandeza en el

[1] Esta vitoria avida de Ostia, al tiempo que con ella entró el Gran Capitan en Roma, donde delante de sí metió á Menao de guerra, excelente alcayde della, con otros valientes capitanes que en ella se prendieron con mucho despojo y rica artillería : le fue fecho el mas pomposo recibimiento, á la costumbre de los antiguos Romanos, que desde ellos acá á príncipe ni á otra persona alguna fue fecho mayor; en el cual recebimiento, ni de palabra ni en cara se le conoció desseo de triunfar y triunfó porque venció.

mundo pone espanto [1] : el qual nos quita la benivolencia con que á todos admite. Ca si fuesen escritas de tal scriptor como son de loor, y las pusiesse en escrito como fueron en obra, otro Salustio ó Tito Livio era necessario para las recontar. Vegecio dice que no den culpa á la osadía de escribir porque muchos se esfuerzan á decir. E Tulio que no hay ninguno, dice él, por sordo y rudo que sea su estudio, que no quiera que sea visto. E queriendo yo seguir ambos vandos llano y claro diré lo que en fecho fue, contando las mismas cosas que todos vieron, apartando la jactancia de decir que fuí en ello : en especial las de la guerra de Granada, do poco della pasó en aquellos quasi diez años que duró se me encubrió. Bien creo con los temerosos no se acabe creer lo que no harien, porque no quieren entender lo que debian de saber. Cuenta un filósofo de Atenas que escogeria antes (dice él) poner su vida á la ira de sus contrarios, que á la liga de los embidiosos. ¡ O Anibal, quién hallasse nuevo linage de loor que te dar; que no te bastaba de palabra publicar; mas en escrito ponias las ventajosas cosas que los varones hacian! El qual como un dia su acepto familiar le dixesse : « Cómo, señor, ahora parais á escribir las hazañas claras de Maulio Aulson? Amigo, amigo (dixo él) haz tu con él que no las haga : y avrás acabado conmigo que no las escriva. » ¡ O qué palabras de dotrina si oy corriese! Bien tengo que si este varon fuera defuera de la tierra que corriera su moneda y con mejor gana la passaran : pues fue assaz de peso mas su naturaleza y pensamientos holgados que tiene la muchedumbre azolfa su oir : el qual avia de estar tan despierto que con ardor se devian desear saber sus fechos assaz valerosos. Todos medren, decia don Fernando de Guevara, sino mi primo y mi vecino: y Claudiano que la presencia diminuye la fama del esforzado, porque son muchos los temerosos. ¡ O pues y qué bien es oir hazañas claras que nos inducen á bondad, y escuchar vicios nos traen aborrecimiento. Respondió Séneca á uno que le preguntó cómo no avrian embidia dél : « No tengas (dixo él) cosa buena ni hagas cosa bien. » Luego ansí es que nuestra condicion será mas devota y inclinada á escuchar mal que oir bien; pero á mi ver los cuerdos deven sofrir lo que dellos dirán los malos antes que hacer injuria á los buenos no diciendo sus grandes hechos [2]. ¡ O embidiosos que sola imagen teneys de hombres quánto mal podays! ca dañays quanto quereys quitando á los buenos y mas á los nuevos ricos el esquilmo de sus merecimientos. E pues lo envidiais tan mal no vos lo sé escrebir mas bien de poner letra por parte en lo dicho para abono [3] de vuestra

[1] Al principio de la habla que Vario Gemino al Cesar Julio dijo : Los que ante tí osan hablar no conocen el tu poder; los que ante tí no osan hablar, no saben la tu bondad : aqui el autor aunque la grandeza del Emperador le pone espanto, su bondad le quita el miedo.

[2] Despues de gran gloria, dice Salustio, se sigue grande embidia : y Sócrates, que tantos dolores tienen los envidiosos, quantos deleytes tienen los prósperos.

[3] El embidioso, dice Séneca, de sí mismo es tormento.

embidia, de la qual ansí como no se os sigue interesse, menos la gozays con deleyte. Yo, muy alto emperador, sin que ningun dolor me apasione parezco ante vuestra magestad con aquel temor que Virgilio tuvo contando sus obras al Cesar, y Plinio scribiendo á Vaspasiano. E daré linderos en esta obra no añadiendo, honrando lo que hablo, ni por embidia aquello menoscabando diré y dirán todos los que gana tovieron de contar la entera amistad de la verdad. Ca no hay memoria tan deleznable que no se acuerde que vimos ayer que quedando Gonzalo Fernandez de Córdova huerfano, no le falleció el beneficio de don Alonso Fernandez de Córdova, cuya fue la casa de Aguilar, su hermano, que conociendo á los mozos la orfanidad los induxesse á ocasion de culpa, largamente le proveyó de lo necessario, y lo encomendó para lo enseñar á Diego de Cárcamo, caballero sabio: y con él lo envió á don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y á don Juan Pacheco, maestre de Santiago, mediante la autoridad grande que en estos reynos tenian por su mano fuesse assentado con el rey, los cuales lo recibieron alegremente, y le dieron al príncipe don Alonso que adelante rey se llamó, y dél se sirvió de page. Muerto el rey, la princesa doña Ysabel, que santa gloria haya, nuestra reyna y señora que fue, envió por él que tan acompañado fue como la otra vez: y á pocos dias que á Segovia llegó, Covarruvias le dixo: la princesa le mandaba assentar larga y complida quitacion, que queria saber qué compañía traya. «Yo, señor maestre sala, dixo él, soy venido aquí no por respeto de interesse, mas por esperanza de servir á su alteza, cuyas manos beso.» E como reynaron en estos reynos los cathólicos rey don Fernando y la reina doña Ysabel su muger, que sucedió en ellos ella por fin de su hermano el rey don Enrique [1], sirviéronse dél todo el tiempo que uvo justas en la corte, y juegos de cañas, y otras fiestas: ansí en palacio como fuera, gastaba, y trabajaba de preceder á todos los cavalleros mancebos de su tiempo. Luego principiose de sobresalto guerra con el rey don Alonso de Portogal, que muchos deste reyno con codicia, unos de acrecentar bienes y estados, y otros con ansia de conservallos, en él metieron por la parte de Placencia.

Este Gonzalo Fernandez con la gente de don Alonso su hermano fue á Trogillo, donde concurrieron muchos capitanes y gente contra Mérida y Medellin, que á la sazon de parte del rey de Portogal estaban: y teniendo cargo de la capitania general don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Despues que ovo vencido en batalla en la Albuhera [2] al obispo de Evora, capitan general de Portogal y á los Castellanos que seguian su partido, juntos los capitanes y á ellos por él fecho un razonamiento y á aquel respondido:

[1] Este Rey don Enrique murió en Madrid á once de diciembre de mil quatrocientos setenta y quatro años.

[2] Cerca de Mérida fue esta batalla de Albuhera, primero dia de quaresma de mil quatrocientos setenta y nueve años.

No habeis parecido, dixo el maestre , oy señor Gonzalo Fernandez, menos bien en vuestro hablar que ayer en el pelear. »

Concluido lo de Portogal y nacido lo de Granada con la toma de Alhama primero de marzo de mil quatrocientos ochenta y dos, el rey y la reina sirvieronse deste Gonzalo Fernandez capitan de ciento y veinte lanzas, que era el numero mayor de aquel tiempo, con el qual cargo se mostró de prompto consejo en las hazañas singulares y á los trabajos y peligros de la guerra salia á recebir con ánimo no vencido. E continuandose la conquista del reyno, el rey que tenia su real cerca Tajara[1], mandó la fortaleza combatir, donde Gonzalo Fernandez de improviso con los suyos tomó muchas puertas de las casas, poniendo en lugar de vancos pinjados, y aquellas bien guarnecidas y atadas con cortezas de alcornoque de un colmenar que allí halló, dió tal priesa al combate por la parte que le cupo, que los Moros fueron constreñidos á mover habla para se dar, los quales tomados, visto el rey el recaudo que se daba, y como los casos de esfuerzo hacia, y la diligencia que ponia en las cosas tocante á la guerra, en la qual comenzada la pelea era el primero que entrava en ella, y el mas tardio que se partia de la lid y el aficion que aquellos que le seguian le tenian, ca les monstrava ansi como en escuela de virtud tratandolos blando y con alhago, tuvo cura de le honrar por le ver delantero en los peligros. E cercada la villa de Yllora, do recibieron daño los cercados, y mas peligro los cercadores, el alcayde Alialatar, el mozo, pidió partido para se dar. El rey mandó á Gonzalo Fernandez que con su gente la recibiesse. A segundo dia la reyna que allí vino, enviole á decir que otro dia el rey y ella querian oyr missa en la fortaleza y comer con él. Al sobir entre las dos puertas que allí estan: « Gonzalo Fernandez, le dixo la reyna, encargaos de la tenencia desta villa y fortaleza, y ved lo que se dá de tenencia con el mas principal de la frontera, que al tanto y mas vos mandaremos pagar con esta. E quanto á artillería y gente de pie y de cavallo quedará tal y tanta y bien pagada quanto con el ayuda de Dios podays hacer guerra á Granada. E pues que en el mas peligro está el menos daño, por mi servicio tomadla: y para lavor quedarán tales maestros y aparejos que ansi lo derribado con el artillería como lo mas necessario se bien reparará, porque de otra manera mas vos quedaba huessa que defensa.—Pues vuestra alteza (dixo él) ha dicho mas de lo que yo podia pedir, aquello suplico mande cumplir. » El qual provehido de aquella tenencia con artillería y assaz número de gente de pie y de cavallo, á la qual ansí como la tenia por examen escogida, bien ansi con ella era muy comunicable su virtud y mesa: ca procuraba aquellos que para su compañía tomaba, no menos de vergüenza fuessen que de esfuerzo y corazon: y si no lo tenian, echavalo en disimulacion, y con la

[1] Este cerco y toma de Tajara fue por junio de mil quatrocientos y ochenta y tres años.

continuacion de la guerra se les apocava el temor. E con esto se hacia la guerra tan contino á la ciudad que los della fueron constreñidos á poner guarda de gente de cavallo en Albolote y hacho en la torre de las Almendras. E como un dia los hombres del campo le traxessen lengua, y de aquella sabido como los cavalleros de Granada que estaban en Alhendin, se podian descalabrar, hizolo saber á Martin de Alarcon que con la gente de Moclin juntos armados en unos lindazos de acequias que allí estaban los acuchillaron, y los suyos no sin sangre aunque con vitoria vinieron. Luego segunda noche como supiesse Gonzalo Fernandez por sus espias moros que en Granada tenia, las necessidades en que la frontera los ponia, y como cerca de Alcantarxenil estan unos molinos, los molineros de los quales se podian tomar, llegado á ellos no los pudieron entrar. «Pues no llevamos harina á los hombres del campo (dixo él), hagamos ceniza : guiad á essa puerta [1] primera que da voces la vela. Fue tan grande el rebato essa noche en la cibdad quanto la admiracion y escandalo otro dia, viendo quemada la de Bibataubin, en especial los hombres de poco ánimo que es el número mayor.

La muerte del rey de Granada.

Muerto Muley Bulhacen, rey de Granada, su hermano Muley Baudelí apoderosse en mucha parte del reyno, y intitulosse rey: al qual unos llamaban el rey viejo y muchos el Zagal, y otros rey de Guadix. Muley Baudilí, hijo de Bulhacen, quedóse en nombre de rey, porque en vida del padre y contra su voluntad se llamaba rey. Al qual ansí mismo aunque igual en edad, pero por ser sobrino, decian el rey mozo, que por otro nombre llamaban el rey Chiquito. Como el reyno estoviese en dos partes y la cibdad de Granada posseyese el rey viejo al tiempo que Gonzalo Fernandez llegó á pegar fuego á las puertas de Bibataubin, como es dicho, el mormullo del pueblo fue tan grande como suele ser en los semejantes casos; unos diciendo que avia trato en la cibdad; otros que avia falta de guardas, las quales ellos no faltaban de pagar dando para ellas continuos pechos y tributos, y otros prenosticando juicios que el pueblo en casos tales careciente de verdad suele echar. Sabido por el rey viejo, fuele necessario andar por la ciudad, y dezirles como eran espantosas aquellas cosas á los hombres que carecen de varones que no podiendo los christianos sufrir su poder en el campo ¿por qué lo hacian ellos flaco en su cibdad? «Nuestra flaqueza (dixo él) no haga grande su fuerza; que si no fuessemos nosotros tan temerosos, no serian ellos tan valientes : y no os deveis turbar por estas cosas que son otorgadas al oficio de la guerra, que

[1] Fue en estos dias que se pegó fuego en esta puerta de Bibataubin terrible tumulto en la cibdad, diciendo la mas parte que Gonzalo Fernandez no avia alli llegado sin tener trato en ella : otros prenosticando juicios sospechosos, que les dió causa en la guarda della poner dobladas guardas.

esso que vosotros temeys, me pone confianza á la hora de la pelea mostrareys vuestro esfuerzo, y no cureys de alborotadores que en esto hablan; pues vuestras cosas son de loor y de mucha admiracion: ca de los tales parleros costumbre es poner sus fuerzas en las bocas. « Esto y otras muchas cosas les dixo para les sosegar con que se pornian dobladas guardas y el campo seguiria no como señor de la guerra mas como guerrero militar della. E aquel tiempo un alhaqueque moro conoció en Yllora una de las espias que Gonzalo Fernandez tenia natural de Granada: y denunciado al alguacil della, vuelto mandóle prender, y atormentado, la causa de ir y venir á Ylloro le demandó. «Yo voy, dice él, señor, y otros muchos á Gonzalo Fernandez porque aquí morimos de hambre, y de la contina candela de su cocina hartamos nuestros hijos, y de su paño nos vestimos.»

La entrada del rey mozo en el Albaycin y Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon con gente de cavallo y de pie á le ayudar y pelear con el rey viejo que tenia el Alhambra y la ciudad.

Morándose la ciudad llena de parcialidad, y no vacia de daños y engaños, yva su mal en crecimiento, porque allí seguia mas la lealtad do se hallaba partido mas crecido: y con esto y deseo de cosas nuevas procuraban muchos con escándalos adquerir el pueblo á su voluntad. Esto hacia tener á todos los ánimos llenos de miedo y vacios de esperanza, ansí por la guerra que les hacian de fuera como la que criavan de dentro. El Albaycin que es parte principal en aquella cibdad metió al rey mozo, con el qual muchos servidores y criados y aficionados que ansí allí como en la cibdad tenia, estos con los del rey viejo hacian cada dia ruido. A este mozo favorecia el rey y la reyna con seguro de paz que dieron ansí á los del reyno que de su parte estoviessen, como á los del Albaycin, que contino sus almayares y mercaderes entraban en el Andalucia por pan y azeyte y provisiones necessarias, los quales eran por las guardas y gentes de la frontera bien tratados. E como el puerto mas llano y cercano de Granada fuese Yllora, assi por esto como porque les davan y tratavan bien en ella, era por allí el contino paso. Los del Albaycin viendo quan benivolo les era Gonzalo Fernandez, amabanlo: y las barajas de la ciudad con los del Albaycin cada dia se continuaban mas, haciendo todas buen mercado dellas. Visto el mozo como algunas esperanzas que los de la ciudad le avian dado quando fue llamado para entrar en el Albaycin, salian inciertas, porque todos seguian no aquel rey que tenia mejor derecho al reyno, mas aquel que les dava mayor partido; é conociendo segun la grandeza del pueblo que con los debates que dentro se criavan y con guerra que de fuera se les hiciesse se consumiria de manera que todos toviessen necessidad de le obedecer, con esto tomó el consejo mejor y envió á suplicar al rey y á la reyna man-

dassen á los capitanes y alcaydes de la frontera apretassen la guerra de fuera porque de aquella constreñida la ciudad, él se pudiesse mejor en el Albaycin sostener[1]. Venido el mandamiento á la frontera que aquello que el rey mozo les escriviesse hiciessen, Gonzalo Fernandez que al mozo amava hacer placer y servir, sabiendo que los del Albaycin no andaban como devian, mas temporizavan como hacian porque veian la parte del viejo mas arraigada en la ciudad, habló con el comendador Martin de Alarcon que tenia á Moclin, que pues tenian mandamiento del rey y de la reyna para ayudar á la parte del mozo, que estaba en infortunio, segun por su letra parecia, que á Gonzalo Fernandez contava en ella la inconstancia del Albaycin que le dava causa para salirse á Yllora, señalándole noche y lugar y ora donde le esperassen si saliessen tras él; pues otro lugar no tenia mas seguro que donde él estaba. Ca las armas del Albaycin no le eran ciertas, en especial las de aquellos merecientes ser castigados mediante sus delitos : que si mandaban ambos fuessen al Albaycin con la gente de sus capitanias, que con dar algo á unos alborotadores que allí estaban, y castigar á otros que zizañaban, se sosternia el rey en él. « E pues que vos, señor, y yo estamos determinados de hacer por él, ni avemos de mirar á peligro ni trabajo, pues todo lo habemos de posponer á este caso que se ofrece. » El capitan Martin de Alarcon, como fuese otro Pithias[2] de Gonzalo Fernandez: «Yo señor (dixo él) ni temor de captividad, ni perder la vida que mas preciamos, como algunos os ponen delante, me ha de dar embargo de seguir vuestro mandado, que bien creo los Moros, con vuestra ida, dellos con fuerza rigurosa, y otros con tratos amigables, permanecerán en el partido que están. » Acordados de ir con la gente de cavallo de sus capitanias y numero de espingarderos, á la luz primera entraron en el Albaycin. El rey los recibió con complido placer, y aquel se le dobló con mayor medida quando Gonzalo Fernandez le envió dineros, paño y sedas que metió, de que fueron pagados sus cavalleros : y entrada esta nueva en la cibdad, della se salió al Albaycin mucha gente con codicia del sueldo que adelantado les pagavan. Luego otro dia puesto recaudo en las estancias que contra la cibdad estavan, y sobresalientes para resistir donde necessidad los llevasse, salieron con el rey al campo, do muchos que en la ciudad estavan neutrales se pasaron á él. Allí se publicaron por boz de pregonero nuevos seguros que Gonzalo Fernandez llevó del rey y de la reyna para los Moros que estoviessen

[1] Todo gran pueblo entre sí se consume y no tiene paz, dice Tito Livio, si fuera dél no tiene enemigo que le faga guerra.

[2] Este Pithias, que otros llaman Facias, fue tan verdadero en el amistad, que mandando Dionisio Siracusano matar á Damon, y dándole término para ir á dejar ordenada su casa con que dejase fiador, Pithias quedó en rehen para recebir la pena no volviendo Damon; el cual al plazo que se le dió volvió. El tirano Dionisio de aquella amistad maravillado, á los amigos libres les rogó fuesse el tercero en su amistad con ellos.

del partido del mozo. El qual y los capitanes continuavan las escaramuzas, donde los espingarderos christianos hacian daño. Estos capitanes Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon concertaron con el comendador Alonso de la Peñuela que con la gente de cavallo de Loxa y Lope Sanchez de Valenzuela con la de Alhama corriessen el camino del Padul la via de Alhendin, porque al rebato de aquellos saliesse el viejo como salió de la cibdad, para que el mozo con los capitanes diessen en la zaga fuera de Granada. Al rey viejo allí los alcaydes Zafarjal y Manfot le dixeron : « O señor, cómo mas necessario tiene el rey ó capitan mirar primero á sus espaldas que no á la delantera! » Volviendo á la cibdad, fue en el Almorava, que es un campo allí cerca, tan recia la escaramuza de ambos reyes y capitanes que el angostura de fuerzas y ahilamiento de hambre la noche con sed les apartó, y no fue apartado muchas veces deste peligro Fernandalvarez [1]. Maravillados los Moros de lo que en la pelea los capitanes con su gente hicieron, y quanto daño los de la cibdad recibieron, les dixo el rey abrazandolos : «¡O alcaydes señores, cómo los peligros á que os aveis oy puesto nos han sacado dellos ansí en el campo como en los adarves y puertas y calles! » Contino avia recias contiendas, y iva de bien en mejor á los del Albaycin, y con aquel favor del dia pasado en Almorava [2] salieron los del Albaycin con espingarderos y vallesteros christianos; y enredada el escaramuza cerca de Bibalmazan, y aquella cebándose de gente de todas partes, Gonzalo Fernandez visto salir de la cibdad mucha gente, esforzando á su parte dió una espolonada recia diciendo : «Venid, señores, que tan abiertas nos serán hoy las puertas entrando matando como á los que van huyendo : ca si con vitoria oy salen nuestros enemigos, ó á la par, será en peligro todo lo de nuestra parte : » con esto dando espanto á los unos, tomavan esfuerzo los suyos.

Como los alfaquies y viejos de Granada procuravan conformidad entre estos dos reyes.

Muchos alfaquies y viejos de la cibdad viendo que assí el un rey como el otro fatigavan con tributos y no castigavan insultos de que el pueblo estava lleno, padeciendo los pacíficos miserias de los tiranos que usavan el oficio de las fuerzas con todo afan y peligro, ca pesavase todo con la medida de las mismas cosas, y la muchedumbre anteponia por mas amados á los mancebos mas malvados : ca estos estavan tan abituados á mal bivir, y aquel estimavan por mas amenguado que menos fuerzas y delitos cometia. Y tratandose desta cosa viendo como la cibdad y reyno por todos cabos se horadava con pujanza de daños que los buenos recibian, de secreto ha-

[1] Este Fernandalvarez, alcaide que fue de Colomera, era valiente hombre en la guerra.

[2] Esta Almorava es un campo cercado, dó es agora San Gerónimo de Granada.

blaron con algunos alfaquies y ciudadanos y labradores honrados del Albaycin, los quales de miedo dilatavan lo que todos desseavan, y apressurados entendian en la reconciliacion de ambos reyes, para que con concordia igual dexassen la guerra, y no quisiessen con porfia esperimentar la fortuna : y increpando á sí propios el alfaquí Mahomat el Pequení decia á todos : « ¿Quando en los dias de los malos cesarán nuestros males? Ca de los comportar nuestros enemigos nos han mancilla. ¡O cómo si fuessemos buenos alfaquies y viejos, y derramassemos nuestras lágrimas en tratar la paz como no derramarian los christianos nuestra sangre en la guerra! pues la razon quiere y la justicia defiende á los Moros tomar armas contra Moros, y tan recias que con el favor del sueldo que Gonzalo Hernandez metió y dá, no se siente el daño que en lo recebir se sigue. E otro mal igual á este, que seguis hombres nuevos ventajosos en maldad por negligencia de justicia, de los quales gran número anda por las calles con callosas manos de hacer mal á sus vecinos. Y en lugar de se ocupar en peligrosas y famosas cosas de virtud, desarraigando los enemigos de su pueblo sin entremeter á lo dañar gastando en ello sus trabajos, fatigando los hombres llenos de buenos pensamientos, por ende ved quanto en tormento viven los que á estos siguen. Que no de la cibdad mas de la tierra para bien y utilidad della devian ser desarraigados : y con vuestra esperiencia proveed lo presente, pues veys los nervios cortados para mas mal suceder adelante. No dudo algunos digan que la habla es recia, pero es mas segura : pues mejor es morir honrada y virtuosamente en el campo, que no meter en nuestras casas enemigos de quien seamos subjetos. Lo qual siempre seremos si luego no usamos de la vitoria que en nuestras manos tenemos para ser libres ; y dejando amonestamientos tomemos armas y fuerzas para amar y defender nuestra cibdad y reyno, que el hierro callente se labra. E á priessa antepongamos la libertad á la vida y huyremos la servidumbre, y venza nuestra vergüenza al miedo, ca no menos es avido de flaco ánimo el que no muere quando conviene, que el que muere quando no es menester: ca guardar nos debemos, no solo de lo presente mas de lo que de futuro podria acaecer, ca lo que padecemos mas es por nuestra flojedad que fuerza de los enemigos. » Con estas y otras cuitas emponzoñadas que este alfaquí Pequení que tenia puesta la voluntad en libertad y en menosprecio la muerte decia, y otros mozos y viejos que de secreto le seguian, andando de uno en otro pusieron venino con escándalo en el Albaycin. El rey que fue sabidor dello por parte del Chorrud, alfaquí honrado y principal alli, notificólo á Gonzalo Hernandez que como cosa que nuevamente vino á ello, pidióle su parecer porque estava en hacer justicia recia de algunos alborotadores perversos. «Vuestra señoria (dixo él) deve llamar, y cortesmente halagar á estos escandalosos : pues no es de otra cosa tiempo pedir á esta gran poblacion desenfrenada su defecto, que conviene perdonar pues no ay fuerzas para los castigar

en tiempo que toda cerda [1] hace sombra : ca á todos y mas á los reyes conviene sofrir una de pocos, por no sofrir muchas y de muchos : pues la cura con que estos se han de cobrar es bien hablalles y alivialles no solo de pechos mas aun de los derechos que de derecho os son obligados. Ca con mas seguridad se acrecientan los estados perdonando que vengando [2] : en especial ver como anda todo tan duduso que requiere mas clemencia y suelta que no gobernacion rigurosa : que su tiempo avrá que carezcan de la vida aquellos que no usaren della como conviene al sosiego de la ciudad. Ca mejor es á los dañosos dejallos con miedo; que con aquel y deseo de perdon se enmendarán y serán modestos en lo porvenir. Lo que con cuchillo, sus semejantes que fuera de aquel quedaren, no se podrán corregir, y es dar lugar á que cuajen mas sus males. Por ende mirad, señor, que para que los hombres duren no ha de durar miedo en ellos : que al rey mas amor que temor le hace señorear, y dando lugar á vuestra ira, quedaos tiempo para consejo, con el qual dareys el remedio necessario : que el poderío con amor y buenas obras á los subditos se possee mas seguro que con gentes, ni oro, ni verdugo [3]. Ca si ganais, señor, la benivolencia desta gente escandalosa, no descaecerá vuestra potencia y sereys tenido en precio, que vos es necessario estando los enemigos tan pegados; prometiendo á los que vos fueren provechosos en la guerra mejoria en la cibdad. Ca, señor, no es de acusalles su osadía quando está encendida su desesperacion y ira : que el señor que por premia quiere ser tenido, por fuerza ha de aver temor de los que temen. Ca reynar mucho quiere perdonar, y vuestra fama anticipese al enojo destos accelerados alborotadores, llenos mas de escándalo que de razon, causadores de poner la república en principio de perdicion. Ca en las grandes comunidades ay muchas y varias voluntades, llenas de osadía y vacías de consejo, haciendo unos á otros de los yerros gracia. Ca la propiedad de la muchedumbre assi como subjeta sirve humil y blandamente, bien assi quando señora acomete orgullosos delitos, y dello verá señal cerca vuestra señoría, pues la libertad que á la puerta tiene con vuestro real señorio la menosprecia en lugar de la retener y procurar con diligencia : ca agena debe ser la venganza del rey [4], porque puesto

[1] La cerda dice, porque quanto de menos valor y mala condicion es el malo, tanto mas puede en pueblo turbado.

[2] Por letra pidió Periandro, gobernador de Corinthio, á Solon si desterraria á unos ciudadanos, de la lealtad de los quales estaba dudoso. No lo hiciesse, respondió, antes siempre resistiesse á la ira, porque los inocentes viendo á sus vecinos ausentes le ternian enemistad. Ca si fuese benigno todos le serian amigos; pues el perdonar es mas noble que el vengar, ca aquella es propia vitoria que sin sangre se toma.

[3] No defienden, dice Salustio, los thesoros ni huestes el reyno mas fácilmente que los amigos : los quales no por oro se compran, ni por armas apremian; mas solamente se cobran por fé y buenas obras.

[4] Todas las cosas, dice Salustio, son de probar primero que el cuchillo. Asi aqu Gonzalo Fernandez por mejor tiene el perdonar que el vengar.

que sea justa, es avida por crueza, por el vigor de la potencia real; la qual perdonando á estos perpetuamente se dirá de vuestra mansedumbre y piadosa clemencia, de la qual letras y lenguas en toda edad de las gentes no callarán vuestros loores, diciendo que á la gran causa tovistes mayor templanza, en especial que mas seguros son los hombres que obedecen de grado, aunque ayan rebelado y tomado armas para defenderse que no los que por fuerza obedecen [1]. Y no es, señor, menos loado hacer lo complidero por prudencia y moderacion sin sangre, que vencer en el campo con derramamiento della; quanto mas, señor, que todo poder deve ser mas inclinado á la paz que á los dudosos fines de la guerra por la inconstancia de las cosas humanas, que son inciertos sus acaecimientos, y muy dudosos á los mortales.» Otro dia al Albaycin venido por mandamiento del rey rogó á Gonzalo Hernandez les hablasse, pues allí habia aljamiados y assaz declaradores; el qual asi les dixo:

Razonamiento de Gonzalo Hernandez al pueblo del Albaycin.

«No sé yo por cierto, señores, qué mayor guerra pública os hacen vuestros contrarios que la que de secreto os hacen vuestros vecinos, andando sembrando en vuestros ánimos zizañas, para que perdays vuestras haciendas y en aventura tengays las vidas; turbiandoos la paz colmada de que gozays, que por muchas razones se prueva el gran provecho que della se os recrece: la qual toda ora mas nos manda el rey y la reyna conservar y guardar con toda diligencia, y assi se hace, de que son testigos los de la ciudad, viéndose cada dia captivos como enemigos y vosotros libres como leales, y por tales entrays en Castilla, y traeys lo que quereys sin vos catar y bien tratar, y en lugar deste beneficio murmurays contra vuestro rey y señor, de quien vos mana esta buena obra que recebis. Aved, señores, memoria que el señor rey es vuestro natural y hijo de la casa de Granada, que con título derecho le pertenece este reyno que su tio con poca conciencia y mucha injusticia le ocupa tiranicamente: lo qual como buenos vasallos y leales criados no en pequeña mengua devriades de sentir, y cessen estos conventillos y malas hablas entre vosotros, y trocad vuestra ira en amor, y cambiad vuestro rencor en paz y sosiego, y sed suficientes á conoscer la verdad desechando espanto y miedo, el qual quanto su señoría contiende por vos quitar junto con la paga de los derechos á que soys obligados, no menos porfiays unos á otros dañificar con vuestros veninos enconados; y lo peor es que seguis á hombres malos, viles y de escuros ingenios, cometedores de criminosas hazañas, á los quales days galardon en lugar de pena, y á los buenos penas por galardon. Por Dios, amigos, no codicieys novedades, ni

[1] Ca asi era preciado el emperador, decia el Cesar, vencer por consejo como con espada.

seays causa de que por dejar de castigar su señoría á los pocos emponzoñados, perezcays los muchos y sanos : ca si en discordia estamos es por no castigar sus atrevimientos passados. Por ende, hermanos, enmendaos, sino el tardar de vuestro castigo con la grandeza de vuestra pena se recompensará. Ca sabed que los vasallos no obedientes mas son subgetos litijosos, que amigos de leal tad; de los quales su porfia no cause que perdays vosotros la vida que con vuestras artes mereceys tener á la servidumbre sometida. O amigos y señores, como si lo que deveys haceys quanto de su señoría hareis con suplicaciones humildes y no con armas rigurosas, pues le veys inclinada la voluntad á otorgada piedad. Ca con el mayor con esto todo ruego se acaba. E por gratificar á los amadores de la paz assolverá á los codiciosos de la contienda. Y pues es visto que vos han vinido y vienen males de oir á los malos que ni quieren callar, ni saben sosegar, no los escucheys. Ca piensan de enriquecer con novedad de ver el pueblo y reino turbado; antes contra ellos mostrad vuestra saña furiosa, pues su comunicacion vos es sospecha dañosa : ca para los malos reprimir aquí somos mas llamados de vuestra fortuna que de voluntad el señor alcayde de Martin de Alarcon y yo, que delante hallareys para vuestro amparo : y debeys tomar ejemplo en los de la cibdad, que temen mas la rigurosa crueldad del rey que siguen, de quien son apremiados con imposiciones á añadiduras de pechos, que á las armas de vosotros, que si castigados fuessedes obedeceriades, y con ser perdonados soberviays, como hace la muchedumbre quando le dan soltura. Ca mas por maravilla de virtud que por razon de justicia en su señoría aveys hallado perdon de vuestros escessos; porque es tanta la grandeza del beneficio que de su alteza aveys recebido, quanto la multitud de vuestros crímenes y escessos los manifiestan : el miedo de los quales os hace perseverar en errores, y criar osadía, y poner sospecha en vuestra seguridad. Ansi que, señores y honrados varones, concebid, concebid para vuestro castigo amonestamiento blando y no fuerza sangrienta. Ca por averse echado amanizquierda vuestra pena, no por esso cometays culpas, las quales son tantas que recio serian essecutadas en vuestras personas y casas, si en el rey reynasse crueldad como mora misericordia, que vos está cierta de su excelencia, pues aveys muy clara esperiencia en su magnanimidad que es tanta, que las grandes penas que por vuestros malificios mereceys, absolucion dellas por beneficios recebireys. Por ende, cavalleros, si haveys oydo de mí cosa que no vos plega, enmendaos á lo hacer mejor y no vos lo diré peor de quanto los súbditos rencillosos de su natural son tan flacos, quanto al rey hace fuerte el no obedecelle. É creedme no pongays á su Señoria en tal estrecho, que buscando en que modo mejor vengándose perezcays : pues vuestra lealtad es en quanto paresce mas no en quanto verdad. Una cosa querria, señores, de vosotros, que mireys la culpa que teneys, y vereys que no ay palabras por mí dichas que no sean

peores las obras por vosotros hechas : y pues su señoría es contento con solo vuestro arrepentimiento, aquel continuad que basta para su olvido : y ved bien que todo lo dicho es en vuestro favor, y agradesced que os amonesto vuestra salud, y no vos engañeys á ser osados por la blandura que se vos dá. Ca sabed que ansí como teneis rey para lo bueno remunerar, assí es recio para vos castigar : de tal manera que vos sea no durable la libertad y provecho que aquí y en Castilla teneys pues vosotros no quereys usar dél como deveys, antes vos debe ser poco largo; pues con tanto cuidado reteneys vuestro propio daño : y no vos escandalizeys en aver oydo cosas no á vuestra voluntad : porque mas ha sido mi gana de vos aprovechar con obras que no contentar de palabras, pues las dichas no son tan ásperas quanto la enfermedad de vuestras cosas.» E assí hecha la habla le dixo el rey : «Oy convenibles, señor alcayde, han sido amenazas, pues aquellas han quitado el mal que imaginavan. Ca vuestras razones han hecho conservar oy tanto este pueblo en sosiego quanto en sobervia estava ayer puesto. El alguacil y estos alcaydes y viejos dicen que soys buen maestro en atajar escándalos, ca con amor y miedo sosegays lás gentes.» En conformidad todo el pueblo del Albaycin increibles loores daban al rey, con el qual dicen permanecerán, pues les era mas padre en el perdonar que señor en el castigar.

Como salió Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon con sus gentes de Granada.

Bueltos Gonzalo Fernandez á Yllora, y Martin de Alarcon á Moclin, de allí con mas la frontera se continuava la guerra, porque las cosas sucedieron en estado que el mozo rebeló contra el rey y la reyna, y duró en él hasta que él á Granada les entregó; y porque no hace al propósito decir mas desto, vo á lo comenzado.

La guerra que de nuevo se hacia al rey chiquito, y la entrega de las fortalezas de Monduxar, Alhendin y la Malaha á Gonzalo Fernandez.

Continuándose la guerra como de primero, Gonzalo Fernandez que tenia por amigo y servidor singular á Ali-Alatar, alcayde y cabdillo que era de Yllora al tiempo que se ganó, y el qual de Gonzalo Fernandez cada dia recebia mas beneficios, y su muger y hijos y criados vestidos. Este Alatar de que digo poseya la tenencia de Monduxar. Gonzalo Fernandez conociendo aquel era passado del Alpujarra á Granada procuró con gran instancia se la entregasse : que no menos los de su parte allí serian tratados y acogidos que estando por él. El Alatar por ser grato de los beneficios de Gonzalo Fernandez recebidos, y viendo las cosas de los Moros empeoradas á no durar, diósela é bastecióla de gente y provision y artillería. Los de la tierra con Granada fueron entristescidos, diciendo estar en

perdimiento y extrema necesidad. El alcayde Manfot, que era valiente varon y en la guerra diligente, aposentósse en Nihueles por ser allí cerca de Monduxar, para que los della tan libremente no pudiessen salir á hacer guerra. Sabido por Gonzalo Fernandez como estaba allí Manfot, y dó ponia la guarda, armóle baxo del lugar, y preso envióle á Yllora, donde doña María Manrique, muger de Gonzalo Fernandez, mandó á su alcayde Alonso Vanegas, que no menos bien le tratasse que guardasse. Este alcayde Manfot tenia la fortaleza de Alhendin, que es casi legua y media de Granada: Gonzalo Fernandez procuró con él se la entregasse; pues con aquellas pesas se habia de pesar su rescate. «Yo, señor, dixo él, lo quiero hacer y dárosla, pues tan piadosa es vuestra muger en su casa, quanto vos enemigo en el campo: de la qual á velas tendidas he recebido mercedes y beneficios.» Y tomado á Alhendin el rey y la reyna, embiaron á mandar á Gonzalo Fernandez que la entregasse á Mendo de Quesada, que con ciento y cincuenta hombres con muchos mas omicianos [1] la rescibió, y luego en aquellos pocos dias que Gonzalo Fernandez tovo á Alhendin, rectificó el amistad que tenia con Alben Malehe, alcayde de la Malaha, dándole á entender como aquella casa no era fuerza para se poder defender en ella, que pues veia tomado á Alhendin, quedaba atajado por estar Alhendin adelante la via de Granada; que le rogava se la diesse porque cada dia, decia él, se espera al rey á la tala de la Vega, y no será en vuestra mano de os dar, ni en la de su alteza poderos defender, de que vea la hueste la resistencia poca que en la tomar ay. Dello con palabras temerosas y parte con alago, y lo principal que le dió, la Malaha le entregó, en la qual con gente de pie, assí para la defender como para la labrar, dexó uno suyo y fuesse á Yllora.

Como el rey mozo tomó los castillos del Padul y Alhendin.

Cada ora en la ciudad los hombres codiciosos de guerra y nuevos levantamientos, tenian entre sí discordia qual seria el peor, los males de los quales assí como son aborrecibles de escrebir, son increybles de oyr. Ca todo momento yvan en crecimiento: porque avia siempre debates entre los pacíficos y los procuradores de los escándalos. Ca estos por mengua de hacienda y sobra de crímenes, hacian escuras conjugaciones para fatigar los pacíficos, dándoles contiendas escandalosas. Toda la ciudad y tierra y alpuxarra al rey, que mas sufria que le sufrien, apremiavan fuesse á tomar estos castillos: que recia cosa era Monduxar y la Malaha, y el Padul y Alhendin tener los christianos con guarnicion contra ellos: «Que la guerra que de allí nos hacen, decian, mas es por nuestro querer siendo flojos, que por poder que tengan de fuertes. Ca si tomassemos (decian al rey ellos) de gana trabajos, por fuerza dariamos

[1] Omicianos son aquellos que sirven cierto tiempo en los lugares de la frontera, para que les sean perdonadas las penas que merecen por los delitos que hicieron.

fin de nuestros enemigos con fiera crueldad. «Viendo el rey como brotavan todos discordia, informado de su consejo todo pueblo lo que osa hablar, aquello es atrevido á obrar, antes que con ímpeto diesse de cabeza, salió al campo. E como el Padul oviesse poco que era tomado, y no provehido de gente ni provision: aquel combatido tomó con daño que dél recibió. E tornando á Granada, á pocos dias en su consejo se platicó á qual de los castillos Monduxar, Alhendin, la Malaha yrien: unos eran de opinion que á la Malaha, por ser menos fuerte: « Por quitar el empacho delantero (dixo el rey), vamos á Alhendin, que con viandas menos camineras se tomará. » Cercado lo pusieron en tal estrecho, que entrada la barrera y puesta en cuentos la torre, la tomaron: donde cativaron y mal mataron mas de docientos hombres, los quales les dieron fee de claro nombre: en especial el alcayde Mendo de Quesada, y el capitan Pedro de Castro, que como hombres de quien el negocio mal colgava mas peleavan. Y para socorrer á Alhendin recogido en el rio de Moclin los capitanes y alcaydes de la frontera el rey les envió á mandar que pues no tenian numero de gente para socorrer á Alhendin le esperassen allí en Moclin que en breve seria con ellos: y que con el ayuda de Dios en persona lo queria socorrer; y con assaz priessa llegó á Alcaudete, do supo nuevas ser llevados cativos á Granada. « Deven les dar, dixo el rey, melezina de consolacion, pues no esperaron á los convidados. » E vuelto el rey para Córdova, con assaz enojo, los capitanes y alcaydes de la frontera de noche á manera de Almogavaria bastecieron la Malaha y llevaron tinajas para agua de que habian necessidad con remuda de gente. Gonzalo Fernandez que con placer sostenia trabajos, quedóse en ella [1]. Los capitanes y cavalleros que allí fueron, amonestavanle no quedasse dentro, poniéndole delante el daño que podria suceder, perdiéndose él: que por cosa de tan poco valor no aventurasse persona de tan gran precio como la suya. « No quiera Dios (dixo él) que la Malaha segunde el enojo al rey: pues es á mi cargo no porné sustituto: que no ay galardon tan presto, bien ó mal pagado como es el de la guerra, á quien tiene presteza ó pereza en ella, ca esta obligada en poco tiempo á ofrescerse gran caso. Por ende esperar quiero (dixo él), señores, esta por no sofrir muchas: pues en todas partes hay vecinos enemigos. » Luego ida la gente que le dexó, y llevados sus cavallos, y repartidas sus estancias, dió tal priessa á la lavor, que todas horas labravan y las escuras con candeladas [2] de cosas livianas. Algunos de los que allí tenia, vista la fortaleza ser tan flaca, mostravan gana hacer de voluntad lo que el temor del Capitan, y no certeza de poderse salvar los empidia: á los quales dixo:

[1] Aquí en la Malaha se quedó don Sancho de Castilla por amor grande que á Gonzalo Hernandez tenia, é ser caballero mancebo, deseosso de experimentar su persona en valientes y nobles hazañas.

[2] Esta candela que de noche alumbrava con que labravan, era de atocha y retama y leña menuda.

« Si yo, parientes señores, aqui me metí con vosotros, fue porque tengo por fuerte muralla el adarve de vuestros corazones, que es la verdadera fortaleza : la qual no acometerán nuestros enemigos, si nosotros no la enflaquecemos de temor. Ca provando ellos su poder, soy cierto no sofrirán vuestro deber : que si os esceden en poderio, no vos escederán en fuerzas, pues las teneis llenas de uso y esperiencia. E mirad que los hombres no sugetos á vicios como vosotros, no han de ser vencidos de miedo, y el ageno temor de algunos no cause daño á todos. Ca assí como aquí [1] á unos no faltará sal y sepultura, menos á los otros fuera honor y crecido galardon. E para perseverar en lo que estays, acuerdeseos lo que deveis á nuestra fé á y vuestra honra y á nuestro rey : y esperad en Dios la Malaha ha de ser testigo de vuestras fuerzas y esfuerzo : por ende, amigos, sabed que haciendo lo que devemos teneys libertad y glorioso deleyte con esperanza del galardon que presto terneys, con mas loor de vuestra virtud : lo que del contrario quedamos con mengua, subjecion y pena. Ca devese juzgar por de poco valor aquel que cobdicia la brevedad desta vida menospreciando la perpetua, que no se alcanza sin trabajo. Ca notorio es el bueno, assi como dessea honra, deve menospreciar peligro. E remiremos y remedemos la vida de aquellos que mediante su fatiga han avido loor, y pues que de los presentes autos de virtud y valentía, y no en el vientre de la madre se engendra la hidalguya, sed constantes á lo que os ofrecistes, y pueda mas con vosotros la vergüenza que el temor : y miembreseos que toda excelente memoria en tal lugar como este se cobra aventurando la vida por ganar honra. » Con estas y semejantes razones con gesto alegre á los unos amolava, y á los de acedo proposito amenazava. E estando aquí en esta fortaleza de la Malaha don Sancho de Castilla, que armado tenia en dos partes de las escusañas[2] supo ser entrados Moros : y en tal paso los armó, que diez mató y tres cautivó, que sal llevavan de las salinas que allí estan. E preguntados el estado de la ciudad : « Nosotros, señores, lo que sabemos (dixeron á Gonzalo Fernandez) es que ay tanta necessidad de sal en ella quanta aquí abundancia teneys della. » Demandados á como valia : « A vida de un hombre cada fardel, ó cativerio de aquel. » Repreguntados el como : « Porque de trece que venimos los vuestros mataron diez, y los otros tres cativos nos teneys. »

Los escándalos grandes que dentro de la ciudad los unos Moros con los otros tenian.

En Granada continuavanse mas las tiranyas con enredamientos unos con otros, y los inocentes padecian males de la gente suelta que ni aceptaban razon ni querian justicia, con gana que todos te-

[1] Esto de la sal dice, porque allí junto están unas salinas.

[2] Excusañas son hombres del campo puestos en pasos y vados para ver ó sentir los enemigos.

nien de hacer mudanza por cobdicia de ganar, y con esto crecia osadía en las cosas llanas rota y turbadamente : porque todos desatinados no sosegavan con estar llenos de division. E como fuessen mas los malos, excedian en poderío á los pacíficos : que ni tratavan ni caminavan, ni los campos se labravan, lo qual causavan los naturales enemigos de su propia tierra : porque con la destruyccion della esperavan aver muy grandes provechos. Con esto la comunidad enferma de pujanza de delitos descaecie : porque los escandadalosos con sed de dar bienes á su mengua, y ver las cosas de un ser en otro tornadas, con desacordadas voluntades y de cosas nuevas codiciosos, cometian muchos males contra los buenos, que por de aquellos se defender todos abundavan en tempestad de guerra, nacida de nuevo, que sembravan los tiranos escudriñadores della; los quales contrarios de la paz y sossiego, con movimientos reboltosos y falta de robos, espesas veces desesperavan y atrevidamente arremetian á los males. Viendo la ciudad en comienzo de grande perdicion, el pueblo con estos rebatos era fatigado de los atrevidos acelerados, que cada hora mas crescian. Sabiendo el rey mozo estas cosas que los malvados con rigor hacian, los quales conspiravan para lo peor, é como tratavan del, pidiéndole continuo y obedeciéndole nunca, é como no tuviesse su estada segura en la ciudad, por ser movibles á liviandad, ca los tales no duran mas con su rey de quanto dura la buena fortuna con él, algunos de su consejo, y otros muy aceptos á él le dixeron, que le convenia de salir á poner cerco en algun castillo : porque con esto la gente ocupada en el sitio, resollarian los pacificos; en especial los labradores que estaban ansiosos de paz, por el esperanza que tenian de los frutos de la Vega. Concedido por el rey mozo, y salida la gente al campo, volvió al consejo; porque aquel estava en dos partes, los unos dándole á entender por muchos respetos fuesse á la Malaha, que era casa llana y flaca : y tomando á Gonzalo Hernandez que allí estava, con su rescate cobraria el rey sus hijos [1] que estavan en rehen de la paz en que avia de perseverar, y parias que tenia de dar. Assí mismo quiso el rey oyr el voto de otros caudillos viejos y cabeceras que era contrario á esto : especial el de Mahomat Abenzuraje que por codicia de cobrar á Almuñecar, de que tenia merced de la tenencia, desseava fuesse puesto sitio sobre ella. El Muley y Abenzada dixeron al rey en el consejo ser dificile la toma de la Malaha, que algunos hacian fácil : porque basta saber estar allí Gonzalo Fernandez : y pues se metió determinado, yerro seria combatir al que busca peligro. Quanto mas que tenemos sabido tiene mucha y buena gente que le semeja : que por veces su trabajar nos ha dado trabajos, y no falta de artillería y bastimentos. Platicado todo, conociendo tenian necessidad de desembarcadero para los

[1] Estos dos hijos del rey moro se pussieron en poder del capitan Martin de Alarcon que los tenia en la fortaleza de Porcuna, á cuyo cargo estaba la tenencia della.

Moros que venian de Africa, acordó de ir á Almuñecar, por ser algo puerto. En Restaval que es quasi al medio camino, fue certificado de unos christianos que de Salobreña trayan cativos, la poca gente y mucha falta que de agua tenian, mandó á su hueste guyar á ella, é assentó su real sobre Salobreña. Y en aquel tiempo el conde de Tendilla que capitan general en la frontera era, corrió á Granada, y de lenguas que tomó en la Vega supo como el mozo estava sobre Salobreña con la gente de Granada, y de las Alpuxarras, é la villa entrada estava sobre la fortaleza, y aquello le certificaron en el escaramuza. E al conde aqui uno que llegó le dixo: « Estos moros han dicho á vuestra señoría que la causa que al rey llevó á Salobreña fue por la certenidad que tiene de la poca agua y menos gente que está en ella. Yo iré y con el ayuda de Dios en la fortaleza entraré: que con luego, señor, occurrir, se remediará lo que despues del daño venido no aprovechará. » Este con setenta hombres, dellos escuderos, y los mas espingarderos y vallesteros, por el postigo á la fortaleza de Salobreña entró, al trocar de las guardas que los Moros hacian al alva: los quales la fortaleza combatian, donde no menos daño recebian, que los cercados afan. Los de dentro soltaron un peon á declarar su necessidad de agua á don Yñigo [1], que con él vinieron las ciudades de Málaga, Antequera, Loxa, Alhama y Velez, y otros muchos cavalleros y gentes que truxo por la mar al socorro, el qual con assaz daño que cada ora de la tierra les davan, estava en el peñon junto á el que es allí poco dentro la mar: del á la fortaleza no se puede mandar aviendo en el arenal como estava gran cantidad de Moros que lo estorvavan. Y en el tormento deste peon, que al dicho capitan don Yñigo Manrique enbiava, supieron la poca agua y no vino que tenian, y como aquella por quartillos se repartia. Testimonio de lo creer fue los cavallos muertos de sed que del adarve abajo echavan: y con esto ovo causa tener esperanza aver presto la fortaleza. Los del cerco á menudo decian á los cercados con amenazas fieras breves serian entrados. Y que pues no tenian agua se diessen y no esperassen tiempo á ser tomados por fuerza, lo que á la ora serian recibidos de grado con partidos provechosos, que el rey en mansedumbre ventajoso les harie. Aquel que los setenta hombres metió un cántaro de agua [2] (de que bien poca quedaba) les dió: y en albricias del combate con que le amenazaba, fuesse en la coracha que era su estancia [3] les arrojó y dió

[1] Governador y capitan de Malaga era este don Iñigo Manrique, alcayde que es de las fortalezas de ella.

[2] Esto desta agua dice Valerio Maximo fue con pan en Roma: que estando en el Capitolio los Romanos cercados de los Franceses, y en estrema hambre, echaron panes á la parte de los enemigos, dandoles á entender tenian abundancia dello; y comportaron y sufrieron el cerco hasta que Fulvio Camilo los socorrió y decercó. Assí aquí con el esperanza del socorro se sufrió la sed: ca con el agua que vieron los Moros creyeron que de aquella no tenian necessidad, y al tanto como los del Capitolio (dice Froncino) hicieron los Atenienses contra los Lacedemonios.

[3] Este rey de Granada que á esta Salobreña cercó era el mozo, que por otro

una taza de plata : y el alcayde Bexir alferez del pendon real del rey le ratificava las amenazas con que furor mezcladas, con mucha buena razon, poniéndole delante la toma del Padul y Alhendin, y el cativerio y muertes de aquellos que en ellas se tomaron. « O señor alcayde (dixo aquel), sabed que vuestras amenazas no dan temor á la codicia que los desta fortaleza tienen de ser combatidos, porque assi á vosotros conviene salir con vuestra empressa, estos cavalleros y gente han de sostener su defensa. Por ende certificad á su alteza de cuya parte, señor, venis, que antes moriremos defendiendo que salvarnos rindiendo, pues mas nos teneys cercados que combatidos, haciendonos ruido y no fuerza. Ca su señoria verá como esta casa se le defenderá : y vuestras razones mas osadia que temor nos añaden. » E buelta la habla á los cercados : « Lo que de la razon destos muros se toma (dixo aquel) es : que como hombres flojos en osadia mueven tratos, y cautelosos en engaños ofrecen cosas para dañar nuestras almas y mancillar nuestras honras, y no debemos desahuciar nuestra ayuda y no seremos de todas partes heridos con injuria : pues estan en este cerco mas por tentar nuestros animos, que animos tengan para sofrir vuestras fuerzas, las cuales bien como á los temerosos en el afrenta mengua, ansí los fuertes en el peligro acrecienta : y no nos deven poner espanto las palabras soberbias con que amenazan, que el temor que os tienen impedirá su hecho. Ansí que, señores, á nosotros conviene trabajemos con perseverancia en defendernos. Ca mas son las cosas destos dar espanto que hacer daño [1] : y aparejad los animos y manos que al presente nos son necessarios para salvar las vidas y guardar las honras, y gozaos que á la puerta teneys el socorro con la persona real: y usad de vuestra loable fortaleza con sofrimiento de sed quanto podereys, y podreys quanto querreys. Ca quanto mayor es el peligro que el bueno defiende, tanto mayor gloria y fama se le deve. » Fenecida la razon de aquel, todos fueron tan animados que á la ora deseavan combate, teniendo por cierto cosa alguna les podia ofender ni ser aquejados en él. E con esta esperanza gastavan tiempo en reparar sus adarves, y contraminar las minas, que por debaxo de aquellos les dañavan. Luego á la fortaleza recio combate dieron, donde en él mataron á Mahomad Lentin alcayde que fue de Cambil. La muerte del qual con muchos que alli mataron los entristeció, y pegado á esto creer el rey tener agua, y mas nueva que le llegó de que los condes de Tendilla y de Cifuentes, y Rodrigo de Ulloa (contador mayor de Castilla) con la frontera y Sevilla y Jerez en Almuñecar estaban : y el rey que le despertaba la toma de Alhendin, recio vino á socorrer á Salobreña : y llegó á la Vega, y de camino al Val

nombre llamaban el rey chico : y el que agua y taza dió y los setenta hombres en ella metió, fue el alcayde Pulgar señor del Salar, que estas cosas del Gran Capitan escrivió.

[1] Valerio Maximo dice que mas son las cosas que espantan que no las que dañan.

de Lecrin para tomar el passo de la entrada á Granada. El rey della alzó el cerco : y por las faldas de la Sierra Nevada entró en ella, y al tiempo de levantar el real el dicho don Yñigo Manrique con apresuramiento salió en tierra : y fecho fuerte en ella, ansí con tiros como con otros amparos, soltó gente ligera que mató y cativó muchos de aquellos Moros que no se recogeron con el avanguarda dellos : y el rey envió á mandar á Gonzalo Hernandez que saliese de la Malaha : al qual los temerosos dando culpa mordiscavan con recias dentelladas, diciendo ser superflua su metida en ella; pues no se cobrava tanto en sostenerse aquel castillo quanto se perdia perdido él en él. E como sea cosa determinada no poder fuyr la embidia de las cosas en que ay buena salida, en especial de aquellos que exercitan los cuerpos á todo linage de peligros, y le suceden bien y prosperamente los fechos, á uno que se lo dixo : « Masquiero, respondió él, que digan como entró Gonzalo Fernandez en la Malaha, que no como no entró estando á su cargo, quanto mas, señor, que todos dessean prestarse al trabajo. » Salido á la Vega Gonzalo Fernandez, al tiempo que se apeó á hacer reverencia al rey, que sabia como algunos ventajosos en embidia adelgazavan su osadía, por dalle soberano favor, antes que llegasse, dixo al marques de Villena : « Mas se le deve dar oy á Gonzalo Fernandez loor que acusacion : y al besar las manos alegremente lo recibió, assí de cara como de palabra. Luego otro dia tan recia escaramuza entre Moros y christianos se travó que al marques de Villena (por socorrer á su hermano don Alonso Pacheco que en la quistion matataron) una lanzada el alcayde Hubeca Adargabun dió, que della del brazo el dicho marques manco quedó. Y de aquí informado el rey de la poca seguridad de los Moros que mudejares avian quedado en las ciudades de Guadix, Baza y Almería, los mandó que saliessen dellas á las alquerias mas cercanas : y en allí buelto el rey á Córdova, y quedando Gonzalo Fernandez de Yllora, della se continuava la guerra á Granada como se hacia de los otros lugares de la frontera.

La causa porque al rey de Granada y á sus tierras dava favor y ayuda el rey y la reyna.

En este sumario conviene dar razon la causa porque el rey y la reyna favorecian á Muley Baudelí rey de Granada, que por otro nombre llamaban el rey chiquito : y dieron seguro á la ciudad de Granada y á las otras ciudades y villas de su reyno que estaban por él : y la estada de sus dos hijos en rehen en poder de Martin de Alarcon en la villa de Porcuna. Assí es que en sabiendo el rey que estava en Medina del Campo como don Diego Hernandez de Córdova conde de Cabra, señor de Vaena; y el alcayde de los donceles señor de Lucena avia desbaratado [1] y presso á este rey con todos

[1] Este desbarato fue en el mes de abril de ochenta y tres años.

los demas principales caballeros y cabeceras de su reyno en el arroyo que dicen de Martin Gutierrez, que es entre las villas de Lucena y Yxnaxar, dió mas priessa en su venida al Andalucia para continuar la conquista comenzada contra el reyno de Granada: y llegado á Córdova, do allí vinieron de parte de la reyna madre deste rey preso los alcaydes Aben Comixa, y el Muley alferez de su pendon real, y Muli Muzar, y Mahomet el Jebis, y Mahomet el Lentin, y Abenzada. Estos con poder que truxeron de la ciudad de Granada y de las otras ciudades y villas que estavan en su partido dixeron y suplicaron al rey quisiesse dar libertad á este rey preso, y favor para contra su padre y tio, y seguro á la cibdad de Granada y á las otras cibdades y villas cuyo poder truxeron: y que otorgado esto, seria su vasallo y daria luego de presente todos los christianos cativos que estavan en las ciudades y tierras que estavan á su obediencia, sin faltar ninguno, y en reconocimiento de vasallage serviria y daria cada un año el numero de doblas que se le mandasse y él pudiesse pagar: y que para seguridad de lo cumplir se darian luego dos hijos de su rey en rehen, con mas otros hijos destos alcaydes que vinieron con esta embaxada de la reyna. El rey mandó que esto se consultasse y platicasse con los grandes y con los otros cavalleros y capitanes que estavan en la corte y con los de su consejo, entre los quales ovo diferentes pareceres: porque los unos decian que muy mejor era tener en prisiones á este rey que soltalle, porque puesto en libertad y en su reyno se concertarian todos tres reyes hijo, padre y hermano, y por todas partes darian recia guerra en el Andalucia y á la frontera. La otra parte decia que por mas cierta se devia tener al enemistad que la conformidad de los reyes, porque el mandar no sufria igual y que pues de la piedad siempre resulta fruto, que el rey la avia del aver dé aunque Moro, pues con tanta instancia por su parte se pide. Sobre todo despues de mucho altercado, fecha relacion al rey dixo: que acordándose los christianos que estavan en Granada y en su reyno aquellos ser presos en servicio de Dios y suyo determinava de mandar soltar y poner en libertad al rey de Granada por la redencion de los cativos que le ofrecian, y los partidos que los alcaydes hacien, con mas mandar dar seguro y favor á la ciudad de Granada y á las otras ciudades y villas que por este rey mozo estavan y estoviessen dentro de cierto término; lo qual todo assentado y capitulado, el rey de Granada fue acompañado de los grandes y de los otros cavalleros que en la corte estavan. Y entrando en palacio llegó la rodilla en tierra á besar las manos al rey, que se levantó á él y no se la quiso dar, antes le alzó y mandó assentar y dixo en otra lengua que se alegrasse, que esperava en Dios y en su fidelidad que su prision avia de ser causa de su gran prosperidad: el qual en la misma lengua respondió que quisiera venir antes á su poder y servicio de grado que no con la fuerza de premia con que vino; pero que nembrandose del gran bien que de su alteza recibie, de tal manera

servirie que oviesse por bien empleada la libertad que se le avia dado. Este rey mozo despedido se fue á su posada tan acompañado como vino. Los grandes que allí se hallaron dixeron al rey que cómo su alteza no le avia dado la mano, pues era su cativo y se obligava de ser su vasallo? « Yo por cierto (dixo el rey) se la diera, si cativo no fuera. » Assentadas estas cosas y dados los rehenes y despedido para partirse á su reyno, el rey le mandó dar, y mas á los seys cabeceras que vinieron á entender en esta negociacion de libertad del rey y á los que con ellos vinieron, muchos y ricos atavios de paños, sedas y brocados y cavallos. E assí ydo y puesto en su reyno continuó el servicio del rey y de la reyna haciendo guerra á las tierras de los Moros que estavan á obediencia de su padre y tio, y en esto duró algun tiempo : durante el qual continuo era mucho emportunado y requerido y aun afrontado publico y secreto de los alfaquíes viejos y alcaydes del reino; los quales le decian que la amistad y confederacion que con los christianos tenia era causa del odio y enemistad que los Moros le tenian : y toda hora crecia mas, segun á él y á todos era notorio; pues veia toda su tierra se le alzava y tomavan voz del rey su contrario, y cada dia veia que perdia la voluntad buena que sus servidores y criados y vasallos le tenian. Oyendo y viendo esto que le dixeron, y como crecia mas en disminuimiento su autoridad en Granada y en todo el reyno, acordó de bueno en mal propósito mudar la voluntad; y trató de se reconciliar con el rey de Guadix su tio : porque el padre era ya muerto, y ambos partieron el reyno y hizo guerra á la frontera y entradas en tierra de christianos do llevó cativos y ganados. Los Moros, de que vieron fecha la junta de amistad de ambos reyes, criaron nuevos corazones para amar á este rey mozo : el qual como tovo aviso que el rey con los grandes y gentes del Andalucia y de Castilla iva á cercar la ciudad de Loxa, por ganar la benivolencia de los Moros con quatrocientos de cavallo los mejores y mas escogidos de fuerzas, y esfuerzo de su reyno entró dentro. E de improviso puso entero recabdo y reparo en los adarves, y assentó estanzas y proveyó de gente en cada una la que convenia para guarda de la cibdad, y proveyó en bastimentos, y concertó el artillería y puso cada tiro do convenia para defender y ofender. Estando en este estado llegó el rey á Loxa con toda su hueste á once de mayo de ochenta y seys años, otro dia despues de consejo habido con los grandes y otros cavalleros y capitanes que en el real estavan, acordó que combatiessen los arrabales don Diego Lopez Pacheco, marques de Villena, duque de Escalona, el qual compliendo el mandamiento del rey, mandó llamar á todos los capitanes assí de guardas como de hermandades con otros muchos de los grandes, y juntos assí les dixo : « El rey nuestro señor, señores, manda que entremos los arrabales desta ciudad de Loxa, los quales si como devemos acometemos, ni á los Moros temeremos, ni en el peligro los unos de los otros nos partiremos. Ca si nos nembramos como tal dia

como este gana el hombre el alma y la honrada fama, que no perece, oy nos passearemos por las calles destos arrabales, y pues nuestras vidas son en nuestras manos, á Dios y á ellas nos encomendemos.» Fecha esta habla á los capitanes del rey y de los grandes, y de otros muchos cavalleros y continos de la casa real y capitanes de peones, assí de las hermandades como de comunidades, proveyó de llevar todos los tiros de artillería que convenian, segun el peligro á do ivan, en especial llevaron rabodoquines y otros tiros ligeros. Entrando en el combate, fue tan reciamente combatido quanto fuertemente resistido, assí de los vecinos y naturales como del rey y sus cavalleros, y estrangeros, y aquí assí como á los christianos apremiava la vergüenza, á los Moros forzaba necessidad, y con esto en este combate cayeron muchos de los otros, en especial de los Moros que les faltó el artillería de que los christianos llevaron abundancia. Visto por los christianos la defensa que los Moros hacian, y atajos y reparos que en las calles ponian, en las quales avia tan grandes montones de Moros y christianos muertos que estas palizadas era la mayor fuerza de su defensa, y con esto estavan los christianos dudosos, porque si dejavan la quistion era mas peligrosa la salida que fue su entrada; y aquí el marques de Villena los juntó, y tal animo les dió, que todos aquellos caballeros y capitanes y gentes escogeron....... en la fortaleza de sus personas ofreciéndose á la muerte antes que perder lo que avian con tanto trabajo y derramamiento de sangre ganado, y como no se hallasse ninguno menoscabado de esfuerzo, presente el acatamiento del capitan general, de improviso tan fuertemente apretaron el combate, y tan en orden horadaron las casas de una en otra, que con impeto los arrabales ganaron; do mataron todos los Moros que alcanzaron antes que en la ciudad se entrassen, y tomado gran despojo el marques no dió lugar que los unos á los otros se lo tomassen, antes mandó que cada uno gozasse de aquello que su suerte le avia dado, segun se lo avia prometido quando en el peligro les habló. E Rodrigo de Ulloa, contador mayor del rey y de la reyna, que cargo de los cavalleros de la casa real tenia, consultado con el marques puso su estanza con ellos junto á los adarves del alcazaba, que por menos peligro ovieron el gran combate que en las calles les dieron que el que con piedras de las torres aquí sufrieron. Los Moros viendo ganado su arrabal, que era la mayor fuerza de su defensa, ni tenian corazon para pelear ni fuerzas para se defender. E con esto fueron privados del sentido á no saber dar remedio; el qual si dar la ciudad al rey, no tenien otro, y á esto impedia temor porque los Moros vecinos naturales recelavan de la yra del rey por el desbarato que hicieron quando mataron á don Rodrigo Tellez Giron maestre de Calatrava[1]. El rey y sus cabeceras alcaydes y cavalleros estavan temerosos del quebrantamiento y falta

[1] Este desbarato y muerte del maestre fue por julio del año de mil y quatrocientos ochenta y dos años.

de su fe y palabra que dió de servir y ser vasallo del rey quando le dió libertad del cativerio en que su prision le puso. Con esto los unos y los otros estavan tan turbados que no se sabian dar remedio, pero al fin los de la ciudad tomaron el consejo mejor, y suplicaron y aun requirieron á su rey entregasse la ciudad al rey; al qual temor de su yerro pasado no le dava seguridad, y les respondió que antes devian allí morir por su ley y por su bien que someterse á la servidumbre de los christianos; y con esta su respuesta trabajó de los esforzar. Los Moros visto que cada dia mas veian su daño, y el rey su necessidad y peligro, y como de nuevo le tornaron á decir y suplicar que con tiempo les diesse remedio: « Ca si pensassemos (decian los naturales al rey) que muriendo, nuestra ciudad fuesse libre, de gran voluntad yriamos á la muerte; pero morir y perder el lugar y nuestras mugeres y hijos cativar, por mejor avemos gozar de la piedad del rey con que nos recibirá, que al rigor de la pena que si por fuerza esta ciudad entra nos dará. Ca bien creemos, señor, decia Yza Alatar (hijo del Alatar viejo) al rey, que algunos y muchos inconvinientes ay en nos dar á los christianos; pero los tiempos mudan los consejos do se aclara lo que se ha de tomar ó huyr. » Visto el rey de Granada la necessidad peligrosa en que estava, y no dalle tiempo de lo que devia hacer, antes que se alargasse mas el escandalo; hizo hablar en el estanza de Gonzalo Fernandez, que era junto á una torre del alcazaba que allí está, que dicen de Benjebit, que quisiesse dar orden para le hablar. Gonzalo Hernandez luego essa noche fue al real y dixo al rey lo que por parte del rey moro le era hablado, y pidió licencia para entrar en la ciudad; confiandose en las buenas obras y servicios que le avia hecho estando cativo en Córdova y á sus hijos en Porcuna. E como el rey y muchos grandes le pussiesen inconvinientes en su entrada, dixo: « Por cierto pues el................................rey de Granada me llama: miedo no hará du..........................por lo remediar todo es de aventurar. » Gonzalo Fernandez tomada licencia entró en la ciudad de Loxa y llegado al rey que halló herido en el brazo: « Señor muy excelente, dixo él, ¿qué hace vuestra señoria que no se somete á la razon y no á la fortuna? pues que quanto aquí señor estays, tanto mas perdeys, porque el rey está determinado de no alzar su hueste de sobre esta ciudad hasta ver el fin desta su empresa. Bien creo, señor, segun la prudencia de vuestra señoria que esto y quanto se os puede decir sabeys; y si lo dexays de hacer es pensando que su alteza terná odio contra vos por lo passado: y no lo deve vuestra señoría creer, porque quanto mas en fatiga estays tanto mas clemencia en él hallareys; y tened, señor, creydo que assí como el servicio tiene presente, assí todo deservicio y yra se le olvida: por ende vuestra señoría debe ponerse en sus manos: ca es tanta su piedad quanto de aquella teneys necessidad, y en vuestra seguridad no tengays sospecha, y mirad, señor, que Dios todas las cosas á buen fin guya, pero despues de se las encomendar, con-

viene ser aquellas con priessa procuradas, por ende, señor, entienda en lo que le cumple y salga de aquí : porque quanto mas, mas se empeora vuestra estada, y poneys en aventura vuestra persona real, estado y fama : que no es de nuevo someterse los hombres al poder del mayor. Ca si, señor, os acordays de lo que vistes poco ha, quando los arrabales desta cibdad se ganaron, mas fue causa de los entrar maravilla de Dios que esfuerzo de los hombres, segun la multitud de la buena gente que los defendia, y la recia fuerza de la disposicion de las casas y calles que en ellos ay. Catad, señor, que por la mayor parte la esperanza engaña, y como engaña daña. No dudo, señor, que como tanto sea por vuestra señoría desseado sostener esta ciudad por estar en el miradero de todo vuestro reyno de Granada y de toda Africa, se os haga facil de la defender; y tambien acordandoos otrossí como el Alatar que era solo alcayde la defendió al poder grande de su alteza. O señor, cómo estos caminos que nos parecen ligeros se nos tornan peligrosos! porque aquesso que vuestra señoría piensa, aquello fue un esperiencia de proveer esto, de tal manera que os suceda al contrario de lo que, señor, pensays, y algunos os aconsejan. Por ende, señor, tened esperanza en lo que servireys, y no tengays temor en lo que aveys desservido. Y pues que aqui no ay pena no persevere vuestra señoría en culpa : ca lo aveys con rey humano, y vuestra rebelion no le haga estraño para que en lugar de olvidar el yerro cobre yra. Ca él usará con vuestra señoría de la misericordia que siempre tiene, y no del rigor de la pena que los que os aconsejan merecen. » Fenecida la razon del consejo que Gonzalo Fernandez al rey de Granada dió, é conociendo todos assí suyos como los de la ciudad, andavan de unos en otros diciendo que se devian de dar al rey, y tomar con tiempo el partido mas provechoso que mejor les estuviesse, el rey de Granada estando en aquel aventura que estan los que no tienen remedio en su necessidad, dixo á Gonzalo Fernandez : « Señor alcayde, espero en Dios de os merecer esta con las buenas obras que de vos he recebido : y pues el consejo que me days es tan bueno, aquel obedezco : aquí estoy, no para pedir, mas para recebir aquel partido que el rey mi señor me quisiere dar; en cuyas manos pongo mi persona y esta ciudad. Lo que á vos, señor alcayde, pido y á su alteza suplico es que los vecinos y moradores y huespedes della los mande mirar con piedad conservandolos en su ley y haciendas : ca para mí no pido otro partido mas de aquel que mis servicios merecerán. » Salido al real Gonzalo Fernandez, y hecha relacion al rey, otorgó quanto el rey de Granada suplicó, con mas que los que quisiessen pasar allende, les mandaria dar navios seguros en que pasassen, y bestias á los Moros que fuessen á Granada. Aquí al rey dixeron algunos cavalleros de la hueste, que estando en tan buen estado el cerco, y el rey y moros en tanto aprieto, se le avia fecho gran partido, aviendo el rey de Granada tanto desobedecido, á los quales el rey dixo : « Yo he avido por bien todo lo que se ha hecho con

este rey, pues es rey y me pide perdon de lo passado. Ca assí como agora no falta piedad, menos me fallecerán fuerzas si errasse para lo tomar.» Salido el rey de Granada de la ciudad de Loxa, y con él Gonzalo Fernandez, llegó á besar las manos al rey y dixo: «Por cierto, muy poderoso señor, mas por necessidad que por voluntad he andado fuera de vuestro servicio, pero la clemencia que en vuestra alteza he hallado, y el infortunio que he passado me obliga para siempre á vuestra alteza servir.: para lo qual obligo vuestro gran poder.» El rey por el mismo intérprete le respondió que bien tenia creydo lo que avia hecho era constreñido á ello mas por voluntad agena que por gana suya; pero que todo olvidado y presentes sus humildes suplicaciones, avia otorgado lo que Gonzalo Fernandez en su nombre le avia suplicado, y que si mas quedaba de se hacer lo mandaria proveer. «Y porque desseo todo vuestro bien os ruego que assí como days palabra de servir, tengays obra para la complir: y en buena ora vos yd á vuestro reyno, porque vuestra ausencia no de osadia á los vuestros para se juntar con vuestro tio y enemigo.» Buelto el rey de Granada á la ciudad de Loxa, y desocupada la fortaleza que está en el alcazaba della, se entregó la tenencia por mandado del rey á don Alvaro de Luna, señor de Fuente Dueña, en veynte y nueve de mayo de mil y quatrocientos ochenta y seys años. Este rey de Granada con los suyos se fue á las partes de Vera y Almeria, y los vecinos de Loxa con sus bienes á Granada. Este dia salieron gran numero de cativos christianos que estavan en esta ciudad á besar las manos al rey, el qual les mandó proveer de vestir y de comer.

Cerco de la ciudad de Granada, y fuego del real.

Como el rey tuviesse mucho cuidado y vigilancia de no dejar á sus gentes criar molleja enemiga de la guerra, continuó la conquista comenzada contra el reino y rey de Granada para que sus cavalleros y súbditos se exercitassen en ella, y ganassen honra y provecho della; y sus rentas fuessen bien empleadas en guerra justa gastadas. Entró en la Vega de Granada á 27 de abril de noventa y un años y passó al Padul: y de allí embió al marques de Villena capitan general de su hueste al Val de Letrin con mucha gente de pie y de cavallo: y entrando en esta tierra, donde ay cantidad de aldeas, quemaron y robaron muchas riquezas que avia en ellas, do mataron muchos Moros que estavan descuidados, admirados porque en sus edades no avian visto ni oydo aver entrado allí otros christianos sino aquellos que ellos y sus passados metian aherrojados: los quales peleaban con los christianos con todas fuerzas por defender sus bienes, hijos y mugeres, y vidas. E assí andando el rebato por el valle, de improviso se juntaron los moradores dél, los quales fueron socorridos de muchos que de las Alpuxarras vinieron, y todos tan recio y tan en orden se metieron en los christia

nos peleando, quanto ellos con ánimos fuertes á muchos Moros desbarataron y mataron: y como este valle fuesse grande y ricos los moradores dél, los christianos por cobdicia de aver ricos despojos passaron mas adelante de aquel lugar que les era mandado por el marques. E como una quadrilla de cavalleros y peones se adelantasse encima del lugar de Beznar, á ellos vinieron muchos Moros que se avian recogido en Lanjaron, y estos juntos ataxaron á los christianos que andavan robando sueltos y desmandados; y las vanderas enemigas cerca unas de otras, travaron el escaramuza y de poco principió: en breve rato fue tan recia y tan reñida, que de los unos y de los otros murieron gran parte de todos. Llegada la nueva á Gonzalo Fernandez que le dixeron en esta escaramuza era muerto un cavallero page de la reyna[1], aguijó con la gente de su capitania, y en el peligro se metió tanto que con los que llevó y halló apretó con los Moros hasta los echar adelante de la puente de Tablate, donde á la priessa del passar los christianos tomaron y mataron muchos Moros. E allí en esta puente se hicieron tan fuertes que no se pudo passar á ellos. El marques recogida y rica su gente de ricos despojos de seda, ganados, y Moros, llegó al Padul do estava el rey que otro dia vino á assentar su real al Gozco que es junto de aquel lugar donde mandó labrar la villa de la Santa Fé, donde vino despues de muchos dias, que estava allí el real, la reyna: y estando rezando junto á la cama do estava el rey durmiendo, el ayre que por una ventana entrava en la cámara, meneava unas cortinas de seda que davan en la vela del candelero, y aquellas quemadas, dió en las ramadas de una en otra; se quemó gran parte del real y toda la tapecería del rey y de la reyna con mucha parte de la cámara. Doña María Manrique, que lo supo de improviso, de Yllora embió á la reyna muchas y buenas camas y rica tapecería, suplicándole se sirviesse dello, con mas camisas y cosas de lienzo labrado que á las infantas y damas dió que de todo el fuego les hizo falta. La reyna de su mano le escrivió; y en la carta y de palabra mucho agradecimiento le dió. E á la noche venido Gonzalo Fernandez de la guarda del campo, donde estuvo dende luego que el fuego dió rebato en el real, la reyna le dixo: « Gonzalo Fernandez, sabed que alcanzó el fuego de mi cámara en vuestra casa, que vuestra muger mas y mejor me embió que se me quemó. »

El desbarato que en los Moros se hizo donde dellos fueron muchos muertos y cautivos, y el que ellos hicieron el mismo dia en los christianos.

En la Vega y heredades della á tercer dia la gente del real repartida por capitanias, hacian talas do eran contino escaramuzas. E como el rey llevasse un dia á la reyna á las ver, buelta la rebuelta de una aguijada que se dió, hizo muy grande daño en los Moros[2].

[1] Este page se decia Avellaneda.

[2] Este daño que este dia los Moros recibieron aunque aqui apriessa se corre fue

Los christianos pensaron ardid que llegada la gente al real volverian descuydados á llevar los muertos, que era gran numero. Don Juan Tellez Giron, conde de Ureña, y don Alonso Fernandez de Córdova, cuya fue la casa de Aguilar, y don Diego de Castrillo, comendador mayor de Calatrava, capitan de los continos del rey y de la reyna, y otros muchos cavalleros y capitanes metidos cerca de Armilla, tras unas paredes que estan allí, de un atalaya puesta en un álamo fueron vistos por los Moros, que con desesperacion atrevidos arremetien diciendo: «Fenezcamos oy nuestros trabajos con el presente peligro, pues guarda es de la vida el menosprecio de la muerte, y bolvamos que cerca de los christianos no ay oy igual menosprecio que nosotros; porque veen se nos hacen las cosas de mal. Apriessa, ca si nos mezclamos con ellos sofriremos menos afrenta y ellos recibirán mayor daño.» Los quales con mas forasteros que les vinieron del Alpuxarra y de Val de Lecrin rebolvieron sobre el ardid en tal guisa, que la gran vitoria pasada en la mañana, á la tarde con menos peligro y mas seguridad los peones y cavalleros moros, por ser muchos mas, apretaron la quistion en tal manera, que con las armas y cavallos de los christianos muertos [1] matavan los vivos, sin perdonar á ninguna edad: y los que quedavan reputavan ser aquel dia postrero de su vida, porque con tal furia se defendian, que la necessidad de se desenredar de los Moros, era causa de mas pelear: muchos ovo que aviendo respeto á su acostumbrada virtud, dejaban de huir de manifiesto: ca rempujandose unos á otros se dañavan cayendo con muchas heridas que recibian, y no daban pocas los nobles, que quanto mas los suyos los dejavan, tanto mas cerca de los enemigos se hallavan. Gonzalo Fernandez puesto en un passo estrecho de un acequia, que las hazas no se andaban por el agua de que las avian llenado los contrarios [2], con manos y lengua los detenie diciendo: «Gozemos oy, señores, del error de los enemigos que tan descaudillados vienen y seamos capitaneados de vergüenza y no de temor, que si comunicamos el ardid, no participemos el huir: y nuestra huida bolvamosla en ira y demos buelta.» E como fuesse la mas gente de rebaños y no conocida y los mas de perrochas, pocos le siguieron, y con algunos

asaz grande y el principal que en la guerra en campo en ellos se hizo. Ca dejado la prision del rey mozo y el desbarato de la de Lopera, que ambos fueron mucho y lo mas recio de la conquista del reyno de Granada, esta aguijada que á los Moros se dió, que llaman la del Rubit, y por otro nombre el dia de la reyna, mayor fue que la del Cenete de Guadix, estando el rey sobre Baza y la de la sierra de Bentoniz, teniendo cercado á Velez Malaga, que fueron ambos assaz de grandes desbaratos.

[1] Con estos muertos deste dia mataron dos buenos cavalleros; á Juan Rodriguez Manjarrez y á Tristan de las Casas alcayde de Osuna, que con la gente della y de Moron se metieron en la furia del peligro por sacar del al conde de Urueña, cuyos criados eran.

[2] Muchas veces los moros echavan en la Vega el agua de los rios Darro y Genil, quando para mas ofender ó mejor defender les convenia.

nobles por salvar á Diego Ximenez, adalid, que aunque con esfuerzo faltavale sangre y fuerza, le hirieron y el cavallo muerto. Mendoza de que lo vido salpicado de sudor y sangre: «Tomad, señor, dixo él, este, ca de pie no vos podreys salvar lo que yo sí.» E como arreziase el peligro, los christianos ni guardavan capitan, ni acatavan dignidad, antes assí como los unos el lugar que vivo tomavan, muerto lo ocupavan, assí otros davan lugar á las arremetidas de los Moros, el peligro de los quales Gonzalo Fernandez en poco tenia por conservar el honor de la capitania. Ca como á los otros capitanes recibido reves menoscabaven en autoridad, este de tal manera en la quistion se avia que crecia su mandar. Salidos de allí algo mas adelante fue tan recia el aguijada que los Moros, que ocupados los animos en la matanza tenian dieron, que aquel Mendoza [1] mataron; la muger del qual Gonzalo Fernandez contino sostiene, y á sus hijas dotó largo. Por consiguiente en el real essa noche ovo tristeza: pero no mayor que llanto en la ciudad. Otras muchas cosas que seria obra no ligera de contar, hizo en las dichas guerras este Gonzalo Fernandez, continuando las entradas y almogavarias y escaramuzas, cercos y combates, assí yendo con el rey como con capitanes generales que en el Andalucia ovo en aquel tiempo, y muchas entradas por si con su gente y veces con mas allegadiza: y el recabdo que puso mediante el peligro en que estuvo, con trecientas lanzas y mil peones para assegurar las recuas que yvan al real donde el rey estava sobre Coin y Cártama; y el sobrepujar que tuvo su esfuerzo con osadía quando entró por mandado del rey y la reyna en Alhama [2] dende Antequera con gente suya y della y de los capitanes Rodrigo de Torres y Miguel de Ansa, teniendola cercada Muley Bulahacen rey de Granada la segunda vez, la entrada del qual quanto á los Moros pesó los cercados se fortificaron, por el provecho que á su necessidad les vino, no menos de gente que de la polvora y almacen que les metió, de que tenian gran falta sus vallestas y tiros: que tan menos le conocian, tirandole quanto á los Moros que juntos todos llegaron á la puerta de la fortaleza por donde entró al alva del dia; y de la salida que escapó cuando tentó de sacar del corral de Granada los cativos [3] el año que la embidia obró su oficio, y lo desvió segun suele estorvar las grandes hazañas.

[1] Este Yñigo de Mendoza era de Baeza hijo de un cavallero de aquella ciudad que decian Rodrigo de Mendoza.

[2] Esta entrada en Alhama fue por avril de mil y quatrocientos y ochenta y dos años.

[3] Este sacar del corral de Granada los cativos, fue un ardid muy singular y esforzado y espiado, y bien tentado por Gonzalo Fernandez. Y llegado gran numero de gente y capitanes para efetuallo, y puesto á pie cerca de los molinos, que allí á la subida estan, al tiempo del sobir aqui, ovo tantos inconvinientes mas de embidia que de temor, que cessó el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaecido en España.

Trato de la entrega de Granada.

Como durasse el sitio sobre Granada ovo lugar muchas veces de saver Gonzalo Fernandez del rey della, al qual certificava era su tan servidor como quando tenia mandamiento del rey y de la reyna para le seguir. El rey mozo que era agradecido holgava dello. Comunicandose esta cosa, seyendo terceros las espias que Gonzalo Fernandez tenia contino en la ciudad, ratificaron la fabla, que tiempo avia era entre ellos passada, de que si le hiciesse el rey y la reyna tal partido, les entregaria á Granada. Esto llegó á estado de trato: y para efetuallo era necessario persona del rey y de la reyna, de quien el rey mozo se fiasse, porque él temia de la furia del pueblo sabiendolo. « Yo, señores, dixo Gonzalo Fernandez al rey y á la reyna, iré á la puerta de Nexte, donde el rey dice hallaré al Muley. »—« Gonzalo Fernandez, le dixeron, por la poca seguridad que ay de Holeylas [1], que es la guya, cessará vuestra entrada de que ay necessidad; porque este haciendo doble con la ciudad el trato con vuestra persona, que mas que aquel le tiene se perderá; porque Fernando de Zafra, que allá tarda, se cree lo ayan muerto ó preso. »—« Poderosos señores [2], quando se ofrece tal caso en que hombre pueda mostrar virtud sirviendo á sus señores, no ha de abatir su animo á semejante obra, ni se deve temer trabajo presente, ni recelar el daño futuro. Con el ayuda de Dios cuya causa principal es, yo iré esta noche con Holeylas al lugar por el rey señalado: y llevaré uno mio que sabe guyar fuera de los lugares y passos assechosos. Por ende vuestra alteza mande hacer memorial de lo que con el rey se ha de assentar. » Al quarto de la modorra, con animo enhiesto, sin que ningun peligro le apassionasse, salió del real, hurtandose de las guardas: antes de la luz primera llegó á la Alhambra donde halló con el rey á los alfaquies Chorrud y el Pequení, y el alcayde Muley, y secretario Fernando de Zafra; los quales assentados los partidos y hechos en capítulos: « Decid, señor (dixo el Muley á Gonzalo Fernandez), qué certidumbre se terná del rey y de la reyna? Dexen al rey mi señor las Alpuxarras que es el primero capítulo de nuestra negociacion, y como á pariente que prometen le tratarán. » — «El debdo y tierras, dixo Gonzalo Hernandez, señor alcayde, durará quanto durare su señoría en el servicio de sus altezas: » y concluydo lo de Granada con la entrega della segundo dia del año de mil y quatrocientos noventa y dos, Gonzalo

[1] Este Hamete Holeylas fue un vecino de Granada que salia al real muchas veces secreto con el trato.

[2] Nomillo se quexaba á Gayo Cesar porque le encomendava pocas cosás peligrosas, diciendo que su hermosa edad perecia sin la ocupar en cosas famosas. Assí en estra entrada Gonzalo Fernandez mas pensava en lo que servia que no á lo que se ponia. Ca como le dixesse la reyna que mirasse yva á gran peligro: «Yo, poderosa señora, dixo él, desta entrada no sé lo que ha de ser; mas sé lo que puede ser, que bien ansí como todas las cosas pueden acaecer, assí sé que no han de acaecer todas.

Hernandez con su muger quedó en ella con intencion de tomar emienda del trabajo passado : y de allí fue llamado por el rey y la reyna al tiempo del nacer la guerra en Ytalia y despierta la de Nápoles : al qual mandaron ir á aquel reyno por capitan general, donde se le recreció muy gran colmo á sus muchas y grandes hazañas con las grandes guerras que en Ytalia y Nápoles á los Franceses hizo ; y á reyes y á príncipes y á grandes señores y señorías que lo siguieron ; é batallas que venció, y combates que á muchas ciudades y villas y castillos dió ; con muchos Turcos que destruyó hasta que pacífico el reyno de Nápoles al rey en persona entregó y higado [1] dió : que fueron tantas y tales que aquellas diciendo ó escriviendo, aunque con sobrado ingenio, se harian menos de lo que fueron. Los quales Franceses decian : si el esfuerzo de Lucio Dentado [2] feneció, con Gonzalo Hernandez renació; pues con su estada en Ytalia toda cosa reverdece, y aquel pueblo es mas cerca á la guerra que está lejos de su encomienda, ca contino lo tenemos presente acordándonos de su presteza sabida. El qual ydo á Nápoles, que con los exércitos enemigos titubeava, porque Ytalia de los Franceses era passeada, de los quales los campos plantó, y tan vacia de bivos la dejó quando la holló como llena la halló. A los quales Franceses cerca de los Ytalianos era otorgada la gloria del conquistar, hasta que vieron á Gonzalo Hernandez tan delantero guerrero que mas con obra que con sozobra atormentava. E continuando aquella costumbre de Griegos y Romanos que con los claros y maravillosos capitanes acostumbravan, aunque enemigos, hacer, de dalle renombre, bien assí á este Gonzalo Hernandez, en quien vieron las bondades pertenecientes á buen consul, con lleno consentimiento de todos le apellidaron Gran Capitan, por le ver subir á tan alta cumbre que en crecimiento de dignidades le esperavan ver : y demas deste nuevo nombre ganó docientos estandartes, y vanderas que tomó en batallas y reencuentros y combates que venció, y mas la manada de estados [3] que dexó, que son tres veces duque, de Terranova y de Sesa y de Santángelo, y marques de Vitonto y gran condestable del reyno de Nápoles : lo qual todo ganó en aquellas guerras, con mas que comió en la mesa con los reyes de Aragon y Francia en la ciudad de Saona donde le dixo el rey en su frances : « Gozado me he, famoso Gran Capitan [4], señor, en aver

[1] El higado dice, porque aquí en Nápoles hizo el Gran Capitan al rey un rico presente de un balax nombrado y estimado por mejor de las piezas excelentes de los joyeles de Ytalia que llaman el higado : y que de aquel su alteza se sirviesse porque era pedazo de los buenos que le quedaban para su servicio. Muchos afirman valia mas de veinte mil ducados aquel joyel.

[2] Marco Varron, que fue valiente historiador y esforzado cavallero, pone que en este Lucio Dentado feneció la fortaleza de los Romanos, y que tuvo mas claro resplendor de esfuerzo que ninguno de los que en su tiempo fueron.

[3] En estos estados y señoríos ay nueve obispados y un arzobispado, la provision de lo qual era al Gran Capitan que los adquirió por su propia virtud, y nuevos fechos con mas gloria que si eredara de sus passados la potencia y riqueza dellos.

[4] Assí grave se mostró el Gran Capitan al tiempo que el rey de Francia aquí le

visto vuestra persona, por no admirarme de vuestra obra, la qual bien se concuerda con vuestro linage y fama. » Los quales grados de onores tampoco ensobervecieron la grandeza de su ánimo, quanto primero no le avian abaxado la delgadez que tuvo de lo necessario; antes aquellos estados recibió y posseyó con no mas mudanza que si los de sus abuelos heredara [1], honrando las dignidades; y no aquellas á él.

Recebimientos que al Gran Capitan se hicieron.

En España venido el Gran Capitan á pocos dias despues que el cathólico rey desembarcó, se le hicieron muchos recebimientos: del número de los quales tres, Valencia, Burgos, Santiago de Galicia contaré.

Recebimiento de Valencia.

En Valencia, á do por la mar vino, la reyna Germana que la governacion della tenia, mandó todos estados de aquella insigne ciudad le saliesen á recebir enviándole los nobles de allí mulas y cavallos bien aderezados, para que dende el puerto á la ciudad él y los suyos viniesen. Muchos afirman que allí se hallaron, que solo palio (para ser bastante recebimiento de un gran príncipe) faltó, porque aliende de la gente eclesiástica que muy ricos y ataviados salieron con los grandes y cavalleros, aquel dia fueron vistas todas las señoras, damas y doncellas de la ciudad y tierra: estando las calles, plazas y ventanas tan llenas de todo género de hombres y mugeres, que decian avia muchos tiempos igual ni tanta gente fue junta en fiesta. Vinieron con él á las casas del conde de Oliva, que le dexó libres en que posasse muy rica y lindamente ataviadas en que en cinco quadras ovo cinco camas de seda y brocado y las salas de rica tapicería entoldadas, con mucha abundancia de olores, frutas y conservas que los oficiales deste conde proveyeron. Aquí el Gran Capitan dende algunos dias que avia tomado de reposo, mandó á los suyos que se aderezassen para ir á la córte, y mandóles dar cinco mil varas de seda ansí á sus cavalleros y gente como á otros que con él desembarcaron.

En Burgos.

Salido el Gran Capitan de Valencia con no menos acompañamiento que le fue fecho recibimiento, llegó á Burgos do estaba el cathólico rey que mandó le fuesse fecho solene recebimiento en que lejos de la ciudad salió en órden toda la copia de la córte prelados, grandes y cavalleros, capellan mayor, capellanes, presidente y consejos y

hablava quanto en armas era reputado poderoso; y que no menos valiente decian los Franceses era en sabiduría que en grandeza de corazon: ca por igual le tenian en buenas costumbres con sus hechos maravillosos de guerra.

[1] A las virtudes no crece honor (dice Boecio) por las dignidades; mas á las dignidades por las virtudes; bien assí el Gran Capitan en tal manera administrava sus señoríos, que mas honra dava él á ellos y á su estado, que su estado y señoríos á él.

inquisicion y órdenes, y contadores mayores y comendadores mayores de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, y los comendadores de ellas y la justicia real y la ciudad y regidores y cavalleros della hasta llegar á palacio, do primero todos los suyos por órden besaron las manos al rey, que alegremente los recibió: y al Gran Capitan para lo abrazar de la silla largo se apartó, y assí le dixo: « Gran Capitan, la ventaja [1] que á los vuestros llevays en la guerra, en la paz vos han tomado oy: » con otras palabras muchas de placer: y en aquella misma órden que llegó á palacio por el mismo mandamiento real le fueron á dexar en su posada que fue las casas de Covarruvias, principales de aquella ciudad excelente.

En Santiago de Galicia.

Morando muchos dias el Gran Capitan en la córte tuvo cargo de procurar con entera voluntad por los que en el reyno avian fecho atrevimientos, de los que suele acaecer en ausencia del rey y poca color de justicia: en el qual oficio aprovechó mucho y á muchos, á los unos el rey los admitiesse á su servicio y á otros que les hiciesse mercedes: en lo qual tardó mas de lo que él quisiera para ir á Santiago, que era jornada por él prometida y mucho desseada; y antes que otros estorvos de agenos negocios le ocupassen, entró en aquel reyno. El arzobispo, que su venida supo de improviso, le hizo un tal recebimiento qual á su persona convenia; saliendo él y sus cardenales clérigos y cavalleros, y nobles de aquella ciudad y tierra lexos á lo recebir muy honradamente; y llegado á Santiago, aposentóle en sus casas ricamente aderezadas y entoldadas. E aquí dende algunos dias el Gran Capitan adoleció. Este arzobispo de Santiago (don Alonso de Fonseca) usando de su ánimo liberal proveyó tan abundantemente de todo lo necessario á su dolencia no solo de la ciudad, mas de Portugal y Castilla mandó traer cosas necessarias para su cura: con mas mandando en la ciudad y tierra que ninguna cosa se vendiesse ni diesse para la casa y despensa del Gran Capitan, ni para ningun cavallero ni persona de las suyas, ca era tan abundantemente lo que de la despensa y casa del arzobispo se dava de todo linage de pescados de mar y rio, carnes, aves, vinos, conservas, frutas, con todo lo á mantenimiento necessario, de lexos, y cerca traydo; que avia para proveer á mucho número de gentes. Ca sus oficiales tanta diligencia ponian en esto como si fuera su propio señor el enfermo. Tengo sabido de persona bien digna de fé muchas personas estrangeras que allí en Santiago se hallaron, con tomar nombre de ser del Gran Capitan, á las bueltas tomavan de aquellos montones muy otorgadas raciones: y los mismos mayordomos del arzobispo los conocian ser estrangeros y holgavan ser engañados dellos. Puesto en mejoría el Gran Capitan

[1] Esto desta ventaja decia el rey porque el Gran Capitan acostumbrava ser el primero en la lid y el postrero que della salia.

para poder caminar al tiempo que se quiso partir, despues de los ofrecimientos que entre él y el arzobispo passaron segun costumbre de grandes y uso de señores : le dixo : « Aquí, señor, me parece que no menos vuestra casa sana el cuerpo que vuestra yglesia el alma : ca assí es por cierto mediante Dios la diligencia que en mi dolencia han puesto, vuestros criados y su solicitud me ha dado la salud. »

E dió el Gran Capitan en esta jornada á la yglesia de Santiago, porque toviessen cargo los cardenales y señores della, de hacer una fiesta cada año de bisperas y missa, treynta mil maravedis de juro y muchos ornamentos de seda y brocado y una lámpara muy rica de plata dorada.

Los quales tres recebimientos por triunfos podrian passar si los pusiera en tal estilo escritor que no escreviera corto, que he por mejor callar que de lo mucho dezir poco.

Como despues de venida la nueva de la batalla de Revena mandó el rey ir al Gran Capitan á Ytalia.

Estando el rey en Burgos le llegó certeza de la batalla que sus gentes y del papa y Venecianos, y los mas de la liga ovieron con los Franceses cerca de Revena, do de una parte y de la otra murieron la mayor parte de las dos huestes, en especial de los Franceses; por lo qual fue necessario enviar gente nueva y capitan esperimentado en Ytalia. Los descarriados que era la parte mayor davan las bozes por el Gran Capitan que en Roma quando llamaban á Camillo [1] ; y con esta nueva vinieron cartas del papa y de la liga para el rey que embiasse á ella al Gran Capitan en cuya yda estaba el remedio : que ir solo de gente el nombre del Gran Capitan allá, seria tanto terror y espanto á los enemigos quanto ánimo y placer tomarian los suyos. El rey que del Gran Capitan conocia ser diestro en el arte de las armas, y diligente en el proveer de assentar la hueste do menos daño recibiesse, y mas proveydo el real de mantenimientos y aguas; y de las assechanzas y peligros de los enemigos estuviesse seguro, y el que primero se lanzava en ellos; afectuosamente se lo rogó. « Yo, señor, dixo él, desseo servir tanto á vuestra alteza que á la mas pequeña cosa de vuestro servicio porné mi persona aunque pierda la salud de aquella. Lo que suplico á vuestra alteza es mande dar tanta y tal gente quanto al negocio conviene, y con ellos mande breve y largo cumplir. » Aceptada la yda por el Gran Capitan á Ytalia, luego el rey lo envió á denunciar allá escribiendo al papa y capi-

[1] Dice Valerio que este Furio Camillo fue tan valeroso varon que estando cumpliendo su destierro en Ardea, con licencia salió della y dió en los Galios que andavan en los campos de Roma haziendo guerra despues que entraron en la ciudad, la qual recobró, y socorrió el Capitolio que dentro estava el senado cercado y que tal desbarato en estos Franceses hizo que no quedó ninguno que fuesse á dar nueva de su pérdida.

tanes de la liga de improviso seria con ellos el Gran Capitan, que les embiava en él otro Fulvio[1]. Sabido que el animoso capitan bolvia á Ytalia, la corte se rezumava para ir con él, poniéndose en nóminas en que en ellas se escrivieron el duque de Villahermosa, y el conde don Fernando de Andrada y otros cavalleros amadores de guerras peligrosas, y muchos valerosos varones y hijos de señores de estado y número, de otra gente sin número de muchas ciudades y villas que embiaron, y otros que vinieron ansiosos de mudanza de tiempos por verse hartos de bienes, que con la paz no les sobran. Ydo á palacio á besar las manos al rey y despedirse para se partir, fue tan acompañado de los señores y grandes que en la córte se hallaron, quanto á su persona convenia. La misma compañía salió de la ciudad hasta el fin del dia, y algunos grandes ovo que essa noche vinieron á aposentarse con él. Aquellos bueltos, con muchos cavalleros y gente se vino á Antequera por estar cerca del embarcar en Málaga: y como las cosas de la Ytalia fueron mudadas en mejor estado, cessó su passada. Muchos de los cavalleros y otros que vendieron parte de sus rentas y patrimonios para ir con él, apiadándose dellos, larga y cumplidamente cumplió con ellos; y hecho escrito de lo que les mandava dar, un su criado visto aquel ser en mucha cantidad: « Vuestra señoría lo vea (dixo él) que mas monta de sesenta mil ducados lo que á estos señores se les dá. » — « Daldo que para usar dello lo quiero; que el gozar de la hazienda es repartirla. »

Habla que hizo el Gran Capitan en Antequera á los cavalleros que con él avian de ir á Ytalia, quando supo cessaba su passada.

« Bien es, cavalleros, que sepays como el rey nuestro señor me embia á mandar que esta nuestra passada en la Ytalia sobresea hasta marzo, porque ansí cumple á su servicio: y que los que aquí conmigo estays sus continos y criados vays á su corte; y que de los otros cavalleros le embie copia, porque de todos se tiene muy bien servido y quiere aver memoria para vos lo galardonar y hacer mercedes. De mi parte vos tengo en merced la voluntad con que, señores, aveys venido á servir á su alteza en esta justa jornada; porque con tal compañía esperava en Dios le dieramos buena cuenta

[1] Deste Fulvio, que por otro nombre se decia el mas noble, dice Sesto Frontino que aviendo de necessidad de pelear con pocas gentes que tenia contra el grande exército de los Samnites, que estavan muy sobervios porque las cosas de la guerra les avian sucedido en prosperidad, fingió que avia corrompido con pecunia una legion de los enemigos á passarse á los suyos: y para dar fé á ello mandó á los tribunales y centuriones que cada uno truxese todos los dineros, oro y plata que en la hueste oviese, para mostrar á las espías el precio que dezian ó tratavan, y prometió á los que lo diessen mucho mas avida la vitoria: y con aquella su amonestacion y esperanza dió grande alegría en los Romanos, que entristecidos por las cosas passadas estavan: las espías contrarias que allí estavan, fueron á los suyos con esta nueva, que mucho los entristeció, y fueron en division. Cometida la batalla, se ovo muy clara vitoria, con enriquecimiento de sus gentes que en ella ovieron.

de nuestras almas y al rey de su encomienda, y á los enemigos de la yglesia de vuestra virtud resplandeciente en maravillosa memoria, segun la santa y honrada empresa que tomastes : de donde os quedo, señores, tan obligado que en todos tiempos y horas que menester sea poner mi persona y casa por la de cada uno de vos, lo haré de tan alegre voluntad como pesar siento de vuestro apartamiento. Bien quisiera que fueramos en esta guerra, para que vierades las maravillas de Dios con la sobervia de los enemigos que allá nos llevavan, enredadores della. Los quales Franceses, aunque assaz valientes varones, no yguales de vuestra dureza y esfuerzo; porque caso que se ayudan del saber, vosotros de aquel y mas de la osadía que estimo en mayor precio que su grande hueste : la qual no es cosa ligera de ordenar, porque mas estorvo reciben de sí mismos que de los enemigos, por ser como es la multitud de los Franceses gente desordenada para pelear con los pocos bien regidos. Quanto mas que de vosotros, señores, conozco estays en carrera de bondad, con la qual ayuntais el amor que teneys á los trabajos y peligros de las armas. Una cosa es bien, señores, que sepays, que si fuerades en Ytalia al tiempo que se escrevian los Romanos para ir en hueste, sus caudillos no os pidieran los votos que juravan [1] los que yvan en ella, ni menos en vuestro tiempo Celandio [2] no pregonara en su hueste que el cavallero que desamparasse su estanza, fuesse público enemigo del emperador. Ca he os visto de improviso tan tristes con esta no passada, que da razon la cara de lo que deteneys en el alma : y, señores, no lo deveys hacer, porque si esto no fuesse en nuestro favor, ni Dios lo querria, ni su alteza lo mandaria; antes aquello es por mas mejor nuestro, pues mas seguro es, que á un punto peligroso que de muchas partes viene, se empeora la guerra. Bien veo, señores y honrados cavalleros, que la saña de toda razon enemiga ha engendrado en vuestros ánimos con esta nueva nueva yra; porque mas quisierades allegamiento de batalla que alargamiento de tiempo, por arrebatar la vitoria con gran fama de virtud, do dejarades tan gran memoria de gloriosa fama á vuestros descendientes, como la que heredastes de vuestros mayores; pero como todo esto procede de nuestro Señor á él se le dé loor : y pues las cosas de la Yglesia y de la Ytalia van cada dia mejorando, mediante las fuerzas y esfuerzo de la gente que allá está, á los quales bien assí como por ello les es otorgado honra, no menos á vosotros merecimiento de gloria; pues para les ayudar llegastes á este lugar donde de vosotros, señores, se ha conocido, no por premia mas por premio de virtud aveys querido tomar trabajo loable; al rey nuestro señor he escrito, suplicándole vos mande á todos satisfacer y pagar los gastos y expensas grandes que para este camino aveys hecho. Bien espero

[1] Juraban los Romanos tres votos quando iban á guerra : obedientes á su capitan, no dejar las armas, ni rehuir el morir por el bien de la patria.

[2] De los Griegos fue capitan Celandio.

ansí los que soys de órdenes en aquellas, y á los otros en sus naturalezas, sereys de su alteza bien y largamente gratificados. En lo que á mí toca es que no vos pagaré ni podré dar á todos lo que devo al uno: en especial considerando quien, señores, soys, y de quien venis y como venis; pero sé que mas mirareys á lo que puedo que á lo que devo, y tomareys aquello con aquella gana dado que el dinero que ofreció la buena y santa muger; que será lo que acaece quando missa encargays que days un real y es de precio infinito.»

Acabado el razonamiento, muchos de aquellos cavalleros no pudiendo retener el lagrimal ni dissimular el pesar, á cavo de alguna distancia de tiempo pidieron á Rodrigo de Bivero por todos respondiesse el sentimiento grande que de la nueva ovieron, el qual ansi dixo:

Respuesta que en persona de los cavalleros dió Rodrigo de Bivero al Gran Capitan.

«No será necessario decir á vuestra señoría la tristeza que estos cavalleros han tomado con la habla que les ha dado; pues su misma alteracion lo muestra, de que nos pesa tanto que otra ninguna nueva nos oviera alterado mas. Porque se alegravan quanto realegrar se podian en yr á la Ytalia con consul resplandeciente en dignidad y gloria y esperiencia de guerra, ques la parte principal de la empresa: porque presente vuestra virtud poco temor se tenia á toda multitud; pues otro Salinator [1] llevamos por avanguarda, en especial yendo á empresa de la defension de la Yglesia y con capitan que su uso es ayudar lo perseguido, á cuyo exemplo desseamos bivir. Bien quisieramos, señor ilustrísimo, que pues no han valido amonestamientos con los Franceses en Ytalia, vieran vuestras fuerzas en Francia; porque de aquellas en Dios fiando nos resultara dignidades, riquezas y honores, que son devidas á los vuestros por el gran poderío y gloria de vuestra excelente persona: porque ante los ojos teniamos esta passada nos fuera onor increible, pues que yvamos con caudillo que sus bien aventuradas hazañas y loables vencimientos de batallas dan claridad en el mundo, de que toda sana boca habla. El pesar que estos cavalleros tienen melezina con que saben que vuestra señoría ilustre los tiene por perpetuos servidores, y por tales umilmente pedimos haya memoria de nos mandar: pues aquella misma retenemos para obedecer y agradecer la benivolencia con que nos ha tratado.»

Dice Justino que quando este Livio Salinator venció á Asdrubal mas con su persona que con demasía de gente, porque aquella no igualava con el exército contrario, le fue dicho que muchos de los Franceses estavan derramados y sin capitan, y que facil cosa seria vencerlos con poca gente: respondió que convenia dejar algunos para su mal contar y contar su vitoria, y que el solo nombre de Salinator ponia espanto en los enemigos.

Mercedes que el Gran Capitan dió á los cavalleros y otras gentes que avian de passar con él á la Ytalia, quando dél se despidieron.

Ydos estos cavalleros á sus posadas, este Gran Capitan se fue á su cámara do les mandó embiar dineros y cavallos, plata, brocado y seda y ropas y perlas á cada uno segun quien era y costa traya: y no menos á los que estavan en Córdova, Málaga, y en otras partes aposentados: y aquella mesma cura tuvo de los alabarderos de la guarda del rey y gente de cavallo de aquella y de otros oficiales y personas que de grandes y otros señores se avian despedido para ir con él en esta jornada: á lo qual todo como fuesse presente un su criado: « Estos cavalleros y gentes, (dixo aquel) á serviros, señor, vinieron: y para que repartiessedes de lo ageno y conservar lo vuestro: oy veo lo que dice Fectora [1]; que naturalmente nacen los hombres liberales. O, señor, cómo esta vuestra cámara tiene suelo, y en vuestra casa no lo de Craso [2]! Ca en este repartir deve vuestra señoría ilustre seguir lo que dice Valerio: que ansí como hombre no ha de dar mas poco de lo que deve, menos deve dar mas de lo que puede: que si Scipion y otros principales davan dádivas crecidas á los guerreros, era del despojo de los enemigos. No sé yo, señor, que excesso hicieron estos vuestros bienes con tanto polvo y peligro ganados, que assí los meteys á saco; que por cierto no se lee en un dia dar uno de lo propio suyo lo que aveys dado oy á muchos de lo vuestro. ¿Qué mas haria vuestra señoría al enemigo en su propia casa de lo que haceys oy en la vuestra? « Al qual respondió [3]: « Anda vete, amigo: ca las leyes de la guerra son ser el capitan clemente y tener la mano larga y boca prudente: esse consejo que me das ser me ha de mala digestion, por no lo aver acostumbrado en ninguna de mis edades, ni seria bien aconsejado si de nuevo lo principiasse. Ca cosa convenible es al que tiene cargo de gente no menos la franqueza que el honroso exercicio de la guerra; la qual assí como el capitan ha de punir corto, debe repartir largo; pues no menos es de culparle ser vencido por liberalidad que por armas. Mira que estos cavalleros veen y yo lo siento quan gastados estan, assí en el ornamento de sus personas, como en el gran gasto que los suyos cada dia les hacen; y si bolviessen á sus tierras pobres, sus vecinos aborrecerian el oficio militar que es mas noble. Acuérdate de aquella palabra que decia esse Scipion que dices, que mas queria conservar un cavallero que destruyr mil enemigos. Ca bien ves que si nos faltare caudal, no nos faltarán

[1] Este Fectora fué filósofo.

[2] Este fue Marco Craso que tanto abundó en bienes que con el fruto de la riqueza dellos sostenia el grande exército que traya.

[3] La liberalidad del excelente emperador Tito increpada de los suyos porque dava todo lo que le pedian: « Ingratitud (les respondió) es no dar á aquellos que les falta, pues ellos no le faltavan. » Assí aquí el Gran Capitan reparte y dá bienes á los que bienes le desseavan, aunque no se los demandavan.

amigos de verdad; que el varon no se ha de someter á baxos pensamientos, pues la razon á lo mas bueno nos lleva.»

Como el Gran Capitan vino á la ciudad de Loxa donde adoleció, y fue á Granada donde feneció.

Derramada esta fama de liberalidad y alegre conversacion que con estos cavalleros y gentes el Gran Capitan hizo, creció en los corazones de los hombres tenerle tanto amor que todos unánimes desseavan servirle y seguille : y ansí con él y con la duquesa su muger vinieron acompañándolos hasta la ciudad de Loxa, que le fue dada con la justicia y tenencia della para su aposentamiento. E aquí tornó á mandar hazer nóminas de segundo repartimiento, tan colmadas como la otra vez; y en estas liberalidades se conoció dél tanto se realegraba en el dar, quanto penas, gemidos y cuidados tienen los avarientos en el guardar. Quedaron con él cinqüenta cavalleros de sus continos y criados, con otra mucha gente, á los quales tenia en uso de bivir sin bollicios, limpios de reniegos, juegos y adulterios : y en esta observancia allí moraron casi tres años, usando marido y muger de aquel su oficio de liberalidad y charidad : do dieron testimonio hazian vida á voluntad del que dá la vida. E aquí adoleció de quartana en el mes de agosto; de la qual dolencia sus dias fenecieron en Granada de edad de sesenta y dos años y dos meses [1], á dos dias del mes de diciembre de mil y quinientos y quince años, domingo antes del dia, estando rodeado de su muger y hija y criados y servidores y sabios y claros religiosos [2] : á arbitro y parecer de los quales repassó y corrigió su testamento y comunicó su vida passada, y recibió con tiempo los santos sacramentos de la santa yglesia con tantas lágrimas y devocion que dieron fé de su buen fin. Hizo de nuevo grandes mandas y limosnas aliende de las fechas, con mas cinqüenta mil missas que le dixessen en aquellos monesterios y yglesias que mas necessidad toviessen.

Fue depositado su cuerpo en la capilla mayor de San Francisco de aquella solemne y nombrada gran ciudad, con grandes llantos [3] y gemidos del pueblo y tierra que concurrió á las honras : donde

[1] Esta edad no sabida, en el meneo de la persona, cabellos, barba, dientes y cara, por enteros cinqüenta años no le juzgaran.

[2] Fueron estos religiosos que aquí estovieron Fr. Pedro de Alva, prior de San Gerónimo de Granada, que quedó con la duquesa por albacea, y el provincial Fr. Pedro de Montes Doca, y el guardian Fr. Antonio de Criales, en buena vida y costumbres muy aprovados. A este dicho prior Fr. Pedro de Alva por su abilidad, vida, virtud y fama el emperador nuestro señor le dió el arzobispado de Granada.

[3] Una cosa se vido aquí que por la novedad della me pareció poner; que todos los dias de las honras con muchos más todos los vecinos de la ciudad sin ser citados por ruego, ni mandamiento, dejaron sus tiendas, tratos, oficios y lavores, y yvan cada dia á San Francisco hombres y mugeres, assí viejos como nuevos christianos, enternecidos de dolor, mostrando cada uno la tristeza en la cara del pesar que tenia en el alma.

todas las dignidades y beneficiados del cabildo de la yglesia mayor y capellan mayor y capellanes de la capilla real, y clérigos de las yglesias y religiosos de los monesterios de la dicha ciudad, vinieron los nueve dias de sus honras, en que se hallaron presidente y oydores de vuestra audiencia real y marques de Mondejar conde de Tendilla con los veintequatros, y los otros cavalleros della, con mas los señores de Vaena y Aguilar y Alcaudete y Palma con sus hermanos, hijos y debdos, y muchos otros cavalleros que del Andalucía vinieron. Estavan puestas en la yglesia y al rededor de la tumba que representava su bulto dozientos estandartes y vanderas y dos pendones reales, que avia ganado en batallas á los Franceses y sus sequaces, con las señas que tomó á los Turcos quando la Chafalonia les ganó. Al cathólico rey llegada la nueva desta, á la buena y clara vida ser trasladado el Gran Capitan, hizo mucha demostracion de dolor y sentimiento, con derramamiento de lágrimas, y tomó loba negra: y los grandes y cavalleros de la córte tomaron luto. Su alteza dixo palabras que davan testimonio del amor que le tenia, y mandó que fuessen hechas solemnes honras en su capilla y córte.

Vida, linage, persona, y costumbres del Gran Capitan.

Porque gastada la edad de los hombres, de las cosas no ay memoria, y en letras dura y se conserva, parecióme poner en ellas á manera de registro lo dicho que procedió del hecho: ca pues que lo que de lexos oymos tenemos por estimado, mucho mas preciado deve ser lo que vimos [1]. Ca sabido es todo linage de hombres dessean oyr hazañas de los ydos. Quanto mas todos se deven realegrar con las que veen de los presentes, que con gran diligencia se deven escrivir, por ser infinitos (como dice Tulio) los provechos y loores que de las contar en corónica se sigue. Apegado á esto se dirá algun tanto de la facion, persona, costumbres, dichos y hechos del Gran Capitan, pues con la perpetuidad que obran leyéndolas, pagamos las deudas á sus excelentes obras para que en sus hazañas no cayga olvido. Ca como quier que son verdaderas, como dice el filósofo, por los dichos universales, mas no á todos sabidas, cuya verdad entonce (dize él) es conocida, quando en lo particular se platica. E á esto junto se contará la antigüedad encepada de su linage generoso, que aprovecha á sus obras ser nacido de noble lugar [2]; al qual dá favor su poder. Don Pero Hernandez de Córdova, cuya fue la casa de Aguilar, y las villas de Cañete, Priego, y Montilla, que fue hijo

[1] Aunque las cosas passadas sean dinas de memoria, dice el papa Pio, que mucho mas de loor deven ser las nuevas; porque quanto mas cerca de nuestra vista, tanto mas de precio estimado son.

[2] Comun regla es, quando se dá loor á algun excelente valor, contar las personas claras de su linage, donde el tal deciende, para declarar que tal persona es estimada por los autos señalados de sus mayores: de guisa que los loores de los pasados deciendan por grados á aquel de quien hazañas y virtudes se cuentan, para mostrar que la tal persona es esclarecida en nobleza de sus pasados, á quien en aquella parecia.

de don Alonso Hernandez, del qual fue padre don Gonzalo Hernandez de Córdova, cuyo fue el mismo estado. Fállase en las corónicas de España aquellos de Córdova donde este don Gonzalo Hernandez vino, ser nobles, antes que la ciudad se ganasse de los Moros; y por tales escogidos en principales honores al poblamiento della, acatando su virtud y valentía: entre los quales nunca menguó, loados mediante las grandes cosas que hicieron en la guerra de los Moros sus vecinos. Porque de tal manera se anticipavan á los peligros en ellas los que sucedian en aquel linage, que no dexavan con hazañas olvidar la gloria de sus passados. Dice una de las antiguas casas que en el Andalucía primero tuvo vasallos ganados en la guerra de los Moros, fue ésta de Córdova, y de parte de doña Elvira de Herrera su madre, que fue hija de Pero Nuñez de Herrera, cuya fue la casa de Pedraza, dice Hernan Perez de Guzman en el tratado de los claros varones que de su tiempo escrivió, que estos de Herrera venian de linage noble y muy antiguo. Su persona, gesto y autoridad era tanta y de tanta gravedad que para el propio semejar vayan á Apeles [1] ó venga Guido [2] de Coluna para le bien trasladar. Fue su aspecto señoril, tenia pronto parecer en las loables cosas y grandes fechos. Su animo era invencible; tenia claro y manso ingenio; á pie y á cavallo mostraba el autoridad de su estado; seyendo pequeño floreció no siguiendo tras lo que vá la juventud. En las qüestiones era terrible y de voz furiosa y recia fuerza. En la paz doméstico y benigno: el andar tenia templado y modesto; su habla fue clara y sossegada; la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablavan; no le vencia el sueño ni la hambre en la guerra, y en ella se ponia á las hazañas y trabajos que la necessidad requiera: era lleno de cosas agenas de burlas, y cierto en las veras, como quier que en el campo á sus cavalleros presente el peligro por los regocijar decia cosas jocosas; las quales palabras graciosas (decia él) ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfecion en muchos negocios, quanto otro diligente en acabar uno; en tal guisa que vencidos los enemigos con esfuerzo, los passava en sabiduría; el qual como los toviesse un dia tan cerca que aquel peligro causasse en tornear los ojos tanto á uno que le dixo: « O cómo parece mejor al varon derramar sangre con las armas, que con temor mugeril lágrimas [3]! ca con ellas afeays la vitoria que oy esperays: y estos ojos mas se muestran estraños de buen linage que generosos. » Su razon era de tanta perfecion que no avia cosa de menosprecio en su habla. En la guerra dava exemplo de templanza y justicia, la qual siguiendo

[1] Apeles fue tenido por príncipe de los pintores.

[2] Historiador singular fue este Guido de Coluna, que con pluma diligente escrivió en hermoso y alto estilo las facciones y obras de los Griegos y Troyanos, que en la defension y conquista de Troya se hallaron.

[3] Esto de las lágrimas acaeció el dia que el Gran Capitan á los Franceses venció en la batalla del Garellano, que fue viernes veinte y siete de diciembre de quinientos y quatro años.

con su prudencia y autoridad tuvo tan conforme su exército, no embargante ser mezclado de Españoles, Ytalianos, Alemanes, con otras muchas naciones, que entrellos pocos escándalos ovo : y uno que nació con boz de amotinamiento, de parte de unos foreros que quisieron ser principales comuneros, rezio castigo mandó hazer en ellos [1]. Era gran repugnador á los que injuriavan en la guerra á los pacíficos, y trataba mal á los que ultrajavan mugeres : declarava á aquellos se hiciesse honor de quien se habia avido vitoria. Con los amigos era otro Antigono [2] : y en la memoria Yneas [3]. En conocer los suyos por nombre semejava á Ciro de Persia [4]. Era tan anticipador en los peligros quanto tardio al salir dellos : acabó muchas guerras en mas poco tiempo y con menos gente sin mucho caudal, que para las fenecer era menester. A esto le ayudó su franqueza, dando muchos galardones á sus amigos, y usando de piedad [5] con sus enemigos vencidos; que quanto les dava y perdonava mas muchedumbre le venia dellos; de guysa que su clemencia y liberalidad á todos hacia participantes de sus deseos, y con ellos tenia solicitud en los examinar, y con esta enseñanza guardando orden de buena disciplina poniendo los fechos en razon y no en fortuna, rompia qualquier exército; porque de tal manera mostrava á los suyos, que se les dava alabanza de llevar en la guerra lo mejor, con los quales señal acordada tenia que dellos no se conociesse terneza de ánimo : antes quanto mas adversidad y peligro, tanto mas dureza y osadía singular, y si cargamiento de armas y largo camino los cansava yendo contra sus enemigos madrugándoles, « concluyamos (les decia él) los trabajos que nos dan con el peligro que les damos. » Era sabio en toda arte de batalla [6] y amigo del consejo della. Decia él que el hombre sofridor de cosas menudas es de ánimo no temeroso y de fuerte corazon; el qual cada uno lo tiene tanto menor quanto mayor es su sospecha; y que los que amusgan las orejas á delatores passan vida espantadiza; á los quales denunciadores se devia anteponer la verdad de los mejores. Era muy contrario á los de malas mañas y lenguas dobladas. Decia que es gran exemplo para ser bueno las costumbres del malo : á huespedes sus puertas

[1] Hecha justicia destos alborotadores, al tiempo que sus bienes mandó dar á sus parientes y acreedores : « Rezio pesar (dixo el Gran Capitan) tengo de la muerte destos; y la causa que á ello me movió fue salvar á muchos de error con el castigo destos pocos : ca en tales tiempos daña la misericordia. »

[2] Fue firme y muy constante amigos de sus amigos Antigono.

[3] Solino dice que el rey Pirro embió legado á Roma á este Yneas : y en el otro dia que fue entrado saludó á los cavalleros de senado por sus propios nombres : y que era de tan sotil y biva memoria que poco de lo que por él pasaba se le olvidaba.

[4] De Persia fue rey Ciro : el cual á pocas veces que rodeava su hueste, los que le quedavan de llamar por nombre conocia de cara en que capitania estavan.

[5] Muy mas necesario es á los que cargo de governacion tienen de usar antes de piedad y liberalidad que de otra virtud.

[6] Todo aquel en que ay saber (dice Socrates) tiene animo de fortaleza.

fueron patentes con aquel placer que alaba Teofastro[1], y demasiado gastador con aquellos. Ca como un señor de estado le dixesse: « Entrad, señor, en nuestra observancia que mucho passa el pie de la mano vuestro gasto; pues no menos cura se debe tener en las cosas menudas que peligro se toma viniendo á las grandes. » — « O señor (dixo él) cómo si somos curiosos en adquirir bienes han de ser para que nos sirvan[2], pues nacimos para ser señores dellos; los quales tienen tal condicion que si con estudio no los retenemos ellos se vienen para que los gastemos, que la riqueza es servirse della: y sebed, señor, que el gastoso del dinero es abastado de los bienes de la distribucion, de los quales y del beneficio que hacemos no ha de quedar pensamiento en nuestra memoria. » Vestíase limpio y rico; su cámara fue demasiadamente abundante de atavios: su mesa fue muy cumplida y contínua, y su casa la primera que mudó los acostamientos de maravedis en ducados. Adoleciendo los suyos, con diligencia eran curados; sus mozos despuelas solos fueron los que á la puerta de palacio, ó fuera de aquel, tenian luz de hacha la noche que aguardavan: trasnochava y velava quando era menester: del dinero fue codicioso para lo gastar y no sabia industria para lo tener: los suyos á su exemplo mejoravan la vida; y entrando en su casa algun malo luego era hecho no tanto, y el bueno mejor. Honrávalos bien y holgava de comunicar con sus cavalleros y comer con ellos[3]: por los quales decia: « ¿ Si honramos á los agenos por qué mejor no trataremos á los que son subgetos? En tal manera que los hazia assi mas obligados y fieles: de los quales escogia para los cargos sabios y de entera fama, amonestándolos en la mayor ocupacion y peligro se acordassen de administrar justicia sin punto de codicia, y anticipando á ellos los criados del rey y de la reyna, acrecentándolos en bienes y honores. No fue estudioso en ganancias: á sus grandes hechos no tuvo otro favor sino ingenio y corazon: tenia onestas y sanas costumbres: era mudable en el rencor[4], en el qual durava tan poco el odio que tenia con aquel que le tomava, que á segunda vez que le veia le hablava benignamente. Decia él que los permanecientes en la ira pierden la vida esperando dia de venganza y que mas padecen ellos que

[1] Este filósofo Teofastro cuenta en el libro que hermosamente escribió de las riquezas, que lo que mejor dellas es alegremente recibir los claros huespedes; de lo que aun dice se sigue provecho á aquellos que quieren poder muchas cosas en todas partes: trayendo en ejemplo á Cinio de Athenas, que de mas de en su casa en unas caserias y villa mandava á sus caseros, que los estrangeros que por allí pasassen placenteramente los acogiessen dandoles lo que menester oviessen.

[2] Magnifica cosa es (dice Tulio) tener en menosprecio las riquezas careciendo dellas, pero que poseyendolas, gloria es usar libremente dellas.

[3] El emperador Antonio con aquella compañía y buena igualdad comia con sus cavalleros, amigos y convidados como quando era compañero de ellos. Assí aquí el gran capitan do convenia mucho era con los suyos igual.

[4] Quando fue en su gran señorío y potencia el Cesar con cualquiera que oviese saña (dice Tulio) hallando causa con él hacia paz de buena gana. Assí aquí el odio en el Gran Capitan poco durava.

fatiga davan á sus emulos, « con los quales tomarse devia (decia él) via de fé y no de porfia. » Era proveydo qualquiera afligido que á su casa venia, enseñando los ricos y consolando los pobres, sin hacer muestra de lo que hacia ni decia. No me parece de olvidar quando se trocó la soltura de sus pages con el bachiller que les dió para que tiempo que se ocupavan en los juegos de la bola y pelota, aquel fuesse en la escuela de la gramática; la qual oyendo y leyendo, no les impedia el tiempo que les estaba asignado, y á los pequeños de la duquesa su muger para exercitar sus cuerpos en obra y platica de como se ha de ofender el enemigo con menos peligro, de tal manera unos á otros en este uso se enredaban ordenados, que el arte los igualaba con lo que les fallecia en las fuerzas. Era tanta la limpieza de su persona y bevir, que ralos eran los dias que no oya missa en la yglesia : y quando en el campo, no salia de su tienda ó estanza hasta averla oydo, sin que se lo estorvasse ninguna nueva de placer ni peligro que le sobreviniesse[1]. Solia decir en la guerra : « Recemos para que bien peleemos, » en la qual ralas veces le sucedió al contrario de lo que intentasse hacer, teniendo apercebida desperteza en qualquier cosa que de hacerse toviesse en ella, tanto que tenian concebido de su saber y esfuerzo todos aquellos que con él entravan en los peligros, esperar antes vencimiento que daño : era tardio en castigar yerros de obra, como quier que de palabra á los que los cometian hablava con saña : « Sobre todo se guarde (decia él) la piedad á la vida muy necessaria; y que Dios rige y ordena los hechos de aquel que á misericordia no hace fraude. » Decia que las honestas y verderas palabras dan mas sustancia que los manjares. Este varon claro halló el a, b, c, para cortes, prudente y gracioso escrebir : y que el cavallero (decia él) no avia de aver por ageno de su dignidad á todos bien hablar. A cavallo en ambas sillas era muy diestro. Solia decir que la fortuna estava en los consejos discretos y buenos hechos, y que assí como la adversidad se mudava, bien assí la prosperidad no durava : pues constancia ninguna tiene por grande que sea para fiar della : ca contino anda sin vela, y cada dia muestra como no es durable; pues en el mejor tiempo se mezcla con trabajos. Ansí que aquellas cosas que son concedidas á un claro hombre tenia ; pues en él se contenia lo que escrive Aristótiles que aquel que ha bueno y claro entendimiento por natura, deve ser señor. Tenia uso y esperiencia de muchas cosas, y de tan perfeta y constante virtud, que de aquella no avia necessario socorro : á lo qual como un amigo suyo le dixesse que el papa, que mucho le devia de servicios que le hizo, de una dignidad que vacó no le proveyó haviendosela prometido : « Mejor es, señor, (dixo el) no galardonar vuestro buen servicio que dejar vos de haver merecido el beneficio; como quier que los hombres de gratitud devian ser como el campo abundoso que por un tanto dá

[1] En prosperidad ni adversidad jamas se conoció deste capitan turbamiento en dicho ni hecho.

muchos, y ansí el bien recevido con usura colmada devia ser restituido. » Era repugnador á los sobervios, y fuerte en el infortunio y blando en la buena fortuna, y firme en los casos súpitos. « El varon (decia él) no rehuye la tenencia de las cosas con temor le faltarán; de las quales con gozo goza poseyendo saver y virtud. » Fue esento en el governar de su gente, la compañía de las quales, continuando guerra hasta la acabar, no le pudo quitar el amor tierno que tenia á sus hijas y demasiado querer á su muger, hija de don Fadrique Manrique, de linage muy claro y antiguo : ca fue hijo del adelantado don Pero Manrique, gran señor que fue en estos reynos; cuyo estado era el que oy posee su visnieto el duque de Najara. E tornando á los hechos perfectos que este maravilloso capitan hizo, de que he dicho bien breve parte; digo que era tal varon que en ningun tiempo dió ocasion á aver queja de su causa; ca era tan grande su misericordia y mansedumbre y liberalidad que de aquella á todos comunicava, y recebia deletacion en la continuacion de la guerra y en ella era otro Eumenes [1]; y avia gasaiado quando su gente tomava hartura en el destruymiento de sus enemigos : assí que era tanta su fortaleza quanto se comprende de las cosas que con ella hizo, testigos de los quales son Granada, Nápoles y Ytalia, donde perpetuamente resplandecerá singular honor y gloria al nombre de España, mediante la industra valor y arte de cavallería de su Gran Capitan : por el qual fueron renovadas y ensanchadas las fuerzas de las armas españolas en la Ytalia, tomando él la mejor suerte de los peligros por ásperos que fuessen [2], y la mayor parte de la hambre y sed quando se ofrecia, junto con el trabajo del velar y trasnochar quando era necessario, estimando mas el cuidado del corazon que el cansancio del cuerpo; con mas continuo embiar mensageros, al despacho de los quales notava, escrevia, oya y proveia todo juntamente. Basta que como por la bondad y saber de Caton fue la mayor parte de España subjeta á los Romanos, bien por la virtud consejo y esfuerzo deste gran Castellano, los hechos de la Ytalia vinieron á sus manos.

Comparacion del Gran Capitan á Scipion.

Aquel hecho de Scipion honran bien alabando los escritores romanos, quando la anciana dueña de los rehenes de Hispania muger de Mandonio, que fue tomada en Cartagena, se echó á sus pies, suplicandole todas aquellas mugeres allí avidas fuessen encomendadas á buena guarda por el peligro de comunicar con la gente suelta les

[1] Cuenta Plutarco que tenia tan soberana cumbre en el oficio de la guerra este Filipo y Eumenes que ningun arte della se le encubrió y á solo él se le dava la ventaja del capitanear.

[2] Aquello que el Gran Capitan mandava hacer á sus gentes de peligro y trabajo él mismo era igual en trabajar y se aventurar con ellos : y no mejor parte tomava del mantenimiento que sus cavalleros y la otra gente : los quales no le llevavan ventaja en sofrir peligro sed ni hambre y frio y otro trabajo, qualquiera que fuesse.

sucederia : el qual Scipion, dice Tito Livio, las encargó á un hombre honrado, casto y muy virtuoso; mandandole que las guardasse como á propias madre y hijas; y el mismo Livio dice, que al Scipion aqui traxeron una tan bella doncella, avida en estas, que todas corrian á ver su beldad, y sabiendo ser esposa de Lucio, á aquel se la mandó restituir sin violencia. En muchas partes los historiadores dicen estas dos cosas por famosas, pues concedió el ruego de la Mandonia y no aceptó comunicacion con la Luceya; y los que esto cuentan dan mucho loor al mismo Scipion; y por cierto assí se deve dar, porque, como dice Valerio, son las mugeres y mas las hermosas y mozas peligrosas entre los hombres de injuria, etc. Pero no me parece de olvidar ni dar menos loor á este Gran Capitan, quando su hueste sobre Gaeta traxo; y ganado el monte de aquella y el arrabal entrado, viendo que las virgenes hijas del Anunciada [1] que allí están, que es un ayuntamiento de religion do se crian gran número de mozas hijas de padres no conocidos, y en aquella observancia están hasta que las casa la casa que moran; la qual por la gente entrada, ellas sin pensamiento de tan súpito peligro con aullidos y llantos huyen á los terrados y tejados para ser de allí antes despeñadas que forzadas : las quales tan dessemejadas tenian las caras con sus manos despedazadas, quanto requeria la tribulacion y deshonra que esperavan con cuerpos agenos afeadas. Ca á los mismos intentadores de la fuerza diminuye el placer del vencimiento presente el semblante dellas; que ansí de dia como de noche eran oydos sus clamores y cuitas; las quales con el espanto reprimian los gritos y con temor sospiravan que callando se fatigavan enternecidas de miedo. El Gran Capitan, que vió monton de mugeres angustiadas, y sabida la causa era mucha parte de su infantería querellas meter á saco de mal, como hacian á los bienes que allí hallaron, con todo ímpetu aparta la gente, y á ellas con diligencia socorre, diciendo ser antes dignas de ayuda que de injuria : y descendidas tal cobro les puso, que tan limpias en su convento quedaron como las hallaron : y forzado yr á proveer en lo que para el bien en que estava convenia, sostituyó para guarda destas á un cavallero de su casa con gente que guardasse aquellas, amonestandole : « Si vo de aquí, mayordomo, es porque dexo otro yo [2]. »

En Rubo de la marina que es en la Pulla do estaba mosior de la Paliza, capitan general del rey de Francia, y el teniente del duque de Saboya con muchos capitanes y gente francesa y saboyana, el Gran Capitan que esta ciudad por combate les ganó, todas las mugeres que en las yglesias halló, llenas de lágrimas y temor, fueron tan guardadas quanto convenia á la limpieza de no ser violadas; antes como supo que su gente militar las halagava con lengua y ma-

[1] Estas hijas del Anunciada son criaturas que se echan de noche á las puertas de las yglesias y monesterios.

[2] Afirman aquellos que bien á este mayordomo Martin de Tuesta conocieron, entrar tan virgen en la tierra como salió della.

nos para mal, aquello rezio castigó, y lo que les tomaron restituyó, y ellas puestas en libertad mandó dar abundancia de mantenimientos de que estavan en mengua: y ansí libres de aquel infortunio la mayor en edad y principal en dignidad de aquellas le dixo: « No sin causa, magnánimo señor, la natura os otorgó forma de cuerpo y gesto tal que resplandece mas á vuestro oficio y dignidad: y pues las gentes no bastan á dar tanto loor quanto merece vuestra gran memoria, plega á Dios otorgaros la gloria que de derecho todos deven á vuestra piadosa persona. » Ambos casos de estos capitanes fueron en honor de mugeres: pero sin ser rogado de la muger de Mandonio, este Gran Capitan movido á piedad socorrió y remedió á las barahundas que tenian las anunciadas, para se dexar caer de lo mas alto de su casa: ni sin le ofrecer la esposa de Luceyo, amansó los llantos y miedos que las de Rubo tenian: el qual acostumbrava antes que en la hueste se diesse señal de combate á aquella ciudad ó villa que tenian cercada, mandava pregonar las mugeres de aquella que en las yglesias y monesterios hallassen, con manos ni lengua no les tocassen: y desto no satisfecho, entrando por fuerza el tal lugar en persona las yva á amparar diciendo que con fé y beneficios y no con temor ni servidumbre avia de tener la gente assí obligada; amonestando á sus guerreros su fortaleza inclinassen á clemencia; el nombre del qual Gran Capitan bien como atemorizava á los mal fechores de Ytalia, assí á los pacíficos era amparo.

Cabo deste breve sumario.

Este tamaño bien me parece aver alcanzado mi trabajo contar estas pocas de las grandes y muchas cosas de la industria y fortaleza del Gran Capitan, dende su menor edad hasta que el alma volvió á quien se la dió, por ser dignas de ser sabidas. Ca por cierto si fueran en orden escritas y tambien enxeridas en el papel quanto él las supo hacer, materia de doctrina era á los presentes y exemplo á los que vernan; la qual obra, señor muy poderoso, pongo so el amparo de vuestra magestad, para que con él sea defendida de aquellos que en acusaciones se trabajan: que por cierto si á la comenzar [1] me atreví, mas fue por provecho de otros que por alabanza mia: ca assaz trabajo es (como dice Salustio) escrevir fechos agenos; pues la gloria mas en el hacer que en el decir está: verdad sea que mejor fuera cometello á Casio como hacia el Cévola [2], y

[1] Costumbre de los antiguos pintores griegos era que quando imágenes hacian al pie dellas no ponian: Protógenes ó Apeles me pintó, sino comenzó, ó pintaba, porque la falta que la tal obra oviesse, aquella fuesse atribuida á no ser acavada. Assí aquí el autor dice assí, la comencé; para que qualquiera otro que quiera pueda acavar lo mucho que della quede. Platon en una su epístola dice que las obras nunca se acavan.

[2] Quando á Cévola sabidor de derecho civil, dice Valerio, algo que de derecho pretorio que él no aprendió le preguntavan, remetialo á Fario ó Casio maestros de

no tomar oficio á mí no sabido porque contar cosas tan claras, avian de ser tambien puestas como fueron hechas y de mejor medida la desemboltura de mi lengua : el defecto de la qual causó ser lo escrito mendiguez, segun el loor dan á su fortaleza durable los que la esperimentaron : la qual y la figura del maestro que la dió, presente aviamos de tener como escrive Seneca á Lucillo hablando en lo semejante : pues no para él solo nació, mas para la salud de la cosa pública de España, mediante la gran gloria que sus hechos le han dado, que son tales y tantos que no hay abundancia de ingenio ni copia de escrevir que pueda contar la clara vida, resplandor de costumbres de este poderoso caudillo : del qual quanto mas se adelgazare el antigüedad de los tiempos, menos se callaran sus ilustres y maravillosos hechos, en especial quando vengan á manos que emienden la brevedad y baxeza con que aquí se han puesto. ¡O gran marques de Santillana! que el tiempo mas bien gastado (decia él) era aquel que se empleaba buscando las vidas de los valientes y sabios varones, y por tal nombro á vuestra magestad real para que sin desden con pluma sin dientes lo mande corregir; pues la sequedad de la mia no le supo majar ni menos tundir á paladar de apressurados decidores; cuyos ojos no sufren claro resplandor. Ante los quales protesto aquel vuestro favor que el Gayo Julio á su huesped en Milan dió al tiempo que en lugar de verdura pusieron espárragos en la mesa, que todos desdeñaron y el solo Cesar los comió; á fin que no fuesse avido por rústico aquel servidor. E bolviendo, señor y muy poderoso emperador, al propósito comenzado deste tan Gran Capitan, digo que dél las gentes dirán lo que el rey Massinisa decia por el Africano Scipion : que no solamente contar sus hechos, mas aun decir sus dichos no se hartava ni hartaran todos de oyr su vida, que si fuera tambien escrita como se le devia, pareciera no solamente delectable mas solene y muy utile y provechosa para que á la cabecera todos los de vuestros reynos la toviessen para materia á sus descendientes, como hacia Alexandre al libro de Omero. Pero yo, señor, escreví lo que mis fuerzas bastaron, no curando de los ligeros á reprehender y enmendar, y tardíos á hacer y ordenar; pues á la verdad ningun temor se deve juntar, en especial aquí do paga y salario de gran fama se le deve por los trabajos que passó en los peligros que sufrió : ca como quier que sus obras se oyen, de que no se leen acaece lo que quando en espejo miramos, que desviados dél, no tenemos memoria de la figura que vimos en él. Yo bien conozco, señor muy poderoso, que como los escritores que componen los hechos de los grandes varones con dichos mas de lo que en obras fueron, bien assí aquí todos dirán : mucho mas que lo escrito fue lo hecho; pues largamente en

aquella ciencia, no atreviéndosse á hablar en aquello en que él no hacia exercicio y por esso aquí el autor Pulgar dice que fuera mejor cometerlo á quien supiera como hacia el Cévola.

él moraron las quatro cosas que el orador excelente Marco Tulio pone que ha de tener el perfecto capitan; que son virtud, dar, sabiduría, y autoridad. E bolviendo á la razon do comencé, concluyo con que muy gran razon tuvo vuestra persona imperial de dessear ver y conocer al nombrado Gran Capitan.

Fue impresso este breve sumario de las Hazañas de este nombrado Gran Capitan en la insigne y muy leal ciudad de Sevilla par Jacobo Cromberger aleman. Año de mil y quinientos y veinte y siete, á diez y ocho del mes de enero.

APÉNDICE.

NUMERO 1°.

Real cédula del emperador Carlos V mandando al cabildo de la iglesia de Granada que dé cumplimiento á la concesion de asiento y sepultura hecha por los reyes católicos á Hernando del Pulgar.

Yo el Rey.

Venerable dean y cabildo de la iglesia de Granada, *sede vacante* : Ya sabeis los muchos y señalados servicios que Fernando del Pulgar, regidor de Loja, cuyo es el Salar, hizo á los católicos reyes mis abuelos, y señores, que hayan gloria, en la conquista deste reino, especialmente que seyendo esta dicha ciudad de Moros, en la plaza de Alhama hizo voto de entrar en ella á pegalle fuego, é á tomar posesion para iglesia de la mezquita mayor, y poniéndolo en obra vino con quince de caballo, dejando los nueve á la puerta; entró con los seis á la dicha mezquita, que es ahora iglesia mayor, é allí á la puerta puso una hacha de cera encendida, con otros autos, en señal de la dicha posesion; lo qual visto por los Moros, al rey y á ellos puso en escándalo, dolor y turbacion, segun mas largamente todo lo vereis, así por una carta firmada de los dichos católicos reyes, como en testimonio, y en una mi carta egecutoria, dada en favor de su libertad en esta mi real audiencia; é porque es cosa justa, é muy razonable á los que las semejantes cosas facen de les gratificar, y memorar, en tal manera, que otros viendo aquello, trabajen de hacer semejantes actos é hazañas : por ende, yo vos ruego, é encargo, que habiendo respeto á todo lo susodicho, hayais por bien de darle é señalarle una honrada sepultura en esa iglesia, pues fue el primero que tomó la posesion della; y así mismo le deis licencia y facultad para que perpetuamente él y despues uno de sus descendientes que su mayorazgo del Salar heredare, puedan entrar y entren en vuestro coro, no embargante la constitucion y ordenanza que teneis hecha para que en él, diciendo las horas, é divinos oficios, no entren otras personas, salvo comendadores, é las otras personas que teneis señaladas, que demas de la justa causa que hay para que así lo hagais, yo recibiré en ello mucho placer é servicio. Fecha en el Alhambra desta ciudad de Granada á veinte y nueve dias del mes de setiembre de mil y quinientos veinte y seis años. Yo el Rey. Por mandado de su magestad : Francisco de los Cobos.

(*Archivo del Salar.*)

NUMERO 2º.

Hernando del Pulgar, el cronista, y Hernando del Pulgar, el guerrero.

De Hernando del Pulgar, cronista de los reyes católicos, se tienen muy escasas noticias [1]; pero basta lo poco que de él se sabe, para que no sea fácil concebir como ha habido quien le equivoque con Hernando del Pulgar, el guerrero. Nació aquel á lo que parece, en un pueblecillo junto á Toledo, llamado *Pulgar*, del que, segun algunos, tomó el nombre (*Biblioteca Nova*, por don Nicolas Antonio) : sirvió al rey Enrique IV en importantes encargos; y entre ellos se dice que estuvo nombrado para ir á impetrar de Sixto IV la dispensacion necesaria, á fin de que se casase doña Juana, hija de aquel príncipe (llamada comunmente *la Beltraneja*), con don Alonso, rey de Portugal. (Así se infiere de una carta escrita por el rey don Fernando á su padre el rey don Juan de Aragon, su fecha 24 de marzo de 1473.)

Despues de la muerte de don Enrique, pasó Hernando del Pulgar al servicio de los reyes católicos, quienes le encomendaron (por los años de 1482) que escribiese la *Crónica* de su reinado, como en efecto lo hizo [2]; continuándola hasta el año de 1430, en que la dejó suspensa, sin que se sepa cosa alguna del autor, despues de aquella época, indicio harto probable de que falleció antes de la toma de Granada : deduciéndose de sus mismas *Letras* ó cartas, y especialmente de la primera, que era ya de edad avanzada cuando las escribia (desde el año de 1473 hasta el de 1483). El mismo Hernando del Pulgar, el cronista, habla del otro Pulgar en mas de un pasage de su obra, y alguna vez con señas bastantes para no dejar ni asomo de duda. « Vista esta division por un escudero que era de las guardas del rey é de la reyna, *alcayde de la fortaleza del Salar*, que estaba en aquella compañía, que se llamaba Hernan Perez del Pulgar, home de buen esfuerzo, etc. » (Crónica de los reyes católicos, cap. 111.)

A pesar de un testimonio tan claro, y de ser tan diversos uno y otro Pulgar, así en el lugar de su nacimiento, como en estirpe, en edad, en profesion, en la época de su muerte, en los escritos que dieron á luz, no han faltado autores que los confundiesen, juzgando que fueron una sola y única persona. Argote de Molina, por ejemplo, en el índice de los libros M. S. de que dice se valió para su historia (*Nobleza de la Andalucia*) pone equivocadamente : *Historia de los reyes católicos por Fernando del Pulgar, señor del Salar*. Con mas criterio y tino en este

[1] Véase el prólogo que precede á su Crónica, impresion de Valencia, año de 1780; como así mismo lo que acerca de su vida se dice en la edicion de sus Claros varones y de sus Letras hecha en la imprenta real, año de 1755.

[2] En el proemio del M. S. del doctor Galindez y Carvajal, del consejo de los reyes católicos, existente en la real academia de la Historia, se hallan algunas circunstancias muy curiosas acerca de este encargo y del modo poco acertado con que se desempeñó, hasta el punto de prorrumpir el mencionado Galindez en estas sentidas palabras : « A infelicidad grande por cierto de la nobleza de España se debe atribuir, siendo los tiempos felices y los actos notables que se repartieron por todos los linages y casas de España, segun la magnanimidad de tan grandes príncipes, que á todos amaban y de todos se servian y eran de todos servidos, haberles dado cronista tan escaso y estéril de dar á cada uno su talento, etc. »

punto, el historiador Bermudez de Pedraza distinguió á uno y á otro Pulgar, expresándose acerca de ellos de esta suerte: «En el ejército de los reyes católicos hubo dos de este nombre *Hernando del Pulgar*, y bien diversos en calidad y ejercicio: uno fue Fernando del Pulgar, criado y cronista de los reyes; escribió su vida y un libro de varones ilustres, y otro de cartas á diversos señores, llenas de sal y doctrina. El otro Fernando del Pulgar fue soldado, y tan valeroso por las armas, que desempeñó la nobleza de su sangre con la espada: hizo grandes hechos en la conquista de este reino, y uno de ellos refiere el emperador en la merced que le hizo en esta santa iglesia, cuyo tenor es como sigue: etc. (Pedraza, *Historia Eclesiástica de Granada*, cuarta parte, cap. 214.)

NUMERO 3º.

Confirmacion del repartimiento de bienes que se hizo á Fernando de Pulgar en la ciudad de Alhama y sus términos.

Don Fernando é doña Ysabel, etc. Por quanto vos Hernando del Pulgar nuestro contador de la ciudad de Alhama, nos ficisteys relacion, que don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, nuestro capitan de la ciudad de Alhama, en el tiempo que tubo cargo de la dicha ciudad como nuestro capitan, é despues don García de Padilla clavero de Calatrava nuestro capitan que es de la dicha ciudad, acatando quanto vos nos servisteis é aveis servido é servis de cada dia en la dicha ciudad por virtud de los poderes que de nos para ello tenian, vos dieron, é donaron ciertas casas é tierras, é otros heredamientos, segun mas largamente se contenia en las cartas que dello vos dieron, el tenor de las quales es este que se sigue.—Yo don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, señor de la villa de Mondejar, capitan general del rey é de la reyna nuestros señores en la ciudad de Alhama, é de su consejo. Por quanto la reyna nuestra señora, sabiendo que algunas personas se querian avecindar é se avecindan en esa dicha ciudad de Alhama é viendo quanto complidero era á servicio de nuestro señor é suyo, é á la guarda é defension desa dicha ciudad contra los Moros infieles de nuestra santa fé cathólica, envió mandar que havida informacion de las personas que quisiesen tomar é asentar en la dicha vecindad, tomasen dellos seguridad por registro de escrivano, que estará é permanecerá en la dicha ciudad é guarda todo el tiempo de la vecindad que sus altezas tienen mandado por sus cartas, á las personas que asi se avecindasen les repartiesen las casas é tierras é viñas, é huertas, é heredamientos, que en la dicha ciudad é en sus términos son, á cada uno segun quien es é merece; sobre lo qual su alteza me envió su carta de poder é comision é mandamiento, firmada de su nombre é sellada con su sello, su tenor de la qual dicha carta é mandamiento es este que se sigue. — Doña Ysabel por la gracia de Dios reyna de Castilla, de Leon, de Aragon, de Cecilia, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Cordova, de Corcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, condesa de Barcelona, é señora de Vizcaya, de Molina, duquesa de Atenas, é de Neopatria, condesa de Rusellon, é de Cerdania, marquesa de Oristan é de Goceano. A vos don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, del mi consejo, é mi capitan general de la ciudad de Alhama; salud é gracia, sepades: quel rey mi señor é yo avemos dado é

dimos ciertos nuestros poderes, asi á Diego de Merlo nuestro asistente que fue de Sevilla, é á Luis Portocarrero cuya es la villa de Palma, é á don Luis Osorio, nuestros capitanes generales que han seydo en la dicha ciudad de Alhama, para que ellos pudiesen repartir é repartiesen las casas, é heredamientos, é bienes de la dicha ciudad de Alhama para las personas que á ellos vien visto fuese de los que se quisiesen avecindar é avecindasen en la dicha ciudad de Alhama, tanto que guardasen la dicha vecindad, segun que esto é otras cosas mas largamente se contiene en los dichos nuestros poderes, é soy informada, que como quier que los dichos Diego de Merlo, é Luis Portocarrero é don Luis Osorio repartieron algunas de las casas é heredamientos para algunas personas, aquellos á quien asi fueron dados é repartidos, non han guardado ni guardan las dichas vecindades, é se han ido é van de la dicha ciudad; é porque á servicio de Dios é mio cumple que la dicha ciudad se pueble é aquellos que ovieren de tomar casas é heredamientos en ellas, hayan de guardar é guarden la dicha vecindad; é confiando de vos que sois tal que guardareis mi servicio, é bien é diligentemente hareis lo que por mí vos fuere encomendado; es mi merced de vos encomendar é cometer lo susodicho, porque vos mando que luego ayades vuestra informacion cerca de lo susodicho por quantas partes y maneras mejor é mas complidamente lo pudiesedes saber, é asi havida, todas las casas é heredamientos que halláredes que fueron dados por los dichos capitanes, ó por qualquier dellos á todas é qualesquier personas que no guardan ni mantienen la dicha vecindad, las torneis á repartir é repartais por los que con vos estan en la dicha ciudad, por las personas é segun que á vos bien visto fuere; é asi mismo vos doy licencia é poder é facultad para que podais repartir é repartais de nuevo las casas é heredamientos é bienes que en la dicha ciudad fallaredes, é aquellos que non estovieren repartidos fasta aqui por las personas que asimismo con vos estan en la dicha ciudad é se quisieren avecindar en ella, tanto que todo lo que asi diesedes é repartiesedes se entienda ser y sea con condicion que aquel ó aquellos á quien asi fueren dadas y repartidas, hayan de guardar é guarden la dicha vecindad, é en otra manera non gozen de las dichas casas é heredamientos mas de quanto la guardasen; é para que cerca de lo susodicho ó de qualquier cosa é parte dello, les podades dar é otorgar é celebrar qualesquier escrituras é donaciones é otros qualesquier vínculos é fuerzas é firmezas que á vos bien visto fuere, que asi como vos lo otorgaredes é dispusieredes en la manera que dicha es, asi lo apruevo y confirmo é ratifico, de lo qual mandé dar la presente firmada de mi nombre, é sellada con mi sello. Dada en la villa de Madrid á veinte dias del mes de hebrero año del nacimiento de nuestro señor Jesuchristo de mil é quatrocientos é ochenta é tres años. — Yo la Reyna. — Yo Hernan Dalvarez de Toledo secretario de nuestra señora la reyna la fice escrivir por su mandado. — E agora ante mi pareció Fernando del Pulgar, contador del rey é de la reyna, nuestros señores, en esta ciudad de Alhama, é me dixo que por mas servir á sus altezas era é es su voluntad é proposito é gana de avecindar é ser vecino en esta dicha ciudad por ende que me pedia é pidió que por virtud de la dicha carta de la reyna nuestra señora que suso va incorporada le dieseis é repartieseis casas en que morase, é de los otros heredamientos é bienes que toviese para en que viviese é se pudiese sostener, segun que habia servido á sus altezas, é yo veyendo quanto cumple al servicio de los dichos rey é reyna nuestros señores la dicha vecin-

dad del dicho Fernando del Pulgar contador suso dicho, óvelo por bien é tomé del seguridad que estará en la dicha ciudad y en el servicio della los quatro años que sus altezas mandan que esten los vecinos que en ella vivieren, ó lo que los dichos rey é reyna nuestros señores le manden, é en emienda é quivalencia de lo que ha servido é sirve, é quanto bien é lealmente é con mucho trabajo é á riesgo de su persona desde que está en la dicha ciudad, é viendo el recabdo que ha puesto é pone en la guarda é defensa della; por ende acatando lo suso dicho en nombre de los dichos rey é reyna nuestros señores por virtud del poder que de suso va incorporado, recivo al dicho contador Fernando del Pulgar por vecino é morador de esta dicha ciudad, é le do, é cedo, é traspaso, é fago gracia é merced é donacion de las casas en que agora posa con otras que estan junto con ellas en que agora posa Juan de la Sarcasa oficial, é Martin......... é para meter en estas dichas casas para servicio dellas las casas que son desde el horno de las Tinajas que es junto con San Miguel fasta el cavo de la calle, que está é posa en ellas Anton Rodrigez de Madrid, é ay en ellas unas vóvedas las quales dichas casas, é la otra parte del horno posa en ellas N... Carrion, é han por linderos las calles públicas de esta dicha ciudad que estan cerca á ellas, las quales casas pueda meter en las suyas como dicho es, é cercar la calle que va á San Miguel que va esta dicha calle por su casa para que queden encorporadas en una, ó como el dicho Fernando del Pulgar quisiere é por bien toviere, las quales casas é calles son en la collacion é perroquia de San Miguel; é otro si le do el molino derrivado ques encima de todos é el mas cercano de la puerta é barrera de Málaga con todas sus pertenencias asi las que le pertenecen en el rio como fuera del; é otrosi le do un forno de pan cocer con todas sus pertenencias, el qual dicho forno es cerca de la mancevia, é es en la parroquia, é otrosi le do el palomar y morales que estan á ojo de esta ciudad al arroyo al Rivavien á la mano derecha del camino que va á Granada; é otrosi le do mas ciento é cinqüenta yugadas de tierras de pan sembrar; cada una yugada de las fanegas de trigo é cebada que son en el Andalucia é campiñas é cortijos é labranzas dellas, dadas é repartidas é nombradas las dichas ciento é cinqüenta yugadas en los cortijos é tierras é vegas desta dicha ciudad é su tierra é termino, en esta manera. En la veguilla que es desde el meson derrivado fasta la puente de los baños el rio abaxo, desde el dicho meson é vadillo que está junto con el á la mano izquierda que van desa ciudad por el rio ayuso, que es todo á la parte donde está el dicho meson; una yugada en el cerro de fechon ques cerca del camino que va al campo de Dona el dicho fechon en medio, é al rededor del dos yugadas en el arroyo que va al dicho palomar é morales, dende la dicha ciudad en el dicho arroyo arriva de la una parte, é de la otra tomando el dicho arroyo en medio é comenzando desde lo alto hasta encima de las huertas que estan avaxo cerca del molino que oy muele: seis yugadas en el rio de esta dicha ciudad dende los baños avaxo comenzando desde los dichos baños el rio ayuso de la una parte é de la otra fasta llegar á Burrazas, treinta yugadas en la rivera del dicho rio con los heredamientos que son é entran en las dichas treinta yugadas en el cortijo que está cerca de la fuente é pilar que es en el camino de Loxa, con la dicha fuente é pilar é alamo que está con ello, ques cerca todo de media legua de la dicha ciudad poco mas ó menos el dicho cortijo á veinte yugadas, al derredor del; en la rivera del rio arriva pasado la hoz de la una parte é de la otra, tomando el dicho rio en medio, quince yugadas en

los heredamientos que son é entran en ellas, é el cortijo de Del con su torre é con lo que está en ella que es cerca del campo de Dona con quarenta yugadas, é si el dicho cortijo é tierras que estan junto con el, non oviere las dichas quarenta yugadas, las aya é tenga é tome en el dicho campo de Dona en lo mas cercano : al derredor della treinta y seis yugadas con las huertas é viñas é otros heredamientos que son é entran en las dichas treinta é seis yugadas, con unas casas quales vos quisieredes tomar en la dicha aldea é quinteria de Jeyena, asi que son complidas las dichas de tierras é pan sembrar cada una yugada de las fanegas de sembradura de la dicha Andalucia como dicho es, nombradas é repartidas é señaladas en los lugares é cortijos é vegas de suso nombradas é declaradas, é mas veinte aranzadas de viñas que son en termino de esta dicha ciudad, pasada la hoz á la mano derecha, como van desta ciudad, comenzando desde la dicha hoz fasta ser complidas las dichas veinte aranzadas de viñas, é mas un colmenar con su torre é sitio é huerta é termino, que está dicha hoz arriva camino de la sierra Tegeda, para que haviendo estado é servido en la dicha ciudad el tiempo que los dichos reyes nuestros señores de vos fueren servidos é vos mandaren, sean las dichas casas é sitios é horno é palomar é morales, é horno, é molino, é tierras, é cortijos, é viñas, é huertas, é colmenar, é todos los otros heredamientos que en todo lo suso dicho son ó entran, con todas sus entradas é salidas, sean del dicho Fernando del Pulgar é de sus herederos é subcesores para siempre jamas, é lo pueda vender é empeñar, é enagenar, é arrendar, é encensar, é trocar, é cambiar, é facer dello é en ello lo que quisiere é por bien toviere, de todo ó de parte dello, como de cosa suya propia que ha é tiene : é por esta carta le doy poder é facultad para lo entrar é tomar é poseer ello é parte dello é lo que dello quisiere é por bien toviere segun dicho es, é tomar la posesion dello quando por bien toviere sin otra mi carta ni mandamiento ni de otro juez ni alcalde, salvo solamente por su propia abtoridad, asi él como el que lo oviere de haver por él; para lo qual le doy poder segun é tan complido é aquel mismo que yo he é tengo de su alteza, é por esta carta pido por merced á qualesquier capitanes asi generales como ordinarios, é á qualesquier justicias é repartidores, é otras qualesquier personas que estovieren en esta dicha ciudad é vivieren é entendieren en lo susodicho, ó regidores ó jurados ó otras qualesquier personas de esta dicha ciudad como de fuera della, que tengan é amparen é defiendan al dicho contador Fernando del Pulgar en la tenencia é posesion é señorio de todo lo suso dicho, é le non sea quitado ello ni parte dello agora, nin el algun tiempo, nin por alguna manera so las penas contenidas en las cartas de sus altezas que sobre ello han mandado dar. En testimonio de lo qual di esta mi carta firmada de mi nombre é sellada con el sello de mis armas, é ruego é mando al escrivano é notario publico yuso escrito, que la escriva ó faga escrevir é ponga en ella su sino, que fue fecha en Alhama tres dias del mes de setiembre año del nascimiento de nuestro Señor Jesuchristo de mil é quatrocientos é ochenta é tres años. —Testigos que fueron presentes Rodrigo de Torres é Miguel Dansan capitanes del rey é de la reyna nuestros señores é al alcayde Diego de Cortinas, los quales fueron llamados é rogados al otorgamiento desta dicha carta de merced é gracia é donacion. — El conde don Yñigo. — Yo Gonzalo Fernandez del Colmenar escrivano de camara del rey nuestro señor é su escrivano é notario publico en la su corte é en todos los sus reynos é señorios é escrivano publico en la ciudad de Alhama, fuy presente á

todo lo suso dicho con los dichos testigos á dar esta dicha gracia é merced destos dichos bienes é heredamientos, de mandamiento del dicho señor conde que aqui firmó su nombre é mandó poner el sello de sus armas, e á pedimento del dicho Fernando del Pulgar esta carta de merced é donacion fise escrevir segun que ante mi pasó, é por ende fise aqui este mio signo á tal. En testimonio de verdad, Gonzalo Fernandez notario. — Yo don Garcia de Padilla clavero de la orden de Calatrava, capitan general del rey é de la reyna nuestros señores en esta ciudad de Alhama, por quanto sus altezas sabiendo que algunas personas se querian avecindar ó avian gana de avecindarse en esta dicha ciudad de Alhama, é viendo quanto complidero es á servicio de nuestro señor é suyo é á la buena guarda é defensa de ella, me embió mandar que oviese informacion de las personas que quisiesen tomar vecindad en la dicha ciudad é asentar en ella, que tomase dellos obligacion con juramento que estaran é moraran en la dicha ciudad, é guardaran el tiempo de la vecindad que sus altezas mandan por sus cartas que las personas que asi se avecindasen les partiese las casas é todos los otros bienes é tierras é viñas é huertas é otros heredamientos que en la dicha ciudad, é tierras é terminos que son á cada uno segun quien es é merece, acatando lo que han servido é sirven á los dichos rey é reyna nuestros señores en esta dicha ciudad, sobre lo qual sus altezas me mandaron dar una su carta de poder é comision é mandamiento, firmada de sus nombres y sellada con su sello, su tenor de la qual es este que se sigue. — Don Fernando é doña Ysabel por la gracia de Dios rey é reyna de Castilla, de Leon, de Aragon, de Cicilia, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Cordova, de Corcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarves, de Algecira, de Jibraltar, conde é condesa de Barcelona, é señores de Viscaya y de Molina, duques de Atenas é de Neopatria, duques de Rusellon é de Cerdania, marqueses de Oristan é de Goceano. A vos don Gutierre de Padilla clavero de la orden de Calatrava capitan general de la ciudad de Alhama, salud é gracia. Sepades que nos mandamos dar y dimos nuestro poder á don Yñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla del nuestro consejo é nuestro capitan general de la ciudad de Alhama, para quel pudiese repartir é repartiese las casas é heredamientos é bienes de la dicha ciudad de Alhama por las personas que á el bien visto fuese de los que se quisiesen avecindar é avecindasen en la dicha ciudad, tanto que guardasen la vecindad, segun que esto, é otras cosas mas largamente se contienen en el dicho poder, é porque podria acaecer, que como quier que el dicho conde aya repartido algunas de las dichas casas ó heredamientos para algunas personas é aquellos á quien asi fueron dadas non guarden la dicha vecindad é se partieren de la dicha ciudad, é porque á servicio de nuestro señor é nuestro cumple que la dicha ciudad se pueble é aquellos que oviesen de tener casas é heredamientos en ella ayan de guardar é guarden la dicha vecindad, é confiando de vos que soys tal persona que guardaredes nuestro servicio, é bien é diligentemente fareis lo que por nos vos fuere encomendado é mandado, es nuestra merced de vos encomendar é cometer lo suso dicho, porque vos mandamos que luego ayais vuestra informacion cerca de lo suso dicho por quantas partes é maneras mejor é mas complidamente pudieredes, é asi avidas, todas las casas é heredamientos que fueron dadas por el dicho conde á todos é qualesquier personas que non quieren nin mantienen la dicha vecindad, las torneis á repartir y repartais por los que con vos estan en la dicha ciudad por las personas é

segun que á vos bien visto fuere, é asi mismo vos damos licencia é poder é facultad para que podais repartir é repartais de nuevo las casas é heredamientos é bienes que en la dicha ciudad fallaredes é aquellos que non estuvieren repartidos fasta aqui por las personas que mismo con vos estan en la dicha ciudad é se quisieren avecindar en ella, tanto que todos los que asi dieredes y repartieredes se entienda ser y sea con condicion que aquel ó aquellos á quienes asi fueren dadas é repartidas, ayan de guardar é guarden la dicha vecindad, ó en otra manera no gozen de las dichas casas é heredamientos mas de quanto la guardaren; é para que cerca de lo suso dicho ó de qualquier parte dello, les podades dar é otorgar é celebrar qualesquier escrituras de donaciones é otras qualesquier, é con los vinculos é fuerzas é firmezas que á vos bien visto fuere: que asi como vos lo otorgaredes é dispusieredes en la manera que dicha es, asi lo aprovamos é confirmamos é ratificamos, de lo qual mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres é sellada con nuestro sello. Dada en la ciudad de Tarazona veinte é ocho dias de enero año del nacimiento de nuestro Señor Jesuchristo de mil é quatrocientos é ochenta é quatro años. E de aquellos á quien dieredes é repartieredes las dichas casas é heredades recibais dellos obligaciones con juramento que guardaran las dichas vecindades por termino de diez años. — Yo el Rey. — Yo la Reyna. — Yo Francisco de Madrid secretario del rey é de la reyna nuestros señores la fise escrivir por su mandado. — Acordada: Joannes doctor. — Registrada: Joannes doctor. — Pedro de Malvenda canciller. — E agora ante mi pareció Fernando de Pulgar, contador de los dichos rey é reyna nuestros señores en esta dicha ciudad, é me dixo que por mas servir á sus altezas era su voluntad y propósito y gana de se avecindar é ser vecino en esta dicha ciudad de Alhama por ende que me pedia é pidió, que por virtud de la dicha carta del rey é de la reyna nuestros señores que de suso va incorporada le señalase é nombrase é diese é repartiese casas en que morase: é de los otros heredamientos é bienes que toviese para en que viviese é se pudiese sostener segun que havia servido á sus altezas; é yo viendo quanto cumple á servicio de los dichos rey é reyna nuestros señores la dicha vecindad del dicho Fernando de Pulgar en esta dicha ciudad, tovelo por bien é tomé del seguridad que estará en la dicha ciudad e vecindad della los diez años que sus altezas mandan por la dicha su carta: los quales cumplidos pudiese é pueda gozar de lo que ansi se le reparte é face merced é gracia é donacion, por sus altezas é yo en su nombre é en emienda é equivalencia de lo que ha servido é sirve dende que en la dicha ciudad está, que es dende veinte é seis dias del mes de agosto del año que pasó de mil é quatrocientos é ochenta é dos años, que quedó con el señor don Luis Osorio obispo de Jaen, por contador de sus altezas en esta dicha ciudad, de lo qual ove informacion é de quanto bien é lealmente é con mucho trabajo de su persona havia servido é sirve en ella dende el dicho dia fasta oy de la fecha de esta mi carta: por ende acatando lo suso dicho en nombre de los dichos rey é reyna nuestros señores é por virtud del poder que para ello tengo, recivo al dicho contador Fernando de Pulgar por vecino é morador de esta dicha ciudad, é le do é nombro é reparto é señalo las casas en que agora posa con otras que estan junto con ellas, en que posa el comendador Rodrigo Flores, é para meter en las dichas casas para servicio dellas las casas que son desde el forno de las Tinajas que es junto con San Miguel, fasta en cavo de la calle ques enfrente de la casa donde posa Anton Paz é lindan con unas vobedas donde está el trigo del

Bastimento, que es enfrente de la posada donde agora mora Diego de Jaen contador del señor maestre de Calatrava, las quales dichas casas han por linderos todas quatro para quatro calles publicas desta dicha ciudad : las quales dichas casas pueda meter si quisiere en las suyas é cerrar la calle que va á San Miguel é va para su casa, ó como el dicho Fernando de Pulgar quisiere é por bien toviere, las quales dichas casas son en la collacion é parroquia de San Miguel. E otrosi le do el molino derribado que es encima de todos é el mas cerca de la puerta é barrera de Málaga con todas sus pertinencias, asi las que pertenescian en el rio como fuera del. E otrosi le do un forno de poya de pan cocer con todas sus pertenencias, el qual dicho forno está agora cerrado é no arde, é es cerca donde agora está la mancevia, y es en la dicha collacion é parroquia de San Miguel á la yglesia de Santa Cruz. E otrosi le do mas ciento é cinqüenta uvadas de tierra de sembradura de pan levar cada una uvada de las fanegas de sembradura que son en el Andalucia é campiñas della, dadas é nombradas é repartidas en los logares é vegas de esta dicha ciudad é su tierra é termino en esta manera : en la veguilla que es desde el meson derribado al badillo de abaxo con el dicho meson fasta la puerta de los baños el rio abaxo. Una uvada en el cerro de Hachon que es cerca del camino que va al campo de Dona, el dicho hachon en medio, al derredor dél dos uvadas en el arroyo que va al palomar é morales desde la dicha ciudad en el dicho arroyo arriva de la una parte, é de la otra tomando el dicho arroyo en medio é comenzando dende las huertas que están al cabo de la dicha ciudad, seis uvadas en el rio de esta dicha ciudad dende los baños abaxo comenzando desde los dichos baños el rio ayuso de la una parte, é de la otra treinta uvadas en la rivera del dicho rio con los heredamientos que son é entran en las dichas treinta uvadas. E otrosi el cortijo que está cerca de la fuente é pilar que es en el camino de Loxa que es cerca de media legua de la dicha ciudad poco mas ó menos con veinte uvadas de tierra á derredor del dicho cortijo en la rivera del rio arriva passadas las peñas de la hoz de la una parte, é de la otra tomando el dicho rio en medio quince uvadas con los heredamientos que son é entran en ellos. E otrosi el cortijo de Del con su torre que es cerca del campo de Dona con quarenta uvadas de tierra, é si en el dicho cortijo é tierras que estan junto con el no oviere las dichas quarenta uvadas, las haya é tenga en el dicho campo de Dona en lo mas cercano al dicho cortijo. E otrosi en el Aldea de Jeyena en lo mas cercano alderredor della treinta é seis uvadas con las huertas é viñas é otros heredamientos que son é entran en las dichas treinta é seis uvadas, asi que son complidas las dichas ciento é cinqüenta uvadas de tierra de pan sembrar, é nombradas é dadas é repartidas é señaladas en los logares é vegas de suso nombradas é declaradas. E mas veinte aranzadas de viñas que son en termino desta dicha ciudad pasada la hoz á la mano derecha como van de esta ciudad, comenzando desde la dicha hoz fasta ser cumplidas las dichas veinte aranzadas de viñas; é mas un colmenar con su corral é sitio é huerta é término que está en la dicha hoz arriva, camino de la Sierra Tejada, para que haviendo estado é servido en la dicha ciudad de Alhama el tiempo de los dichos diez años que los dichos rey e reyna nuestros señores mandan, sean las dichas casas é meson é horno é molino é tierras é cortijos é viñas é huertas é colmenar, é todos los otros heredamientos que en ellos son é entran con todas sus entradas é salidas sean del dicho

contador Fernando de Pulgar é de sus herederos é subcesores para siempre jamas, é lo pueda vender é empeñar é enagenar é arrendar é encensar é hacer dello é en ello lo que quisiere é por bien toviere de todo é parte dello como de cosa propia suya que la ha é tiene; é por esta carta le doy poder é facultad para entrar é tomar é poseer ello ó parte dello ó lo que dello quisiere é por bien toviere todo ó parte dello como de cosa propia suya que la ha é tiene. E por esta carta le doy poder é facultad para lo entrar é tomar segun dicho es, sin otra mi carta é mandamiento nin de otro juez nin alcalde, salvo propiamente por su propia autoridad, asi él como el que lo oviere de haver ó heredar por él; que este mismo poder que yo he é tengo de sus altezas, otro tal é tan complido é ese mismo le do cedo é traspaso segun é por la forma é manera que lo yo tengo de sus altezas; é por esta presente carta pido por merced á qualesquier capitanes asi generales como ordinarios, é á qualesquier justicias é repartidores é otras qualesquier personas que estovieren é estan en dicha ciudad ó vinieren á entender en lo suso dicho, ó regidores ó otras cualesquier personas así de esta dicha ciudad como fuera della, que tengan é amparen é defiendan al dicho Fernando de Pulgar en la tenencia é posesion é señorio de las dichas casas é molino é forno é meson é tierras é viñas é colmenar é cortijos é en los otros heredamientos á ello anexos é pertenecientes: é le non sea quitado ello ni parte dello agora ni en ningun tiempo ni por alguna manera haviendo servido, como dicho es, el dicho tiempo de los dichos diez años só las penas contenidas en las cartas de sus altezas que sobre ello mandaron dar: en testimonio de lo qual le dí esta mi carta de donacion é vecindad é repartimiento, firmada de mi nombre é sellada con el sello de mis armas; é ruego é mando al escrivano é notario público yuso escrito, que lo escriva ó faga escrivir, é pusiese en ella su signo. En testimonio de verdad. Que fue fecho en Alhama á once dias de enero año del nacimiento de nuestro Señor Jesuchristo de mil é quatrocientos é ochenta e seis años. — Testigos que fueron presentes á todo lo que dicho es, los señores Pedro Lopez de Padilla é Pedro Quijada é don Cárlos. E yo Anton de Leon escrivano de cámara del rey é de la reyna nuestros señores, é escrivano público en la ciudad de Alhama presente fuy en uno con los dichos testigos al tiempo quel señor clavero de Calatrava fiso merced á Fernando de Pulgar contador en la dicha ciudad por sus altezas de todas las cosas sobre dichas segun que en esta carta se fase mencion. E de pedimento del dicho Fernando de Pulgar esta dicha carta de merced fise escrivir segun que ante mí pasó, é por ende fise aquí este mio signo. — En testimonio Anton de Leon notario. — E agora vos el dicho Fernando de Pulgar nuestro contador nos suplicasteis é pedisteis por merced que por que vos recelais é temeis que la dicha merced é donacion que los dichos conde de Tendilla, é clavero de Calatrava por virtud de las dichas nuestras cartas de poderes vos fisieron, no vos seria guardada é por que sean mas sanas é ciertas para siempre jamas, nos suplicasteis é pedisteis por merced que vos ficiesemos merced de las dichas tierras, é casas, é forno, é meson, é molino, é palomar, é morales, é huerta, é colmenar, é viñas, é de todos los otros heredamientos suso contenidos é declarados. E nos acatando á los muchos é buenos é señalados, é continos servicios que vos el dicho nuestro Fernando de Pulgar nos haveis fecho é faceis de cada dia, asi estando continuo en la guarda é defensa de la dicha ciudad de Alhama, dende veinte é seis dias de agosto del año que pasó de mil é quatrocientos é ochenta é dos años que yo el rey vos mandé

recevir por mio, é vos mandé que quedasedes por mi contador de la dicha ciudad con don Luis Osorio obispo de Jaen, donde haveis estado é residido fasta oy, asi guardando la dicha ciudad, é faciendola reparar é labrar los muros é cercas della, é teniendo cargo de la contaduría de la gente de armas que ha estado é está en la dicha ciudad, é del repartimiento de los bastimentos della, en tiempo que fueron nuestros capitanes de la dicha ciudad, los dichos obispo de Jaen, é conde de Tendilla, de lo qual haveis dado á nos é á los nuestros contadores mayores muy buena cuenta é razon de todo ello, é nos haveis en ello mucho servido; é así mismo poniendo vuestra persona á mucho arresto é peligro, entrando é saliendo por nuestro mandado muchas veces á la dicha ciudad de Alhama por tierra de los Moros enemigos de nuestra santa fee cathólica, é veniendo á nuestra corte á nos facer saber las cosas de la dicha ciudad, é de las fronteras, é otras cosas de que havemos sehido mucho servidos de vos, de que haveis gastado mucho de lo vuestro; por lo qual todo soys digno de mucha remuneracion; é en alguna emienda é remuneracion de los dichos vuestros servicios, é por que quede memoria de vos é de los que de vos vinieren, é tengais é tengan con que mejor nos servir, é por que otros tomen exemplo para nos servir de aquí adelante; tovimos é tenémoslo por bien, é por la presente vos confirmamos é aprobamos é havemos por buena la dicha donacion que así los dichos conde, é clavero, é la que cada uno dellos vos fisieron de las casas en que agora posais con otras que estan junto con ellas, en que posa el comendador Rodrigo Flores, é para meter en estas dichas casas para servicio dellas las casas que son dende el forno de las Tinajas que es junto con San Miguel fasta en cavo de la calle é posa en ellas Carnicero, é hay á una parte dellas unas vóbedas, é á la otra parte del dicho forno posa en frente Anton Pan; é agora las quales dichas casas podais meter en las vuestras, como dicho es, é cerrar la calle que vá por vuestra casa á San Miguel para que queden encorporadas en una ó como vos quisieredes, é aprovecharos de la dicha calle é sea vuestra é quede encorporada con las dichas casas, lo qual todo es en la perroquia é collacion de San Miguel; é del molino derribado que es encima de todos é el mas cercano de la puerta é barrera de Málaga con todas sus pertenencias así las del rio como fuera del; é del forno del pan cocer el qual no anda agora, é es cerca de la mancevia en la dicha perroquia de San Miguel; é el palomar é morales que está á orro de la dicha ciudad el arroyo arriva que viene á dar cerca del molino que oy muele á la mano derecha del camino, que vá á Granada, é ciento é cinqüenta uvadas de tierras de pan senbrar cada una uvada é yunta dellas de las fanegas de trigo é cevada de sembradura que son en el Andalucía, é campiñas é vegas é cortijos é labranzas della repartidas en esta manera. En la veguilla que es junto con el meson derribado é con el dicho meson fasta la puente deste cavo de los baños el rio abaxo, que es á la mano izquierda del dicho rio como van de esta ciudad: una uvada en el cerro del Hachon que es cerca del camino que va al campo de Dona, el dicho Hachon en medio, al derredor del: dos uvadas en el arroyo que va al dicho palomar é morales desde la dicha ciudad, el dicho arroyo arriva de la una parte, é de la otra tomando el dicho arroyo en medio, é comenzando dende lo alto hasta encima de las huertas que estan abaxo cerca del dicho molino que oy muele: seis uvadas en el rio de esta dicha ciudad desde los baños abaxo comenzando desde los dichos baños el rio ayuso de la una parte, é de la otra fasta llegar á Burrazas; treinta uva-

das en el cortijo que está cerca de la fuente é pilar que es en el camino de Loxa con la dicha fuente é pilar é alamo que está con ella, que es cerca todo de media legua de la dicha ciudad poco mas ó menos el dicho cortijo; é veinte uvadas al derredor del en la rivera el rio arriva pasada la hoz de la una parte, é de la otra tomando el dicho rio en medio; é quince uvadas con los heredamientos que son é entran en ellas; é en el cortijo de Del con su torre é lo que está con ella que es cerca del campo de Dona, quarenta uvadas; é si en el dicho cortijo é tierras que estan junto con él non oviere las dichas quarenta uvadas, las haya é tenga é tome en el dicho campo de Dona en lo mas cercano al dicho cortijo, é en el aldea de Jeyena en lo mas cercano al derredor della treinta é seis uvadas con las huertas é viñas é otros heredamientos que son é entran en las dichas treinta é seis uvadas, con unas casas quales quisieredes tomar en la dicha aldea é quintería de Jeyena, así que son complidas las dichas ciento é cinqüenta uvadas de tierras de pan sembrar cada una de las fanegas de sembradura de la dicha Andalucía, como dicho es, nombradas é dadas é repartidas é señaladas en los logares é cortijos de suso nombrados é declarados; é mas veinte aranzadas de viñas, pasada la dicha hoz á la mano derecha como van desta ciudad, comenzando dende la dicha hoz fasta ser complidas las dichas veinte aranzadas de viñas, é mas un colmenar con su toril é sitio é huerta é término que está en la dicha hoz arriva camino de la sierra Tejada é de todas las otras cosas en las dichas cartas de los dichos conde, é clavero, é de lo en cada uno dellas suso contenido é declarado, lo qual todo es en la dicha ciudad de Alhama é su tierra é término é jurisdicion, é si necessario é complidero es para mas validacion de la dicha donacion, é para mayor seguridad vuestra, é para que vos mejor gozeis de la dicha merced é gracia, é para que vos sea mejor guardada, por la presente vos facemos nueva merced de todo lo suso dicho, é de cada cosa é parte dello, é de todo lo en esta carta contenido, para que sea de vos el dicho Fernando de Pulgar é de vuestros herederos é subcesores para agora é para siempre jamas, para que sea todo ello vuestro é de los dichos vuestros herederos é subcesores, con facultad que vos damos que desde agora, é quando vos ó ellos quisieredes, lo podais vender dar é donar, trocar é cambiar, encensar, arrendar, enagenar, abrir é cerrar todo ó parte dello, é facer dello é en ello como de cosa vuestra propia libre é quita é desembargada, é los dichos vuestros herederos despues de vos, ó el que lo oviere de aver de vos ó dellos, aunque no vivais ni moreis, residais nin ayais morado ni residido vos ó el que lo oviere de haver por vos en la dicha ciudad de Alhama los quatro años é diez años que son obligados de vivir los vecinos é moradores nella; é si caso será que por inadvertencia ó en otra qualquier manera las dichas casas, é tierras, é viñas, é horno, é meson é colmena, é palomar, é morales, é molino, é cortijos, é huertas, é los otros heredamientos suso declarados, se han dado por vecindad ó en otra qualquier manera á alguna ó algunas personas, queremos, é es nuestra merced que les sean señalados é dados en otra parte é que gozen de lo que asi se les diere desde el dia que la tal persona se avecindó, é que á vos finque, é quede libre é desembargadamente todo lo suso dicho é cada cosa é parte dello sin contradicion alguna, para que desde agora ó quando vos el dicho Fernando de Pulgar quisieredes, ó los que de vos lo ovieren de haver é heredar, lo puedan labrar é reparar é facer dello é en ello todo aquello que vos quisieredes, ca nos, como dicho es, vos lo confir-

mamos é aprovamos todo, é vos facemos nueva merced dello para agora é para siempre jamás. E por esta nuestra carta vos damos é entregamos la posesion é casi posesion real actual de todo lo suso dicho é de cada cosa é parte de ello, aunque ende falledes qualquier resistencia, ó de parte della de fecho ó de derecho, porque nuestra merced é determinada voluntad es, que vos gozeis de esta dicha nuestra carta de merced, é de todo lo en ella contenido en todo é por todo segun que en ella se contiene; é mandamos al principe don Juan nuestro muy caro é muy amado fijo, é á los infantes, duques, condes, perlados, ricos omes, maestres de las órdenes, priores, comendadores é subcomendadores, alcaydes de los castillos é casas fuertes é llanas, é á todos los concejos, corregidores, asistentes, alcaldes, alguaciles, regidores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes vuenos de todas las ciudades é villas é lugares de los nuestros reynos é señoríos, que agora son ó serán de aquí adelante, é al dicho clavero nuestro capitan general que agora es de la dicha ciudad é á otro qualquier nuestro capitan ó capitanes, ó alcayde que fuere despues del, é al concejo, justicia, regidores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes buenos que agora son ó serán de la dicha ciudad de Alhama, que esta dicha nuestra carta de merced é todo lo en ella contenido é cada cosa é parte dello vos guarden é cumplan é fagan guardar é complir, en todo é por todo segun que en ella se contiene, é contra el tenor é forma della vos non vayan, ni pasen nin consientan yr ni pasar agora ni en algun tiempo nin por alguna manera, así á vos el dicho Fernando de Pulgar nuestro contador como á los dichos vuestro herederos é subcesores, é aquel ó aquellos que de vos ó dellos lo ovieren de haver é de heredar é comprar, non embargante que la dicha gracia é merced é donacion sea mas de lo que se dá á los que se han avecindado é avecindan en la dicha ciudad por quanto los servicios que nos haveis fecho son é merescen mas mercedes que todo lo suso dicho. E por esta nuestra carta mandamos al dicho nuestro capitan de la dicha ciudad, é personas é oficiales que son ó serán como dicho es, que vos den é fagan dar todo favor é ayuda para tomar é tener la posesion é casi posesion de todo ello, ca nos por la presente vos damos poder é facultad para que por vuestra propia autoridad podades tomar la posesion de todo lo suso dicho sin otra licencia ni mandamiento alguno, asi nuestro como de otra qualquier persona ó personas, nin jueces nin justicias, salvo solamente por virtud de esta nuestra carta ó de su traslado signado de escrivano público. E mandamos é defendemos que alguna nin algunas personas vos non vayan nin pasen, nin consientan yr nin pasar, agora nin en tiempo alguno, por alguna manera contra esta nuestra merced, nin contra cosa alguna, nin contra parte dello en ella contenido: é mandamos á qualquier repartidor ó repartidores ó otras qualesquier persona ó personas que han sido ó fueren á la dicha ciudad de Alhama por nuestro mandado ó en otra qualquier manera, que se non entremeta á repartir nin reparta, ni entren ni tomen nin fagan mal nin daño á las dichas casas é calle, viñas é tierras, é meson, é molino, é horno, é cortijo, é huertas, é palomar, é morales, é todas las otras cosas é cada una dellas en esta nuestra carta contenidas, nin cosa alguna, nin parte dello agora ni en tiempo alguno nin por alguna manera, salvo que lo dexen libre é desembargadamente á vos el dicho Fernando de Pulgar nuestro contador ó á el que lo oviere de haver por vos; é si para lo entrar é tomar é tener é poseer menester oviesedes favor é ayuda, por esta nuestra carta mandamos á los suso dichos clavero

nuestro capitan é capitanes, é oficiales é á todas las personas suso dichas é á cada uno é qualquier dellos que vos lo den é fagan dar así á vos como á los que lo ovieren de aver de vos. E mandamos á los nuestros contadores mayores que si vos el dicho Fernando de Pulgar quisieredes asentar en los nuestros libros el traslado de esta nuestra carta de merced, que la asienten, é vos la sobreescrivan, é vos den é vuelvan el original, é si non la quisieredes asentar que gozeis della é de todo lo en ella contenido bien así é tan complidamente como si fuese asentada en los dichos libros, é sobreescrita é librada de ellos é de sus lugares tenientes é oficiales. E los unos nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera so pena de la nuestra merced é de privacion de los oficios, é de confiscacion de los bienes de los que lo contrario fisieren para la nuestra cámara é fisco, é demas por qualquier ó qualesquier por quien fincare de lo así faser é cumplir, mandamos al ome que vos esta nuestra carta mostrare que los emplace que parezcan ante nos en la nuestra corte do quier que nos seamos del dia que los emplazare á quince dias primeros siguientes so la dicha pena, so la qual mandamos á qualquier escrivano público que para esto fuere llamado que dé ende al que la mostrare testimonio signado con su signo porque nos sepamos en como se cumple nuestro mandado. Dada en la villa de Alcalá de Henarez á diez é ocho dias de hebrero año del nascimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil é quatrocientos é ochenta é seis años. — Yo el Rey. — Yo la Reyna. — Yo Fernando Alvarez de Toledo secretario del rey é de la reyna la fice escrivir por su mandado. — Rodericus doctor. — Fernando Alvarez. (*Archivo de Simancas.*)

NUMERO 4º.

Real cédula de los reyes católicos concediendo á Hernan Perez del Pulgar trece caballerias de tierra de labor.

Don Fernando é doña Ysabel, etc. Por facer bien é merced á vos Fernando de Pulgar, nuestro criado é nuestro alcayde de la fortaleza de Salar, acatando los muchos y buenos y leales é continuos servicios que nos aveis fecho é fazeis de cada dia, especialmente en la guerra de los Moros enemigos de nuestra santa fee cathólica, é en alguna enmienda é remuneracion dellos, é asi mismo en enmienda é paga é satisfacion de cient mill maravedis que nos vos devemos é avemos á dar é pagar é ovistes de aver de la tenencia é fortaleza de la dicha Salar para vos é para la gente que en la dicha fortaleza aveis tenido, á los quales pagastes su sueldo, de lo qual mandamos que vos non sea tomada cuenta nin razon, por quanto nos somos ciertos que los pagastes; por ende por la presente vos fazemos merced é gracia é donacion pura é perfecta é legítima é non revocable, dada luego de presente, ques dicha entre vivos, para agora é para siempre jamas, de treze cavallerías de tierras de lavor en el término del dicho lugar del Salar, razonada cada cavallería á quarenta fanegas de pan de sembradura; que sea la mitad dellas de tierra de regadio é la otra mitad de tierras de sequero para que las dichas tierras sean vuestras para vos é para vuestros herederos é subcesores despues de vos, para aquel ó aquellos que de vos ó dello ovieren cabsa, para que lo podades todo ó qualquier cosa é parte dello vender, é empeñar, é dar, é donar, é trocar, é cambiar, é faser dello é en ello como de cosa vuestra propia vos ó el que de vos lo oviere de aver todo ó parte dello, sin condicion ni contradicion alguna; é es nuestra

merced que ayades las dichas treze cavallerías de tierras por mitad de riego é de sequero, como dicho es, señaladamente en el término é en los aojados del dicho Salar donde las vos mas quisiéredes aver é tener é nombrar é señalar. Y por esta nuestra carta mandamos á Diego de Yranzo comendador de Montizo é á Diego Fernandez de Ulloa veinte é quatros de la cibdad de Jahen é nuestros repartidores de la cibdad de Loxa, ó á qualquier dellos ó á otros qualquier ó qualesquier repartidores que fueren de la dicha cibdad, que luego vista esta nuestra carta sin otra luenga ni tardanza alguna, é sin nos mas requerir nin consultar sobre ello, é sin esperar otra nuestra carta nin mandamiento, ni segunda ni tercera jusion, vayan con vos el dicho Fernando de Pulgar ó á quien vuestro poder oviere al dicho lugar de Salar é á su término é por ante nuestro escribano de los repartimientos de la cibdad de Loxa é testigos que á ello esten presentes, vos midan é señalen é limiten é den é declaren é amojonen en el dicho lugar las dichas treze cavallerías de tierras de lavor, la mitad en tierras de riego y la otra mitad en tierras de sequero, razonadas á quarenta fanegas de sembradura cada una cavallería en la manera que dicho es; é asi medido é amojonado é señalado é declarado é dado por los dichos repartidores ó por qualquier dellos en la manera que dicha es, mandamos á los dichos nuestros repartidores que vos pongan en la posesion é tenencia real corporal pacífica vel casi de todo ello, la qual nos por esta dicha nuestra carta ó por su traslado signado de escribano público é por la tradicion que dello vos facemos desde agora para estonces, é desde entonces para agora, vos damos é entregamos la posesion de todo ello, é vos damos poder é facultad para que lo podades entrar é tomar y poseer por vuestro y como vuestro para siempre jamas; é continuar é defender la posesion dello é de qualquier cosa é parte dello en juicio ó fuera dél; é vos fasemos é constituimos procurador actor en vuestra cabsa propia, é renunciamos é cedemos é traspasamos del derecho, accion é recurso que á las dichas treze cavallerías de tierras tenemos, en vos el dicho Fernando de Pulgar y en los dichos vuestros herederos y subcesores despues de vos, é vos damos poder é facultad, segun dicho es, para que lo podades vender é empeñar é dar é donar é trocar é canviar é enajenar é faser dello y en ello como de cosa vuestra propia libre é comprada por vuestros propios dineros, non embargante que valgan agora ó en algun tiempo las dichas tierras de riego é de sequero mas de los maravedis por que vos las mandamos dar é damos, por quanto por los servicios que nos aveis fecho é fazeis es nuestra merced é voluntad de vos las dar en equivalencia dellos. E otrosi mandamos al príncipe don Juan nuestro muy caro é muy amado fijo, é á los infantes, perlados, duques, marqueses, condes, ricos omes, maestres de las órdenes, priores, comendadores é subcomendadores, alcaydes de los castillos é casas fuertes é llanas, é á los del nuestro consejo y oydores de la nuestra audiencia, alcaldes é otros jueces qualesquier de la nuestra casa é corte é chancillerías, é á todos los concejos, corregidores, asistentes, alcaldes, alguaciles, veinte é quatros, caballeros, regidores, jurados, escuderos, oficiales é omes buenos de las cibdades de Loxa é Alhama, como de todas las otras cibdades é villas y lugare s destos uestros reynos é señoríos, é á otras qũalesquier personas nuestros súbditos é naturales de qualquier estado ó condicion que sean á quien lo suso dicho atañe ó atañer puede en qualquier manera, é á cada uno é qualquier dellos, que emparen é defiendan á vos el dicho Fernando de Pulgar é á vuestros herederos é subcesores universales é singulares, ó aquel ó aquel-

llos que vos ó dellos ovieren causa, en la posesion de las dichas tierras é heredamientos en esta merced, é gracia é donacion que dello vos facemos, y vos guarden é cumplan é fagan guardar é cumplir agora, é de aqui adelante para siempre jamas, esta dicha nuestra carta é todo lo en ella contenido, é contra el tenor é forma della vos non vayan, nin pasen, nin consientan ir nin pasar en tiempo alguno nin por alguna manera: é si vos el dicho Fernando de Pulgar, ó los dichos vuestros herederos é subcesores ó qualquier de vos, ó agora ó en algun tiempo quisiéredes sacar nuestra carta de privilegio desa dicha nuestra carta de merced é donacion é venta, mandamos á los nuestros contadores mayores é al nuestro canciller é notarios, é á los otros nuestros oficiales que estan á la tabla de los nuestros sellos, que vos la den é fagan dar la mas firme é bastante que les pidiéredes y oviéredes menester, incorporando en la dicha nuestra carta de privilegio esta dicha nuestra carta de merced, é el acto signado del dicho escribano de la limitacion é declaracion é amojonamiento por los dichos repartidores ó por qualquier dellos vos fuese fecho de las dichas tierras é heredamientos del dicho logar é término é aojados del Salar. E otrosi mandamos á los dichos nuestros repartidores, que si algunas tierras ó heredamientos del dicho logar del Salar, é de su término, tienen señalada alguna ó algunas personas los vecinos de la dicha cibdad de Loxa para que las labrasen en los lugares donde vos aveis de nombrar las dichas treze cavallerías de tierras ó qualquier parte dellas, á las tales personas les den otra tanta parte de tierras en otra parte de la dicha cibdad como alli las oviere, señalando por manera que libremente vos puedan dar é repartir las dichas treze cavallerías de tierras, como dicho es, sin perturbacion nin contradicion alguna: é los unos nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera, sopena de la nuestra merced é de diez mill maravedis para la nuestra camara á cada uno que lo contrario fiziere: é demas mandamos é al ome, etc., emplazamiento llano. Dada en la cibdad de Córdova á doze dias del mes de mayo año del nascimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mill é quatrocientos é ochenta é nueve años. — Yo el Rey. — Yo la Reyna. — Yo Fernand Alvarez de Toledo, secretario del rey é de la reyna nuestros señores la fize escrivir por su mandado. (*Archivo de Simancas.*)

NUMERO 5°.

Albalá del rey y de la reyna concediendo á Pulgar en cada año setenta mil maravedis de tenencia del castillo del Salar.

El Rey y la Reyna.

Nuestros contadores mayores: Nos vos mandamos que asenteis este año venidero de noventa é un años, é dende en adelante en cada un año, á Fernando del Pulgar nuestro alcayde del Salar, setenta mil maravedis de tenencia con el dicho Salar, é librádgelos el dicho año venidero, é dende adelante en cada un año los dichos setenta mil maravedis por virtud del traslado de esta nuestra cédula; la qual vos mandamos que asenteis su traslado en los nuestros libros que vosotros tenedes, para que por virtud dél, le libreis los dichos maravedis, é volved el original al dicho Fernando del Pulgar; é non fagades ende al. Fecho á veinte é un dias de diciembre, año de mil é quatrocientos é noventa años. — Yo el Rey. — Yo la Reyna. — Por mandado del rey é de la reyna: Juan de Para. (*Archivo de Simancas.*)

NUMERO 6°.

Título de Castilla concedido á don Juan Fernando Perez del Pulgar, descendiente de Pulgar el de las hazañas.

A don Juan Fernando Perez del Pulgar Sandoval y Córdoba he hecho merced, en atencion á su calidad, méritos y servicios, propios y heredados, de título de Castilla para su persona y sucesores en su casa y mayorazgo. Tendráse entendido en la cámara, y darásele el despacho que se acostumbra.

En Madrid á 13 de marzo de 1680. — Al gobernador del consejo. — A la cámara. — Egecútese.

En la misma secretaría de la cámara existe otro documento, en que con fecha 9 de enero de 1681 se consultó á S. M. si se le habia exigido á Pulgar algun servicio por la concesion del título, y en qué términos, y si lo habia pagado, etc.

El ministro habiendo dado cuenta al rey, contestó que no habia reparo en despacharle el título correspondiente. (*Secretaría de la real cámara de Castilla.*)

NUMERO 7°.

De la entrada del Gran Capitan en Granada para tratar de las condiciones de la entrega.

El testimonio de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, compañero de armas y amigo del Gran Capitan, y la certeza con que afirma haber entrado este de secreto en Granada para concertar con Boabdil las condiciones de la entrega, bastaria por sí solo para desvanecer en este punto hasta la menor sombra de duda; pero es de advertir que este hecho descansa en otros testimonios firmes y valederos. Lucio Marinéo Sículo, autor contemporáneo, se expresa de esta suerte : « El rey Boabdil, que ya estaba resuelto á rendir la ciudad, poniéndose de acuerdo con algunos de los principales ciudadanos de Granada, que ya habian ofrecido en secreto su entrega á los reyes católicos para grangear su favor, envió con recato mensageros á los reales cristianos, suplicando al rey y á la reyna que le enviasen algun comisionado, para concertar con él las condiciones de la paz y del entrego. Oyeron de buen grado este mensage el rey y la reyna, y con los mismos comisionados de Boabdil enviaron á Granada á *Gonzalo Fernandez de Aguilar, muy conocido de los Moros de Granada, y que hablaba su lengua*, y á Fernando de Zafra, su secretario, á fin de que se enterasen y pusiesen despues en conocimiento de los reyes las condiciones que para la paz y la entrega Boabdil les ofrecia. Y habiendo conferenciado con él, volvieron con dos de sus consejeros á las estancias de los reyes católicos; les refirieron cuales eran las proposiciones y la mente de Boabdil; y tornaron otra vez á Granada para tratar con él. Yendo así y viniendo varias veces á la ciudad y á los reales, aun cuando permanecia oculto para todos lo que traian con aquellos mensages y recados, el buen éxito tan cumplido y tan deseado, satisfizo plenamente nuestros votos y los de todos los cristianos. » (Lucio Marinéo Sículo, *de Regibus catholicis*, fol. 118.)

El historiador Bermudez de Pedraza, que estudió con prolijo esmero todas las cosas concernientes á Granada, en cuya ciudad escribia, afirma

tambien la entrada del Gran Capitan en dicha ciudad con el objeto ya indicado: «Y porque las capitulaciones se habian de hacer en Granada y arrabales della, nombraron los reyes católicos á *Gonzalo Fernandez de Córdoba*, *que despues fue Gran Capitan*, para que asistiese á Fernando de Zafra, su mas confidente criado, y el mas antiguo en la casa real de Castilla..... Duró la conferencia y tratos hasta 25 de noviembre, dia de Santa Catalina mártir, que se firmaron las capitulaciones en el real de Santa Fé por los reyes católicos... Despues de firmadas las capitulaciones (dice) fue Fernando de Zafra á Granada, acompañado de *Gonzalo Fernandez de Córdoba*, su valenton, á firmarlas del rey Boabdil, y *con no pequeño peligro de su vida*, por la inconstancia y poca fé desta gente.» (*Historia eclesiástica de Granada*, tercera parte, cap. 45 y siguientes.)

Fray Jaime Bleda, en su *Crónica de los Moros de España*, se expresa de esta suerte: «Para asentar esta paz *hicieron muchos viages en secreto* del real á Granada y de Granada al real don Gonzalo Fernandez de Córdoba, que despues fue llamado el *Gran Capitan*, y el secretario Hernando de Zafra.» (Libro 5º, cap. 21.)

Resulta pues plenamente comprobado el hecho de haber entrado el Gran Capitan en Granada, contribuyendo en gran parte con su fama y autoridad y con el influjo que tenia en el ánimo de Boabdil, á acelerar la entrega de aquella ciudad y la completa libertad de España.

NUMERO 8º.

Testimonio de varios historiadores, que comprueban la hazaña de Pulgar en el campo del Zenete, *estando el rey católico en el sitio de Baza.*

Hernando del Pulgar, cronista de los reyes católicos, á pesar de su escasa aficion á mencionar hechos singulares y ensalzar á las personas que con ellos se honraron, refiere la hazaña del otro Pulgar con mucho espacio y detenimiento:

«Acaesció (dice) en aquellos dias que algunos mancebos fasta trecientos de caballo, é docientos peones de los que estaban en el real, con ánimo de ganar honra é haber provecho, se juntaron con don Antonio de la Cueva fijo del duque de Albuquerque, é con otro caballero que se llamaba Francisco de Bazan: informados de algunos adalides, que podrian facer presa en ciertas aldeas cercanas á la ciudad de Guadix, fueron á aquellas partes, é tomaron algunos ganados é prisioneros. E como venian con la presa, salieron contra ellos por mandado del rey moro que estaba en Guadix fasta seiscientos Moros á caballo é á pie para les defender la presa. Algunos de los christianos quando veyeron los Moros ser en mayor número que ellos, decian que debian dejar la cavalgada é salvar sus personas, pues lo podian facer buenamente: é que no debian pelear con los Moros, ansi porque estaban en tal lugar que la pelea seria á ventaja de los Moros, como porque ellos é sus caballos estaban cansados de dos noches é dos dias que habian andado trabajados por haber la presa que llevaban: é que se ponian en aventura de se perder, si esperasen la pelea con los Moros que salian de refresco. Los capitanes esforzaban la gente, é amonestábanles que volviesen é peleasen con los Moros, porque mayor seguridad habrian mostrando esfuerzo é peleando, que retrayendose para dar lugar á los enemigos que los siguiesen: especialmente por-

que en el alcance todos los peones que llevaban serian perdidos.

»Estas amonestaciones de los capitanes no esforzaban mucho á aquellas gentes, porque eran homes allegados de unas partes é de otras, é no eran de sus casas propias, ni les daban sueldo que les obligase á servir. Y estos tales usando de su libertad, no pensaban obedescer peleando, sino salvarse fuyendo. Otros algunos habia, que doliendose de como los peones christianos se perderian si los desamparasen, decian que debian facer rostro á los Moros, é pelear con ellos. E ansi estos como los capitanes amonestaban al alferez que volviese la bandera, é fuese con ella adelante contra los Moros que venian ya cerca. E porque habia entre ellos diversas voluntades, el alferez dubdaba de entrar en los Moros con la vander segun que lo mandaban los capitanes. Vista esta division por un escudero que era de las guardas del rey é de la reina, alcaide de la fortaleza del Salar, que venia en aquella compañía, que se llamaba Hernan Perez del Pulgar, home de buen esfuerzo, tomó una toca de lienzo é atóla en su lanza por via de enseña, é dixo á aquellos caballeros: «Señores ¿para qué tomamos armas en nuestras manos, si pensamos escapar con los pies desarmados? Pocas veces se ve vencido el buen esfuerzo. Hoy veremos quien es el home esforzado, é quien es el cobarde: el que quisiere pelear con los Moros, no le fallescerá bandera si quisiere seguir esta toca.» E diciendo estas palabras, volvió su caballo con aquella seña contra los Moros. E todos los caballeros como veyeron aquello, dellos movidos de su voluntad, dellos vencidos de vergüenza, siguieron aquella toca mirándola por bandera, y entraron en los Moros é pelearon con ellos. Los Moros, visto que los christianos mostraban esfuerzo para pelear, á los primeros encuentros se pusieron en fuida: é los christianos los siguieron, matando é firiendo, é captivando dellos, fasta bien cerca de la cibdad de Guadix. Fueron muertos aquel dia fasta quatrocientos Moros, que fueron despojados en el campo por los christianos. Habida esta victoria, vinieron en salvo para el real con la cavalgada que tomaron. El rey informado como habia pasado aquel fecho, armó caballero á aquel alcaide de Salar, é por memoria de su buen esfuerzo le dió licencia para traer por armas una lanza con una toca atada en el cabo della, que fue la bandera de aquel vencimiento, por memoria del buen esfuerzo que ovo aquel dia.» (*Crónica de los reyes católicos*, cap. 111, fol. 347, edicion de Valencia.)

Fray Jaime Bleda, de la orden de predicadores, escribió una *Crónica de los Moros de España;* y en ella se expresa de esta suerte: «Habiéndose puesto el cerco sobre la ciudad de Baza con tanto concierto, luego se rindieron los Moros de Canillas y Freyla, y los del castillo de Benzalema, dándose á partido sin esperar el suceso de Baza. Hubo diversas escaramuzas, y fueron tan reñidas, que alguna dellas fue formada batalla, y en ella se recibió mucho daño de entrambas partes, y los cercados perdieron la mayor y mejor parte de la caballería que les quedaba. En una de estas escaramuzas, *el alcaide Hernan Perez del Pulgar fue causa que se trabase la pelea, y saliendo los cristianos victoriosos, el rey le armó caballero.* » (*Crónica de los Moros de España*, lib. V, cap. 18.)

Otro religioso erudito, Fray Juan Benito Guardiola, escribió un *Tratado de la Nobleza y de los títulos y dictados que hoy dia tienen los varones claros y grandes de España*, el cual se imprimió en Madrid, á fines del siglo décimo sexto; y en el capítulo 36 de su obra refiere varias proezas de Pulgar, y entre ellas la siguiente: «Mató y prendió asimismo

catorce alcaides en un reencuentro y batalla que tuvo con ellos y con otros muchos Moros, *junto á Guadix*, y hizo otras muchas hazañas de perpetua fama merecedoras. »

En un libro escrito de mano y letra antigua que se titula : *Orígen y principio de linages de los principales é ilustres varones que florecieron en España en nobleza y grandeza*, cuyo M. S. se custodia en la librería del condestable de Castilla, se habla en el cap. 249 *del linage de los Pulgares ;* aludiéndose al escudo de armas que se concedió á Hernando del Pulgar por la victoria del *Zenete :* « Fernan Perez del Pulgar caballero de grande esfuerzo hizo cosas muy señaladas en la conquista del reyno de Granada, y los reyes católicos le hicieron señor del Salar y alcaide de allí, y otras muchas honras y mercedes en Granada, Alhama, Hayena y Loja, donde estan hoy sus sucesores. *Son sus armas un leon en pié con una bandera en campo azul* y *blanco*, *con once castillos al rededor.* »

« Hízole el señor rey católico merced (dice otro escritor, emparentado con la familia del Pulgar) de un nuevo escudo de armas, por su real cédula fecha en Baza, en 29 de diciembre de 1489, refrendada de Fernan Alvarez de Toledo. (Aquí inserta las palabras literales de dicho documento, en que se hace mérito de la victoria que alcanzó Pulgar en el campo del *Zenete.*) Prosigue esta cédula refiriendo otras distintas hazañas y proezas, y señala S. M. por blasones leon rapante en campo blanco, con una lanza en las manos, y por bandera en la punta de ella una toca blanca, echado un nudo, y por cintera de dicho escudo once castillos de *bre ser como quiere parecer.* » (*Historia de la casa de Herrasti.*)
oro en campo rojo, con un blason que le cerca y dice : *tal debe el hom-*

Hasta un literato extrangero, muy prendado de las glorias de España, y que habiendo permanecido recientemente algunos meses en Granada cobró mucha aficion á las cosas de aquella ciudad, ha mencionado en una de sus obras la hazaña de Hernando del Pulgar, sin olvidar la que en los campos de Guadix le grangeó tanto renombre. « En esto se acercaba el enemigo, y con la diversidad de voluntades iba creciendo la confusion. Unos como buenos caballeros querian batirse y esperar al enemigo : otros, que eran voluntarios y gente allegadiza, solo pensaban en asegurar sus personas huyendo. Para terminar la disputa, mandaron los capitanes al alferez que volviese la bandera, y fuese delante contra los Moros. El alferez se mostró indeciso, y la tropa iba ya á entregarse á una fuga desordenada. Entonces un escudero de la guardia del rey, que se llamaba Hernan Perez del Pulgar, y era alcaide de la fortaleza del Salar, se puso al frente de todos, y atando al extremo de su lanza un pañuelo por via de enseña, la levantó en alto, diciendo : *Caballeros, ¿ para que tomamos armas en las manos, si hacemos consistir la salud en la ligereza de nuestros pies ? Hoy se ha de ver quien es el hombre esforzado, y quien es el cobarde : el que se hallare con ánimo de pelear, no carecerá de bandera, si quisiese seguir esta toca.* Dicho esto y ondeando aquella bandera sobre su cabeza, volvió su caballo y arremetió á los Moros con denuedo. Este ejemplo animó á todos los caballeros, y movidos unos de su voluntad, y otros vencidos de la vergüenza, siguieron al valeroso Pulgar, y entraron con algazara en la pelea.

» Los Moros apenas tuvieron esfuerzo para resistir el primer encuentro. Arrebatados de un terror pánico, se pusieron en huida, y fueron perseguidos por los cristianos con mucha pérdida hasta cerca de Guadix. Tres-

cientos Moros quedaron tendidos en el campo, y fueron despojados por los vencedores; algunos cayeron prisioneros; y los caballeros cristianos, con su cabalgada y muchas acémilas cargadas de despojos, regresaron al real, donde entraron en triunfo llevando delante la bandera singular que los habia conducido á la victoria.

»El rey instruido de esta hazaña de Hernan Perez del Pulgar, le armó caballero, y en memoria de tan bizarro hecho le dió licencia para traer por armas una lanza con una toca, juntamente con un castillo y doce leones. Por esta y otras proezas semejantes fue muy distinguido el esforzado Pulgar en las guerras de Granada, y ganó tanta nombradía que vino á ser llamado el de las hazañas.»

NUMERO 9°.

Certificacion dada por Fernando de Zafra, secretario de los reyes católicos, en la cual se expresa el modo y forma que se tuvo para armar caballero de espuela dorada á Fernando del Pulgar, y por qué hazañas: el tenor de este documento es el siguiente.

Estando el muy alto y muy poderoso príncipe el rey nuestro señor en el real que tiene sobre la ciudad de Baza con muchos grandes caballeros de sus reynos, hoy dia de la fecha de esta certificacion é testimonio, que se cuentan diez y siete dias del mes de agosto, año del nacimiento de nuestro Señor Jesuchristo de 1489, en presencia de mí Fernando de Zafra, secretario de S. A., é testigos infrascriptos, pareció presente Fernando Perez del Pulgar, contínuo de su casa é su alcayde de la fortaleza del Salar, armado de todas armas, é don Antonio de la Cueva, é don Francisco Bazan sus padrinos: é dixo que él habia servido á S. A. en su real casa é en la conquista de este reyno en muchas ocasiones, é en sustener la fortaleza del Salar é últimamente ayer en el reencuentro que huvo con el caudillo de Guadix é alcaydes del Zenete, en el campo del dicho Zenete é de la ciudad de Guadix, donde porque la bandera no quiso volver á los Moros, tomó una toca de lienzo, é la puso en su lanza, é persuadió á algunos caballeros á que volviesen á los Moros que venian en su alcance, é que tuviesen aquella toca por bandera: é volviendo á ellos los desbarataron, prendieron y mataron muchos Moros, y entre ellos fueron presos y muertos los once alcaydes del Zenete. Por lo qual los christianos volvieron salvos y victoriosos al dicho real con su cavalgadura, é porque él era home fijodalgo de Solar conocido á fuer de España, é para mas se ennoblecer le suplicaba á S. A. fuese servido de armarle caballero, porque él fuese mas honrado, é él é sus hijos mas obligados á le servir. Lo qual oido por el rey nuestro señor, tomó informacion de los presentes de todo lo dicho, é falló ser cierto; é considerando que los servicios de los nobles son dignos de remuneracion, é que los del dicho Fernando Perez del Pulgar son tales que merece por ello mucho galardon, demandó una espada al capitan Diego de Agüero su criado, el qual se la dió fuera de la vaina, y S. A. la tomó en su mano, é dixo al dicho Fernando del Pulgar, dándole tres golpes con la espada en la cabeza: *Dios nuestro Señor é el apóstol Santiago vos fagan buen caballero; que yo vos armo caballero.* E mandó á don Diego Lopez Pacheco, duque de Escalona, le calzase las espuelas, y le calzó unas doradas, y dixo que mandaba y mandó se le diese al dicho Fernan Perez del Pulgar todas é qualquier albalaes que fuesen

necessarias, para que le fuesen guardadas todas las gracias, mercedes é franquezas, exenciones é prerogativas é inmunidades, é todas las otras cosas é cada una de ellas que se suelen guardar á todos los otros fijosdalgo, armados caballeros por S. A. E luego el dicho Fernan Perez del Pulgar besó su real mano por la merced que le habia fecho, y le suplicó le diese licencia para que en lugar de las armas de su linage pusiese otras, que denotasen este hecho: y S. A. asi lo mandó, y á mí el infrascripto secretario le diese certificacion é testimonio de ello para guarda de su derecho. E por tanto yo Fernando de Zafra, secretario de S. A., certifico todo lo suso dicho, que pasó en mi presencia, siendo testigos los muy magníficos señores don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, é don Diego Lopez Pacheco, duque de Escalona, é don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, é otros muchos grandes, é señores, é caballeros. Fecho en el real de sobre Baza el dicho dia, mes y año. Fernando de Zafra. (*Archivo de la casa del Salar.*)

NUMERO 10°.

Real cédula de S. M. el señor rey don Fernando firmada de su real mano y refrendada de Fernan Alvarez de Toledo, su fecha en Baza á 29 de diciembre de 1489, escrita en pergamino, pendientes las armas reales de filos de seda de colores, por la cual se hace merced al dicho Fernando Perez del Pulgar de cierto escudo de armas para sí y sus sucesores, por razon de cierta batalla que consiguió; y es como sigue:

Don Fernando, etc. Por quanto vos Fernando del Pulgar, continuo de mi casa y mi alcayde de la fortaleza del Salar, con celo de nuestra fee cathólica y deseo de mi servicio, vos habeis puesto á grandes trabajos y discrimines en muchas batallas y reencuentros habidos contra los Moros en la conquista que yo tengo contra el reino de Granada, y especialmente en una batalla que se hovo contra el caudillo de Guadix, é capitanes, é alcaydes del rey de Guadix é de su Zenete, en el campo de dicho Zenete que es cerca de la ciudad de Guadix, donde por vuestro buen esfuerzo y diligencia, no queriendo volver la bandera que las gentes que de este reino fueron llevaban, fecisteis vos bandera de una toca, é la pusisteis en vuestra lanza, é yendo con ella contra los dichos Moros, fue causa que se juntasen á ella algunos caballeros, é cobrasen esfuerzo para vencerlos, como fue vencida la dicha batalla, donde fueron muertos muchos de los dichos Moros, asi caballeros como peones; é otrosi en los trabajos é peligros continuos que habeis habido en la dicha guerra de los dichos Moros, estando en la fortaleza del Salar y en la defensa de la ciudad de Alhama, en las quales cosas se ha mostrado claro tener inclinacion natural á la disciplina militar, y ser hábil para la órden de caballería, é venir de tal sangre é linage, que teneis capacidad para relucir toda honra y dignidad. Lo qual por mí considerado, y en presencia de algunos grandes y caballeros de mis reinos, vos armé caballero, por ante Fernando de Zafra mi secretario en 17 del mes de agosto de este año de 1489, que fue un dia despues que acaeció la dicha batalla, en lo qual yo ove verdadera informacion de vuestro esfuerzo, y del peligro á que en ella vos pusisteis por me servir. Por donde quiero é es mi merced é mando que hayades é gocedes é vos sean guardadas todas las

honras é gracias, é mercedes, franquezas, libertades, esenciones, preeminencias, prerogativas, inmunidades, é todas las otras cosas é cada una de ellas, de que son é gozan é deben haber é gozar todos los otros caballeros é fijosdalgo de solar conocido de mis reinos; é por que de vuestros méritos é virtudes quede memoria de vos é dellos, é para que gocen de ellos vuestros descendientes, por la presente vos doy licencia é autoridad, para que podais traer é traigais de aqui á delante, vos é vuestros fijos é fijas é sucesores despues de vos, para siempre jamas, *un leon, é una toca por bandera, en una lanza é once castillos al dicho género* (como se ven estampadas en el dicho original en este lugar, donde prosigue) por armas; las quales es mi merced é voluntad que trayades en vuestro escudo en esta manera. Y mando al príncipe don Juan, mi muy caro y amado hijo, y á los infantes, duques, condes, marqueses, ricos homes, maestres de las órdenes, priores, y á los del mi consejo, y oydores de mi audiencia, notarios, justicias y oficiales de mi casa y corte, y chancillería, y á los comendadores y subcomendadores y alcaydes de los castillos y casas fuertes y llanas, y á todos los concejos, corregidores, asistentes, alcaldes, alguaciles, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y homes buenos de todas las ciudades, villas y lugares de mis reinos, y señorios, y á otras qualesquiera personas mis vasallos y súbditos y naturales, de qualquier estado, condicion ó preeminencia, ó dignidad que sean, y á cada uno de ellos, que os guarden y hagan guardar todas las dichas honras é preeminencias, é prerrogativas subsodichas, y segun y en la manera que son y deben ser guardadas á todos los caballeros y hijosdalgo de solar conocido de mis reinos y señorios, é que hayan las suso figuradas por armas vuestras, y de vuestros descendientes para siempre jamas, é que vos non pongan ni consientan poner en ello, ni en parte de ello embargo, ni contrario alguno, é los unos, ni los otros no fagades ni fagan ende al por alguna manera, sopena de la mi merced y privacion de los oficios y confiscacion de los bienes de los que lo contrario ficieren para la mi cámara y fisco. Y ademas mando al ome que les esta mi carta notificare, que les emplaze que parescan ante mi en la mi corte, do quier que yo sea de dia, que les emplazará quince dias primeros siguientes, baxo la dicha pena, baxo la qual mando á qualquier escribano público que para esto fuesse llamado, que dé al que la mostrase testimonio sellado con su sello, para que yo sepa como se cumple mi mandato, y de esto os mandé dar la presente, firmada de mi nombre, y sellada con mi sello. Dada en el real de sobre la ciudad de Baza, á 29 dias del mes de diciembre de 1489 años, año del nacimiento de nuestro Señor Jesuchristo. *Yo el Rey.* Yo Fernan Alvarez de Toledo, secretario del rey nuestro señor, la fise escribir por su mandado.

NUMERO 11°.

Historiadores que mencionan la parte que tuvo Pulgar en la defensa de Salobreña.

Ya se insertó en el cuerpo mismo de la obra lo que refirió acerca de este hecho el mismo Hernan Perez del Pulgar, que lo habia ejecutado; cuyo testimonio debe ser tanto menos sospechoso, cuanto calló su nombre, y publicó aquella hazaña cuando duraba reciente su memoria,

y probablemente cuando aun vivirian algunos de los que della habian sido testigos.

El otro Pulgar cronista de los reyes católicos refiere en sustancia el mismo hecho; y aunque se expresó en una nota copiada de la edicion que de su crónica se hizo en Valencia, año de 1780, que faltaba en el M. S. del Escorial la parte en que nombra expresamente á Hernan Perez del Pulgar, se halla no obstante íntegra en otros M. S. S. (como uno que he registrado en la biblioteca real) y en ediciones antiguas de la *Crónica de los reyes Católicos*, v. gr. la que se hizo en Zaragoza por los años de 1567.

Fr. Juan Benito Guardiola, aludiendo á los hechos de Pulgar, refiere entre ellos: « Este caballero descercó la villa de Salobreña, estando cercada del rey chico de Granada con gran número de Moros, y mató muchos dellos en la retirada. » (Cap. 36, fol. 98.)

Siguiendo las huellas de los antiguos historiadores, se expresa Washington Irving de esta suerte, hablando de la defensa de Salobreña: « La nueva de haber ido el rey moro sobre Salobreña cundió por la costa inspirando mil temores á los cristianos. Don Francisco Henriquez, tio del rey, que mandaba en Velez Málaga, convocó á los alcaides y caballeros de su jurisdiccion para que fuesen con él en socorro de aquella importante fortaleza. De los que acudieron á su llamamiento fue uno Hernan Perez del Pulgar el de las hazañas, el mismo que en una correría que hicieron los caballeros del real de Baza, se distinguió acaudillando á sus compañeros con un pañuelo por bandera. Habiendo reunido un corto número de gentes, se puso don Francisco en movimiento para Salobreña. La marcha no podia ser mas áspera y trabajosa, pues todo era subir y bajar cuestas, algunas de ellas muy agrias y precipitosas; y á veces guiaba el camino por la orilla de un precipicio, al pie del cual se veia espumear y agitarse con impotente furia el mar embravecido. Cuando llegó don Francisco con su gente al elevado promontorio que se extiende por un lado del valle de Salobreña, quedó confuso y triste, al ver acampado en derredor de la fortaleza un ejército moro de mucha fuerza. El pendon de la media luna ondeaba sobre las casas de la poblacion, y solo en la torre principal del castillo se veia una bandera cristiana.

» Viendo que no era posible con la poca fuerza que traia hacer impresion alguna en el campamento moro, ni menos socorrer el castillo, se colocó don Francisco con su tropa en una peña cercana al mar, donde no podia hacerles daño el enemigo; y elevando allí su estandarte, esforzaba á los cercados animándoles con la seguridad de ser en breve socorridos por el rey. Entretanto Hernan Perez del Pulgar, rondando un dia el campamento moro, observó en el castillo un postigo que daba al campo; y como siempre ardia en deseos de distinguirse con algun hecho brillante, determinó meterse por aquella entrada, y propuso á sus camaradas que le siguiesen. La proposicion era temeraria; pero tambien era temerario el valor de aquellos Españoles. Guiados por Pulgar rompieron estos valientes por una parte del real enemigo donde habia poca vigilancia, y llegaron peleando hasta el postigo de la fortaleza: al instante se les abrió la puerta, y antes que el ejército moro tuviese entera noticia de este arrojo, ya estaban dentro del castillo.

» Con este refuerzo cobró ánimo la guarnicion, y fue mas vigorosa su resistencia. Pero los Moros, sabiendo que habia escasez de agua en el castillo, se lisongeaban que la necesidad pondria muy pronto á los sitia-

dos en términos de rendirse. Para que perdiesen esta esperanza, mandó Pulgar que se les arrojase desde los adarves un cántaro de agua, y con ella una taza de plata, como en efecto se verificó.»

NUMERO 12°.

Acta del cabildo de la iglesia de Granada dando cumplimiento á la cédula del emperador Carlos V, sobre el privilegio de asiento y sepultura concedido á Hernan Perez del Pulgar.

Nos el dean y cabildo de la santa iglesia de Granada, generales administradores della y de todo su arzobispado, sede vacante, estando juntos en nuestro cabildo, como lo habemos de uso y costumbre, conviene á saber don Fernando de Carvajal, arcediano de Granada protonotario apostólico, y don Jorge de Torres, maestre escuela, protonotario apostólico; el doctor don Pedro Santaren, chantre, y el doctor don Francisco Cabezas, tesorero; y el licenciado don Gerónimo de Madrid, abad de Santa Fé, é Juan Cabezas y el bachiller Pedro de Villate; y el licenciado Estevan Nuñez y Pero Fernandez de Utiel; y el licenciado Francisco Muñoz; y el bachiller Francisco Velez, é Pero de Orduña, y Francisco de Mazuecos, canónigos todos capitulares de la dicha santa iglesia. Facemos saber á todos los que la presente vieren, asi á los que ahora son, como á los que seran de aqui adelante, para siempre jamas, á cada uno, y qualquiera de vos, que ante nos en el dicho nuestro cabildo pareció Fernan Perez del Pulgar, señor del Salar, é regidor de la ciudad de Loxa, é nos presentó una cédula del emperador é rey nuestro señor, firmada de su imperial nombre, y refrendada de Francisco de los Cobos su secretario, señalada de algunos de su muy alto consejo, el tenor de la qual de verbo ad verbum es este que sigue. (Aquí se inserta la cédula de 29 de setiembre de 1526 y despues continua.)

E en la dicha cédula estaban tres señales de firmas, la qual dicha cédula suso incorporada por el dicho Fernan Perez del Pulgar á nos presentada, leida y entendida, y con debida reverencia obedecida, é asimismo vistas las otras escrituras de que en ella S. M. face mencion, entre las quales está la dicha carta de los dichos cathólicos reyes don Fernando é doña Ysabel, que santa gloria hayan, que esta ciudad y reino conquistaron, y ganaron, firmada de sus nombres, fecha á trece de diciembre de mil y quatrocientos y noventa años, en la qual parece, que el dicho Fernan Perez, con ciertos escuderos en ella contenidos, entró á pegar fuego á esta ciudad, siendo de Moros, é á la mezquita mayor; é asimismo en la sentencia, é carta executoria que en esta real audiencia se dió á favor de su libertad, y hidalguia, vimos y leimos los dichos de los testigos, asi de los escuderos que con él entraron á hacer lo susodicho, como de otros christianos nuevos que á la sazon eran Moros, vecinos de la dicha ciudad, los quales en sus dichos, é deposiciones dicen el pesar, escándalo y alboroto que en ella ovo al tiempo que el dicho Fernan Perez del Pulgar llegó á la puerta de esta santa iglesia, que estaba alli donde ahora está fecho un arco, por el qual se entra de la capilla real de los dichos cathólicos reyes á esta dicha iglesia donde puso la dicha hacha de cera encendida, con un puñal clavada una carta, que decia como venia á tomar posesion de la dicha mezquita para iglesia, con otros autos que alli á la dicha puerta fizo, lo qual todo claro nos constó haber pasado

asi, é ser muy público y notorio en esta ciudad, y fuera, con mas haber fecho otras muchas, é grandes hazañas, é fechos notables, dignos de memoria, con gran peligro de su persona en la dicha guerra. Por ende, considerando todo lo susodicho, é conformándonos con la dicha cédula y mandamiento del dicho rey y emperador nuestro señor; y oida la peticion, y suplicacion á nos fecha por el dicho Fernan Perez, é nos pidió y suplicó, cumpliendo la cédula de S. M., ficiesemos gracia, é merced de le dar, y señalar en esta santa iglesia sepoltura para él, y para sus sucesores, é descendientes en aquel lugar, é sitio donde él con tanto peligro de su persona tomó la dicha posesion desta dicha santa iglesia, que es en el arco junto á la puerta que sale de la capilla real de los reyes cathólicos para entrar en el cuerpo desta santa iglesia, como venimos de la dicha capilla á la mano derecha, entre la dicha puerta y la sacristania que es en esta dicha santa iglesia, é que asimismo le diesemos autoridad é licencia para que él, y despues de sus dias su legítimo sucesor en su mayorazgo, para siempre jamas, pudiesen entrar en nuestro coro al tiempo que las horas, é oficios divinos en esta santa iglesia se dicen, no embargante el estatuto y ordenanza fecha, que ninguno pueda en él entrar si no fuere señor de salva, ó caballero de órden, y queriendonos en todo mostrar favorables á su peticion, por el merecimiento de sus virtuosas obras, y hazañas, dignas de ser alabadas, é para siempre memoradas, porque otros se inciten á hacer otras semejantes en servicio de Dios, é de sus reyes, y en ensalzamiento de nuestra santa fé cathólica; por la presente, de nuestra voluntad, para siempre jamas, en quanto podemos, y con derecho debemos, damos é señalamos al dicho Fernan Perez del Pulgar, para su sepoltura, é de sus herederos, é sucesores, para siempre jamas, el dicho sitio de entre la puerta de la dicha capilla real, y la sacristania desta santa iglesia, con la pared que el dicho sitio tiene, para que en ello faga capilla, ó sepoltura, ó lo que á él bien visto fuera, la qual dicha donacion del dicho sitio le facemos, como dicho es, con todos los vínculos, é firmezas, y clausulas que de fecho, y de derecho se requieran para ello. E asimismo damos, y concedemos licencia, y facultad al dicho Fernan Perez, durante su vida, despues dél, su hijo mayor, y al que dél viniere en legítima sucesion del dicho su mayorazgo, para que el uno dellos, durante su vida, é asi por consiguiente cada uno que heredare, y su nombre de Fernan Perez tuviere, para siempre jamas puedan entrar en el dicho nuestro coro, do quiera que estoviere, y estar entre tanto que los oficios divinos se celebran en él, no obstante el estatuto por nos puesto, é asi usado é guardado, que en el dicho nuestro coro, en el dicho tiempo, non entren legos algunos, si no fuere señor de salva, ó caballero de órden, como dicho es. En testimonio de lo qual mandamos dar, y dimos la presente, y la otorgamos capitularmente unanimes, nemine discrepante, la mandamos sellar con nuestro sello capitular, y que la signase nuestro secretario, siendo firmada de dos de nos, segun nuestra costumbre, estando presentes por testigos Cristobal Ramirez nuestro pertiguero, y Juan de Martos guarda, y Luis de Chinchilla, capellan de esta santa iglesia, lo qual pasó, é se otorgó en nuestro cabildo á nueve dias de el mes de octubre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mil y quinientos y veinte y seis años. Hieronimus, Licentiatus, Abbas Sanctæ Fidei. Licentiatus Nuñez, Canonicus Granatensis. Yo Gonzalo Rodriguez de Loazes, notario apostólico, y escribano real, secretario de los señores dean, y cabildo de la santa iglesia de

Granada, por su mandado esta carta fice escribir, como ante mí pasó y por ende fice aqui mi signo, y nombre acostumbrado. En testimonio de verdad. Veritas vincit omnia. Gonzalo Rodriguez, notario y secretario. (*Archivo del Salar*, legajo 2°, núm. 20.)

NUMERO 13°.

Testimoniales de varios autores, que comprueban la hazaña de Pulgar, cuando puso fuego á la gran mezquita, estando todavia Granada bajo la dominacion de los Moros.

El historiador Bermudez de Pedraza hace mencion de esta hazaña (como ya en otra parte dijimos), insertando la real cédula del emperador Cárlos V. (*Historia eclesiástica de Granada*, part. 4ª, cap. 214.)

Fr. Juan Benito Guardiola, en el tratado que escribió *de la nobleza y de los títulos y dictados que hoy dia tienen los varones claros y grandes de España*, exclama entusiasmado, al recordar la hazaña de la quema de la mezquita: «¿Qué facundia de Demóstenes y eloqüencia de Ciceron bastaria para explicar las famosas hazañas y dignas de memoria que hizo Fernan Perez del Pulgar, regidor de la ciudad de Loxa, cuyo era el lugar del Salar, abuelo de don Fernando del Pulgar, mayorazgo y señor que hoy es del dicho Salar? Que estando los reyes católicos don Fernando é doña Isabel en la conquista del reino de Granada, el dicho Fernando del Pulgar, como varon animoso é muy celoso de la honra de Dios y de la santa Iglesia cathólica, con grande atrevimiento y peligro de su persona, en la plaza de Alhama hizo voto de entrar en la ciudad de Granada á pegalle fuego y á tomar posesion para iglesia de la *mezquita mayor;* y poniéndolo en obra, vino con quince de á caballo, dejando los nueve á la puerta, entró con los seis á la dicha mezquita, que es agora *iglesia mayor*, y alli á la puerta puso un hacha de cera encendida y una carta clavada con un puñal en que estaba escrita *el Ave Maria*, y decia como venia á tomar posesion de la dicha mezquita para iglesia. Lo cual visto por los Moros, púsoles grandísimo dolor y turbacion, segun mas largamente se puede ver asi de una carta firmada por los dichos cathólicos reyes, como tambien de una carta ejecutoria dada en favor de su libertad é hidalguía.

»De todo esto dá testimonio un privilegio escrito en pergamino y sellado con sello de plomo, pendiente en filos de seda de colores, que concedió el emperador don Cárlos V y rey nuestro señor, de gloriosa memoria, en el año de 1526, al dicho Hernan Perez del Pulgar y á sus descendientes, que el mayorazgo del Salar heredasen, para que pudiesen entrar y estar en el coro de la iglesia mayor de Granada, no embargante la constitucion y ordenanza que habia en la dicha iglesia, para que en el entretanto que se dicen las horas canónicas, no entren ni esten en el coro personas seculares.» (Cap. 36, fol. 98, edicion de Madrid de 1591.)

En el archivo de los marqueses del Salar se halla un M. S., que se dice perteneció al erudito P. Villegas, escritor de las Grandezas de Jaen; y entre dichos apuntes se encuentra el siguiente: «Viernes 21 de octubre de 1491, dia de Santa Ursula, á las cuatro de la mañana, el señor Hernan Perez del Pulgar, capitan de á caballo, con quince hidalgos por debajo de la *puente de los Curtidores*, dejando los caballos en guarda, hizo el hecho de la mezquita: en memoria de lo cual, instituyeron los reyes ca-

thólicos la fiesta que hoy se hace en la iglesia de Granada á Santa Ursula. Clavó el *Ave María* en latin, con letras azules en un pergamino dorado, con cintas de seda rojas y verdes clavadas con las dagas en una de tres puertas que habia en aquella acera, en la *principal de ellas que salia á la placeta*, que se cerró por el edificio de la capilla real, que estaba en frente de la casa del alfaquí mayor, que ahora es casa de cabildo de la ciudad. »

Habiendo sostenido varios pleitos la casa de Pulgar con el cabildo de la catedral de Granada, con motivo del privilegio de asiento y sepultura, se conservan en el archivo de dicha familia sentencias de tribunales en que se confirma la propiedad, así como varios testimonios de posesion; siendo notables las palabras de la real cédula, expedida por la cámara de Castilla á 23 de julio de 1616, por cuanto ratifica en los términos mas expresos el motivo de haberse concedido aquella merced á Pulgar y á sus sucesores : « Y por haberse concedido esta preeminencia á Fernando Perez del Pulgar, abuelo del dicho don Fernando, en gratificacion de la memorable hazaña que hizo antes que esa ciudad se ganase de poder de los Moros que la tenian ocupada, entrando en ella y tomando posesion de la mezquita mayor, y dejando clavada en ella una hacha de cera encendida y un pergamino, escritos en él los autos de la posesion, para que cuando los señores reyes católicos mis predecesores, que iban en su conquista, la ganasen, sirviese la dicha mezquita de iglesia mayor; que fue causa de grande escándalo, dolor y confusion para el rey y los Moros que estaban en esa ciudad; y ser justo se conserve la memoria de quien por sus valerosos hechos lo dejó tan merecido, os mando proveais y deis órden se cumpla y ejecute la sentencia que en razon desto se dió en la chancillería, y la carta ejecutoria que della se despachó, etc. — Yo el Rey. — Por mandado del rey nuestro señor, Jorge de Tovar. » (Se llevó á cumplido efecto esta réal cédula.)

El autor de la *Historia de la casa de Herrasti*, residente de antiguo en Granada, y emparentado con la familia de Pulgar, tuvo á la vista, no solo documentos auténticos, sino una historia M. S. de la vida de Hernando del Pulgar, que por desgracia no ha llegado á nosotros; y refiere con tantos pormenores y circunstancias la hazaña de la mezquita, que se echa de ver en su relato el sello de la verdad. Dice de esta manera : « Ejecutó Hernan Perez del Pulgar la mayor hazaña que se obró en todo el discurso de esta guerra, y la pondremos á la letra como la refieren las memorias de esta casa. Estando Fernan Perez del Pulgar en Alhama, como la conversacion de los soldados toda es de su ejercicio, estaban repitiendo los lances que habian sucedido en la conquista. Unos de haber llegado á las puertas de Granada, y clavado puñal ó lanza; otros pegado fuego, etc. Oyólo Fernando del Pulgar, é hizo le trajesen una hacha de cera encendida, é hincándose de rodillas en la puerta de la iglesia, hizo voto de entrar en Granada á tomar posesion de su mezquita mayor para iglesia, con título de Nuestra Señora de la O, y pegar fuego á la Alcaicería. Divulgóse el caso, y cada uno lo juzgó con su valor ó afecto; y sabiéndose que uno de sus compañeros iba con él, le dijeron : « *¿ Con Pulgar is? la cabeza llevais pegada con alfileres;* » lo que se quedó por adagio. Previno su viage Fernando Perez, y mandó que en un pergamino rodeado con cintas verdes y rojas, le escribiesen el Ave María, Padre nuestro, Credo y Salve, y abajo, cómo, para qué, quien, y por quien tomaba posesion de la mezquita : y el dia 17 de diciembre de 1490,

cerca de la noche, partió para Granada llevando sus quince escuderos una hacha de cera, alquitran y una cuerda encendida; y en el camino mandó que de atocha hiciesen unos manojos de hachos; y prosiguiendo su viage, llegó á Granada como á la una de la noche, á los 18 de diciembre, dia en que la iglesia celebra la fiesta de la Espectacion de Nuestra Señora reina de los cielos, llamada de la O. Se encaminó por el rio Darro arriba, y llegando debajo de la *puente de los Curtidores*, se apearon, y sobre quienes se habian de quedar en guarda de los caballos, ó entrar al hecho, se movió rumor entre los compañeros, que Fernando del Pulgar sosegó diciendo hacian mas los que se quedaban que los que entraban; porque estos solo tenian que guardar sus personas, y aquellos las suyas y los caballos; y llevando de los quince escuderos los seis, que fueron Francisco Bedmar, Gerónimo de Aguilera, Tristan de Montemayor, Diego de Baena, Montesino Dávila, y Pedro de Pulgar, que siendo Moro se volvió á nuestra ley, y fue adalid y el que guió á nuestro Pulgar, por haber sido su padrino, como quien sabia la tierra; pero advertido, se receló de él por lo que habia sido, y asiéndole del collar, le amenazó con un puñal, si prevaricaba; y ya fuese de miedo, ó ya la fé, cumplió como católico, y encaminándole por entre *la ribera de la Teneria*, y por las *callejas de la Gallineria*, salió al *Zacatin*, de allí entraron por la *calleja de la Azacaya de los Tintes*, y pasaron rectamente á la puerta principal de la mezquita mayor, oculta hoy de la capilla real, cuyo arco es al presente entierro de los Pulgares; donde hincados todos de rodillas, clavó Fernando Perez el pergamino con su oracion en la puerta, y mandó encender la hacha prevenida con alquitran y cuerda, y la puso junto á la puerta, haciendo los demas actos de posesion, con que cumplió la mejor parte de su voto; y pasó á la que restaba de pegar fuego á la *Alcayceria*, cuya puerta cae al *Zacatin;* y prevenida la atocha y alquitran, pidió la cuerda á Tristan de Montemayor, que se disculpó diciendo la habia apagado, y hecho una cruz, la fijó en la pared de la mezquita; á que irritado Pulgar, dijo: «¡Oh mal hombre! Esta noche quedaba abrasada Granada, y me has quitado el mayor hecho que se hubiera oido;» y embistiendo con él, le dió una cuchillada en la cara; y pasara á mas, si Diego de Baena no dijera: «Sosegaos, señor, que yo os traeré lumbre.» A lo que respondió Pulgar: «Si vos lo cumplis, os daré una yunta de bueyes:» y volviendo Baena á la mezquita, encendió en la hacha un hacho de atocha; y al volver la esquina del *Zacatin*, salió su ronda y reparando no ser Moros en el traje, les tiró una piedra; pero Baena dándole una cuchillada, avisó á su gente, como el Moro con sus gritos á sus vecinos. Pulgar salió por donde entró; y al paso de los noques de la *Teneria*, cayó Gerónimo de Aguilera en uno; y Fernando del Pulgar, por no dejar prenda viva, le tiró una lanzada que no alcanzó; y otro echándole su lanza, le sacó del peligro; y todos salieron de la ciudad y pasaron á la de Alhama, dejando á Granada en la mayor confusion; porque á las voces del Moro herido acudió la ronda, y sabido el caso, buscando al hechor, halló la hacha y pergamino, y se lo llevaron al rey chico, quien quiso castigar al guarda, como culpado; pero satisfecho, es tradicion le dió el puñal, llenándose toda la ciudad de confusion y espanto, y la de Alhama de admiracion y asombro.

En un libro en folio M. S. que existe en la real biblioteca, titulado Armas, Casas y Solares, etc., *por don Lázaro del Valle y de la Puerta, al folio* 906 *se dice:*

« Este caballero (Hernando del Pulgar) fue el que siendo la ciudad de Granada de Moros, entró en la ciudad con ánimo de pegar fuego al Zacatin y de tomar posesion de la mezquita mayor para iglesia de Nuestra Señora, y habiendo fijado en ella un papel con que estaba escripta la Ave maria y como él venia á tomar posesion de aquella mezquita para iglesia de Nuestra Señora, y queriendo pegar fuego al Alcaiceria, pidió á uno de sus escuderos el acha que llevaba encendida para el dicho efecto, el qual la habia apagado, por lo qual y porque los Moros que estaban en la mezquita que en ver fijada la Ave Maria con un puñal y una acha de cera ardiendo recibieron grande turbacion y los habian sentido, salieron de Granada. Lo mas de aquesto prueban las cédulas que siguen, etc. »

Washington Irving se expresa así: « Grande fue la indignacion de los caballeros cristianos cuando supieron el temerario arrojo de Tarfe, y el insulto que se habia ofrecido á su reyna. Hallóse presente Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas; y resuelto á no ser excedido en valor por un bárbaro, propuso á sus camaradas una empresa de no menor dificultad y peligro. Muchos se ofrecieron á seguirle; pero él escogió solamente quince, que todos eran de gran corazon y de muchas fuerzas. En el silencio de la noche los sacó fuera del campo, y se acercó cautelosamente á la ciudad, hasta llegar á un postigo que daba sobre el Darro, y estaba guardado por algunos soldados de infantería, los cuales, no esperando un ataque semejante, estaban casi todos durmiendo. Acometieron los cristianos, forzaron la puerta, y siguióse una pelea confusa entre ellos y la guardia. Pulgar, sin detenerse á tomar parte en la refriega, hincó las espuelas á su caballo, y se entró por la calle adelante, corriendo furiosamente y sacando centellas de las piedras, hasta que llegó en frente de la mezquita principal. Apeándose entonces de su caballo, se arrodilla delante de la puerta, toma posesion del edificio como templo cristiano, y lo consagra á Nuestra Señora. En testimonio de esta ceremonia, saca una tablilla que traia, en que estaban escritas en letras grandes las palabras Ave Maria, y con el pomo del puñal la clava en la puerta. Hecho esto, monta su caballo, y á carrera tendida vuelve sobre sus pasos. Entre tanto se habia alborotado la ciudad, y los soldados iban acudiendo de todas partes; pero Pulgar, atropellando á unos, derribando á otros, y asombrando á todos, volvió á ganar el postigo, y reuniéndose con sus compañeros que aun estaban peleando en la puerta, se retiró con ellos, y regresaron todos felizmente al real. Los Moros, que no sabian el objeto de un atentado al parecer tan infructuoso, hacian mil discursos para comprenderlo; pero ¡ cuál sería su exasperacion cuando á la mañana siguiente se ofreció á su vista aquel trofeo de valor, aquel Ave Maria que el intrépido Pulgar habia elevado en el centro de la ciudad! La mezquita que con tan nuevo modo santificó este héroe, se convirtió, despues de la conquista, en catedral. » (*Crónica de la conquista de Granada*, cap. 34, fol. 202.)

NUMERO 14°.

Cédula de los reyes católicos á favor de los quince escuderos que entraron en Granada con Hernando Perez del Pulgar.

El Rey é la Reina.

Por la presente damos nuestra palabra real de facer merced á vos Gerónimo de Aguilera, é Francisco de Bedmar, é Diego de Jaen, é Alvaro de Peñalver, é Diego Ximenez, é Pedro de Pulgar, adalides, é Montesino de Avila, é Ramiro de Guzman, é Cristobal de Castro, é Tristan de Montemayor, é Diego de Baena é Torre, é Alfon de Almeria, é Luis de Quero, é Rodrigo Velasquez, que sois todos *quince escuderos*, é á cada uno, de tierras é facienda en la ciudad de Granada, de que pluga á nuestro Señor que esté rendida á nuestro dominio; la cual dicha merced os facemos porque entrasteis con Fernando del Pulgar, nuestro alcaide del Salar, á pegar fuego en la ciudad de Granada en la mezquita mayor, por el peligro á que os pusisteis. Fecho en 30 dias de diciembre de 1490 años. — Yo el Rey. — Yo la Reina. — Por mandado del rey é la reina. Fernan Dalvarez. (Existe esta real cédula *original* en el archivo de la casa del Salar. Lib. I°, leg. 2°, núm. 8.)

NUMERO 15°.

Real cédula de los reyes católicos á favor de Hernando del Pulgar, con motivo de haber entrado en Granada á pegar fuego á la mezquita mayor.

El Rey é la Reina.

Por la presente damos nuestra palabra real de hacer merced á vos Fernando del Pulgar, nuestro criado y nuestro alcaide del Salar, de heredades é facienda en la ciudad de Granada, é de honrada sepultura é asiento en la iglesia mayor que fuere de ella, luego que plegue á Nuestro Señor estar reducida á nuestro dominio. La qual dicha merced vos facemos porque entrasteis á pegar fuego en la dicha ciudad de Granada é la mezquita mayor, é tomar posesion por nos della, poniendo á gran riesgo é peligro vuestra persona; é acudiendo la guarda, por la bondad divina é vuestro buen esfuerzo é valor tomastes la dicha posesion, que fue causa de grande alboroto y escándalo al rey y á los Moros, enemigos de nuestra santa fee cathólica, é por otros muchos é buenos é continuos servicios que nos habeis fecho. Fecho en 31 dias de diciembre de 1490 años. — Yo el Rey. — Yo la Reina. — Por mandado del rey é la reina. — Fernan Dalvarez. (Existe el *original* de esta real cédula en el archivo de la casa del Salar. — Lib. I°, leg. 2°, n. 9.)

NUMERO 16°.

Real cédula del emperador Carlos V ratificando el acta del cabildo de la iglesia de Granada, en que se concede á Hernan Perez del Pulgar privilegio de asiento y sepultura.

Don Carlos por la divina clemencia, emperador semper augusto, rey de Alemania, doña Juana su madre, y el mismo don Carlos por la gracia

de Dios, reyes de Castilla, etc. Por quanto por vos Hernando Perez del Pulgar, cuyo es el lugar del Salar, regidor de la ciudad de Loxa, nos fue fecha relacion que por virtud de una cédula mia, que yo el rey escribí al dean y cabildo de la iglesia de Granada, estando aquella sede vacante, encargándoles, que porque quedase memoria de lo que servistes á Dios Nuestro Señor, y á los cathólicos reyes nuestros padres, é abuelos, y señores, que hayan santa gloria, en la guerra y conquista deste reino, os señalasen una sepoltura en la dicha, y os diesen licencia y facultad para que perpetuamente vos, é despues de vos uno de vuestros descendientes que vuestro mayorazgo del Salar heredase, pudiese entrar y estar en el coro della, no embargante la constitucion y ordenanza que tenian fecha, para que el entretanto que se dicen las oraciones, no entren ni esten en él, salvo comendadores, y las otras personas que tienen señalados los dichos dean y cabildo de la dicha iglesia sede vacante, como administradoces della y de su arzobispado. Y cumpliendo lo que yo por la dicha mi cédula les envié á encargar, estando juntos en su capítulo, os dieron y señalaron en la dicha iglesia un sitio para vuesta sepoltura, é de vuestros herederos é sucesores, para siempre jamas. Y asimismo os dieron licencia para que vos durante vuestra vida, y despues de vos, vuestro hijo mayor, é el que del viniere en legítima sucesion del dicho vuestro mayorazgo, y que tuviese vuestro nombre, podais y puedan para siempre jamas, entrar y estar en el dicho coro entre tanto que se celebran los oficios divinos, no embargante el estatuto y constitucion que en la dicha iglesia tienen, segun parecia por una escritura de que ante nos hicisteis presentacion, escrita en pergamino, y firmada de dos personas del dicho capítulo, y signada de Gonzalo Rodriguez de Loazes, notario apostólico, y secretario del dicho capítulo, é sellada con el sello de la dicha iglesia, de cera colorada, y pendiente en filos de seda de colores, cuyo tenor es este que sigue. (Inserta el acta núm. 13 continúa.)

E nos suplicasteis y pedisteis por merced, que porque la dicha escritura desuso incorporada, y lo en ella contenido fuese mas firme, estable y valedero para siempre jamas, lo mandasemos aprobar y confirmar, como patronos que somos de la dicha iglesia, y de todas las otras deste reino de Granada, y darle nuestra carta de confirmacion, y aprobacion, ó como la nuestra merced fuere; é nos acatando las causas, é porque los dichos dean y cabildo os dieron y concedieron la dicha sepoltura y licencia, y por vos hacer bien y merced tuvímoslo por bien, y por la presente, como patronos que somos de la dicha iglesia y de las otras deste reino de Granada, aprobamos y confirmamos, y loamos la dicha escritura suso incorporada, y todo lo en ella contenido, é interponemos á todo ello nuestra autoridad real y solemne decreto para que vala y sea firme y valedero, y se guarde y cumpla á vos el dicho Fernan Perez del Pulgar, y á vuestros herederos é sucesores para siempre jamas en todo y por todo, segun é como en ella se contiene, é por esta nuestra carta, ó por su traslado, signado de escribano público, rogamos y encargamos al prelado que es, y fuere de la dicha iglesia de Granada, é al dean y cabildo della que guarden é cumplan, é hagan guardar é cumplir á vos el dicho Fernan Perez del Pulgar, é á vuestros herederos é sucesores para siempre jamas la dicha escritura de suso incorporada, é todo lo en ella contenido, é esta nuestra carta, confirmacion y aprobacion della, y que contra ello no vos vayan, ni pasen, ni consientan ir, ni pasar en tiempo alguno, por alguna manera. Dada en la ciudad de Granada á 7 dias del mes de diciembre,

año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de 1526 años. Yo el Rey.—Yo Francisco de los Cobos, secretario de su cesarea, y cathólicas magestades lo fice escribir por su mandado. (*Archivo del Salar,* leg. 2°, num. 20.)

NUMERO 17°.

Real cédula de los señores reyes católicos concediendo á Fernan Perez del Pulgar el de las hazañas la propiedad de los molinos de Tremecen.

Don Fernando y doña Ysabel por la gracia de Dios, rey é reina de Castilla, etc. Por quanto vos Fernando del Pulgar, continuo de nuestra casa, é nuestro alcaide del Salar, nos fecisteis relacion diciendo como don Yñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, de nuestro consejo é nuestro capitan de la ciudad de Alhama, é don Garcia de Padilla, caballero de Calatrava, é asimismo nuestro capitan, en tiempo que tuvieron á cargo la dicha ciudad, por virtud de nuestros poderes vos ficieron donacion de ciento cinqüenta yugadas de tierras cada una de las fanegas que son en Andalucia, é de ciertas casas, é horno, é meson, é molino, é palomar, é morales, é huertas, é viñas, é con otros heredamientos en dicha ciudad; é que para mayor seguridad é resguardo vuestro, nos os habiamos confirmado dicha donacion, é fecho merced de nuevo de todo lo susodicho por nuestra carta, fecha en Alcalá de Henares á diez y ocho de febrero del año del nacimiento de nuestro Salvador Jesu Christo de mil quatrocientos é ochenta é seis años, por ante Fernan Alvarez de Toledo, nuestro secretario. E que por quanto estando vos en posesion de dichos bienes y heredamientos mas tiempo de diez años, nos os mandamos los dejasedes para repartirlos en los pobladores, que segun mandamiento habian de poblar de nuevo dicha ciudad; é que pidiesedes equivalente é satisfacion de ellos, la qual se os daria ante todas cosas. E vos con mucho celo é amor á nuestro servicio nos volvisteis dichos heredamientos, que nos vos habiamos dado en remuneracion de muchos gastos que habiais fecho de vuestra propia facienda, é en alguna enmienda de vuestros muchos é muy señalados servicios; é nos pedisteis que en pago, equivalencia é satisfacion dellos, vos ficiesemos gracia é merced de todos los molinos que son é por tiempo fueren en el reino é ciudad de Tremecen, en Africa, lo que en buen hora se reduzca á nuestro servicio. E nos acatando á los muchos é continuos servicios que nos habedes fecho en toda la conquista del reino de Granada, desde veinte y siete de agosto del año pasado de mil é quatrocientos é ochenta y dos años, que yo el Rey vos mandé recibir por mio, é vos mandé quedasedes en dicha ciudad de Alhama con don Luis Osorio, obispo de Jaen, vuestro tio, donde estuvisteis é residisteis, poniendo vuestra persona á muchos riesgos é peligros, asi entrando socorros á dicha ciudad, como talando la tierra desde ella á los Moros, enemigos de nuestra santa fee; en continuacion de lo qual fecisteis muchos gastos de vuestra propia facienda, é por todo ello sois muy digno de premio correspondiente, en especial por el señalado servicio que fecisteis á Dios nuestro Señor, é á nos, ofreciendo socorrer dicha ciudad, en tiempo que la falta de mantenimientos facia á nuestros capitanes dudar el sostenerla, como lo ficisteis trayendo socorro de la ciudad de Antequera; é llegando con él á los llanos de Cantaril, que son en el camino de Archidora á Loxa, algunos de los vuestros ovieron pavor

de pasar por las sierras de ella, é quisieron desampararos; é por no querer pasar adelante ni obedeceros, feristeis en ellos, é teniendo miedo de vos os siguieron, é entrasteis el socorro en dicha ciudad de Alhama, en que se debió á vuestra industria é valor la conservacion de ella so nuestro poderio: é asimismo dándonos por muy bien servidos en el apartamiento que de dichos heredamientos nos faceis, tenémoslo por bien. Por ende, por la presente vos facemos gracia y merced, é donacion de todos los molinos que hay é por tiempo oviere en el término, reino é ciudad de Tremecen en Africa, desque en buen hora se gane. E mandamos al nuestro capitan que asi los ganare, vos faga dar á vos, ó á los que lo hubieren de haber de vos, la posesion de todos los dichos molinos: encargamos al príncipe don Juan, nuestro muy caro y amado hijo, é á los demas nuestros sucesores en dichos nuestros reinos é señoríos, en cuyo tiempo se ganare dicho reino, manden se vos dé á vos, ó á vuestros sucesores la posesion de dichos molinos; é que no faciendolo asi, teniendo atencion á las vuestras causas que hay para ello, os den equivalencia, pago é satisfacion del valor de ellos en el reino de Granada: é mandamos á nuestros contadores mayores que si vos el dicho Fernando del Pulgar quisieredes asentar en los nuestros libros de traslados esta nuestra carta de merced, que la asienten é vos la sobrescriban é vos den é vuelvan el original; é si non la quisieredes asentar, que goceis de ella é de todo lo contenido en ella, bien asi tan cumplidamente como si fuese asentada en los dichos libros, é sobrescrita, é librada de ellos é de sus lugares tenientes, é oficiales: é los unos ni los otros no fagades ni fagan ende al por ninguna manera, so pena de nuestra merced, é privacion de los oficios, y confiscacion de los bienes de los que lo contrario ficieren para nuestra cámara é fisco; é ademas por qualquiera ó qualesquiera por quien fincaren lo asi facer é cumplir, mandamos á los que esta nuestra carta mostrare que los emplace á quince dias primeros siguientes so la dicha pena; so la qual mandamos á qualquier escribano público que para esto fuere llamado, que dé al que lo mostrare testimonio signado de su signo, porque nos sepamos de como se cumple nuestro mandato. Dada en Medina del Campo á nueve dias del mes de abril del año del nacimiento de nuestro Salvador Jesu Christo de mil quatrocientos é noventa y quatro años.-Yo el Rey.-E Yo la Reina. Por mandado del rey é de la reina.-Juan de la Parra. (*Archivo del Salar.*)

NUMERO 18°.

Cláusula del mayorazgo fundado por Hernan Perez del Pulgar en que vincula los molinos de Tremecen.

Otrosi. Por quanto los cathólicos reyes don Fernando y doña Ysabel, que son en santa gloria, me hicieron merced de ciento y cinqüenta uvadas de tierra en la ciudad de Alhama y su término, cada una uvada de las fanegas de sembradura que son en Andalucía y campiñas della, en equivalencia y satisfacion de servicios que les fice en la guerra de este reino de Granada, segun se contiene en el privilegio que dellas me mandaron dar, firmado de sus reales nombres, y refrendado de Fernan Dalvarez su secretario, su fecha en Alcalá de Henares en diez y ocho dias del mes de febrero, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mil y quatrocientos y ochenta y seis años; y asi fecha la dicha

merced, y tomada la posesion de las dichas tierras, sus altezas mandaron poblar la dicha ciudad de Alhama de vecinos, para el repartimiento de los quales fueron necesarias las dichas tierras que asi por sus altezas me fueron dadas, é por su mandamiento me fueron tomadas las ciento y quarenta uvadas dellas, y que dellas me mandarian hacer equivalencia, pago y satisfacion, porque sin las dichas tierras no se podria avecindar la dicha ciudad; por pago de las quales dichas ciento y quarenta uvadas de tierra pedí y supliqué á sus altezas me ficiesen merced de todos los molinos de la ciudad de Tremecen, que es en Africa, de que en buen hora se ganase, la qual merced me ficieron é otorgaron por su carta firmada de su real nombre, y refrendada de Juan de la Parra su secretario, fecha en Medina del Campo en nueve dias del mes de abril de quatrocientos y noventa y quatro años. Por ende digo por esta carta, que en qualquier tiempo que la dicha ciudad se ganare, se procure de haber del emperador y rey nuestro señor, ó de otro su sucesor ó su capitan, los dichos molinos de la dicha ciudad de Tremecen, los quales hayan y tengan por bienes de mayorazgo, é si ganandose la dicha ciudad y no dando todos los dichos molinos al sucesor deste dicho mayorazgo, por esta carta doy poder cumplido al dicho Fernan Perez del Pulgar mi fijo, ó al que el dicho su mayorazgo poseyere, para pedir y suplicar al alteza y magestad que la dicha ciudad tomare, mande pagar el valor de las dichas ciento y quarenta uvadas de tierra, pues por el dicho previlegio de merced dellas, y en otras escrituras y cartas de sus altezas, que junto con el dicho previlegio estan, se verá la gran razon y causa que sus altezas tuvieron para me dar é facer merced de las dichas ciento y cinqüenta uvadas de tierras; é lo que asi se cobrare y hobiere en pago de las dichas ciento quarenta uvadas de tierra sea habido y tenido por bienes de mayorazgo, con las condiciones y posturas que en todo lo susodicho *de verbo ad verbum* van escritas, para siempre jamas. (*Archivo del Salar*, legajo 2°, núm. 20.)

NUMERO 19°.

Peticion hecha al corregidor de Loja año de 1565 *por Hernan Perez del Pulgar, segundo señor del Salar, á fin de que se le admita justificacion de testigos de haber tomado posesion de los molinos de Tremecen.*

Muy magnífico señor,

Fernando Perez del Pulgar, señor del Salar, digo que á mi derecho conviene, para lo presentar ante S. M. real, averiguar como entre otras jornadas que en servicio de S. M. he hecho, fue una el año pasado de 43, yendo por general el conde de Alcaudete á tomar la ciudad de Tremecen, donde yo fui por capitan de infantería, y en la batalla que se tuvo con el rey serví á S. M. con mi persona y hacienda; y en efecto fui en ganar la dicha ciudad, é allí pedí al dicho conde que por quanto los señores reyes cathólicos, de gloriosa memoria, hicieron merced á Hernando del Pulgar mi padre de los molinos de la dicha ciudad, en remuneracion de muchos servicios que les hizo y por otras causas, como consta por los privilegios que los señores reyes dieron á dicho mi padre, que se diese la posesion de los dichos molinos; el qual en efecto no la quiso dar; y yo por virtud de la merced de sus altezas, tomé realmente la posesion de los dichos

molinos : y por haber entregado el dicho conde la dicha ciudad de Tremecen con su término el rey Muley Candalla; yo no puedo gozar de los dichos molinos ni de la posesion que de ellos tengo tomada : é para que dello conste á vuestra merced pido mande rescebir informacion por el tenor de este pedimento, é dármela en pública forma, en manera que haga fé. (Sigue el auto del corregidor y la informacion de testigos de los cuales algunos se habian hallado en la expedicion de Tremecen y declararon haber presenciado la toma de posesion de los molinos de aquella ciudad. El original y la copia de estos documentos existen en el archivo del Salar).

NUMERO 20°.

Apuntes acerca de dos antiguas comedias, en que se hace mencion de las hazañas de Hernando del Pulgar.

Lope de Vega, cuyo fecundísimo ingenio apenas dejó por tantear un solo argumento dramático, con tal que presentase interes en la escena, compuso una comedia con el pomposo título de *El cerco de Santa Fé é ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega :* composicion escasa á la verdad de mérito literario, si bien brillan de cuando en cuando en ella las raras prendas de aquel ingenio singular, deslucidas como siempre con incorreccion y desaliño.

Mas ciñéndonos ahora á lo que concierne á nuestro propósito, es de notar que entre los famosos guerreros que en la dicha comedia se presentan acompañando á los reyes católicos en el cerco y conquista de Granada, como que descuella entre todos Hernando del Pulgar, cuya memoria y fama debian de estar aun muy recientes en tiempo de Lope. Limitóse este á la hazaña de la mezquita, la mas extraordinaria tal vez de cuantas obró aquel caudillo; pero se echa de ver que el poeta se detiene en ella con grata complacencia, mezclando oportunamente el amor á la patria, el celo de la religion, el espíritu caballeresco del siglo, y valiéndose de aquel hecho para el nudo y el desenlace de su drama.

Recibe un Moro, el mas valiente de cuantos encerraba la ciudad, un liston de favor de su querida; y para dar muestra al mismo tiempo de su amor y de su bizarría, se presenta ante los reales cristianos, y arroja su lanza con el liston en ella, yendo á dar en la misma tienda de la reina doña Ysabel. Tamaño atrevimiento y desacato no podian quedar sin satisfaccion y castigo á la vista de tantos guerreros ilustres; y á pesar de que la reina les veda salir al campo, Fernando del Pulgar resuelve tomar por sí venganza, oscureciendo aquel hecho con otro mayor arrojo. Apenas se queda solo exclama Pulgar de esta suerte :

Lanza en la tienda de la reina? Lanza
A vista de la gente de Castilla,
En medio de la gloria, y esperanza
De que Granada su pendon le humilla?
Fernando, á vos os toca la venganza,
Sin que de arnés se trance, ó peine hebilla :
Ahora bien, se fue el Moro, ya pensemos
Qué género de enmienda tomaremos.
Este villano trae (ya lo he visto)
Una cinta en el hierro, que sospecho
Que de su dama fue : pues si armas visto;
Porqué no emprendo algun famoso hecho?

Cristiano soy, soldado soy de Cristo,
Su madre traigo, en guerra y paz, al pecho:
Pues sea mi dama aquella Vírgen pura,
Que excede á toda angélica criatura.
   Vírgen mas pura, que del sol la lumbre,
A cuyos pies la luna está humillada,
Mostrad vuestra divina mansedumbre,
Y la frente de estrellas coronada:
Vos, por quien fue la antigua pesadumbre
De aquella sierpe sin igual domada,
Perdonadme, si á ser galan gallardo
Me atrevo, siendo oficio de un Bernardo.
   Yo, pues, á quien palabras faltan, quiero,
No como el Ildefonso toledano,
Mas como belicoso caballero,
Serviros hoy, las armas en la mano:
Y pues motes se escriben, lo primero,
En el favor divino y cortesano,
Quiero escribir un mote en honra vuestra;
Principio de la gloria y salud nuestra.
   En un vírgen y blanco pergamino,
La Ave María escribiré dichoso,
Que el paraninfo celestial divino
Os dijo en aquel dia venturoso:
Con él hacer un hecho determino,
Que por mil siglos quedará famoso;
Que á pesar de ese perro que me incita,
Mañana he de clavarlo en la mezquita.
   Allí lo clavaré con esta daga,
Para ensalzar vuestro famoso nombre;
Y solo quiero deste intento en paga
Que el servicio acepteis, al fin de un hombre;
Aquesto, gran señora, os satisfaga,
Porque á esta vil canalla el ver asombre
El nombre á quien adora tierra y cielo,
Y es de los hombres general consuelo.

Ejecuta Pulgar su singular hazaña llenando á Granada de confusion y escándalo; y Garcilaso lo refiere á los reyes de esta manera:

Pero entre cuantos yo vi
Ilustres, fuertes varones,
Ninguno iguala á la hazaña,
Digna de grande renombre,
La que Hernando del Pulgar
Hizo ayer, para que cobre
Gloria España, nombre el mundo,
Y honra nuestros Españoles.
Tiró ayer un Bencerrage
(Que en las plumas se conoce)
Hasta vuestra tienda un asta,
Con un lazo de listones.
Viendo Fernando la empresa,
Que es digna de honor y nombre,
En un vírgen pergamino
El Ave María pone.
Parte furioso á Granada,
Y con la daga, de un golpe

En la mezquita la clava
En sus láminas de bronce.
Los Moros salen á él
Con grita, algazara y voces,
Y él de todos se defiende,
Como Orlando y Rodamonte.
Volvió ahora, donde es justo
Que de laurel le corones
No el délfico, el celestial,
Que á su honrada frente adorne.
Y estas y otras mil hazañas
Dignas de grandes renombres
Ha hecho Hernan del Pulgar
Que es de vuestra estrella el norte.

Lastimado el orgullo de Tarfe al ver la hazaña de Pulgar, se presenta á la vista de Santa Fé á retar á los cristianos; y lo hace en estos versos que descubren mas de una vez la facilidad de Lope, su gala y lozanía:

Cristianos de Santa Fé,
Entre lienzos y cendales,
Como en vuestro muro, fuertes
Al aire que los combate.
Vosotros, que de ser hombres
Os habeis puesto á pañales,
Con las mantillas de seda,
Por lienzos de tantas partes.
Ovejas en los rediles,
Que á pacer con el sol nacen,
O paños en arpillera,
O trigo dentro en costales:
Si quereis saber quien soy,
Para que el sol no os espante,
Como á mugeres paridas
Trueno ó campana que tañen,
Estadme bien advertidos,
Oid, oid que soy Tarfe
El sóbrino de Almanzor,
Y del Alhambra el alcaide.
Las Alpujarras son mias,
Y los ricos Alixares,
Y tengo en Bibataubin
Mis armas en cuatro calles.
Estando en Granada ayer,
Llegó un cristiano arrogante,
Que llamais Pulgar vosotros,
Y tiene buenos pulgares;
No sé si diga en los dedos,
Que si bien entra, bien sale;
Pero sea lo que fuere,
Él vino á un hecho notable.
Clavó ayer en la mezquita
Sobre sus conchas de alambre
Ese rótulo que veis
Donde el caballo le trae.
Quisieron salir á ello
De los Moros principales:

Pero guardóse esta empresa
Para que yo la vengase.
Quisieron salir Zegríes,
Gomeles y Abencerrages,
Abenzaidos, Abenyucas,
Hametes, Abindarraes;
Pero yo vengo en su nombre,
Que soy de este peso Atlante:
Y así á todos desafío,
Pobres, ricos, chicos, grandes.
Salga Fernando el rey vuestro,
Si mas que el gobierno sabe,
Porque su Isabel le vea,
Que gusta de ver combates.
Salga ese Gran Capitan,
Los Girones y Aguilares;
Salgan aquesos Manriques,
Sotomayores, Suarez,
Que armados, á tres y á cuatro;
Y al mundo, si el mundo sale,
Tarfe reta y desafía
De villanos y cobardes.
Salgan aquí esos maestres,
Los capilludos y frailes,
Esos que las cruces rojas,
O blancas, ó verdes traen.
Cobrad vuestra Ave María,
Que no es mucho que la clave
Un cristiano en nuestras puertas,
Quando un Moro así la abate.
Pusísteisla á la vergüenza
Cuando quereis que se ensalce,
Como peso falso en horca;
Ved que hazaña tan infame.
Aquí traigo el pergamino,
Cristianos viles cobradle,
Que aquí desde el alba espero
Hasta las tres de la tarde.

Con la vida pagó Tarfe su atrevimiento; y despues que hubo muerto á manos de Garcilaso, preséntase este á los reyes, y recibe el parabien de tantos ilustres capitanes.

Gran Capitan. A todos nos da lugar
En ese pecho esforzado.
Garcilaso. Vuestro rótulo he cobrado,
Fuerte Hernando del Pulgar.
Pulgar. Mejor direis: *yo le honré*,
Dando nombre y calidad
A mi empresa; esto es verdad,
Porque yo le cautivé
Y vos le dais libertad.

Conceden los reyes mercedes y honras á Garcilaso; y termina así la comedia.

La que lleva por título *El Triunfo del Ave María*, y se dice compuesta por un ingenio de esta corte, es conocidamente posterior á la de

Lope de Vega, y vaciada en el mismo molde, siendo muy semejante á ella en plan, en trama, en desenlace; si bien muestra mayor artificio y despierta mas interés. No es esto decir que sea una obra de gran mérito; pues ademas de estar poco ajustada á las reglas del arte, la afean el desaliño en la versificacion y la afectacion de que á veces adolece el estilo; recomendándola meramente el presentar á la vista de los Españoles los hechos ilustres de sus pasados, y el lenguage puro y castizo en que está escrita.

Siguiendo la huella de Lope, el autor de esta comedia supone que Tarfe llega hasta la tienda de la reina, y clava en ella un puñal con un rótulo; saliendo en su seguimiento Hernando del Pulgar, que vuelve sin poder alcanzarle.

Pulgar. Vive Dios, que la ventaja
Que llevaba en la carrera,
Libró al Moro de mis manos;
¡Mal haya quien me dió espuelas!
Reina. Pulgar ¿qué es eso? ¿Libróse
El Moro?
Pulgar. ¿Pues no era fuerza
Que se me escapara un galgo,
Que iba corriendo de apuesta!
Vive Dios que me ha corrido
Mas que el caballo que lleva!
Reina. No esteis corrido, Fernando,
Que el que huye, es cosa cierta,
Que corre mas que el que sigue,
Pues junta el miedo que lleva.
Pulgar. Aunque le tiré la lanza
Fue vana mi diligencia,
Que su ligero caballo
La burló, volando flecha.
Conde. ¿Conocísteisle?
Pulgar. Fue Tarfe.
Conde. El Moro es de mas soberbia
Que tiene Granada.
Pulgar. A fé
Que si esperara con ella,
Que yo le quitara al perro
La gana de que mordiera.
Reina. Notable el arrojo ha sido.
Pulgar. Pues yo juro á vuestra alteza,
Sobre la cruz de esta espada
Que si él llegó á vuestra tienda
Con bárbaro atrevimiento
A fijar su infame prenda,
Yo con osadía cristiana,
En venganza de esta ofensa,
Llegaré á donde jamas
El pensamiento pudiera,
Poniendo el nombre mas alto,
Porque á la Morisma sea
Espanto, terror y miedo,
Asombro, pasmo y afrenta.

Fernando del Pulgar no era hombre que dejase de cumplir sus promesas: entra en efecto en Granada, y antes de clavar el *Ave*

Maria en la puerta de la mezquita, dirige esta salutacion á la Reyna del cielo:

Soberana Vírgen pura,
En vuestro nombre á lograr
Viene Hernando del Pulgar
La mas gloriosa aventura.
Tarfe de humana hermosura
Un lazo y mote fijó
En mi real, como se vió,
Pues en su mezquita indigna
De la beldad mas divina
Fijaré otro mote yo.
Aquel blason mas que humano,
Vírgen, con que os saludó
Gabriel, quando os anunció
Madre de Dios soberano,
Ha de fijar esta mano;
Porque en su mezquita impia
Vea la ciega ironía,
Siendo otro apropiado infierno,
Que se exalta el siempre eterno
Nombre del Ave María.
Este blanco pergamino
Vuestro blason puro encierra,
Reina del cielo y la tierra
Él os aclama divina.
¿Mas cómo no me encamino
A fijarle en ocasion,
Que es la postrera estacion
Del dia, y fue la hora pia,
En que del Ave María
Se oyó la salutacion?
Mas primero que me atreva
A hazaña tan singular,
Muy justo será alabar
La que sola triunfó de Eva.
Hermosa reina del dia,
Con tal miedo os llego á hablar
Que no acierto á pronunciar
Un *Dios te salve María.*
No puedo temer desgracia
Con tu nombre, claro está,
Que en tí, Vírgen, no cabrá,
Pues *eres llena de gracia.*
Del mas soberbio enemigo
Tú me llegaste á librar;
Pero ¿qué no has de alcanzar,
Cuando *el Señor es contigo?*
Mil bendiciones adquieres
De los que mas te queremos,
Y en aquesto nada hacemos,
Porque *tú bendita eres.*
Si á tu Hijo airado vieres,
Defiéndenos, clara estrella,
Sol hermoso, y la mas bella
Entre todas las mugeres.
Para remedio absoluto
Del árbol envenenado,

Eres planta que ha criado
Dios, *y bendito es el fruto.*
Al mundo le diste luz,
Sí, despues que Gabriel vino,
Y huesped santo y divino
Fue *de tu vientre Jesus.*
Mucho hay que decir de vos,
Y lo que mas os levanta,
Es llamaros Vírgen Santa
María madre de Dios.
De alcanzar vuestros favores
Tengo ya feliz indicio,
Que es en vos piadoso oficio
Rogar por los pecadores.
Mas para lograr mi suerte,
Lo que os pido, bella Aurora,
Es que me asistais ahora,
Y en la hora de mi muerte.

Entra Pulgar á fijar el rótulo; y despues intenta poner fuego á la ciudad (como en efecto lo intentó, si bien con circunstancias distintas de las que imaginó el poeta).

Ya el renombre que os aclama,
Ave de gracia, Señora,
Ya en la mezquita se ensalza,
A cuya estrañeza toda
Esa morisca canalla
Admirada parte á verle;
Ya he cumplido mi palabra,
Ahora falta que el valor
Tome valiente venganza
De otra injuria, de otra ofensa;
Pues pasando por la plaza,
Ví en el alarde por burla,
Que estos viles perros sacan
Por estafermo (¡qué ira!)
Al mayor héroe que España
Ha coronado de triunfos
Entre sus grandes monarcas,
Al católico Fernando;
Y siéndolo, fuera infamia
De mi lealtad, no dejar
Esta injuria castigada,
Poniendo á Granada fuego.
A apoderar de las hachas
Me voy, que para la fiesta
Previnieron, y aplicada
Su llama á casas y andamios,
Nueva Troya haré que arda,
Pues ardo yo en noble ira;
Y en su confusion, mi espada
Hará que el festivo alarde
Infausto á los Moros salga.

Despues de haber dado cima á un hecho tan famoso, no restaba á Pulgar sino salir sano y salvo de tamaño peligro; empresa tanto mas difícil quanto se habia alborotado la ciudad (segun consta igualmente por los

documentos históricos, en esta obra citados). No es extraño que al volver Pulgar á los reales, despues de haber ejecutado tan singular hazaña, oyese de la boca de los reyes las palabras mas lisonjeras:

Rey. De hecho tan famoso,
No tan solo me doy por bien servido,
Pero os quedo envidioso,
Fernando del Pulgar, de no haber sido
Quien el blason heróico de María
Pusiese en la mezquita con fé pia;
Pues una vez fijado,
Donde nunca se vió de esta Ave pura
El renombre aclamado,
Fiel anuncio parece que asegura,
Que presto en la mezquita consagrada
Se ha de ver á María colocada.
Yo lo fio del cielo,
Pues sabe que ambicion de la victoria
No es el triunfo á que anhelo,
Mas aspiro de Dios solo á la gloria,
A que su fé se exalte soberana,
A pesar de la secta mahometana.
Pulgar. Granada será vuestra,
Y el mundo; pues si el mundo deseara
Conquistar vuestra diestra,
A vuestro invicto esfuerzo se postrara.
Rey. Con soldados, Pulgar, como vos, creo
Que el mundo conquistara por trofeo.
Reina. La Morisma admirada
De veros en Granada quedaria,
Ver su plaza abrasada,
Y exaltada la luz que luz da al dia.
Pulgar. De mirar muertos no admiraron menos,
A mi denuedo tantos Sarracenos;
Pero todo fue poco,
A vista de ver yo que ellos hacian
De mi rey, si lo toco,
Desprecio, y su grandeza deslucian
De mi rey, señor: de haber dejado
Moro vivo, aun estoy avergonzado.
Rey. Ya quedo satisfecho
Del desprecio que hicieron de mí, cuando
Le vengó vuestro hecho.
Mercedes me pedid: pedid, Fernando.
Pulgar. Vuestra grandeza con mi esfuerzo mido,
Los molinos de Fez por merced pido.
Rey. ¡Honrada bizarría!
¿Los molinos de Fez? ¿Cómo he de darlos
Si Fez, Pulgar, no es mia?
Pulgar. ¿Pues habrá mas, señor, que conquistarlos?
Pues teniendo vos vida y yo esta espada,
El Moro se ha de ver señor de nada?
Rey. Merced de ellos os hago
Por juro de heredad en vuestra casa.
Pulgar. Seré de Fez estrago,
Y en tanto que á ganarlos mi ardor pasa,
Por si en arrendamiento me los ponen,
He de hacer que en mi casa se pregonen.

Reina. Su buen humor compite,
Señor, con su valor y bizarría.
Rey. Ninguno habrá que imite
Su gallardo despejo y valentía;
Y lo que mas á mí me satisface,
Que lo que dice iguala á lo que hace.

No se menciona en esta comedia ninguno de los otros hechos de Pulgar, que resultan atestiguados por la historia; pero en cambio se hace mérito de uno, que tal vez ejecutó aquel caudillo, pero que por no constar con pruebas suficientes, no me he determinado á estamparlo en el bosquejo de su vida. Es el caso que cuando los reyes católicos asentaron sus estancias en la Vega, no lejos del parage donde despues labraron la ciudad de Santa Fé, cuidaron, como era natural, de despejar la tierra á la redonda, desembarazándola de enemigos y quitándoles el abrigo de torres y fortalezas. « El rey (dice el cura de los Palacios) se volvió á la Vega de Granada, é *de vuelta tomaron la torre de Gandia, donde se tomaron treinta Moros*, é asentó su real en el Gosto, donde edificó la ciudad de Santa Fé, etc. » (M. S. del cura Bernaldez, cap. 100.) No es extraño que para la toma de aquella torre comisionase el rey á Hernando del Pulgar, que tan buena cuenta habia dado de su persona en la toma del Salar y en otras ocasiones semejantes: lo cierto es que el autor de la mencionada comedia le atribuye aquel hecho, presentándole de esta suerte:

Reina. ¿Qué alegre rumor, Fernando
Del Pulgar, es este?
Pulgar. Ahora
Al real, señora, he llegado,
Pues con órden del rey vengo
De quitarle un cruel padrastro
En la torre de Gandia
A vuestro invencible campo.
Reina. ¿Habeis tomado la torre?
Pulgar. ¿Dudais eso? A tres asaltos
Que dí al fuerte, no dejé
Moro que fuese á contarlo
A Granada; mas volviendo
A ese popular aplauso,
Lo que del campo he sabido
Es, que Tarfe temerario
Llegó hasta nuestros ataques,
Soberbiamente llamando
Al grande conde de Cabra,
A Martin Bohorques, y á Hernando
Del Pulgar; no me halló allí,
Y encontrando á Garcilaso,
Halló el Moro en los tres, mas
De lo que vino buscando;
Pues enristrando las lanzas,
Con mas de otros cien alanos,
Que de ayuda traia el perro,
Valientes los tres cerraron,
De suerte que los metieron
En Granada tan de paso,
Que á no echarles el rastrillo,
Nos hubieran escusado,

Para tomar la ciudad,
De ataques, minas ni asaltos:
Y airados de que las puertas
No les hubiesen franqueado,
Por encima de los muros
Las lanzas les arrojaron,
Siendo flechas despedidas
De los arcos de sus brazos:
Esto es lo que sé; mas ya ellos
Desmontan de sus caballos,
Y os lo contarán mejor,
Pues yo de no haberme hallado
En hazaña tan famosa,
Estoy que me lleva el diablo.

Reina. No fue menor triunfo el vuestro.
(Aparte.) De aqueste desembarazo.
De Pulgar, gusto infinito.

Sabido es el desenlace de la mencionada comedia, muy semejante en este punto á la de Lope; concluyendo con que Garcilaso corte la cabeza al Moro Tarfe y la presente ensangrentada á los piés de los reyes católicos, dando ocasion al gracioso para hacer ademanes de burla, que provocan la risa y algazara de los muchachos y la plebe.

NUMERO 21°.

Renuncia de un oficio de regidor de Loja hecha por Hernando del Pulgar á favor de Pero Lopez de la Puebla.

Muy poderosos señores: Hernan Perez de Pulgar, vecino é regidor de la cibdad de Loxa, besa las reales manos de vuestra Magestad, y dice: que por quel está ocupado en otras cosas que cumplen al servicio de vuestra Magestad, y no puede usar ni exercer el dicho su oficio de regidor; por tanto que lo renunciaba é por el presente le renunció en el licenciado Pero Lopez de Puebla, vecino de la cibdad de Granada, que es persona en quien concurren las qualidades que de derecho se requieren para usar y exercer el dicho oficio de regidor de la dicha cibdad de Loxa: suplica á vuestra Magestad le mande pasar esta renunciacion é hacer merced del dicho oficio de regidor de la dicha cibdad de Loxa al dicho licenciado Puebla; é si vuestra Magestad no fuere servido de pasar esta dicha renunciacion ni hazer merced del dicho oficio de regidor de la dicha cibdad de Loxa al dicho licenciado Puebla, retengo en mí el dicho oficio de regidor para lo usar é exercer, como lo he usado hasta agora, de lo qual otorgué la presente renunciacion ante el escribano público é testigos de yuso escrito é la firmé de mi nombre ques fecha é por mi otorgada en el lugar del Salar, término é jurisdicion de la dicha cibdad de Loxa, estando en las casas de mi morada á diez é seis dias de octubre año del nacimiento de nuestro Redentor Jesu Christo de mill é quinientos é veynte é quatro años; testigos que fueron á lo que dicho es é vieron firmar su nombre al dicho Hernando de Pulgar, Gabriel Cataño é Hernand Perez de Pulgar, hijo del dicho Hernan Perez de Pulgar. — Fernando de Pulgar é yo Pedro de Santistevan, escrivano de su cesárea é

cathólicas Magestades é escribano público, uno de los del número é del concejo de la dicha cibdad de Loxa é su tierra por sus Magestades presente fui en uno con los testigos al otorgamiento desta dicha carta, é sigund que ante mi pasó la escreví : en fé de lo qual fize aqui este mi signo á tal é en testimonio de verdad.—Tiene el signo.—Pedro de Santistevan, escrivano público y del concejo.—Tiene una firma.—(*Archivo de Simancas.*)

NUMERO 22°.

Renuncia de un oficio de regidor de Loja hecha por Hernan Perez del Pulgar á favor de su hijo don Rodrigo de Sandoval.

Sacra, cesárea, real Magestad : Hernando del Pulgar, señor del Salar, regidor de la cibdad de Loxa, beso las reales manos é pies de vuestra Magestad : é digo que por merced que vuestra Magestad me hizo yo tengo é poseo el oficio del regimiento de la dicha cibdad de Loxa é agora por justas cabsas que á ello me mueven yo renuncio é pongo el dicho oficio de regidor en manos de vuestra Magestad para que haga merced dél á Rodrigo de Sandoval, mi hijo, el qual es persona hábil é suficiente y en quien concurren las qualidades que de derecho se requieren, é leal servidor de vuestra Magestad; é si vuestra Magestad no fuere servido de hazer merced del dicho oficio al dicho Rodrigo de Sandoval, mi hijo, para que lo tenga é use, yo lo retengo en mí para usar del é servir á vuestra Magestad como hasta aqui he hecho despues que vuestra Magestad dél me hizo merced : é otrosi suplico á vuestra Magestad que por razon quel dicho mi hijo no es de edad complida para que pueda entrar en cabildo é usar del dicho oficio vuestra Magestad me haga merced que yo en su nombre tenga é posea el dicho oficio del regimiento hasta tanto quel dicho mi hijo sea de edad cumplida para que pueda usar y exercer el dicho oficio de regidor de la dicha cibdad de Loxa; en testimonio de lo qual otorgué la presente peticion de renunciacion segund de suso se contiene antel escribano é testigos yuso escritos, é aqui firmé mi nombre, ques fecha é otorgada en la cibdad de Granada á veinte é siete dias del mes de octubre de mill é quinientos é veinte é seis años, seyendo testigos Hernando de Figueroa, escribano público, é Diego de Chillon, escribano, é Agostin de Rivera, hermano del Pulgar : va entre renglones ó diz con : E yo Hernando de Aguilar, escribano de cámara de sus Magestades é de provincia en esta su corte é chancilleria, á lo que dicho es en uno con los dichos testigos presente fuy é por ende fize aqui este mio signo á tal (le tiene) en testimonio de verdad.—Fernand de Aguilar, escribano. Tiene una rúbrica. (*Archivo de Simancas.*)

NUMERO 23°.

Real facultad del emperador Carlos V para que Fernando del Pulgar y su muger doña Elvira de Sandoval pudiesen fundar mayorazgos.

Don Carlos por la divina clemencia, emperador semper augusto, rey de Alemania, doña Juana su madre, y el mismo don Carlos su hijo, por la gracia de Dios, reyes de Castilla. Por quanto por parte de vos Fer-

nando de Pulgar, cuyo es el lugar del Salar, regidor de la ciudad de Loxa, y doña Elvira de Sandoval, vuestra muger, nos ha sido fecha relacion que vosotros juntamente é cada uno de vos por sí, queriades facer uno ó dos mayoradgos, asi del dicho lugar del Salar como de todos otros bienes muebles y raices y rentas y heredamientos que al presente teneis y poseeis y tuviesedes y poseyeredes de aqui adelante, ó de la parte que dellos quisieredes, en Hernan Perez del Pulgar, vuestro fijo mayor, ó en otro de los otros vuestros fijos y en sus descendientes; é nos suplicasteis é pedisteis por merced vos diesemos licencia é facultad para ello, ó como la nuestra merced fuese, é nos acatando los grandes fechos é servicios señalados que vos el dicho Hernando del Pulgar ficisteis á los cathólicos reyes nuestros padres é abuelos é señores, que hayan santa gloria, é á nos en la conquista del reino de Granada, fasta que la ganaron, asi en los cercos y combates que dieron á las ciudades, villas y fortalezas de él, como en las escaramuzas y peleas é reincuentros, donde demas de poner muchas veces vuestra persona á riesgo y peligro fecistes muchos gastos de vuestra propia facienda. Por lo qual todo sois digno de premio é honor, porque vuestros servicios fueron tantos y tales y á tal tiempo fechos que lo merecen; y porque de ellos haya siempre memoria, y otros tomen ejemplo á bien servir, se dirán aqui:

Servicios de Hernando del Pulgar.

Que teniendo el rey cathólico cercada la ciudad de Loxa, vos fuisteis con algunos asi vuestros como amigos cercar el castillo del Salar, y dél á el entrar vos hirieron y alli estuvisteis con mucho peligro, fasta que los Moros que estaban en él se dieron; é quedando vos por alcayde fuistes alli de los Moros guerreado y corrido. — Otrosi teniendo el rey cathólico cercada la ciudad de Velez Málaga, vino á la socorrer con muchos caballeros moros é peones el rey de Granada, é puesto en la sierra é cerros de Venturiz, ques encima de dicha ciudad, vos fuisteis con algunos de á caballo á ver y tentar su real, é disteis aviso al rey cathólico de lo que visteis, oisteis y sentisteis en el dicho real y la disposicion que habia en él, é informado de vos, mandó salir del real muchos grandes con sus gentes, capitanes é caballeros é peones, los quales desbarataron é vencieron al rey de Granada con todos sus Moros, é yendo vos en la delantera deste vencimiento fasta que os mataron el caballo. — Otrosi yendo vos con muchos caballeros é peones del real que el dicho rey cathólico tenia sobre la ciudad de Baza á correr el Zenete de Guadix, el rey de ella salió con muchos alcaides caballeros, é cabeceras, é peones, los quales con los del dicho Zenete llegaron á dar é ferir en los christianos que iban huyendo, por ser muchos mas los Moros, é á esta causa el alferez con la bandera no quiso volver á los Moros, y alli vos tomasteis una toca y la pusisteis en una lanza por bandera do se recogieron á ella muchos caballeros, é volvisteis á los Moros é peleasteis con ellos fasta los vencer como fue vencida esta batalla, do fueron presos é muertos muchos caballeros é otra gente. E otro dia venido al dicho real el rey cathólico, informado de como habia pasado, vos armó caballero, é dió por armas la dicha toca con la lanza en que la pusisteis con un leon que la tiene en la mano, con once castillos por orlas, los alcaides de los quales fueron alli presos é mortos. — Otrosi teniendo el rey de Granada cercada la villa y

fortaleza de Salobreña, vos con sesenta hombres entrasteis á la socorrer, la qual entrada fue causa que el rey de Granada no la ganase; é teniendo el rey certeza que no habia agua dentro, que era la causa por donde la esperaba tomar, á los que vos fueron á requerir con partido os diesedes pues agua no teniades, vos les disteis un cántaro della quedando vos con bien poca; y amenazandoos con combate, les disteis porque os lo diesen una taza de plata. E dado el dicho combate murieron muchos Moros é pocos christianos, é visto el rey como teniades agua é perdia mucha gente en el combate, alzó el cerco, é asi alzado vos salisteis con algunos, é disteis en los Moros que en cabo de su real quedaban. — E otrosi estando en la ciudad de Alhama en la plaza della ficisteis voto de venir á esta ciudad de Granada y tomar posesion para iglesia de la mezquita mayor de ella, é vinisteis con quince de caballo é con los seis dellos vos apeasteis en la puerta é Bibarrambla y la ponte que está allí cerca junto por dó sale el rio de Darro de la ciudad, é por el dicho rio entrasteis en la ciudad y llegasteis á la puerta de la dicha mezquita que agora llaman Santa Maria de la O, donde pusisteis una hacha de cera encendida en señal de la dicha posesion, la qual con otras muchas hazañas que ficisteis se cuentan y afirman por cartas é privilegios de los dichos reyes cathólicos que santa gloria hayan. — Otrosi parece por una sentencia é carta executoria escrita en pergamino é sellada con nuestro sello de plomo, que en favor de vuestra caballeria fue dada en la nuestra audiencia é chancilleria que reside en esta ciudad de Granada, de que ante nos ficisteis presentacion, en la qual parece que de mas de todo lo susodicho por vuestra persona sola prendisteis y matasteis en la dicha guerra mas de diez Moros. Tovimoslo por bien; é por la presente de nuestro propio motu, é cierta ciencia é poderio real absoluto de que en esta parte queremos usar é usamos como reyes é señores naturales no reconocientes superior en lo temporal; damos licencia é facultad á vos dicho Fernando del Pulgar é doña Elvira de Sandoval vuestra muger para que vos otros juntamente é cada uno de por sí podais hacer é instituir el dicho uno ó dos mayoradgos del dicho lugar del Salar, é de todos los dichos vuestros bienes muebles é raices é rentas é heredamientos que al presente teneis é tuvieredes de aqui adelante, ó de la parte que dellos quisieredes é por bien tuvieredes, en vuestras vidas ó al tiempo de vuestros fallecimientos, por testamentos ó postrimeras voluntades, ó por via de donacion entre vivos, ó por causa de muerte, ó por otra manda é institucion que vosotros quisieredes; é dejar é traspasar los dichos vuestros bienes por via de titulo de mayoradgo en el dicho Fernando Perez del Pulgar, vuestro hijo mayor, ó en qualquier de los otros vuestros hijos que ahora teneis ó tuvieredes de aqui adelante que quisieredes é por bien tuvieredes, y en sus descendientes é subcesores, segun é como por las disposiciones de vuestros testamentos é mandas ordenaredes, con los vinculos y firmezas, reglas, modos, sobstituciones, restituciones, estatutos, vedamientos, sumisiones, y otras cosas que vosotros pusieredes é quisieredes poner en el dicho uno ó dos mayoradgos, segun por vosotros fuere mandado, ordenado y establecido de qualquier manera, é vigor y efecto y misterio que sea ó ser pueda, para que de aqui adelante el dicho lugar é todos los dichos vuestros bienes é rentas é heredamientos, de que asi ficieredes el dicho uno ó dos mayoradgos, sean habidos por bienes de mayoradgo inalienable é indivisible. E para que por causa alguna necesaria, involuntaria, lucrativa ni onerosa, ni

pia, ni dote, nin por otra causa alguna que sea ó ser pueda, no se pueda vender, ni dar, ni donar, ni trocar, nin cambiar ni enagenar por el dicho vuestro fijo ó fijos legitimos, nin por sus descendientes y subcesores en quien ansi ficieredes el dicho uno ó dos mayoradgos por virtud de esta nuestra carta, nin por otra persona nin personas que subcedieren en el dicho uno ó dos mayoradgos agora nin de aqui adelante en tiempo alguno para siempre jamas, por manera que el dicho vuestro fijo ó fijos é sus descendientes, en quien constituyeredes el dicho uno ó dos mayoradgos, y suscesores los hayan é tengan por bienes de mayoradgo, inalienables é indivisibles, sugetos á restitucion segun é de la manera que por vosotros fuere mandado, ordenado, instituido é dejado en el dicho uno, ó dos mayoradgos, con las mismas clausulas, firmezas, sumisiones, condiciones que en el dicho mayoradgo ó mayoradgos por vosotros fecho fuere contenido é vosotros quisieredes poner é pusieredes á los dichos bienes al tiempo que por virtud de esta nuestra carta los metieredes é vinculáredes é ficieredes el dicho uno ó dos mayoradgos, ó despues en qualquier tiempo que quisieredes é por bien tuvieredes. E para que vos el dicho Fernando del Pulgar é doña Elvira de Sandoval vuestra muger, como dicho es, en vuestras vidas ó al tiempo de vuestra fin é muerte, cada é quando y en qualquier tiempo que quisieredes é por bien tuvieredes, podais quitar é acrecentar, corregir, revocar é enmendar el dicho uno ó dos mayoradgos, é los vincular, é condiciones con que los ficieredes en todo ó en parte dello, é desfacer el dicho mayoradgo ó mayoradgos, y los tornar á facer é instituir de nuevo una é muchas veces, é cada cosa é parte dello á vuestras libres voluntades, ca nos de nuestra cierta ciencia é poderio real absoluto, de que en esta parte queremos usar é usamos, como dicho es, lo aprobamos é damos por firme recto y grato, estable y valedero, para agora y para siempre jamas, é interponemos á ello y á cada cosa é parte dello, nuestra autoridad real, y solemne decreto para que vala é sea firme para siempre jamas, que desde agora habemos por puestos, insertos é encorporados en esta nuestra carta el dicho uno ó dos mayoradgos que ansi ficieredes é ordenaredes, é instituyeredes, como si de palabra á palabra aqui fuesen insertos é incorporados, é lo confirmamos é aprobamos é ratificamos, é habemos por firme é valedero agora é para siempre jamas, segun é como, é con las condiciones, vinculos, é firmezas, clausulas é posturas é derogaciones é sumisiones, premias é restituciones en el dicho mayoradgo ó mayoradgos que por vosotros fuere fecho y ordenado, declarado y otorgado, fueren y seran puestas y contenidas. E os suplimos todos é qualesquier defectos é obstaculos é impedimentos y otras qualesquier cosas, ansi de fecho como de derecho, de sustancia como de solemnidad; é para validacion é corroboracion de esta nuestra carta, é de lo que por virtud della ficieredes é otorgaredes, é de cada cosa é parte dello fuere fecho é se requiera y es necesario é cumplidero, é provechoso de se cumplir, con tanto que seais obligados de dexar á los otros vuestros fijos y fijas legitimos alimentos aunque no sean en tanta cantidad quanto les podria pertenecer de su legitima, etc. — Otrosi es nuestra merced que en caso que el dicho vuestro hijo ó fijos é sus descendientes, en quien asi ficieredes é constituyeredes el dicho uno ó dos mayoradgos, otras qualesquier personas que subcedieren en ellos, cometieren qualquier ó qualesquier crimenes, ó delitos porque deban perder sus bienes, ó qualquier parte dellos, quier por sentencia ó disposicion de derecho ó por otra qualquier

causa, que los dichos bienes de que ansi ficieredes en dicho uno ó dos mayoradgos conforme á lo susodicho, no puedan ser perdidos nin se pierdan, antes que en tal caso vengan por ese mismo fecho los dichos bienes del dicho uno ó dos mayoradgos á aquel, á quien por vuestra disposicion venian é pertenescian si el dicho delincuente muriera sin cometer el dicho delito, la hora antes que lo cometiera, escepto si la tal persona ó personas cometieren delito de herejia ó crímen de læsæ majestatis ó perdulionis, ó el pecado abominable contra natura, que en qualquier de los dichos casos, queremos y mandamos que los haya perdido y pierda bien ansi como si no fuesen bienes de mayoradgo. E otrosi con tanto que los dichos bienes que ficieredes el dicho uno ó dos mayoradgos sean vuestros propios, que nuestra intencion y voluntad no es de perjudicar á nos ni á nuestra corona real, ni á otro tercero alguno: lo qual todo queremos y mandamos y es nuestra merced y voluntad que ansi se faga y cumpla, no embargante las leyes que dicen que el que tuviese fijos ó fijas legitimos solamente pueda mandar por su anima el quinto de sus bienes, y mejorar á uno de sus fijos y nietos en el tercio de sus bienes, é las otras leyes que dicen quel el padre ni la madre no pueden privar á sus fijos de la legitima parte que les pertenece de sus bienes, ni les poner condicion ni gravamen alguna, salvo si los deseredaren por las causas en derecho premisas. E ansimismo sin embargo de otras qualesquier leyes, fueros y derechos, pragmaticas sanciones de los nuestros reinos y señorios, generales y especiales fechas en cortes y fuera dellas, que en contrario de lo susodicho sean ó ser puedan, aunque de ellas y de cada una dellas debiera ser fecha espresa y especial mencion. Ca nos por la presente del dicho nuestro propio motu y cierta ciencia y poderio real absoluto, habiendo aqui por insertas y incorporadas las dichas leyes y cada una dellas, dispensamos con ellas y cada una dellas y las abrogamos y derogamos, casamos y anulamos y damos por ningunas y de ningun valor y efecto en quanto á esto toca y atañe y atañer pueda en qualquier manera, quedando en su fuerza é vigor para en lo demas adelante, con tanto que como dicho es, seais obligados de dexar á los otros dichos vuestros fijos é fijas legitimos alimentos aunque no sea en tanta quantidad quanto les podria venir de su legitima. E por esta nuestra carta encargamos al ilustrisimo infante don Fernando nuestro muy caro y muy amado fijo y hermano; é mandamos á los infantes, perlados, duques, marqueses, condes, ricos omes, maestres de las ordenes, priores, comendadores é subcomendadores, alcaydes de los castillos y casas fuertes é llanas, é á los del nuestro consejo, presidentes y oidores de las nuestras audiencias, é alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte é chancillerias, é á todos los corregidores, assistentes, gobernadores, alcaldes, alguaciles, merinos, prebostes y otros jueces é justicias qualesquier de todas las ciudades, villas é lugares de los nuestros reinos é señorios, asi á los que agora son como á los que seran de aqui adelante, que guarden é cumplan, é fagan guardar é cumplir á vos el dicho Fernando del Pulgar é doña Elvira de Sandoval, vuestra muger, é al dicho vuestro hijo ó fijos é sus descendientes en quien ansi ficieredes é instituyeredes el dicho uno ó dos mayoradgos, esta merced y licencia é facultad, poder é autoridad que nos vos damos para facer el dicho uno ó dos mayoradgos, é todo lo que por virtud della ficieredes é instituyeredes é ordenaredes en todo é por todo, segun que en esta nuestra carta se contiene é será contenido, é que en ello ni en parte dello embargo nin con-

trario alguno vos non pongan nin consientan poner, é si necesario fuese, é vos el dicho Fernando de Pulgar é doña Elvira de Sandoval, vuestra muger, el dicho vuestro fijo ó fijos é sus descendientes, en quien ansí ficieredes é instituyeredes el dicho uno ó dos mayoradgos quisieredes ó quisieren nuestra carta de privilegio é confirmacion de esta nuestra carta é licencia é autoridad, é del mayoradgo, ó mayoradgos que por virtud della ficieredes é instituyeredes, mandamos al nuestro canciller é notarios mayores de los privilegios é confirmaciones, é á los otros oficiales que estan á la tabla de los nuestros sellos que vos la den y libren, é pasen é sellen la mas fuerte, firme, é bastante que les pidieredes, é menester ovieredes; mandamos que tome la razon de esta nuestra carta Francisco de los Cobos, nuestro secretario. E los unos nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merced, é de diez mil maravedis para la nuestra cámara á cado uno de los que lo contrario ficieren. Dada en Granada á veinte y nueve dias del mes de setiembre año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mil é quinientos é veinte y seis años. — Yo el Rey. —Yo Francisco de los Cobos, secretario de sus cesarias cathólicas magestades la fice escribir por su mandado. Registrada: el bachiller Villota Horvina. Por canciller, maestrum cancillarum, Licenciatus don Garcia. Doctor Carvajal. — Asentada: Francisco de los Cobos. (*Archivo de Simancas.*)

NUMERO 24°.

Real cédula en que á Hernan Perez del Pulgar se le hace merced de la torre del Salar.

El Rey.

Por quanto vos, Fernando del Pulgar, contino de mi casa, tovistes el castillo del Salar desde el año de ochenta y seis que se ganó de los Moros, fasta el año de noventa y ocho que se derribó, á vueltas de otras fortalezas que por mi mandado fueron derribadas en este reino de Granada, en el qual dicho castillo quedó una torre desmochada horadada, y en ella quedaron unas bóvedas, y alrededor un cortijo derribado, de lo qual todo me suplicastes vos ficiese merced. Y acatando los servicios que en el sostener del dicho castillo me hicistes durante la guerra de Granada, y considerando el peligro que en lo sostener vuestra persona muchas veces posistes, tóvelo por bien, é por la presente vos fago merced de la dicha torre y cortijo para que sea vuestro y de vuestros herederos, ó de quien vos quisieredes para agora é para siempre jamas. Fecha en la ciudad de Granada á once dias del mes de marzo año del nascimiento de nuestro Señor Jesuchristo de mil y quinientos años.—Yo el Rey.—Por mandado del rey. Fernando de Zafra. (*Archivo del Salar,* legajo 13, núm. 1°.)

NUMERO 25°.

Carta del rey don Felipe III al embajador en Roma para que sostenga los derechos del real patronazgo en caso que el dean y cabildo de la iglesia de Granada acudiesen allí con motivo del pleito sobre asiento y sepultura, seguido por don Fernando del Pulgar nieto de Fernan Perez el de las hazañas.

Don Felipe por la gracia de Dios rey de Castilla, etc. Muy reverendo en Christo padre cardenal, mi muy caro y amado amigo. Sabed, que á instancia del emperador mi señor, que santa gloria haya, el dean y cabildo de la iglesia metropolitana de Granada, que es de mi patronazgo real, señalaron á Fernando Perez del Pulgar, y á sus sucesores en su casa y mayorazgo, sepoltura en aquella iglesia, y dieron licencia para asistir en el coro durante los divinos oficios, como estaban otros caballeros ilustres, señalándole el asiento y lugar donde habia de estar : lo qual se hizo en premio de la memorable hazaña que el dicho Fernan Perez del Pulgar hizo, entrando en aquella ciudad quando la tenian ocupada los Moros, y tomando la posesion de la mezquita, para quando nuestro señor fuese servido que la ganasen los señores reyes don Fernando y doña Ysabel, mis predecesores, que iban en su conquista, sirviese de iglesia mayor, que es la misma en que está la dicha iglesia metropolitana : y por haber el dean y cabildo della perturbado á don Fernando del Pulgar, nieto del dicho Fernan Perez, en la posesion que tenia del dicho asiento, se trató en razon dello en mi chancillería, que reside en la dicha ciudad de Granada, y por sentencia y executoria fue amparado en la dicha posesion, sobre cuya executoria se volvió á tratar pleito en la dicha chancillería. Y estando pendiente en ella, el muy reverendo en Christo padre arzobispo de aquella iglesia, acudió á mi consejo de cámara, y me suplicó mandase á la dicha chancillería sobreseyese este negocio, hasta tanto que en el dicho mi consejo se viesen los papeles, y como patron de aquella iglesia declarase mi voluntad. Y para proveer lo que acerca de ello conviene, mandé á la dicha mi chancillería me informase lo que acerca dello habia. Y habiendolo hecho, se declaró no haber lugar el traerse el pleito al dicho mi consejo : y mandé que al dicho don Fernando se le guardasen sus preminencias acostumbradas, para lo qual se despachó cédula mia, dirigida al presidente y oidores de la dicha mi chancillería, los quales me han escrito ahora, que en cumplimiento de la dicha mi cédula proveyeron un auto, por el qual mandaron se guardase la carta executoria que tiene el dicho don Fernando del Pulgar, y que habiéndose notificado á los dichos dean y cabildo en veinte y dos de octubre, pasado el dia siguiente hicieron notificar al dicho don Fernando del Pulgar un breve y letras del auditor de la cámara apostólica, cuya copia se os inviará con esta, y que por estarles notificados dos autos de la dicha audiencia, para que exhibiesen el dicho breve, y no usasen de él hasta que fuese visto, y examinado, y si era contra mi jurisdicion, patrimonio, ó patronazgo, se suplicase del, y que por la inobediencia que le habian tenido los dichos dean, y cabildo, contraviniendo los dichos autos, los condenaron en mil ducados para mi cámara, y gastos de justicia. Y por ser este negocio tocante á mi patronazgo, y en perjuicio de la jurisdiccion que tengo en las cosas del, os ruego, y encargo muy afectuosamente esteis á la mira, y procureis en-

tender si por parte de la dicha iglesia se acude ahí á pedir alguna cosa en razon dello, y salgais á la defensa en favor del derecho del dicho mi patronazgo, sin dar lugar á que se despache cosa alguna contra él. Y de lo que en esto se ofreciere, y fuereis haciendo me dareis aviso á manos de Jorje de Tobar mi secretario, que en ello recibiré de vos agradable placer, y servicio, y sea, muy reverendo cardenal, mi muy amado amigo, nuestro Señor en vuestra continua guarda, y proteccion. De Madrid veinte y uno de noviembre de mil y seiscientos y diez y seis. Yo el Rey. Por mandado del rey nuestro señor. Jorje Tobar.

NUMERO 26º.

« Por otra cédula de la dicha señora reina doña Ysabel, dirigida á Diego Fernandez de Ulloa veintiquatro de Jaen, se le manda al dicho veintiquatro que por quanto ella habia fecho merced al dicho Fernando del Pulgar de tres caballerias de tierra en el Salar y lo que su alteza y el rey su señor mandaron en un capítulo de las ordenanzas, dixo que vea y cumpla lo que en el dicho capítulo y merced se contiene, é que se le den casas é hacienda como alcaide, por haber servido á su alteza en el cerco de Baza, por quanto merece se le haga por esto esta y otras mercedes. Su data de esta cédula referida en Jaen á 3 de setiembre de 1489. » (Armas, casas y solares de don Lázaro del Valle y la Puerta, folio 907 vuelto. Manuscritos de la real biblioteca.)

NUMERO 27º.

Real cédula de la reina doña Isabel prometiendo á Fernando del Pulgar hacerle merced del primer oficio de regidor, jurado, escribanía de la ciudad de Alcalá la Real.

La Reyna.

Por la presente seguro é prometo á vos, Fernando del Pulgar, mi criado, por mi palabra y fé real, de vos facer merced del primer oficio de regidor, ó jurado, ó escribanía del concejo de la ciudad de Alcalá la Real, que en qualquiera manera vacare, para en alguna enmienda de los servicios que me habeis fecho é fagais. Fecha en veinte y dos dias de abril de mil quatrocientos ochenta y seis años. — Yo la Reyna. — Por mandado de la reyna. Francisco de Madrid.

NUMERO 28º.

Apuntes concernientes á Hernan Perez del Pulgar, segundo señor del Salar.

Hernan Perez del Pulgar, segundo señor del Salar, fue hijo menor del

famoso Pulgar, *el de las hazañas*, y de doña Elvira de Sandoval y Mendoza, su muger [1].

No se sabe con certeza ni el pueblo ni el año de su nacimiento, pero por varios indicios puede congeturarse que nació en la ciudad de Sevilla, en los primeros años del siglo décimo-sexto.

No es por lo tanto posible, como se ha dicho por alguno, que concurriese á las expediciones de los Españoles en Africa, verificadas por aquella época, ni tampoco aparece bastantemente comprobado que en el año de 1536 se hallase sobre Marsella, asistiendo al emperador; y que en un reencuentro junto á Aix recibiese Pulgar dos heridas [2].

Lo que sí resulta ser cierto, y probado con documentos auténticos, es que tuvo una gran parte en la expedicion dirigida contra el reino de Tremecen, mandada por el conde de Alcaudete. En el archivo de la casa del Salar se hallan el original y la copia, ambos de letra antigua, de la informacion que hizo á su vuelta Pulgar en el año de 1565 ante el corregidor de la ciudad de Loja, de como habia pasado al reino de Tremecen en el año de 1543, con una compañía á su costa de 350 hombres, caballos y criados; y como en dicha ciudad pidió que se le diese posesion de los molinos, de que se habia hecho merced á su padre por los reyes católicos, en compensacion de sus señalados servicios. La peticion hecha al corregidor de Loja por Hernan Perez del Pulgar, es la que resulta copiada al núm. 19. (Sigue despues el auto del corregidor y la informacion de testigos, que se habian hallado en Tremecen cuando la toma de la ciudad, y de los cuales muchos afirman de vista lo que en la justificacion se les mandaba.)

En el impreso ya citado, legajo 2º, núm. 20, se inserta la mencionada informacion, por la cual consta: « Que dicho Fernan Perez acompañó al conde de Alcaudete con 300 hombres que levantó, toda gente muy escogida, la cual llevó á su costa hasta Cartagena, donde se embarcaron, y en todo el camino fue gastando con la dicha su gente mucha cantidad de dinero, porque no hubo pagas ni socorros, haciendo mucho gasto y costa de armas y otros muchos pertrechos para la dicha jornada. Y que á la salida de la ciudad de Tremecen, á la vuelta de Oran, habia salido en un caballo á una escaramuza con los Moros, con los cuales peleó muy bien, entrándose en medio de ellos, de cuya refriega habia sacado el caballo atravesado por las caderas con dos lanzas, que así lo habian visto los testigos por hallarse presentes, y que á no heber peleado con tanto esfuerzo le hubieran muerto los Moros. » Contestan la peticion hecha por Pulgar al conde de Alcaudete, para que le diese posesion de los molinos; y añaden que viniendo la vuelta de Oran, habia enfermado de enfermedad que le duró muchos dias, de que estuvo á peligro de muerte, gastando muchas cantidades de maravedis.

Tambien se hace mérito en dicho impreso de un testimonio dado por

[1] M. S. Armas, casas y solares; coleccion de documentos por los reyes de armas, tom. 20, en folio.
Historia de la casa de Lara, tomo 2º, pág. 746.
Cláusula del mayorazgo fundado por Pulgar, el de las hazañas, en el año de 1529.
Testamento del mismo Pulgar.

[2] Relacion impresa de los servicios del maestre de campo de infantería española, marques del Salar, legajo 2º, núm. 20. (Archivo del Salar.)

Gaspar de Santistevan, escribano de Loja, á 18 de junio de 1562, por el cual certifica que habiéndose presentado una carta de S. M. en el cabildo de dicha ciudad en 24 de enero de 1556, sobre la toma de Bugia, y de la gran pérdida que sucedió en tomarse; y de los muchos cristianos que cautivaron, y artillería y moneda que tomaron, que llevaban á la *Goleta*, y como para la reparacion de ella y toma de Argel tenia necesidad de socorro y ayuda, lo que cada vecino quisiese dar, requerido Fernando Perez, respondió lo siguiente: « Fernan Perez del Pulgar, regidor, dijo: que él es pobre, é no tiene con que servir á S. M. como es notorio; que con su persona, y de dos hijos servirá á S. M. en esta jornada, cada y cuando que particularmente S. M. se lo enviare mandar; y lo hará como su padre y sus antepasados lo hicieron: y lo firmó de su nombre: Fernan Perez del Pulgar. »

Así mismo se certifica que por la informacion referida consta: que el dicho Fernan Perez, habiendo tenido orden de S. M. para cumplir la promesa antecedente, partió de Loja con don Fernando del Pulgar su hijo mayor, ambos por capitanes de infantería con 600 hombres, que á su costa levantaron; llevando asimismo á don Pedro del Pulgar, su hijo segundo, por su alferez á la conquista de los reinos de Tremecen y Tunez, de que fue por capitan general el conde de Alcaudete; y que en las refriegas que hubo cautivaron á los dichos Fernan Perez y don Fernando, su hijo, despues que salieron heridos de ellas, y que se escapó el dicho don Pedro del Pulgar, que trajo noticias de ello á Loja, donde se buscaron medios para su rescate.

Consta igualmente de dicho impreso la facultad real de Felipe II, dada en Valladolid á 11 de junio de 1559, y refrendada de Juan Vazquez de Molina su secretario, por la cual da licencia á Fernan Perez y á su hijo mayor don Fernando, para imponer sobre los bienes de su mayorazgo censo abierto de 1600 ducados de principal, para rescàtar sus personas que estaban cautivas en Africa.

Al tiempo de la informacion se pagaba por los poseedores del mayorazgo parte del censo referido, tomado al convento de Santa Clara de dicha ciudad.

Despues de tantos riesgos y padecimientos, como sufrió Hernan Perez del Pulgar en la mencionada expedicion de Tremecen, concurrió tambien con su persona, en calidad de capitan, á la cruelisíma guerra encendida en el reino de Granada por la rebelion de los Moriscos; en cuya ocasion mostró su grande esfuerzo, grangeando mucha prez y renombre.

Insertamos como concernientes á este propósito varias cartas que escribieron á Pulgar el príncipe don Juan de Austria, y el mismo rey Felipe II.

Carta escrita por don Juan de Austria á Hernan Perez del Pulgar, segundo señor del Salar.

Magnífico Señor.

Porque entiendo que teneis muy poca gente en vuestra compañía, y que no conviene que sea así, os encargo mucho que con la mayor brevedad que sea posible procureis de rehacerla hasta el número de doscien-

tos y cincuenta hombres, que para ello se envia el pagador y el dinero necesario; avisarmeeis del número que tendreis y como se habrá cumplido, teniendo mucho cuidado de hacer todo lo que os toca en la guardia de esa tierra, como de vuestra persona lo confio, la qual guarde nuestro señor.—De Granada á 22 de octubre de 1569. A lo que ordenaredes.—Don Juan.—Al magnífico señor el capitan Fernan Perez del Pulgar.—En la Calahorra. (*Archivo del Salar.*)

Magnífico Señor.

El duque de Arcos me escribió lo mismo que vos en vuestra carta de quince del presente, y tengo por bien que vais á servir cerca de su persona; y así os partireis luego, y estareis á la órden que el duque os diere, hasta tanto que otra cosa se provea, y avisarme eis del dia que partis, y llegais á Ronda, y la gente que tuviere vuestra compañia, con lo demas que se ofreciere. Nuestro Señor guarde vuestra magnífica persona, etc. De Guadix, á veinte y uno de setiembre de mil y quinientos y setenta. Don Juan. Al muy magnífico señor el capitan Fernan Perez del Pulgar. (*Archivo del Salar.*)

Carta de Felipe II á Hernan Perez del Pulgar, segundo señor del Salar.

El Rey.

Capitan Fernan Perez del Pulgar: por cartas del ilustrisimo señor don Juan de Austria, mi muy caro y muy amado hermano, tenemos aviso que os ha elejido entre otros capitanes para que hagais y levanteis una compañia de infanteria, para ir á servir en esta guerra contra los Moriscos rebelados del reino de Granada. Y porque habemos entendido que en la orden que para ello se os dió dice entre otras cosas; que los soldados que se vinieron de la dicha guerra sin licencia, que no volvieren á servir ahora, sean *herrados en el rostro*, y esta clausula no es nuestra voluntad que haya efeto, ni que se publique ni trate de ella, y tambien que la dicha gente se haga con voz de que es para Ytalia, á donde ha de ir en caso que no sea menester para lo de Granada, os mandamos que no publiqueis la dicha clausula, que habla sobre el herrar á los que no volvieren á servir de los que se vinieron, porque desto no se ha de tratar mas de solamente el perdonarseles el delito á los que volvieren, y los que no lo hicieren, seran castigados: hareis la dicha compañia con la dicha voz y publicidad de que es para Ytalia; la qual procurareis de hacer y levantar con la mas brevedad que ser pueda, que su embarcacion ha de ser en Málaga ó Cartagena y fecha la dicha gente ó la mayor parte, caminareis con ella, derecho á donde el dicho ilustrisimo don Juan os hubiere ordenado ó ordenare; y procurareis de llevarla en orden y bien disciplinada, de manera que en los alojamientos ni en los lugares por donde pasaren no hagan desordenes y excesos, sino que paguen lo que tomaren; pues llevan pagador que los socorra; porque si algunos oviere, se os ha de cargar á vos la culpa de ellos; guardando en todo lo demas lo contenido en la instruccion del dicho ilustrisimo don Juan. Y como quiera que á don Juan de Alarcon hemos enviado á mandar por carta de

la fecha de esta, os dé la dicha orden, todavia os lo habemos querido mandar particularmente. De Madrid á 30 de Agosto de 1570 años.—Yo el Rey.—Por mandado de S. M.—Juan Vazquez. (*Archivo del Salar.*)

Dicho Hernan Perez del Pulgar fue corregidor de Carmona, segun aparece del título firmado de la reina doña Juana en Valladolid á primero de noviembre de 1550, refrendado de Juan Vazquez de Molina, su secretario, de cuyo oficio tomó Pulgar posesion á 20 de diciembre del mismo año; segun resulta de testimonio dado por Gonzalo de Sanabria y Sotomayor, escribano de dicha villa, á 2 de julio de 1628 [1].

No se sabe á punto fijo el año en que falleció Hernan Perez del Pulgar; pero en el archivo de su casa se halla el testamento que hizo, estando enfermo, á 19 de junio de 1579, ante Pedro de Avila Sedeño, escribano de Loja; y es probable que muriese por aquella época.

Estuvo Pulgar casado con doña Maria de Robles, y en ella tuvo varios hijos; de los cuales el primogénito heredó su nombre y su esfuerzo [2].

[1] Archivo del Salar.

[2] Impreso existente en el archivo del Salar, legajo 2°, núm. 20.

DOÑA ISABEL DE SOLIS,

REINA DE GRANADA,

NOVELA HISTÓRICA.

DOÑA ISABEL DE SOLIS.

PARTE PRIMERA.

ADVERTENCIA.

Hallándome en Paris, hace pocos años, me ocurrió por primera vez el pensamiento de escribir una novela histórica: no porque tuviese mucha aficion á esta clase de composiciones, ni menos porque me conceptuase con todas las calidades necesarias para salir con lucimiento de mi empresa; sino mas bien á impulso del mismo sentimiento, noble y generoso, que me habia hecho tantear varias y difíciles sendas en la carrera de la literatura. Cabalmente por aquel tiempo habia subido al mas alto punto en Europa la fama de Walter Scott: traducíanse sus obras en Francia, apenas se publicaban en Inglaterra; en tanto que no pocos escritores de aquella nacion se afanaban por enriquecer á su patria con novelas originales, tomando el argumento de su historia: el célebre Manzoni daba á luz una obra de esta clase, bastante por sí sola para mantener en la nueva palestra el antiguo nombre y la gloria de Italia; y hasta mas allá de los mares, como si cundiese al campo de la literatura la emulacion de dos grandes naciones, hermanas poco ha y hoy rivales, no faltaba quien desde las riberas del Delaware osase disputar la palma al bardo de Escocia.

Unicamente en España (solia yo decir en mis adentros, con aquel decaimiento y melancolía que solo experimentan los que estan largos años ausentes de su patria) no se notan conatos y esfuerzos para cultivar este ramo de las letras humanas; que aun cuando no pueda llamarse peregrino y desconocido á nuestros padres, ha tomado recientemente una nueva forma, acomodada al gusto y aficion de este siglo, que hasta en las composiciones mas leves, destinadas al esparcimiento y recreo, no se da por satisfecho si no halla cierto fondo de realidad. Y no cabe atribuir la escasez y penuria de tales composiciones á que falten en España clarísimos ingenios; que aquel suelo privilegiado lo da tan espontáneamente de sí como los frutos de la tierra; ni hay tal vez nacion alguna de cuantas pueblan el globo, que cuente en sus anales tantos hechos singulares y portentosos; que muestre en su espacioso ámbito mas monumentos de naciones distintas; que presente, por el largo trascurso de ocho siglos, una lucha incesante, continua, entre dos pueblos diferentes, contrarios en religion, en costumbres, en leyes, en hábitos, en habla; y encerrados no obstante en el mismo recinto, luchando cuerpo á cuerpo, como dos gladiadores en el circo romano.

Pues si se buscan colores y matices para pintar un cuadro, ¿qué lengua de las vivas podrá competir siquiera con la que nos legaron nuestros mayores? Tan rica, tan sonora, que no ha menester el auxilio de la rima ni el compas de la mensura, para dar á la prosa el encanto de la poesía; robusta á la par que flexible; majestuosa no menos que suave; hija nobilísima del Lacio, enriquecida con la pompa de los pueblos de Oriente, como para celebrar al mismo tiempo las proezas de los héroes y las dichas de los amantes.

Alimentado con estos pensamientos, me apegué mas y mas al designio de escribir una novela histórica; pero me retrahia el no sentir mi ánimo tan despejado y sereno cual era menester para una obra de tal clase, y el temor de que saliese fria y descolorida, escrita á la márgen del Sena; motivos que me determinaron á aplazar mi intento, hasta que volviese á pisar el suelo de mi patria, y sintiese en mi corazon y en mis venas el claro sol de Andalucía.

Cumplióseme al fin mi deseo; y apenas me ví en Granada, traté de poner manos á la obra, como aquel que volviendo á su hogar, despues de peregrinar largo tiempo por lejanas regiones, no encuentra descanso ni sosiego hasta que cumple un voto.

Mediaba tambien la circunstancia de haberme propuesto desde un principio que el asunto de la novela fuese peculiar de Granada; pues habia notado, no sin satisfaccion y complacencia, que tales argumentos encontraban favorable acogida en todos los paises, y eran como de buen agüero; habiendo proporcionado no escasa gloria á los que los habian manejado con mas ó menos acierto; empezando á contar por el *Gonzalo de Córdoba* de Florian, continuando por el *Ultimo Abencerrage* de Chateaubriand, y concluyendo por las obras de Washington Irving.

Nacido yo en Granada, y teniendo allí tantos recuerdos de mi infancia y de mi adolescencia, se me ofrecia un nuevo estímulo para recorrer aquellos sitios apacibles y registrar curiosos monumentos; no fiándome de lo que acerca de ellos refiriesen antiguos escritores, y procurando comprobar con mis propios ojos si estaban ó no conformes con la verdad sus asertos.

De donde habia de provenir, por poco esmero que en ello pusiese, que las descripciones no fuesen vagas y pintadas de fantasía, como lo suelen ser las que se hacen de paises que no se han visto; sino calcadas, por decirlo así, en el propio terreno y sobre los objetos mismos.

Quiso tambien la suerte, pues debo confesar que lo reputé como buen hallazgo, que dí entre otros con el argumento de esta novela; el cual me pareció que reunia todas las condiciones apetecibles.

En este cuadro cabia bosquejar los principales monumentos, que han dejado en Granada los Arabes, como testimonios vivos de su grandeza; cabia presentar á la vista algunas escenas de la vida doméstica de aquel pueblo, mas conocido en los campos de batalla que no en el recinto de sus ciudades ó en el retiro de su hogar; cabia por último indicar, en cuanto lo consintiesen la ocasion y el espacio, lo mucho que debe la Europa, en punto á civilizacion y cultura, á un pueblo celebrado meramente como emprendedor y belicoso, si es que no llega la ingratitud hasta el extremo de apellidarle bárbaro.

Y si aun no satisfecho, deseaba animar mas el cuadro con objetos que despertasen la atencion por su magnitud y realce, el mismo fondo se brindaba á presentar en él las disensiones civiles, que prepararon la

ruina de aquel reino; así como la lucha (no menos larga y porfiada que la guerra de Troya) que derribó por tierra una dominacion de ocho siglos, y abrió en Granada los cimientos de la gloria y grandeza de España.

Tal es el vastísimo campo que ofrece este argumento; aunque tal vez en manifestarlo con tanta ingenuidad y lisura, me deje llevar sobradamente de la aficion que le he cobrado, sin reparar que quizá redunde en mengua y descrédito propio. Sea de esto lo que fuere, no se reputará como ocioso el manifestar el fin que en esta obra me he propuesto, dejando al público el decidir hasta qué punto lo haya ó no conseguido. Debo solamente añadir que la primera parte de esta novela (que al cabo sale á luz, despues de haber dormido algunos años entre mis borradores) comprende solo hasta el momento en que el rey de Granada se desposó con doña Isabel de Solis; porque este punto ofrece como un descanso, en que poder hacer alto y tomar aliento; pero si Dios me concede salud y sosiego, proseguiré á ratos perdidos mi obra hasta llevarla á debido término: que será naturalmente despues de la toma de Granada, al referir los últimos acontecimientos concernientes á aquella muger singular.

Respecto de las notas, temí que su balumba hiciese que mi obra pareciera lenta y pesada; por cuya razon las reuní todas al final[1], como en un lugar de destierro; para que de esta suerte, acudan á ellas los que sientan el incentivo de la curiosidad y sean aficionados á recoger abundante mies de datos y noticias; al paso que no tropiecen con semejante estorbo los que sigan el curso de la novela por mera distraccion y pasatiempo: así como los que viajan en Suiza por sacudir el ocio y el fastidio, se contentan con admirar de corrida tantas y tan varias perspectivas, montes, cascadas, lagos; en tanto que el curioso naturalista se detiene á cada momento, para contemplar una por una las maravillas que le ofrecen los Alpes.

CAPITULO PRIMERO.

Aprestos de boda en el castillo.

« Si al bueno de nuestro amo no se le trastrueca el juicio con esta boda (decia entre dientes un antiguo escudero del comendador Sancho Jimenez de Solís), se lo debe á los ruegos de su bendita esposa (¡ que santa gloria haya!). » — « ¿Qué rezas ahí, linda maula? le gritó desde un rincon una dueña, con sesenta miércoles de ceniza bajo las reverendas tocas: en tratándose de trabajar, parece que te punzan espinas: á tí no te aplace mas que trotar en la yegua morcilla, para llevar en piés agenos una carta á Jaen, ó tener en la mano un halcon cuando va el amo á caza; pero en llegando el caso de aplicar el hombro al trabajo, se te conoce la mala madera. » — « Peor es la de esta viga (repuso con enojo el escudero, arrojando al suelo el martillo que estaba manejando); mas apolillada está que

[1] Para guardar conformidad con las otras obras del mismo autor, hemos puesto estas notas al pié de las páginas, y no al fin del volúmen, como se ha practicado en la edicion original de Madrid. (*Nota del editor.*)

conciencia de dueña; y el que clave en ella un clavo, que me lo clave á mí en la frente... Pues no digo este paño de tapiz; los dedos se me cuelan por él, como si fuese una tela de araña: ya he aportillado la cara á dos Judíos de la pasion, y acabo de taladrar un ojo á este rey mago... » Abalanzóse la dueña como una furia, viendo tan malparado no menos que al rey Baltasar, el de la barba cana; que si hubiera sido el rey negro, quizá no le doliera tanto; y descargando sobre el escudero una nube de piedra con voz de caldera cascada, y replicando él en tono acedo y socarron, en un tris estuvo que viniesen de las palabras á las manos, ó por mejor decir, á las uñas; porque es fama que la tal Mari-Perez no sabia reñir con otras armas.

Acudió por buena dicha una turba de pages y de criados, en que estaba hirviendo el castillo; creció la gritería y chilladiza con los que venian, con los que tornaban, y sobre todo con los que se desgañitaban para imponer silencio á los demas; y rodando el eco de un salon en otro, y abultando la fama una rencilla de tan leve monta, cual suele hacerlo con hechos de mayor cuantía, llegó el rumor confuso á los oidos del comendador, que lejos de temer en su misma casa un principio de guerra civil, estaba leyendo sosegadamente, al amor de la lumbre, el *Doctrinal de privados* del célebre marqués de Santillana.

Contadas eran las noches en que aquel buen caballero no se regalaba unos instantes con tan grata lectura: porque como su sano juicio y claro entendimiento le alejaban de los libros de caballería, muy estimados en aquellos tiempos, y como por su edad y carácter no hallaba sabroso pasto en las obras de los poetas, reducidas por lo comun á conceptos amorosos, sutilezas y juegos de ingenio, preferia para solazar el ánimo en las largas noches de invierno el *Laberinto* de Juan de Mena, las sentidas composiciones de Jorge Manrique, y las obras del marqués de Santillana, en que hallaba á la par recreo y caudal de doctrina.

Mediaba tambien un motivo especial, para que nuestro comendador gustase mucho del *Doctrinal de privados*; y es que cansado en breve de la confusion de la corte, y habiendo salido de ella malcontento (cuando arreció mas la tormenta en el reinado de Henrique IV) saboreaba con deleite todo lo que le confirmaba en su buen propósito, presentando á sus ojos el espejo del desengaño. Fue de los pocos nobles de cuenta que no se avilantaron en aquellos aciagos tiempos, cobrando alas con la flaqueza del monarca; y como antevió prudentemente, para el punto mismo en que vacase el trono, nuevas alteraciones y revueltas, se retiró con tiempo á la villa de Martos, solar de sus mayores.

Allí vivia á placer, obedecido de sus vasallos, no como señor sino como padre, amado de sus deudos y amigos, y acatado por la gente comun, cuando le columbró en aquel retiro la vista perspicaz de la reina doña Isabel, que apenas hubo empuñado el cetro

por muerte de su hermano, cuando dió claras muestras de lo que habia de ser un dia. Y cierto que menester era mas que un ánimo varonil, para no arredrarse por tantos obstáculos ni amilanarse con tamaños peligros: enflaquecido el reino, desmandada la nobleza, esquilmados los pueblos, puestos en la punta de las espadas los títulos al trono, amenazando á la par disturbios domésticos y guerras extrañas, enemistada la Francia por la parte del norte, en acecho los Moros por la del mediodia, y amagando Portugal el corazon mismo de Castilla, apenas bastaban la fortaleza y la prudencia mas extremadas para afirmar con una mano el solio y contener con otra tal avenida de enemigos [1].

Tanto pudo sin embargo aquella esclarecida princesa: y no fue la menor de sus dotes el pulso y tino en la eleccion de personas á quienes encomendar el mando, cerrando los oidos al importuno ruego, amurallando el palacio contra la lisonja, y yendo en busca del merecimiento dó quiera que se hallase. Así no es maravilla que, apenas llegó á su noticia el concepto en que era tenido en su patria el comendador Solís, no menos insigne por su noble cuna que aventajado por sus buenas partes, le nombrase por alcaide de la villa de Martos, encomendando á su lealtad y bizarría la defensa de aquella frontera.

En mucha estima tuvo el comendador tan señalada muestra de confianza; y ansioso de corresponder á ella á ley de caballero, no escusó afan ni diligencia, robando meramente á sus ocupaciones y tareas las horas del preciso descanso, y tal cual dia de vagar, que destinaba al ejercicio de la caza, á que era muy aficionado, tal vez

[1] « Enrique IV (dice un juicioso escritor, cuya memoria me será siempre grata), heredó el ánimo apocado y servil con el reino. Incierto y pusilánime en sus resoluciones, despreciado de sus vasallos, corrompido en sus costumbres, amigo de placeres que le negaba naturaleza, llegó á aborrecer de todo punto los negocios, y los abandonó al capricho y antojo de sus ambiciosos privados. De aquí nacieron las discordias de la familia real, los horrores de la guerra civil y los peligros que corrió la corona de don Enrique; pero la indolencia del monarca hacia inútiles las lecciones de la adversidad. Mientras la corte pasaba en justas y galanteos el tiempo que se debia á los cuidados del gobierno, mientras vagaba flojamente de bosque en bosque tras la distraccion y entretenimiento de la caza, los próceres se hacian cruda guerra unos á otros en las provincias, y se repartian impunemente los despojos de la corona y la sustancia de los pueblos. Daba muestras de deshacerse entre los de Castilla la mútua sociedad de intereses que forma la república. La moneda adulterada de resultas de los privilejios concedidos indistintamente para acuñarla, y alguna vez de órden del mismo Enrique, era excluida de los tratos. Los malhechores, no ya en tímidas y fugaces cuadrillas, sino en tropas ordenadas y numerosas, se levantaban con castillos y fortalezas, desde los cuales cautivaban á los pasageros, obligaban á rescatarlos, y ponian en contribucion las comarcas y aun las primeras y mas populosas ciudades del reino. Era general la corrupcion, la venalidad, la violencia: la insensibilidad de Enrique crecia á par de las calamidades públicas; y el Estado sin direccion ni gobernalle, combatido por todos los vicios, inficionado de todos los principios de disolucion, caminaba rápidamente á una ruina cierta é inevitable.

» En tal situacion recibió Isabel los dominios de Castilla. » (*Elogio de la reina católica doña Isabel*, por don Diego Clemencin: se halla en el tomo 6° de las *Memorias* de la real academia de la Historia.)

porque le retrataba en el seno de la paz la viva imágen de la guerra.

Para que fuese mas cumplida la dicha de tan buen caballero, le habia deparado el cielo, no una hija sino un ángel, si es que criatura humana puede merecer en la tierra tan soberano nombre; y como quiera que las prendas y hermosura de doña Isabel cautivaban á cuantos la veian, habiendo extendido su fama por toda la comarca, ya se deja concebir lo que debia aparecer á los ojos de un padre, que no tenia en el mundo mas amores que su hija, y que veia en ella el fiel traslado de su desventurada madre. Habia fallecido esta señora en sus mejores años, de un linaje de muerte lastimoso, al dar á luz á la prenda de sus entrañas; y hasta este tristísimo recuerdo acrecentaba la ternura del comendador para con su hija, como si se la hubiese concedido Dios, en su infinita misericordia, para consolarle de tamaña pérdida.

No debe pues parecer extraño, y menos para el que sienta latir en su pecho el corazon de padre, que tocando ya el comendador con la mano el término de sus esperanzas, por estar tan próximas las bodas de su amada Isabel, anduviese aquellos dias como fuera de sí, dando márgen á las descompuestas expresiones del escudero, naturalmente zaino y lenguaraz; calidades que le habian granjeado, por espacio no menos que de treinta años, la ojeriza de la dueña Mari-Perez, timorata de suyo y guardadora de la ley de Dios, si bien la acusaban algunos, no sé si con razon ó sin ella, de ser un tantico murmuradora, con sus filetes de chismosa y sus pespuntes de encubridora. Pues referir cómo la tal dueña avinagró las palabras del escudero en cuanto llegó el comendador á la sala en que ambos contendientes se hallaban, y los sapos y culebras que echó por aquella almenada boca, aunque salvando siempre su conciencia y sin intencion de lastimar al prójimo, seria nunca acabar; y fortuna que el comendador le atajó la tarabilla, no sin harto trabajo, y que la turba de criados y de pages, abriendo al fin los diques á la risa, represada largo espacio en el cuerpo, pusieron remate á la contienda.

Apenas se despejó la sala, íbase tambien el comendador, cuando vió venir á Isabel con aquel donaire y gentileza que le eran propios; y recibiéndola en sus brazos el amoroso padre: « Dicen que estoy loco, hija mia, y es dable que tengan razon; pero loco de contento, al ver colmados todos mis deseos... Dios bendiga tu enlace; y disponga despues de este pobre viejo, segun fuere su santa voluntad. » Los ojos se le arrasaron en lágrimas al pronunciar estas palabras, sin ser parte á contener los sentimientos que rebosaban en su corazon; y como viese enternecida á su hija, dióle un beso en la frente con el mayor cariño, estrechó sus manos entre las suyas, y procuró distraer su ánimo mudando de conversacion. « Cuenta que mañana no me sea vuesa merced perezosa: entre dos albas hemos de salir del castillo, para llegar con tiempo á *la fuente de los Enamorados*: allí dicen que debe concurrir un noble mancebo, muy

apuesto y galan, que segun pública voz y fama viene á vistas con su futura esposa.... Curioso estoy por vida mia de ver cómo esta le recibe, y las palabras que se dicen ambos, mientras los miran de hito en hito damas y caballeros....» Ya estaba sonrojada Isabel, con solo oir las expresiones de su padre; y sonriéndose este al ver la turbacion de su hija, la besó por segunda vez; le echó su bendicion (como lo hacia todas las noches antes de acostarse); y se despidió de ella, volviendo atras el rostro para mirarla, así que llegó al cabo del larguísimo corredor.

CAPITULO II.

Crianza de Isabel.

Al contemplar la alegría que habia sacado de quicio al sesudo comendador, y las fiestas y regocijos que traian desasosegados á todos los pueblos del contorno, fácilmente adivinará el menos advertido cuál deberia ser el contento de una doncella que apenas contaba quince abriles, y que se veia próxima á desposarse con un gallardo mancebo, de poca mas edad, y que si no le aventajaba en linaje y riqueza, tampoco le iba en zaga. Nunca habia visto Isabel á su futuro esposo, don Pedro Venegas, que este era su nombre; pero habia oido ensalzar su merecimiento, no menos por su gentileza que por las buenas prendas que ya en él despuntaban, heredadas con la sangre de sus progenitores los señores de Luque, una de las familias mas ilustres del reino de Córdoba [1]. Habian concertado ambos padres aquel casamiento con la mira de enlazar dos casas tan antiguas, labrando al mismo tiempo la dicha de sus hijos; y por no retardar sin provecho ni exponer á los azares de la suerte el cumplimiento de su propósito, lo apresuraron cuanto les fue dable; en términos que habiendo de partir para Castilla el señor de Luque, acudiendo con cien lanzas al llamamiento de la reina, encargó á uno de sus parientes mas allegados que condujese á Martos á su hijo, y que hiciese las veces de padre en las cosas del casamiento.

Con tan felices auspicios se preparaba este, como si la fortuna

[1] La familia de los señores de Luque, enlazada desde tiempos remotos con la grandeza de Castilla y de Portugal, contaba ya entre sus ascendientes á don Pedro Venegas, uno de los conquistadores de Córdoba, en tiempo del Santo Rey; y á don Egas Venegas, tercer señor de aquel estado, quien *se señaló á maravilla* (como dice un historiador) en la conquista de Antequera.

En el reinado de los reyes católicos, el poseedor de aquella ilustre casa fue uno de los caballeros de Andalucía que prestaron sin demora obediencia á tan esclarecidos príncipes, continuando los servicios de sus mayores en la frontera de su villa, y contribuyendo al feliz éxito de la guerra de Granada, sobre todo á la victoria alcanzada contra el rey chico, de cuyas resultas quedó este prisionero. (Véase la *Historia de la casa de Cabrera, en Córdoba*, y la *Crónica del gran cardenal de España*, etc., por don Pedro de Salazar y Mendoza.)

fuese en él á servir de madrina; y sin embargo (tan incomprensible es el corazon humano) el de la gentil doncella aun no se hallaba satisfecho, sintiendo tel vez como un dejo de melancolía, cuando veia rebosar por todas partes el júbilo, hasta rayar casi en locura. Y no porque anduviese Isabel desasosegada con otros amores, ni porque hubiese consentido en tan corta edad ningun galanteo; antes bien los mancebos de la comarca se quejaban de la gravedad y altivez que notaban en ella, muy agenas de sus pocos años; y las doncellas resentidas solian decir por despique que « tan prendada estaba de sí misma, que mal pudiera enamorarse de otro. » Verdad es que así en las quejas de los unos como en las acusaciones de las otras se percibia el eco del amor propio lastimado; pero tampoco era menos cierto que la incauta Isabel no habia logrado escudarse bastantemente contra la vanidad y el orgullo, viéndose desde su infancia misma tratada casi como un ídolo.

La naturaleza, al paso que la habia enriquecido con tan raras dotes, le habia dado un corazon mas fogoso que tierno, una imaginacion movediza, inclinada de suyo á lo extraordinario y maravilloso; y hasta una circunstancia, al parecer pequeña, y que influyó despues sobradamente en el extraño curso de su vida, desarrolló mas y mas aquella calidad, no exenta nunca de peligro, y menos en el ánimo de una muger: tal es su condicion.

Es pues el caso, que siendo aun muy niña Isabel (contaria cuando mucho tres años), y habiéndose criado hasta entonces tan fresca y tan lozana que daba gozo verla, empezó poco á poco á marchitarse, sin que se pudiera atinar con la causa; pero dando claro á entender, en el decaimiento de sus fuerzas y en lo apagado de sus ojos, que alguna oculta dolencia iba carcomiendo su vida. Escusado es decir el dolor del padre, la confusion de la casa, la multitud de remedios, los votos y oraciones: el doctor mas famoso de Martos, que no era ningun Avicena, sustentaba á costa de sus pulmones que conocia la enfermedad de la niña, como si fuese su cuerpo de vidrio trasparente; y apostaba el ferreruelo (verdad es que estaba raido) á que la curaba en cuatro dias con la bebida que le propinaba. Escribió al efecto una larga receta, en mala letra y peor latin, con mas signos y garabatos que alfabeto egipcio, pasmando con su mucho saber á cuantos allí le rodeaban, gente lega y que no habia saludado la gramática; si bien es cierto que un pajecillo ladino (que habia llegado hasta medianos con un tio suyo cura) juraba y rejuraba en su ánima y conciencia que todo aquel fárrago se reducia á *aceite de lombrices*. Sea de esto lo que fuere, la tal medicina no surtió el anhelado efecto: sostenia sin embargo el doctor que aunque la niña se empeoraba cada vez mas con aquella pócima, eso era cabalmente lo que él apetecia, para acelerar una *crisis*; y citaba al canto un aforismo, que venia de perlas; pero como aquella gente ignorante no lo entendia, y veia morirse á toda prisa á la desventurada niña, no habia fuerzas humanas para sa-

carles de la cabeza que aquel angelito no adolecia de ningun achaque corporal, sino de que le habrian hecho mal de ojo á causa de su rara hermosura. Dió tambien la casualidad (que aferró mas al vulgo en aquella errada creencia) de que pocos dias antes de que Isabel enfermase, le habian descolgado del lado izquierdo una manecilla de tejon, engastada en plata, que se miraba como preservativo contra toda suerte de hechizos [1]; y aun no faltó quien afirmase que habia visto con sus mismos ojos á una taimada vieja, tenida en el pueblo por bruja, dar un beso á la niña y chuparle la sangre.

No daba crédito el comendador á estas hablillas y sandeces del vulgo; pero como tenia escasa confianza en el desacertado doctor, y veia próximo el trance de perder á su hija, no cerraba del todo los oidos á cuantos remedios le proponian, por extraños que le pareciesen: índole propia del amor extremado, ser de suyo crédulo y supersticioso. Determinó al fin, desesperanzado de otro recurso, enviar con toda diligencia por una esclava mora, que tenia en su poder el conde de Cabra, á quien rogó encarecidamente le hiciese tan grande merced, de que pendia quizá la vida de su hija, ó por mejor decir, la suya propia. Contestó el conde en los términos corteses que de tan noble caballero eran de esperar; enviando al punto mismo á su cautiva, y suplicando por su parte al comendador que, si tenia aquella muger la buena dicha de curar á su hija, la guardase en su compañía, en memoria de tan fausto suceso y como prenda de su antigua amistad. Llegaron al mismo tiempo la carta y la cautiva; y bien fue menester toda la diligencia de los escuderos que la acompañaban; porque si tardáran un dia mas, tal vez aconteciera un desastre. Divisar desde la torre á la esclava, subirla por la escalera casi en hombros, y conducirla el comendador al lecho de su hija, todo fue obra de muy pocos momentos: el desventurado padre ni aun á respirar se atrevia, clavados sus ojos en los de la esclava, como si estuviese pendiente de ellos su sentencia de vida ó de muerte; y tanto habia oido encarecer las curas portentosas de aquella muger singular, y tan fácilmente se cree lo que con ansia se desea, que sintió como quitársele una losa del corazon, y se le saltaron las lágrimas, cuando oyó decir á la cautiva, despues de contemplar á Isabel unos instantes: « Niña mia de mi alma, tan

[1] « El crédito que ha tenido tambien entre los crédulos é ignorantes de España el uso de la mano de tejon, y la de marfil y de azabache, sacó su orígen de esta superstición ridícula, que nos han comunicado los Moros. Aun el dia de hoy tenemos ejemplo de ella; y la higa, que es la representacion de la mano en la forma que hemos indicado, se vé pendiente de la cintura de los niños, y del cabezon ó freno de los caballos, de la jaula de algun canario y de otros muchos seres vivientes, á quienes se quiere libertar del mal de ojo, que podria causarles la aficion con que se les mira por los que tienen el poder funesto, aunque involuntario, de fascinar. (*Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote, tom. 2°, paseo 1°.)

hermosa como un sol, y en tan grave peligro!... Mas no importa: ya he arrancado yo otras presas de las mismas garras de la muerte; y Dios es grande y misericordioso... ¡ Quién me llevara ahora de un vuelo al paraiso de la tierra, no mas que al pié de la *Sierra Nevada*, donde nacen todas las plantas que se crian en el mundo, las fuentes de la vida, el regalo del hombre! Mañana mismo abrazaria vuesa merced á su hija, mas lozana que una flor cuando sacude el polvo con el rocío... pero no perdamos el tiempo en pláticas vanas: haced, señor, que me acompañen á los montes vecinos algunos sirvientes, con dos ó tres basta; mas cuenta que sean sueltos de piés, para encaramarse por los riscos, y que me obedezcan en cuanto les mandare. » Hízose así en el momento mismo: partió la cautiva, llevándose consigo el corazon del desasosegado padre; y volvió de allí á pocas horas, cargada de raices y de yerbas, que habia cogido ella misma con sus propias manos, por no fiarse de las agenas, diciendo á cada planta que arrancaba, dando un hondo suspiro: « *Mas hermosas son las de Granada!* »

A maravilla se tuvo, y largo tiempo despues no se habló de otra cosa en toda la comarca: aun no habian trascurrido tres dias, cuando empezó á revivir la hermosa Isabel, como una luz que se va apagando por falta de alimento y que de pronto lo recobra: no sabia el tierno padre de qué suerte mostrar su agradecimiento á aquella muger bienhechora; y como el vulgo suele adolecer de suspicaz y maldecidor, no dejó de susurrarse por el pueblo que aquella cura era obra del diablo, y que mas valia perder una hija que deberla á manos infieles.

Durante la convalecencia, cobró tanto apego Isabel á la solícita esclava, ora porque le indicase una especie de instinto que le era deudora de la vida, ora por sus desvelos y continuo agasajo, que no consentia despues que se apartase ni un punto de su lado; y se vió en precision el indulgente padre de aceptar el ofrecimiento del Conde. Quedó pues la vieja Arlaja, no como cautiva en casa del comendador, sino mas bien como ama y señora, cuidando de Isabel, siempre en su compañía, y granjeando poco á poco un predominio absoluto en su voluntad: cosa harto pesada para los demas de la familia, que no podian ver sin desabrimiento y envidia la preferencia dada á una perra (que así la llamaban en sus secretos coloquios) y que pronosticaban mil desdichas en lo porvenir, si se criaba á tan mal arrimo aquella tierna planta.

Las ocupaciones del comendador y su excesiva condescendencia para con su hija habian dado en efecto sobradas alas á la cautiva; la cual, olvidando en breve su condicion, abusaba en demasía de su valimiento, hasta el punto de dejar traslucir alguna vez su enemiga contra los cristianos, que le habian robado libertad, familia, patria; pero conociendo, como astuta y sagaz, que toda su fortuna estribaba en mantener aprisionado el ánimo de Isabel, la halagaba por todos medios, satisfaciendo hasta sus mas leves antojos,

y haciéndola desvanecer con elogios desmesurados. Amábala realmente con ternura, cual si fuese su madre; nombre que en mas de una ocasion solia apropiarse, como que le habia dado segunda vez la vida; y siendo no menos extremada en su cariño que en su odio, y revolviendo confusamente en su ánimo el afecto á Isabel, el encono contra los cristianos, y la memoria de su perdida felicidad, apenas dejaba pasar un solo dia sin que desfogase de una manera ú otra estos sentimientos, causando gravísimo daño en el corazon de la incauta doncella, que lejos de bendecir al cielo por los singulares favores que le habia dispensado, empezó á sentir casi desde su infancia el mas duro torcedor de la vida: no contentarse con la propia suerte.

« Buena dicha te ha cabido, para que tanto la encarezcan (solia decirle la esclava, cuando se hallaba con ella á solas): nacer en esta áspera tierra, como la perla encerrada en una ruda concha: crecerás en años y en hermosura, digna por tantas prendas no menos que de un trono; y verás consumirse tus dias en algun desmoronado castillo, al lado de un esposo que no sepa apreciar el tesoro que le deparó su ventura. A la rosa que nace entre zarzales vas á ser parecida; que las espinas la ahogan, hasta que la marchita el sol ó la deshoja el viento. Y aunque el soplo de la fortuna te llevare acaso á la misma corte de Castilla, no sabré yo decir si aventajaras mucho; que segun cuentan los que de allá vienen, corte mas mezquina y anublada no se hallará facilmente, aunque se recorran las tres partes del mundo. La reina regatea los maravedís, como si fuesen cuentos; cose ella misma sus vestidos, cual pudiera una humilde aldeana; y trocando su palacio en convento, destierra de él los amores, las fiestas y los galanteos, y ofrece por esparcimiento á sus damas que aprendan como ella latin [1].... ¡Cuán distinta fuera tu suerte, hija de mis entrañas, si hubieras nacido en la tierra que me dió el ser, en Granada *la cándida y clara*, que ciudad mas her-

[1] « Esencial y séria por carácter, poco aficionada á las fiestas y distracciones que suele amar su sexo; enemiga de truhanes, agoreros y otras sabandijas palaciegas, que en aquella era mas que en otras abundaban en las casas de reyes y poderosos, y tal vez hallaron entrada en la de su marido, buscaba el descanso de las fatigas del gobierno en las labores mugeriles, sin adivinar cómo podian compadecerse la felicidad y el ocio, la frivolidad y la paz interior del alma. » (*Elogio de la reina católica doña Isabel*, por don Diego Clemencin.)

« No fue tenida por larga (dice un historiador) ni lo pudo ser; porque le privó de la materia la pobreza con que entró en el reino y le halló, y despues las guerras y conquistas detuvieron la mano de la liberalidad. »

« En un año deprendió latin, para rezar las horas canónicas: tuvo por maestra á doña Beatriz Galindo, fundadora del hospital de la Latina en Madrid. Amaba extraordinariamente á su marido; y de aquí nació el ser algo celosa, condicion de mugeres castas y honestas, con que se criaban en palacio las hijas de los mayores señores de España con mas recato que en un convento; porque las celaba mucho..... Deseaba la reina que los caballeros pages en su casa y tambien las damas supiesen la lengua latina; y ella tambien deseaba mejorarse en ella. » (*Historia eclesiástica de Granada*, por Bermudez de Pedraza, part. 3a, cap. 32.)

mosa y alegre no la alumbra el sol! Vieras allí abrazarse los rios para ceñir sus muros, brotar flores las piedras, y arrastrar las cristalinas aguas granos de oro purísimo.... A un mismo tiempo admiraras, y en breve recinto, cuantas producciones se crian en la redondez de la tierra: aquí los frutos en flor, allí los mas tempranos, acullá los tardíos; nieve eterna en la cumbre, y la palma meciéndose en la falda misma de la sierra[1].... Los montes que circundan su espaciosa vega se asemejan á los muros que cercan un vergel; y en medio descuella la ciudad, con sus mil y trescientas torres[2], cercada de jardines, como de una corona de esmeraldas.... Allí se desliza la vida, á manera de un sueño delicioso: la tierra, el cielo, hasta el aire mismo parece que convidan á amar; y en cuanto saluda una doncella la primavera de sus años, ya ve su cifra y sus colores servir de estímulo á los valientes y de galardon al mas afortunado.»

Embebecida la escuchaba Isabel, cual suele un niño escuchar

[1] «Es Granada la metrópoli de las ciudades marítimas, cabeza insigne de todo el reino, madre benigna de marinos, albergue de peregrinos de todas naciones, huerto contínuo de frutas, que sin interrupcion se suceden unas á otras, encanto de los hombres, erario público, ciudad muy celebrada por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, como asimismo manantial inagotable de seda y de azúcar. No lejos de ella sobresale una sierra, notable por la blancura de las nieves y por la bondad de las aguas. A esto se allega lo saludable del aire, la multitud de amenísimos huertos, y la variedad de yerbas y de exquisitos aromas; siendo lo mas singular que no pasa dia del año en que no se siembre, y haya verdes campos y risueños pastos. Su terreno abunda en oro, plata, plomo, hierro, atutía, marcasitas y zafiros. En sus montes y lagunas se cria peucédano ó yerbatun, genciana y espliego; por último produce cochinilla; y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo y aun sobra para el comercio; con la singularidad de que de estas ropas de seda se puede decir sin reparo que en suavidad, delicadeza y bondad aventajan con mucho á las de Siria.» Fragmento de la *Historia de Granada por Abu Abdallah Ebn Alhatib*, *inserto en la Biblioteca arábigo-hispana-escurialense*, del erudito Casiri.)

[2] «Estaba esta ciudad en tiempo de Moros cercada de murallas y torres de argamasa tapiada; y tenia doce entradas al derredor, en medio de fuertes torres con sus puertas y rastrillos, todo doblado y guarnecido de chapas de hierro, y sus rebellines y fosos á la parte de fuera.

» Hecho un cuerpo y una ciudad, los reyes la ciñeron de muros y torres, como se vé el dia de hoy, en la cual hay *catorce puertas principales*, sin las dos que estan en el barrio del *Albaicin*.

» Los muros que la rodean tienen *mil y trescientas torres.*» (Esto escribia Luis del Mármol, que se hallaba en Granada al promediar el siglo XVI. *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, etc., lib. 1°, cap. 9.)

Un autor mas antiguo, que escribia en Granada recien verificada su conquista, se expresó de esta suerte: «Tiene la ciudad en circuito casi tres leguas, y todo ceñido y cerrado de todas partes con edificios, y fortalecida con mil y treinta torres, para defension; tiene doce puertas, de las cuales las que estan á la parte del occidente tienen muy buenas salidas, y campos alegres y deleitosos, y las otras puertas que estan al oriente son mas difíciles: ademas de esto, en la ciudad de Granada y en toda su region hay muy grande fertilidad de todas las cosas que son necesarias á la vida humana y á la labranza, y muy saludable templanza del aire y del cielo. Adonde ni la tierra con el demasiado calor del sol es quemada, ni con la frialdad es cogida; y los hombres gozan de contínua templanza.» (Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 20.)

los encantamientos que le refiere su nodriza; mas de una vez soñó con el palacio de la Alhambra, creyéndose trasladada á aquella region venturosa; y cuando despertaba por la mañana y se veia como emparedada en los muros de Martos, casi le dolia en el alma que se hubiese disipado tan breve la ilusion halagüeña. Cabalmente, al aproximarse las concertadas bodas, bien porque temiese la esclava que menguase su valimiento con Isabel, compartiendo esta su cariño, bien porque la amaba con tal extremo, que la creia digna de mas próspera suerte (como se lo habia predicho muchas veces, por ser la Mora muy dada á los *folgores* ó pronósticos, cual suelen serlo los de su nacion [1]), lo cierto es que no parece sino que redoblaba sus esfuerzos para acibarar los gustos de aquel casamiento, á medida que le veia mas cercano. La noche misma que precedió á las vistas, y cuando ya Isabel retirada en su alcoba dejaba devanear su imaginacion con el triunfo que le aguardaba en el próximo dia, no cesó la cautiva de proferir tristísimas palabras; en términos que al cabo apesaróse la doncella, y hasta le rogó blandamente que no mas la angustiase. Apenas si en toda la noche pudo dormir breves momentos; fortuna que no tardó mucho en clarear el alba; y que el ruido de las pisadas, el crujir de las puertas y los relinchos de los caballos anunciaron que era llegada la hora de la partida.

CAPITULO III.

La fuente de los Enamorados.

De memoria de hombre nacido no se habia visto en aquella comarca una cabalgada mas magnífica que la que salió del castillo, encaminándose á *la fuente de los Enamorados*, donde habian de verificarse las anheladas vistas. La comitiva no menos numerosa que lucida; los pages vestidos de nuevo, con plumas y penachos de diversos colores; los deudos del comendador, sus vasallos y colonos, escuderos y criados, cabalgando en caballos briosos, nacidos á las márgenes del Guadalquivir; las damas en sendas hacanéas, ricamente enjaezadas, con gualdrapas de terciopelo carmesí, galoneadas de oro [2]; y en medio de todas la gentil Isabel, mas hermosa

[1] « Y porque esta nacion (dice el insigne Hurtado de Mendoza) se vence tanto mas de la vanidad de la astrologia y adivinanzas, cuanto mas vecinos estuvieron sus pasados de Caldéa, donde la ciencia tuvo principio. » (*Historia de la guerra de Granada*, lib. 1°.)

[2] No sea que algun erudito, de los que andan á caza del menor desliz para cogerle al vuelo, se prevalga de la ocasion para sacarme los colores al rostro, debo manifestar, á fuer de historiador concienzudo y escrupuloso, que no estoy muy seguro de que las hacanéas en que cabalgaban las damas de Isabel llevasen semejantes *gualdrapas*; por cuanto parece que el uso de ellas se introdujo algunos años despues en España, poco mas ó menos á tiempo en que falleció la reina católica. « Trajo por entonces Próspero Colona á España *dos cosas que antes no se habian visto; guruperas* para que las sillas no se vayan adelante *gualdrapas* para

que la misma aurora, que doraba apenas los cielos. Corria de una parte á otra el solícito padre, refrenando la impaciencia de los mas presurosos, aguijando con donosas palabras á los que se quedaban zagueros, y recibiendo al paso bendiciones y enhorabuenas. Las acogia el comendador con apacible sonrisa, en que estaba retratada la alegría de su alma; y cuando lo veia todo en buen concierto, volaba otra vez al lado de su hija, como para recibir la récompensa de tantos desvelos. Contestaba Isabel con blandas muestras de agradecimiento, y aun se esforzaba por parecer alegre; pero sin saber ella misma la causa, sentia en lo íntimo de su corazon menos contentamiento que debiera; y hasta el mismo anhelo con que procuraba ostentarse á vista de todos complaciente y risueña, descubria mas á las claras cierto viso de melancolía. Los tristes ensueños que la habian atormentado la noche anterior, la zozobra natural al ir á ver por primera vez al que iba á unirse con ella no menos que por toda la vida, y hasta el ambiente fresco de la mañana habian marchitado algun tanto el color de su rostro, que nunca era muy subido; como si hubiera querido la naturaleza hacer mayor alarde de la rara perfeccion de sus facciones. Su cabello, mas negro que el ébano, hacia resaltar su tez de alabastro; y sus largas pestañas, que servian como de sombra á sus hermosísimos ojos, acrecentaban mas y mas su hechizo, dando á la doncella un aspecto no menos tierno que apacible. Todos los mancebos nobles de la comitiva gallardeaban con los caballos al rededor de ella, ansiosos de recoger una sola de sus miradas; hasta los rústicos aldeanos se embelesaban contemplándola, y le tributaban al paso mil sencillos requiebros; en tanto que las damas y doncellas de la comitiva, si bien de pocos años y de mucho merecimiento, tenian que contentarse con el importuno agasajo de pages y escuderos.

Descubrióse al fin el deleitoso lugar en que nace la fuente, al pié mismo de un suave recuesto, que termina en una pradera. En ella estaban tendidos los manteles, como copos de nieve entre verdura, sirviendo de alfombra la grama y colocados de trecho en trecho los sabrosos manjares. El lugar mas ameno estaba reservado para los novios y la gente granada; á breve distancia habian de colocarse damas y caballeros, no sin envidia de los pagecillos, que sentian viva comezon de acercarse á las lindas doncellas: debian seguirse luego las dueñas y escuderos, siempre mal avenidos entre sí, á lo menos de dia; que al decir de malas lenguas, solian hacer las paces por la noche; y allá á lo lejos, formando media luna, se descubrian abundantes viandas y cántaras rebosando de vino, para embotar el hambre y apagar la sed de la gente menuda, labradores, palafreneros y criados.

excusar el lodo en invierno y el polvo en verano. » (*Historia de las proezas y hazañas del Gran Capitan*, etc., escrita por el capitan Francisco de Herrera, natural de la ciudad de Córdoba, testigo de ellas. M. S.)

Apenas llegó la comitiva á tan ameno sitio, apeáronse todos de las cabalgaduras; desparcióse la gente por la pradera, á manera de un espeso enjambre; y comenzaron á dar todos tales muestras de regocijo, que no parecia sino que cada cual iba á ser aquel dia el desposado. Solo notaron algunos, y eso por acaso, que se habia alejado del bullicio la esclava, como pesarosa de la comun alegría; y que al volver á donde los demas se hallaban, traia encendidos los ojos, cual si hubiese llorado. « Mal agüero (dijo á un vecino suyo un labriego entrado ya en años, que tenia fama en aquella tierra de anunciar el buen tiempo y la lluvia) : que no vea yo la cara de Dios, ni la que está en Jaen, si no sobreviene alguna desdicha, andando de por medio esa perra. Verdinegra tiene hoy la cara, como los quejigos de aquellos montes; y cuando está tan cejijunta y callada, no está rumiando nada bueno. » — « Peor fuera (repuso el otro, acompañando cada palabra con un ronquido, segun uso inmemorial de la tierra) si viésemos á aquella bruja regocijada; que las cornejas graznan y aletean cuando huelen de lejos un cadáver. » — « Será lo que Dios quiera; pero á mí no se me pega la camisa al cuerpo, al ver que las tales bodas se van á celebrar en el castillo : sus razones tendrá para ello el buen Comendador, que su merced es muy entendido, y yo tengo las letras mas gordas que mi compadre el beneficiado; pero lo que de mí te sabré decir (y desde que era tamañico oí lo mismo á mi padre) es que en aquel nido de lechuzas no ha sucedido nunca nada bueno. Basta que esté tan cerca del *pico de la Desventura*, de donde despeñaron á aquellos honrados caballeros en tiempo del *rey Emplazado* [1]. »

Hallábase en efecto situado el castillo no lejos de la *peña de Martos*, que parecia dominarle, descubriéndose su cima desde las almenas; y como, á pesar de los muchos años trascurridos desde la injusta muerte de los hermanos Carvajales, duraba aun su memoria entre aquellas gentes, trasmitiéndose como herencia de padres á hijos, miraban aquel sitio fatal y sus contornos como tierra maldecida del cielo. Desdichada condicion la de los príncipes : se borran con el tiempo hasta las manchas que empañan el sol; y no se borran las gotas de sangre inocente, si salpican una vez la corona.

[1] Fernando IV, conocido en la historia con el sobrenombre del *Emplazado*, por haber muerto precisamente al cumplirse el término de treinta dias, dentro del cual le habian citado ante el tribunal de Dios los hermanos Carvajales, que mandó aquel rey precipitar de la peña de Martos, por achacárseles la muerte de otro caballero, sin podérselo justificar, y antes bien protestando ellos de su inocencia hasta el último instante de su vida.

«Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes príncipes, que por semejante razon fallecieron en los dos años próximos siguientes : estos fueron Filipo, rey de Francia, y el papa Clemente, ambos citados por los templarios para delante el divino tribunal, al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaban castigar, y perseguian toda aquella religion.» (Mariana, *Historia de España*, lib. 15, cap. 11.)

CAPITULO IV.

Vistas de los futuros esposos.

Cuando mas desapercibidos estaban todos, cantando unos, platicando otros, y los mozos mas robustos haciendo alarde de agilidad y fuerzas, se divisó á lo lejos una nube de polvo, y por todas partes no se oyó sino un solo grito: *ya llegan!* Inmutóse Isabel, como era natural; y sintióse tan conmovida que no acertaba á dar un paso, no obstante que su padre la llevaba amorosamente de la mano, para salir al encuentro del esposo y de su comitiva. Venian delante algunos corredores, con grita y algazara; contestaban las gentes del comendador con no menores muestras de alborozo; y los ecos de las montañas no repetian sino vivas y aclamaciones. En esto vieron venir á escape un gallardo mancebo, dejando atras á cuantos le seguian; y tanta era su impaciencia por llegar, y tal la confianza en su destreza, que por escusar un leve rodeo, picó los acicates al corcel, y saltó una profunda zanja, no sin arrancar un grito de algunas tímidas doncellas, y sin merecer los aplausos de la gozosa turba. Llegó en fin el mozo Venegas á donde se hallaban el comendador y su hija; echó pié á tierra con desembarazo y gallardía; pero al hacer mesura á la hermosa Isabel, y apenas puso en ella los ojos, se sintió tan turbado que á duras penas pudo proferir pocas y mal concertadas palabras. Sonrojóse el mancebo, tan encendido el rostro como el bonete de grana que traia en la cabeza; y no estaba por su parte Isabel menos sobrecogida, pues apenas una que otra vez se atrevió á mirarle como á hurtadillas; hasta que al cabo el comendador y el tio del Venegas, que ya habia llegado, procuraron darles aliento, trabando de propósito variada y sazonada conversacion, asentados á orillas de la fuente. Habíanse conocido ambos caballeros en su mocedad, rompiendo al mismo tiempo las primeras lanzas; pero no se habian vuelto á ver desde la sangrienta batalla, empeñada con mas aliento que fortuna en la Vega de Granada [1]. Viva fue la alegría que uno y otro sintieron, al recordar los sucesos de sus verdes años: hiciéronse mutuamente

[1] «Al principio del año siguiente, de 1457, se prosiguió la guerra: vino á ella con grueso ejército el rey don Enrique por el mes de abril; y con su venida se hizo entrada en las tierras de los Moros con no menos ímpetu que antes, hasta dar vista á Granada. Adelantóse cierto número de los nuestros, sin órden de sus capitanes, para pelear con los enemigos que por todas partes se mostraban. Eran pocos los cristianos; y cargaron tantos Moros sobre ellos, que los desbarataron con muerte de algunos, señaladamente de Garcilaso, que era un caballero de Santiago de gran valor y esfuerzo. Este reves y la pérdida de persona tan noble irritó al rey de suerte que no solo quemó las mieses (como lo tenia de costumbre), sino puso fuego á las viñas y arboledas, á que no solia antes tocar.» (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 29.)

redobladas demandas, preguntando el comendador con especial ahinco por la salud del conde de Cabra, su antiguo amigo, y por la del alcaide de los Donceles, que á la sazon se hallaba en Lucena. Holgábanse en sus adentros los futuros esposos de que los dos ancianos prosiguiesen su plática, para tener ellos motivo de guardar silencio; y solo una ó dos veces soltó el mozo Venegas algunas expresiones sobre la amenidad del sitio y el temple apacible del aire, no acertando á hablar de otra cosa, y contestándole la doncella con igual timidez y encogimiento.

Don Alonso de Córdoba (así se llamaba el pariente del novio) [1] conservaba en su avanzada edad el carácter franco y jovial que habia mostrado cuando mozo; y como reparase que algunos escuderos y pages andaban goloseando por las mesas, deseando que se diese la señal de arremetida, y que los sueltos caballos repastaban la verde yerba, no quiso aguardar por mas tiempo, y dijo al comendador con simulada gravedad y compostura: «No extrañe vuesa merced que con el peso de los años no me embelese el contemplar á estos tiernos esposos, que se alimentan con miradas; y que me tiente el mal ejemplo de aquellos brutos, que se estan regalando como cuerpo de rey en estos sabrosísimos pastos. *Quien no yanta no pelea*, solia decir por donaire nuestra gente de guerra, aunque pronta siempre á arrojarse como leones sobre el enemigo; y yo digo para mí, sin que se entienda que hablo con vuesa merced, que quien no yanta no camina; ó por mejor decir, que al que ha andado ya algunas leguas y tiene que andar otras, no le asienta bien el ayuno.» — Sonrióse el comendador, dió al punto la órden competente, colocóse cada cual en su respectivo puesto; y comenzaron todos á embaular con tan buen apetito (excepto meramente los novios y la esclava) que apenas daban tregua los bocados para los repetidos brindis. En un abrir y cerrar de ojos no parecia la pradera sino real de enemigos entrado á saco: veíanse por todas partes vestigios del destrozo, como en un campo de batalla; hasta que dando el adalid la señal de recoger, empezó la gente á ponerse en buen órden, al menos en cuanto lo consentia el calor de la refriega y el puro de Montilla. Una vez llegada la hora de dar vuelta al castillo, era cosa de ver como cada cual hacia gala de cortesía con los recien venidos, dándoles el lugar mas aventajado, y hasta cediendo la propia cabalgadura, si alguna de los

[1] «Alfonso de Córdoba, caballero muy esforzado en el valor militar en todas las conquistas de plazas y ciudades del reino de Granada, señaladamente en la conquista de Málaga, donde tuvo casas y repartimiento; pero donde lució mas su valor fue en la prision de Mahomad Abdalla, rey de Granada, llamado vulgarmente *el rey chico*, en la memorable batalla de Lucena, donde se halló con don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, y don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, que despues fue primer marques de Comares, virey de Navarra, conquistador de Mazalquivir, gobernador y capitan general de las plazas de Oran y reinos de Tremecen, y Lorenzo de Porres, alcaide de Luque, y otros muchos caballeros que refiere el abad de Rute.» (*Historia de la casa de Cabrera en Córdoba*, fº 525.)

huéspedes daba señales de cansancio. Colocóse el Venegas al lado izquierdo de Isabel, habiéndole tenido antes la brida hasta que montó en su hacanéa, y refrenando despues el paso, por no sacarle ventaja: solo tal cual vez, si habia que cruzar algun arroyo ó si ofrecia la senda asomo de peligro, pasaba él delantero, tornaba luego atras, y no respiraba siquiera hasta dejar á su amor en salvo. Ora al lado de los novios, cuando el camino lo consentia, y ora á corta distancia, venian el comendador y don Alonso, sin que ninguno de la comitiva se les aproximase, por darles esta muestra mas de veneracion; y tan embebidos iban en su coloquio, que no echaron de ver si era largo ó corto el camino; hasta que al avistar el castillo, preguntó don Alonso si era allí donde enderezaban sus pasos. Contestóle el Comendador que sí, tomando de ello ocasion para manifestar á su amigo cómo habia preferido aquel lugar apartado, para que en él se celebrasen las bodas; porque se hiciese todo á placer, sin tanto bullicio y barahunda, reservando el entrar en la villa, con el acompañamiento y boato que el caso requeria, para despues de verificados los desposorios. Dejó al mismo tiempo traslucir, con su acostumbrada cortesía, que tambien de esta suerte lograba hospedar algunas horas antes bajo el techo de sus abuelos no menos que á un nuevo hijo y á un antiguo compañero de armas. Lo único que guardó para sí el comendador, sin dar de ello parte á su amigo, fue que no le pesaba viesen los Venegas con sus propios ojos cuán hondas eran las raices que habia echado su familia en aquella tierra; pues que el castillo en que iba á hospedarlos habia sido labrado por su bisabuelo don Alvaro Solís sobre las ruinas de un torreon, ganado á escala vista por uno de sus ascendientes, en tiempo de la conquista por el Santo Rey. Mas aun cuando el comendador no lo dijese, bien se echaba de ver á tiro de ballesta la antigüedad del castillo, á pesar de que habian renovado en aquellos dias algunas de las chapas de hierro de que estaban revestidas las puertas, cubriendo con colgaduras y ramaje los desconchados de los muros; pero acontecia al malaventurado castillo lo que á muchas mugeres entradas ya en años, que mientras mas aliños y afeites emplean, mas descubren las injurias del tiempo.

CAPITULO V.

Fiestas en celebridad de las bodas.

Los dos dias que mediaron entre el de la llegada al castillo y el de los desposorios, bien puede decirse que no fueron sino una continua fiesta: venia á bandadas la gente de los alrededores, con la curiosidad de ver á los novios y el cebo de los regocijos: no se desocupaban las mesas, pobladas siempre de gente de refresco, que acudia al husmillo de las viandas y al sonsonete de los vasos;

llegando la concurrencia y el consumo á tan descompasado término, que se le hizo cargo de conciencia al despensero, y acudió en toda forma no menos que al mismísimo comendador: « Si no se pone coto á este derroche, no queda cordero que bale ni pollo que píe, en veinte leguas á la redonda: el arca de Noé les viniera escasa, si les dieran un asador á mano y vinillo aloque para no atragantarse. En un dia han engullido mas provisiones que en un año un ejército; y como empiezan á escasear las acopiadas en el castillo (que eran sobradas para abastecer todo el reino), estos taimados campesinos se dejan ya pedir por cada cosa un ojo de la cara: por un par de perdices un real; por un cabrito dos reales; por un conejo doce maravedís; por una gallina veinticinco; por un par de huevos tres blancas... » A cada cosa que mentaba, iba tocando uno de sus dedos; y como ya hubiese pasado reseña á los de la mano derecha, y notase el comendador que no era manco, le atajó la relacion á medio camino. Amohinóse el despensero, creyendo mal recompensado su celo en favor de su amo, á pesar de que este le despidió con blandas razones; y desde aquel punto y hora se calentó tambien, como suele decirse, al ver arder la casa del vecino, mandando cortar tantas cabezas de reses y de aves (amen de las que puso de mas en la cuenta, por ser de antiguo muy desmemoriado) que hasta el mismo Herodes tuviera lástima de tal degollacion de inocentes.

Las fiestas, con que se solemnizaron las bodas, fueron cual podian esperarse de aquellos rudos tiempos y de gente mas avezada al áspero ejercicio de la guerra y á la labranza de los campos que no á entretenimientos cortesanos. La primera tarde lidiaron los mozos un novillo cerril, dentro del mismo patio del castillo; alanceando no sin destreza al fogoso animal, que por su parte hizo besar el suelo á mas de un rústico envalentonado, sin respetar tampoco á pages y escuderos. Grande era la risa y algazara que se movia á cada lance; y sobre todo una vez, que acosado el novillo y buscando la querencia del campo, saltó una especie de palenque formado de mal unidas tablas, y la gente desatentada se arrojó al coso de cabeza; desgarrándose los gregüescos por mala parte (salvo sea el lugar) al escudero deslenguado, de que se ha hecho mencion en esta historia.

Tambien causó no poco entretenimiento á aquellas sencillas gentes el ver tirar al gallo, vendados los ojos y con una espada en la mano, advirtiendo la burla y vocería al que se descarriaba del camino derecho y daba la estocada en el aire. Hasta se renovó en el castillo una diversion ya desusada; pero que siglos atrás habia dado mucho contentamiento aun en la corte misma [1]. Presentáronse

[1] El grave historiador Mariana refiere con cierto candor, no falto de gracia, una fiesta de esta clase, con que se celebraron las bodas de don Garcia, rey de Navarra, con doña Urraca, hija bastarda de don Alonso el emperador. « El año 1144, á veinticuatro de junio se celebraron las bodas con real magnificencia en la ciudad de Leon. Hubo justas y torneos: corriéronse toros. Entre los otros juegos que hicie-

en la palestra dos robustos ciegos, decidores y de humor festivo, armados de sendos garrotes, y dispuestos á contender por el ofrecido premio. Consistia este en cierto animal, mas sabroso que limpio, cuyo nombre no pudiera yo proferir sin pedir perdon á mis lectores; y como cada uno de los ciegos sentia los pasos y escuchaba el gruñido de la azorada víctima, corria hácia ella y descargaba el golpe, sino sobre el testuz del animal, sobre la testa del adversario. Descalabrado el uno y derrengado el otro, quiso el comendador poner fin á la descomunal contienda, repitiendo el sabido fallo de Salomon; pero como ambos ciegos eran mas interesados que judíos, y ninguno de ellos queria ceder de su derecho mientras le quedase un soplo de vida, no convinieron en treguas, en conciertos ni paces, sino á condicion de que habia de darse á cada cual un premio igual al ofrecido, sin rebajar un solo arrelde.

A mas de estos entretenimientos, con que se holgó á pedir de boca la gente menuda, no habia olvidado el comendador festejar á sus huéspedes por cuantos medios estaban á su alcance: y sabiendo que á la sazon se hallaban en Jaen unos juglares de nombradía, les habia hecho venir no sin harto dispendio, para que mientras los novios y la gente de pró estaban á la mesa, los divertiesen ellos con sus decires y cantares. Tan antigua era en Castilla esta costumbre, que se encuentra vestigio de ella en las bodas de las hijas del Cid; y no queriendo el comendador que fuesen menos celebradas las de su Isabel, no dejó escapar de las manos tan buena coyuntura. Las relaciones que recitaban los juglares eran por lo comun desaliñadas y toscas, aunque no escasas de gracejo y de chistes, que hacia retozar la risa, pellizcando á veces el pudor; por lo cual fue menester encomendar á los recien venidos que se fuesen con tiento. Afortunadamente no hacia muchos dias que habian andado á vueltas con la justicia (ó para hablar con mas propiedad, con los ministros de justicia) por haber representado unos *juegos de escarnio* con sobrada desenvoltura; y habiéndose dejado en la cárcel, como en calidad de rehenes, á una juglaresa suelta de lengua y de manos que los acompañaba, traian en su lugar un muchacho sin pelo de barba, muy listo y avispado; como que habia hecho no menos que de ángel en el paso de la *Anunciacion de los pastores*, en la iglesia mayor de Jaen, le última Noche Buena [1].

ron, era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco; seguíanle por el gruñido dos ciegos, armados con sendos bastones y sus celadas en las cabezas; el que le mataba era suyo. Avenia que, por herirle, muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro, con grande risa de los que se hallaban presentes.» (*Historia de España*, lib. 10, cap. 18.)

[1] En los tiempos de que vamos hablando apenas se descubre el embrion del drama en los *juegos de escarnio* (que debieron de ser unas breves composiciones satíricas, de que nacieron luego los *entremeses* y *sainetes*), y los *pasos* alusivos á asuntos devotos, que se representaban en las iglesias, y que despues dieron orígen á los *autos sacramentales* y á otras composiciones de índole religiosa, que continuaron

Trasformóse el rapaz, llegado que hubo al castillo, en una especie de Cupido, aunque un poco huesudo y zanquilargo: acomodáronle á los ojos una venda, y prendiéronle de los hombros dos alas, formadas con plumas de pavo real y salpicadas de estrellas de talco; presentándose en esta guisa la segunda noche, para que dijese una relacion en alabanza de los novios. Hízolo así el mozuelo, no sin sobradas puntas de malicia, cuando anunció á la hermosa Isabel abundante fruto de bendicion; y apenas hubo terminado, comenzó el juglar mas anciano á cantar á voz en cuello un antiguo romance, alusivo á la conquista del reino de Jaen; embutiendo el nombre de un *Solís*, siempre que topaba con algun capitan esforzado, sin reparar si encojaba un verso ó si estropeaba la rima. Resonaron al final repetidos aplausos, menos del comendador que se abstuvo de ello por modestia; pero encargó al paño á un escudero de confianza que diese á aquel buen hombre tres ducados mas de adealas. Bien quisiera tambien tener en el castillo quien compusiese algunos versos, para alegrar el fin del banquete; pero despues de la avenida de poetas que habia inundado el reino en tiempo de don Juan el Segundo [1], se habian ido poco á poco retirando las aguas, hasta dejar el terreno en seco; cual si la naturaleza siguiese en todas cosas cierto órden y economía, sucediendo años estériles

representándose durante algunos siglos, y que á duras penas pudieron desarraigarse de nuestros teatros en época no muy remota.

Es curioso notar cómo el sabio autor de las Partidas se ocupó ya en dar ciertas reglas respecto de ambas clases de composiciones dramáticas; creyendo fundadamente que este asunto no era indigno de la atencion de un legislador. « Nin deben (los clérigos) ser facedores de *juegos de escarnios*, porque los vengan á ver gentes como se facen. E si otros omes los ficiesen, non deben los clérigos y venir, porque facen y muchas villanías é desaposturas. Nin deben otrosi estas cosas facer en las iglesias; antes decimos que los deben echar dellas deshonradamente. Pero representacion hay que pueden los clérigos facer; ansi como de la nascencia de Nuestro Señor Jesuchristo, en muestra como el angel vino á los pastores, é como les dixo que era nascido Jesuchristo. E otrosi de su aparicion, como los reyes magos le vinieron á adorar, é de su resurreccion, que muestra que fue crucificado é resucitó al tercero dia. Tales cosas como estas, que mueven al hombre á facer bien é á aver devocion en la fé, puédenlas facer é demas, porque los omes hayan remembranza que, segun aquellas, fueron las otras hechas de verdad. Mas esto deben facer apuestamente é con muy gran devocion, é en las cibdades grandes, donde oviere arzobispos ó obispos, é con su mandado de ellos é de los otros que tovieren sus veces, é non lo deben facer en las aldeas, nin en los lugares viles, nin por ganar dinero con ellas. » (Ley 34, tít. 6, part. 1.)

[1] En el reinado de don Juan el Segundo puede decirse que la poesía castellana llegó á su adolescencia: por centenares se cuentan los poetas, cuyos nombres se hallan en los antiguos *cancioneros*, que contienen las composiciones de aquella época. Los varones mas insignes del reino, la flor de la nobleza, los príncipes, todos hacian versos: en la córte se agasajaba á los poetas con especial esmero; y el rey mismo « *oia muy de grado los decires rimados é conoscia los vicios dellos* » como dice Fernan Perez de Guzman en su libro de las *Generaciones é semblanzas*.

La famosa epístola del marqués de Santillana, dirigida al condestable de Portugal, suministra no pocos datos acerca de la historia de nuestra poesía, desde su nacimiento hasta los tiempos del citado monarca.

á los de sobrada abundancia. El don Alonso, señor de Zuheros, mas aficionado al reino de Córdoba que al de Jaen (de antiguo repuntados y rivales, como buenos vecinos), no quiso perder la ocasion de dejar airosa á su patria; y rogó á un hidalgo mancebo que le acompañaba, dijese siquiera un par de coplas en loor de los novios. Hízose de rogar el aprendiz de poeta, como si no viniese apercibido para ello; miró al techo y se mordió las uñas, á fuer de hombre apremiado para ensartar de cuatro en cuatro los consonantes; y despues de pedir escusa en favor de los versos, que acababa de componer de repente (repentina muerte mo dé Dios, si decia verdad el Apolo de Bujalance) se puso en pié, tosió, y dió á luz este engendro:

El mes de las flores la rosa temprana,
Cuajada de aljófar al alba riente,
Nasciendo á la márgen de límpida fuente
E reina del prado mostrándose ufana,
Non es tan fermosa, tan fresca é lozana
Cual tú, flor d'España, preclara doncella;
Nin brilla en el cielo la fúlgida estrella,
Cual brilla en la tierra tu faz soberana.

La salva de palmadas apenas dejó oir el remate del postrer verso; y despues de saludar á todos cortesmente, en ademan de dar gracias por tamaña indulgencia, enderezó el poeta la puntería al mozo Venegas, y le disparó á quema-ropa la copla siguiente:

En paz fortunado, famoso en la lid,
Garzon de ventura te aclame Castilla;
E pises del Dauro la fértil orilla,
De hueste aguerrida triunfante adalid:
Nin fuerzas abasten nin vala el ardid,
Helada de espanto la gente agarena,
Al ver que renasce mas linda Jimena,
E ciñe con lauro la frente del Cid.

Pues decir los aplausos que recibió el trovador, apenas hubo concluido, y los repulgos y melindres que hizo, como si el agradecimiento y la vergüenza le embargasen la voz, seria cosa sobradamente larga, aunque asaz divertida; ni tampoco me estaria bien se dijese de mí que por ruin envidieja saco á plaza las malas mañas del oficio; siendo tan al contrario, que no hay poeta adocenado y ramplon que no halle en mí un padrino: *et hanc veniam petimusque, damusque vicissim*, como dijo el otro. (Lo dejaremos en latin, para que no lo entiendan los profanos.)

CAPITULO VI.

En el cual se prosigue la relacion de las fiestas.

Ya se habrá hecho cargo el entendido lector, sin haber menester que se le diga á las claras, que despues de cenar bien, de beber mejor, y de arrullar el sueño con música y versos (que es como si dijésemos miel con adormideras), no tardarian mucho en irse á acostar aquellas honradas gentes, deseándose felicísimas noches, y quedando aplazados para el siguiente dia, en que habian de celebrarse las bodas.

La mañana estaba destinada, como era de razon, para que cumpliesen los novios con la obligacion de buenos cristianos, antes de contraer el santo nudo que iba á ligarlos de por vida; sin que ocurriese cosa alguna que de contar sea, excepto que el capellan del castillo puso pies en pared de que habia de predicar un sermon con tan fausto motivo; y aunque el comendador no tenia sobrada confianza en las predicaderas del tal capellan, por ser clérigo romancista, hubo al fin de resignarse y darle en ello gusto. Mas aconteció, por arte del diablo, que el bueno del hombre sabia de coro dos sermones (que le habia dejado un religioso en prendas), alusivo uno de ellos á los *desposorios*, y otro á los *zelos* del señor San José; y como ambos se asemejaban mucho, por mas que el capellan procuraba no hablar sino de bodas, se le deslizaba la lengua y venia á dar en la zelotipia; poniendo en trance de rebentar de risa al piadoso auditorio.

Tampoco estaba el comendador muy satisfecho de la fiesta que se preparaba para la última tarde; pero como era naturalmente bondadoso, y le halagaba que se desviviesen todos por festejar las bodas de su hija, aparentó no saber los preparativos que estaba haciendo un antiguo ballestero, á quien tenia mucha ley por haberle acompañado en la guerra; el cual, cargado de años y de achaques, se habia retirado á aquel castillo para terminar en él sus dias, dándose á sí mismo el título de *alcaide de la fortaleza.* Tan aferrado estaba en este concepto, que no hablaba sino de puentes levadizos, saeteras y barbacanas: hacia tocar el parche, para que viniesen á merendar los segadores; y mas de una noche de invierno salia de oculto, no sin riesgo de un romadizo, á recorrer las atalayas (que así llamaba á cualquier mojon de término) por ver si descubria fuegos ó ahumadas. Querer que con tan belicosas disposiciones y el mucho cariño que al comendador profesaba, no hiciese nuestro Castellano alguna de las suyas, era pedir un imposible: así fue que no cerró los ojos ni tuvo sosiego en dos semanas, preparando con sigilo una *fiesta de Moros y cristianos* [1]. Se complacia mucho en

[1] Tan arraigada estaba la aficion á las *fiestas de Moros y cristianos*, remedo ó

estos simulacros de guerra, tomando de ellos pié para hablar horas enteras de las proezas de su mocedad; y ahora que se le presentaba la del copete, con huéspedes en el castillo y gente forastera, deseaba hacer alarde de su pericia, disponiendo una batalla campal, que dejase en zaga á la del Salado. Lo único que le trajo en apuros fue el encontrar quienes quisiesen hacer de Moros, á pesar de que les ofreció doble racion de vino, contra el precepto de Mahoma; pero como estaban ciertos de llevar la peor parte, no solo de los peones cristianos, sino de la turba de muchachos que solia apedrearlos en su fuga, se retraian y con razon de tan desigual combate, no obstante que llevaban resmas enteras de papel de estraza bajo las toquillas y bonetes, para resguardar algun tanto las amenazadas cabezas. Alistados al fin unos y otros bajo las respectivas enseñas, escogieron el campo de batalla; y apercibido todo á punto de pelea, se presentó nuestro alcaide delante del comendador á la hora misma en que se levantaba con sus huéspedes de la mesa; y les rogó, en los términos mas pomposos que pudo, tuviesen á bien aquella tarde honrar con su presencia el simulacro de una lid, que tenia aparejada, para recordar á lo menos (y recalcóse mucho en estas palabras) los entretenimientos de sus verdes años. Acogió el comendador la demanda con el agrado que le era propio; y dijo al Don Alonso de Córdoba algunas expresiones urbanas acerca de la lealtad y denuedo de aquel buen soldado, el cual se despidió de ellos tan ufano y brioso, que fuera capaz de hacer añicos al mismo ejército de Miramamolin.

No era el que estaba dispuesto (en verdad sea dicho) tan lucido ni tan numeroso; pero no faltaban en él unas cuantas docenas de jayanes, hombres de puños, todos con bragas anchas y bonetes colorados, y alguno que otro con una sábana blanca en lugar de jaique; distinguiéndose entre todos el caudillo Muza (que con este nombre habian confirmado al boyero Juan Antolinez, *alias* el pelon) en que llevaba por almaizar una faja de seda de Toledo, que le daba tres vueltas á la frente, y en los hombros por capellar una cortina vieja de damasco. Los soldados castellanos estaban mejor vestidos, y sobre todo mejor armados; y bien se echó de ver en cuanto se trabó la refriega; porque á pesar de la ligereza de los Alarbes, que se enriscaban por aquellos vericuetos á manera de cabras, no podian resistir los mandobles que les tiraban en las costillas los peones castellanos, echándolos á veces á rodar, cual si fuesen Moros de paja; ni mas ni menos que solíamos verlo en nuestros teatros, cuando representaban la famosa comedia de *Carlos V sobre Tunez*. Acudia á todas partes el furibundo Muza, dando por su cuenta alguna que otra puñada á los Moros, que ponian los pies en polvorosa; pero como les picaban las espaldas los ene-

simulacro de las antiguas lides, que se ha conservado esta costumbre en algunos pueblos de la Vega de Granada; celebrándose con cierto boato aun despues de entrado este siglo.

migos, acaudillados no menos que por el infante don Pelayo (papel que se habia reservado para sí el disponedor de la fiesta), no osaban los infieles volver la carta atras, temiendo no les sacasen un ojo ó les arrrancasen las barbas. Los gritos de los unos apellidando al apóstol *Santiago*, la algarabía de los otros, que echaban venablos por aquellas bocas, las voces con que desde las ventanas y troneras del castillo acaloraban la refriega, el ruido de las espadas, los relinchos de los caballos, el ladrar de los perros, el eco repetido en los montes, todo causaba á una tal confusion y estrépito, que no pocos de los concurrentes temieron quedar sordos; y diéronse todos por complacidos, cuando terminada la pelea (en la cual murieron en la misma proporcion que en la batalla de las Navas : doscientos mil Moros y veinticinco cristianos [1]), se presentó don Pelayo, al frente de los vencedores, trayendo clavada en una pica la cabeza del moro Muza, que aunque era de carton embadurnada con almagre, aun ponia á los ojos espanto.

Ya se deja entender que en todas estas fiestas y regocijos, celebrados con tan fausta ocasion, el lugar preeminente, así como los principales agasajos, estaban reservados para los futuros esposos, sentados siempre el uno á la vera del otro, y que se llevaban tras sí las miradas de todos, al verlos de tan corta edad, tan discretos y bien apersonados. La hermosa Isabel se mostraba algun tanto mas afable que el dia de las vistas; y hasta empezaba á sentirse inclinada al gallardo mancebo, aunque no experimentase todavía aquella sabrosa inquietud, aquel latir el corazon á una sola mirada, que tanto deleite causan una vez en la vida; al despuntar los primeros amores. Mas por lo que respecta al mozo Venegas, ya la suerte habia echado el fallo : desde que vió á la gentil doncella, ni podia apartar de ella los ojos ni alejarla de su memoria : en todas partes la veia, distinguia de lejos su acento, hasta conocia sus pisadas; y las dos noches que llevaba de aposentarse en el castillo, no habia podido sosegar ni un instante. Mentira le parecia que iba á poseer en breve joya de tanto precio; y á la par que veia acercarse el ansiado momento, se aumentaba su inquietud y zozobra : que tambien duele la alegría, y oprime el pecho la esperanza.

[1] « Perecieron en aquella batalla *doscientos mil Moros*, y entre ellos la mitad fueron hombres de á caballo : otros quitan la mitad de este número. La mayor maravilla que de los fieles no perecieron mas de *veinticinco*, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo : otros afirman que fueron *ciento y quince*, pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. » (Mariana, *Historia de España*, lib. 11.)

Si algun lector, sobradamente nimio y escrupuloso, hallase reparo en creer que muriesen en aquella refriega tantos Moros y tan pocos cristianos, bástele recordar que lo mismo, ni mas ni menos, sucedió en la batalla del Salado. « Afirman muchas ó las mas historias que murieron en esta batalla *doscientos mil Moros*, y otros muchos fueron presos. De los nuestros dicen graves autores que no murieron sino *quince ó veinte*. Luis Mármol dice que fue mucho el daño de los cristianos. » (*Crónica de los Moros de España*, por Fr. Jaime Bleda, lib. 4°, cap. 36.)

CAPITULO VII.

Noche de los desposorios.

Llegó por fin la noche destinada á los desposorios : y al ruido y confusion de la tarde sucedió una especie de silenciosa calma; cual suele acontecer en el mar despues de una tormenta. Como la gente comun estaba tan rendida, se desparció casi toda por el castillo, entregándose á la embriaguez y al sueño en los patios y corredores; únicamente los criados mas antiguos, sin contar las damas y los caballeros, esperaban á la puerta de la capilla que llegase la hora señalada para la augusta ceremonia. Un sordo rumor, que resonó por los estrechos ánditos, anunció que se acercaban los novios y la comitiva; y un instante despues se vieron venir en dos filas como una docena de pages, con hachas de cera en una mano y la gorra en la otra, caminando con gravedad y pausa: venian despues los futuros esposos, embebecido cada cual en sus pensamientos, y sin atreverse ninguno de ellos á levantar los ojos; no así el comendador y el don Alonso, quienes seguian de cerca sus pisadas, alzada la cabeza y regocijado el semblante, como padrinos de la boda; cerrando el acompañamiento las doncellas de Isabel, cubiertas todas con sus mantos, y algunos escuderos de los mas favorecidos, que habian alcanzado á fuerza de ruegos tan señalada honra.

La capilla del castillo era estrecha y oscura, de una sola nave, la techumbra de nogal, el retablo con imágenes de madera en angostos nichos y molduras doradas; pero la misma antigüedad de aquel recinto y sus toscos adornos como que retraian el ánimo de las cosas mundanas, inspirando sentimientos religiosos, á la par melancólicos y suaves. Contribuia no poco á ello el saber que allí descansaban en paz varios ascendientes del comendador, mezcladas sus cenizas con la tierra que habian rescatado, y reposando á la sombra del mismo altar que habian defendido. Hácia el promedio de la capilla se descubria un sepulcro, que apenas levantaba dos palmos, y que mostraba mal bosquejada en la grosera piedra la figura de una muger, al parecer de pocos años, con las manos cruzadas sobre el pecho, los piés unidos y el rostro vuelto al cielo. Era la imágen de la desventurada madre de Isabel, á quien habia labrado su esposo aquella sepultura; y aun sentia ahora el comendador una especie de consuelo, si bien mezclado de tristeza, al reflejar que su virtuosa muger iba á servir como de testigo y á bendecir desde la tumba el desposorio de su hija.

Ya se hallaba esta arrodillada al pié del altar, trémula, descolorida; el esposo á su lado, sin alentar siquiera; el ministro del Señor pronunciando las palabras sagradas, y ya á punto de recibir el *sí*, que iba á unir á entrambos hasta la muerte, cuando se oyó de súbito

un clamor tan agudo, que quedaron todos pasmados. Creyeron al pronto que era alguna reyerta entre la misma gente del castillo, desmandada con la embriaguez y el alborozo; pero un instante despues se oyó el grito de *fuego!* que dejó aterrados los ánimos; y acercándose mas y mas el tropel, se distinguió claramente el rumor de las armas, el correr de los fugitivos, los ayes de los moribundos.

Cayó desvanecida Isabel, recibiéndola en sus brazos su esposo; huyeron despavoridos los amigos y deudos que los rodeaban; partió el comendador como un rayo á informarse por sí mismo de la causa de aquel escándalo, siguiéndole de cerca el de Zuheros, para auxiliarle en cualquier trance; pero al llegar á la puerta de la capilla, les atajó la turba el paso, agolpándose á guarecerse en aquel recinto, como postrer refugio. Gritaba el comendador, y nadie le escuchaba; hacia mil demandas, y no le respondian; solo resonaban lamentos, sollozos, alaridos, como si á todos los acosase ya de cerca la muerte.

Y era así por desgracia: habian penetrado en el castillo Moros de la frontera, amparados de la noche, y esperanzados en el descuido que habria infundido á los cristianos la paz, no menos que la embriaguez y el sueño: entrar por las puertas, inundar de gente el castillo y ponerlo á fuego y sangre, todo fue un solo punto. Volvian en sí los infelices cristianos desatentados, sin dar crédito á sus mismos ojos, imaginando tal vez alguno que eran sus propios amigos, cubiertos aun con el disfraz; y pasaban en el instante mismo de los brazos del sueño á los de la muerte. Ni piedad ni misericordia; no valia la edad, el sexo, las súplicas, el llanto; corrian en vano algunos en busca de sus armas; arrojábanse otros á las llamas, huyendo del acero; y apiñábanse los mas á la puertas de la capilla, invocando el nombre de Dios, que el terror helaba en sus labios. Allí fue la mortandad, allí el destrozo: creció el furor de los infieles á la vista del lugar santo; y penetraron en él, á manera de lobos en redil descuidado. Con la espada en la mano, inmóvil como una estátua, los aguardó el comendador, sin proferir ni una sola palabra: apenas se distinguia si estaba vivo ó muerto. Cien heridas habia recibido, y aun permanecia en pié; mas vaciló luego y cayó desplomado, arrastrándose trabajosamente hasta ir á expirar junto á su esposa.

Delante del altar, sosteniendo á Isabel, y como escudándola con su propio cuerpo, estaba el mozo Venegas sin saber lo que le pasaba: ni tenia armas para defenderse, ni esperaba socorro humano; pero no curaba de su vida, traspasado el corazon con el peligro de su amada.

Rendios ó morid! les gritó de lejos el caudillo de aquella gente bárbara; y al abalanzarse para separarlos, se abrazó el mancebo con su esposa, y recibió una herida en la frente, cayendo bañado en su sangre.

Muy pocos fueron los desventurados que escaparon con vida en

aquella noche de tribulacion; mas desdichados mil veces que los que en ella perecieron; pues en vez del dolor de un instante, se veian condenados á arrastrar en tierra extraña durísimas cadenas. La infeliz Isabel, que ni siquiera daba señal de vida, se contó tambien en el número de los cautivos, habiéndole concedido el cielo no sentir por el pronto el peso de tantas desdichas; y despues que hubieron los Alarbes puesto á saco el castillo, recogiendo azorados su presa, huyeron con ella precipitadamente, antes que clarease el dia ó cundiese el rumor de aquella catástrofe. Tal fue el fin que tuvieron unas bodas comenzadas con tan prósperos auspicios... ¡Quién fia en ventura humana, si se desvanece tan breve!

CAPITULO VIII.

Desolacion y lástimas.

A la mañana siguiente ponia grima el castillo; abandonado, desierto, sin respirar en él alma viviente ni escucharse el mas leve murmullo. Habian ardido puertas y techos, y aun humeaban los escombros: el patio, los salones, el ara misma estaban empapados en sangre; y en medio de aquel cuadro de desolacion, y á par de los destrozados cadáveres, aun se veian aprestos de boda, galas, vestigios de las fiestas; como para causar mayor pena y horror con tan lastimoso contraste.

Llegó la nueva á Martos, llevándola alguno que otro, que se habia salvado como por milagro; y de este número fue el mismo don Alonso de Córdoba, el cual separado por el tropel del lado de su amigo, se habia hallado sin saber cómo fuera de la capilla, tentando despues en vano reunir alguna gente. Hasta que, perdida toda esperanza y sabedor de la desdicha de los suyos, no parece sino que el cielo mismo le dió fuerzas para seguir á un escudero del comendador, que sabia las revueltas del castillo, y salir sin ser vistos al campo. Desde aquel punto y hora, un solo sentimiento le animaba y le hacia llevadera la vida: volar á echarse á los piés de la reina, demandarle venganza, y no dar á su cuerpo holgura ni descanso hasta lavar tamaña afrenta con sangre de los enemigos. Abismado en este pensamiento, ni se desahogaba con quejas ni vertia siquiera una lágrima; pero movia á compasion el venerable anciano, lanzando de tarde en tarde un profundo gemido y volviendo sus ojos al cielo.

Tan extrañas parecian las circunstancias de aquel desastre, que al principio la gente de la villa rehusaba darle crédito; pero oyendo despues la narracion de uno y otro testigo, tocaron á rebato, empuñaron las armas, y corrieron de tropel al castillo. Entonces fueron los lloros, los lamentos, que el corazon se partia al escucharlos: buscaba uno á su amigo, otro á su hermano, quien á su

mismo padre; removian los cadáveres, temiendo cada cual reconocer al propio que buscaba; y al contar las heridas y al ver el atroz linaje de muerte, se redoblaban los sollozos, los ayes, los gritos de venganza. Volaron los mas ágiles tras las huellas de los asesinos, pero sin lograr darles alcance: quedáronse en el castillo los ancianos y los que no habian conseguido siquiera apoderarse de una espada; y mientras cuidaban unos y otros, anegados todos en lágrimas, de recoger aquellos destrozados cuerpos y darles sepultura, vieron llegar de tropel madres, esposas, huérfanos, rendidos de dolor y cansancio, pidiendo á gritos al cielo las prendas de su alma. No sin afan y trabajo, y al cabo de emplear largas horas la autoridad y el ruego, consiguieron por fin los mas prudentes alejar á las mugeres y niños de aquella escena de desolacion; y despues de enterrar á sus deudos y amigos en la misma capilla y alrededor de ella, como para que participasen mas de cerca de las gracias del cielo, labraron con piadoso fervor una cruz de madera, y la colocaron en medio, sobre el sepulcro mismo en que ya reposaba el comendador con su esposa. Grande alivio y consuelo en las tribulaciones humanas: confiar en la justicia de Dios y esperar en su misericordia!

Volvióse la gente á la villa, con tanta afliccion y silencio, que bien se echaba de ver cómo traian el corazon; y al juntarse fuera de las puertas con los que acudian á su encuentro, renováronse otra vez las lástimas y el llanto, al referir lo que acababan de ver con sus propios ojos.

En mucho tiempo, bien pudiera decirse en años, no se habló de otra cosa en la villa ni en toda la comarca: relataba cada cual á su modo los pormenores del lamentable hecho, lo comentaba á su sabor, lo explicaba de distinta suerte; pero casi todos estaban de acuerdo en que rayaba en lo imposible que se hubiese verificado, sin tener los Moros en el castillo algun secreto trato. Y como no era de creer que ningun cristiano les hubiese dado la mano para tamaña atrocidad, nació entonces la voz de que habia tenido no poca parte en aquella desdicha la esclava de que hemos hablado. El odio que abrigaba en su pecho contra los Castellanos, el natural anhelo de recobrar á un tiempo su libertad y patria, y la repugnancia que habia mostrado á semejante casamiento, confirmaron mas y mas la comun creencia; y cuando luego se supo que se habia salvado la cautiva, y que iba en compañía de Isabel, las sospechas y dudas se trocaron casi en certeza.

Lo que no alcanzaban á comprender (á pesar de lo poco que fiaban los cristianos en paces con infieles) era cómo las habian estos quebrantado en aquella ocasion, sin causa ni pretexto; tan agenos estaban de sospechar aquellos infelices que el atentado que lloraban encubria muy hondos designios.

CAPITULO IX.

Situacion respectiva de los reyes de Castilla y de Granada.

Reinaba á la sazon en Granada Muley Abó Cacen ó Albo Hacen (que con ambos nombres era conocido), príncipe bien dispuesto, animoso, que hizo concebir de sí grandes esperanzas al ascender al trono. Habia hallado su reino en paz con los cristianos, ajustada por su antecesor pocos meses antes [1]; pero mas de una vez habia dado indicios de ser muy otra la disposicion de su ánimo; como cuando le enviaron embajadores los monarcas de Castilla, para cobrar el tributo anual que solian pagar sus antepasados: costumbre que habia subsistido, si bien con quiebras y desmedros, desde el tiempo del santo rey don Fernando, cuando apremiado dentro de los mismos muros de Granada Mahomad Alhamar (primero de su estirpe y deseoso de vincular en ella la corona) convino en pagar parias al rey de Castilla, y se llamó vasallo suyo, obligándose como tal á asistir á las córtes del reino, siempre que fuese convocado [2].

Mucho se habian trocado desde entonces los tiempos: desgarrada Castilla con discordias domésticas, ó manejadas por manos poco firmes las riendas del gobierno, y fresca todavía la memoria del descalabro que habian padecido las armas de Castilla en la Vega de Granada (despues de promediado el siglo), no es de extrañar que

[1] « Con este fin el rey Ismael, ó por sentirse desobligado de pagar el tributo, por haberse quebrantado la tregua, dejó de acudir al de Castilla por algunos años con las parias que quedaron concertadas; con que le obligó á romper por sus tierras con grueso ejército el año de 1464, y apretarle de modo que no solo se las pagó, pero para aplacarle le hizo presentes de grande estima. Quedaron los dos reyes desde ahora nuevamente confederados, y asentadas las paces con buenos partidos. Don Enrique se volvió á Castilla; Ismael se quedó en Granada, donde tratando de reparar sus cosas y ponerlas en mejor estado, le cogió la muerte, domingo á 7 de abril del año de Cristo de 1465: sucedióle su hijo Muley Mahomad Abu Cazen. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 29.)

[2] Es tan singular esta circunstancia, que me ha parecido conveniente no pasarla en silencio. « Quedó asentada entre los dos (el rey Alhamar y don Fernando III) una confederacion y alianza, que duró firme mientras ambos vivieron. El de Granada se hizo vasallo del de Castilla; y en señal de sujecion le besó la mano. Prometióle la mitad de sus rentas, que llegaban por año á ciento y sesenta mil ducados, suma grande para entonces. *Obligóse á acudir como vasallo á las córtes del reino, todas las veces que fuere llamado á ellas.* » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 18.)

Andando el tiempo, y queriendo otro principe moro (Jusef Aben Alhamar) que le sostuviesen las armas cristianas en el trono de Granada, acudió al mismo medio: « En Ardales hizo su carta de reconocimiento de señorío al rey de Castilla, obligándose á servirle cada año con cierta cantidad de doblas de oro, y en tiempo de guerra con mil quinientos caballos, *y de acudir á sus córtes cuando las celebrase de acá de los montes de Toledo*, ó *enviar alguna persona de su casa, la mas considerable*, y otras condiciones de alianza y recíproca amistad. » (*Historia de la dominacion de los Arabes en España*, por don José Conde, part. 4ª, cap. 30.)

anduviesen ensoberbecidos los Moros, ni que les punzase el deseo de tentar otra vez fortuna. Así fue, que cuando se presentaron á Albo Hacen los embajadores de Castilla, les contestó con desabrimiento estas propias palabras: «Los reyes que pagaron en otro tiempo aquel tributo son muertos; y al presente las casas de moneda de Granada no acuñan oro ni plata, sino en su lugar se forjan lanzas, saetas y alfanjes [1].»

Disimularon por el pronto los embajadores, conforme al mandato que traian; y aun los mismos reyes de Castilla, embotando como prudentes los filos á su enojo, se desentendieron tambien de aquel desacato; pero no fue difícil antever desde entonces que amenazaba un rompimiento entre uno y otro reino, así que se presentase ocasion oportuna.

Por lo que respecta al de Castilla, corta perspicacia se necesita para traslucir los motivos que ataban las manos á aquellos esclarecidos príncipes [2]: habian hallado el reino, cual se ha dicho, en el mas lastimoso desconcierto; y era menester ante todas cosas recomponer la máquina del Estado, desquiciada y casi deshecha; dejar siquiera un respiro á los pueblos, agobiados con el peso de cargas y tributos, y condenados á pagar con el propio sudor y sangre agenas mercedes y larguezas; y al mismo tiempo dar temple y vigor á la potestad real, descaecida por largo espacio.

Hasta llevar á cabo obra de tamaña magnitud, aconsejaba la pru-

[1] «Concluidas las córtes que el rey don Fernando tuvo en Madrid el año siguiente de 1478, dió la vuelta á Sevilla, donde le vinieron embajadores del rey de Granada, pidiendo prorogase las treguas que el año antes se le concedieron. Dióseles por respuesta que no se les volverian á conceder, si demas de la obediencia y homenage, no pagasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Sobre este punto despachó el rey don Fernando sus embajadores á Granada; y habiéndolo tratado con el rey moro, les respondió: *que los reyes que pagaron en otro tiempo aquel tributo eran muertos; y que al presente en las casas de moneda de Granada no acuñaban oro ni plata, sino en su lugar se forjaban lanzas, saetas y alfanjes.* Respuesta atrevida, de que se ofendió mucho el rey don Fernando; aunque por no hallarse en estado de hacer una demostracion, se acomodó con el tiempo, otorgando las treguas que le pedian, y reservando la enmienda de este desacato para mejor ocasion.» (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 30.)

Casi todos los historiadores que han tratado del orígen y principio de la guerra de Granada, refieren la respuesta de Albo Hacen en términos muy parecidos á los que acaban de citarse.

[2] «En los reinados siguientes los disturbios civiles, las tutorías, la indolencia de los reyes, y las guerras con otros príncipes de la Península habian puesto en olvido las de los mahometanos, ó reducídolas á algunas entradas y talas sin plan ni consecuencias. Los Moros se habian acostumbrado á despreciar al leon que dormia. Durante la guerra con Portugal, en los primeros años del gobierno de Isabel, los infieles habian penetrado en términos de Castilla, llevándolo todo á sangre y fuego. Hubo que disimular este insulto, igualmente que la arrogancia con que se negaron á pagar las parias que solian, al mismo tiempo que solicitaban la continuacion de la tregua, y contemporizar prudentemente, hasta que ajustada la paz con los Portugueses, se ofreciera ocasion oportuna para la venganza.» (Clemencin, *Elogio de la reina católica doña Isabel.*)

dencia no empeñarse en una empresa tan larga y tan costosa, cual era el arrojar á los Moros de España; y no menos que á esto se enderezaban ya las miras de aquellos insignes monarcas, que veian reunidas en su frente las coronas de Aragon y de Castilla.

Ni podian tampoco prescindir de que apenas bastarian juntos todos los esfuerzos de uno y otro reino para sujetar al de Granada, en que se habia agolpado todo el poder de los Alárabes, vestigio de su larga dominacion [1]; siendo muy de temer que en aquel antemural fortísimo, como en postrer refugio, se defendiesen hasta el último trance, con la obstinacion que inspira el amor á la patria, el fanatismo religioso, el odio alimentado entre dos naciones por el trascurso de ocho siglos. Y los reyes de Castilla se veian empeñados en una contienda civil sobre la sucesion á la corona [2]; en guerra

[1] « Abuz Aben Abuz deshizo el reino de Córdoba, y puso á Idriz en el señorío del Andalucía. Con esto, con el desasosiego de las ciudades comarcanas, con las guerras que los reyes de Castilla hacian, con la destruccion de algunas, juntos los dos pueblos en uno, fue maravilla en cuán poco tiempo Granada vino á mucha grandeza. Desde entonces no faltaron reyes en ella hasta Abenhut, que echó de España á los Almohades, y hizo á Almería cabeza del reino. Muerto Abenhut á manos de los suyos, con el poder y armas del rey santo don Fernando el III, tomaron los de Granada por rey á Mahamet Alhamar, que era señor de Arjona, y volvió la silla del reino de Granada, la cual fue en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix, cuando estaba en mayor prosperidad, tenia *sesenta mil casas*, segun dicen los Moros; y en alguna edad hizo tormenta, y en muchas puso en cuidado á los reyes de Castilla. » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

[2] Como la guerra de sucesion, que se encendió en España despues de la muerte de Enrique IV, versaba sobre la legitimidad ó ilegitimidad de la princesa doña Juana, me ha parecido que no desagradaria al curioso lector saber la opinion de algunos autores contemporáneos, cuyas obras no se han publicado hasta ahora.

En la *Historia de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel*, escrita por el bachiller Andres Bernaldes, cura que fue de la villa de los Palacios y secretario del arzobispo de Sevilla en vida de aquellos príncipes, se lee lo siguiente :

« Decian en aquel tiempo que siendo niño el rey don Enrique, que le fue hecho mal, é ovo tal lision de que se causó su impotencia : *esto sabe Dios si fue así ó si no.* »

Y mas adelante añade : « Muchos grandes se allegaron á la *cláusula del testamento del rey don Enrique, que diz que decia que la dejaba por su hija heredera.* » (Cap. 10. — M. S. existente en la real academia de la Historia.)

Respecto de este último punto, ofrece datos sumamente curiosos otro escritor de aquellos tiempos, el doctor don Lorenzo Galindez y Carbajal, quien en sus *Anales breves del reinado de los reyes católicos* don Fernando y doña Isabel, de cuyo consejo y cámara era, y por cuyo mandato se ocupaba en ver y enmendar las crónicas de don Juan el II y de Enrique IV, revela algunas circunstancias muy notables : « Y no embargante que el cronista diga que no hizo testamento, sino un memorial que se halló en poder de Juan Oviedo, su secretario, la verdad fue que *hizo testamento, y en él dejó por heredera de sus reinos de Castilla, etc., á aquella doña Juana, que se decia su hija, y juró que era su hija*, y dejó por testamentario al marqués de Villena, y al conde de Benavente y al obispo de Sigüenza; y este testamento dejó Juan de Oviedo en poder de un clérigo, cura de Santa Cruz de Madrid, el cual con otras muchas escrituras lo llevó en un cofre, y lo enterró cerca de la villa de Almeida, que es en el reino de Portugal, porque no le fuesen tomados; y esto vino á noticia de la reina católica, mediante cierto aviso que de ello dió el bachiller Fernan Gomez de Herrera, vecino de Madrid, que era

con el rey de Portugal, que daba calor á las pretensiones de la princesa doña Juana [1]; enemistados con la Francia, cuyas huestes habian traspasado las fronteras [2]; y tenian que proceder aquellos príncipes con el mayor pulso y detenimiento, para no exasperar á la nobleza, que veia con ceño por cuán distintos medios iban so-

amigo de dicho cura, al cual y á dicho cura envió S. A. desde Medina del Campo el año de 1504 (estando ya mal dispuesta de la enfermedad de que falleció), y no lo pudo con su indisposicion ver, y quedó todo en poder del dicho Hernan Gomez; y mediante el licenciado Zapata, del consejo, á quien el dicho Hernan Gomez avisó, fallecida la reina, lo supo el rey, que quedó por gobernador de los reinos; y dicen que lo mandó quemar. Otros dicen y afirman que quedó en poder de aquel licenciado Zapata; y por este servicio, al dicho Hernan Gomez se le hicieron despues algunas mercedes, entre las cuales le fue dada una alcaldía de corte, á semejanza de aquel siervo, que dió al pueblo romano la escritura de que se hace mencion en la ley 2ª, § *de origine juris*. Pero como aquel acto de jurar el rey don Enrique que la dicha doña Juana era su hija, lo hubiese hecho otras veces (la última y mas solemne antes del testamento, que por circunstanciada y concurrida de prelados, grandes, y pueblos, admira como despues se trasformó, fue en el acto de Valde Lozoya, dia viernes 26 de noviembre de 1470, como en su crónica se lee), no es de maravillar que por encubrir que daba su muger á sus privados, lo continuase, aconsejado de los mismos. » (M. S. existente en la real academia de la Historia.)

Sabidos estos antecedentes, se hace mas notable el modo con que se expresa el historiador Mariana, al pasar, como sobre ascuas, sobre un punto tan delicado : « *No otorgó algun testamento* (dice, hablando de la muerte de Enrique IV); solo hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo, su secretario, de quien mucho se fiaba. Nombró por ejecutores de lo que ordenaba al cardenal de España y al marques de Villena. Preguntado por Fr. Pedro de Mazuelos, prior de S. Gerónimo de Madrid, que le confesó en aquel trance, á quien dejaba y nombraba por sucesor, dijo que á la princesa doña Juana, que dejó encomendada á los *dos ejecutores de su testamento*, y junto con ellos al de Santillana, al de Benavente, al condestable y al duque de Arévalo, de quien mas que de otros hacia confianza. »

No es menos notable el final con que termina el capítulo aquel historiador : « Del derecho en que fundaron su pretension (los reyes católicos) por entonces se dudó; el provecho que adelante su valor acarreó fue sin duda muy grande y aventajado. » (*Historia de España*, lib. 24, cap. 4.)

[1] « El rey don Alonso de Portugal, ó movido de la ambicion, ó despechado tambien por la entereza con que algunos años antes le habia negado su mano Isabel, trataba de sostener los derechos que alegaba á la sucesion de estos reinos su sobrina doña Juana. Muchos de los grandes castellanos, creyendo medrar por las mismas mañas que en otros reinados, é irritados de que hubiese pasado el tiempo del poder de los validos y del pupilaje de los príncipes, se disponian á favorecer al partido portugués y á sacudir la funesta antorcha de la guerra civil. En vano envió la reina una y otra embajada con palabras de moderacion y de templanza; en vano interpuso la mediacion de personas amantes de la tranquilidad; en vano intentó desarmar con bondad y dulzura á sus mal aconsejados vasallos. Don Alonso, lleno de las esperanzas que le daban sus fuerzas, la desprevencion de los nuevos reyes y las ofertas de los Castellanos sus parciales, desechó enteramente las proposiciones pacíficas y resolvió el rompimiento. » (Clemencin, *Elogio de la reina católica doña Isabel.*)

[2] « Tuvo Isabel que defender con la fuerza la herencia de sus mayores. Pero las dificultades eran grandes : faltaba el dinero, nervio de la guerra : Toro y Zamora habian abierto las puertas al enemigo; el castillo de Burgos, cabeza de Castilla y cámara de sus reyes, tremolaba las quinas portuguesas; los Franceses, solicitados por el rey don Alonso, entraban en Guipúzcoa, y despues de talar el pais sitiaban á Fuenterrabia. » (Clemencin, *Elogio de la reina católica doña Isabel.*)

cavando su poderío, y para granjear al mismo tiempo la buena voluntad de los pueblos.

Si tantas eran las trabas que detenian los pasos de los reyes de Castilla, impidiéndoles guerrear contra el de Granada, no es fácil concebir cómo desaprovechó este tan buena coyuntura: se veia señor de un solo reino, pero que valia por muchos; teniendo por límites el reino de Jaen por una parte, el de Murcia por otra, con las fuertes ciudades de Guadix y de Baza como llaves de aquella frontera; y corria su dominacion á la par del Mediterráneo, desde el famoso puerto de Almería hasta mas allá del de Málaga; casi hasta el pié del monte que apellidaron por nuestro mal los Arabes de *la entrada de la victoria* [1].

Podia esperar Albo Hacen socorros de Africa, tocándola casi con la mano el reino de Granada, y presentando en las asperísimas sierras de la Alpujarra puertos, abrigo, baluartes. La sola capital, aun sin socorro extraño y abandonada á sus propias fuerzas, bastaba á gastar y consumir las de Castilla con larguísimo asedio: la guarecian montes, acequias, rios, fuertes torres y muros; encerraba dentro de su recinto una poblacion belicosa, y podia poner en pié muchos miles de combatientes [2]; siendo tal su posicion, merced

[1] «A la parte de poniente comenzaba (el reino de Granada) desde los términos marítimos mas orientales de la ciudad de Gibraltar, que los Alárabes llaman *Gibel Fetoh*, que quiere decir *monte de la entrada de la victoria*, desde una señal que hoy dia llaman los moradores de aquella tierra *las tres piedras;* y extendiéndose largamente sobre el Mediterráneo, llegaba á la parte de levante hasta el reino de Murcia.» (Mármol, *Hist. del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 1°.)

Pocos años antes de la guerra de Granada (por los años de 1462), habian perdido los Moros á Gibraltar; habiendola arrancado de su poder el duque de Medina-sidonia.

[2] La poblacion del reino de Granada debió de ser muy crecida, segun el testimonio unánime de los historiadores; y no pudo ser de otra suerte, atendida la extension y feracidad de aquel reino, y en virtud á haberse amontonado en aquella ciudad muchos moradores de Córdoba, de Jaen, de Sevilla, y últimamente de Antequera, despues que esta y otras ciudades y villas fueron cayendo en poder de cristianos.

El agudo bachiller Fernan Gomez de Cibdad Real, que presenció la batalla dada en la Vega por don Juan el II (el año de 1431) dice que: «el rey de Granada salió con todo su gentío, que cubria toda la Vega é los cerros..... » y añade mas adelante hablando de los cristianos: «Se metieron en la batalla que muy trabada é horrenda andaba, é con tanto denuedo firieron en los Moros, que bien *doscientos mil peones serian é cinco mil de la gente de á caballo*, etc.» (*Epístola* 51ª, escrita en el real de Granada por el citado bachiller.)

Lucio Marineo Sículo, autor coetáneo á la conquista de Granada, y que acompañó en ella á los reyes católicos, se expresa en estos términos: «Segun habemos entendido, en tiempo de los reyes moros juntaban para la guerra *cincuenta mil hombres de pelea, y otros tantos* las ciudades y pueblos que estaban debajo de su señorío.

» Dentro de los muros de Granada habia gran multitud de gentes, bien *casi doscientas mil ánimas* » (Lucio Marineo Siculo, *de las cosas memorables de España*, lib. 20.)

Los Moros calculaban *en setenta mil casas* las que encerraba Granada en tiempo de su dominacion, segun lo atestigua Hurtado de Mendoza en su obra ya citada.

á la naturaleza y al arte, que no era fácil proseguir en el cerco, así que empezaba el invierno á mostrar su aspereza, ni bastaban las talas y destrozos de uno y otro estío para hambrearla y rendirla.

Aun cuando hubieran sido de menos monta las ventajas con que podia contar Albo Hacen, encomendando al éxito de las armas la suerte de su imperio, poco ó nada granjeaba, y antes bien á todo se exponia, si daba tiempo á los reyes de Castilla para desembarazarse de cuidados y revolver con todas sus fuerzas sobre Granada. Tan probable aparecia, por no decir seguro, que tal era su secreta intencion, que mucho tiempo antes los ancianos mas prudentes de la corte de Albo Hacen empezaron á mostrarle el riesgo, si dejaba que el enemigo asechase á su salvo la ocasion, en vez de prevenirle; que en los trances de fortuna, y mas si en ellos se libra la salud de un imperio, no se desvanece el peligro con volverle cobardemente las espaldas, sino antes bien arrostrándolo y atajándole el paso.

Empero el rey de Granada, si ya de ánimo generoso y corazon hidalgo, era de suyo tan poco estable en sus resoluciones, que se retraia de cualquier empresa que requiriese tiempo y constancia; habiéndose agravado tan lastimoso achaque con la sobrada aficion al deleite, que habia desflaquecido no menos su cuerpo que su ánimo, á los pocos años de asentarse en el trono. De donde provino sin duda (mas que los agüeros y pronósticos, como imaginó el vulgo) que ya desde entonces empezasen los mas advertidos á temer como próxima la perdicion del reino: que no es menester consultar á los astros para predecir desventuras, cuando se ve y se llora la flaqueza de un príncipe.

CAPITULO X.

Nuncio del rey de Fez.

Advertido con tiempo el rey de Fez del ocio en que yacia su amigo y aliado, le envió de tiempo en tiempo cartas y mensajes, amonestándole del peligro, y ofreciéndole ayuda y socorro en caso

Otro autor de crédito, contemporáneo suyo y muy versado en las cosas de Granada, se expresa de esta suerte, aludiendo al mismo propósito: «Habia en Granada, cuando la poseian los Moros y especialmente en tiempo de Abul Hiscen, cerca de los 1476 años de Cristo, *treinta mil vecinos, ocho mil caballos, y mas de veinticinco mil ballesteros;* y en solos tres dias se juntaban de los lugares de la Alpujarra, Sierra, Valle y Vega de Granada, mas de otros *cincuenta mil hombres de pelea.*» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos,* lib. 1º, cap. 9.)

Acorde con los anteriores datos, dice un autor coetáneo á la conquista de Granada, que habiéndose apoderado los cristianos de Alhama, «vino sobre ellos el rey Muley Hacen, *con cinco mil é quinientos de á caballo, é ochenta mil peones á cercallos.*» (*Historia de los reyes católicos*, etc., por el bachiller Andres Bernaldes, cura de los Palacios. M. S.)

necesario; pues que importaba á entrambos que no se cerrasen á los suyos las puertas de España, arrojados de la tierra que habian ganado con arroyos de sangre, ni tener la desdicha de ver en sus dias proscripta para siempre de aquel suelo de promision la ley de sus mayores. Mas viendo que el de Granada no daba oidos á sus consejos, y contestaba meramente con palabras corteses y una que otra muestra de agradecimiento, determinó el de Fez, tan prevenido y sagaz como Albo Hacen franco y descuidado, enviarle con fingido pretesto á un Moro de su confianza, que encubria la astucia y doblez de un valido con la aspereza de un guerrero africano; como en aquellas mismas regiones oculta su reflexible cuerpo la serpiente debajo de las rudas escamas.

Llegó á Granada Aben Farruch (que este era su nombre); y despues de ofrecer al rey los ricos presentes que para él traia, entre ellos unos borceguíes á la morisca, obra extremada, y otras prendas de mucho valor: « No viene entre ellas (dijo el Moro con cierto desembarazo y libertad, que no desdecian del respeto) ninguna ropa entosigada, como la que envió en mal hora un rey de Fez á otro de Granada [1]; pero estos adornos y galas (excusa, señor, la franqueza de quien se crió en los campos, lejos de la corte) no solo pudieran enviarse á un monarca tan animoso como tú, que bien mereces el trono que ocupas, sino á cualquier príncipe de escaso aliento, y aun á las mismas hembras de su palacio; por lo cual me parece de mas subido precio esta sola prenda que todas las demas: se necesitan puños para sustentarla, y como que estan pidiendo sus filos gargantas castellanas. » En diciendo esto, presentó al rey un riquísimo alfanje, labrada la hoja en Damasco y el puño en Fez, de oro afiligranado y pedrería; y al propio tiempo clavó sus ajos de águila en el semblante del monarca, y sondeó hasta el fondo de su corazon, aun antes de que abriese los labios.

Como las respuestas del rey, así en esta ocasion como en otras que aprovechó despues el sagaz nuncio, estaban lejos de corresponder á sus deseos, fingió quedar completamente satisfecho con las razones que alegaba Albo Hacen para no quebrantar las asentadas paces *llamando sobre sí la tormenta* (segun la frase de que usar solia), *antes que se divisasen las nubes*; y un dia en que Aben Farruch se paseaba con el rey por los jardines de *Generalife*, « Este olor de zelindas y jazmines (le dijo) me desvanece la cabeza; y eso que está acostumbrada á desafiar los rayos del sol y los huracanes del desierto; ni tampoco me ostento galan en las zambras; ni en las cañas muy diestro; por lo que desearia, ya que no he recibido permiso de mi rey para ausentarme de estas tierras, pasar al un tiempo en la frontera, donde fuere de tu mayor agrado; que allí á

[1] El rey Yusuf, segundo de este nombre, « murió de achaque de una ropa entosigada, que le presentó el rey de Fez, á instancia (segun se entiende) de su hijo Mahomad, que le pareció larga la vida de su padre. » (Año de 1396.—Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 22.)

lo menos podré tal vez serte de algun provecho, anunciando la tempestad antes que esté encima, como lo hacen algunas aves del mar allá en nuestra riberas. » Condescendió el rey en la demanda del Africano, creyéndola hija meramente de su índole agreste y belicosa, lejos de columbrar el blanco á que se enderezaba; y hasta le dió alguna gente de guerra, para poner á cubierto la frontera por la parte del reino de Jaen.

Partió el Moro de allí á breves dias; puso buen presidio en las villas de Cambil y Avaral, entonces fronterizas; y apenas se situó en el punto mas á propósito (como quien asecha una presa) escribió secretamente al rey de Fez estas meras palabras: « El fuego arde en un monte; y en el monte vecino hay una selva: en medio sopla el viento. »

Poco tardó en aclararse el misterioso anuncio: unos pastores de la comarca llevaron sus ganados á pacer en tierra de Moros, segun estos decian; trabóse entre unos y otros una rencilla, de que resultaron heridas, si es que no alguna muerte; y tomando Aben Farruch ocasion de este hecho, tan comun entre pueblos vecinos, demandó con arrogancia satisfaccion al alcaide de Martos; y no habiéndola recibido tan pronto cual quisiera, resolvió tomar por sí mismo venganza, aprovechando la ocasion que se le brindaba, y con el oculto designio de provocar un rompimiento entre ambas naciones.

Concebir el propósito y ponerlo en ejecucion, todo fue uno; y satisfecho con haberlo llevado á cabo con tanto secreto y presteza, se retiró otra vez á su guarida, aprestándose á la defensa, y dando parte al rey de Granada de todo lo acaecido. Bien receló desde luego, ni podia ocultarse á su sagacidad, que doleria en sus adentros á aquel monarca tener tal vez que salir mal su grado del ocio en que yacia; pero esto era cabalmente lo que el astuto Africano anhelaba, ansioso de complacer á su propio rey, y de ganar renombre y prez en la guerra contra cristianos.

CAPITULO XI.

Situacion de Isabel á los principios de su cautiverio.

En una casa humilde, á pocas leguas de la frontera y como escondida en un valle, se hallaba postrada en el lecho la infeliz Isabel, sin conocimiento y sin habla, embargadas potencias y sentidos, respirando apenas; hasta que al amanecer del cuarto dia despues de acaecida la desgracia, dió un profundo gemido, se llevó la mano al corazon, y volvió en sí tan azorada como quien recuerda de un pesado ensueño. Ni reconocia el lugar donde estaba, ni sabia cuál era su suerte: su padre, su esposo, el altar, la gente y el castillo, todo

habia desaparecido como por encanto; y despues de abrir los ojos no sin afan y pena, y de tocar una vez y otra los objetos que la cercaban, aun dudó largo espacio si estaba dormida ó despierta.

Grandísimo consuelo sintió en su corazon, al oir la voz de su querida Arlaja, y al conocer que era ella la que la estrechaba en sus brazos; y dejando correr las reprimidas lágrimas, sollozó durante algun tiempo, sin poder articular ni una sola palabra; pero sintió aflojarse lentamente el dogal que la estaba ahogando.

Apenas respiró mas tranquila, hizo mil preguntas sin concierto á su antigua amiga, que ni siquiera acertaba á responderle: tan turbada estaba; mas cuando por medio de respuestas mal seguras, de circunloquios y rodeos, llegó á vislumbrar la infeliz que se hallaba sola y sin arrimo, y en tierra enemiga, y cautiva de infieles, comenzó á dar tales alaridos, que no parecia sino que se le arrancaba el alma; y hasta ella misma llevaba ambas manos al pecho, como para librarse mas breve del peso de la vida.

Recayó la sin ventura en el mismo estado que antes, y aun tal vez tocó mas de cerca el borde del sepulcro; pero la robustez de los pocos años, los remedios y el cuidado de Arlaja, ó mas bien altos juicios del cielo, que tenia reservada á Isabel tan extraña y varia fortuna, fueron parte á que recobrase al cabo el conocimiento y la salud, si bien muy quebrantada y expuesta á los azares de una larga convalecencia. Conociendo su postracion, y temiendo una recaida mas fatal quizá que la primera, procuró Arlaja con especial ahinco que no se presentase á los ojos de Isabel nada que pudiese recordarle su amarga situacion: ella sola la servia, no se apartaba de su lado, dórmia al pié de su cama; y cuando llegó el caso de responder cumplidamente á sus preguntas, cuidó la sagaz mora de encubrir la muerte del comendador, para dejar este consuelo á su desamparada hija, y le dió á entender que se habia salvado su padre, no menos que don Alonso de Córdoba, habiéndose encaminado juntos, segun la comun voz, hácia la corte de Castilla. Por lo que hace al Venegas (que fue la segunda persona por quien preguntó Isabel, aunque con cierta timidez y embarazo) no vaciló la Mora en responderle desde luego que habia perecido en aquel trance, por su culpa y no por la agena, pues que se habia arrojado desapoderadamente sobre el filo de los alfanjes. Así lastimó, y bien lo preveia, el corazon de la afligida doncella; pero como le constaba que Isabel no habia tenido tiempo de cobrar cariño á su futuro esposo, y que el sentimiento que mostraba por su temprana muerte nacia mas bien de piedad que de amor, y se calmaria en breve, prefirió la astuta mora cortar de un golpe el nudo, en vez de desatarle con tiento, quitando así á Isabel hasta el último rayo de esperanza.

Muy cerca de dos meses iban ya trascurridos, y aun permanecia la infeliz casi en el mismo estado: empezaba, es verdad, á recobrar sus fuerzas; pero ni se atrevia á poner el pié fuera de su apo-

sento, y se contentaba con asomarse á la ventana los dias mas serenos, para respirar el aire del campo. De esta suerte le parecia que se desahogaba su corazon; y hasta sintió como una especie de consuelo (¡lo que es ser desdichado!) al ver que empezaban á blanquear unos almendros plantados en frente de la puerta, anunciando con su temprana flor que iba de vencida el invierno.

Mientras duró la convalecencia de Isabel, no se presentó Aben Farruch á su vista ni una vez siquiera: andaba en otros cuidados, vagando de un lugar á otro, y apercibiendo la frontera, por lo que pudiese acontecer: solo de tarde en tarde venia como de paso á informarse de la salud de su cautiva y á disponer lo conveniente; pero llamaba en secreto á Arlaja, hablaba con ella unos instantes, y se volvia tan veloz como habia venido. Mas aconteció que un dia llegó á hora desusada; pensativo, caviloso, como quien revolvia en su mente algun designio; y en breves palabras manifestó á la Mora que habia recibido un mandato del rey para comparecer en Granada; por lo cual era forzoso que se preparase ella á seguirle, trayendo en su compañía á la cautiva. Oyó Arlaja la inesperada nueva, como quien espera ver dentro de breves dias su patria y su hogar, que antes lloró perdidos; y saltándole el gozo en el pecho, compuso el rostro y las palabras para prevenir el ánimo de Isabel, sin que le sobrecogiese el anuncio, y antes bien dejándole entrever que quizá el cielo le abria aquella senda para trocar en dichas sus pesares. « No te verás allí (le dijo entre otras cosas) cual yo me vi en tus tierras, á pocos dias de cautiva, ceñida el pié con grillos, y sellada con hierro en la frente.... Mírame, hija, mírame; que aun ahora mismo se me enciende el rostro de ira y de vergüenza!... Y habia nacido noble y rica, y me hallaba á la sazon en la primavera de la vida, y me veia requerida de amores por la flor de Granada.... No tengo queja del conde de Cabra; que cuando luego vine á su poder, me trató con humanidad, ya que no con cariño; ni menos olvidaré en mis dias la buena acogida que encontré en tu cosa. Pero Dios misericordioso paga con creces el bien que á otros se hace; y los socorros que se dan al desvalido nunca son como el grano que se siembra en arena.... Vas á vivir en mi propia casa, hija mia; te verás tratada como tal por mis deudos y amigos; que no me faltan en aquella ciudad acaudalados y poderosos: y si el corazon no me engaña (que me precio de tenerle leal, aunque haya sido á costa de redoblar muchas veces mis penas) no lastimará tus oidos el nombre de cautiva, y allí donde temes quebrantos, te aguarda quizá la fortuna; que ello ha de suceder, si está escrito. »

La escuchaba Isabel atónita, suspensa, sin dar muestra de pesar ni de alegría; ni aun despegó sus labios; pero así que se recogió aquella noche, y despues de vanos esfuerzos por conciliar el sueño, empezó su mente á devanear, sin poder ella misma tenerla de la rienda; y recordando lo que tantas veces habia oido desde su

niñez acerca de la hermosura de Granada, y esperando que allí tal vez encontraria mas fácilmente medio de recobrar la libertad, quedóse al cabo sosegada, ni bien dormida ni despierta; pero sí mas tranquila, ya que no mas dichosa.

CAPITULO XII.

Viaje á Granada.

No sin sorpresa y sobresalto oyó Isabel la señal de partir: y aunque Arlaja la sostuvo del brazo hasta salir al camino, y por mas que ella misma se apegaba á su cuerpo, como la yedra al olmo, tan consternada iba, que ni siquiera alzaba los ojos, por no ver á los Moros que iban en su guarda; y solo sintió algun consuelo cuando oyó la voz de otras cautivas, que hablaban su propia lengua y se desvivian por animarla.

Los pocos dias que duró el viaje, no ocurrió en él ningun suceso de entidad: el caudillo africano se adelantaba á todos, tornaba luego atras, recorria cien veces el camino; y bien se traslucia cuánto le costaba enfrenar su impaciencia, al ver la rémora que traia con aquellas mugeres: siglos le parecian los instantes que tardaba en dar vista á Granada.

Descubrióse al fin la ciudad, á la caida de una hermosa tarde de abril, cuando ya el sol iba á ocultarse dorando con sus reflejos las cumbres de sierra Nevada. *Allí está!* gritó Aben Farruch desde lejos: volvieron todos los ojos hácia el lugar que el Moro les señalaba con el brazo; y hasta la misma Isabel sintió que le latia mas apriesa el corazon, al acercarse á la ciudad en que se iba á decidir su suerte.

Tan solamente Arlaja parecia enagenada, absorta, sin poder contener las lágrimas ni explicar con voces su alegría; hasta que habiéndose calmado algun tanto, se aproximó aun mas á Isabel, le tendió la mano con cariño, y empezó á desahogar su pecho con estas palabras: «Ya ves si te he engañado, hija mia: vas á entrar en la tierra de bendicion, que con solo pisarla se ahuyentan los quebrantos.... Aquella es la ciudad, que corona uno y otro collado y se extiende por la llanura.... Mira como blanquéa á lo lejos la altísima *sierra del Sol,* que con razon le dieron este nombre; pues estás viendo que refleja sus rayos tan puros y brillantes como pudiera un monte de nácar.... Desde la ciudad se descubre mucho mas cercana la sierra, que no parece sino que se toca con la mano; y ella le sirve de antemural, la abastece de pastos, de mármoles, de aguas; mitiga el ardor del estío; y purifica los aires, aunque lleguen hasta allí emponzoñados con el mismo soplo de la muerte [1]....

[1] «Desde aquí para adelante llaman esta sierra *sierra Nevada*, por la continua

Esos campos que se extienden á mano derecha, cubiertos de frescuras y de ganados, pertenecen ya á la feracísima *Vega*, si bien no es esta parte tan alegre ni tan hermosa como la que riega el Genil... Pero mira sin embargo cuántos pueblos y casas de campo, y cómo se cruzan por todas partes las acequias y arroyos, y cual descuellan los árboles entre las cercas y sembrados : no descubrirás un palmo de tierra que no sirva al sustento ó al abrigo del hombre [1].... Allí sobre todo, hija mia : vuelve la vista hácia estotro lado, antes que acabe de trasmontar el sol : ¿ves aquel collado tan verde?... Allí principian los deliciosos *cármenes de Dinadamar*, que se extienden por mas de una legua al norte de la ciudad, y le ofrecen para su regalo los frutos mas preciosos, cuando en el *Valle* y en la *Vega* ha pasado ya su estacion [2] : ya lo verás

nieve que hay en ella; y los antiguos la llamaron *Oróspeda*, los Alárabes *Zolair;* y en las vertientes de ella, que caen hácia la mar, estan las *tahas* de la Alpujarra, que Aben Razid llama *tierra del sirgo* por la mucha seda que allí se cria.» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cáp. 2.)

«Por el mes de diciembre (dice otro historiador) florecen aquí los rosales, abren los claveles, y dan azahar los naranjos; tal es su templanza. Tiene un grande privilegio esta sierra; que sus aires la tienen preservada de peste y enfermedad contagiosa. Los antiguos la celebraron con vários nombres : unos la llaman *Solaira*, otros *Ilipa*, *Oróspeda*, *Zolair y sierra de la Helada.* Lo nevado de ella se extiende por diez leguas en largo y poco mas de dos en ancho; su cumbre pasa la média region del aire; su blancura se ve desde Granada. Son en ella los dias mayores por los reflejos del sol, que se pone á su vista.» (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 21.)

[1] El repartimiento de aguas para los riegos (que se ha conservado en Granada desde el tiempo de los Moros, como un dechado de perfeccion), y la feracidad de la Vega, defendida por varias cordilleras de montes que le sirven de resguardo y abrigo, contribuyeron á que se viese todo su ámbito cubierto de pueblos y alquerías.

Por lo que respecta á los frutos del reino de Granada, como es tan desigual su terreno y tan distinta la temperatura, bien cabe decirse que ofrece reunidas en el espacio de pocas leguas las producciones que solo se hallan esparcidas en vários zonas y apartadas regiones.

« Para alimento de sus moradores (dice un escritor, muy prendado de las glorias de aquella ciudad) dan á Granada sus villas trigo, cebada y centeno : la Vega vinos, lino, cáñamo y legumbres; las sierras y montes carbon y leña y pasto para ganados. Para su regalo tiene todo el año Granada en el Valle los frutos tempranos, en el Xaragüi los de su tiempo natural, y en el Fargue y Dinadamar los tardíos. De suerte que goza en un año de unos mismos frutos tres veces, que vienen á ser tres frutos. Para el invierno tiene los dulces y agris de naranjas, limones y limas; miel y aceite en el Valle; y en la sierra Nevada para el verano la nieve, el ganado mayor y menor, de sabrosa y tierna carne; la caza en el Alpujarra y Soto de Roma; en la costa el pescado fresco, puesto en una jornada desde la marina en su plaza; el azúcar labrado en sus ingenios con la miel de guita y la de cañas, y alfeñiques, el catite y la batata, regalos que ni los vieron ni oyeron en Castilla. En el Genil las anguilas y truchas, en la Malaha la sal, en Dauro el oro, y en sus riberas las flores: en su cielo la serenidad y aire saludable, y en su territorio fuentes de salud contra todas enfermedades.» (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1a, cap. 39.)

[2] « Los cármenes y jardines de *Dinadamar* (dice un historiador, nacido en aquel suelo) donde los regalados ciudadanos, en tiempo que la ciudad era de Moros, iban á tener los tres meses del año que ellos llaman la *Azir*, que quiere decir la

con tus propios ojos, si es que no das fé á mis palabras : sobre aquella altura levantadas en peso las aguas, y correr al arbitrio del hombre, y hasta flotar bajeles en la cresta de la montaña. »

La relacion de la Mora, las deleitosas vistas, y el vigor y lozanía que infunden en el ánimo el recobro de la salud, los pocos años y el aura de la primavera, fueron poco á poco disipando la profunda tristeza de Isabel, en términos que se halló, sin saber cómo, al pié de los muros de la ciudad.

Allí mismo se despidió Aben Farruch de Arlaja y de las cautivas, encargando á los Moros de su séquito que las acompañasen; y entró como una saeta por la puerta llamada *Bib-Elbeira* (hoy corruptamente *de Elvira* [1]) encaminándose por la via mas corta á la Alhambra, para presentarse de improviso al rey, antes que por algun otro fuese sabedor de su llegada. Entre tanto Isabel, Arlaja y las cautivas, dejando á su derecha la parte llana de la ciudad, empezaban á trepar trabajosamente por la áspera cuesta *de la Cava;* nombre que le dieron los Moros, y que aun conserva hoy dia, como para perpetuar la deshonra de la hija del conde traidor [2]. Entre dos luces llegaron al *Albaicin*, empezando á cruzar sus estrechas y retorcidas calles, como quien se pierde en un laberinto; hasta que arribaron por último á la casa de Arlaja, no sin necesidad y deseo de encontrar en ella descanso.

primavera. Ocupan los cármenes de *Dinadamar* legua y media, por la ladera de la sierra del Albaicin, que mira hácia la Vega, y llegan hasta cerca de los muros de la ciudad. » (Marmol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 10)

« Al setentrion tiene Granada los cármenes frescos de *Dinadamar* y el *Fargue*, palabras árabes que significan la primera *division*, por estar divididos estos dos pagos, y la segunda *ojo de lágrimas*, por las muchas que cuestan las penas de los que le hurtan el agua; ahora se le podia quitar el nombre, porque sin pena la hurtan todos y nadie goza la suya. En ninguna cosa pusieron los Moros mayor rigor de penas que en la limpieza del agua y buen uso de ella. Las capitulaciones con que entregaron á Granada lo dirán. Son legua y media de cármenes, en la ladera del Albaicin que mira á la Vega, con una acequia de agua de la fuente de Alfacas; lugar una legua de Granada, con que se riega el Fargue y Dinadamar : llegando á Granada, bebe de ella el tercio de la ciudad. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1a, cap. 22.)

[1] « Solamente se advierte al lector que *Elvira* es nombre corrompido, al gusto de nuestra lengua vulgar; porque los Moros llaman la sierra, donde fue esta ciudad de Iliberia, *Gebel Elbeira*, que quiere decir sierra desaprovechada ó de poco fruto, porque no tiene agua, leña ni aun yerba. » (Marmol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°.)

Probablemente por estar fronteriza á dicha sierra, se llamó de los Moros *Bib-Elbeira*, y hoy *puerta de Elvira*, la que da entrada á la ciudad, viniendo por aquella parte.

[2] « Porque el de la *Cava* todas las historias arábigas afirman que le fue puesto por haber entregado su voluntad al rey de España don Rodrigo; y en la lengua de los Arabes *Cava* quiere decir muger liberal de su cuerpo. En Granada dura este nombre por algunas partes. y la memoria en el Soto y torre de Roma, donde los Moros afirman haber morado. »

Esto escribia el célebre Hurtado de Mendoza en el siglo décimo sexto; hoy dia aun se llama *cuesta de la Cava* por la que se sube desde el campo ó ejido llamado el *Triunfo* hasta *la plaza Larga*, situada en el *Albaicin*.

CAPITULO XIII.

Isabel en casa de Arlaja.

No parece sino que la estrella de Isabel la condenaba á mirar los sucesos de su vida como si fuesen otros tantos sueños; tan peregrinos eran! Apenas se habia quedado la primera noche un poco adormecida con el cansancio del camino y el frescor de la aurora, la despertaron unos gritos que no comprendió, y que resonando no muy lejos, parecian repetirse de distancia en distancia, como otros tantos ecos. Era la voz del *Almuedano* [1] de la mezquita mayor, situada no lejos de la plaza de *Bib-Albonut* [2], que convocaba á los creyentes á la oracion de la mañana; y repitiéndose luego por tres veces de una torre en otra el mismo clamoréo, no es maravilla que despertase Isabel sobresaltada. Pero Arlaja, que habia dormido junto á ella, acorrió al momento que la oyó suspirar, y le explicó brevemente lo que aquellas voces significaban; y al advertir que Isabel se habia entristecido, recordando al punto, como era natural, que se hallaba en tierra de infieles: « ¿Crees por ventura, hija mia (le dijo la Mora con blanda sonrisa), que sois vosotros los únicos que adorais á Dios? Nosotros le adoramos tambien; y él entiende tambien nuestra lengua: mira cuál nos apresuramos á tributarle gracias, apenas amanece; como que entonces puede decirse que el cielo nos renueva la vida [3]. » No contestó Isabel, ni siquiera levantó los ojos, aunque se esforzó cuanto pudo por ostentarse mas tranquila; y deseando la Mora despejar de tristes pensamientos el ánimo de la doncella, hizo venir á aquel aposento á dos sobrinas suyas, ambas de pocos años y de buen natural, hijas del hermano mayor de Arlaja, Aben Xeniz, que habia quedado como dueño de la casa paterna y cabeza de la familia, con la autoridad de *xeque* ó mas anciano, muy venerada entre aquellas gentes, quizá como vestigio de las costum-

[1] « Dicen *almuhedano* al hombre que á voces los convoca á oracion; porque en su ley se les prohibe el uso de las campanas. » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

[2] La *Mezquita mayor del Albaicin* se hallaba situada donde hoy dia la parroquia del Salvador, á corta distancia de la plaza de *Bib-Albonut*, que estaba en el mismo terreno (al presente casi despoblado, y en el que solo se divisan vestigios y cimientos de antiguos edificios) donde se labró despues el convento de Agustinos descalzos. La *plaza de Bib-Albonut*, ó sea *de la puerta de los estandartes*, y la que comunmente se llama ahora *plaza Larga*, eran las únicas que habia en el *Albaicin*.

[3] « Dios redujo las oraciones á cinco; la fórmula es una misma en todas (Alcoran, sur. 5, v. 7): 1ª la oracion de la aurora; 2ª oracion del mediodia; 3ª oracion de la tarde; 4ª oracion á puestas del sol; y 5ª oracion de la noche antes de acostarse. » (*Vie de Mahomet, traduite et compilée de l'Alcoran, par Jean Gagnier.*)

bres patriarcales de sus pasados [1]. No tenia Aben Xeniz mas que aquellas dos hijas de su última muger, á la que habia amado entrañablemente sin poder olvidar su dolorosa pérdida ; y un hijo de su primera esposa, mancebo de grandes esperanzas , que se hallaba á la sazon con uno de sus tios, alcaide de la *taha* ó comarca de Orgiba, uno de los puntos mas importantes de la Alpujarra [2].

Ambas Moras habian cobrado aficion á Isabel, desde el punto que la vieron la noche antes; porque tal era el signo de aquella muger singular, que llevaba tras sí el corazon de todos; y no era menester tanto, ni con mucho, para granjear en favor suyo el cariño de unas doncellas, casi de la misma edad y de condicion apacible. Instáronla pues para que las acompañase al jardin, antes que se hiciese mas tarde; y cediendo Isabel á sus ruegos, ya mas sereno el ánimo, fuéronse las tres juntas, asidas de las manos, y divirtiéndose en ver como pronunciaba Isabel las voces árabes, que habia aprendido de boca de Arlaja, y las que le iban diciendo sus nuevas compañeras, señalándole los objetos que se presentaban á su vista.

Salieron desde luego al patio de la casa, rodeado de una cenefa de flores, y en cuyo centro saltaba el agua de una hermosa fuente, con mas ímpetu y abundancia que la que salia á borbotones de una concha de mármol, situada en el promedio de un cenador. No era este espacioso ni magnífico, pero sí limpio y cómodo : cubierto el suelo por los dos costados con una finísima estera de palma, los colores vivos, la labor menuda y primorosa; corria al rededor de la sala un zócalo de azulejos, en forma de estrellas; y desde ellos hasta el techo, entallado de diversas maderas, las paredes tan tersas y lucientes que se espejaba en ellas la cara.

Al otro lado del cenador se descubria el jardin, esmaltado de diversas flores y regado con abundantes aguas : el muro que le cercaba altísimo, para ocultar aquel sitio á importunas miradas; pero revestidas las tapias de enredaderas y jazmines, y colgando hasta el suelo en festones la hermosísima flor (mas roja que la del grana-

[1] « *Xeque* llaman ellos al mas honrado de una generacion, quiere decir al mas anciano ; á estos dan el gobierno con autoridad de vida ó muerte. » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

[2] « *Alpujarra* llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre levante poniente, prolongándose entre tierra de Granada y la mar diez y siete leguas en largo , y once en lo mas ancho, poco mas ó menos : estéril y áspera de suyo , sino donde hay vegas; pero con la industria de los Moriscos (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de sedas. » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

A pesar de los estragos que ocasionó aquella guerra, y de haber quedado despoblados y yermos tantos pueblos, de resultas de la expulsion de los Moriscos, aun presenta la Alpujarra el aspecto mas vário y apacible, por hallarse metidos en cultivo desde los picos mas empinados hasta los tajos y las grietas de los montes ; y si ha decaido en sumo grado la cria de la seda, que tanta fama le dió en otros tiempos, el laboréo de las riquísimas minas que encierra aquel suelo privilegiado, ha abierto recientemente en él un nuevo manantial de riqueza.

do) que ha conservado hasta nuestros dias el nombre vulgar de *flor del Moro*. A un extremo del jardin comenzaba la huerta, reunidos en ella los árboles mas preciosos que se crian en Europa, en Africa y en Asia; maravillados de verse juntos y viviendo en buena hermandad, como peregrinos de distintas naciones. Al extremo opuesto, en el lugar mas apartado y recóndito, estaba el aposento destinado á los baños: la puerta era baja y angosta, oculta tras un sauce, y el techo de ladrillo en forma de bóveda, con una claraboya en medio, que apenas dejaba penetrar un débil reflejo de luz: como que convidaba aquel sitio al regalo del cuerpo y á la paz y descanso del alma. Allí fueron despues á reposar Isabel y sus compañeras; y le explicaron estas, del mejor modo que pudieron, que la costumbre de bañarse con suma frecuencia (tan antigua y comun entre los suyos) no nacia meramente de una práctica religiosa, sino de lo conveniente que era para la limpieza y la salud, sobre todo en climas ardientes: con lo cual Isabel, persuadida de sus razones y aun mas de su ejemplo, les ofreció bañarse con ellas de allí á breves dias.

Tampoco fueron menester grandes esfuerzos, para que por via de donaire y pasatiempo se pusiese Isabel los vestidos de sus amigas, mas nuevos y de mejor ver que los que ella traia; y cuando se vió tan hermosa y galana (verdad es que aquel traje le asentaba á las mil maravillas) no pudo contener su alborozo, y corrió desalada á recibir de Arlaja mil alabanzas y caricias.

La viva imaginacion de Isabel y su condicion blanda, no menos que su carácter poco reflexivo y la inconstancia y veleidad tan propias de los pocos años, contribuyeron de consuno á que se acomodase con facilidad á su nuevo linaje de vida; y como, segun costumbre de aquellas gentes, vivia retirada del trato de los hombres, y solo se rozaba con personas que la querian de corazon, pasó aquellos primeros dias en la casa de Arlaja, desparcido el ánimo y casi contenta, cual si no existiese mas mundo que aquel corto recinto.

CAPITULO XIV.

Presèntase Aben Farruch al rey.

Entre tanto, y no á mucha distancia de allí (mediaban solo dos collados y un rio) se estaban abriendo los cimientos de la futura suerte de Isabel. Ya hemos dicho como apenas llegó Aben Farruch á Granada, partió sin demora á presentarse al rey; habiendo tenido la dicha de encontrarse con él de improviso, al entrar en palacio. Contaba el sagaz Moro con la índole bondadosa de Albo Hacen, que frisaba casi en flaqueza; y no dudó que aunque estuviese desabrido y malcontento, como lo habia mostrado en el primer arranque de la ira, se habria esta amortiguado con el trascurso del tiem-

po, y no estallaria al tenerle delante. Ni le infundia menos confianza el saber lo resguardadas que tenia las espaldas con el favor del rey de Fez, príncipe poderoso, á quien tenia que volver los ojos el de Granada en cuanto le apremiasen los sucesos; y que ademas era tenido en suma veneracion, por ser del linaje de los *Xarifes*, reputados como santos entre aquellas gentes [1].

Aconteció de todo punto lo que el Africano habia previsto: apenas divisó al rey, saltó del caballo y se arrojó á los pies del monarca, para besarle el borde de la vestidura en señal de respeto; y levantándole al punto Albo Hacen, indeciso todavía entre la severidad y la benevolencia, le insinuó con un leve ademan que le siguiese. Ni una palabra le habló, mientras atravesaron los patios; mas apenas hubo llegado á la primera estancia, ordenó á su comitiva que los dejasen solos.

No dió lugar Aben Farruch á que el rey se adelantase á reprender su comportamiento ni á mostrársele siquiera quejoso: como si le punzase una espina en el corazon, mientras no sinceraba su conducta, la bosquejó rápidamente con los mas favorables colores, insistiendo con ahinco en la avilantez y descuello de los Castellanos, sus insultos á la contínua, daños en la frontera, robos, incendios, muertes; que provocarian de cierto á mayores escándalos y demasías, si se les daba vuelo con muestras de flaqueza. « Dos lunas han trascurrido (le dixo al concluir) desde la noche en que vengué la afrenta hecha á los tuyos; y esos reyes de Castilla, tan desvanecidos con su poder, que osaron al principio de tu reinado pedirte parias, cual á un vil tributario, no han osado ahora salir á la demanda, y han ahogado en el pecho su afrenta. »

No era así en realidad, y bien lo sabia el Africano; pero fingiendo no alcanzar los motivos que hacian tan detenidos y circunspectos á los reyes de Castilla, y como si ignorase que Albo Hacen no habia ahorrado escusas y demandas para desarmar el enojo de aquellos monarcas, procuró sagazmente lisonjear el orgullo del de Granada, recordándole su famosa respuesta, y calmar juntamente sus temores, mostrándole remoto el peligro.

No se atrevió Albo Hacen á contradecirle, por no dar indicio de flaqueza; cosa que temia á par de muerte, celoso de su honra, y por miedo de que llegase á oidos de su aliado; y tal fue la astucia del Africano, y tanta la indecision del rey, que acabó este por convenir en que eran fundadas las razones que le habia expuesto, y que estaba plenamente satisfecho de su conducta.

Despidióse al instante Aben Farruch, ufano con aquel triunfo, pero sin cifrar en él sobrada confianza; como quien conocia el terreno de los palacios, de suyo resbaladizo; y temiendo que en breve le malquistasen con el rey, renovando la reciente herida, apenas

[1] « El rey de Fez como religioso en su ley y del linage de los *Xarifes*, tenidos entre los Moros por santos. » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

sobresanada, determinó partir la vuelta de Fez, para informar cumplidamente á su señor del estado que las cosas tenian, y que redoblase sus instancias con el rey de Granada.

Presentósele otra vez Aben Farruch, de allí á pocos dias; como si le trajese desasosegado el deseo de mostrarle su agradecimiento por la favorable acogida; y volviendo por retorcidas sendas al camino trillado, insinuó á Albo Hacen que tan convencido estaba él propio de que en largo tiempo no se quebrantarian las paces, que se holgaria de aprovechar la ocasion y tornar al seno de su familia, aunque con la esperanza de volver á ver á tan buen príncipe y de derramar por él su sangre, si necesario fuese. No le pesó á Albo Hacen deshacerse de un testigo importuno, que parecia calar hasta sus pensamientos y ejercer cierto poderío sobre su ánimo (cosa pesada siempre, y mas para un rey, y sobre todo si no puede sacudir de los hombros la carga); pero aparentó sentimiento de que le dejase tan breve, y le colmó de agasajos y de presentes, con la secreta mira de que fuese bien dispuesto en favor suyo, cuando informase á su aliado.

Mostróse agradecido el Moro, cual si no columbrase las intenciones del monarca; y al fin le dijo: « Yo no tengo, señor, sino mi vida que ofrecerte; y escuso repetirte que es tuya, y la perderé gustoso en tu defensa; mas porque veas, gran rey, que solo me movió en aquella ocasion el desagravio de tus armas, y no liviana causa ni mezquino interes, voy á dejar en tu propio reino y en poder tuyo el único tesoro que el castillo escondia, y el solo que me cupo en suerte: todos ensalzan hasta el cielo la belleza y raras dotes de una cautiva, hija del mismo alcaide; y aunque yo, rudo Africano (añadió con donaire), no puedo apreciar joya de tanto valor, me atreveré á decir, si es que me lo consientes, que es alhaja propia de un rey. »

Aceptó Albo Hacen la fatal dádiva, muy ageno de recelar los males que escondia, no menos para sí que para su reino; y recordando al punto lo que habia oido encarecer la hermosura de aquella cristiana, cuando la toma del castillo, renovó las muestras de gratitud por el generoso presente.

Al ofrecérselo Aben Farruch no habia desmentido su doblez y perfidia: poco dado, aun en sus años juveniles, á amores y devanéos, los miraba como flaqueza indigna de un hombre, cuanto mas de un rey; pero como sabia cuán fácilmente se dejaba prender el de Granada en tan funesta liga, concibió de antemano el designio de ofrecerle la hermosa cristiana, no solo para ablandar por este medio el ánimo del monarca, si le encontraba acaso áspero y bronco, sino para introducir dentro de su palacio mismo á la sagaz Arlaja. Todo iba á pender del vuelco de un dado: y si tan singular belleza hacia la mella que era de esperar en el corazon del monarca, tenia ya un medio Aben Farruch de aprisionarle como en una red; prevaliéndose á un tiempo de la flaqueza del rey, de la inexperiencia y candor de Isabel, y de la astucia de su amiga.

CAPITULO XV.

De lo que pasó en casa de Arlaja, así que se supo esta nueva.

Desde el palacio de la Alhambra partió el Africano al Albaicin; que tal era uno de los secretos de su valimiento y poder: presteza en las resoluciones y celeridad en la ejecucion: el relámpago y el rayo no se siguen tan presto.

Apenas llegó á la casa de Arlaja, hízola llamar con sigilo y habló con ella á solas; empezando por referirle, pero únicamente en cuanto convenia á sus fines, lo que acababa de acontecerle con el rey. Le mostró despues, como al descuido, abiertas de par en par las puertas de la fortuna, no menos para Isabel que para ella; y dejándole entrever el favor de que podia gozar y la recompensa que le aguardaba (sin contar el señalado servicio que haria á su ley, no menos que á su patria, si ayudaba á levantar el decaido ánimo del monarca, para armarle contra los cristianos) ganó tan completamente á la Mora, que desde aquel mismo instante pudo contar con ella para llevar á cabo sus designios.

Concertaron entre sí varios medios de mantener secretos tratos, sin exponerse á peligros ni azares; y quedaron aplazados para la mañana siguiente, en que habian de presentar al rey á la hermosa cristiana, antes que se entibiase el deseo que habia manifestado de verla.

Retiróse luego Aben Farruch; y aun se oian las pisadas de su caballo, cuando corrió la Mora á donde Isabel y sus dos amigas se hallaban, diciendo á voces desde la puerta: « Buenas nuevas te traigo, hija mia; que no estuviera tan alborozada, si se cifrase en ello mi propia ventura. Te creiste al principio esclava, cautiva de un guerrero africano, que podia llevarte tras sí á aquellas abrasadas regiones, donde se marchitara tu hermosura, cual flor entre arenales..... Te hallaste luego en esta humilde casa, tratada con amor por los mios; pero lejos del esplendor y grandeza que te pronostiqué, bien lo sabes, casi desde la cuna... y ahora mismo, en este instante, acabo de vislumbrar un rayo de luz, como si el cielo se aprestase á colmar mi esperanza. » No comprendió por el pronto Isabel lo que Arlaja queria decirle; y ora fuese á causa de la sorpresa, ora que como se hallaba bien avenida con su actual situacion, temiese aventurarla y empeorar en el cambio, antes bien dió muestras en su semblante de desplacer que de alegría. Pero sin darle tiempo la Mora ni aun de volver sobre sí, cuanto menos de interrumpirla, prosiguió en estos términos: « El rey mas poderoso de la tierra desea verte y te aguarda; vas á morar en su mismo palacio, en aquella mansion encantada, que tantas veces despertó tu admiracion y encendió tus deseos; y la hija de mis entrañas, la que me debió ya la

vida y ahora tanta ventura, va á ser tal vez la gloria de Granada y la envidia del mundo. « Arrojóse Isabel en sus brazos, sin responderle ni una sola palabra, escuchándose de trecho en trecho sus ahogados sollozos; redobló Arlaja sus caricias, que mas bien la enternecian que no la consolaban; lo cual visto por la Mora, hizo seña á sus sobrinas para que procurasen distraer el ánimo de Isabel, y la dejó sola con ellas.

Lo que en todo aquel dia y durante la noche, que le pareció eterna, pasó por la mente de la desventurada doncella, difícil es de concebir, cuanto mas de explicar: temores, esperanzas, zozobras, delirios de ambicion, devanéos de amor propio, recuerdos amargos, remordimientos, dudas; y en medio de este contraste, capaz de echar por tierra el ánimo mas firme, encontrarse sin luz ni guia, y sentirse sin aliento y sin fuerzas, tal era la situacion en que se hallaba la desdichada huérfana; hasta que al fin, postrada ya y rendida, cerró los ojos y se entregó al destino: como una débil rama, desgajada de un árbol, lucha en el remolino de las aguas y se deja al cabo llevar de la corriente.

CAPITULO XVI.

Conducen á Isabel á la Alhambra y la presentan al rey.

Mas bien resignada que satisfecha, el ademan grave y el semblante abatido, se presentó Isabel á los ojos de Arlaja al amanecer del siguiente dia: ni mostraba curiosidad de saber cosa alguna, ni contestaba á lo que le decian sino con brevísimas respuestas; en términos que la Mora, como tan sagaz y advertida, tomó por buen acuerdo no apremiarla ni aun con sus cariños, sino procurar con arte que sus sobrinas le dieran pié para hablar largamente de los encantos de la Alhambra y de los atractivos de la corte.

Poco á poco se fue despejando el ánimo de Isabel, como la misma mañana, que asomó empañada con levísimos nublos, y se habia tornado ya de las mas apacibles de mayo: el cielo puro, templado el ambiente, la tierra fresca y olorosa con la reciente lluvia. Y despues de pasar unas cuantas horas en el jardin, empezaron las Moras á presentar á la vista de Isabel galas, vestidos, joyas; para que ella misma escogiese las que fuesen mas de su agrado. Embebecida se quedó la doncella, admirando unos adornos, dejando otros, ensayando cuales le asentaban mejor; y despues que hubo colocado no sin gracia sobre su cabeza un turbante blanco y carmesí, y prendido un cendal finísimo, que parecia cuajado de menuda escarcha y le cubria airosamente los hombros y la espalda, adornó el pecho con ricas sartas de coral y de ámbar, y se miró en una fuente, quedando tan prendada de sí que casi olvidó sus pesares.

Los elogios de sus amigas y los encarecimientos de Arlaja acabaron de desvanecerla; y solo le dió un vuelco el corazon, recordando su suerte; cuando oyó á lo lejos la voz del Africano, y conoció que era llegado el momento que tanto temia. Presentóse Aben Farruch á la vista de Arlaja y de las doncellas, que antes de que llegase habian cubierto el rostro con sus velos, y apenas se acercó á pocos pasos de Isabel, le dijo suavizando el acento: « No te quejarás, hermosa cristiana, de mi comportamiento contigo: mi voz no ha llegado hasta ahora á tus oidos, ni aun para ensalzar tu belleza, que quizá solo de mí pudieras en el mundo contarlo. Hoy te hablo por primera vez, y es para anunciarte mil dichas: te dejo en el paraiso de la tierra, y dentro del palacio de un monarca que te apreciará en lo mucho que vales. » No respondió Isabel; y antes bien se sintió tan turbada, que estrechó mas y mas el brazo de Arlaja, que tenia cogido con el suyo; pero como la Mora no queria perder ni un instante, abrazaron sus sobrinas á la querida huéspeda, no sin lágrimas de una y otra parte, y sin reiteradas promesas de volverse á ver cuanto antes; y poniendo fin á la dolorosa despedida, salió de la casa Arlaja, llevando á Isabel á su lado, y seguidas á corta distancia por Aben Farruch y unos esclavos negros.

Con intencion y deseos de encaminarse á la Alhambra por la ruta mas breve y solitaria, se apresuraron á salir de la poblacion, y bajaron por uno y otro repecho hasta las márgenes del Dauro: atravesaron el estrecho cauce por un puente de madera, que servia como de trabazon á ambas orillas; y comenzaron á subir por una áspera senda, la mas variada y deleitosa que imaginarse puede: huertos de flores en los mismos tajos, quiebras, precipicios, cascadas, torres al cielo, y en lo profundo el rio [1]. Por la escasa abertura que dejaban los informes peñascos, llegaron al fin á una llanada apacible, que formaba contraste con el camino rudo y agreste que acababan de recorrer: divisábanse ya los jardines y el palacio de *Generalife;* y despues de contemplarle á lo lejos, y de tomar breve descanso, revolvieron á mano derecha, encaminando sus pasos por un frondoso bosque.

No iba aparejado el ánimo de Isabel para gustar las delicias de aquel lugar; y sin embargo, tan poderoso es su hechizo, que sintió aliviado el corazon y respiró con mas desahogo. Arboles corpulentos, lozanos con sus nuevas galas; jilgueros, ruiseñores, calandrias, saludando con sus amores la vuelta de la primavera; cubierto el suelo de sándalo y violetas, y los arroyos despeñándose por aquellas laderas y serpeando entre los troncos; todo ofrecia á los ojos y al alma un cuadro tanto mas delicioso, cuanto no dejaba entrever la mano del hombre ni el conato del arte. Sublime pensa-

[1] Hoy dia subsiste este camino de la propia suerte que aquí se describe; y hasta las ruinas mismas contribuyen á darle cierto aspecto grave y magestuoso, que embarga el ánimo y convida á la meditacion.

miento, á no caber mas: dejar que la naturaleza ostentase á placer sus sencillos encantos, en medio de dos palacios tan magníficos como *Generalife* y la *Alhambra*.

Penetraron en el recinto de este regio alcázar por la puerta principal [1], en que se veia entonces (no menos que hoy dia) grabada una mano en el primer arco, y en el de mas allá una llave; como indicando que jamas podrian verse juntas, ni verificarse la entrega de la ciudad [2] (jactancioso emblema, de que en breve se burló la fortuna!): y de allí á pocos pasos, avistaron el palacio del rey.

Hallábase este á la sazon en el *patio de los Arrayanes*, el mas espacioso y alegre de los cinco que encerraba el palacio, con un estanque en medio, vistosas galerías á los extremos, salones y aposentos por uno y otro lado; y apenas llegó al rey el aviso de que Aben Farruch se acercaba, acompañado de la hermosa cautiva, entró para recibirlos en una de aquellas estancias [3]. Alejóse la turba

[1] La puerta principal de la Alhambra se llamaba en aquellos tiempos, y se llama al presente, *puerta judiciaria ó del tribunal;* porque en ella solian los Moros administrar justicia, segun la antigua costumbre de los orientales.

[2] El autor ha prohijado en este punto una tradicion popular, que se ha conservado en Granada hasta el dia de hoy; pero otros autores han dado diversa explicacion á la mano y á la llave. « Las antiguas armas de los reyes de Andalucía (dice Hurtado de Mendoza) eran una llave azul en campo de plata; fundándose en ciertas palabras del Alcoran, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de poniente; y de aqui llaman á Gibraltar por otro nombre el *monte de la llave*. Hoy duran sobre la puerta principal de la Alhambra estas armas, con letras que declaran la causa y el autor del castillo. » (*Guerra de Granada*, lib. 2.)

Los que deseen mas noticias acerca de las várias explicaciones que se han dado á la mano y la llave, esculpidas en la puerta principal de la Alhambra, pueden consultar los *Nuevos paseos por Granada*, publicados á principios de este siglo por Don Simon Argote. (Tom. 2, paseo 1°, pág. 24 y siguientes.)

[3] Segun lo que subsiste hoy dia del palacio de la Alhambra y lo que indican sus cimientos, ademas de las conjecturas que pueden formarse, atendido el modo de edificar de los Arabes, el patio llamado *de los Arrayanes* ocupaba el promedio de dicho palacio; y á los cuatro costados del edificio habia otros tantos patios, probablemente iguales entre sí, de los cuales solo se ha conservado hasta ahora el *patio de los Leones*.

El *de los Arrayanes* se llama comunmente *del Estanque*, por tener uno muy espacioso en medio, á cuyos extremos hay dos tazas ó fuentes de alabastro, con saltadores de agua que corré hasta el estanque por canales de mármol.

El patio está enlosado con losas blancas de Macael; y á entrambos lados del estanque se ven cuadros de flores.

En este patio desembocaba la entrada principal del palacio, como lo indica la magnífica puerta con arco de exquisita labor, que se ve en la galería alta que mira al mediodia; cuya entrada se halla condenada, á causa de haberse labrado por aquella parte el palacio de Cárlos V.

Frente por frente, en el extremo opuesto, corre otra espaciosa galería, que sirve como de antecámara al *salon* llamado *de Comares*. Falta la galería superior, correspondiente á la otra; y en su lugar se descubre un mezquino tejado, y por encima descollando una torre.

En los dos costados del patio se ven las puertas de vários aposentos, en la actualidad cerrados por amenazar ruina; siendo muy de notar algunas ventanas ó *ajimeces*, en que se ha conservado hasta ahora una especie de celosías, labradas de estuco, imitando el calado mas menudo y primoroso.

de cortesanos, como temiendo poner los ojos en una belleza destinada al rey; y solo le acompañaron dentro de aquel recinto Aben Hamet y otros cuantos validos. Desde á pocos momentos presentóse Isabel delante del monarca, sostenida por Arlaja y precedida de Aben Farruch; y si hermosa se habia mostrado siempre, aun mas hérmosa se mostró aquel dia; tímida, recatada, clavados en el suelo los ojos, ya encendido el rostro como una amapola, ya mostrándose pálida y descolorida, y si cabe mas bella. Acercóse Aben Farruch al rey, que no apartaba la vista de aquella criatura celestial, ni oyó siquiera lo que el Africano le dijo: tan atónito y embebecido estaba. Y no es extraño que así le sucediese, acostumbrado á dejarse llevar del ímpetu de sus deseos, cuando no hubo un solo Moro de cuantos alli vieron á la gentil doncella, que no quedase prendado de sus hechizos; empezando á darle desde aquel mismo punto el nombre de *Zoraya*, que le ha conservado la historia, y que solo se habia dado hasta entonces por aquellas gentes al *lucero de la mañana*. Rara belleza de muger: no se encontró en la tierra cosa alguna á que compararla [1].

Cuando ya lo consintió el pasmo y embeleso del rey, se aproximó segunda vez el artero africano; y le demandó en voz baja, como desconfiado y temeroso, si habia tenido la dicha de ofrecerle un don que no desmereciese su agrado. La respuesta de Albo Hacen fue tan pronta y vehemente, que no dejó duda de que salia de lo íntimo del corazon, ya cautivo; y seguro Aben Farruch de tenerle en el lazo que le habia tendido, pidió permiso al rey para ausentarse de Granada dentro de breves horas. Mas antes le demandó por última merced (cual si no estuviese cierto de conseguirla) que supuestos los pocos años de Isabel, su orfandad y desgracias, y que solo habia tenido por madre á aquella Mora, viniese el rey en consentir que permaneciese á su lado, siquiera los primeros dias: «*hasta que se acostumbre la inocente paloma* (añadió con donosa sonrisa) *á volar sin temor por el ámbito del palacio.*» La mitad del reino que en aquel punto y hora hubiesen pedido á Albo Hacen, la hubiera concedido de buen grado, á trueque de mitigar la afliccion de la hermosa cautiva y granjear su voluntad; cuanto mas una merced liviana, que tal le parecia, y que concedió tan gozoso cual si en ello estribase su dicha.

[1] «Llamada la *Zoraya* (dice un escritor muy versado en la historia y en la lengua de aquella gente) no porque fuese este su nombre, sino por ser muy hermosa la comparaban á la estrella del alba, que llaman *Zoraya.*» (Mármol, *Hist. del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 12.)

CAPITULO XVII.

Situacion en que se hallaban, por aquellos dias, la esposa y el hermano del rey.

Apenas se susurró por el palacio que se hallaba dentro de su recinto una hermosísima cristiana, y que con solo verla se habia prendado el rey de sus encantos, voló la fama de Isabel de una boca en otra, como si fuesen otros tantos ecos; despertando curiosidad en unos, en quien admiracion, en quien envidia; pero en todos igual deseo de congratularse con el monarca, volviendo el rostro al sol naciente. Quiso tambien el acaso que no se hallase entonces en la Alhambra la esposa de Albo Hacen : muger de ánimo entero y condicion altiva, cual se mostraba en su continente, en sus palabras, hasta en el volver de los ojos. Habia nacido en la nobilísima estirpe de los Zegríes, una de las principales del reino, que le habia trasmitido con la sangre su ambicion y sus odios; y aunque hubiese templado algun tanto su índole recia y orgullosa cuando la desposaron con el rey (para que fuese como prenda de reconciliacion entre dos tribus largo tiempo enemigas[1]), bien presto se echó de ver que la conveniencia de Estado es débil vínculo de voluntades y flaco cimiento para asentar una paz duradera.

No faltaban á Aixa (que así se llamaba la reina) prendas de gran merecimiento, ingenio claro, resolucion, prudencia; pero las dotes de su alma, así como las hermosas facciones de su rostro, tenian un no sé qué de varonil, que inspiraba despego, y que mal podia avenirse con la condicion blanda y el carácter voluble del rey. La aficion de este al deleite y al galantéo, y sus costumbres licenciosas, impropias de un monarca, resaltaban aun mas, y en descrédito suyo, teniendo al lado la conducta de Aixa, tan grave y mesurada, que el pueblo le habia dado el sobrenombre de la *Horra*, que tanto quiere decir en árabe como en castellano *la honesta*. Verdad es que tal era la altivez de su condicion, que ni una sola vez en su vida se mostró zelosa; y hasta se le oyó decir (como por via de desahogo, y aludiendo tal vez á Isabel de Castilla, á quien de corazon aborrecia[2]) que *enfermedad de zelos no era achaque de reinas.*

[1] Segun un autor contemporáneo de aquellos príncipes, el rey Ecidy Hadiz y su hijo Muley Hacen ó Albo Hacen, que le sucedió en el trono, eran de la estirpe de los Abencerrages. (*Historia de los reyes católicos*, por el bachiller Andres Bernaldes, cap. 20. M. S.)

[2] Un cronista de los reyes católicos, que anduvo en su corte misma, pinta de esta suerte el carácter celoso de la reina doña Isabel : « Amaba en tanta manera al rey su marido, que andaba sobre aviso con celos, á ver si él amaba á otras; y si sentia que miraba á alguna dama ó doncella de su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medios y maneras con que despedir aquella tal persona de su casa, con su mucha honra y provecho. » (Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 21.)

Mas no por eso dejaba de labrar lentamente en su ánimo, como la gota contínua que cae en una piedra, cada accion ó palabra del rey, por leve que fuese, en que le mostraba desvío, si es que no aversion; porque le acontecia á Albo Hacen lo que á todo príncipe débil, que mira con ojeriza hasta en su propio lecho á quien parezca dominarle.

A estas causas de desunion, tan poderosas de suyo, se allegaron otras, quizá no menos graves, atizando el fuego de la discordia por la parte de afuera las dos tribus competidoras. Arrimábase el rey á la de los Abencerrages, que á ninguna otra cedia en nobleza y poder, si es que á todas no llevaba ventaja; y tal vez, sin conocerlo él propio, se mostraba aun mas aficionado á aquella tribu por lo mismo que Aixa manifestaba en público y en secreto su predileccion por los Zegríes. Enconáronse aun mas los ánimos, llagados ya de muy antiguo, cuando nombró el monarca á su valido Aben Hamet, cabeza de los Abencerrages, por *alguacil mayor de la ciudad;* dignidad tan alta y encumbrada, que no consentia encima ninguna que le hiciese sombra, excepto la del rey [1].

Subió de todo punto el encono de los Zegríes, al ver tan señalada muestra del favor que alcanzaban sus émulos; y aunque al pronto no estalló su venganza, tanto mas cierta cuanto mas oculta, empezaron desde entonces á aparejarla para lo porvenir, prevaliéndose del influjo que ejercian en el ánimo de la reina, y volviendo ya los ojos hácia su hijo, mancebo de pocos años, enfermizo de alma y de cuerpo; pero mas propio por su ánimo apocado y su flaqueza misma para servir de instrumento en manos de su madre.

Insinuaron pues á esta que se hallaba desairada, cuando no envilecida, permaneciendo por mas tiempo en el palacio de la Alhambra, siendo testigo con sus propios ojos de las liviandades del rey; y lo que era aun mas, hecha el blanco de su menosprecio, menguando así la estima y veneracion en que era tenida del pueblo; por lo cual era conveniente, con cualquier pretesto, que eligiera para sí distinta morada, donde viviese á lo menos tranquila; que tal era el poco amor que el rey le profesaba, que pocos esfuerzos se habrian menester para alcanzar su consentimiento.

Abrigó por su parte la reina los deseos de sus deudos y amigos; y hallándose mas quebrantada de resultas del rigor del invierno la salud de su hijo (Abdilehí ó Boabdil, mas conocido por este último nombre), rogó al rey le permitiese llevarle por algunos meses á su propio palacio, mas elevado que el de la Alhambra y de aires mas delgados y puros; como que estaba asentado en la cumbre del *cerro del Sol*, mas allá de *Generalife.* Llamábase el palacio de *Darlaroca*, ó sea *de la Novia* [2]; porque se lo habia ofrecido á la

[1] « *Alguacil* dicen ellos al primer oficio despues de la persona del rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres sin consultallo. » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

[2] « Tenian asimismo otro palacio de recreacion, encima de este (*Generalife*)

reina el mismo Albo Hacen, como por via de arras, la víspera de su casamiento: lo que no habia dado el amor, lo escogió para sí la venganza.

En este apartamiento y retiro vivia la reina, rodeada de sus deudos mas íntimos, excitando con su desgracia la compasion del pueblo, y calentando solapadamente los intentos de sus parciales, cuando se presentó la hermosa Isabel en el palacio de la Alhambra; y como si quisiera la suerte que hallase mas desembarazado el terreno, sin tropiezo ni estorbo, se hallaba á la sazon ausente de Granada el hermano del rey, nombrado tambien Abdilehí, como su sobrino, pero que ya habia ganado en algunos reencuentros que le apellidasen el *Zagal*, dictado de valiente [1]. Era este príncipe de

yendo siempre por el cerro arriba; que llamaban *Darlaroca*, que quiere decir *palacio de la novia;* el cual nos dijeron que era uno de los deleitosos lugares que habia en aquel tiempo en Granada; porque se extiende largamente la vista á todas partes; *y agora está derribado*, *que solo se ven los cimientos.*» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 8.)

Esto se escribia á los ochenta años de haberse conquistado Granada; en cuyo breve término apenas se conservaban vestigios de aquel magnífico palacio.

Por las señas que da el citado escritor, se infiere que estaba situado en el terreno que media entre el palacio de *Generalife* y la cresta del *cerro del Sol*, que se empina y extiende desde las márgenes del Dauro hasta ir á buscar por el extremo opuesto la orilla del Xenil.

Tal vez formaba parte del palacio de *Darlaroca* el estanque próximo á las tapias de Generalife, casi cuadrado, defendido con el monte á la espalda y sostenido por un murallon. El nombre que la tradicion le ha conservado de *Albereron de las Damas*, y su semejanza con el que habia en el *cerro de Dinadamar* (que segun antiguos historiadores servia para el baño de las Moras) convidan á creer que estaba destinado á este uso.

Presuncion que se arraiga y robustece, al ver junto á dicho estanque (solo media una pared casi derruida, cubierta de maleza) otro cuadrado mas pequeño, en la huerta llamada de *Fuente Peña*, formado por un antiguo muro, que se descubre á trechos, y se levanta sobre el terreno como unas tres varas: llámase entre las gentes de aquel pais el *peinador ó tocador de las damas;* cuyo nombre indica que era una estancia contigua á los baños, para comodidad de las personas que se bañaban en aquel lugar delicioso.

Sobre el lomo del cerro hay un albercon muy grande, llamado *del Moro;* los muros espesos, de argamasa formada con chinarro, tierra, y la cal escasa, segun costumbre de aquella gente. Todas las señas indican que dicho albercon servia para depósito de agua, á fin de distribuirla en los palacios y jardines, que habia en aquel monte: hasta dicen los viejos de la tierra que recuerdan haber visto en él arrayanes, lo cual comprueba que en aquel sitio debió de haber jardines, semejantes á los de *Generalife.*

A mayor distancia, y todavía mas cerca de la cima del monte, está el *algive de la Lluvia;* llamado probablemente asi, porque recoge las aguas de todas aquellas vertientes: su forma cuadrada, los arcos y las bóvedas de rosca de ladrillo, el agua fresca y saludable.

Recorriendo con atencion aquellos lugares, queda grabado en el ánimo el íntimo convencimiento de que obras de tanta magnitud y tan subido coste no pudieron menos de hacerse con algun objeto importante; como abastecer de aguas y fertilizar los campos contíguos á los palacios de *Generalife*, de *Darlaroca*, y de los *Alixares*, situados todos ellos en el mismo *cerro del Sol*, y á muy corta distancia.

[1] « Y porque el tio y el sobrino tenian el mesmo nombre, para diferenciarlos y

aventajadas partes, robusto el cuerpo, y el entendimiento despejado; pero de condicion recia, mal sufrido, ambicioso, aunque mostrado desde niño al recato y al disimulo; como quien habia nacido al pié del trono : puesto demasiado alto para despeñarse, y no lo bastante para colmar deseos.

Apenas creció en años, y echó de ver la índole de su hermano (apto tal vez para gobernar un reino en tiempos bonancibles, pero falto de firmeza para regir en la tormenta el timon del Estado), mostró sumo desvío por las cosas del mando, desdeño de la corte, aficion á una vida áspera y trabajosa. Así consiguió á un tiempo desvanecer hasta las mas leves sospechas por parte del rey; captar el ánimo de la plebe, muy pagada por lo comun de los príncipes que muestran costumbres rudas, aun mas que severas; y sobre todo granjear poco á poco la buena voluntad de los valientes, que le veian siempre en el campo y delantero en los peligros.

La situacion del reino, la guerra que mas pronto ó mas tarde habia de rebentar contra Castilla, los bandos y parcialidades que comenzaban á hervir dentro de la ciudad, la discordia que habia ya prendido hasta en el seno del palacio, la imprevision del rey, la soberbia de Aixa, el apocamiento de su hijo, todo concurrió de consuno á que nacieran mas vivas las esperanzas de Abdilehí; pero dejó, como tan cauto, que el tiempo las abrigase y la ocasion les diese alas; previendo con razon que, si se verificaba un rompimiento entre las dos tribus rivales, ó si se alzaba Boabdil á impulsos de su madre para usurpar el trono, tendria el mismo Albo Hacen que llamar á su hermano en su ayuda, ó por mejor decir, que arrojarse en sus brazos. Por cuyo medio lograba, sin que pareciese haberlo codiciado, sobreponerse á todos, á manera de juez del campo, mantener en su mano el fiel de la balanza, si convenia á sus miras; y si era tan recio el embate, que ambos contendores quedaban por tierra, presentarse como libertador del reino y coger del suelo la corona.

CAPITULO XVIII.

Palacio de la Alhambra.

En tanto que por un lado y otro se iban apiñando las nubes, que habian de oscurecer en breve aquel hermoso cielo (como suele acontecer con tormenta de estío), no se respiraba en el palacio de la Alhambra sino el aura suave del deleite. Esmerábanse todos en halagar la pasion del rey, encareciéndole á porfía la belleza de la cristiana, refiriéndole sus acciones, sus palabras, hasta su mas

aun por oprobio del sobrino, que habia estado captivo, le llamaron el *Zogoibi*, que quiere decir el desventuradillo; y al tio *Zagal*, que es nombre de valiente. » (Mármol, *Hist. del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°.)

leve ademan; en términos que el monarca no oia hablar sino de Isabel, cuando no la tenia en su presencia. La misma Arlaja adquirió mucho valimiento, por el influjo que se le atribuia en el ánimo de la doncella; y esta por su parte se halló al cabo de algunos dias tan embelesada y como fuera de sí, que ni pensaba en su cautiverio. Verdad es que nada le recordaba su triste situacion: todos lisonjeaban sus gustos y se deshacian por satisfacer sus antojos; no llegaba á sus oidos sino el murmullo de las alabanzas; y cuanto la rodeaba, cuanto tenia á la vista, redoblaba su enagenamiento y su encanto. Nacida en una villa de corta poblacion y de escasa riqueza, acostumbrada á vivir en una casa antigua, con mas apariencia de fortaleza ó de prision que de morada de recréo, y sin haber tratado mas gente que rudos campesinos, hidalgos de aldea, ó alguno que otro noble, mas dado á la guerra y la caza que á fiestas y galanteos, no podia menos de embelesarse en la region en que se hallaba. Aquel palacio tan magnífico, sin igual en el mundo; los suelos de mármol de Granada, mas blanco que la nieve; las paredes de azulejos y rica lazería, al uso persiano; las techumbres de cedro, embutidas de nácar y de oro y esmaltadas con vivos colores; los claros y ventanas labrados con primor tan exquisito como la filigrana de Córdoba; por todas partes arcos, inscripciones, columnas mas delgadas y airosas que el tronco de las palmas; y en los patios fuentes y estanques; en los jardines árboles y flores; hasta en los regios salones manando y deslizándose cristalinos arroyos; embalsamado el aire con aromas de oriente, que humeaban bajo los mismos pies, y se alzaban á manera de levísima nube por mil respiraderos; los baños de alabastro; los ecos de la música sonando allá á lo lejos; hasta las misteriosas paredes repitiendo los secretos del amor á sus favorecidos, y ocultándolos á los profanos, aunque allí esten presentes; todo ofrecia á los ojos de Isabel una mansion encantada, cual apenas la pudo concebir en sus ficciones la fogosa imaginacion de los Arabes [1].

Ni se desvanecia la ilusion de la gentil doncella al asomarse por

[1] Varias son las opiniones acerca del nombre de la *Alhambra*: unos lo derivan del sobrenombre de un rey, apellidado el Rojo ó Bermejo; otros de una ciudad destruida, cuyos moradores se trasladaron á poblar en aquel paraje; quien supone que se llamó así por haberse labrado de noche, al reflejo de hachas encendidas, quien por último (y tal vez con mas fundamento) lo atribuye al color de la tierra sobre que está fundada: lo cierto de ello es que la extension y fortaleza de aquel recinto, así como lo suntuoso del palacio, dan márgen á que se forme el concepto mas aventajado del poder y grandeza de los reyes moros de Granada.

Un escritor, que residió en aquella ciudad al tiempo de rescatarla los reyes católicos, se explica de esta suerte:

« La region del uno de dichos collados se llama *Alhambra*, que los Moros en su lengua dicen significa cosa bermeja; y dicen haber tomado este nombre del fundador, ó de la tierra bermeja, que agora tambien se ve en los edificios; y en el mas alto lugar de esta region es la casa real, clara y excelente en grandeza y forma y obra, la cual ciertamente se puede llamar antes ciudad que casa; porque caben dentro de los muros mas de cuarenta mil hombres; y toda está ceñida y cercada de

recreo á las ventanas y miradores : la parte del palacio que habitaba á la sazon el rey, era la morada de estío, vuelta la faz al cierzo, con vistas al Dauro : descubríase fronteriza una parte de la ciudad, que se levantaba magestuosamente á manera de anfiteatro, desde la misma orilla del rio hasta las cumbres del *Albaicin* y la *Alcazaba* [1] : á mano derecha, señoreando las alturas, los palacios de *Generalife* y de *Darlaroca* ; y al pié mismo de aquellos alcázares, en una y otra ladera (como bajando á estrechar el lecho de la mansa corriente), mil deleitosos *cármenes*, poblados de avellanos, de almendros, de toda suerte de árboles, de flores y hortaliza [2].

Pues si tan apacibles y amenas eran las vistas del palacio por aquella parte, mucho mas extensa y magnífica era la perspectiva que se descubria por el lado opuesto : hoy la oculta enteramente el

edificios y altas y fuertes torres. » (Lucio Marinéo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 20.)

Por lo que concierne al palacio árabe, como el autor de esta obra no se ha propuesto ofrecer en ella una descripcion artística de aquel edificio, se ha limitado á indicar brevemente los muchos primores que encierra, á pesar de hallarse maltratado por la mano del tiempo.

[1] « La primera cerca de Granada, y del tiempo de sus fundadores, está en el *Alcazaba*; palabra árabe, que significa lo mas alto de la ciudad : está en lo superior de ella, entre el Albaicin y lo llano de la ciudad. Y tomando un punto fijo, comienza esta cerca junto al postigo de San Nicolas, de un castillo antiquísimo que llaman *Hezna-Roman* : de aquí se traba una muralla de cal y canto, con muchas torres á trechos macizas, de ciento y treinta pies en circuito, y baja á la plaza de *Bib-Albonut*, y de aquí á San Juan de los Reyes; y torciendo el camino al poniente, vuelve hácia el norte por cerca de San José, donde hay una torre de la misma antigüedad; y de aquí sube al postigo de San José, que llama el árabe *Bib-elecet*, que significa *puerta del leon*; y forma un sitio casi cuadrado, como lo son todos los antiguos de las cercas de España. » (Bermudez de Pedraza, *Historia Eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 9°.)

Sin engolfarnos en las interminables disputas de los eruditos acerca de la antigüedad y de los primeros habitantes de Granada, no admite duda que la poblacion mas antigua de dicha ciudad tuvo su asiento en la *Alcazaba*. Aun subsisten hoy dia los vestigios del castillo llamado de *Hezna-Roman* (ó sea castillo del granado), situado junto á la *puerta Nueva*, que divide la *Alcazaba y el Albaicin*; desde cuyo punto se descubre un antiguo muro con los restos de muchos torreones, que sube por la cuesta *de la Cava* y se encamina hácia la plazuela de San Agustin de los Descalzos, llamada plaza de *Bib-Albonut* en tiempo de los Moros.

Por lo que respecta al mencionado castillo de *Hezna-Roman*, se ve palpablemente que es anterior á la dominacion de los Arabes; pues el modo con que está construido es de todo punto diverso del que ellos acostumbraban : los muros estan labrados con piedras cuadrilongas, unidas con yeso, y colocadas de canto unas sobre otras, á manera de los ladrillos de un tabique. La remota antigüedad de aquel edificio, y de algun otro de la misma clase, ha dado márgen á innumerables controversias y á no pocas fábulas y patrañas.

[2] Acerca del orígen de la palabra *cármenes* (que aun subsiste en uso en Granada), véase lo que dice Bermudez de Pedraza : « Tiene al oriente Granada un deleitoso valle de una legua de *cármenes* (palabra árabe, que dice jardines ó viñas) de todo género de frutos, y suena lo mismo que paraiso; y así se llama *valle del Paraiso* desde el tiempo de los gentiles, y lo que estos dijeron paraiso, tradujeron los árabes en su lengua *cármenes*. » (*Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 22.)

palacio de Carlos V, labrado sobre el mismo terreno.... Condicion del mundo: levantarse los poderosos sobre las ruinas de los caidos, y robarles hasta el sol y el aire[1].

A mano izquierda, como resguardo de la ciudad por la parte del mediodia, se divisaban las altísimas cumbres de la *sierra de la Helada* ó *del Sol* (*Solaira* la llamaban) cubiertas siempre de nieve, aun en el corazon del estío: á su falda misma, y extendiéndose por espacio de algunas leguas, la famosa *Vega de Granada*, á manera de una rica alfombra, compartida en mil cuadros de diversos colores con cercos de verdura; y por enmedio de aquellos campos serpenteando el Genil caudaloso, que habiendo salido al encuentro del Dauro en las mismas puertas de la ciudad, le recibe en su seno, y corre en busca del Guadalquivir[2].

Horas enteras pasaba Isabel, contemplando embelesada cuadro tan extenso y tan vário: á uno y otro lado torreones, alcázares, muros; cubiertas las colinas de jardines y casas, y derramándose la ciudad por el inmenso llano; allí los montes de *Abahul*, desnudos y rojizos; allá la blanquísima sierra; acullá el rio: por todas partes pueblos, lugares, alquerías hasta perderse en el horizonte... « No sin razon (exclamaba tal vez la doncella) te llaman, ó Granada! *el nuevo paraiso.* »

[1] El magnífico palacio llamado de Cárlos V, mandado labrar por aquel poderoso monarca cuando pensó, segun le atribuye la comun tradicion, establecer su corte en Granada, presenta en la sencillez de su plan y en el aspecto grave de su estructura el contraste mas singular con el palacio árabe, á que está pegado. No se sabe á punto fijo cual fue el designio que en esto se llevaron; si el palacio de la Alhambra estaria ruinoso por aquella parte, ó si con el celo del *fanatismo artístico* (que tambien le hay, así como fanatismo religioso, político y literario) se tuvo en tan poca estima aquel monumento de un gusto extraño y caprichoso, que no se estimó como grave pérdida oscurecerle y desfigurarle. Lo cierto de ello es que se edificó el palacio de Cárlos V, ocultando la fachada principal del alcázar de los reyes Moros, y escatimándole una buena parte del terreno en que estaba asentado; contribuyendo de esta suerte á que sea mas difícil formar un concepto cabal de la extension y forma de aquel edificio, único de su clase en Europa.

La real academia de San Fernando publicó, ya hace algunos años, el plano de uno y otro palacio, en una coleccion titulada: *Antigüedades árabes de España*, que comprende en su primera parte las de Granada y Córdoba.

[2] « Al poniente tiene Granada al *Jaragüi*, palabra árabe que significa *huertas de recreacion*: son ocho leguas en largo, cuatro en ancho, y veintisiete en circuito, de huertas, olivares, viñas y sembrados, y sobre su verdura un pasamano de plata del rio Xenil, que pasa por medio de ellas.

»Comienza esta hermosa Vega de las raices de sierra Nevada, y pasa delante del Soto de Roma, bosque abundante de leña, pesca y caza. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 22.)

Lucio Marineo Sículo, hablando de las cosas mas notables de Granada, se expresa de esta suerte:

« La séptima cosa, y de muy grande felicidad de la ciudad de Granada, es un campo que llaman la Vega, muy grande y fertilísimo, así de panes como de todo género de frutos muy abundante; y de las hojas de los árboles de que se hace la seda pagan sus dueños á los reyes cada un año casi treinta y cinco mil ducados de oro, y mas muchas libras de seda. El cual tiene en circuito y en derredor veinte y siete leguas, y en término dél, en espacio de siete leguas, nacen treinta y seis fuentes. » (Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 20.)

CAPITULO XIX.

Pasion del rey : situacion de Isabel.

Cuanto podia contribuir á que se encendiese mas viva la llama en el pecho de Albo Hacen, todo concurrió por su daño : la hermosura de la cristiana era extremada; su gracia y sus hechizos acababan de cautivar el ánimo; y hasta el metal de su voz, sin ser quizá de los mas sonoros, tenia un dejo tan grato y tan suave, que penetraba insensiblemente hasta lo íntimo del corazon. Si no era empresa fácil resistir á tantos encantos, aun menos podia esperarse del rey, naturalmente tierno y apasionado, y que á fuerza de no encontrar obstáculos y de no poner linde á sus deseos, habia caido en tal estado de abatimiento y de tristeza, que casi le era enojoso el peso de la vida. Ahora por primera vez, al cabo de muchos años, sentia latir su corazon como en la lozanía de su mocedad; y se entregaba con tanto mas anhelo á su nueva pasion, cuanto estaba íntimamente convencido de que aquella era la postrera : así aparecen mas hermosos los últimos dias de otoño, porque amenaza ya de cerca el invierno. El carácter bondadoso del rey, y aun mas tal vez su pasion misma, le retraian hasta del pensamiento de torcer por fuerza la voluntad de Isabel : no deseaba poseer á una cautiva hermosa, como quien inmola una víctima; habia menester quien le amase, quien le trajese incierto entre el temor y la esperanza, quien le hiciese gustar en fin las delicias de hallar obstáculos y de vencerlos. Recabar el amor de Isabel, y no deberlo al poder y grandeza, cuanto menos al villano temor, sino á su propio merecimiento, este era el único deseo que le embargaba el alma. Aunque no se hallase Albo Hacen en la flor de sus años, ni hubiese nunca sido hermoso, era de gallarda presencia, el semblante grave al mismo tiempo que apacible; y hasta en el mirar de sus ojos, melancolico y adormido, parecia que se reflejaba lo apasionado de su corazon. No creyó por lo tanto imposible ganar el de Isabel, cuyas primicias anhelaba; teniendo la certeza de que jamas habia amado á hombre nacido, y esperanzado por su parte en que el contínuo obsequio, el agradecimiento, y el extremo de la pasion misma que inspiraba, lograrian al cabo rendirla.

Con esta intencion y propósito no omitia el monarca nada de cuantò pudiese lisonjear á la hermosa cristiana : apenas abria los ojos, le presentaban en azafates de plata las frutas mas exquisitas de los huertos del rey, salpicadas aun con el rocío y cubiertas con fresquísimas flores : si se dirigia al baño, lo encontraba preparado con perfumes y esencias, que infundian en el alma y en los sentidos como una embriaguez deliciosa : y al tornar á su estancia, le habian ya adivinado hasta sus mas leves deseos. Do quiera que es-

tuviese, á donde quiera que se encaminase, ya se habia adelantado la eficacia del rey, para que por todas partes hallase el rastro de su amor: seguíala el monarca; pero á manera de un genio invisible, que cubre con su sombra á sus favorecidos y les va allanando los pasos. Rara vez se presentaba á vista de Isabel, bien fuese por temor de perturbarla en su solaz y esparcimiento, bien porque luchando en su ánimo la costumbre del mando y la timidez que inspira el amor, rehuyese confesar con sus propios labios la pasion que le dominaba, hasta estar cierto de ser correspondido; pero sus acciones, sus gestos, sus palabras, revelaban á la par su secreto; y los sagaces cortesanos, que no habian menester tantas señas é indicios, se esforzaban por aliviar al rey de tan gravoso peso. En los versos y cantares no se oian sino elogios del *lucero de la mañana*, ocultando bajo este clarísimo velo lo mismo que intentaban manifestar; y tan solícita se mostraba la lisonja de los esclavos, que á duras penas podia ganarle el paso la ciega pasion del monarca.

Aun no le amaba Isabel; pero ya le miraba con cariño: dotada de buen natural, y habiendo visto tan de cerca la cara al infortunio, no podia menos de experimentar en favor de su bienhechor cierto sentimiento de afecto y gratitud, distinto del amor, pero no muy lejano; y hasta la vanidad y el orgullo, sobradamente poderosos en el corazon de la incauta doncella, la inclinaban mas y mas al monarca, que le ofrecia tan halagüeño triunfo. Pero tal era el candor de Isabel, ó si se quiere su carácter poco reflexivo, que ni siquiera se apercibia de los riesgos de su situacion; satisfecha con ver deslizarse los dias en aquella mansion encantada, y con tener cautivo de su belleza á un príncipe tan poderoso. Lo mas singular es que el mayor obstáculo que se oponia á los deseos del rey provenia de la sagaz Arlaja: como conocia á fondo el corazon humano y tuvo tiempo y ocasion para examinar á su salvo la índole de Albo Hacen, coligió desde luego que el medio mas seguro de acrecer su pasion y de hacerla durar de por vida, era oponerle una barrera casi insuperable; pero sin cerrar todo resquicio á la esperanza, para que no se diese por vencido. No habia cuidado la Mora de grabar en el ánimo de Isabel sanos principios de virtud acendrada, y mucho menos los de una religion tan severa, que ofrece como víctima el sacrificio de las pasiones; mas se prevalió diestramente, para lograr sus fines, del único recurso que le quedaba á mano; y con éxito tanto mas seguro, cuanto se fundaba en la índole y condicion de Isabel, cuya altivez era á propósito para venir en auxilio de su virtud. Cortísimos esfuerzos hubo menester la astuta Mora para despertar en el alma de la doncella sentimientos de nobleza y de pundonor, que habia mamado con la leche; y aun para refirmarla mas en ellos, presentó de bulto ante sus ojos el contraste que ella misma ofrecia, respetada y adorada del rey, con la turba de esclavas que habian compartido breves horas su lecho.

Verdad es que aun Arlaja estaba muy distante de prever el des-

enlace de tan extraña situacion; pero el cariño extremado que profesaba á Isabel, y el recelo de que menguase la pasion del rey, si llegaba al término de sus deseos, la mantuvieron firme en su propósito, sin entregarse á necias esperanzas ni arredrarse por livianos temores; antes bien encomendándose á la suerte y dejando obrar á la ocasion y al tiempo.

CAPITULO XX.

Acontecimiento imprevisto.

Iba ya de vencida el verano (los Moros contaban el principio de su tercera luna), y aun conservaba Isabel la costumbre de bajar sola con Arlaja á un jardin amenísimo, situado en el repecho que desciende del palacio hasta el Dauro, al pié mismo de la torre llamada hoy vulgarmente *Tocador de la reina*[1]. La frondosidad y el apartamiento del sitio convidaban á pasar en él algunas horas; y con tanta mayor satisfaccion y deleite, cuanto gozan aquellas márgenes el raro privilegio de restaurar la salud y las fuerzas, sin que sea nociva la frescura del ambiente ni la humedad del cercano rio[2]. El murmullo que formaban sus ondas, retorciendo el paso entre los riscos, y el rumor de los árboles al mecerlos el viento, era lo único que perturbaba el grato silencio de la noche; á no ser que el

[1] El mirador que comunmente se llama *Tocador de la reina*, está situado sobre una torre, unida al *salon de Comares* por una hermosa galería abierta, sostenida por columnas de mármol. Se cree que antiguamente tenian en aquel sitio los reyes Moros un *mirab* ú *oratorio;* pero la obra que hoy subsiste es moderna, quedando vestigios de las lindas pinturas con que estaban adornadas las paredes, por el gusto peregrino y caprichoso de los *grutescos* de Rafael.

La tradicion, el nombre de *tocador de la reina*, y hasta la circunstancia de hallarse en el cuarto, que le sirve como de antesala, colocada una losa de mármol con agujeros para recibir por ella los perfumes, todo ha contribuido á arraigar la creencia de que aquel aposento, desde el cual se descubren por todas partes las mas deleitosas vistas, estaba destinado á que sirviese de tocador á las reinas de España; como se verificó, segun parece, con la emperatriz, por los años de 1526, y posteriormente con la reina doña Isabel, esposa de Felipe V, cuyas iniciales se ven en aquellos arcos y muros.

[2] « *El agua y el aire de este rio Darro es muy saludable.* Hállanse en él, como queda dicho, granos de oro fino entre las arenas, que segun dicen los Moriscos, los trae la corriente de las raices del *cerro del Sol*, que está detras de *Generalife.* » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 8.)

« El Darro (dice otro historiador, hijo tambien de Granada) nace en la sierra Nevada, poco lejos de las fuentes del Genil, pero no en lo nevado; de agua y aire tan saludable, que los enfermos salen á repararse, *y los Moros venian de Bervería á tomar salud en su ribera*, donde se coje oro; y entre los viejos hay fama que el rey don Rodrigo tenia riquísimas minas debajo de un cerro, que llaman del *Sol.* » (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

« A esto se acrecia la excelencia del aire, que goza este barrio del Darro; aire vital, porque viene purificado de entre los blancos copos de nieve de sierra Nevada, y aromatizado con sus yerbas; aprobado de la medicina contra el asma: y

monarca, para halagar la aficion de Isabel, dispusiese que desde lejos la regalasen con apacible canto. La misma noche en que le sobrevino tan fatal contratiempo, habia estado embelesada oyendo un romance, compuesto en su alabanza, y cantado con aquel tono suave y melancólico, que se echa de ver aun hoy dia en algunas tonadas de los Andaluces. Quedóse luego callada largo trecho, como si empezase á sentir en su corazon necesidad de amar; y por no distraerla, permaneció Arlaja á su lado, tan inmóvil y silenciosa, que poco á poco fue cerrando los párpados y salteóla el sueño. Mas de allí á breve tiempo oyó Isabel un rumor levísimo en un vecino césped; volvió azorada la cabeza, y llamó en voz baja á su amiga, que despertó con sobresalto; y al querer ambas levantarse y ponerse en huida, vieron acercarse unos bultos altísimos, del propio color de la tierra, que sin proferir ni una sola palabra, se abalanzaron de improviso y las ciñeron con sus brazos, cubriéndoles la cabeza con un *albornoz*, para que no gritasen. Casi arrastrando por el suelo llevaron á aquellas infelices hasta la boca de una sima; y bajaron con ellas por tan largo espacio, cual si fuesen á sepultarlas en el centro mismo de la tierra. Notó despues Arlaja (la tímida Isabel iba desvanecida) que las conducian por una senda tan premiosa, que apenas consentia ir dos personas juntas; y con tantas vueltas y revueltas, que no era posible adivinar el punto en que se hallaban: solo tuvo por cierto, al advertir el destemplado frio y lo grave del aire, que iban por un camino subterráneo, en que nunca habian penetrado los rayos del sol. Lo que no acertaba á concebir (ni era tampoco fácil, aun cuando no estuviese tan sobrecogida de espanto) era cómo tardaban tantas horas, andando sin cesar y sin llegar al término: los mismos mónstruos que las conducian parecian ya cansados, y se escuchaba su sobrealiento, cual si el respirar les faltase; y por lo que respecta á Isabel, no bastaban esfuerzos, insultos, amenazas, para hacerle siquiera dar un paso; llevando á tal punto su crueldad aquellos asesinos, que hasta la aguijaban por despecho con la punta de los puñales. Volvió en sí la infeliz, arrojando un quejido tan agudo, que resonó una vez y otra en aquellas profundas bóvedas; y queriendo desasirse de los brazos que la apremiaban, fue luchando y reluchando por larguísimo trecho, hasta que la arrojaron como un cadáver á la salida del subterráneo. Despuntaba ya el dia: y apenas sintió Arlaja la frescura de la mañana, y sospechó que se hallaba en el campo, arrojó de súbito el albornoz que la cubria, y comenzó á invocar á grito herido el nombre de *Alá!* Acudieron al punto los verdugos que las custo-

así, á las siete calles que hay desde la puerta de Guadix hasta San Pedro, llamaban los Moros el *hospital de Africa;* porque venian de allá á curarse en estas casas. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 24.)

Hoy dia se notan los mismos saludables efectos de los aires y las aguas del Darro, á cuyas márgenes acuden en busca del recobro de la salud los enfermos y convalecientes.

diaban, y que ya se aprestaban á consumar la obra de iniquidad; pero en el mismo instante, como si fuera permision del cielo, divisaron á la puerta de una caverna un venerable anciano, que en la estatura y el ademan retrataba la imágen del Profeta: «¿Qué haceis, asesinos?... Teneos! El socorro viene de Dios; y el ángel de la muerte asecha á los malvados.»

Aun antes de resonar estas palabras, ya estaban los asesinos como si á sus mismas plantas hubiese caido un rayo; mas cuando escucharon aquellas voces y reconocieron el acento, el temor les dió alas y se desparcieron por los campos. Postróse entonces el anciano, vuelto el rostro al oriente; y comenzó á entonar el cántico de la mañana con tanto fervor y entusiasmo, que los ecos de aquellos montes no repetian sino el nombre de Dios.... «Dios solo es grande.... Dios solo es fuerte.... no hay mas Dios sino Dios...!»

Entre tanto la solícita Arlaja habia volado al socorro de Isabel: desciñó sus vestiduras, y reconoció sus heridas, que eran poco profundas, y casi todas en el brazo (como si por instinto natural lo hubiese llevado siempre al resguardo del pecho); mas cuando comenzaba á respirar la Mora, creyendo exenta de peligro á su hija, se inmutó de pronto y arrojó un alarido, al conocer en el retroceso y el color de la sangre que las puntas de los puñales estaban tocadas con yerbas. Advertirlo y aplicar sus labios, aun á riesgo de su propia vida, todo fue un solo instante; y volviendo en derredor la vista, descubrió una retama, la arrancó, exprimió el jugo, y arrojó el veneno fuera de las heridas [1].

Ayudóle despues el anciano á conducir á Isabel á orillas de una fuente (era la de *Alfacar*, la mas famosa y abundante en las cercanías de Granada); y salpicando el rostro de la doncella con sus puras y cristalinas aguas, fue poco á poco recobrando el sentido, hasta el punto que de allí á breve tiempo pudieron conducirla á la cueva.

En ella tenia su mansion el venerable anciano (aquel viejo *alfaqui* de que hablan nuestras historias; el mismo que sublevó á Granada, cuando ya estaban á punto de asentarse las paces): el cual queriendo en todos los pasos de su vida seguir las huellas del Profeta, se retiraba durante un mes del bullicio de la ciudad, y permanecia dentro de una caverna, no lejos de una fuente; asi como el Favorecido de

[1] «Otra (especie de veneno) se hace en las montañas nevadas de Granada, de la misma manera, pero de la yerba que los Moros dicen *rejalgar*, nosotros *yerba*, los Romanos y Griegos *acónito*... Envuélvese la ponzoña con la sangre donde quier que la halla; y aunque toque la yerba á la que corre fuera de la herida, se retira con ella y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; mas antes que llegue hay todos los generales: chúpanla para tirarla afuera, aunque con peligro... El particular remedio es zumo de membrillo, fruta tan enemiga de esta yerba, que donde quiera que la llega el olor la quita la fuerza: zumo de retama, cuyas hojas machacadas he visto yo lanzarse de suyo por la herida, cuanto pueden, buscando el veneno hasta topallo y tirallo afuera. Tal es la manera de esta ponzoña, con cuyo zumo untan las saetas, envueltas en lino porque se detenga.» (Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, lib. 1°.)

Dios se retiraba todos los años á la cueva del monte Hera, y se purificaba con las aguas del pozo de Zemzem [1].

Cabalmente la cueva, que habia escogido para su retiro el piadoso alfaquí, era la mas espaciosa y profunda de cuantas se hallan en aquellos contornos, excavada en los riscos por la caida de las aguas; y presentaba cristalizaciones de tan várias y peregrinas formas, arcos, chapiteles, columnas, que la imaginacion creia ver, al leve reflejo de la luz, un templo magnífico, inmenso, creado por la naturaleza para culto de la Divinidad.

Hasta la misma fuente, cercada de alisos y gayombas, y en cuyo fondo se ven brotar con ímpetu las cristalinas aguas, parecia convidar en medio de aquel páramo al descanso y al alivio del hombre; y así no es maravilla que la mirasen los Alárabes con profunda veneracion, y cual si fuese un lugar religioso, acudiendo en sus quebrantos y dolencias á aquel manantial de la vida [2].

CAPITULO XXI.

Tribulacion en el palacio de la Alhambra.

Habia ya trascurrido la mitad de la noche; y como no tornase Isabel, segun lo tenia de costumbre, comenzaron á desasosegarse las esclavas que la aguardaban en el vecino patio (llamado comun-

[1] Los mahometanos creen que Dios hizo que en medio del desierto naciese una fuente para apagar la sed de Ismael: muchos opinan que es el pozo de *Zemzem*, cercano á la *Cahaba*, ó sea al templo de la Meca.

Mahoma se retiraba todos los años, durante un mes, á una caverna que habia en el monte Hera, distante tres millas de aquella ciudad. (*La vie de Mahomet*, *traduite et compilée de l'Alcoran*, par J. Gagnier.)

[2] « Todas estas aguas que hemos dicho no alcanzan á la Alcazaba ni al barrio del Albaicin; mas no por eso deja de haber abundancia de agua muy buena hácia aquella parte, de una fuente que nace en la sierra del Albaicin. Está en esta sierra una cueva muy honda, á manera de sima, y en lo mas bajo de ella nace un golpe de agua, tamaño como dos bueyes; la cual se divide á diferentes partes, y especialmente nacen de allí tres fuentes principales y muy notorias. La una es la *fuente del Rey*, que está junto al lugar de Güete: la otra la de *Daifontes*, que sale junto á una venta, donde en tiempo de Moros habia una casa fuerte, que llamaban *Dar-Alfun*, y está cuatro leguas de Granada, en el camino que va á la villa de Hiznaleuz: y la tercera la de *Alfacar*, que nace una legua de Granada, encima de una alcarria del mesmo nombre, y en su nacimiento echa tanta agua como un buey. Ser estas tres fuentes de una mesma agua se ha visto por experiencia, echando aceite ó paja en la fuente principal; porque responde luego á las otras, y así nos lo testificaron Moriscos viejos del Albaicin. Con el agua de la *fuente de Alfacar*, que recogen los moradores en una azequia, y la llevan por las laderas y cumbres de los cerros que hay desde allí á Granada, y se riegan las güertas y hazas de Alfacar, Bíznar, y Mora, y buena parte de la Vega, y los cármenes y jardines de Aynadamar. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 10.)

La *fuente grande de Alfacar* (que así se llama hoy dia, para distinguirla de otra menos abundante, que nace mas cerca de la ciudad) está situada al pié de

mente *jardin de Lindaraja*), aunque sin atreverse ninguna de ellas á manifestar su recelo, ni menos á traspasar el límite vedado. Mas al ver que iban deslizándose las horas y que Isabel no parecia, se empezó á susurrar si le habria sobrevenido algun daño; y queriendo cada cual á su vez parecer mas solícita y cuidadosa, corrieron todas de tropel á dar aviso de la extraña novedad que advertian.

En menos de un instante, los patios y jardines se cubrieron de guardas : acudió azorado el alcaide, que tenia encomendada la custodia del régio alcázar; mandó escudriñar los parajes mas ocultos, recorrer el bosque, bajar á la márgen del rio; pero no hallando rastro ni señal ni huella, sintió desfallecer su ánimo, y comenzó á invocar á gritos la clemencia del rey.

Ninguno tuvo aliento para participar á Albo Hacen la fatal nueva; mas creció tanto el rumor, que llegó á sus oidos; y empuñando las armas, incierto y receloso, saltó del lecho y salió de su estancia, para informarse de la causa de tamaño escándalo. Quedóse al pronto inmóvil, cual si fuese de mármol; pero rompiendo luego los diques á su enojo, comenzó á dar tales voces de dolor y de ira, que mas bien parecian rugidos de un leon que no acentos de un hombre. Corrieron los cortesanos, los esclavos, los guardas, buscando por todas partes el mas ligero indicio : bajaron otros á la ciudad, y salió una turba de atajadores á explorar los vecinos campos; y para que corriese el aviso con la celeridad del rayo, encendieron fuegos en lo mas alto del alcázar, á que respondieron en el mismo instante cien torres y atalayas. La entrada de huestes de Castilla en los términos de la Vega no hubiera ocasionado en el palacio de Albo Hacen tanta confusion y tumulto. El primer pensamiento que asaltó el ánimo del rey, fue que la misma Isabel habria premeditado su fuga, para volver á tierra de cristianos; pero ¿quién podia haberle suministrado los medios de llevar á cabo su designio? Tan solamente Arlaja era la depositaria de sus secretos, su única amiga, el móvil de su voluntad; y rayaba casi en lo imposible que se hubiese prestado la Mora á un paso tan aventurado, abandonando locamente prosperidad, riqueza, el colmo de sus esperanzas, para exponerse á mil azares y tal vez arrastrar las antiguas cadenas.

Otros mil pensamientos, á cual mas confuso y extraño, pasaron unos tras otros por la mente del rey, sin posar en ella un solo instante; y con la misma incertidumbre y zozobra que le angustiaba el alma, corria desatentado de una parte á otra, registrando cien veces por sí mismo el patio, el jardin, sus contornos. Mas al pasar junto al césped, le dió un latido el corazon, présago de alguna desdicha; y examinando con mayor esmero, advirtió removida la tierra

una sierra; siendo de notar lo cristalino de las aguas y el hervidero que se advierte en el fondo del espacioso estanque.

En el monte inmediato se ve la entrada de la famosa cueva, cubierta de petrificaciones; pero al presente muy deteriorada, por las muchas que de ella se han sacado, y por haberlo hecho sin el debido cuidado y esmero.

y desgajada tal cual rama; sospechando en el punto mismo que de allí habia procedido su daño.

Era aquel lugar solitario el mas oculto del vergel, poblado de arbustos tan espesos que cerraban el paso : ningun mortal, só pena de la vida, podia penetrar en aquel recinto, que parecia reservado por los monarcas para acrecentar con la sombra del misterio las dichas del amor. Pero bajo esta apariencia habian ocultado los príncipes un refugio de salud para cualquier peligro; como sabedores que eran, y por propia experiencia, de lo poco que podian fiar en la lealtad del pueblo, naturalmente descontentadizo, y aun menos en el cariño de los propios deudos, manchados mas de una vez con sangre de padres y de hermanos, por arrebatarles á un tiempo la vida y la corona. Así no es de extrañar que para ponerse á cubierto de cualquier sorpresa ó rebato, en caso que cayese la Alhambra en manos enemigas, hubiesen labrado los reyes de Granada (segun costumbre de aquellas gentes) una senda subterránea, que partia desde el mismo alcázar, taladraba el monte, y venia á parar en un paraje oculto, no lejos de la márgen del rio [1]. Ni valido ni deudo, por allegado que fuese al rey, era partícipe de tan grave secreto : habiase guardado inviolablemente, pasando como un legado de los monarcas á sus sucesores, desde el tiempo del rey Nazar, que habia labrado aquella oculta via, durante las guerras civiles, hasta el reinado de Albo Hacen. Mas este príncipe, naturalmente confiado y fácil, habia revelado este misterio á Aixa, hallándose con ella en aquel sitio, disfrutando las primicias de su himenéo; y aun cuando se arrepintió muy en breve de su imprudencia, ya el daño estaba hecho, y mas temprano ó mas tarde habia de llorar sus resultas.

Recordólo Albo Hacen al pasar junto al césped; y como conocia á fondo el carácter de Aixa, y sabia que ella sola en todo el ámbito del reino hubiera sido osada á descargarle un golpe tan mortal, no dudó ni un momento que habia partido de su mano. Rebosó su fu-

[1] Los Moros acostumbraban labrar caminos subterráneos, probablemente como medio de defensa contra las entradas y correrías de los cristianos, ó tal vez como efugio en sus disensiones civiles : lo cierto es que, ademas de las minas construidas para la conduccion de las aguas, se han descubierto en Granada várias sendas subterráneas, que es comun tradicion daban salida á larga distancia y aun fuera de los muros de la ciudad. Cabalmente hace muy pocos años, en el de 1830, al desplomarse un murallon y hundirse una parte del terreno, por el lado del alcázar que mira al Dauro, se descubrió al pié de la torre del *tocador de la reina* la abertura de una mina, con la boca en forma de arco, por la que podia entrar y salir cómodamente una persona. Hallábase (cuando examinó aquellos sitios el autor de esta obra) cerrado el paso con vigas y atravesaños; pero allí mismo oyó decir que, habiendo reconocido aquella entrada un maestro de obras, habia descubierto unas escaleras.

No se sabe en qué parte del palacio desembocaba aquel camino subterráneo; mas por lo que respecta á la mina que servia para el desagüe del régio alcázar (y cuya boca se descubrió por el mismo tiempo que la otra, y no á larga distancia), parece que iba á dar al *patio de los Leones;* donde en la actualidad se ve abierta la boca de un acueducto, en uno de los cuadros de flores á la entrada de dicho patio.

ror á la mera sospecha: registró, ciego de ira, los senos de aquel laberinto; halló rastros, pisadas, mal cerrada la compuerta de hierro; y acudiendo á su voz una turba de esclavos, se arrojaron unos tras otros en la desconocida senda.

A la misma entrada de la sima aguardaba impaciente el rey: redoblaba preguntas, avisos, amenazas; arroyos de sangre iban á correr en Granada, si no parecia la cautiva. Volvió en breve un esclavo, sin poder alentar siquiera; hízole mil demandas el rey, á que el infeliz apenas contestaba, sobrecogido de temor y respeto; mas al fin pudo colegirse de sus mal concertadas palabras que en el camino subterráneo se hallaba mas de un vestigio de la reciente fuga.

Escucharlo Albo Hacen y correr desalado á la orilla del rio, donde desembocaba en una gruta el oculto sendero, todo fue obra de muy cortos instantes: apenas podian seguirle sus cortesanos; tanta era su presteza. Mas así que hubo llegado, incierto todavía entre el temor y la esperanza, y cuando luego supo que no habian hallado á Isabel, arreció tanto su furor, que cuantos allí le cercaban temblaron por su vidas.

Este mismo recelo, y el ansia de granjear la buena voluntad del monarca, redoblaron, si cabe, la eficacia con que buscaban todos á la cautiva; hasta que el mas afortunado volvió lleno de júbilo á donde el rey se hallaba, y arrojándose á sus piés, le dió la feliz nueva de que ya se sabia el camino que habia llevado la cristiana. Dudó al pronto Albo Hacen; pero de allí á breves momentos, como se repitiesen los anuncios de nuevos indicios, túvose por seguro que la única senda por donde pudiera haberse evadido Isabel, sin que le opusiesen obstáculo los muros ni las guardas de la ciudad, era por una cueva, cuya boca se descubria á la márgen opuesta del Dauro, y que corriendo soterrada bajo los mismos cimientos de la poblacion, se extendia no menos que por espacio de una legua, hasta mas allá de Alfacar. Aun la vieron abierta nuestros padres, años despues de expulsados los Moros [1].

[1] «El tercero (dice Mármol, hablando de los barrios que comprendia la *Alcazaba Gidid*, ó sea *Alcazaba Nueva*) era el de la parroquia de San Juan de los Reyes, en el sitio de una mezquita que los Moros llamaban *Mozquit el Teibin*, que quiere decir *mezquita de los convertidos*: llamábanle *barrio de la Cauracha*, por una cueva que allí habia, que entraba debajo de la tierra muy gran trecho; porque *caura* en arábigo quiere decir *cueva*.» (*Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°.)

Otro escritor de la misma época, digno de todo crédito, habla de dicha cueva como testigo ocular: «Pero lo que se tiene por mas cierto entre ellos (los Moros) y se halla en la antigüedad de sus escrituras, es haber tomado el nombre Granada de una cueva, *que atraviesa de aquella parte de la ciudad hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo vi abierta.*»

Esto escribia el insigne don Diego de Mendoza, despues de promediado el siglo XVI: hoy dia, en el barrio mismo de que hablaron los citados historiadores, y en la calle llamada de San Juan de los Reyes, hay una casa en la que se halla cerrada una antiquísima cueva, que tal vez sea la misma á que se ha hecho referencia.

Mandó al punto Albo Hacen á su mas íntimo valido que penetrase por aquella senda con gente de su confianza; y que registrando, si menester fuese, hasta las entrañas de la tierra, fuera luego á encontrarse con él á la salida de la cueva.

En un caballo alazan, mas veloz que el viento, salió el rey de la ciudad, á tiempo que ya alboreaba; y tomando el camino de Víznar, por hallarle mas á la mano, llegó de un vuelo á orillas de la fuente, habiéndole seguido hasta allí muy pocos de su comitiva.

CAPITULO XXII.

Halla el rey á Isabel, y vuelve con ella á la Alhambra.

Derramáronse por las sierras de Alfacar cuantos habian acompañado al rey, y los que despues le siguieron, en busca todos de la hermosa cautiva; en tanto que Albo Hacen, con el afan de verla antes, permanecia inmóvil á la salida del camino subterráneo, inclinado el cuerpo y aplicando atento el oido. Mas de allí á poco tiempo oyó Arlaja á lo lejos pisadas de caballos; y mal recobrada todavía del reciente peligro, asomó la cabeza con temor y recato, y descubrió las gentes del rey. Dió entonces tales gritos, enagenada de alegría, que al escucharlos Isabel desde lo hondo de la cueva sobrecogióse de espanto, y corrió á guarecerse junto al alfaquí; y el venerable anciano, con el ansia de calmar sus temores, salió á ver por sí mismo lo que habia dado ocasion á las voces de Arlaja.

No hubo menester preguntárselo: que ya se hallaba la Mora cercada de cortesanos y de esclavos; y se veia al ansioso monarca trepando por aquellos riscos, bañado en sudor frio, temiendo preguntar si aun vivia la prenda de su corazon.

«*Aqui está!* (gritó Arlaja, al divisar al rey) *aqui, señor, aqui; el cielo mismo le ha servido de escudo!...*» Oirlo Albo Hacen, llegar á donde se hallaba la Mora, y aparecer Isabel como por ensalmo, todo fue un solo punto: habia salido la infeliz, casi arrastrando por el suelo, llena de temor al contemplarse sola; y apenas vió al monarca, abrazóse á sus piés, como quien no tenia en la tierra mas refugio ni amparo; y comenzó á llorar amargamente, sin proferir ni una sola palabra.

La sorpresa, el contento, la indignacion por tamaño atentado, sobrecogieron de tal manera al rey, que tampoco por su parte podia expresar con voces lo que pasaba en su corazon: sostenia á Isabel: la contemplaba atónito, sentia correr por sus manos sus lágrimas ardientes; y cuando luego reparó las vendas que ligaban sus brazos, y las vió salpicadas con sangre, comenzó á temblar de dolor y de ira; y volviendo el rostro hácia la ciudad, anunció con una mirada mil desventuras y desastres.

Suspensos, mudos, sin atreverse á levantar los ojos, permane-

cieron largo espacio cuantos allí se hallaban; hasta que haciéndoles el rey una leve señal, alejáronse todos; y el venerable alfaquí rompió al cabo el silencio. Dió cuenta al monarca, con el sencillo lenguaje de la verdad, de lo que habia presenciado, como si hubiese sido mero testigo, y no hubiera tenido en ello tanta parte; pero con su mismo relato dió ocasion á que Arlaja refiriese menudamente las circunstancias de tan extraño acontecimiento. Escuchóla Albo Hacen sin interrumpirla ni una vez siquiera; pero á cada palabra que iba pronunciando la Mora, anublábase mas y mas el rostro del monarca; y al fin ya no fue parte á reprimirse por mas tiempo. « Respira, desventurada, no temas, dijo á Isabel, estrechando con vehemencia sus manos; jamás, mientras yo viva, te alejarás un punto de mi lado; ni aun los rayos del sol volverán á ofenderte! »

No contestó Isabel; mas derramó por respuesta un torrente de lágrimas: se veia sola, huérfana, lejos de su patria, esclava en tierra extrangera, perseguida, amenazada de muerte; y en medio de tantos peligros y en tan cruel desamparo, no tenia mas asilo que la sombra del rey. Otra vez fue á arrojarse á sus plantas; mas lo estorbó Albo Hacen, y la sostuvo en sus propios brazos, sintiendo mas vivo en sus venas el fuego que ya le abrasaba.

Entre tanto habia ido el alfaquí á traer un canastillo de frutas, primicias del otoño, mas sabrosas y regaladas en los contornos y en los huertos de la ciudad, que las que á su vez brindan la primavera y el estío: Arlaja permanecia siempre al lado de Isabel, reconociendo cuidadosa sus recientes heridas, ya fuese por la inquietud natural de quien tanto la amaba, ya tal vez con la solapada intencion de acrecentar la pasion del rey, ofreciendo á sus propios ojos lo que costaba su cariño.

Acudió luego una turba de cortesanos, que venian de los vecinos pueblos y alquerías con provisiones y socorros de toda especie; y pasadas algunas horas, en que procuró cerciorarse el rey con solícito afan de si permitia el estado de Isabel trasladarla á Granada, sin poner á riesgo su vida, resolvió partir con ella aquella misma tarde, como si le pareciese un sueño que habia de tornar á verla en su palacio.

En cortísimo tiempo, esmerándose todos á porfía y sin perdonar diligencia, labraron con delgados troncos y juncos una especie de lecho, para conducir en él á la hermosa cristiana, cubriéndolo por encima con ramaje y con flores, para preservarla del sol, del viento, de las miradas de los hombres; y hasta el mismo rey, por mayor fineza, quitó con sus propias manos una hermosísima piel de tigre, que cubria á su caballo, y la tendió sobre los troncos para que no lastimasen el cuerpo de la delicada doncella. Despidióse luego del alfaquí, dándole señaladas muestras de agradecimiento, y no sin exigir antes la promesa de presentarse en palacio, en cuanto saliese de su retiro, pasada la fiesta de *Maulud*,

celebrada por aquellos dias en memoria del nacimiento del Profeta[1]. Apercibióse despues la gente, para llevar en medio al rey y á la cristiana, en cuyo mismo lecho iba sentada Arlaja, para servirle á un tiempo de compaña y consuelo; y caminando todos á paso mesurado, por no causar á Isabel fatiga ni molestia, llegaron á la márgen del Beyro, al trasponer el sol; y allí aguardaron á que se atezase la noche, para entrar sin bullicio ni escándalo en el recinto de la ciudad.

CAPITULO XXIII.

Determina Albo Hacen repudiar á la reina.

El delirio que produce una fiebre aguda, no es bastante á dar idea de la agitacion y tumulto que atormentaron el ánimo de Albo Hacen la noche que tornó de Alfacar. Ni un solo punto pudo sosegar en el lecho; vagaba por su estancia, asomábase á las ventanas, como si hasta el aire le faltase; pero la vista del Dauro renovaba su herida, y apenas podia reprimir el dolor y el enojo. Amargo fruto de las pasiones, cuando no las reprime ningun freno: una sola se habia enseñoreado del corazon de Albo Hacen, príncipe humano, clemente, generoso; y en el breve término de un dia no parece sino que se habia trocado su condicion, al verle abrigar con gozo proyectos de venganza.

Las circunstancias del rapto de Isabel contadas por Arlaja, los propios recuerdos del rey, y el concepto que tenia del carácter de Aixa, no le dejaban ni aun asomo de duda de que ella habia sido el alma del atentado; no por pesar y despique de ver entregado á otra el corazon de su esposo (en cuyo caso el mismo extremo del

[1] «Se advierte que los Moros tienen año solar y año lunar. El solar es conforme al nuestro latino, y nombran los doce meses como los latinos; y generalmente se sirven de esta cuenta para las cosas de agricultura en toda Africa; porque tienen un libro dividido en tres cuerpos, que llaman el *tesoro de los agricultores*, y este parece haber sido traducido de latin en lengua árabe en la ciudad de Córdoba, y por él se gobiernan cuanto al sembrar, plantar, cavar, engerir, y en todo lo demas, y comprenden en él trece lunas. Mas los teólogos árabes y los legistas y escritores cuentan el año diferentemente; porque le hacen de doce lunas enteras, seis de á veinte y nueve, y seis de á treinta dias, que vienen á ser trescientos cincuenta y cuatro dias, once dias y seis minutos menos que el año latino; y estos hacen volver atras el año latino en treinta años uno, menos cuarenta y cinco dias. El primer mes del año es la luna que nace en julio, y le llaman *maharran*, que es tanto como si dijésemos canícula: el segundo *zafar*, el tercero *arbea el aul*, el cuarto *arbea el teni*, el quinto *gumen el aul*, el sexto *gumen el teni*, el séptimo *argeb*, el octavo *xaaban*, el noveno *arromadan*, el deceno *xevel*, el onceno *delcaada*, el doceno *delhexa*. Otros, que cuentan trece lunas en los once meses latinos, añaden la una al principio del año, y hacen luna de *maharran* primero y *maharran* segundo. Sus fiestas son movibles, y lo mismo sus ayunos: sola la fiesta que celebran del nacimiento de su Mahoma, que llaman el *Maulud*, es la tercera luna del año á los doce dias de ella; porque en tal dia dicen que nació.» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos* lib. 1°, cap. 11.)

cariño podria servir de excusa), sino para quebrar los ojos al rey, amenazando la vida de lo que mas amaba en el mundo, y aun tal vez para humillarle á vista del pueblo, mostrando que hasta al palacio mismo alcanzaba el brazo de la reina.

Este concepto (que no se avenia mal con la condicion y las miras de Aixa, y que lastimaba á un tiempo la autoridad del rey y le infundia recelos para en adelante), preocupó tan completamente su ánimo, que se aferró mas y mas en el concepto de que no para saciar su pasion, sino para su propia seguridad y por la paz y bienestar del reino, era forzoso, urgente, hacer un escarmiento ejemplar. Así es como el amor, empleando siempre su natural astucia, se cubria con la máscara de la justicia y se ocultaba bajo la capa del bien público, para arrollar el único estorbo que le contenia y correr desbocado á sus fines.

Mas de una vez, en el trascurso de aquella aciaga noche, sintió Albo Hacen en su pecho ardiente sed de sangre; pero como su corazon era de suyo blando, y aun estaban sus manos puras y sin mancilla, él propio se horrorizó al contemplar que el primer paso que iba á dar en tan fatal carrera era la muerte de su esposa; exponiéndose tal vez á excitar en favor suyo la compasion del pueblo, que lejos de mirarla como autora del malogrado crímen, la lloraria cual víctima inocente.

El temor de que así aconteciese, la indecision natural del rey, y la repugnancia que cuesta derramar por primera vez sangre humana, alejaron á Albo Hacen del mal propósito que le sugeria su venganza; y como el móvil y alimento de semejante pasion era el mismo amor que le avasallaba, y este se daba por satisfecho con repudiar á Aixa, prevaleció esta resolucion en el ánimo de Albo Hacen, y determinó llevarla á cabo no mas tarde que al siguiente dia.

Así le pareció que conciliaba todos los extremos: aparecer justiciero, y no sanguinario; quitar armas á sus enemigos y desalojarlos de su propio palacio; mostrar mayor desden y menosprecio á Aixa, dejándola con vida, para que presenciase el triunfo de su odiada rival. De esta manera, al cabo de incertidumbres, dudas, contrastes y vaivenes; despues de tentar en vano uno y otro sendero; y cuando mas lejano se creia el desventurado Monarca de tropezar con su ciega pasion, la hallaba á cada paso que le salia al encuentro y arrastraba su voluntad.

Fijos los ojos en el oriente, como quien espera alivio á sus males con la próxima luz del dia, aguardó Albo Hacen á que rayase el alba; y en aquel punto y hora mandó venir á su valido Aben Hamet, con otros dos caudillos Abencerrages, en quienes depositaba el rey su mayor confianza. Y apenas hubieron llegado, comenzó á exponerles largamente las antiguas ofensas que habia recibido de Aixa, su odio mal encubierto, su altivez, sus designios; entrelazando sagazmente (como quien mas bien pedia aprobacion que consejo) su

propia causa con la causa de los Abencerrages, enemigos de la reina y de toda su estirpe. Tambien evitó Albo Hacen, al menos cuanto pudo, hacer alusion á la cautiva; pero sus mismos esfuerzos dejaban traslucir su artificio; y á cada palabra del rey se veia claramente que Isabel la dictaba, por lo mismo que este nombre no salió ni una vez de sus labios.

Pendientes de ellos estuvieron Aben Hamet y los otros caudillos, como maravillados á un tiempo de la atrocidad del intentado crímen y de la resolucion del rey: miráronse despues unos á otros, cual si el respeto les trabase la lengua; hasta que al fin Aben Hamet, comenzando por ensalzar la magnanimidad del monarca (á fin de que apareciese mas odiosa la conducta de Aixa, sin tener él que acriminarla), concluyó por medio de sagaces rodeos recomendando la prudencia.

Resintióse Albo Hacen, sin poderlo disimular el rostro, al ver que su privado, su confidente, su amigo, parecia tomar con tanto encogimiento y tibieza el desagravio de tamaño ultraje; y sospechando que tal vez con aquellos tímidos consejos intentaban echarle en cara su propia irresolucion y flaqueza, se mostró mas firme y tenaz en su primer propósito. « No ha sido mi ánimo, gran rey, (repuso entonces el sagaz privado) ni amenguar lo grave de la ofensa ni retardar el justo escarmiento: antes bien tengo para mí, como que á todas horas toco y palpo la condicion del pueblo, que nada afirmará tanto tu trono como el que á un tiempo se sepan el desacato y el castigo. Los árboles mas altos son los que hiere el rayo; y así es como los cielos muestran su poder á la tierra. Mas por lo mismo que no ignoras el odio que la reina y los suyos profesan á los de mi linaje, esta consideracion me retrajo (excusa, señor, y perdona) de darte un consejo digno de tu autoridad y grandeza. De mí propio desconfié, que no de tí, gran príncipe; temiendo que mis pasiones, sin yo apercibirlo, tomasen parte en lo que solo toca al bien y quietud de estos reinos. Mas ya que tú, señor, exento de mezquinas flaquezas, como está libre el sol de pesados vapores, has resuelto en tu mente lo que de tí reclama la justicia, resuelve, manda, ordena; que tu voluntad será cumplida. »

Echaron mano á los alfanjes los otros dos caudillos, como impacientes de confirmar, aunque fuera á costa de sus vidas, la promesa de Aben Hamet; y así que hubo el monarca manifestado su satisfaccion por tan leal ofrecimiento, concertaron allí mismo, sin tregua ni demora, poner en ejecucion el mandato del rey. Era menester ante todas cosas proceder con cautela, para impedir que los parciales de la reina intentasen desasosegar al pueblo, ó tal vez le empeñasen en su defensa; y cuando todo estuviese á punto, intimar á Aixa que el rey la repudiaba, y le ordenaba salir cuanto antes fuera de la ciudad.

No era fácil empeño llevar á cabo esta resolucion, ni aun siquiera anunciarla á una muger tan altiva y prepotente como lo era la reina,

ufana de su propio merecimiento, del resplandor del trono, del lustre de su raza; pero Albo Hacen, que conocia á su vez la pasion que dominaba á su valido, se prevalió diestramente del odio que en su pecho albergaba contra los Zegríes, abultándole de industria los estorbos y riesgos, para punzar su altivez y su orgullo, hasta que él propio se brindase á dar cima á la empresa.

Respiró entonces Albo Hacen, como aquel que en una montaña áspera y trabajosa comparte con otro la carga, para trepar mas pronto á la cumbre; y despues de dar á Aben Hamet y á los otros caudillos nuevas pruebas de confianza, despidiólos con afable ademan, inquieto ya y desasosegado, porque aun no habia visto á la hermosa cristiana.

CAPITULO XXIV.

Congréganse secretamente los deudos y parciales de Aixa.

La misma noche en que estaba premeditando el rey la perdicion de Aixa, hallábanse congregados los deudos y parciales de esta, recelosos del daño que le amenazaba. Habíanse difundido por el pueblo, en el trascurso de aquel dia, mil rumores extraños, pintando cada cual á su antojo las circunstancias del rapto de Isabel y su liberacion maravillosa, y como el hecho mismo de por sí prestaba vastísimo campo al vuelo de la imaginacion, no hubo suerte de prodigio ó de fábula que no hallase acogida en la plebe, prendada siempre de lo que aparece extraordinario hasta casi rayar en portento.

Bien supieron discernir los caudillos del bando de Aixa lo que habia de falso y de increible en las voces que apadrinaba el vulgo; y como contaban muchos parciales dentro del palacio del rey, y tenian minado el terreno á sus enemigos, supieron al fin con certeza que Isabel habia escapado con vida; que Albo Hacen habia ido en su busca; y que tornaba con ella á la ciudad, sediento de venganza.

Ni menos pudieron dudar que las sospechas del rey habian de recaer sobre su misma esposa, una vez malogrado el intento, descubierta la secreta via, y tal vez ya cargados de cadenas y apremiados con rudos tormentos los que habian perpetrado el crímen. Así es como el celo en favor de la reina (blanco de tantas esperanzas), el espíritu de partido, el odio á los Abencerrages, y hasta el instinto de la propia defensa, reunieron en tan grave aprieto á los cabezas de la tribu de los Zegríes con otros gefes y caudillos, afectos á su bando. Ayuntáronse á la callada, amparados de la noche, llegando uno tras otro al lugar señalado; que era cabalmente un palacio en que habia habitado la reina algunos meses de invierno, por hallarse abrigado en el riñon de la ciudad. Contaron para ello con el alcaide de aquel palacio, hechura de Aixa y alimentado con sus promesas, mas poderosas en el pecho del hombre que no los bene-

ficios; y eligieron aquel paraje, oculto y recatado, por ofrecer ademas la ventaja de poderse llegar á él en breve tiempo y por diversos puntos, sin excitar recelos ni sospechas; como que se hallaba situado en la parte llana de la ciudad, entre uno y otro rio, al desembocar de mil estrechas calles.

Al promediar la noche, ya se hallaban todos reunidos en una magnífica estancia (la única que subsiste hoy dia de aquel régio alcázar, llamada comunmente el *cuarto real*[1]. Ocupaban en ella el

[1] «Y demas de todos estos palacios y jardines (los que se hallaban situados en el *cerro del Sol*) tenian las huertas reales en la loma y campo de *Abulnest,* donde llaman agora *campo del Príncipe*, que llegaban desde la halda del cerro, donde está la ermita de los Mártires, hasta el rio Xenil. En estos jardines estaban los veranos los reyes, por ser al derredor de la Alhambra; y aunque tenian otros palacios en la Alcazaba con jardines y huertas á la parte de la Vega, no moraban en ellos, por quitarse del tráfago y comunicacion del pueblo, escandaloso y amigo de novedades, y por esto comenzaron y acabaron aquella fortaleza, fuera de la ciudad y cerca de ella, á imitacion de los reyes de Fez.» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 8.)

Un siglo despues, se expresaba en estos términos otro historiador: «Fue tambien casa real de campo de los reyes moros la huerta que está inclusa en el convento de Santa Cruz la Real, donde se ve un pedazo de casa real, labrado de azulejos y lazería.» (Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 29.)

«En esta comunidad (la de Santo Domingo) se ha dado siempre á este lugar de recreo el nombre de *Cuarto Real;* y siempre ha tenido el mismo destino que hoy, con mas ó con menos hermosura ó adorno; sin que los vivos se acuerden ni tengan noticia del nombre que en los principios tuvo, ni hayan oido cosa en contrario del que tiene hoy: vea V. en lo que fundo mi conjetura de que fue casa de placer, retiro ó casa real de los Arabes. A esta conjetura le hallo otros dos apoyos: uno, el notar que las inscripciones son de aquellas que se solian poner en los lugares y sitios públicos, y no de las que suelen tener los edificios destinados al uso de los particulares ó á la administracion de la justicia: otro, en el nombre que tenia este cuarto en el siglo XV: llamábase *nomsara*, que significa *delicia;* y parece de lo uno y lo otro que era casa de recreacion, perteneciente no á un particular, sino al rey. Véa V., ademas de esto, la planta de la obra, su fábrica y su aire: hallará V. un dibujo semejantísimo á los Cuartos Reales de la Alhambra en la proporcion; si bien no tan adornados ni de labor tan exquisita. El sitio en que estaba hace tambien parte del fundamento de esta conjetura. Este sitio estaba sin duda, en los tiempos de los Moros, fuera de la ciudad, enteramente apartado del bullicio del pueblo: se extiende su vista sobre la Vega y sobre la apacible vista de las huertas y el agua del Genil; situacion por todos respectos ventajosa para el retiro y recreo.» (*Paseos por Granada y sus contornos*, tom. 2°, paseo 2.)

Así se expresaba en la mencionada ciudad el padre Juan Echevarria, de los clérigos menores, publicando aquella obra bajo el supuesto nombre de don José Romero Iranzo, á mediados del siglo pasado: al presente, los vestigios que recuerdan la grandeza de aquel lugar son un huerto ó jardin espacioso, formado por calles de laureles, una sobre todo notable por su anchura y por hallarse embovedada con las mismas ramas de los árboles. A su extremidad forma una especie de plazuela, con una fuente de alabastro en medio, de la forma que usaban los Arabes, y que corresponde á otra mas pequeña, que hay en el cenador ó galería que está al frente, y que recuerda la que se ve en el primer patio de *Generalife.* Dicho cenador, sostenido en arcos y columnas de mármol, y cuyas puertas estan renovadas, da entrada al salon, no tan magnífico ni tan espacioso como el de *Comares*, pero bastante parecido á él, así por su situacion como por su forma.

Es perfectamente cuadrado: al rededor corre un zócalo de azulejos, que aun subsiste por algunas partes: las paredes revestidas de estuco, formando labores

lugar preeminente el *xeque* ó cabeza de los Zegríes; el mismo que despues se tornó cristiano, y se honró con el nombre de Gonzalo Fernandez, en memoria de haber roto una lanza con el Gran Capitan [1]: otro Moro de la misma tribu, llamado Aben Comixa, que luego tuvo gran valimiento con Boabdil, y concertó con los enviados del rey de Castilla la entrega de la ciudad [2]: un insigne caballero llamado Aben Hamar, que ha dejado su nombre á una de las calles de Granada [3]; y otros Moros principales de aquella nobilísima estirpe, así como de otras tribus amigas que compartian su ambicion y su gloria.

Despues que se hubieron cerciorado del hecho por mil lenguas y espias, y que convinieron todos en lo grave de tamaño conflicto, comenzaron los vários pareceres, poco conformes entre sí, opuestos, encontrados, cual acontece en tales casos: muda la razon, despiertas las pasiones, escaso el tiempo, la ocasion urgente, dudoso el fin, y arriesgados los medios.

Los mas tímidos y azorados de cuantos allí se encontraban, eran los que proponian los partidos extremos; que tal es cabalmente la índole del temor, arrojarse á ciegas al peligro por el ansia misma de evitarle; pero los mas avisados y prudentes, seguros de su propio valer y arrostrando serenos el riesgo, ponian de bulto los estor-

semejantes á las del palacio de la Alhambra; y ya cerca del techo cinco arcos á cada lado, en forma de ventanas sostenidas en leves columnas.

Frente por frente de la puerta de entrada hay un *ajimez*, desde el cual se descubren hermosísimas vistas: la confluencia de ambos rios, á la salida de la ciudad, la sierra Nevada y la Vega.

En los dos costados del salon, á una y otra mano, hay un *alhami* ó alcoba; y aunque se ve que estan recientemente renovadas, no por eso deja de conocerse en el suelo y en las paredes que son obra del tiempo de los Moros; advirtiéndose por todas partes indicios y señales de que aquel lugar fue, como aseguran los historiadores, uno de los palacios para recreacion de los reyes.

[1] Se alude en este lugar al famoso Zegrí, de cuya conversion á la fé católica habla Bermudez de Pedraza: «Mandóle vestir el arzobispo á lo castellano, de grana y seda, como á caballero, y como tal, tomó el nombre del Gran Capitan en el bautismo, llamándose Gonzalo Fernandez Zegrí. Probó las armas con él en una escaramuza en la Vega, antes de entregarse Granada; y le pareció mas que hombre, y quiso honrarse con su nombre.» (*Historia ecles. de Granada*, part. 4ª, capítulo 21.)

Este Gonzalo Fernandez el Zegrí fue regidor en el primer ayuntamiento de Granada; y como tal se halla su nombre y firma en los libros capitulares. Hasta el presente se conserva en aquella ciudad el apellido de *Zegrí*, tan famoso en tiempo de los Moros.

[2] Aben Comixa, favorito del rey Boabdil, fue uno de los que comisionó este monarca para arreglar con los enviados de los reyes católicos los conciertos relativos á la entrega de la ciudad: posteriormente fue tambien el que concertó con aquellos príncipes la venta que hizo Boabdil, por una suma alzada, de los lugares y rentas que habia conservado en el reino de Granada, despues que perdió la corona.

[3] «Era el Zegrí pariente del famoso Aben-Hamar, que dió nombre con sus casas á la calle de este nombre.» (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 4ª, cap. 21.)

Hasta el dia de hoy subsiste la calle de *Aben-Hamar* en el barrio destinado á la contratacion y al comercio: es una de las que desembocan en el *Zacatin*.

bos, contrapesaban las ventajas, y no se mostraban pagados de su propio dictámen.

Tambien les retraia de aventurar un paso decisivo, el temor de encender la guerra civil, sin bastante causa ni pretexto, cuando aun no estaban apercibidos los ánimos, prontas las armas, la ocasion madura; siendo de recelar que les imputasen haber provocado un rompimiento, á costa de la quietud y salud del reino, por lavarse ellos de la mancha de un crímen, poniéndose á salvo del castigo, y no en defensa de una causa justa, honrosa, digna de proclamarse á la faz del cielo y de la tierra. Y si la suerte habia hecho, como era de creer, que hubiese caido en manos de las gentes del rey alguno de los esclavos que habian servido de instrumento á Aixa, subia de todo punto el peligro de ver desenmarañada la trama, dejando en descubierto á la reina, y quebrantadas las fuerzas de sus amigos y parciales. Contrastados por estas olas de pensamientos, hallábanse aun fluctuando al clarear el dia, cuanto les llegó aviso de que Albo Hacen habia llamado á su valido Aben Hamet y á otros Abencerrajes; y no pudiendo ya dudar de que se aprestaba á descargar el golpe, determinaron por el pronto acudir en defensa de la reina, cualquiera que fuese el peligro que la amagase, y apercibirse con presteza y recato para cuanto pudiese sobrevenir.

Partieron unos con este designio, y se esparcieron secretamente por el *Albaycin* y la *Alcazaba*, en que tenian muchos amigos y valedores; encargóse Aben Hamar de tantear los ánimos de la gente mas acaudalada de la *Alcaizeria*, barrio muy cercano á su propia casa, en que se celebraba la contratacion de las mercaderías de la ciudad [1]; y aun el mismo Aben Comixa, mudado el traje y cubierto

[1] « *Alcaizería* es nombre árabe, que significa *casa de Cesar*, conservado de los Arabes en el tiempo de Julio Cesar, que dió privilegio á los Arabes Hamitas para que ellos, y no otros, pudiesen criar y beneficiar la seda: *tan antiguos son los estancos*, *enemigos del bien comun.* » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 19.)

« Tenia (Granada) algunos edificios principales, labrados á la usanza africana: muchas mezquitas, colegios y hospitales; y una muy rica *Alcaizería*, como la de la ciudad de Fez, aunque no tan grande, donde acudia toda la contratacion de las mercaderías de la ciudad. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1º.)

Aun mas señas y pormenores da otro escritor, que describe la *Alcaizería*, tal como la dejaron los Moros, y la vió él en su tiempo: « Y á esta plaza y mercado (de *Bibarrambla*) está ayuntada una cosa no indigna de ser relatada; que es una casa que llaman *Alcaizería :* en la cual hay casi doscientas tiendas, en que de continuo se venden las sedas y paños y todas las otras mercaderías; y esta casa (que se puede decir pequeña ciudad) tiene muchas callejas y diez puertas, en las cuales están atravesadas cadenas de hierro que impiden que no puedan entrar cabalgando: y el que tiene cargo de la guarda de ella, cerradas las puertas, tiene sus guardas de noche y perros que la velan; y en nombre del rey cobra la renta y tributo de cada una tienda. » (Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 20.)

Al cabo de mas de tres siglos, aun subsiste la *Alcaizería*, con el propio nombre

el cuerpo y la cabeza con un albornoz africano, fue á ponerse de acuerdo (para tener un refugio en cualquier trance) con un pariente suyo, de gran ánimo y esfuerzo, alcaide de una torre situada no lejos de la *sierra sin fruto* (*Elbeyra* la llamaban) á corta distancia de Granada, en el mismo paraje en que se cree tuvo asiento la famosa *Iliberia* [1].

y en el mismo lugar en que se hallaba en tiempo de los Moros, y destinada igualmente al comercio de sedería; siendo aun mas digno de notar la semejanza que hay entre el estado que en la actualidad tiene, y el que tenia en el reinado de los reyes católicos.

[1] « Por estas razones (dice Mármol) se deja bien entender haber sido la antigua ciudad de Iliberia cerca del rio Cubila, que pasa al pié de la sierra que los modernos llaman sierra Elvira, *donde hemos visto muchos vestigios y señales de edificios antiquísimos.* Despoblada Iliberia, solo quedó el castillo y algunos barrios de la ribera del rio; y los reyes moros daban aquella tenencia á deudos suyos ó personas de cuenta. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 3°.)

Dejando á un lado las interminables disputas de los eruditos acerca de si la famosa ciudad de Iliberia tuvo su asiento junto á la sierra de Elvira, ó en la parte mas alta de Granada ó en sus contornos (opiniones todas que cuentan muchos patronos y mas ó menos razones en su apoyo), no tiene duda que á las faldas de la sierra de Elvira existieron antiguas poblaciones, no escasas de extension y de grandeza, segun los monumentos que se han hallado en los pueblos asentados á la raiz de aquel monte, como la Atarfe, Arbolote, y aun mas en las cercanías de Pinospuente, situado en un territorio fértil, por estar abastecido de aguas.

No así el que yace al pié de la sierra, por el lado frontero á Granada; árido y seco hasta el punto de confirmar el nombre que le dieron los Moros de *sierra Desaprovechada ó de poco fruto.* Lo único reparable en aquellos campos es el gran número de pozos, abiertos en tiempos antiguos y hoy casi cegados. Ni su extension ni su forma, ni lo cerca que estan unos de otros, dejan arbitrio á creer que sirviesen para recoger y guardar las aguas. Tampoco me parece verosímil, como algunos escritores han imaginado, que fuesen silos para conservar los granos; pues parecen de corta cabida, tan anchos de arriba como de abajo, y por ningun término se asemejan á los que los Moros tenian en Granada, ni á los que abrieron en otras provincias de España y fuera de ella.

Si me es lícito aventurar las conjeturas que me han ocurrido, despues de registrar aquellos parajes, creo que tal vez los mencionados pozos fuesen como taladros ó calas, para buscar alguna mina; por ser semejantes á los que se ven abiertos de antiguo en sierra Morena y en otras partes.

Tambien pudiera ser (por mas extraño que á primera vista aparezca), que los Moros hubiesen abierto aquellos pozos, como otros tantos respiraderos, para evitar ó disminuir el riesgo de los temblores de tierra, harto frecuentes en Granada, y que desde los tiempos mas remotos hasta el presente parece que tienen los mas de ellos su centro en la sierra de Elvira y sus inmediaciones.

Que los Moros estaban muy persuadidos de la eficacia de semejante preservativo, se infiere de este pasage de un historiador, hablando del terremoto que se sintió en Granada por el mes de julio de 1526, al cual se atribuye, segun la comun voz y fama, que la emperatriz y otras personas de la corte se sobresaltasen y persuadiesen al emperador que no estableciese su morada en dicha ciudad : « El remedio contra estos terremotos, dice Plinio, es hacer muchos *pozos* y cuevas hondas, por donde exhale y respire el viento metido en las venas de la tierra. Y los Moros, como filósofos, tenian en la calle de Elvira un *pozairon*, llámanle así por ser muy profundo y ancho, que servia para este efecto; y le cegó nuestro mal gobierno, pensando que pozo sin agua estaba ocioso. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 4ª, cap. 48.)

Aun subsiste cegado este pozo, llamado comunmente el *pozo airon;* y tan arrai-

El xeque de los Zegríes, con los mas granados de su tribu, tomó sobre sí el grave cargo de prevenir el ánimo de la reina y aposentarse en su palacio; como que siendo los mas allegados á ella, debia causar menos extrañeza que se hospedasen por algunos dias bajo el mismo techo; pero para no excitar fuera de sazon recelos y rumores, salieron á la deshilada y se encaminaron al palacio de Aixa, esquivando el paso por la ciudad, y trepando por la loma de *Abulnest*, hoy *campo del Príncipe* [1], y por el *cerro de Abahul*, llamado despues *de los Mártires* [2].

gada quedó la creencia de los Moros respecto de las ventajas de dejarle abierto, que el vulgo aun atribuye la repeticion de los terremotos á la providencia de haberle cerrado, como se ordenó por fundados motivos de buen gobierno y policía.

[1] « Entienden algunos, y no van fuera de camino, que los Moros asignaron para vivienda de los cristianos aquella parte de la ciudad que hoy llaman *campo del príncipe*, con todo el distrito de aquel cerro hasta la *puerta del Sol* y barrio del *Mauror*, que en nuestra lengua significa de los aguadores; y que para tenerlos sujetos y asegurarse de ellos, labraron aquel castillo que llaman *Torres Bermejas*, con otro que está cerca de él, sojuzgando todo el barrio que está inferior. » (Bermudez de Pedraza, *Hist. eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 7.)

« Lo que agora llaman *la Churra* se llamó en otro tiempo el *Mauror*, que quiere decir el barrio de los aguadores; porque moraban en él hombres pobres, que llevaban á vender agua á la ciudad. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 9°.)

Aun hoy dia subsiste el barrio de la *Churra* con este nombre y habitado por gente menesterosa: subsiste igualmente la *puerta del Sol*, llamada así porque mira al oriente; viene á caer encima de la iglesia de Santa Escolástica, en lo alto de una cuesta muy agria; la puerta es pequeña y angosta, terminada en arco puntiagudo, semejante á otras que quedan del tiempo de los Moros, y sobre ella un torreon casi arruinado. Se conoce que por allí pasaba el antiguo muro de la ciudad; y es probable que yendo á buscar luego el parage en que está situado el convento de Santo Domingo (donde habia en aquellos tiempos una Casa Real) se trabase al cabo con el castillo de *Bib-Taubin*, á la salida ya de Granada.

Es de advertir que encima precisamente del castillo de la *puerta del Sol* se hallan situadas las *Torres Bermejas;* por manera que se ve palpablemente que dichos castillos y torres formaban en aquellos tiempos como una línea de fortificacion, que arrancaba en la confluencia del Genil y del Dauro, y subia abrigando á la ciudad hasta ir á unir con los reparos y defensas construidos en la Alhambra.

[2] « Despues de esto, en el año del Señor mil cuatrocientos y diez, los Moros que vinieron huyendo de la ciudad de Antequera, cuando el infante don Hernando, que despues fue rey de Aragon, la ganó, siendo tutor del rey don Juan el segundo, poblaron el barrio de *Antequeruela* (hoy dia subsiste y con el propio nombre) que está en la *loma de Abahul* cerca de *la ermita de los Mártires.* En esta loma se ven grandes mazmorras y muy hondas, donde antiguamente, cuando los reyes de Granada no eran tan poderosos, *encerraban los vecinos su pan*, por tenerlo mas seguro; y despues *las hicieron prision de cristianos cautivos*, para encerrarlos de noche y detenerlos de dia, cuando no los sacaban á trabajar; y la reina católica doña Isabel, en conmemoracion del martirio que padecieron en aquel cautiverio muchos fieles cristianos por Jesucristo, ganada la ciudad, mandó edificar allí una ermita con la advocacion de *los Mártires.* » (Mármol, *Hist. del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 9°.)

Lo mismo, y casi en los propios términos, lo confirma otro historiador: « Fue primero oratorio ó ermita que mandaron labrar los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, grandes labradores de estos planteles, en memoria de los cautivos mártires que fueron sepultados en este cerro, y con advocacion de ellos. Cuando los reyes entraron en Granada, habia en este sitio muchas mazmorras abiertas; *yo*

CAPITULO XXV.

Intima Ahen Hamet á Aixa el mandato del rey.

Entre las prendas de gran precio que adornaban á Aben Hamet, y que habian concurrido con el viento de la fortuna á elevarle hasta la cumbre del poder, contábase como una de ellas, y no la de me-

las vi en mi puericia : en ellas encerraban de noche los Moros cautivos que asistian de dia á las labores y tareas de las obras reales, y llamaban á este sitio el *arrabal de los cautivos;* y las *Torres Bermejas* servian de atalayas para su guarda.» (Bermudez de Pedraza, *Hist. eclesiástica de Granada*, part. 4ª, cap. 110.)

A mediados del siglo XVI se publicó en Alemania una obra en latin con el título de *Civitates orbis terrarum*, en la cual se halla una descripcion de Granada con un mapa de la ciudad, curioso porque denota el estado que en aquella época tenia; y al tratar del *campo de los Mártires*, se dice lo siguiente : « A un lado de dicho monte hay una ermita, notable por su mucha antigüedad y por la veneranda memoria de los *mártires*, cuyo nombre se da comunmente á aquel sitio : vénse en él pozos y cuevas, que parecen abiertas á pico en la peña viva, con la boca estrecha y que van ensanchándose por la parte de abajo : en ellas solian encerrar de noche á los cristianos, de los cuales habia muchos en cautiverio, descolgándolos con sogas, y forzándolos á trabajar de dia como esclavos. »

En el lugar correspondiente del mapa, anejo á dicha obra, se indican con el nombre de *mazmorras* las simas ó cavernas del *campo de los Mártires;* siendo de advertir que otro tanto se observa en la plataforma ó mapa de Granada, que algunos años despues publicó en aquella ciudad Ambrosio de Vico, maestro mayor en su iglesia metropolitana. Tantos datos y testimonios contestes, la advocacion de la ermita labrada por los reyes católicos, y una tradicion constante, persuaden plenamente que en el parage llamado *cerro de los mártires*, ó en sus inmediaciones, tenian encerrados los Moros á los cautivos cristianos; muchos de los cuales hubieron de padecer tormentos y arrostrar la muerte, animados de celo por la fé; pero á pesar de la comun creencia, me parece poco probable que las simas abiertas en la mencionada loma, tenidas comunmente por mazmorras, estuviesen destinadas á tal uso.

Las que subsisten abiertas hoy en dia no podian contener sino muy reducido número de cautivos; siendo difícil comprender como les hacian entrar y salir en aquellas cuevas, á no descolgarlos con cuerdas, y aun mucho mas como podian permanecer allí toda la noche apiñados y con escasa respiracion. La forma de dichas cavernas, cuya anchura va disminuyendo insensiblemente hasta terminar en una estrecha bòca; el modo con que esta se cerraba (segun puede colegirse por el arco de ladrillo que aun se ve en algunas de ellas), y la calidad del terreno seco y arenisco, invitan á creer que aquellas cavernas eran otros tantos *silos*, semejantes á los que los Moros han labrado en otros climas y regiones, y que han servido de modelo á los que estos últimos tiempos se han abierto, como por via de experimento, en Francia y otras partes.

Es de advertir que ya insinua Mármol, en el pasage antes citado, que antiguamente *encerraban los vecinos su pan* en aquellos subterráneos, por tenerlo mas seguro; no siendo tampoco imposible que en algunos momentos de peligro, y sobre todo durante una guerra encarnizada de diez años, metiesen alguna vez en aquellas cavernas á algunos cristianos, como lugar mas remoto del riesgo.

Segun mi opinion, y sin pretender darle mas valor del que en sí tenga, las cuevas abiertas en la loma de Abahul, á lo menos las que he podido examinar, no eran mas que *silos* para conservar el grano; y en aquellas inmediaciones debieron de tener los Moros algunos corrales ú otros parages á propósito (como lo eran proba-

nos valía, la firmeza con que llevaba á cabo sus designios, sin detenerle ni peligros ni obstáculos, y antes bien acrecentándose con ellos el ímpetu de su voluntad; como acontece al agua represada, cuando rompe y lleva tras sí los diques y reparos. Apenas recibió aquel caudillo el mandato del rey, y salió de palacio para ponerlo en ejecucion, concibió que el buen éxito pendia de la celeridad y presteza, en términos que se sintiese á una el golpe y el amago. Desdeñó por lo tanto las nímias prevenciones, que á fuerza de querer encadenar á la fortuna, la dejan las mas veces escapar de las manos; y por no despertar sin provecho los ánimos de la ciudad, á riesgo tal vez de alterarla, resolvió no salir del ámbito de la Alhambra sin dejar antes cumplida la voluntad del rey. Tuvo empero por buen acuerdo enviar á su propio hermano (llamado tambien Aben Hamet, y de sobrenombre el *Zaguer*, por ser el menor) para que concertase en secreto con el caudillo de los Gomeles que estuviesen apercibidos y prontos, para acudir á su llamamiento.

Era esta tribu una de las mas guerreras y famosas de cuantas ennoblecian á Granada: traia su orígen de la ciudad de *Velez de la Gomera*, asentada en la costa de Africa; ciudad rica, populosa, cabeza de un imperio, y de que no queda hoy dia ni rastro ni vestigio; solo un peñasco estéril nos conserva su nombre[1]!... Y tan bien merecida reputacion habian ganado aquellos Moros por su lealtad y bizarria, que los reyes de Granada se holgaron mucho de

blemente las *mazmorras*, que con este nombre se enseñan todavía en Torres Bermejas) para encerrar de noche á los cautivos, que trabajaban de dia en la Alhambra y en otros sitios no distantes.

Hay un pasage de un escritor muy fidedigno, que confirma, á mi ver, esta conjetura: refiriendo Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, algunas de las que hizo durante la guerra de Granada el que despues mereció en Europa el sobrenombre de Gran Capitan, se expresa de esta suerte: « Y de la salida que escapó, cuando tentó de sacar del *corral de Granada los cautivos*, el año que la envidia obró su oficio, y lo desvió segun suele estorbar las grandes hazañas. »

Despues en una nota da algunos pormenores mas, indicando claramente el sitio por donde quiso realizar su empresa Gonzalo Fernandez de Córdoba; qué fue por la *cuesta* llamada hoy *de los Molinos*, que conduce en derechura al *campo de los Mártires*: « Este sacar *del corral de Granada los cautivos* (dice) fue un ardid muy singular y esforzado y espiado, y bien tentado por Gonzalo Fernandez. Y llegado gran número de gente y capitanes para efectuallo, y puesto á pié *cerca de los molinos, que allí á la subida estan*, al tiempo de sobir aquí ovo tantos inconvinientes, mas de envidia que de temor, que cesó el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaecido en España. » (*Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitan.* — Se halla en el *Bosquejo histórico* publicado por el autor de esta obra, acerca de la vida y hechos de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas.*)

[1] La ciudad de Velez de la Gomera, asentada en la costa de Africa, casi frente por frente de la ciudad de Málaga, llegó á ser cabeza de un reino independiente; y en mas de una ocasion contribuyó con sus armas á sostener el poderío de los musulmanes en España. Mas una vez destruida su dominacion, despues de la toma de Granada, se echó de ver que era preciso cerrar la puerta á nuevas invasiones, enfrenando á los pueblos de Africa dentro de su propio territorio. Muy luego se acometió esta empresa contra Velez de la Gomera, desembarcando en una playa pocas leguas distante una expedicion poderosa, que salvando cuantos obstáculos se le

acoger en la ciudad á los que pasaron de Africa con intento de llevar las armas; y aun les confiaron su propia defensa, dándoles para que poblasen un barrio muy cercano á la Alhambra, apegado á sus mismas puertas, donde todavía dura con el apellido de aquel linaje la memoria de sus hazañas [1].

Requirió por sí mismo el celoso caudillo las torres de la Alhambra, para que todo estuviese á punto en caso necesario; y como tenia por máxima, así en paz como en guerra, que *quien hiere el corazon mata el cuerpo*, encaminó desde luego sus miras á intimar cuanto antes á Aixa el mandato del rey, sin darle lugar á concertarse con sus deudos, ni espacio siquiera para volver en sí. A cuyo fin y propósito, determinó envolverla como en una red, estrechándola dentro del recinto de su palacio, y cerrándole toda senda por donde pudiera esperar socorro, avisos, cebo á sus esperanzas. Puso buen recaudo de gente escogida en el palacio de *Generalife*, cercano al

opusieron, llegó al llano circundado de montes en que estaba la ciudad, y la dejó arrasada.

Hoy dia no queda de ella el menor rastro ni vestigio; únicamente se ven las ruinas de una antigua torre, que los naturales llaman *torre del Conde don Julian*, conservando la tradicion vulgar de que allí se refugió el traidor en los postreros años de su vida.

El *Peñon de Velez de la Gomera*, que tomó al parecer este nombre por hallarse tan cercano á dicha ciudad, como que solo la dividia de ella un estrecho brazo de mar, que parece haber desgajado aquel peñasco de los vecinos montes, le servia como de antemural y resguardo; habiendo sido preciso emplear varias y costosas expediciones, desde principios del siglo décimosexto, para afirmar en aquel escollo la dominacion de España, y mantener desde allí á raya á los Moros fronteros.

[1] « En tiempo de don Alonso el undécimo (año de 1334) se pobló el barrio que hoy llaman *calle de los Gomeres*, de una generacion de Africanos, naturales de la sierra de Velez de la Gomera, llamados *Gomeres*, que venian á servir en la milicia; y por la misma razon que los Zenetes poblaron el otro barrio, hicieron ellos allí su morada, cerca de los alcázares de la Alhambra. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°.)

Cuando pasó á España el ejército de Amir Amuminin (por los años de 1195) ya venian, segun los historiadores árabes, de una y otra tribu de las dos mencionadas: « Cuando llegó el campo á Alcázar Alges, fueron pasando las *taifas*, unas en pos de otras: la primera que pasó el mar fue de las tribus alárabes; luego las *Zenetas*, Masamudes, *Gomeras*, los voluntarios de las *cabilas* de Almagreb y otras de Algiazares, etc. » (Conde, *Historia de la dominacion de los Arabes en España*, tom. 2°, cap. 52.)

De los *Gomeres* ha quedado el nombre perpetuado en una calle de Granada, que sube desde la *plaza Nueva* hasta la puerta de la Alhambra, llamada por los Moros *Bib-Lauxar*, y posteriormente *puerta de las Granadas*, á causa de las tres que adornan el arco. La que hoy dia subsiste es obra del tiempo de Cárlos V, como lo indican el águila imperial y el escudo de armas.

Colocándose en esta puerta, situada en una embocadura ó garganta entre dos cadenas de montes, se concibe fácilmente como estaba fortificada por aquella parte a Alhambra, en tiempo de los Moros: á un lado se descubre el muro que va á *Torres Bermejas*, que parece se adelantan amenazando algunos barrios de la ciudad, con la cara vuelta al Genil; y á la otra mano se ve la antigua muralla, que sube por el monte buscando la *torre* llamada *de la Campana*, y los adarves y torreones que defendian la Alhambra por el lado que mira al Dauro.

de la reina, y que era como la llave del camino que sube desde el Dauro, del que parte en derechura de la Alhambra, y del que conduce á la ciudad; mandó escuchas y barruntes, para que rodeasen con sigilo el *Cerro del Sol*, en que estaba situado el alcázar donde se albergaba la reina; y para impedirle que tal vez se arrojase á bajar á Granada por la parte que mira al Genil, envió uno de sus caudillos á fin de que se encastillase con algunos de su confianza en el *palacio de los Alijares*, espacioso, magnífico, situado á espaldas de aquel cerro, por el lado del mediodia. Hoy cuesta afan y sudor buscar el menor rastro; pocos años despues de la conquista apenas quedaban vestigios [1].

[1] El palacio *de los Alijares* debió de ser uno de los mas ricos y suntuosos de los muchos que poseian los reyes moros de Granada. Entre las cosas mas notables de aquella ciudad incluye un célebre escritor : « Tres casas muy alegres y deleitosas: el *Alhambra*, otra que se llama *Generalife*, muy alegre, y otra que está apartada de la ciudad casi mil pasos, que llaman los *Alijares*, que fue en otro tiempo en obra y edificio maravillosa. Las cuales yo, no sin justa causa, solia llámar lujuriosas y deleites de los reyes; en las cuales moraban muy de contínuo los reyes moros, por causa de placer y deleite. » (Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 20.)

« A las espaldas de este cerro (dice otro escritor) que comunmente llaman *cerro del Sol ó de Santa Helena*, se ven las reliquias de otro rico palacio, que llaman los *Alijares*, cuya labor era de la propia suerte que la de la sala de la torre de *Comares;* y al derredor de él habia grandes estanques de agua y muy hermosos jardines, vergeles y huertas: *lo cual todo está al presente destruido.* » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 13.)

En el libro intitulado *Guerras civiles de Granada* (que si no es una fuente muy clara para la historia, no por eso deja de ofrecer algunas composiciones curiosas y tradiciones populares de la época en que se escribió) se dice hablando de Muley Hacen que « mandó labrar los muy famosos *Alijares*, con obras maravillosas de oro y azul de mazonería, todo á lo morisco. Era esta obra de tanta costa, que el Moro que la labraba y hacia, ganaba cada dia cien doblas. Mandó hacer encima del *cerro de Santa Helena* (que así se nombra aquel collado) una casa de placer muy rica. »

Especie que se halla confirmada en un antiguo *romance*, inserto en la misma obra, cuando dice:

¿Qué castillos son aquellos,
Altos son y relucian?—
El Alhambra era, señor,
Y la otra la mezquita;
Los otros los Alixares,
Labrados á maravilla:
El Moro que los labraba,
Cien doblas ganaba al dia;
Y el dia que no los labra,
Otras tantas se perdia.

(*Guerras civiles de Granada*, por Ginés Perez de Hita, cap. 2°.)

Un historiador, que floreció en el siglo siguiente, refiere algunos datos muy curiosos, respecto del pago ó terreno llamado hasta el dia de hoy los *Alijares*, y en que debió de estar situado el palacio del mismo nombre: « En este tiempo (por los años de 1455) el rey Ismael, viendo el daño que comunmente le hacian en las mieses los cristianos por la parte de la Vega, trató de cultivar algunas tierras que hasta entonces estaban pobladas de montes y encinares, encima de la ciudad, y son las que hoy llaman *Alijares*. Mandólas allanar y disponer en forma conveniente, y echar encima mucha tierra de la Vega (trabajo excesivo, que cargó todo

Aun no estaba el sol á la mitad de su curso, cuando cierto ya Aben Hamet de que bastaban las precauciones que habia tomado para desvanecer cualquier recelo, se encaminó sosegadamente al palacio de la reina, sin aprestos guerreros ni boato de su dignidad, sino con hábito sencillo, montado á la gineta, y sin mas armas que un alfanje damasquino pendiente siempre de su lado. De esta suerte llegó hasta la puerta del palacio, que encontró cerrada; y á los recios golpes que en ella dió un esclavo africano que le acompañaba, asomóse un Moro al rastrillo, y demandó con extrañeza quien osaba causar aquel estrépito. *Un nuncio del rey* (contestó Aben Hamet, desembozando el alquizel para mostrar el rostro): y mandándole con el brazo que abriese, dudó el Moro un instante, tornó á mirarle, y obedeció.

No se veia persona humana ni se escuchaba el mas leve rumor en aquel recinto: y aunque notó Aben Hamet tanta soledad y silencio, como indicio tal vez de que estaban apercibidos, no por eso retardó ni apresuró el paso; y se encaminó en derechura á las habitaciones de la reina.

Llegado que hubo al primer patio, divisó unos cuantos guardas

sobre los hombros de los cautivos cristianos); y para la comodidad del riego sacó del rio Dauro una azequia muy alta, de donde se sacaba el agua con una anoria profundísima, y de alli con mucha órden y concierto se repartia en unos estanques ó albercas, tan grandes y fuertes que se conoce muy bien ser obra real y de excesivo gasto. Hay entre unos y otros unos acueductos de ladrillo, obra toda costosísima y de que se siguieron grandes provechos; porque aunque la tierra de su naturaleza es estéril, vino á ser por el arte y por la abundancia del riego tan fructuosa que en ella consistió por mucho tiempo la mayor parte del sustento de esta ciudad. Hoy, por descuido de los que la gobiernan ó tienen á su cargo todo aquel distrito, se ha perdido todo esto, que sin mucha costa se podria reparar; y seria de gran momento lo que solo sirve de conservar la memoria de una antigüalla, y de manifestar el gran poder de los Moros, que rodeados por todas partes de guerras tan contínuas y molestas, tuvieron ánimo y caudal para costear obra tan grande. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 29.)

Y en otro lugar de la citada obra, confirma el mismo autor con su testimonio los vestigios de antiguas fábricas, que se veian en su tiempo en el *cerro del Sol*: « Habiéndose descubierto allí ruinas de edificios antiguos, y un estanque de cien pies en largo y treinta en ancho, con anoria que ha cegado de muy vieja. » (Part. 1ª, cap. 17.)

Si se examina el mapa trazado en Granada por Jorge Hofnagel, al promediar el siglo XVI (que va anejo á la obra titulada *Civitates orbis terrarum*, por Bruin), se ve marcado en el lomo del *cerro del Sol* un sitio con el nombre de *castillo Mayor*, otro lugar cercano con el título de *güerta del Rey Moro*, y mas allá en la misma línea, caminando siempre de norte á mediodia, un *algibe;* siendo de presumir que dicho *castillo* fuese una fortaleza de Moros, que habia en aquel paraje, segun los documentos que parece se hallaban en el archivo de la Alhambra; que la llamada *güerta del Rey Moro* seria tal vez perteneciente al palacio de los *Alijares* ó bien al de *Darlaroca;* y el *algibe*, el que se llama hoy dia *de la Lluvia.*

Registrando al presente el *cerro del Sol* (ademas de lo que ya se dijo, al hablar del palacio de *Darlaroca*) se ven en la cumbre ó meseta llamada hoy *Silla del Moro*, que cae frente por frente de la salida de *Generalife* por la parte de levante, restos de una antigua fábrica, de forma cuadrada, y al parecer de tiempo de Moros: se cree comunmente que allí tuvieron un *mirab* ú oratorio, ó tal vez un

en rededor de un estanque, al parecer entretenidos con la pesca, pero que sabedores ya de su llegada, tenian de intento vuelta la espalda hácia la senda por donde él venia, y fingieron no sentir sus pisadas. « ¿Quién es el caudillo de esta gente? preguntó Aben Hamet, acercándose á ellos. — Yo soy, respondió uno de los Moros. — Dí á Aixa que Aben Hamet le trae un mensaje del rey. — La reina no está en su aposento. — ¿Dónde está? — No lo sé. — Yo iré á buscarla. »

Al decir estas palabras, ya estaba Aben Hamet encaminándose hácia un cenador al extremo opuesto del patio, sin que ninguno de los guardas osase detenerle; ora fuese por el temor que infunde el arrojo y grandeza de ánimo, ora porque no tuviesen órden de atajarle el paso.

Tal habia sido en efecto la presteza de aquel caudillo, que apenas habian tenido tiempo los cabezas de los Zegríes para informar á Aixa de la causa de sus recelos; y cuando aun estaban dudando si tendria aliento el rey para atentar contra su esposa, supieron que Aben Hamet estaba ya á las puertas.

La sorpresa, la incertidumbre, el temor de aventurar la vida de

torreon, como parece indicarlo el antiguo mapa de Granada, trazado por el maestro Vico.

Todo aquel monte está taladrado; y aun se ven cañerías ó conductos por donde llevaban el agua. La tomaban del rio Dauro, á media legua de la ciudad, y la elevaban á tamaña altura; habiendo colocado, á la inmediacion de un estanque, una anoria ó azuda, de la cual todavía quedan vestigios : estaba cubierta con un arco fortísimo de rosca de ladrillo; y en el fondo de ella aun se divisa agua.

En otra parte del *cerro del Sol* (que parece como cortado en su promedio por una hondonada ó barranco, formado por las vertientes de los vecinos montes) se halla un *albercon* llamado *del Negro*, no poco semejante en su construccion y forma al *albercon del Moro*, de que ya se hizo mérito en otro lugar. Tiene aquel unos setenta pasos por el lado mayor, y la mitad por el mas corto; las paredes de argamason bien trabado, y de mas de dos varas de espesor, que se conservan todavía en buen estado; la profundidad de la alberca es como de tres varas : se conoce que era un gran depósito de agua, para surtir los sembrados de aquel terruño ó tal vez los jardines de algun palacio.

Cerca del estanque hay un camino subterráneo, del alto de un hombre, la anchura de dos varas, y el techo en forma de bóveda : va á desembocar en la alberca; y al extremo opuesto hay una puerta en forma de arco; entré por ella y recorrí la mina. Probablemente era un acueducto, bastante parecido al que servia para el desagüe del palacio de la Alhambra, segun las noticias que me dió el alcaide de aquella fortaleza.

Siguiendo mas adelante por el mismo cerro, como quien va en busca del Genil, se descubren muchos vestigios de obra antigua; y hasta por las grietas y hendiduras del terreno se ven restos de fábrica, que parece de Moros, labrada de argamason de tierra y chinarro, percibiéndose aun la cal con que estaba trabado.

Me asaltó entonces la conjetura de que tal vez estaria antiguamente en aquel sitio el palacio de los *Alijares*, en la parte del *cerro del Sol* que mira al mediodia (lo cual no cuadra mal con la situacion que indica Luis del Mármol) abastecido de agua por medio del *albercon del Negro*, y con agradables vistas al Genil y á sierra Nevada; así como el palacio de *Darlaroca*, asentado probablemente á otro extremo del cerro, y con un depósito de agua cercano en el estanque ó *albercon del Moro*, disfrutaria la hermosa perspectiva de Generalife y de la Alhambra, no menos que la de los cármenes situados á una y otra márgen del Dauro.

la reina con una resistencia inútil, helaron el corazon aun de los mas osados; pero conservando Aixa su serenidad en aquel trance, rogó á sus deudos y amigos que la dejasen sola; « pues queria oir de la boca misma del Abencerrage (que así le llamó por menosprecio) hasta donde llegaba la ceguedad de Hacen. » Mahomad Zegrí y los otros caudillos hicieron vanos esfuerzos para retraer á la reina de su propósito; y desesperanzados de blandearla, se ocultaron en los alrededores de aquella estancia, con ánimo resuelto de acudir en defensa de Aixa y verter por ella su sangre, antes que tolerar el menor desacato.

Entre tanto Boabdil, reclinado en unos almohadones á corta distancia de su madre, la miraba de hito en hito sin pronunciar ni una sola palabra : pendiente de sus ojos y esclavo de su voluntad, se reputaba seguro á la sombra de Aixa; y ni siquiera dió muestras de indignacion, cuanto menos de aliento, al ver amenazada á su madre.

Una turba de guardas y de esclavos acudieron unos tras otros, á cual mas azorado, para dar parte á la reina de la llegada de Aben Hamet : ya habia salvado las puertas, ya se hallaba en el patio, ya cruzaba el cenador y los jardines... Mandó entonces Aixa que le condujesen á su presencia : y lo mandó con tan mesurado ademan y con voz tan serena, cual en otro tiempo habia recibido á los embajadores de los príncipes, encargados de tributarle dádivas y presentes.

De allí á pocos momentos vió venir á Aben Hamet por una larguísima calle de arrayanes; y clavando la vista en su hijo para infundirle ánimo, y componiendo el rostro, se adelantó hasta la misma puerta, como para impedir al osado Moro profanar sus umbrales.

Cualquiera otro que no fuese Aben Hamet habria titubeado, al ver el continente de la reina; pero el caudillo Abencerrage se acercó gravemente, sin mostrar ni temor ni audacia; y le dijo estas meras palabras : « El rey de Granada me envia á anunciarte su voluntad : te aparta de su lecho, y te ordena que salgas cuanto antes de la ciudad y sus contornos. »

Encendiósele el rostro á la reina; y apenas pudo contener la ira que hervia á borbotones en su pecho; pero volviendo luego en sí, y mostrando desden en su ademan y acento : « Vuelve, y dí á tu señor que la nieta de Hozmin, *el vencedor de reyes* [1], aceptó sin vana-

[1] Hozmin, esforzado caudillo, enemigo del rey de Granada (Mahomad Aben Nazer) le derribó del trono y colocó en él á Ismael, sobrino de aquel monarca. Venció despues á los cristianos, á la vista misma de Granada, al pie de la sierra llamada hoy de Elvira, y por nuestros pasados *sierra de los Infantes*, porque en aquella batalla murieron dos príncipes de Castilla (año de 1320), hijo el uno y nieto el otro de don Alonso el Sábio. (Véase la *Corónica de los Moros de España*, por Fr. Jaime Bleda, lib. 4°. — *Historia del rebelion, etc.*, por Luis del Mármol, lib. 1°, cap. 30.—*Historia eclesiástica de Granada*, por Bermudez de Pedraza, part. 1ª, cap. 21.)

gloria la mano de Muley Hacen, y hoy la suelta sin pena.» Quiso Aben Hamet replicarle; pero tornándole la espalda, se encaminó la reina hácia donde Boabdil reposaba, y le dijo alzándole del brazo: «Recobra, hijo mio, recobra la salud; que el cielo es justo, y no nos faltará en la tierra un asilo.»

Inmóvil se quedó Aben Hamet, maravillado á su vez de la entereza que mostraba Aixa; y viéndola retirarse con Boabdil hácia su última estancia, y satisfecho con haberle hecho saber la voluntad del rey, partió sin pérdida de tiempo á robustecer el ánimo del monarca, para que no dejase impune el vilipendio de su autoridad.

CAPITULO XXVI.

Declara el rey su pasion: respuesta de Isabel.

Entre tanto Albo Hacen, preso de los amores de su cautiva como si le hubiesen dado bebedizos, no tenia mas anhelo que cerciorarse por sus propios ojos del estado de su salud; temiendo no le engañasen con favorables nuevas por calmar su inquietud y zozobra; hasta que al fin determinó pasar á la estancia en que se hallaba Isabel en compañía de Arlaja, despues de prevenir secretamente por medio de un esclavo que no le embarazasen el paso testigos importunos.

Halló el rey á Isabel recostada en una alcatifa, descolorido el semblante, los ojos bajos, el cabello destrenzado sobre los hombros; manifestando en su ademan y rostro la mella que habia hecho en su ánimo la reciente desgracia. Al ver entrar al rey, dió muestras de querer levantarse, como para arrojarse á sus plantas; pero el apasionado monarca lo estorbó con blandas razones, manifestando recelo de que al mas leve esfuerzo se tornasen á abrir las heridas.

Las palabras del rey, sus miradas, y aun mas que todo su silencio mismo, dejaban traslucir la interna lucha que estaba trabada en su pecho: cien veces fue á hablar, y el temor puso un sello en sus labios; mudaba de conversacion sin órden ni concierto; y hasta vergüenza tuvo de sí mismo, al mirarse tan tímido y apocado en presencia de una cautiva.

De industria ó por acaso, alejóse Arlaja unos instantes, como para renovar los perfumes que humeaban en una especie de nicho, á la entrada misma de la estancia; y aprovechando el rey tan buena coyuntura, y sin ser parte á reprimirse, dijo así á la doncella con acento tierno y apasionado: «Ya es en vano, criatura celestial, que te oculte por mas tiempo lo que pasa en mi corazon: desde el primer momento que te vieron mis ojos, tú sola entre tantas hermosas, tú sola has sido el blanco de mis deseos, el norte de mis pensamientos, el alma de mi vida.... Yo no te amo, Zoraya, como se ama en

el mundo; yo te quiero, te adoro, como se ama en los cielos á las *houris* del Paraiso! »

Inclinóse el rey, cogió la mano de Isabel y la llevó á sus lábios; pero apartándola de pronto la doncella, y sin poder contener sus sollozos y lágrimas: « Mi suerte, mi libertad, mi vida, todo, señor, está en tus manos; y aunque derramara por tí la última gota de mi sangre, nunca podria pagarte la piedad con que miras á esta desventurada huérfana.... Pero, óyeme, señor, óyeme por lo que mas ames, y no te ofenda mi atrevimiento: la hija del comendador Solís no nació destinada á un trono; pero no será mientras viva la querida de un rey. »

Pronunció Isabel estas palabras con tal dignidad y entereza, que el mismo Albo Hacen se quedó sorprendido; y aun no le pesó que se acercase Arlaja, poniendo fin de esta suerte á una situacion tan penosa. Mudo permaneció el rey por larguísimo espacio, sin mirar siquiera á Isabel, cuyos sollozos se oian mas profundos y ahogados; hasta que al fin, incierto y pesaroso, poco satisfecho de sí mismo y arrastrando con ira la cadena de su pasion, salió de aquella estancia, despues de manifestar á Isabel con tibias y mal concertadas expresiones cuán grato le seria su total restablecimiento.

Era costumbre entre aquellas gentes, trasmitida de siglo en siglo como herencia de sus mayores, que el rey todos los dias administrase por sí mismo justicia: para lo cual se colocaba, menos como juez que como padre, á la entrada de la *sala de Comares*, donde se veian esculpidas sobre la puerta estas consoladoras palabras: « *Entra y pide; no temas de pedir justicia, que hallarla has* [1]. »

Mas al volver el rey de la morada de Isabel, y como le manifes-

[1] « El primero y mas principal llaman *cuarto de Comares*, del nombre de una hermosísima torre, labrada ricamente por de dentro de una labor costosa y muy preciada entre los Persas y Surianos, llamada *Comaragia*. Allí tenia este rey los aposentos de verano; y desde las ventanas de ella, que responden al cierzo y al mediodia y al poniente, se descubren las casas de la Alcazaba, del Albaycin y de la mayor parte de la ciudad, y toda la ribera del rio Darro y la Vega, con hermosa y agradable vista de jardines y arboledas, que recrean grandemente á quien lo mira. A la entrada de este palacio está un pequeño patio con una pila baja á la usanza africana, muy grande y de una pieza, labrada á manera de venera; y de un cabo y otro estan dos saletas, labradas de diversos matices y oro y de lazos de azulejos; donde el rey juntaba consejo y daba audiencia, y cuando él no estaba en la ciudad, oia en la que está junto á la puerta el cadí ó justicia mayor á los negociantes; y á la puerta de ella está un azulejo, puesto en la pared, con letras árabes que dicen: « *Entra y pide; no temas de pedir justicia; que hallarla has.* » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°.)

La extension y magnificencia del *cuarto de Comares*, y hasta el nombre que le ha conservado la tradicion de *salon de Embajadores*, indican que estaba destinado para actos públicos y solemnes: su forma es perfectamente cuadrada, las paredes labradas con primor exquisito, y la techumbre riquísima, de un artesonado de piezas de madera de diversos colores, esmaltadas con oro y plata, y formando coronas, estrellas y otras delicadas labores. En tres lados del salon hay ventanas, desde las cuales se descubren las mas hermosas vistas: el otro frente, donde está la entrada, corresponde á la galería del *patio de los Arrayanes*.

tasen algunos ministros de su corte que era llegada la hora de que diese la acostumbrada audiencia, despidiólos con desabrimiento; mandando que buscasen al cadí, para que desempeñase aquel cargo.

Encerróse despues en su aposento; y comenzó á vagar por él, como aquejado de alguna dolencia: el amor, el despique, la cólera, un confuso deseo de venganza, el peso de su propia grandeza, mil sentimientos en fin diversos y encontrados, pero todos amargos y enojosos, le traian desasosegado de una parte á otra, sin hallar en ninguna descanso. Hasta llegó al extremo (¡quién pudiera creerlo!) de querer doblar por fuerza la voluntad de Isabel y vengar así su desaire; pero él propio se sonrojó de solo imaginarlo; y el noble comportamiento de la desvalida doncella, que provocaba el enojo del príncipe, le forzaba al mismo tiempo á respetar su honestidad, y acrecentaba, si posible era, el ímpetu de su pasion.

Postrado á manos del dolor en tan penosa lucha, indeciso, dudoso, determinado únicamente á poseer á Isabel, aunque fuese á costa de su propia vida, se tornó naturalmente su pensamiento hácia la odiada Aixa, causadora del daño que habia encendido mas y mas la pasion del rey, dando ocasion é impulso á que la confesasen sus labios; y por un cambio repentino, harto comun en las tormentas del corazon humano, la ira provocada por la repulsa de Isabel se tornó al fin contra la reina.

CAPITULO XXVII.

Aben Hamet da cuenta al rey del éxito de su mensaje.

Tan violento era el estado en que se encontraba Albo Hacen, y tan poco firme y robusto el temple de su ánimo, que de allí á breves horas, cansado de reluchar consigo mismo, ya no anhelaba sino salir á cualquier costa de aquella situacion. Presentósele en esto Aben Hamet y le refirió lo acaecido, sin desfigurar los hechos ni adulterar las palabras; pero sí disponiendo unos y otras de tal suerte, que hiciesen impresion mas profunda en el corazon del monarca. Engañosa, á no caber mas, debe de ser la luz de los palacios, cuando hasta la misma verdad toma en ellos un viso de mentira.

Esperaba Aben Hamet que el rey se diese por sentido de la altivez de Aixa, y que se enconase mas y mas en su daño; pero satisfecho Albo Hacen con que fuese ya sabedora de su repudio, y con ver allanado el principal obstáculo que le separaba de su amada Isabel, contestó meramente á las instigaciones del valido: «¿No ha de darse algun desahogo á la que se ve arrojada de un trono?.... Las palabras que arranca la ira, el viento se las lleva.»

Con el secreto estímulo del odio que alimentaba contra los Zegríes, ó bien á impulso de su carácter imperioso y resuelto, ó

tal vez leyendo en el libro del porvenir, como cauto y prudente, no omitió Aben Hamet ningun medio de cuantos estimó á propósito para poner de bulto ante el monarca las resultas que podia acarrear su condescendencia, si se toleraba á aquella muger vengativa permanecer en su propio palacio, al abrigo de su familia, á las puertas de una ciudad en que contaba tantos deudos y parciales. « Al enemigo herido no dejarle á los piés; que hasta el insecto se vuelve contra aquel que le huella. »

No contestó Albo Hacen : y aunque sintió el peso de las razones de su privado, como era de por sí tan irresoluto y no tenia mas anhelo que satisfacer su pasion, prefirió exponerse á un peligro incierto y lejano, mas bien que empeñar desde luego la lucha con una muger como Aixa.

Apremióle Aben Hamet con nuevas instancias, y cada vez con menos fruto; hasta que al fin, deseando el rey sellarle los labios, y de un modo que no le ofendiese : « Agradezco (le dijo) tu lealtad y tu celo; pero tú, Aben Hamet, no eres padre, y yo no puedo olvidar que Boabdil es mi hijo. »

Al punto comprendió el sagaz moro que la intencion del rey era poner de por medio á Boabdil, para excusar que le temblase el brazo al descargar el golpe contra Aixa; y mostrándose mas bien obediente y sumiso que convencido y satisfecho, dijo sentidamente al desacordado monarca : « Alá quiera, señor, que el corazon me engañe, y que no aprendas con el tiempo lo que cuesta la venganza de una muger; pero si mis pronósticos pueden salir fallidos, nunca fallarán mis promesas : sea cual fuere la suerte que el cielo te depare, vuelve, señor, la vista á los piés de tu trono, que allí me hallarás vivo ó muerto. »

Acogió el rey estas palabras con semblante apacible, en que se reflejaba la bondad de su corazon; y á fin de lisonjear al valiente caudillo, buscando á la par excusa para no seguir sus consejos, le dijo al despedirle con blanda sonrisa en los labios : « Tú propio has echado por tierra la obra que levantabas : ¿ cómo quieres que tema á una muger quien tiene á Aben Hamet á su lado? »

Caviloso y malcontento salió este del palacio; y deseando hallar cuanto antes á quien abrir su pecho, bajó por la cuesta mas agria, por ser la via mas corta, y se encaminó *á la calle de Almanzora*, junto á las mismas puertas de la Alhambra, donde le aguardaba su hermano con el xeque de los Gomeles [1].

Juntos los tres caudillos en un aposento apartado, conferenciaron largamente sobre los males que amagaban al reino, dejando en su seno mismo una tea de discordia, pronta á encenderse al primer

[1] Aun subsiste hoy dia una calleja estrecha, que ha conservado el nombre de *Almanzora* : se halla situada á mano izquierda, subiendo por la *cuesta de los Gomeres*, muy cerca ya de la *puerta de las Granadas*. Actualmente no tiene salida aquella calle; pero es muy probable que antes diese paso á la fortaleza de la Alhambra.

soplo; y despues de lamentar la ceguedad del rey, que podia arrastrarlos consigo al precipicio, resolvieron apercibirse con presteza y recato para desbaratar las tramas de sus enemigos.

CAPITULO XXVIII.

Resuelve el rey desposarse con Isabel.

No menos de tres dias, que le parecieron tres siglos, permaneció Albo Hacen en su aposento, abandonadas las riendas del estado, y sin acoger siquiera á sus ministros y validos. Ni sabia qué partido tomar, ni tenia aliento para romper los grillos que le aprisionaban; y si alguna vez vislumbraba un rayo de esperanza, al punto resonaban en su oido las últimas palabras que pronunció Isabel: *La hija del comendador Solís no será nunca la querida de un rey....* « ¿Y porqué no su esposa? dijo al fin Albo Hacen alzándose de pronto: ¿cuál mas bella en el mundo ni adornada de mejores prendas? Cien y cien hermosuras me ofrecen sus encantos, mendigan mis miradas, me atosigan con sus caricias; y ella sola, ella sola, mísera, desvalida, no se ha dejado deslumbrar por el brillo de mi grandeza.... ¿Y si por ventura me ama? Yo he sorprendido alguna vez sus ojos que buscaban los mios, y al punto de encontrarlos clavábanse en la tierra.... Sus expresiones de gratitud, tan tiernas, tan ardientes, como si las dictase el amor mismo.... su turbacion y recato al verse en mi presencia.... el placer que brilló en su semblante, al arrojarse á mis pies en la cueva.... Por mí la sin ventura ha vertido su sangre; por mí sirve de blanco á los tiros de mis enemigos; apenas bastará á guarecerla la sombra de mi trono.... y yo la dejaré desamparada!.... Mi pueblo, mis vasallos.... ¿y quién de ellos, por infeliz que sea, no puede elegir por esposa á la amada de su corazon? Yo lo quiero, lo puedo, lo haré: no será el primer monarca en el mundo que ha dado su mano á una cautiva. Isabel es hija de un famoso guerrero.... su linaje noble.... sus deudos lo mejor de Castilla.... Y aun los príncipes de aquel reino, tan vanos de su honra y poderío, ¿cuándo se han desdeñado de enlazarse con doncellas ilustres? Monarca de ellos hubo, y de los mas famosos, que compartió el lecho y el trono con una de mi nacion y de mi estirpe; y no por eso amancilló su nombre ni su gloria [1]. »

Al cabo de estas reflexiones, respiró Albo Hacen con mas desahogo, pronto á salvar las barreras que le apartaban de su dicha;

[1] Aludia probablemente al rey de Castilla don Alonso el VI, el que ganó á Toledo: casó este en terceras nupcias con una hija del rey moro de Sevilla, Benhamet, la cual trocó su nombre de Zayda en el de doña María, segun unos, y en el de doña Isabel, segun otros: naciendo por fruto de este enlace un príncipe de aventajadas partes, cuya temprana muerte le impidió suceder en el trono. (Mariana, *Historia de España*, lib. 9°, cap. 20.)

pero un momento despues recayó en mayor desaliento; como el viajero que perdido el rumbo en tenebrosa noche se cree ya salvo al apuntar el dia; y descubre un torrente que le ataja los pasos.

Isabel habia nacido cristiana: ¿renunciaria por Albo Hacen á la ley de sus padres?.... Esta duda cruel empezó á atormentar al rey, tanto mas grave y angustiosa cuanto no estaba en su mano superar aquel nuevo obstáculo; pero anteponiendo la muerte misma, si necesario fuese, á permanecer por mas tiempo en tan amarga incertidumbre, mandó venir á Arlaja y le abrió de par en par su pecho.

Atónita y maravillada escuchó la Mora la resolucion del monarca; y aunque mil veces antes, en los devaneos de su imaginacion, se hubiese lisonjeado con la esperanza de ver á su hija en el trono, ahora que veia tan cercana su dicha, la reputaba un sueño, y temia despertar de su encanto. Ni aun expresar pudo con palabras lo que pasaba en su corazon: lloraba y sonreia al mismo tiempo; besaba los pies del monarca; y solo se oian en sus labios estas confusas voces: « Alá te ensalce y te bendiga!..... Los reyes de la tierra van á envidiar tu suerte.... ¿qué mayor tesoro en el mundo? »

Regracióla el rey por tantas muestras de lealtad y cariño como daba la Mora, que bien se percibia en ellas que amaba á Isabel con entrañas de madre; y despues de exigirle una vez y otra la promesa de alcanzar el consentimiento de la doncella, para verificar sin demora el anhelado enlace, le instó de nuevo, volvió á rogarle, despidióla al cabo; y al ir ya cercana á la puerta, salió el rey presuroso y le dijo como fuera de sí: « ¡Cuenta que no lo olvides! Dí que Albo Hacen le ofrece su corazon, su mano... pero que no tolera que desprecien sus dones. »

Inclinóse hasta el suelo la Mora, y llevó ambas manos al pecho, en ademan de ratificar su promesa; y el apasionado monarca se tornó á su aposento, tan inquieto y desasosegado como el que espera dentro de breve plazo su sentencia de vida ó de muerte.

CAPITULO XXIX.

Instancias de Arlaja: dudas é incertidumbre de Isabel.

Ademas de ser Arlaja muy sagaz y advertida, y de haberse amaestrado largos años en la escuela de la desgracia, poseia en la ocasion presente la singular ventaja de conocer á fondo la índole de Isabel, cual si fuese su propia hija; no habiéndose apartado de ella ni un instante casi desde la cuna. Asi bien puede decirse que leia en su corazon, aun mejor que ella misma; y como la desventurada doncella se veia en la flor de sus años desamparada y sola, su orfandad

é infortunios habian estrechado mas y mas los vínculos que la unian con su madre adoptiva : no tenia en la tierra otro arrimo.

Ora fuese por afirmarla en este concepto, ora para que renunciase á la esperanza de volver á tierra de Castilla, ó bien que la astuta Mora vislumbrase con su deseo lo que al cabo realizó la pasion del monarca, lo cierto es que ya de antemano habia empezado Arlaja á insinuar á Isabel que su padre habia muerto en el rebate del castillo : y al ver que en tantos meses de ausencia y cautiverio no habia recibido la infeliz ni respuesta á sus cartas ni consuelo ni aviso, poco tardó en convencerse de que era cierta su desdicha. Roto el único lazo que la unia con su patria, abandonada de parientes lejanos, que ningun esfuerzo hacian para limar sus hierros, conservando un recuerdo tristísimo de sus primeros años, y mas prendada cada dia de los encantos de Granada, insensiblemente se acostumbró á la idea de pasar su vida en una mansion tan dichosa.

Arlaja por su parte no desaprovechaba ocasion, por liviana que fuese, de encarecerle su ventura; y como la índole de la doncella era de suyo blanda, poco á poco se fue amoldando á las costumbres y á los usos de las gentes con quienes vivia; cual si hubiese nacido en aquella tierra de su predileccion.

Ni descuidó la Mora inculcar en el ánimo de la doncella que su libertad y su dicha pendian de la buena voluntad del príncipe, que le servia de escudo en medio de tantos peligros, celos, odios, ocultas tramas, rivalidad, envidia; por manera que al cabo llegó Isabel á contemplar al rey con tal gratitud y ternura, que bien puede decirse que le amaba, aunque ella misma lo ignorase. La memoria del reciente riesgo, de que se habia salvado como por milagro, la afliccion, el cariño, el vivísimo anhelo que en aquel trance habia manifestado Albo Hacen, su declaracion misma, que no se borraba ni un instante de la imaginacion de la doncella, hasta la postracion y desaliento que le causaban sus heridas, todo contribuyó de consuno á que sintiese mas vivo un desasosiego, un afan, cuya causa no comprendia; pero que iba á decidir de su futura suerte.

Aprovechóse diestramente Arlaja de la situacion de Isabel, no menos que de los sentimientos que despuntaban en su corazon; y al anunciarle enagenada de júbilo la resolucion del monarca, tampoco echó en olvido despertar en el ánimo de la doncella la vanidad y el orgullo, que la habian alimentado con gratas ilusiones desde su infancia, y que debian desarrollarse con mayor fuerza, al tocar casi con la mano lo que apenas en sueños imaginó posible. « ¡Yo esposa de Albo Hacen! » repitió Isabel una vez y otra, sin dar crédito á lo mismo que oia, y mas bien sorprendida que alborozada : las lágrimas se le saltaron, no siendo parte á reprimirlas; y sin darse cuenta á sí propia de lo que pasaba en su corazon, cubrióse el rostro con entrambas manos, como vergonzosa y confusa, y comenzó á llorar amargamente. « ¿Qué tienes, hija mia? » le dijo Arlaja, estrechándola con amor en sus brazos. « No sin razon llo-

rabas, y mil veces te dejé desahogarte, al verte huérfana, desvalida, sin mas amparo que el del cielo y el mio..... pero en este momento en que llega á colmo tu ventura; cuando no hay en la tierra una muger, por afortunada que sea, que no envidie tu suerte; cuando hallas juntamente en Albo Hacen un protector, un amigo, un esposo..... ¿Ni qué mas prueba de amor que ofrecerte su mano y su corona? Tú sola vas á reinar en su corazon, á brillar en su corte, á ser el astro de Granada; tu fama volará de boca en boca por todo el ámbito del mundo; y hasta en el centro de la ruda Castilla, donde moran tus parientes ingratos, se sabrá que has debido á tu hermosura y tus virtudes no menor recompensa que un trono.»

Las palabras de Arlaja tan halagüeñas y suaves, los incentivos de la vanidad, que desplegó ante los ojos de la incauta doncella el cuadro mas seductor y lisonjero, y sobre todo el amor mismo, que empezaba á brotar en su alma con el vigor y lozanía de verde planta en una tierra vírgen, se apoderaron de Isabel con tan mágico hechizo, que de allí á breves horas solo pensó en la dicha de verse esposa de Albo Hacen y reina de Granada.

Tanta era su irreflexion, bien fuese por achaque natural, bien por costumbre, ó tal vez efecto de sus pocos años y de su inexperiencia, que apenas comprendió las insinuaciones de Arlaja, cuando con sesga intencion y astuciosas palabras le indicó el principal obstáculo que se oponia á su enlace. Mostróse al pronto Isabel sorprendida, pasmada: alzó los ojos al cielo; y quedó luego silenciosa por larguísimo espacio, sin levantar siquiera la cabeza. Y no porque conociese el valor del sacrificio que de ella se exigia; pues tan descuidada habia sido su educacion en punto de tamaña importancia (¿ni quién suple en el mundo la falta de una madre?...), á causa de las ocupaciones del comendador y de haber abandonado su hija en manos de Arlaja, que los sanos preceptos y las augustas verdades del cristianismo apenas habian echado raíces en el corazon de Isabel; y solo se habia acostumbrado, durante su infancia, á tal cual práctica de devocion.

Mas trasladada en breve á tierra extraña, lejos de los suyos y cercada de infieles, se fue borrando poco á poco de su alma una impresion tan leve y tan somera; como que nada se ofrecia á sus sentidos que le recordase á lo menos la religion de sus mayores. Cosa extraña, increible, y sin embargo sobradamente cierta: la tierra mas privilegiada del cielo, como que en ella derramó á manos llenas sus gracias y tesoros; una de las primeras que oyó en el mundo la voz del Evangelio, anunciando á los hombres una ley de paz y mansedumbre; la que cuenta como glorioso timbre haber acogido en su seno á uno de los concilios mas antiguos y mas famosos; la que durante siglos de persecucion y servidumbre conservó viva la antorcha de la fé, y vió empapado el suelo en sangre de sus mártires; olvidadiza ahora, desconocida, ingrata, habia perdido hasta la memoria de la religion de sus padres. Templos, aras, sa-

cerdotes, fieles, todo habia desaparecido: y al acercase el plazo, señalado por la Providencia para romper el yugo de ciudad tan insigne y coronar con su reconquista la libertad de España, no quedaba en Granada ni rastro ni vestigio de la religion de los Recaredos y Alfonsos [1].

No debe por lo tanto causar maravilla que se mostrase Isabel menos apegada que debiera á la fé de sus padres: nada veian sus ojos, nada escuchaban sus oidos que se la trajese á la memoria: ella misma se habia acostumbrado á hablar la lengua de los infieles, se engalanaba con sus vestiduras, gustaba de sus baños, repetia sus cantares, imitaba por donaire sus gestos, su ademan, hasta el acento de su voz; por manera que era difícil, no sabiendo su patria ni su nombre, distinguirla de las Moras que habitaban en el palacio.

Mostró no obstante sumo desplacer y desvío á la sola idea de mudar de creencia, no por propio convencimiento, ni aun siquiera por hábito; sino por una especie de instinto, nacido de altivez y de pundonor, que la retraia involuntariamente de prestarse á aquel sacrificio. Aun tal vez estoy por decir que hubiera vacilado largo tiempo, si solo se hubiese presentado á su vista el atractivo de una corona; pero el enemigo mas temible le abrigaba Isabel en su corazon, y casi rayaba en lo imposible que no se diese por vencida.

Aun no lo habian confesado sus labios, ni tal vez ella misma lo creia, cuando cierta ya Arlaja de haber conseguido su triunfo, la apremió con nuevas caricias; y apuró todos los recursos de su ingenio para acabar de convencerla: « Por mi vida, hija mia (le dijo entre otras cosas), que no alcanzo á concebir de donde nace esa repugnancia: nosotros adoramos á un Dios, como vosotros, que ha criado los cielos y la tierra, y que solo exige de sus hijos que adoren el poder de su brazo y bendigan su misericordia: en nuestras mezquitas, en nuestras casas, en el mismo palacio, en las puertas y muros ¿qué has visto grabado por todas partes mas que el nombre de Dios, y repetidas de mil maneras su gloria y su alabanza? Al despertar el alba, al subir el sol á la mitad del cielo, al esconderse en occidente, al convidar la noche al descanso y al sueño, nuestros labios repiten el nombre del Altísimo, que no reclama en pago de tantos beneficios mas víctimas ni mas ofrendas. Adorar á un solo Dios, sin resabio ni vestigio de idolatría, purificar nuestros cuerpos para la salud y limpieza, y tener abierto el corazon y la mano en favor del desvalido y menesteroso, á estos

[1] « De aquí se colige que toda esta caterva de infieles (moradores de Granada) era descendiente de cristianos *mozárabes;* que poco á poco con la falta de dotrina, con la sobra de extorsiones y violencias, y con la contínua comunicacion de los Moros, fueron degenerando y abrazando su creencia, hasta que totalmente vinieron á acabarse; en tanto grado, que cuando los reyes católicos recuperaron este reino, no hallaron rastro ni reliquia de ellos. » (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3a, cap. 15.)

preceptos está reducida la ley que descendió del séptimo cielo; y el que cumple con tan fáciles y tan gratos deberes recibe en premio una lluvia de dones, y ve abrirse al morir ambas puertas del Paraiso.»

No contestó Isabel ni con voz ni con gesto; y antes bien permaneció cabizbaja, como confusa y pesarosa; lo cual visto por la Mora, prosiguió en estos términos: «Como tienes tan pocos años y aun menos experiencia, tu propia imaginacion te presenta montes y precipicios, donde solo te ofrece tu ventura una senda trillada: millares de cristianos, y de los mas ilustres, se han acogido á nuestro suelo y han preferido disfrutar sus delicias, trocando de buen grado su religion y patria: pregúntalo á tantas familias como pueblan la ciudad de Granada, y que apenas recuerdan el nombre de Castilla, á pesar de que allí nacieron sus mayores [1]. ¿Y quién sabe, hija mia, si el cielo te destina, en los arcanos de su misericordia, para ser amparo de los tuyos, madre de los cautivos, iris de paz entre ambas naciones?»

Alzó los ojos Isabel y los clavó tristemente en Arlaja, estrechando sus manos con la mayor ternura: «No me abandones, madre mia, y ten piedad de esta desventurada: nunca he necesitado mas tu apoyo y tus consejos; que yo, pobre de mí, ni sé lo que pasa en mi alma, ni tengo nadie en el mundo á quien volver los ojos!» En diciendo este, comenzó á llorar la cuitada con tanta afliccion y desconsuelo, que apenas pudo Arlaja conseguir al cabo de gran trecho que algun tanto se aserenase; y no queriendo apremiarla mas, compadecida de su mísero estado, la condujo hasta el lecho, y la colocó en él con las mayores muestras de amistad y cariño.

[1] «E para en prueba desto, por las corónicas de Castilla se lee que, cuando los Moros ganaron toda la tierra por pecados del rey don Rodrigo é traicion del conde don Julian, muchos cristianos fueron tornados á la seta de Mahomad, cuyos hijos é nietos y descendientes nos defendieron é defienden la tierra, é son asaz contrarios á nuestra ley: ca tanto quedó en España poblado dellos como de los Moros. E yo vi en este nuestro tiempo, quando el rey don Juan el segundo hizo guerra á los Moros con su rey Izquierdo, divisos los Moros, pasaron acá muchos caballeros moros, é con ellos muchos *elches*, los quales aunque libertad habian asaz para ya lo hacer, nunca uno se tornó á nuestra fé; porque estaban ya afirmados y asentados desde niños en aquel error.» (*Generaciones é semblanzas* de Fernan Perez de Guzman, pág. 253.)

Cuando se presentaron los embajadores del rey de Aragon, don Jaime el segundo, al papa Clemente V, estándose celebrando el concilio de Viena (por los años de 1311) le afirmaron que á la sazon vivian en Granada *doscientas mil personas;* y que de ellas no llegarian á quinientas las que provenian de raza de Moros; pues casi todas eran descendientes de cristianos: habia en dicha ciudad cincuenta mil renegados, y mas de treinta mil cristianos en cautiverio. (Zurita, *Anales*, tom. 5°, lib. 20, cap. 24.)

CAPITULO XXX.

Determinacion que tomó Isabel : lleva Arlaja la respuesta al rey.

Próxima á sentarse en un trono y á ser esposa del único hombre á quien habia amado, difícil es imaginar una suerte mas próspera que la que se ofrecia á vista de Isabel; y sin embargo, tal fue la ucha que se trabó en su ánimo, al verse abandonada á sí misma en medio del silencio y la oscuridad de la noche, que pocas pasó tan largas y tan tristes en todo el curso de su vida. Hasta las lágrimas y sollozos tenia que reprimir, por no exponerse á las tiernas reconvenciones de su amiga y aun á sus instancias y caricias, que en aquella ocasion le eran graves; y despues de permanecer una hora y otra hora en la agitacion mas violenta, su misma congoja y cansancio la rindieron en brazos del sueño. Entonces fue cuando padeció la infeliz un linaje de tormento tan cruel que hasta el alma se le partia : los recuerdos de su infancia, la memoria de un tierno padre, el castillo, los desposorios, los estragos y muertes de aquella noche de desolacion, la imágen del malogrado esposo, que parecia revivir ahora y presentársele salpicado en su sangre, todos los objetos mas tristes que podia ofrecerle la imaginacion, pasaban unos tras otros por su agitada fantasía; y para que fuese mayor su pena y mas recio el contraste, se mezclaban confusamente en el oscuro cuadro las delicias de Granada, el palacio, Albo Hacen, fiestas, amores, trono. La vida tal vez le costara, á durar mas tiempo el ensueño; porque no parecia sino que una mano de hierro le estaba apretando el corazon; y á duras penas pudo arrojar un grito, al despertar despavorida. Acudió al punto Arlaja, y abrió las ventanas de un *ajimez*, que daba vista al Dauro, para que el ambiente de la mañana y la luz apacible del dia calmasen la congoja de la doncella; y despues de dejarla desahogarse con abundante llanto, empezó á decirle palabras de consuelo, hasta que calmándose al fin lo agudo del dolor, cayó la desdichada en un profundo abatimiento. Mil veces le demandó Arlaja lo que habia de contestar al rey, sin alcanzar ni la menor respuesta; hasta que cansada Isabel de tan porfiada lucha, y mas bien como quien cede á la lima sorda del ruego que como aquel que acepta un don de la fortuna, díjole en voz sumisa y ahogándola los sollozos y el llanto : « Mi suerte, madre mia, está en tus manos.... haz de mí lo que quieras.... y Dios, que ve mi alma, me mire con ojos de clemencia! » Arrojóse en brazos de Arlaja, y permaneció en ellos por buen trecho, bañando el seno de su amiga con las lágrimas que vertia; y tal era su pesar, tal su dolor y angustia, que temiendo la Mora no se desvaneciese, la animaba con sus voces, besaba amorosamente su rostro, enjugaba su llanto; sin atreverse á dejarla sola para llevar la respuesta al rey.

Salió al fin con este propósito, cuando creyó que Isabel se mostraba ya menos afligida; pero apenas se vió sola la desventurada doncella, derramó un torrente de lágrimas, represadas largo tiempo contra su voluntad; y sin saber ella misma lo que hacia, saltó fuera del *alhami* ó alcoba, cerró las puertas de la estancia, y cayó de rodillas sobre las duras losas. Ambas manos unidas y levantadas al cielo, descolorido el semblante, el cuerpo inmóvil, el ademan sumiso y religioso, parecia Isabel una estátua de mármol, de las que suelen verse en los antiguos templos arrodilladas sobre los sepulcros; mas volviendo de pronto en sí, con mayor dolor y sobresalto, desprendió de una cinta una crucecita de oro, que habia traido siempre al pecho desde el dia en que nació. Era un triste recuerdo de su madre, de su desventurada madre, que en el momento mismo de morir se la quitó del cuello y la entregó á su esposo, sin poder articular ni una sola palabra; pero mostrándole con la mano la cuna destinada á la prenda de sus entrañas; y como se hubiese arraigado en la familia la tradicion piadosa de que aquella cruz contenia una reliquia de gran precio, traida de la Tierra Santa por uno de los ascendientes del Comendador, habia crecido hasta lo sumo la estima y veneracion en que era tenida aquella alhaja. Al verla ahora Isabel en sus manos, y quizá por la vez postrera, sintió correr por sus miembros un sudor frio, y comenzó á temblar como la hoja en el árbol: arrimó la cruz á su boca, la estrechó entre sus labios, la regó una vez y otra con abundantes lágrimas; y encerrándola en una cajita de nácar, en que solia guardar sus joyeles, la escondió azorada en la tierra, removiendo la de un vaso precioso, en que criaba con sus propias manos yerbas olorosas y flores[1]. Miró despues en derredor, por si alguien la habia visto; asomóse á la puerta; corrió otra vez al lecho; y arrojándose en él desfallecida, quedó tan inmoble y helada cual si fuese un cadáver.

Entre tanto rebosaba el gozo en el aposento del rey; nunca en su vida habia experimentado tanta felicidad: ¿qué valen, á par del amor, gloria, poder, grandeza? Iba á poseer el sumo bien que habia codiciado su corazon; y lo debia, no á la ruda violencia ni al villano interés, sino á la voluntad de su amada, á su gratitud, á su cariño, de que le daba tantas muestras: ya habia derra-

[1] Como sea muy curioso averiguar, en cuanto quepa, el estado en que se hallaban váríos ramos de industria en tiempo de los Moros, deberé decir que el tráfico y comercio que mantuvieron con las regiones de levante les proporcionó probablemente aprender de los Chinos el modo de labrar la porcelana; llegando á ejecutarlo con bastante primor, como lo comprueban dos jarrones (única muestra de esta clase que haya llegado hasta nuestros dias) que encerraban un tesoro, y se hallaron en la sala llamada comunmente *de las Ninfas*, situada bajo la *torre de Comares.*

Al presente no se conserva en la Alhambra mas que uno de dichos jarrones, y ese maltratado; pero para formar idea de tan preciosos restos, en que se ve brillar el gusto peculiar de los Arabes, así en la forma de los vasos como en sus peregrinas labores, pueden verse las copias grabadas que se hallan en las *Antigüedades árabes de Granada y Córdoba*, dadas á luz por la Real Academia de San Fernando.

mado por él la sangre de sus venas; habia expuesto su vida; le sacrificaba ahora su familia, su patria, hasta el Dios de sus padres.... ¿Qué hombre mas feliz en el mundo?

Embriagado con tamaña dicha, mostrábase Albo Hacen como fuera de sí; hacia mil demandas á Arlaja, le ofrecia recompensas y dones; y tal era su afan por oir una vez y otra de los propios labios de la Mora lo que tanto halagaba sus deseos, que no acertaba á desasirse de ella, para que volviese á su estancia.

Concertaron, antes de separarse, que hasta pasadas algunas horas no se presentase el rey á vista de Isabel, para dejarle al menos lugar y espacio de preparar su ánimo; pero que al punto se dispusiese todo para celebrar el desposorio no mas tarde que al siguiente dia, sin pompa ni aparato, hasta que despues se publicase con tales fiestas y alegrías, cual nunca en muchos siglos las hubiese presenciado Granada.

Lo que restaba de aquel dia lo empleó el apasionado monarca en encarecer su ventura á sus validos y cortesanos; los cuales, lejos de retraerle de que llevase á cabo su designio, se esmeraban á porfía en realzar la hermosura y prendas de Isabel, como si el cielo mismo la hubiese destinado para recompensar con su mano las virtudes de tan buen príncipe; mas á la par que celebraban su felicidad y su triunfo, se repartian ya en la mente dones, premios, despojos.

Arlaja por su parte (forzoso es hacerle esta justicia) olvidaba su propia suerte, y solo pensaba en la dicha de la hija de su corazon: apenas lo consintió el rey, voló inquieta al lado de Isabel; y como la hallase sin conocimiento y sin habla, la acorrió con la mayor ternura, suministróle bálsamos, esencias; y no tuvo descanso ni consuelo hasta que la vió tornar en sí y respirar con mas desahogo.

No perdonó despues esfuerzo humano por calmar su afliccion y zozobra; la alentó con blandas razones; desarrolló á su vista cuanto podia cautivar su imaginacion; y para no exponerla, en el estado en que se hallaba, á la viva impresion que habia de experimentar al ver á su lado á Albo Hacen, recabó al fin del bondadoso príncipe que retardase su venida hasta el próximo dia, que iba á coronar su ventura.

CAPITULO XXXI.

Vuelve á morar Isabel en el palacio de la Alhambra.

Poco despues de haberse libertado Isabel del inminente riesgo que habia amenazado su vida, y como creciese por momentos la pasion del monarca, no se habia contentado este con la habitacion destinada á la hermosa doncella; y la trasladó á otra de mayor regalo, libre del bullicio y confusion del palacio, pero apegada á él como parte del mismo edificio. De esta suerte se prometió Albo

Hacen dar una muestra señalada de cariño á Isabel, no confundiéndola con las demas cautivas, y tal vez disfrutar por su parte mas cumplido deleite, ocultando sus nuevos amores con cierto velo de misterio. Tan solo Arlaja y unas cuantas esclavas africanas habitaban en la misma casa, no magnífica por su extension y grandeza; pero sí adornada con exquisito primor, y aun mas si cabe que el alcázar regio. Los suelos de alabastro, las techumbres de madera entallada y su esmalte de oro, nácar, azul del cielo y púrpura de oriente; formados los alizares ó frisos con mosáicos de menudas piezas, y las paredes de una labor riquísima, con lazos, estrellas, arcos, colgantes, inscripciones. Las vistas sobre todo, que desde su altísima torre se disfrutaban, eran tan várias y amenas, que han perpetuado el nombre de aquella mansion de delicias, hoy casi desmoronada y por tierra [1].

Al salir Isabel de aquel tranquilo albergue, la mañana misma en que iban á celebrarse sus bodas, se sintió tan apesadumbrada que las lágrimas se le saltaron: no parece sino que el corazon le predecia que dejaba su quietud y su dicha en aquel apartado recinto. Mas Arlaja, por no dejarla ni un instante siquiera abandonada á sus propias reflexiones, habia concertado con el rey que, apenas alborease el dia, se trasladara Isabel á los suntuosos aposentos que como á reina le estaban destinados. Hallábanse cabalmente no lejos de la casa que dejaba, entre dos hermosos jardines, conocido el uno con el nombre de *patio de los Leones* (por los doce de mármol que sostienen la espaciosa fuente) [2], y situado el otro vergel, en que

[1] En esta casa, que sigue como formando un ala del palacio y que probablemente estuvo apegada á él, hay una sala del tiempo de los Moros, segun se percibe desde luego al ver en el suelo una gran losa de mármol, semejante á las de la *sala de las dos hermanas;* á entrambos lados de la puerta dos nichos pequeños; al rededor de las paredes un zócalo de azulejos, que aun se descubre por algunas partes, formado de mosáico; y las labores de la sala muy menudas y primorosas.

No menos notable es la torre ó mirador, llamado comunmente *de buena vista*, por disfrutarse desde aquel sitio la mas hermosa perspectiva: á una mano el palacio de la Alhambra, á otra el de Generalife, y frente por frente el Dauro con sus cármenes y una parte de la ciudad, que se levanta desde la márgen del rio hasta la cima de los montes.

Las labores que adornan las paredes de dicha torre parecen menos ricas, pero son tal vez mas delicadas y primorosas que las del palacio; habiéndose conservado hasta el dia de hoy la techumbre, de madera oscura, labrada con prolixidad exquisita, por el mismo estilo que se advierte en otros techos de la Alhambra.

[2] « No es fácil de explicar el efecto que produce la vista de esta parte del alcázar, cuando se examina por la primera vez. Un patio de ciento veintiseis pies de largo, setenta y tres de ancho y veintidos y medio de alto, circundado de una galería baja ó corredor de siete pies y medio de ancho, sostenido por ciento veintiocho columnas de mármol blanco, de diez pies de alto y ocho pulgadas de diámetro cada una, apareadas de cuatro en cuatro en los ángulos del testero de la entrada, de tres en tres en las de enfrente, y alternativamente pareadas y solitarias en todo el corredor; dos cenadores de quince pies de lado y veintinueve de alto, que se avanzan al patio desde los dos testeros, sostenidos por las mismas columnas que se agrupan en sus ángulos de tres en tres arcos, formados por todas estas columnas que sostienen un calado gracioso de hojas y flores, que remata con fajas de letre-

se cultivaban con especial esmero las mas raras y exquisitas flores, al lado opuesto, vuelta la cara al rio, á los cármenes y á Generalife. Un mirador, cómodo y anchuroso, daba vista á este *jardin*, llamado comunmente *de Lindaraja* [1] con una fuente en medio, de forma circular ó de estrella, al gusto de los Arabes. La sala principal de los aposentos de la reina era la que hoy se apellida de las *Dos Hermanas*, á causa de dos losas iguales, de extraordinaria magnitud y blancura, que enriquecen su pavimento [2]; y aunque no sea

ros adornados hasta el techo: en medio una fuente, compuesta de una gran taza del mismo mármol blanco, sostenida por doce leones; todo, todo ofrece una impresion tan nueva como inconcebible. Si á esta se agregase la que debia producir la viveza y variedad de los colores de su adorno, el brillo deslumbrador del oro y plata de esmalte de sus frecuentes inscripciones, y la encantadora decoracion del agua pura y cristalina, que se levantaba de doce saltadores que hay repartidos con proporcion en esta galería, de otros dos que hay en los cenadores, de la que corria de las piezas laterales; todas las que iban á reunirse por canales descubiertas á la que caia por la boca de los leones, y se derramaba á borbotones de la gran taza que carga sobre sus espaldas; el espectador enagenado creeria verse trasportado, como por encanto, á los mas magníficos alcázares de oro y cristal, que una imaginacion mágica puede inventar en el mas brillante de sus delirios.

» La taza de la gran fuente de enmedio del patio tiene diez pies y medio de diámetro y dos de fondo; y sobre esta sienta un pedestal, que sostiene otra menor, de cuatro pies de diámetro y uno y medio de fondo. Los doce leones, en que descansan una y otra, tienen dos pies y medio de alto, y toda la fuente ocho pies y seis pulgadas. Las formas y proporciones de estos leones son irregulares; y nada mejor que ellos prueba la ignorancia del dibujo que acreditaron los Arabes, cuando quisieron dispensarse del rigor de la prohibicion religiosa de representar objetos animados. La taza grande forma un decágono; y en cada una de sus caras ó lados hay esculpidos versos en caractéres africanos, adornados de hojas y flores, que constan de veintiseis sílabas cada uno. » (*Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote, tom. 2°, paseo 1°.)

[1] El *jardin de Lindaraja* está situado hácia la parte del norte del palacio, y cae debajo del mirador de la *sala de las Dos Hermanas*: hay en medio de él un agran fuente de mármol, obra de los Arabes; con la pila en forma de estrella, y encima de una columnita una taza redonda, con un letrero por cenefa. A los lados cuatro cuadros de flores y alguno que otro árbol.

Este jardin estaba rodeado por una galería, sostenida en columnas de piedra, que solo subsiste hoy dia por dos lados, uno de ellos que mira á levante y desde el cual se da vista á *Generalife*.

[2] La *sala de las Dos Hermanas* ha tomado probablemente este nombre á causa de dos losas de mármol de Macael, enteramente iguales, que adornan el suelo: tienen cuatro varas y veintiuna pulgadas de largo, y dos varas y cuatro pulgadas de ancho; su blancura extremada.

Se halla situada esta sala entre el *patio de los Leones* y el *jardin de Lindaraja*, al cual caen las ventanas ó *agimeces* de otro aposento, que da paso á las habitaciones interiores y desde el cual se baja á dicho jardin y á los baños.

En las ventanas altas de la *sala de las Dos Hermanas*, y especialmente en una que está frente de la entrada, se ven todavía restos de celosías de madera, que en lo menudo y peregrino de su labor indican ser del tiempo de los Moros: vestigio singular en su clase.

Tambien lo es, bajo el mismo concepto, un techo de madera oscura, formando un calado primoroso, á la morisca, que cubre como un rico artesonado el último de aquellos aposentos, que da vista al *jardin de Lindaraja*.

« La situacion y localidad de esta habitacion (dice un escritor) cerca del jardin y de los baños, su comunicacion con otras piezas interiores, y las celosías de sus

tan grande ni tan magnífica como la de la *torre de Comáres* (destinada segun antigua tradicion á la pompa de la potestad regia) [1], aun es mas delicado su ornato, su labor mas menuda y graciosa, su aspecto mas risueño y apacible. No parece sino que desde el momento mismo de labrarla, la dedicó el artífice á las gracias y á la hermosura; y aun tal vez por eso enlazó con hojas y flores, en los labrados muros, el nombre de *felicidad* [2].

ventanas, que miraban á la sala baja, dan motivo á conjeturar que este era departamento de la reina.» (*Nuevos paseos por Granada*, por don Simon Argote, tom. 2°, paseo 1°.)

[1] «La sala en que se entra por este segundo arco, sostiene con ventajas la ilusion que ha causado el *patio de los Leones*. Aunque adornada con el mismo gusto, pero de un modo mas prolijo y exquisito que el *salon de Comaresch*, como las labores del ornato arabesco siempre son menudas, agradan mas en esta sala por ser mas proporcionadas á su extension, que es cuadrada y mucho mas pequeña; lo que tambien las hace parecer menos confusas y mas regulares que en aquella grande pieza.» (*Nuevos paseos por Granada*, por don Simon Argote, tom. 2°, paseo 1°.)

[2] Sobre el segundo arco, que da entrada á la *sala de las Dos Hermanas*, se halla grabado en caractéres cúficos este mote: *felicidad*. En las paredes del mismo aposento hay várias inscripciones, segun uso y costumbre de los Arabes, algunas de ellas religiosas, como el lema tan repetido de *solo Dios es vencedor*, y otras alusivas á la magnificencia y delicias del regio alcázar; de cuya clase son las siguientes, que insertamos como muestra del estilo oriental de aquella nacion: «Mi estructura, dispuesta con exquisito arte, ha pasado ya en proverbio, y anda en boca de todas mi alabanza. — Allí tambien los oscuros mármoles, ya desbastados y bruñidos, despiden su resplandor y convierten en luz las tinieblas. — Te parecería que los orbes celestes apresuran su curso, para hacer sombra á las columnas de la aurora; porque sale mas temprano. — Cuantas ásperas y rudas piedras se han empleado en este palacio, resplandecen en fuerza de la luz que reciben del mismo regio palacio.»

En las ventanas de uno de aquellos aposentos, que dan vista á los jardines, estaban esculpidos los versos de una cancion, en que brillan los conceptos mas delicados: «Cuando el que mira considera mi belleza, su misma imaginacion desmiente su vista. — Este es un alcázar de cristal: el que lo mira lo tiene por un piélago, que rebosa y se derrama. —El que me viere me tendrá por una muger que habla con aquel aguamanil, manifestándole su vivo deseo de conseguirlo.»

Al contemplar tantos prodigios como encierra aquella regia estancia, sube de todo punto la admiracion, y el entusiasmo no halla imágenes ni voces adecuadas; como se echa de ver en esta inscripcion, en la cual se personifica al palacio mismo, y se pone en su boca su alabanza: «Soy vergel, adornado de hermosura; en la cual, si quereis advertir, entendereis gran elegancia en mi aseo: á Dios sea tan linda labor, pues excede en la órden de ventura los edificios. ¡Pues cuánto contento recibe en él la vista, que al espíritu da seguridad é contento! En él es de considerar esta hermosísima cuadra, que es singular é sin par; en la cual por todas partes se trasluce la hermosura de su secreto é manifiesto. En tanto, que los hermosos signos del cielo parece que se le extienden y humillan, y la luna en su cumplimiento se le acerca; las cuales, si en su ámbito estuvieran, le hicieran la mesma demostracion de servicio, que diese contento á los que en ella asisten. É no es de maravillar si los luceros desamparasen su alto asiento, y en ella hiciesen su morada; pues de ella el resplandor sale tan rutilante, que de ella al hemisferio del cielo procede reverberando su claridad. ¡É con qué vestidura de aseo y labor es adornada, que hacen menos las vestiduras preciosas amenies! A la cual los orbes celestes representan ser su claridad. É con ella el resplandor de la aurora resplandece, cuando empieza á aparecer; que columnas hay en él que representan grandes maravillas en

La que cabia á Isabel, al recorrer en compañía de Arlaja aquel encantado recinto, aun fuera mas cumplida, si no sintiese en lo íntimo de su corazon cierto dejo de melancolía; pero por mas que se complacian sus ojos y se embelesaba su imaginacion á vista de tantos objetos halagüeños; estaba muy lejos de juzgarse dichosa. La astuta Mora, que lo echaba de ver, no omitia medio alguno para desparcir el ánimo de la doncella: le hacia recorrer los vários aposentos, ricamente alhajados para su uso y situados todos ellos al rededor de la estancia principal, hasta que al cabo la condujo, como término de descanso, al mirador bellísimo, formado de leves arcos y graciosas columnas, que da vista á la *sala de las Dos Hermanas* y al magnífico *patio de los Leones*; viéndose desde allí al mismo tiempo correr el agua de la hermosa fuente, saltar por mil partes á la vez en los cenadores, y despeñarse por canales de mármol, bajando á unirse en el jardin desde una y otra sala [1].

Como en nada encontraba Isabel tanta recreacion y deporte como en la música y el baño, con leve esfuerzo la condujo la Mora á las soberbias estancias, destinadas para bañarse las reinas de Granada: allí sí que habia reunido la naturaleza y el arte cuanto puede halagar el alma y los sentidos. El pavimento de bruñidas losas; los zócalos de azulejos, las colores vivas, la labor de requísimo alicatado; las paredes mas tersas que la plata, y por techo una elevada bóveda, salpicada de lumbreras en forma de estrellas, como para remedar en aquella mansion de delicias la tibia claridad de la noche. Espaciosos

su aseo: las cuales, ilustradas con la claridad, forman sobre las grandes piezas de mármol preciosos granos de aljófar. É ansi no se ha visto alcázar de mas hermoso viso, ni de mas claro cielo, ni de mas sabrosos mantenimientos; contenta á los que le piden y demandan la entrega de su hermosura, con paga de contado, é alzada con otra tal, que siempre les deja: con la cual el autor de su hermosura excedió los límites de su perfeccion. É ansi cuando la dulce aurora de la mañana espira con el resplandor del sol, se demuestran perlas clarísimas, que no se pueden significar. É con esto entre mí y la felicidad hay notoria similitud; é la similitud emana de mi propio ser.»

Esta inscripcion es una de las que se han conservado en un antiguo códice, traducidas todas ellas en el siglo XVI por el licenciado Alonso del Castillo, Arabe de nacion y médico en Granada; las cuales se dan como por via de apéndice en la segunda parte de la coleccion de *Antigüedades árabes*, publicada por la real academia de San Fernando. En la misma obra se hallan las inscripciones que quedan en el palacio de la Alhambra y algunas de la ciudad de Córdoba, con las láminas correspondientes, una explicacion del texto y la version en castellano.

[1] «Este *mirador* da vista al patio *de los Leones*, por una ventana de tres arcos iguales, que sostienen cuatro columnas, y estan inscriptos en un recuadro con fajas de motes en letras africanas: *solo Dios es vencedor*. Sobre este recuadro siguen cuatro ventanitas, entre las que hay tableros con hojas y flores, y letreros africanos que se leen de abajo arriba, en que dice: *la omnipotencia á Dios*. La fajas de motes repetidos dan vuelta á toda la pieza; y termina en un gracioso artesonado, en que estan embutidas figuras estrelladas, puntas de flechas, listas entrelazadas, doradas, plateadas, y pintadas con variedad. Las demas piezas altas se forman al rededor de la *sala de las Dos Hermanas*; y en el dia son sencillas y lisas, sin que indiquen haber tenido adorno.» (*Nuevos paseos por Granada*, por don Simon Argote, tomo 2°, paseo 1°.)

baños de mármol (que ha respetado el curso de tres siglos) ricibian el agua purísima, que parecia manar de los muros y brindar con apacible temple, á medida y sabor del deseo; y para que nada faltase al regalo y deleite, no lejos de los baños se veian, poco levantadas del suelo, dos *alhamis* ó alcobas, con alfombras y cojines de Persia; en tanto que allá junto al techo (recatada la vista con los calados muros, á manera de un finísimo encaje) se percibian los ecos de la música, que convidaba al descanso y al sueño [1].

Imposible pareceria, á no saberse la falta de reflexion propia de los pocos años y la inconstancia natural de la imaginacion de las hembras, que en el trascurso de breves horas se encontrase Isabel tan aliviada como se halló por buena dicha despues de reposar del baño. Hasta la convidó Arlaja, para distraer su ánimo, á pasar con ella unos instantes en la *sala de los Secretos*, de allí poco lejana, y con cuyo mágico artificio se habia solazado la doncella en dias mas tranquilos [2]; pero Isabel, que comprendió la intencion y designio,

[1] La primera sala de los aposentos de los *baños reales* es de forma cuadrada; el suelo y las paredes, hasta la altura de cerca de dos varas, adornado todo con azulejos, de vivos colores: en medio de la sala hay una fuente, con una hermosa taza de mármol blanco; á los lados dos *alhamis* ó alcobas, poco levantadas del suelo; y en el piso alto corre una galería, con arcos y ventanas, que segun la comun tradicion, estaba destinaba para la música. El techo lo forma un artesonado, con embutidos primorosos y ricos esmaltes.

Despues se entra á otro aposento, en el cual se halla un baño, mas pequeño que los demas; lo que ha dado márgen á creer que servia para los infantes. Despues de cruzar otra sala (todas ellas de escasa claridad, como para proporcionar mas frescura, y convidar al descanso y deleite) se llega por último al aposento de los *baños*.

El mayor de estos se asemeja á una alcoba; tanta es su anchura y capacidad: le forman unas losas de mármol, clavadas de canto en el suelo; en el frente hay un nicho para colocar perfumes ó tal vez alguna ropa; se ven dos conductos, una para el agua caliente y otro para la fria; aun se divisa el agujero que servia para el desagüe: y hasta hace pocos años se conservaba la caldera, del tiempo de los Moros.

A otro extremo del mismo aposento, aunque no al frente, está el otro baño, de forma cuadrada, no tan espacioso ni tan cómodo como el primero.

El suelo de esta sala está cubierto de grandes losas de mármol; las paredes dan muestras de haber sido rebocadas de nuevo; el techo es una bóveda de ladrillo, con lumbreras redondas en forma de estrellas.

[2] En el palacio de la Alhambra hay dos *salas de Secretos;* así llamadas, porque estan de tal suerte construidas, bien fuese de industria ó bien por mero acaso, que lo que se dice quedo en ciertos puntos, se percibe en otros correspondientes, sin que lo oigan las demas personas que se hallen en el mismo aposento.

Una de estas salas y la mas notable por su extension y estructura, se halla situada en uno de los costados del *patio de los Arrayanes;* pero no se permite entrar en ella, por amenazar ruina; motivo que ya lo estorbaba, al promediar el siglo pasado, como se infiere del siguiente pasaje, que nos suministra algunos datos y noticias acerca de dicho aposento: «Seria temeridad exponernos al riesgo de que llegara, estando nosotros allí, el momento de su ruina: vea V. desde aquí: es ochavada, es obra de cantería, de gran primor y arte, sus sillares son de piedra de Alfacar; y mediante esta fortaleza, hace aun sus esfuerzos contra el agua, que siempre que llueve se rebalsa sobre su techumbre, y que es el enemigo que la ha puesto en el fatal estado que tiene. El alto semicircular de esta pieza, hasta su centro, es de

le contestó meramente con una mirada, llena de expresion y ternura.

Bien fuese por el estado de languidez en que se hallaba, bien por encogimiento y recato, ó tal vez por confianza en su propia hermosura (que mas de una vez el orgullo se confunde con la modestia), desdeñó Isabel ataviarse aquel dia con espléndidas vestiduras y galas; y prefirió un ropaje sencillo, mas cándido que el ampo de la nieve, el ceñidor de seda azul turquí, y en la cabeza un almaizar del mismo color, pero mas apacible y suave; como el que ostenta en los campos la tierna flor del lino. Ni consintió adornar con ricas sartas las trenzas de su cabello, su pecho ni su garganta; pero en el mismo instante en que rehusaba engalanarse con joyas de subido precio, ya fuese á una seña de Arlaja, ya que hubiese llegado la hora convenida, sonó en la puerta un ruido levísimo, como si alguien intentase abrirla con timidez y recelo. Sobresaltóse Isabel, sonrióse la Mora, acudieron las esclavas; y vieron en el quicio, como ufana de ser la mensajera de su dueño, una linda gazela que le habian traido á Albo Hacen desde Africa, y que se habia criado en el palacio mismo. El garboso animal, como si una especie de instinto le guiase, entró con veloz paso dentro del aposento y se paró frente á frente de Isabel, con la cabeza enhiesta y los ojos clavados en su rostro: hasta que advirtió la doncella que traia pendiente del cuello un canastillo de filigrana, lleno de azahar y violetas, y en medio de las flores dos ricas aljorcas de oro para la garganta del pié; esmaltadas con tan vários y tan vivos colores como las alas de la mariposa, y grabado en cada una de ellas un ingenioso verso, que decian ambos de esta suerte:

Esclava soy del amor.
Mas esclavo es mi Señor.

En mas estima tuvo la doncella esta fineza del monarca que si le hubiera ofrecido todos los tesoros del mundo; y como si quisiese mostrarle su agradecimiento acariciando á la linda gazela, la besó en la frente, echóle los brazos al cuello, y en este ademan sorprendióla el rey, mostrándose de improviso en la puerta.

La turbacion de Isabel es harto fácil de concebir; pero no fue menor la del monarca, que en medio de su poder y grandeza, como que se mostraba tímido al lado de la que tanto amaba: pocas palabras acertó á decirle para manifestarle la dicha que rebosaba en su

cinco varas y media, y las alcobas de ella tienen de alto, hasta su centro, una vara menos. El umbral ó cerramiento superior es horizontal; y los ángulos de sus lados suben con viveza hasta su centro con particular belleza, la que aumenta el floron de la clave.» (*Paseos por Granada y sus contornos*, dados á luz por el P. Juan de Echeverria, tom. 1°, paseo 18.)

La otra *sala de Secretos*, situada no lejos de os *baños reales* y del *jardin de Lindaraja*, es pequeña y mezquina: el techo es de forma elíptica; y si no es obra moderna, como lo parece, por lo menos está renovada.

corazon; mas ni un solo punto apartaba de ella los ojos, y con sus tiernas miradas parecia decirle: « Dentro de un instante eres mia. »

CAPITULO XXXII.

Despósase Isabel con el rey.

A poco de llegar el rey, vino en su seguimiento Aben Hamet, acompañado del cadí: en tanto que aguardaban en el jardin vecino algunos ministros inferiores, alcaides y caudillos. A una leve señal colocóse Arlaja al lado de Isabel, echándole sobre la cabeza un *alhareme* ó velo, de cendal tan sutil que dejaba traslucir sus facciones, y aumentaba, si posible era, su encanto y sus hechizos; aguijando á la par la curiosidad y el deseo. Precedíalas el rey, vestido con traje modesto, pero que realzaba su magestad entre las ricas galas de caudillos y cortesanos; la túnica ceñida á la usanza de Persia, y en la cabeza un turbante oriental, con solo una garzota.

Atravesaron en silencio por el *jardin de Lindaraja*, y se encaminaron al extremo del *patio de los Leones*, que da vista al oriente, donde un laberinto de apiñadas columnas forma una especie de templo de las gracias, y da paso á una estancia magnífica.

La situacion de la sala, su grandeza y ornato, los tres recintos que se hallan en su frente, y el oro y las pinturas que enriquecen sus bóvedas, todo contribuye á indicar (aun cuando el antiguo nombre no lo confirmase) que aquella parte del palacio estaba destinada á los actos solemnes. Mas de una vez el rey, rodeado de ancianos venerables, solia allí mismo administrar justicia ó pesar en fiel balanza los graves intereses del estado; y en el mismo paraje en que se conserva aun hoy dia el recuerdo de aquel antiguo uso, se celebró sin pompa el desposorio del monarca [1].

Unicamente entraron en el privilegiado recinto el cadí, que reu-

[1] En el testero, que cae al frente de la entrada del *patio de los Leones*, corre una galería, que da paso al salon llamado *del tribunal;* cuyo nombre indica que estuvo aquel aposento destinado á la administracion de justicia: por lo menos la riqueza que se ostenta en su ornato, en cuanto lo dejan percibir las injurias del tiempo, incita á creer que servia aquella sala para celebrar actos solemnes.

Tiene la misma extension que el lado menor de dicho patio: está dividida por arcos, sin que el techo muestre por todas partes la misma altura. Lo mas digno de atencion que hay en este aposento es que en el fondo de él, que cae hácia levante, hay tres recintos pequeños ó camarines, en cuyos techos se conservan las únicas pinturas que subsistan en el palacio de la Alhambra, desde el tiempo de los Moros; curiosas por lo tanto, ya que no por su perfeccion y belleza. El estar vedado por su ley á los mahometanos representar ó imitar seres animados, hubo de ser causa de que se mostrasen tan atrasados y poco diestros en la pintura, cuando alguna rara vez, como en el caso presente, osaron quebrantar aquel precepto religioso.

El techo del recinto de enmedio forma una bóveda ovalada, y el fondo dorado y salpicado de estrellas: al rededor las figuras de diez Moros, sentados sobre almohadones, la barba crecida, la cabeza cubierta, la mano en el alfanje. No parece

nia en su persona la noble prerogativa de juez y la alteza del sacerdocio, el caudillo Aben Hamet, como magistrado supremo de la ciudad, y unos cuantos *talbés*, ministros inferiores, que habian de servir de testigos: los alcaides y cortesanos se derramaron por la espaciosa sala, inclinada la frente, y tan sumisos y silenciosos que ni á respirar se atrevian.

Leyó el cadí en alta voz la escritura ó contrato, que iba á poner el sello al venturoso enlace; mas al tiempo de pronunciar el nombre de la esposa, sintió la doncella tan encendido el rostro cual si en él reflejara una llama; y bajó los ojos al suelo, vergonzosa y confusa. Empero Arlaja, que estaba junto á ella, haciendo las veces de madre en aquella augusta ceremonia, le estrechó con ternura la mano, y le dijo al oido: «¿Te pesa llamarte, hija mia, como la que tantas veces appellidaste *hermana?*» Es de advertir, que desde el momento mismo en que se presentó Isabel en palacio, la admiracion de unos, la lisonja de otros, y el deseo en todos de congraciarse con el rey, habian arraigado la costumbre de appellidar á la hermosa doncella con el sobrenombre de *Zoraya;* ella misma respondia cuando así la llamaban; y acabó por quedar en desuso y olvido el nombre que recibió en su patria. Mas como fuese preciso que eligiese otro, al ir á desposarse con el rey, se habia negado á ello durante todo el dia que precedió á la boda, mostrando con su silencio que le costaba mucho el doloroso trueque; hasta que al cabo, conociendo Arlaja su índole dócil y flexible, la habia convencido á que tomase el nombre de *Fátima*, en memoria de su sobrina, la menor en edad y á la que Isabel mas amaba.

Requirió el cadí, con acento grave y pausado, el consentimiento de ambos esposos; dándolo el apasionado monarca de lo íntimo de su corazon con voz clara y sonora; y echándose de ver en la turbacion de la doncella el contraste del pudor y de la ternura. El rico pergamino, en que estaba escrito el contrato con letras de mil colores sobre campo de oro, le recogió de manos del cadí el mismo Aben Hamet, como alguacil mayor de Granada, á fin de custodiarlo en los regios archivos; y antes de finalizar aquel acto, presentó Albo Hacen á su esposa, como por via de arras, dos azafates colmados de joyas y preséas, que con su brillo deslumbraban los ojos; dándole despues, envuelto en seda, un pliego escrito de su propia mano, en que le afianzaba una riquísima dote, y entre otras dádivas un palacio de los mas amenos, situado á las márgenes del

sino que aquel cuadro representa una junta ó conferencia de los magnates del reino, semejante al *divan* de Constantinopla.

En los techos de los dos recintos laterales se ven tambien pinturas; pero tan extrañas y caprichosas, que no es fácil comprender lo que significan: tal vez representan cuentos fabulosos ó historias peregrinas de caballería, con aventuras y encantamientos; como se puede conjeturar al ver aquellos torreones, damas á la puerta, caballeros que se acercan corteses, doncellas que demandan socorro, un mágico barbudo, combates, monterías, pajarracos en los aires, fieras y alimañas discurriendo por aquellos campos.

Genil, y en que se criaban para recreacion de los reyes las aves mas vistosas y raras de todas las partes del mundo [1].

[1] « Yendo pues el cerro abajo al rio Xenil, que cae de la otra parte hácia mediodia, estaba otro palacio ó casa de recreacion, para criar aves de toda suerte, con su huerta y jardines, que se regaba con el agua de Xenil, llamado *Darluet*, casa del rio, y hoy *casa de las Gallinas.* » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 8°.)

Hablando el insigne Hurtado de Mendoza de las primeras tentativas de los Moriscos para levantar la tierra, se expresa de esta suerte : « Mas los enemigos, viendo que los del Albaicin estaban quedos y los de la Vega no acudian, con haber muerto un soldado, herido otro, saqueado una tienda y otra, en señal que habian entrado, tomaron el camino que habian traido; y por las espaldas de la Alhambra, prolongando la muralla, llegaron á la casa que por estar sobre el rio llamaban los Moros *Dar al huet*, y nosotros *de las Gallinas.* » (*Guerra de Granada*, lib. 1°).

Enumerando otro escritor, contemporáneo de los anteriormente citados, las obras que se atribuian á Muley Hacen, dice de aquel monarca : « Hizo la *casa de las Gallinas;* que no hay tal casa para el efecto en España. » (*Historia de las guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita.)

Tales son los datos que suministran los antiguos autores respecto de dicho palacio ; y si bien son aquellos sobradamente escasos y diminutos, bastan sin embargo para comprobar que existió, así como el paraje en que estaba situado y el uso para que servia; lo cual concuerda con una no interrumpida tradicion y hasta con el nombre vulgar que se ha conservado hasta nuestros tiempos.

A las anteriores noticias pueden allegarse las que ha rebuscado en aquellos parajes el autor de esta obra; que si no son tan cumplidas como seria de apetecer, por lo menos lo son mas que cuantas se han dado á luz hasta de presente.

El *palacio de Darluet* ó del rio, llamado comunmente *casa de las Gallinas*, está á media legua de Granada, camino de Senes, siguiendo la ribera de la *azequia Gorda*, que recibe sus aguas del Genil, y viene acompañándole en su curso y abasteciendo los *molinos*, que han dado nombre á aquella *ribera.*

Es esta sumamente apacible, resguardada de los vientos del norte por una cordillera de montañas, con la azequia inmediata, por bajo el rio, y á uno y otro lado cármenes y huertos.

La *casa de las Gallinas* está asentada en la márgen derecha del Genil á la bajada de un repecho; respaldada con los montes rojizos que bajan desde la Alhambra hasta casi tocar la orilla del rio : por aquel lado se ensancha algun tanto su lecho, se apartan las montañas de en frente, y dejan divisar por una abertura un trecho de sierra Nevada.

El terreno que rodea aquella casa parece árido y seco; por todas partes no se ven sino pedregales; pero debió de ser muy feraz con los riegos, y abrigado por su posicion : motivo que hubo de contribuir probablemente á que allí se criasen las aves de distintos climas y regiones, aun de los mas templados; hoy dia se ven en los cármenes de aquella ladera higueras de Tunez, almendros y naranjos.

Por encima de la casa, en la cumbre de un altozano, hay una anoria, que por su estructura y por la comun tradicion se cree que es de tiempo de Moros ; está resguardada en derredor por una obra de forma circular; y dentro se ve, en cuanto lo consienten los matorrales, que está labrada con peñas y un arco de rosca de ladrillo. Junto á la noria hay señales de haber habido un estanque; y se conoce (lo mismo que ya lo notamos hablando del *cerro del Sol*) que tales obras servian para regar aquellos campos y verjeles.

No se descubre seña ni indicio de haber en aquel terreno ningun manantial; si bien se encuentra no lejos una fuente pobre y escasa, y otra mas abundante y rica á mayor distancia; pero la gente de aquel pago asegura que ha hallado en él mas de un vestigio de una antigua azequia, que venia soterrada por las entrañas de aquellos montes, y pasaba ya descubierta por encima de dicha hacienda. No era el agua tomada del Genil, sino del Dauro; como lo confirma, al parecer, que no lejos de la *casa de las Gallinas* hay un sitio llamado vulgarmente *los Arquillos*, por-

Sorprendida se mostró la doncella, y casi involuntariamente esquivó la mano, al ofrecerle aquel presente el rey: como si la luz de un relámpago brillase de repente á su vista, recordó que era costumbre y uso entre aquellas gentes asegurar con rica dote la suerte de la esposa, para el caso en que el marido la repudiase sin causa; y dándole un vuelco el corazon, y brotando en sus ojos las lágrimas, sintió tal contraste y angustia, que no fue parte á sustentarse en pié, y se arrojó á los del monarca: «Yo no tengo mas amparo en el mundo... por compasion, al menos, no abandoneis á esta desventurada!...» — «¿Qué dices, esposa de mi vida, qué dices?» le interrumpió sorprendido Albo Hacen, procurando levantarla del suelo. — «No me alzaré de aquí (prosiguió la cuitada), sin que antes me jureis no apartarme jamás de vuestro lado... Guardad, señor, guardad vuestros tesoros; que si algun dia perdiere por desdicha vuestro amor y ternura... yo sí que os lo juro desde ahora con el alma y la vida: no habré menester entonces riquezas ni palacios; me bastarán pocos palmos de tierra.» Al decir esto, volvió tristemente la vista hácia la *rauda* ó panteon de los reyes, que de allí muy poco distaba[1], y quedóse tan inmóvil y yerta, que á duras

que en él se veian unos arcos, que habian servido para conducir el agua de un monte á otro: acueducto del tiempo de Moros.

Junto á la misma casa habia otra noria, que ya apenas se distingue; y de allí á pocos pasos el sitio de un estanque, del cual quedan vestigios.

En aquellos montes, que son como una prolongacion del *cerro del Sol*, se ven bocas de antiguas minas, que se dice beneficiaban los Moros con centenares de cristianos cautivos: en estos últimos tiempos se han hecho algunos ensayos, pero todos ellos sin fruto. Lo que mas ha servido de cebo á la codicia ha sido el reflexionar que aquellos montes son los mismos que por el extremo opuesto lame el Dauro, y en cuyas raices recoge las partecillas de oro que lleva entre sus arenas.

La *casa de las Gallinas*, tal como se ve hoy dia, es pobre, reducida, labrada hace pocos años; pero aun se descubren antiguos cimientos y algunos pedazos como sillares, del argamason con que solian fabricar los Moros, y que el tiempo ha convertido en peña dura.

El resto mas curioso que allí queda es una antigua puerta, en la actualidad tapiada y encalada por encima, como para mas desfigurarla; pero aun se descubre su forma, en arco rematado en punta, y el marco que la ciñe, desde el arranque mismo, labrado de argamasa que parece piedra.

Lo mas singular es que sobre la puerta se ve un pedazo de estuco, como de una vara de alto y media de ancho, enjalbegado de nuevo, y en el cual se distinguen perfectamente calados y labores al gusto de los Moros, formando lazos de cuatro hojas, y presentando á la vista un entretejido primoroso.

No es fácil decidir si toda aquella pared estaria labrada de la propia suerte, ó si tal vez se colocó allí aquel pedazo hallado entre otros escombros; pero sea de esto lo que fuere, al ver una materia tan frágil conservada sin lesion por espacio de mas de tres siglos, no parece sino que ha subsistido en aquel humilde albergue para atestiguar que en tiempo de los Moros hubo allí un edificio de cierta grandeza y ornato.

[1] «A las espaldas del *cuarto de los Leones*, hácia mediodia, estaba una *rauda* ó capilla real, donde tenian sus enterramientos, en la cual fueron halladas el año del Señor 1574 unas losas de alabastro, que segun parece estaban puestas á la cabecera de los sepulcros de cuatro reyes de esta casa; y en la parte de ellas que salia sobre la tierra, porque estaban hincadas derechas, se contenian de entrambas partes *epitafios* en letra árabe, dorada puesta sobre azul, en prosa y en verso, en

penas pudo el rey levantarla y estrecharla cariñoso en sus brazos.

Así que lo hubo consentido el abatimiento de Isabel y la sorpresa del monarca, rogóle este de nuevo que aceptase algunos dones; mas no pudiendo vencer la obstinacion de la doncella, y temiendo lastimarla con repetidas instancias, « Pídeme lo que quie-

loa y memoria de los yacentes. De las cuales sacamos un traslado, que poner en esta nuestra historia; por ser estilo peregrino, diferente del nuestro. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 8°.)

Por el propio tiempo los copiaba y vertia en castellano el licenciado Alonso del Castillo; el cual « dice en una advertencia en árabe, que no traduce, que en un jardin que hay frente del *patio de los Leones*, que servia de sepultura á los reyes de la Alhambra, se hallaron cuatro lápidas que contenian la historia de la muerte de algunos, escrita en dos columnas en letras doradas, en la derecha en prosa y en la izquierda en verso; las cuales interpretó de órden del señor conde de Tendilla. » (*Antigüedades árabes de España*, segunda parte, publicada por la real academia de San Fernando.)

En el códice de Alonso del Castillo, y en la citada obra de Luis del Mármol (residentes ambos en Granada por aquellos tiempos, y muy versados en la lengua y escritura de los Arabes) se pueden ver dichos epitafios, como una muestra curiosa del estilo que en tales composiciones empleaba aquella gente; tan lejano de la concision y elegancia en que cifraban su primor los Griegos y Romanos, y antes bien desplegando las mas desmedidas alabanzas con toda la pompa y gala de los pueblos de Oriente.

« Por una de las puertas de la antesala del departamento llamado *de los Abencerrages* (dice un escritor moderno) se entra á otro de este alcázar, con patio y habitaciones que han perdido todo su ornato y estan enteramente desfiguradas, por haberlas acomodado á sus necesidades los que viven en ellas. La mas notable entre todas es una que en el dia hace parte de la casa del cura de este real sitio, que sirvió de capilla para sepultura de los reyes. Esta pieza es cuadrada, de cinco varas de lado y diez y seis de altura; aunque se halla interrumpida por un suelo cuadrado. Sus paredes carecen de todo ornato; pero la cúpula que la cubre, trabajada con las grandiosas labores de diez y seis agallones que la forman y cuatro pechinas en los ángulos en forma de lunetos, figurando todo una labor de ladrillos pintados; y la esveltez que le daban sus proporciones, ofrece la idea de lo sublime. En medio de la cúpula se ve un floron arabesco, inscripto en una estrella; y á los lados del muro hay abiertas doce ventanas, tres en cada uno. En la parte inferior hay cuatro arcos, que ocupan los cuatro frentes; y dan entrada, el de levante al patio, el de poniente á la antesala de los Abencerrages, y los de norte y mediodia á dos apartamientos, que parece estuvieron destinados para purificacion de los reales cadáveres; pues aun se conserva en ellos un pilar de los que usaban para este efecto, y tiene agua corriente. » *Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote, tom. 2°, paseo 1°.)

El enterrarse dentro de sus palacios, ó en jardines contíguos, debió de ser un privilegio concedido meramente á los reyes; pues los Moros no se enterraban nunca en las ciudades, y menos en las mezquitas, sino en lugares extramuros, destinados para este efecto. « La sepultura se hacia siempre en el campo: los personages ilustres eran enterrados en bóvedas, á manera de capillas, con una puerta tan pequeña que apenas podia entrar por ella un hombre. Las personas de mediana esfera levantaban unos paredones bajos, y formaban como un corral, que servia de panteon á toda la familia; y los pobres se enterraban sin mas distincion que la de levantarse dos almenas pequeñas, que indicasen el sitio que ocupaban los pies y la cabeza.

» Asi lo ha confirmado el reciente descubrimiento de algunas sepulturas, en el camino del Sacro-Monte. » (*Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote, tom. 2°, pág. 37.)

Por lo que respecta á los cristianos, durante la dominacion sarracénica, parece que los enterraban en un lugar aparte, segun indica un historiador: « Fueron sus

ras (le dijo), y que disfrute yo la dicha de escucharlo de tus propios labios: ¿de qué me sirve el poder de un trono, si no tengo un solo don que ofrecer á mi esposa?» Alentada la doncella con estas palabras, en que se retrataba la pasion del monarca no menos que su índole generosa, le contestó al cabo de unos instantes, y no sin turbacion y encogimiento: «Pues es tanta vuestra bondad para con esta desdichada, una sola gracia me atreveré á pediros.»—«No te detengas, habla; mi vida misma, si la quieres, es tuya!»—«Yo he sido muy infeliz; harto lo sabeis, señor, pues que habeis enjugado mis lágrimas...»—«¿Y á qué te afliges con ese recuerdo, ahora que se ha colmado tu ventura y la mia?» — «Escusadme, señor, si os causan pesadumbre mis palabras; mas por lo mismo que soy ahora dichosa, no puedo echar en olvido á los que son muy desdichados... En vuestro reino, señor, en este mismo palacio, hay no pocos cautivos, como yo lo he sido hasta hoy dia... Romped, señor, sus hierros, y que vuelvan á abrazar á los suyos... Yo os lo ruego por mi amor, por estas lágrimas que vierto... es el mayor presente que podeis hacerme en la vida!»

El desinterés de Isabel, su candor, su ternura, acabaron de hechizar al rey, que la miraba como á un ángel del cielo: mandó inmediatamente abrir las mazmorras de la Alhambra y soltar centenares de cautivos cristianos; y á pesar del delirio de la pasion y de la embriaguez del deleite, repitió mil veces despues, en lo restante de su vida, que no habia disfrutado momento mas dichoso que cuando vió llegar á aquellos infelices llorando de alegría, arrojarse á sus plantas, y colmar de bendiciones á la esposa que tanto amaba.

De esta manera, por un encadenamiento de sucesos peregrinos, extraños, casi maravillosos, se asentó como reina en el trono musulman de Granada una doncella cristiana, cautiva en la flor de sus años; y cabalmente á tiempo en que aquel mismo trono, al parecer tan firme, estaba próximo á desplomarse, á impulso de una reina, honra y prez de Castilla, que tambien habia recibido en la cuna el nombre de *Isabel*. Pocos hechos tan singulares ofrece en sus fastos la historia [1].

cuerpos sepultados con grande ignominia en un muladar sucio y asqueroso, que se llamaba el *Macahan*, donde ahora está la capilla de San Gregorio, obispo de Granada, encima de la Calderería. Tenian entonces los Moros aquel lugar por maldito, porque estaba deputado para sepultura de cristianos; y ahora lo tienen los fieles en gran veneracion, por haber sido depósito de reliquias de muchos gloriosos mártires.» (Bermudez de Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 28.)

[1] En comprobacion de este hecho, tan peregrino y extraordinario que mas bien parece una invencion de la fantasía que no un dato histórico, justificado con muchos y graves testimonios, trasladamos á continuacion los siguientes.

Apenas verificada la toma de Granada por los reyes católicos, decia uno de sus cronistas, que residió en aquella ciudad: «Fue un rey de Granada, á quien unos llaman Abuliacen y otros Alamoliacen, varon fuerte y belicoso. Este tuvo un hermano menor, que se llamaba Boabdelin y dos mugeres. La primera Mora, de la cual hubo un hijo, que se llamó Mahomet, que despues fue llamado Boabdelin, rey Chiquito de Granada. De la segunda muger, que era cristiana y siendo captiva la

hizo volver Mora y convertir á su secta de Mahoma, hubo dos hijos. » (Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*, lib. 20, fol. 179.)

A mediados del siglo XVI, un diligentísimo investigador de todas las cosas concernientes á los Moros, decia al mismo propósito : « Era Abil Hacen hombre viejo y enfermo, y tan sujeto á los amores de una renegada que tenia por muger, llamada la *Zoraya*, que por amor de ella habia repudiado á la Aixa, su muger principal, que era su prima hermana. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 12).

De cuyo hecho tuvo orígen la guerra civil que estalló en aquel reino, segun lo indica el citado historiador, conforme en el fondo, ya que no en los pormenores y circunstancias, con la tradicion popular que ha llegado desde aquellos tiempos hasta los presentes.

« Tuvo este (Albo Hacen) un hijo llamado Boaudilin; y tuvo, segun cuenta el arábigo, otro hijo bastardo llamado Muza : este dicen que lo hubo en una cristiana cautiva. » (*Historia de las guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, cap. 2°.)

« Casó este rey (Albo Hacen) con dos reinas : Aixa la *Horra*, y Fátima la *Zoraya*. *Horra* dice honesta; *Zoraya* lucero del alba, por su hermosura. La reina Zoraya casó con el rey siendo viejo, y túvole tan rendido de su voluntad, que le hizo repudiar á la reina Aixa. »

Y mas adelante da el mismo autor mas señas respecto de Zoraya : « Era hija del comendador Sancho Jimenez de Solís, alcaide de la Higuera de Martos y de Bedmar; y captiváronsela á ella y á otra hermana suya, que se llamaba doña Maria... Segun otra lectura, la Zoraya era de Baena, llamada Catalina de Narvaez. Hecha Mora, se llamó Fátima Ronixa. La primera opinion tengo por cierta. » (*Crónica del gran cardenal de España*, etc., por el doctor Pedro de Salazar y de Mendoza, lib. 1°, cap. 21.)

El último dictámen, á que se inclina mas este historiador, cuadra perfectamente con lo que dice Bermudez de Pedraza : « Casó Abil Hacen de primero matrimonio con Aixa Fátima, la *Horra*, que significa la honesta, á diferencia de la segunda muger, de quien vivió y murió enamorado, que se llamaba Fátima, la *Zoraya*, que significa la hermosa. Fue cautiva del rey, y el rey de su hermosura; fue hija del comendador Sancho Jimenez de Solís, alcaide de Martos, que fue muerto en una entrada que los Moros hicieron en su tierra, y cautivas dos hijas : la mayor se llamaba doña Isabel de Solis; y el rey, rendido de su hermosura, la persuadió se casase con él, y ella por reinar vino en ello, y se tornó Mora. » (*Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 54.)

Si ademas de consultar los anales y las crónicas de los autores pátrios, atendemos tambien al eco de los escritores árabes, hallaremos igualmente comprobado el mismo hecho : « Tenia (Abul Hacen) dos mugeres muy hermosas en su *harem*, á las cuales amaba mas que á las otras; la principal era su prima, en quien hubo al infante Duhamad Abuabdilah, y la otra Zoraya, hija del alcaide de Martos, de linage de cristianos, en quien tuvo dos hijos, que fueron en mal punto y hora menguada nacidos, pues ayudaron al acabamiento de su patria, como veremos adelante. » (Conde, *Historia de la dominacion de los Arabes en España*, tom. 3°, cap. 33.)

Vários escritores modernos han aludido en sus obras al casamiento del último rey de Granada con una cristiana cautiva; y se conoce que han bebido en las mismas fuentes que acabamos de indicar. (Véanse los *Nuevos paseos por Granada*, publicados por don Simon Argote, tom. 1°, pág. 287. — *Conquista de Granada*, por Washington Irving, tom. 1°, pág. 55.—*Essai sur l'histoire des Arabes et des Mores d'Espagne*, par Viardot, tom. 1°, pág. 283.)

Mas adelante en otra parte de esta obra, presentarémos nuevas pruebas irrefragables del mismo hecho, no indigno ciertamente de encontrar cabida en la historia, por el grandísimo influjo que tuvo en la discordia civil, que minó el poder de los Moros y aceleró la ruina de su imperio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

DOÑA ISABEL DE SOLIS.

PARTE SEGUNDA.

ADVERTENCIA.

A medida que he ido internando mas y mas en esta obra, he palpado cuán difícil era encerrar en estrechos límites un campo tan vasto, una vez trazado el plan que en ella me he propuesto.

Pintar los principales sucesos de la guerra de Granada, época muy fecunda en hazañas que casi rayan en fabulosas, dando realce á algunos pormenores que se pierden ó apenas se perciben en el extenso cuadro de la historia, seria ya por sí solo un asunto de bastante magnitud é importancia.

Agréguese luego la precision de poner en cotejo de la *guerra extrangera* un trasunto fiel de la *guerra civil*, que minó los cimientos de aquel imperio, cuya corona se disputaban no menos que tres reyes, al mismo tiempo que tenia que hacer frente á las fuerzas juntas de España.

Ademas de uno y otro objeto, en que es indispensable llevar fija á la par la atencion y la vista, si se ha de comprender y explicar la decadencia y ruina de aquel reino, tampoco he podido prescindir de uno de los principales fines que me estimularon á acometer esta empresa; cual fue el aprovechar la ocasion de dar á conocer los lugares mas señalados y los monumentos mas famosos con que se envanece Granada; procurando recoger al paso las flores que ofreciese el terreno, y dejando á los eruditos y anticuarios consumir largas horas entre piedras y escombros.

Estas causas me han obligado á suspender la *segunda parte* en el punto mismo en que Albo Hacen, poco antes desposeido del trono, volvió otra vez á reinar en Granada; á tiempo en que su hijo Boabdil se hallaba en poder de los reyes católicos, y cuando el hermano de aquel Monarca aun ne se habia rebelado contra él; dejando para la *tercera parte* concluir el relato de aquellas discordias intestinas, y dar cima á la obra con el triunfo completo de las armas cristianas.

Ocioso fuera advertir que no me propongo escribir unos anales, en que se refieran los hechos con órden riguroso y nímia exactitud; aunque tambien me parece que se debe en esta clase de escritos huir de otro extremo opuesto, cual seria fingir hechos importantes ó desfigurar los verdaderos hasta tal punto, que apenas sea posible reconocerlos: siguiendo este mal rumbo, en vez de ser útil y agradable la *novela histórica*, que es á cuanto puede aspirar, seria tan perjudicial á la *historia*, como la falsa moneda á la de buena ley.

CAPITULO PRIMERO.

Enojo y despecho de Aixa, al saber el casamiento del rey: disposicion de los ánimos en la ciudad.

En tanto que Albo Hacen disfrutaba la dicha mas cumplida que es dada á un mortal en la tierra, habíanse refugiado al palacio de Aixa el odio, la venganza, cuantas pasiones enconosas presagian disturbios y desastres. Que no bien se susurró en el alcázar de la Alhambra el próximo desposorio del rey, cuando no faltó quien llevase la nueva á los oidos de Aixa, la cual al principio se negó á darle crédito, por lo mucho que costaba á su altivez y orgullo; mas como los aguzadores del mal, que tanto abundan en los palacios, le confirmasen en breve la verdad de su afrenta, estalló su furor con mas ímpetu y violencia que nunca. Inquieta vagaba por su estancia, sin parar ni un solo momento; como la esposa del celoso tigre, encerrada entre barras de hierro: revolvia en su mente mil designios, á cual mas arriesgado; y no menos intentó, en el primer arranque de su ira, que evadirse con mentido disfraz, presentarse de improviso al pueblo, y sublevarle á nombre de su hijo. No fue poca ventura que le contuviese la magnitud de tamaña empresa, hasta consultarla á lo menos con el caudillo de su bando; y haciéndole venir á su presencia en aquel mismo instante, salió desalada á su encuentro, y díjole aun antes de que se aproximase: « Mira, Mahomad, el fruto de tanto sufrimiento y bajeza: el que apenas osaba agraviarme, ocultando bajo la tierra sus villanos amores; el que temblaba en mi presencia, y hasta en sueños temia mi enojo y mi venganza; desvanecido ahora, insolente, perjuro, me arroja de su trono y su lecho, y coloca en él á una esclava. ¿Lo dudas?..... corre, vuela: en este propio instante la estrecha entre sus brazos, la proclama su esposa, le ofrece en holocausto mi humillacion y mi vergüenza. La nieta de Hozmin, la reina de tu estirpe, tu amiga, tu aliada, se mira en este dia revolcada en el lodo..... ¡Y no sientes hervir la sangre de tus venas! »

Mudo permaneció Mahomad durante unos momentos, sin advertírsele la mas leve alteracion en ademan ni en rostro: contemplábale Aixa sorprendida y maravillada, tanto que ni siquiera acertaba con las palabras; mas no pudiendo reprimirse por mas tiempo, y al ir á romper ya en quejas y denuestos, atajóla el caudillo con estas palabras: « No extrañes, noble Aixa, que me haya sorprendido tu enojo, cuando yo venia á demandarte albricias, viendo asegurados tu triunfo y tu venganza. » — « ¡Mi triunfo y mi venganza! » interrumpióle Aixa. « ¿Pues qué no has entrado mil veces (prosiguió con serenidad el caudillo) en el alcázar de la Alhambra!..... Aun están salpicadas sus puertas con la sangre del rey Ismael, que

perdió el cetro y la vida por los amores de una vil esclava..... Y era tambien hermosa, segun dicen, y nacida en la propia villa que la que hoy precipita á Albo Hacen..... Cúmplase su destino [1]! »

No dijo mas el Moro: y quedó tan tranquilo y satisfecho como si estuviese ya viendo con sus propios ojos la perdicion del rey: su ademan, sus palabras, el influjo que ejercia en el ánimo de Aixa, como cabeza de su tribu, la fama de su consumada prudencia, y el crédito que habia granjeado con sus hazañas, le daban tanto peso y autoridad, que al cabo logró templar la ira de la reina; dejándola persuadida á que era conveniente esperar sazon y coyuntura, no como el que perdona cobarde la ofensa recibida, sino como el que asecha al enemigo para herirle mas á su salvo.

No dejó sin embargo Mahomad, por complacer á Aixa, de tantear con maña los ánimos de la plebe, por si la hallaba dispuesta á levantar el grito; pero aunque fuese de suyo instable y movediza, no la halló tan pronta cual quisiera á correr los azares de la guerra civil. No era Albo Hacen un príncipe tan esclarecido por sus hechos, que embargase el afecto y la veneracion de sus vasallos; y no habia mermado poco el concepto que de él tenian, al mirarle entregado al regalo y deleite; pero como no era sanguinario ni cruel, no habia sublevado contra sí el odio de los pueblos; por lo comun pacientes y sufridos, hasta que lleno el vaso, con una gota mas se derrama.

El repudio, que tanto habia llagado el corazon de Aixa y acalorado los designios de sus muchos deudos y parciales, no era un hecho tan desusado, si bien no comun entre aquellas gentes, que bastase á conmover al pueblo, por mas que apreciase la entereza y virtud de la reina; y aun la circunstancia de ser su sucesora una cautiva cristiana, lejos de provocar el odio de la muchedumbre, le ganaba su afecto; pues miraban como una muestra del favor del cielo la conversion de los infieles á la ley del profeta [2].

Hasta la comun voz de ser tan hermosa Isabel, que faltaban voces á los que la habian visto para encarecer su belleza, habia cautivado la aficion de aquel pueblo, de imaginacion viva, de pasiones ardientes, el primero que enseñó á la Europa, entonces ruda y bárbara, á hermanar la gloria de los combates con el cultivo del ingenio y la adoracion de la hermosura.

Cundió tambien la fama de que era la nueva reina humana y

[1] El rey de Granada Ismael, llamado Abul Walid y Abul Said, se prendó ciegamente de una doncella cristiana, que quedó cautiva en la toma de la villa de Martos: arrebatóla á Mahomad, primo del rey, á quien habio cabida entre los despojos, y aquel con sus parciales dió de puñaladas á Ismael, en la puerta misma de su palacio. (*Historia de la dominacion de los Arabes en España*, por don Antonio Conde, tom. 3°, cuarta parte, cap. 18.)

[2] Era muy comun entre los Moros tomar por mugeres á cristianas renegadas; y « aun lo tienen á ventura (dice el inmortal Cervantes); porque las estiman en mas que á las de su nacion. » (*Novela del Cautivo*, Quijote, part. 1ª, cap. 40.)

compasiva; calidades que por sí solas, aun prescindiendo de la juventud y belleza, harian caer las armas de manos de la muchedumbre: y se tuvo entonces por cierto que á su intercesion se debia que hubiese mandado Albo Hacen, en albricias de su feliz enlace, aliviar por aquel año ciertos tributos y gravezas, que agobiaban al pueblo, y abrirle generosamente los *silos* del estado, de que habia gran copia en la ciudad, bien preservados y abastecidos; para que reparar pudiese la mano bienhechora del príncipe, en años de esterilidad y miseria, hasta el rigor y aspereza del cielo.

CAPITULO II.

Fiesta en Generalife.

Pasados algunos dias, que consagró Albo Hacen á la sola y única dicha de verse al lado de su esposa, libre de la carga del mando y del peso de la grandeza, comenzaron las fiestas y regocijos con que habian de solemnizarse las bodas. Ordenó el rey que ante todas cosas se celebrase una *zambra* en el palacio de *Generalife*, donde se ostentase á porfía el esplendor de su corte; que mas numerosa y lucida no la tenia á la sazon ningun monarca de la tierra [1].

Salió Albo Hacen del alcázar, en una de las noches mas templadas y apacibles de otoño, acompañado de su esposa, y seguido de una turba de caudillos y cortesanos: y pasando por delante de la misma casa en que habia morado Isabel (quien, al pasar frente á la puerta, fijó en ella los ojos, y los volvió despues al rey con muestras de gratitud y de ternura), dejaron á mano derecha la *torre de las Almenas* [2], que domina magestuosamente la senda que baja hasta el Dauro, y se encaminaron por la *puerta de Hierro* (famosa por mil tradiciones de prodigios y encantos) en busca del palacio de *Generalife.*

La senda que á él conducia, fronteriza á la segunda torre que corona aquellos adarves, no estaba cual hoy la vemos, expuesta á los rayos del sol, á la lluvia y al viento, sino cubierta y resguardada [3]; por manera que casi puede decirse que el régio alcázar de la Alhambra y el palacio de Generalife no formaban mas que uno solo.

Aunque ya estuviese la estacion adelantada, apenas se echaba de

[1] *Generalife*, segun Luis del Mármol, significa *huerta del zambrero;* segun el padre Echeverria y otros autores, *casa de recreo;* pero todos ellos convienen en que aquel sitio estaba especialmente destinado á las fiestas de los reyes moros.

[2] Hoy dia la llaman *torre de los Picos*, por ser la única de las seis que subsisten por aquella parte (desde la salida de la Alhambra hasta frente de Fuentepeña) que está coronada de almenas, terminadas en pico.

[3] Así se echa de ver, examinando atentamente aquellos parajes; y allí mismo dijeron al autor de esta obra que, segun antigua tradicion, habia estado aquel camino embovedado y cubierto.

ver en un clima tan apacible: al mismo tiempo se veian las rosas de la primavera, nardos, jazmines, alelíes, que habian sobrevivido al verano, y las ricas frutas de otoño, agobiando con su peso las ramas, hasta casi tocar el suelo. De unos árboles á otros pendian colgantes de vistosas luces, que meciéndose al viento, formaban mil visos y cambiantes: entapizado el suelo con oloroso almoraduj, con mastranzos y flores; y en lugar de cercas y vallados, un verde césped de arrayanes.

Al entrar en el *patio de Generalife*, Albo Hacen y su esposa quedaron tan pasmados, cual si de repente se hallaran en la region del paraiso: iluminadas las columnas de jaspe, que parecian de cristal transparente; los chapiteles esmaltados de púrpura y de azul, para que resaltasen mas y mas sus labores (como aun se advierte hoy dia, á pesar de la lima del tiempo); saltaba por cien partes el agua de las fuentes; perdíase á lo lejos la vista en la larguísima *calle de cipreses*; y al extremo opuesto, por en medio del vestíbulo y de la hermosa galería, se divisaba un templeto ó recinto, que parecia suspendido en el aire [1]. Adonde quiera que volviesen los ojos Albo Hacen y Zoraya, hallaban nuevos motivos de admiracion y de recreo: si cansada tal vez la vista de las luces, y el alma y los sentidos de tan vários y agradables objetos, se retiraban unos momentos á la galería fronteriza á la Alhambra, disfrutaban indecible deleite en permanecer allí solos, contemplando á sus plantas el terreno quebrado, las huertas y los jardines; mientras allá á lo lejos, acrecentando la oscuridad lo corpulento de las torres y muros, divisaban no sin delicia la sombra colosal del alcázar.

Al otro lado del patio, por la parte de oriente, se descubria sobre el repecho del vecino monte un vergel amenísimo [2], circundado de un estrecho cauce, como para defender un cenador, formado por los árboles que descollaban en el centro. Allí estaba dispuesto que descansasen Albo Hacen y su esposa; y á fin de que todo les recordase que se hallaban en un jardin, hasta las alfombras y almohadones estaban labrados con tan exquisito primor, que semejaban un prado de verdura y de flores.

Hallábase colocada la música de allí á alguna distancia, para que sus acentos llegasen mas suaves á los oidos del rey y de su esposa; los cuales contemplaban, no sin admiracion, los vistosos y alegres bailes, con que retemblaba la galería de en frente. Gustó sobre todo á Isabel una danza muy difícil y artificiosa, que los Moros apellidaban *leila* [3]; y comparándola con la danza grave y compasada,

[1] Este primer patio subsiste, poco mas ó menos tal como aquí se ha descrito; pero por el extremo que da salida á la *calle de cipreses*, se halla aquella parte del edificio renovada; y por el extremo opuesto han afeado el gabinete ó recinto, de que se ha hecho mencion, agregándole á cada lado una sala, ambas pequeñas y mezquinas.

[2] Las habitaciones labradas posteriormente entre uno y otro jardin los estrechan y afean, y no consienten espaciar la vista.

[3] En los autores antiguos se halla mas de un recuerdo de esta especie de baile

que habia visto en Castilla[1], dijo con donaire á su esposo : « Afortunados sois, á fé mia; pues hasta en los bailes retratais la imágen de vuestros amores. » Sonrióse el rey, cada vez mas prendado de las gracias de su gentil esposa; y cuando mas embebecidos estaban en un dulce coloquio, llamó de pronto su atencion el vuelo de unas aves, que vinieron á caer á sus plantas. Las habian despedido, á lo que parece, desde la copa de un cipres altísimo (tan famoso despues por una lamentable desdicha[2]); y tan bien alicionadas estaban las dos hermosas tórtolas, que de un vuelo se dirigieron al pié del árbol mismo, que cubria con su sombra á los afortunados esposos.

Para que fuese mas variada la magnífica fiesta, en tanto que el jardin resplandecia como un ascua de oro, habian dejado opaco el hermoso *cenador de laureles*, que enseñorea desde lo alto el vergel, y le abastece de cristalinas aguas. El triste verdor de los árboles, que espesos forman los muros y la bóveda, daba á aquel recinto cierto aspecto grave y sombrío; cuando de improviso se vieron vagar por él, como si fuesen otras tantas sombras, una multitud de bultos con extraños disfraces, y en la mano hachas encendidas[3].

Al propio tiempo sonaba á trechos un apacible canto, si bien pausado y melancólico; y para que fuese mas grata la sorpresa, cual si hubiese en el cercano monte un eco misterioso, repetian los mismos cantares, pero con voz mas apagada, desde el *tocador de las damas* que se hallaba junto á los *baños*, de allí á corta distancia[4].

y los Moros eran tan aficionados á él, que sus descendientes conservaron aquel uso, muchos años despues de la conquista. Cuando en el de 1526 vino Cárlos V con la emperatriz á Granada, « fue su recibimiento solemnísimo y costoso (dice un historiador); y señaladamente las Moriscas hicieron una danza ó juego, que llaman *leilas*, tan regocijado para los que lo miraban cuanto peligroso para los que lo hacian. » (Sandoval, *Historia del emperador Cárlos V*, lib. 13, párrafo 5.)

El mismo emperador, en la junta que mandó celebrar en aquella ciudad, para reformar á los Moriscos, les prohibió las *leilas ó zambras á la morisca*, y posteriormente, en la junta de Madrid, se renovó la prohibicion de aquel baile. (Luis del Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 2°, cap. 2° y 6°.)

[1] Acerca del *tardion*, la *pavana*, y otros bailes antiguos que se usaban en Castilla, antes que se introdujesen otros mas vivos y licenciosos, véase lo que dice don Casiano Pellicer, en su obra intitulada : *Tratado histórico sobre el orígen y progreso de la comedia y del histrionismo en España*, tom. 1°, pág. 125.)

[2] Este ciprés conserva hasta el dia de hoy el nombre de *ciprés de la reina Sultana;* porque se cuenta vulgarmente que los falsos testigos que calumniaron á la esposa de Boabdil, supusieron que la habian visto en aquel sitio entregada á livianos amores. La extraordinaria altura del ciprés, que descuella sobre todos los demas que á su lado se hallan, los gruesos nudos de su tronco, y lo corpulento de este (que tres hombres asidos de las manos intentarian en vano abarcar), indican la vejez de este árbol, y le dan cierto aspecto venerable, que llama la atencion y despierta la curiosidad de los viajeros.

[3] Este género de diversion lo tomamos probablemente de los Moros, como lo denota el antiguo nombre de *encamisada á la morisca*. Véase la alusion á una de esas fiestas en el *Centon epistolario* del bachiller de Cibdad-Real, epist. 62.

[4] Junto á las tapias de la huerta de *Fuentepeña*, que está lindando con *Genera-*

Agotados parecian todos los tesoros del ingenio y del arte, cuando rogaron á Albo Hacen y á la reina que subiesen á la *galería de laureles*, despejada ya y solitaria; y entonces fue cuando admiraron sus ojos el cuadro mas peregrino que imaginarse puede. Subia por un suave recuesto la misma calle de copados árboles hasta llegar al *cerro del Sol*; y desde su altísima cumbre bajaba despeñado un torrente, en forma de cascada, que rodaba despues de un jardin en otro [1]. Habia dispuestas con tan singular artificio mil luces y lumbreras, que parecian arder bajo las aguas, y multiplicarse con sus vivos reflejos; creciendo de todo punto la admiracion y sorpresa, cuando se desplegó, como por encanto, ante los mismos ojos de Zoraya, un vistosísimo trasparente, que imitaba la bóveda del cielo, sembrado el campo azul de brillantes estrellas; pero que todas se amortiguaban, y al fin se oscurecian, al nacer en oriente el *Lucero de la mañana.*

Miró Albo Hacen á su esposa con tan blanda sonrisa, que bien se echó de ver en ella el sumo gozo de su corazon; en tanto que Zoraya, si bien bajó los ojos con recato y modestia, se holgó mas de aquel tributo, pagado á su hermosura, que de la vana pompa y grandeza del trono.

CAPITULO III.

Justa naval en el cerro de Dinadamar.

Entre los muchos palacios que poseian los reyes de Granada, y de que apenas quedan vestigios, si es que no ha perecido hasta el nombre, no eran los menos suntuosos y ámenos los que hermoseaban las márgenes del Genil, pobladas de arboledas y frescuras. A la misma confluencia de aquel rio con el Dauro, que se abrazan como hermanos á la salida de la ciudad, se hallaba situada la deliciosa *huerta del Cadi* (*Ginalcadi* la llaman), perteneciente á aquellos príncipes; y no á mucha distancia, siguiendo el curso de la mansa corriente, el *jardin de la Reina*, con magníficos aposentos, de que aun quedan preciosos restos, como torres, miradores, estanques; y alguno de ellos tan espacioso, que consentia celebrar dentro de su recinto juegos y combates navales [2].

life, se vé el *Albercon de las Damas*: su nombre, su forma y situacion, resguardada la espalda por la cumbre del monte, dan á entender que estuvo destinado al uso de los baños. Cuya conjetura se robustece y confirma, al notar los vestigios de un aposento cuadrado, á la orilla misma del estanque, al cual suele llamar la gente deaquel pago *el Tocador de las Damas*: claro indicio de que allí iban á descansar y vestirse, despues que salian del baño.

[1] Aun subsiste en la actualidad la hermosa calle de laureles, así como la cascada que baja á los jardines desde el *cerro del Sol.*

[2] « Tenian tambien las reinas otra *casa de campo* en Genil, donde se hacian los saraos y casamientos de los alcaides, con estanques de argamasa tan grandes, que llenos de agua andaban con barcos en ellos, y han quedado vestigios en las mu-

Allí intentó Albo Hacen ofrecer á su esposa uno de aquellos espectáculos, que nunca habia visto; pero habiéndole hecho presente su valido Aben Hamet que las orillas del Genil eran poco sanas y apacibles en aquella estacion, y que sorprenderia mas á la reina el ver flotar bajeles en la cumbre de una montaña, convino de buen grado el monarca en que se dispusiese la proyectada fiesta en el *cerro de Dinadamar*.

El dia destinado al intento (que tan claro y alegre lo deparó rara vez el cielo) bajó Albo Hacen con la reina por los mismos jardines del palacio hasta las márgenes del Dauro; y pasando á la orilla opuesta, atravesaron un barrio delicioso, que por sus cármenes y vergeles habia merecido el nombre de *Haxariz*, ó barrio del recreo.[1]. Al salir de él, y apenas se vieron en lo alto de un suave

rallas de argamasa: lo demas está plantado de huertas.» (Pedraza, *Hist. ecles. de Granada*, part. 1a, pág. 42.)

Hasta aquí el citado historiador: el autor de esta obra ha tenido ocasion de examinar cuidadosamente dichas huertas, y va á presentar un breve resúmen de lo que hoy dia se nota en ellas, que pueda arrojar luz sobre lo que fueron en otro tiempo.

La primera se llama *Ginalcadí*, situada frente por frente del puente de Genil, y apegada al convento de los Basilios; pertenecia á los reyes moros, al tiempo de la conquista, y como tal pasó al dominio de la corona de España; actualmente es de propiedad de la casa del duque de Gor, igualmente que otra huerta, llamada *jardin de la Reina*, situada no lejos del Genil, al principio del camino de Armilla.

En el jardin alto de dicha huerta se ven los vestigios de haber existido allí un edificio del tiempo de Moros, segun la forma de los arcos y las labores con que estaban adornados. Hay una especie de torre, en cuyo piso alto se ven labradas las paredes con un primor tan exquisito como en las salas mas ricas de la Alhambra; corre despues al rededor una especie de faja ó cenefa, cuyos colores se distinguen todavía en el fondo, al cabo de tres siglos, presentando labores de estuco y letras enlazadas, segun uso de aquella gente. En la parte mas alta del muro, ya junto al techo, se vé una serie de nichos, divididos por columnitas pareadas, de forma caprichosa y bella, como si fueran otras tantas ventanas de aquel mirador. Despues arranca el techo, que termina en un embovedado de madera oscura entallada, semejante á otros que subsisten en la Alhambra.

En el jardin bajo es donde debian de tener su baño las reinas moras: aun subsiste un albercon grandísimo, mayor que cuantos hay en Granada; se vé el murallon de argamasa, como de dos varas de espesor: la forma del estanque cuadrada, y la extension de terreno que encierra de unos seis marjales, segun dijo el labrador.

Debajo de la casa que este habita, se descubren vestigios de obra antigua, con arcos de ladrillo y dos ó tres puertas. Parece probable que en el *jardin alto* estaba la casa de la reina; en el *jardin bajo* el baño, que se surtia del agua de una acequia, que pasa por el linde mismo de aquel terreno; y que al lado del baño tendrian al gunahabitacion para descansar y vestirse, como el *Tocador de las Damas*, junto á la alberca del propio nombre en Generalife, ó la sala que tiene los dos *alhamís* ó alcobas en los baños del palacio de la Alhambra.

En ambas huertas se han hallado soterrados algunos empedrados finos, losetas, azulejos, etc.; y en el jardin bajo, algunos caños de plomo; todo lo cual confirma las anteriores conjeturas.

[1] «Andando pues el tiempo, vino á extenderse la poblacion de la *Alcazaba nueva*, hasta llegar al propio rio Darro, donde se pobló otro barrio agradable y muy deleitoso, que llamaron el *Haxariz*, que quiere decir la recreacion y el deleite; el cual es muy celebrado en los versos de los poetas árabes, por las muchas

recuesto, hallaron dispuesta la magnífica cabalgada que debia acompañarlos; y en el centro dos caballos árabes, que parecian ensoberbecidos y ufanos por haber sido destinados á tan preciosa carga. El que se eligió para la reina, sin ser muy alto ni corpulento, ostentaba unas formas tan gallardas y airosas, que bien se echaba de ver su lozanía y ligereza; y hasta el color de la piel, que parecia una perla de oriente, y que realzaban la cola y crines mas negras y atezadas que el ébano, mostraba que le habian preferido por su singular hermosura. Pues los arreos eran cosa de ver, de tafilete color de púrpura, recamados de rica orfebrería, y sobre la espalda del brioso animal un guarnimiento de terciopelo verde, salpicado de estrellas de oro.

El apasionado monarca no apartaba los ojos de su esposa, que si bella como un sol se habia mostrado siempre, aun mas hermosa parecia montada sobre el corcel con gallardía y desembarazo, y ondeando á merced del viento el velo que cubria su cabeza.

A la entrada y salida de cada senda se elevaba un arco de enramadas y flores; de suerte que todo el camino semejaba un vergel. Cabalmente en aquella estacion del año, como que la naturaleza misma ostentaba á los ojos del rey de Granada los tesoros y riquezas que debia aquel suelo feraz al esmerado cultivo de los Arabes. Largas calles de olivos en las llanuras y collados; vides plantadas en los tajos y hasta en las hendiduras de las peñas; los granados de Siria ostentando su rojo fruto entre las verdes hojas; naranjos de Tánger, priscos de Damasco, madroños., azufaifos, membrillos, toda suerte de árboles frutales; y aun las cercas mismas formadas con higueras de Túnez, que no solo pagan su tributo al dueño, sino que defienden su heredad contra la codicia de los extraños [1].

En breve tiempo llegaron á la *puerta de Fajaleuz* (que aun subsiste en pié, cuando han desaparecido tantos reinos de la sobrehaz de la tierra), y se hallaron en el *collado de los Almendros*, que le prestó aquel nombre [2]. Por los altozanos de en frente se encaminaron paso á paso en busca de la *acequia de Dinadamar*; y siguiendo la orilla del retorcido cauce, que circunda la falda del

fuentes, jardines y arboledas que los regalados ciudadanos tienen dentro de las casas. Este barrio comienza desde *San Juan de los Reyes*, y llega hasta el rio Darro, donde está la parroquia de *San Pedro y San Pablo*, y la *Victoria* que cae en él.» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 5.)

[1] Los árboles frutales, que en este lugar se citan, así como otros muchos, los trajeron los Arabes á Europa; y á ellos se debe igualmente el cultivo de muchos granos, legumbres, plantas medicinales, que fuera largo y prolijo enumerar. (Véanse los *Nuevos paseos por Granada*, escritos por don Simon Argote, tom. 2°, pág. 73 y 74.)

[2] La puerta de *Fajaleuz* (y hoy corruptamente de *Fajalauza*) conserva en la actualidad su antigua forma, muy parecida á las demas que subsisten del tiempo de los Moros; se pasa por ella viniendo del *Albaicin*, para dirigirse al *cerro de Dinadamar*.

cerro, llegaron al pié de *la cascada*, que se despeña hirviendo de la altísima cumbre, y va á fertilizar con sus aguas cien cármenes y huertas.

Allí descansaron algun tiempo Albo Hacen y su esposa, maravillados de la frondosidad de aquel sitio, poblado de álamos blancos, de adelfas, de mirto silvestre: mas cuando luego treparon á la cumbre del monte, levantada por la misma naturaleza como una torre redonda, para dominar desde ella los dilatados campos, no encontraban palabras para expresar su admiracion [1]. En el centro se elevaba un *mirab* ú *oratorio*, de cuatro arcos iguales, y encima de las leves columnas un *mirador* con ajimezes y ventanas, que dejaban disfrutar en derredor las deleitosas vistas. A mano izquierda, por la parte del mediodia, el soberbio palacio de la Alhambra, el alminar de la mezquita mayor [2], torres, adarves, muros; mas allá la sierra Nevada, como un lienzo blanquísimo, descollando á manera de atalaya el pico de *Muley Hacena* [3]. Divisábanse luego las sierras del Padul, las de Alhama y de Loja; viniendo á cerrar á mano derecha el espacioso círculo las sierras de Elbeira, de Hisnaleuz, de Alfacar y de Viznar. En medio del magnífico anfiteatro, que formaba la cadena de montes, estendíase á su abrigo la dilatada Vega, sembrada de pueblos y alquerías, y cruzándose por todas partes las acequias y arroyos, como las venas del cuerpo humano que reparten el jugo y la vida.

Allá á lo lejos, por los tendidos campos, se descubria á trechos el Genil caudaloso; y al pié mismo del sitio en que se hallaban Albo Hacen y su esposa, ocultaba el Beiro su curso, como apremiado entre los cerros y avergonzado de su escaso raudal. En el repecho que formaban los montes fronteros, desde la márgen del rio hasta las altas cumbres, pacian al mismo tiempo millares de rebaños; y para ofrecer á los ojos del rey un cuadro apacible y sencillo, se veian en uno y otro cerro tiendas y cabañas de Arabes; recordando de esta suerte la cuna de un pueblo que habia logrado levantarse á tanto poder y grandeza.

Con el fin de disfrutar á placer tan halagüeña vista, colocáronse los reyes de Granada á la entrada de una verde gruta, donde manaba mas clara que el cristal *la fuente de la Gayomba* (no lejos ¡ay! de otra fuente, que al volverla á ver tras largos años arrancó lá-

[1] La cumbre del cerro es redonda, formando como una especie de mesa; motivo por el cual se llama comunmente el *Panderete de las Brujas*: habiendo la creencia vulgar de que allí se congregaban, en medio del silencio y obscuridad de la noche, para tomar vuelo desde aquella altura.

[2] *La mezquita mayor de la Alhambra* estaba situada no lejos de aquel palacio: despues de la conquista, se estableció allí la iglesia metropolitana de Granada; y hoy dia subsiste en aquel mismo sitio una parroquia, llamada por aquella causa *iglesia mayor de Santa María*. (Véanse los *Paseos por Granada*, escritos por el padre Echeverria, tom. 1°, paseo 37.)

[3] Este es el pico mas alto de *sierra Nevada*, ó por mejor decir de Europa, si se exceptuan meramente algunas cimas de los Alpes.

grimas de mis ojos [1]): y allí ofrecieron á Zoraya tan várias y esquisitas frutas, que casi rayaba en prodigio que hubiesen nacido todas ellas dentro del mismo reino: desde la naranja y el dátil de Africa hasta el níspero agreste y la manzana de los Alpes.

Apenas estaria el sol á mitad de su curso, flechando sus rayos sobre el *cerro de Dinadamar*, cuando se encaminó Albo Hacen con su esposa al lugar destinado para la justa, de allí poco lejano y guarecido del embate del viento por los vecinos montes. A su abrigo se hallaba situado un vastísimo estanque, la forma cuadrada, profundo el seno, recios los muros, y á cada extremo una elevada torre [2]. En una de ellas, casi arruinada hoy dia (la misma á cuyo pié se despeña un arroyo) se colocaron Albo Hacen y su esposa, descubriendo desde aquella altura todo el ámbito de la Vega, y dominando al propio tiempo el espacioso estanque. Habia este servido desde muy antiguo para baño de princesas y damas, por lo ventajoso de su situacion, en el regazo que forma el cerro y al amparo de su empinada cima; pero alguna vez, para ostentar los reyes de Granada su magnificencia y poderío, habian dispuesto en

[1] Al pié del *Panderete de las Brujas* se halla la *fuente de la Gayomba*, hoy casi cegada; tiene su manantial dentro de una cueva, y á la salida forma el terreno una especie de semicírculo, poblado de arbustos y de yedra, muy frondoso y ameno. Recuerda aquel parage la *gruta de la Sibila*, en las inmediaciones de Roma.

La otra fuente, á que aquí se alude, se halla en el *Cármen de las torres*, labrado por el padre del autor de esta obra, quien solia atribuir á aquellas purísimas aguas el recobro de su quebrantada salud.

[2] Por bajo del *Panderete de las Brujas*, en una especie de meseta que forma el regazo del monte, es donde probablemente estuvo situado el *Albercon*, á que hace referencia el historiador Pedraza: confirmándose esta conjetura, no solo por la identidad del sitio, en alto, al lado de la acequia y al pié de las cascadas, sino por los restos y vestigios que aun subsisten.

Es de advertir que todavía se llama, por una tradicion no interrumpida, *el Albercon del Moro:* se halla comprendido en el *cercado alto de Cartuja;* y á últimos ya del año de 1832, en que lo examinó el autor de esta obra, estaba plantado de olivos, y con hoyos abiertos para viñedo. Es de forma cuadrada, y cada uno de los lados tendrá unos cien pasos: el muro aun subsiste por algunas partes, de ocho piés de ancho, formado de argamason, pedruscos y arena con escasa cal, segun costumbre de los Moros. En uno de los ángulos que miran á poniente, se ven con toda claridad los cimientos y restos de una torre, de las cuatro que tenia en sus esquinas; y al otro extremo del mismo lado, se ven vestigios de otra torre, mediando entre ambas los vestigios del murallon que las unia.

Alzando las malezas y zarzales, se descubre que el agua entraba en el *albercon* por la parte de levante (que es por donde pasa la acequia y se despeña una cascada), hallándose el desagüe, segun las señas que aun se advierten, en el costado de poniente, que cae mas bajo; siendo probable que desde allí se distribuyesen las aguas, para regar los muchos *cármenes* de aquel ameno pago.

En los dos lados que corren de mediodia á norte, se descubren algunos restos del muro destruido; y á trechos se vé indicado el rastro por la yedra que hay apegada á las ruinas y escombros. Se ven tambien por aquellos parajes gayombos, murta silvestre y otras plantas semejantes.

La profundidad del *albercon* debia de ser de seis á ocho varas, atendiendo á que por algunas partes sobresale unas tres varas sobre el terreno el paredon antiguo; y viendo la hondura que tiene allí la tierra, así como las raices de los olivos que hay en ella plantados.

él juegos y combates navales [1]. El que iba á celebrarse con tan fausta ocasion, no cedia á ningun otro en aparato ni en grandeza: habian construido al efecto gran número de esquifes, aguzada la punta por ambos extremos, y moviéndose á todas partes con tanta soltura y presteza cual pudiera un pez en el agua. Los remeros que contendian para alcanzar el premio, estaban vestidos á la usanza africana, distinguiéndose los de uno y otro bando por sus divisas y colores; y tal era la ligereza de los bateles y tal el ímpetu que recibian de los nerviosos brazos, que apenas alcanzaban los ojos á seguir el sulco de las quillas. Partia veloz un cárabo, salíale otro al encuentro, mientras otro mas diestro atajaba á entrambos el paso: revolvíanse á veces á manera de remolino, apartábanse luego, se aferraban despues; y la confusion de las naves, el batir de los remos, la grita y vocería de los que se arrojaban al agua, de los que se salvaban á nado, de los que apellidaban victoria, ofrecian en aquella fiesta el simulacro de un combate.

CAPITULO IV.

Fiestas en la plaza de Bib-Rambla.

No bastaba al apasionado Albo Hacen escuchar las alabanzas y enhorabuenas de boca de sus cortesanos, que á fuerza de repetidas casi le causaban hastío; deseaba coronar su ventura presentando á su esposa á la vista del pueblo, para que admirase á su vez á la que habia prendado el corazon de su monarca. No buscaba este aprobacion, y mucho menos escusa; anhelaba, sin saberlo él mismo, halagar su pasion con el triunfo del amor propio, y poder decir en sus adentros: « No hay uno solo, de cuantos contemplan á mi esposa, que no envidie mi dicha. »

[1] Es digna de mencionarse la descripcion que hace de aquel parage un escritor que floreció dos siglos ha; cuya descripcion concuerda perfectamente con lo que ha observado por sí mismo el autor de esta obra: « Aquí se ven vestigios de lo que llamaron los Moros el *Albercon*, por su grandeza: era un estanque de cuatrocientos pasos en circuito; y tiene las paredes de argamasa, que el tiempo ha convertido en peña viva. Este *Albercon* se llenaba de agua de la acequia de Alfacar; y *en él hacian los Moros sus fiestas navales*, *en barcos y esquifes.* Aquí se bañaban las Moras, á vista de la Vega, sin ser vistas de ella. Y en este hermoso edificio, por la materia, por el sitio y antigüedad, está al presente plantado de árboles; es una huerta; transformadas sus aguas en frutales; y está de mas provecho, pero menos hermoso. Las murallas, que eran de ocho pies de ancho, con cuatro torres en las cuatro esquinas, se han vestido de yedra, encubriendo su vejez con ella, y las torres se ven llenas de retamas y gayombas, que parecen mayos con flores. Desde aquí se descubre toda la Vega, y las sierras de Cogollos, Colomera, Moclin, Elvira, Montefrio, Alhama, y la Nevada, que le sirven de fortísimos baluartes. Aquí se despeña dos ó tres veces la acequia de Alfacar, tres picas en alto; de suerte que se pasa por debajo sin mojarse, dejando el aire tan frio, que templa el tiempo de mayor calor. » (Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 4ª, cap. 41.)

Zoraya por su parte se complacia tambien (muger al fin y de pocos años) con la lisonjera esperanza de cautivar la admiracion del pueblo; prometiéndose tal vez por este medio acrecentar el amor del rey; por manera que los deseos de uno y otro concurrieron de consuno á que se apresurasen los festejos y alegrías con que habia de celebrar Granada las bodas de su príncipe.

Corto tiempo fue menester para los aprestos necesarios; porque tal era la riqueza de aquella ciudad, cabeza del estado, emporio de las artes, y en la cual se habian ido amontonando las reliquias y sobras de tantos reinos [1], que muy pocas ciudades, si es que alguna en el mundo, podian competir con ella en ostentacion y grandeza. Ni menos contribuia á ello la índole de sus moradores, valientes, industriosos, corteses, muy dados á las fiestas y galanteos; y en tan sumo grado, que servian tal vez de modelo á los mismos cristianos, á pesar del ódio alimentado en ocho siglos de contínua pelea. Los juegos de sortija y de cañas, que el roce y trato con los Moros introdujo en Castilla [2], eran quizá los espectáculos mas famosos de cuantos se celebraban en Granada, como que ofrecian la mejor ocasion de ostentar gala y destreza, granjeando al mismo tiempo los aplausos del pueblo y el cariño de las hermosas.

Todo concurria en esta ocasion á que fuesen aun mas magníficas las concertadas fiestas: los magistrados de la ciudad abrieron con mano franca su tesoro; preparáronse los Abencerrages y las tribus allegadas y amigas á desplegar su fausto y poderío, no menos para hacer alarde de su amor al monarca, que para dar en ojos á sus rivales; y solo se anubló el comun gozo con el temor de que los Zegríes y parciales de Aixa se negasen á concurrir á las fiestas. No fue posible sondear entonces, y harto mas difícil fuera escudriñar hoy dia, los motivos que movieron su ánimo á abrazar la resolucion que tomaron; mas lo cierto es que el pueblo, acostumbrado á que aquella tribu, tan audaz como poderosa, no dejase ningun agravio impune, no acertaba á volver de su admiracion y sorpresa, cuando supo que no solo habia condescendido con los deseos del monarca, sino que se disponia á presentarse en las cañas con mayor

[1] Aun subsisten en Granada algunos barrios, cuyos nombres comprueban que se poblaron con los moradores de las ciudades y villas que iban cayendo sucesivamente en poder de los cristianos: así, por ejemplo, el *Albaicin*, al norte de la ciudad, se pobló con los que vinieron de Baeza y de Ubeda, cuando las conquistó el santo rey; y el barrio de la *Antequeruela*, al mediodia de Granada, se pobló con los que abandonaron la ciudad de Antequera, cuando en el año de 1410 la conquistó el infante don Fernando.

[2] Tanto se habia arraigado esta costumbre, que despues de la conquista de Granada, cuando en el año de 1500 se encontraban los reyes católicos en aquella ciudad y la reina muy triste por la ausencia de su hija, la princesa doña Isabel, « para alegrarla dispuso el rey una fiesta. El dia de San Juan salió de gala, con toda la gente de á pié y de á caballo á la Vega. La reina con sus damas en hacanéas, donde *el rey hizo una escaramuza y jugó cañas.* » (Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 4ª, cap. 26.)

séquito y magnificencia que lo que tenia de costumbre. Ni faltó quien dijera entre el vulgo, de suyo suspicaz y malicioso : « ¿Juego de leones y tigres?... Harto será que no se termine con sangre. »

El lugar destinado al intento, como el mas cómodo y espacioso dentro del recinto de la ciudad, era la plaza llamada *Bib-Rambla*, ó sea *de la puerta del Arenal*; porque al pasar el Dauro junto á ella, le dejó las arenas y el nombre [1]. Era aquel recinto muy vasto, aun mayor que se muestra hoy dia, su forma regular, el terreno llano, cercado de edificios capaces de contener numeroso concurso, y tenia ademas la ventaja de ofrecer unos *miradores* magníficos, desde los cuales podian presenciar los reyes las carreras y juegos [2]. Aunque aquel sitio estuviese de antemano destinado á las juntas de los magistrados de la ciudad, y adornado por lo tanto con especial esmero, no se escaseó gasto ni diligencia para que apareciese digno de acoger en su seno á tan poderoso monarca; y aun para pagarle un tributo halagüeño, mostrándole los tesoros del suelo que regia, revistieron el pavimento del *mirador* principal con blanquísimos alabastros, y formaron en derredor un alizar ó zócalo de mosáico de distintos colores, ostentando la riqueza de mármoles que encierra el reino de Granada, tantos y tan preciosos que á ninguna comarca del mundo cede la primacía [3].

Salieron de la Alhambra Albo Hacen y su esposa por la puerta llamada *Bib-Laujar*, resguardada de una parte por la altísima torre

[1] Un escritor que vivió en Granada poco despues de la conquista, se expresa en estos términos : « La cuarta cosa (entre las siete memorables que contiene aquella ciudad) es una gran plaza y llanura, que poco ha se edificó por los cristianos, que llaman los Moros *Bibarrambla*, y dicen que significa *puerta arenosa*. Cuya forma es cuadrada: pero á semejanza de mesa : porque la longura es mayor que la anchura; y tiene en largo seiscientos piés, y en ancho ciento y ochenta : en la cual hay una fuente, alta é insigne, y todo el campo en derredor claro y apacible, con las casas emblanquecidas y muchas ventanas. » (Luc. Mar. Sic., *De los reyes católicos*, lib. 20.)

« Tiene esta ciudad cuatro plazas : la principal, la que sirve de teatro á sus fiestas, y por ellas fue celebrada de los poetas, es la plaza de *Bibarrambla*, que significa *del arenal :* es de forma de bufete, mas larga que ancha : midióla Lucio Marineo Sículo; y dice que tiene seiscientos piés de largo, ciento y ochenta de ancho : tiene á un tercio de ella une fuente redonda, de dos pilas de piedra parda, con cuatro caños de agua, y por corona un leon coronado, con un escudo de las armas de Granada. » (Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1ª, cap. 23.)

Esto se escribia hace dos siglos; y hasta estos últimos años ha subsistido la *plaza de Bibarrambla* tal como la describió aquel historiador.

[2] El mismo Pedraza habla de los *miradores*, desde los cuales presenciaba la ciudad las fiestas que se celebraban en la *plaza de Bibarrambla*. Se cree generalmente que en aquel sitio se reunian los Moros principales, encargados del buen gobierno de la ciudad; y no hay duda, por lo menos, de que allí estuvieron las *Casas consistoriales*, recien verificada la conquista.

[3] Son muchos y justamente celebrados los mármoles del reino de Granada; en especial el verde, del barranco de San Juan, y el blanco de la sierra de Macael, uno de los mejores que se conocen para la estatuaria. En la capilla de la catedral, donde yace enterrado el arzobispo don Manuel Moscoso de Peralta, se ven hermosas muestras de dichos mármoles, así como en la Cartuja y otras iglesias de Gra-

llamada *de la Vela*, quizá la mas antigua que labraron los Moros[1], y del lado opuesto por las *torres Bermejas*, cuyos cimientos firmísimos ocultan en la oscuridad de los tiempos el nombre de sus fundadores[2]. Bajó la régia comitiva por la calle *de los Gomeres*, la mas ancha tal vez de cuantas encerraba en su seno Granada, casi todas estrechas y torcidas, bien por apego de aquellas gentes á los usos de Africa, bien para guarecerse del ardor del estío, ó tal vez por resguardo y defensa[3]. Lo que no es posible encarecer con palabras

nada, no menos que en el convento de las Salesas Reales, de Madrid, y en algunos palacios de nuestros Monarcas.

Hablando del rio Genil un antiguo historiador, dice que « de allí se despeña por valles fragosísimos de peñas, entre aquellas sierras (*la Nevada*) y la de Güejar : y en él se hallan ricos mineros de jaspes matizados de diversas colores, de donde el rey don Felipe, nuestro señor, hizo sacar las ricas piedras verdes, de que está hecho su sepulcro en San Lorenzo el Real. » (Mármol, *Historia del rebelion*, lib. 1°, cap. 9°.)

[1] *La torre de la Campana* se halla situada en la parte mas alta de la Alhambra, llamada por eso la *Alcazaba*, y que debió de ser la que primero poblaron y fortificaron los Moros, segun su costumbre.

« Los reyes moros de Granada (dice un historiador) fundaron para regalo y presidio la fuerza del Alhambra ; juntando lo útil de la fortaleza con lo dulce de las delicias; que si bien bárbaros, eran sabios en esto. Comenzaron por una torre; y la primera fue la que llaman *de la Campana* : y los labradores llaman á esta campana el *reloj de la Vega;* porque hasta las once de la noche da dos golpes, y desta hora hasta las dos, tres golpes; y desta hora hasta que parece el alba, cuatro : y con ellos saben la hora que es, para madrugar á sus labores. » (Pedraza, *Hist. ecles. de Granada*, part. 1ª, cap. 26.)

Hasta nuestros tiempos ha seguido la misma costumbre, con cortas variaciones : por cuya razon se da comunmente á aquella torre el nombre *de la Vela*, y el mismo se da á la campana; acudiendo regocijados á tocarla las gentes de los alrededores de Granada, el dia en que se celebra todos los años la toma de aquella ciudad.

[2] Las *torres Bermejas*, así llamadas por el color que tiene la tierra, están situadas á la subida de la *calle de los Gomeres*, á mano derecha, labradas sobre lo alto de un monte, separado del que sirve de asiento á la Alhambra : entre uno y otro hay una garganta ó gollizo, que es la alameda llana, que empieza en la *puerta de las Granadas* y conduce á *Fuentepeña.*

Las *torres Bermejas* comprenden vários torreones y cubos; así como algunas estancias subterráneas, que se dice sirvieron de mazmorras (cuyo nombre conservan) para encerrar á los cautivos cristianos.

Examinando atentamente aquellas obras, se advierte que hay una parte renovada; otra que muestra claramente ser de tiempo de Moros; y otra aun mas antigua, labrada con losas bastas, de poco grueso y de color pajizo, que parece ser anterior á la dominacion de los Agarenos.

Un historiador, muy entendido en estas materias, y que escribia en Granada á mediados del siglo XVI, dice hablando del rey Alhamar : « Este mesmo rey edificó otro castillo pequeño, con su torre de homenaje, *en las ruinas de otra fortaleza antigua*, que debió ser la de la *villa de los Judíos;* y la llaman agora *las torres Bermejas.* » (Marmol, *Hist. del reb.*, lib. 1°, cap. 7.)

El padre Echeverria opina tambien que son obra del tiempo de los Romanos, y aun de edad mas remota. (*Paseos por Granada y sus contornos*, tomo 1°, p. 14.)

[3] Las calles de Granada debian de ser muy estrechas, segun uso constante de los Moros, y las muestras que de ello han quedado en la parte antigua de la ciudad.

Un autor, que estuvo en ella poco despues de la conquista, se expresa de esta suerte : « Los barrios y calles, que son muchas por la gran espesura de los edificios, por la mayor parte son angostas y tambien las plazas y mercados, donde se venden los mantenimientos. Las cuales, despues que Granada se tomó, se han

es el cuadro que ofrecia á los ojos la primera plaza, labrada sobre la espalda misma del rio; obra maravillosa, vestigio del poder romano, que ha resistido igualmente al curso de las aguas y al de los siglos [1]. En su espacioso ámbito se apiñaba un inmenso gentío, con el ansia de aclamar á Albo Hacen y de ver al paso á su gallarda esposa; en tanto que por la ribera del Dauro, por la calle de Elbeira, por las cuestas que bajan de una y otra colina, perdíase á lo lejos la vista, con tanta muchedumbre de guerreros, de pendones, de enseñas. Desde una plaza á otra, á la vera del rio, estaba el suelo alfombrado con flores; con flores estaban cubiertas las azoteas y terrados, cual si fuesen otros tantos pensiles; y las puertas y ventanas adornadas con preciosas telas y sedería, como para ostentar la opulencia de aquel barrio de la ciudad [2]. Al pasar Albo

hecho por los cristianos mas anchas é ilustres. » (Lucio Marineo Sículo, *De los reyes católicos*, lib. 20.)

Lo mismo se advierte en el primer mapa de aquella ciudad, hecho por Hoffnagel, á mediados del siglo XVI; y que se halla en la obra de Bruin, intitulada: *Civitates orbis terrarum.*

Un historiador, que escribia en Granada por aquel mismo tiempo, se expresa en estos términos: « Estaban las casas de esta ciudad tan juntas en tiempo de Moros, y eran las calles tan angostas, que de una ventana á otra se alcanzaba con el brazo; y habia muchos barrios donde no podian pasar los hombres de á caballo con las lanzas en las manos, y tenian horadadas las casas de una en otra, para poderlas sacar: y esto dicen los Moriscos que se hacia de industria, para mayor fortaleza de la ciudad. » (Marmol, *Hist. del reb.*, lib. 1°, cap. 11.)

[1] La *plaza Nueva* está fundada sobre la bóveda de un gran puente, por debajo del cual pasa el rio Darro: « Es el mayor (dice el Padre Echeverria) que se conoce en Europa y aun en el mundo. Un puente que tiene sobre sí una gran plaza, en que se han corrido toros, se han jugado cañas y sortija, se han celebrado tornéos; y es de tal magnitud, que ha tenido competente lugar para estos espectáculos, y bastante sitio para inmenso número de espectadores. »

Respecto de quienes labraron dicho puente, se expresa de esta suerte el mismo autor: « No se puede afirmar absolutamente que lo sea (obra de Moros); me parece que es anterior. El arranque y junta del arco tiene el aire romano, y los cimientos de él son mas profundos que lo que los Moros solian hacerlos. Se sabe que en esto de acueductos, puentes y arcos, es casi legítima esta consecuencia: es magnífico; luego romano. » (*Paseos por Granada*, tomo 2°, paseo 19.)

[2] La cria de la seda en Granada era muy productiva, y tenia gran fama en los tiempos antiguos.

Los escritores árabes celebran, como protector de ese ramo, al rey Mahomad, el cual « protegió mucho *la cria y fábrica de la seda*, y llegó á tanta perfeccion, que aventajaba á la de Siria. » (Conde, *Hist. de la dom. de los Arabes en España*, tomo 3°, pag. 37.)

Un autor, coetáneo de la conquista, habla de esta suerte, enumerando las cosas notables de aquella ciudad: « La séptima cosa, y de muy grande felicidad, de la ciudad de Granada, es un campo que llaman *la Vega*, muy grande y fertilísimo, así de panes como de todo género de frutos muy abundante: y de las hojas de los árboles de que se hace la seda, pagan sus dueños á los reyes cada un año *casi treinta y cinco mil ducados de oro*, y mas muchas libras de seda. » (Luc. Mar. Sic., *De los reyes católicos*, lib. 20.)

La sedería era uno de los ramos de industria y de comercio, que mas florecientes estaban en tiempo de los Moros de Granada: baste citar en comprobacion el testimonio de un juez tan competente como el célebre Navagero, embajador de la república de Venecia, el cual escribia lo siguiente á su amigo Rannucio, pocos

Hacen y la reina vertian las damas mil esencias y olores; y tal era el bullicio, tal el afan por mirarlos de cerca, que á duras penas podia ir abriendo paso la régia comitiva. Pero cuando asomó Zoraya por la plaza de *Bib-Rambla* no se oyó sino un solo grito : « *¡ Qué hermosa !* » Bien que era cosa de pasmo verla tan gentil y tan bella, y con ademan tan modesto entre aquella pompa y grandeza, que daba claras señales del candor de su alma. Pues la gala y atavíos fuera en vano querer encarecerlos : la vestidura de color de púrpura, entretegidos los hilos de oro y seda, y con labores peregrinas, remedando los brocados del Asia ; la garganta, el pecho, la frente, cubiertos de piedras preciosas; y en la cabeza un turbante de terciopelo carmesí, cuajado todo de menudo aljófar. Hasta las Moras mismas no volvian de su asombro, prendadas de aquella criatura celestial; y tanta era su admiracion y sorpresa, que ni siquiera dejaba campo á la emulacion ni á la envidia. Verdad es que las hijas de Granada no tenian tanta fama y renombre por su hermosura, cuanto por la gallardía de su talle, por su gracia y despejo, y aun mas que todo por la viva expresion de sus ojos ; mas á pesar de eso, como si ellas mismas desconfiasen de sus atractivos, solian aliñar el rostro con mentidos colores, y hasta ungir los cabellos con esencia de mirto, para que apareciesen mas negros y diesen realce á sus facciones [1]. No así la hermosísima reina, que ostentaba en su faz un color tan suave como el seno de una concha de oriente; siendo tal la blancura de su tez, y tan negras sus cejas y pestañas, que no habian menester sus ojos mas encanto y hechizo.

Colocóse sobre un rico estrado en el mirador principal, al lado de su esposo, y no lejos de su querida Arlaja, que estaba como fuera de sí con la satifaccion y regocijo. Seguian luego asentadas en dos hileras las damas y doncellas, á cual mas linda y galana,

años despues de la conquista de Granada : « Aquí se labra toda suerte de ropas de seda, que tienen gran despacho por toda España.... se hacen tafetanes muy buenos, y acaso mejores que en Italia, y sargas de seda y terciopelo, tambien de buena calidad. » (Capmany, *Memórias históricas sobre el comercio de Barcelona*, tomo 2°.)

[1] « Cuidaban mucho (las Moras de Granada) de hacer crecer sus cabellos, de que se hacian largas trenzas, con sartas de coral y ámbar; se ponian grandes collares de lo mismo y de otras piedras preciosas, como eran el topacio, jacinto, crisólito y esmeralda, que adornaban su pecho, cayendo con graduacion en forma de semicírculo. Animaban su tez por medio del albayalde y por el arrebol ; y hacian negros y crespos sus cabellos con una pasta, compuesta del carbon de la leña de mirto y de sus hojas mezcladas con aceite. Tambien usaban de un colirio, compuesto del zumo de las mismas hojas, en que ponian alcohol ó tutía, creyendo que volvia negros los ojos garzos. Tenian fama las Granadinas de ser las mas garbosas de la provincia; eran de ingenio agudo, y de fácil y graciosa produccion : gustaban mucho de los perfumes y aguas de olor; últimamente era tanto su lujo, que los historiadores lo califican de locura. » (Argote, *Nuevos paseos por Granada*, tomo 2°, pág. 58.)

Estaba tan arraigado entre las Moras el uso de pintarse el rostro y ennegrecerse el cabello, que subsistió largo tiempo despues de la conquista de Granada; y costó mucho trabajo extirpar aquella costumbre en la raza de los Moriscos.

ansiando cada una ver asomar por la plaza al querido de su corazon; y en el extremo opuesto, á espaldas del monarca, se hallaban colocados Aben Hamet Abencerrage, como alguacil mayor de Granada, los magistrados de la ciudad, y un gran número de alcaides y caudillos.

CAPITULO V.

De las principales cuadrillas que tomaron parte en aquellas fiestas.

A un tiempo sonó el eco de añafiles y de atabales por los cuatro ángulos de la plaza, y se vieron entrar las vistosas cuadrillas que estaban concertadas para los juegos. De las treinta y dos tribus principales, sosten y ornamento de Granada [1], habia elegido Albo Hacen las ocho mas esclarecidas, por descender muchas de ellas de estirpe real; y cada cual habia escogido despues la flor de sus guerreros, para salir airosa de la justa. Los primeros que desembocaron por la calle del *Zacatin* fueron los famosos Abencerrages, que traian su orígen de los antiguos reyes de Marruecos, y que en nadie reconocian ventaja en valor y generosas prendas. Venian montados en caballos mas blancos que la nieve, y tan gallardos y briosos que á duras penas podian refrenarlos sus dueños: los jaeces tachonados de argentería, los penachos y caireles de azul claro, la color del cielo, y encintadas las crines y las colas. Pues los caballeros eran cosa de ver: con sus marlotas de brocado de plata, salpicadas de esmeraldas y de zafiros; los pendoncillos de las lanzas blancos y azules, divisa de aquel linage, y en el centro la cifra ó la sobreseñal de sus amores.

Del mismo bando de los Abencerrages, unidos con ellos por los vínculos de la amistad y del parentesco, asomaron por el lado de la *Mezquita mayor* los Maliques Alabeces, descendientes de los reyes de Fez, como lo mostraba la corona de oro que traian en sus adargas, y al rededor esta letra: *de mi sangre*. Venian vestidos de brocado verde con recamos de plata, los bonetes de la propia color, y unos capellares finísimos, prendidos con tal garbo que iban flotando al aire. Los caballos de raza árabe, con ricos paramentos, y en los pretales y testeras lazos y estrellas de metales preciosos.

Detras de los Abencerrages, no desdeñándose de seguir sus pisadas, venian los Almoradíes, tan claros en linage como famosos por sus hechos. Provenian tambien del reino de Marruecos, y contaban entre sus mayores á los que sepultaron la monarquía goda en las márgenes del *rio de la muerte* [2]. Su fama y su riqueza fueron acre-

[1] Los treinta y dos linajes principales, que habia en la ciudad de Granada, cuando se encontraba esta bajo la dominacion de los Moros, se hallan mencionados uno por uno en la obra titulada: *Guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, cap. 3°.)

[2] El rio *Guadalete*, ó sea *rio de la muerte*, hubo probablemente de tomar este

ciéndose con el tiempo; y llegaron á ser una de las tribus mas poderosas de Granada, emparentando con sus propios reyes.

No menos se aventajaba en lustre y poderío la familia de los Alhamares, que si bien habia tenido su noble cuna en Africa, habia llenado los términos de España con la fama de sus proezas. Eran estos caballeros muy allegados á los Alabeces por aficion y deudo; y venian al par de ellos á ostentar en las fiestas reales su gala y gentileza.

Contaban unos y otros por competidores y rivales á los valerosos Zegríes, descendientes de los reyes de Córdoba, y dignos por su esfuerzo de su preclaro orígen. Mas era tal su altivez y arrogancia, que hasta tenian en poco la estimacion y aplausos del pueblo; causa por la cual los miraba este con cierto desabrimiento y desvío, como por despique y venganza. Odiaban de muerte á los Abencerrages, ya desde muy antiguo; competian siempre con ellos, así en juegos y fiestas como en veras y combates; y en la ocasion presente no quisieron quedarles en zaga en ostentacion y bizarría. Los caballos, mas negros que azabache, eran de raza cordobesa, corpulentos, briosos, anchos de pecho, la cerviz alta, las crines y la cola casi barriendo el suelo: los arreos y jaeces adornados de seda carmesí, y las hebillas y tachones de oro: obra extremada. Traian los Zegríes en la cabeza turbantes de color de fuego, que realzaban la gravedad del rostro; las aljubas y marlotas sembradas de medias lunas, á la usanza turquesca; y piedras de subido valor en los puños de los alfanges. Como allegados á esta tribu, venian á justar al par de ella otras tres de las mas ilustres: los Almohades, que blasonaban de descender de monarcas de Africa; los del linage de Aben Hamar, poderosos en paz y en guerra; y los Audallas, de Marruecos, ufanos de su estirpe y vanagloriosos de sus hazañas. Cada una de estas tribus se distinguia por sus colores y divisas; pero á la par se tenia por de menos valer el guerrero que no llevaba algun don de su dama, como prenda de la victoria.

Tras las huellas de las ocho cuadrillas entró gran muchedumbre de palafreneros y de esclavos, con sendos caballos de la brida, encubertados con ricas telas de diversos colores; y distribuyéronse todos al rededor del vasto palenque. Entre tanto lo recorrian los justadores, repartidos por los cuatro frentes, y gallardeando con los caballos, para ostentar su donaire y destreza; hasta que, á una señal de chirimías y trompetas bastardas, partieron á la vez apiñándose todos en el centro: allí formaron un vistosísimo caracol; remedaron al sol con sus rayos; y entretegieron tantos lazos y nudos, desenredándolos con singular presteza, que se fatigaban los ojos en aquel confuso laberinto.

nombre á causa del destrozo y carnicería que padecieron en su márgen los cristianos, cuando la entrada de los Arabes en España, que causó la ruina del imperio godo.

Al son de los instrumentos, y entre el estruendo de vivas y aclamaciones, compartiéronse luego en dos bandos; y trabaron una escaramuza con tal arte y maestría, cuanto que hasta el modo de pelear de aquellas gentes, heredado de los pueblos de Africa, parecia brindarse á estos simulacros de guerra : acometian de súbito, esparcíanse luego, tornaban otra vez; y desaperecian como por encanto de entre las manos de sus enemigos.

La antigua rivalidad entre unas y otras tribus, el ánsia de merecer la palma á los ojos del pueblo, y el estímulo del amor, no menos poderoso en aquellos pechos que el anhelo de gloria, todo contribuia á que se empeñasen con tanto ardor en estos simulados combates, como si en ellos se tratase de una verdadera pelea; pero cuando mas se echaba de ver la emulacion que los animaba y la sangre que hervia en sus venas, era al momento en que, terminada la escaramuza, disputaban de dos en dos el premio de la carrera.

Aconteció este dia un azar de leve momento; pero que se miró por la plebe como presagio de mayores desdichas : fue el caso que no pudiendo salir á justar el caudillo de los Abencerrages, por la suprema dignidad que á la sazon ejercia, venia capitaneando á aquella tribu el gallardo Albin Hamad, famoso ya por sus hañanas; pero como Mahomad Zegrí, cabeza de su tribu, se desdeñase de competir con ningun caballero de Granada, á no ser el caudillo de los Abencerrages, se negó á concurrir á las fiestas, teniendo á menos alegar escusa ni pretexto. Venia pues en lugar suyo otro caballero zegrí, de no menor esfuerzo, ya que no de tanta nombradía, deudo tambien de Aixa, y sediento como el que mas de lavar en sangre su afrenta.

Aplazóle para la carrera el caudillo de los Abencerrages: aceptó el Zegrí con un leve ademan, sin proferir ni una sola palabra; y partieron á media rienda, para colocarse en el extremo del palenque. Tanta fue la suspension de los ánimos al verlos allí juntos, que se hizo en toda la plaza un profundo silencio; levantóse la gente en pié, y ni á respirar se atrevia. A una señal, partieron como un rayo; y al notar el Zegrí que su rival le llevaba ventaja, clavó los acicates al corcel, abandonó las riendas, y asido de la crin escapó con tal ímpetu, que desbocado el caballo dió de pechos contra la meta. Sonó un grito en la plaza, de sorpresa y de espanto; pero el Zegrí se mantuvo firme, sin mostrar ni turbacion ni miedo; y solo se notó que se le alteraba la color del rostro, al oir los aplausos con que celebrada el pueblo la victoria de su competidor.

Otorgó el rey una breve tregua, para que tuviesen algun respiro los justadores de uno y otro bando, que todos se habian comportado á ley de buenos caballeros; y en tanto que cada cual apercibia su caballo y su lanza para el juego de la sortija, y recibia mil parabienes de sus deudos y amigos, ninguno de ellos quitaba los ojos de su dama, teniendo en mas una mirada suya que todos los aplausos del mundo.

CAPITULO VI.

Juego de sortija.

Al pié de los *miradores reales* (y lo mismo frente por frente en el costado opuesto) se elevaba un tronco, imitando una palma, las hojas verdes como esmeraldas, dorado el fruto, y las ramas tendidas y flexibles. Habia dos en cada árbol, á manera de brazos, que sobresalian sobre las demas, inclinadas levemente hácia el suelo; y en el extremo un cisne de plata, labrado con tan exquisito primor, que no parecia á lo lejos sino que el viento le rizaba las plumas. En el pico del ave se divisaba apenas una argolla de oro, prendida á una cinta de vistosos colores, que estaba enroscada y oculta en el cuello del cisne; y tal pulso y destreza se requería de los justadores, que partiendo á galope sobre el veloz caballo, habian de ensartar la sortija con la aguda punta de la lanza.

Victoreaba el pueblo con ruidosos aplausos al que salia airoso de tan difícil prueba; sin que fuese necesario preguntar cual era la Mora á quien servia el afortunado galan; porque las colores del rostro lo mostraban bastantemente, al ver al caballero dar vuelta á la plaza, lozaneando con el corcel y tremolando el liston en la lanza, encaminarse al lugar donde estaba su dama, y ofrecerle con corteses razones aquel leve trofeo.

Entre los que mas fama habian ganado en otras fiestas reales, se contaba tal vez como el primero al mismo Ali Zegrí, que ahora capitaneaba á esta tribu; el cual deseoso de borrar su reciente desaire, venciendo á su rival en el juego de la sortija, envió á decir á Albin Hamad que se holgaria mucho de correr con él tres lanzas. « Dí á tu Señor que soy contento en ello, » respondió el Abencerrage, sin mostrar desvanecimiento ni temor; y en diciendo esto, requirió con la mano el agudo hierro del asta, la blandeó con garbo y gentileza, y despues de dar sosegadamente media vuelta á la plaza, llevando tras sí las miradas y los votos del pueblo, partió como una exhalacion, inclinado el cuerpo, la vista fija, la lanza tendida y firmísima; en términos que, al pasar junto al árbol, se llevó la argolla y la cinta con la velocidad del pensamiento. Resonaron vivas y aclamaciones en todo el ámbito de la plaza; y solo Albin Hamad parecia no conocer el precio de su destreza y gallardía; tan cautivo traia el pensamiento en los amores de la hermosa Zelinda. Encaminóse pues hácia el lugar en que esta se hallaba, al lado de su madre; y así que hubo llegado al pié de la ventana, sin advertirse en el ginete el menor esfuerzo ni seña, inclinóse el caballo y dobló ambas rodillas; en tanto que su dueño ofrecia el liston á la gentil doncella, que lo cogió con sus propias manos de la misma punta de la lanza.

Aguardaba impaciente el Zegríá que volviese á su puesto el venturoso Abencerrage; y sin mas dilacion ni demora fue á disputarle el premio : ni aun siquiera se detuvo á describir el espacioso círculo; y partiendo desde lejos mas rápido que una saeta, arrebató como por encanto la sortija y la cinta. Admirado presenció el concurso la destreza de aquel caudillo; y sus amigos y parciales levantaron su alabanza hasta el cielo : creciendo en uno y otro bando el anhelo y zozobra hasta ver cual de ambos contendores lograba al fin el triunfo.

A la segunda suerte, se notó que el Abencerrage mostraba la misma serenidad y confianza, saliendo no menos afortunadamente de aquel lance que del primero; mas como se resintiese el orgullo de Ali, poco avezado á tolerar rivales, se traslucia en su ademan y rostro que á duras penas refrenaba su ira; y al coger la sortija en el árbol, fue tan violento el golpe, que quedaron retemblando las ramas.

Hasta aquel punto y hora se habia mostrado la fortuna igual á cada parte; con lo cual crecia por momentos el temor en unos, la esperanza en otros, la agitacion en todos. Ni un leve murmullo se oia, embargado el ánimo y la voz con tan penosa incertidumbre, cuando se presentó Albin Hamad á un extremo de la espaciosa tela, tan asosegado como antes, y sin que se advirtiése mas novedad sino que halagó blandamente el cuello del fogoso caballo, como quien dice en secreto á un amigo : « *Sàcame airoso de este lance.* »

Dió despues una vuelta, á galope suave y reprimido; y partiendo despues á escape, quiso la mala suerte que diese con el hierro en lo alto de la argolla, y que esta saltase en el aire; pero cogióla al vuelo, antes que tocase la arena, y ostentó el liston desplegado en derredor del espacioso circo.

Ni un solo instante duró el contento de su rival; y le dió tal vuelco el corazon, al ver la buena dicha del Abencerrage, que ciego de enojo y trémulo de ira, arrancó con mas furia que la vez primera; y sin ser poderoso á ensartar la sortija, dió con el hierro en el cuello del cisne. Errar el golpe, arrojar contra el suelo la lanza, y saltar á caballo el palenque, no fue visto ni oido : hasta creyeron todos que lastimado el orgullo del altivo Zegrí, se habia ausentado de las fiestas para ocultar su vergüenza y despecho.

Despues de dos competidores de tanta fama, contempló el pueblo con menos apego y ahinco las várias suertes de otros caballeros, á cual mas diestro y bizarro; hasta que, terminado aquel ejercicio, fueron todos á ofrecer á sus damas los despojos del triunfo, cercados de sus deudos y amigos, y aclamados del inmenso gentío.

CAPITULO VII.

Carreras y cañas.

No menos que por tercera vez mudaron unos y otros de caballo, para el juego de cañas, con que habia de coronarse la fiesta de aquel dia: y embrazando cada uno su adarga, al uso de Fez, y blandeando en la diestra el bohordo, para graduar el peso y medir el alcance, se apercibieron á la nueva contienda, distribuyéndose en las respectivas cuadrillas. Al frente de la de los Zegríes tornó á presentarse el mismo caudillo, pálido el rostro, la vista baja, el ademan grave y adusto; causando á los ojos del pueblo no poca estrañeza y maravilla que hubiese tornado tan breve, y que se prestase de buen grado á concurrir hasta el fin de las fiestas.

Comenzaron á salir de ocho en ocho los justadores de cada cuadrilla, pasando denodadamente delante de sus competidores, como provocándolos á la pelea; mas en el punto mismo partian como un relámpago, acosados por sus enemigos; mientras otros ginetes de su bando salian á la defensa, y picaban las espaldas de sus contrarios. Una vez y otra vez pasaban los guerreros, volvian, revolvian sobre sus pasos, arremetian y eran acometidos; escudándose á la par, arrojando el bohordo, salvándose de un nublado de tiros.... Pero cuando mas trabada parecia la fingida pelea, sonó en el centro de aquel remolino el grito de *traicion! traicion!* Al oirlo, despárcense los guerreros; corren en tropel á las armas; cual provoca, cual huye; amigos y enemigos se atropellan en el ciego conflicto. Aterrada la gente, quiere escapar y se cierra ella misma la huida; demandan unos su caballo, otros su alfange; claman las mugeres y niños; ruge el pueblo; se estremece la plaza.

Desde el primer momento habia querido el rey descender á la liza, para apaciguar por sí mismo el tumulto; mas lo habia estorbado su esposa, con instancias, con ruegos, con llanto; que si un instante se alejára de ella, la viera expirar á sus pies. Retrájole tambien de su propósito, si bien no costó poco á su altivez y aliento, el consejo de su valido, que puso de bulto ante sus ojos el riesgo á que exponia su persona y el reino, si era cierto, como se susurraba, que los alevosos Zegríes habian venido preparados para causar aquel escándalo, señal y preludio de la guerra civil.

Cundió de pronto esta voz entre la muchedumbre: repetíase, como cosa segura, que aquella tribu habia tendido el lazo á sus rivales; que por esa causa, y no por otra, habia concurrido á las fiestas; que traian cotas y jacerinas debajo de las ricas aljubas, y tiraban en vez de cañas, lanzas de agudos hierros; el gallardo Albin Hamad habia sido herido; quien habia seguido el reguero

de sangre, quien le habia visto moribundo, quien expirar en los brazos de sus amigos.

No era así por fortuna; pero aquel rumor vago no dejaba de apoyarse, como por lo comun acontece, en algun fundamento de verdad. Fue pues el caso (segun pudo saberse años adelante, cuando se hubo calmado con el tiempo el hervidero de las pasiones) que los Zegríes no vinieron aparejados para aquella traicion, con desmedro y quiebra de su honra, aunque sí estuviesen apercibidos para cuanto pudiera sobrevenir; y solo su caudillo, enconada la antigua llaga con uno y otro desaire de la suerte, habia asechado la ocasion de llevar delantero á su aborrecido rival, para arrojarle al soslayo la lanza. Bien porque no le diese tiempo para esquivar el cuerpo, bien porque el hierro falsease la adarga, lo cierto es que el Abencerrage sintió un rudo golpe en el hombro, sin recelar que estuviese herido; mas de allí á unos momentos, como se internase el dolor mas agudo, aplicóse la mano, y al sentirla empapada en sangre, revolvió como un leon en busca de su enemigo. Entonces fue la confusion, el tumulto: corrieron á las armas los Abencerrages, creyéndose vendidos; aprestáronse los Zegríes á la defensa, acusando á sus contrarios de calumnia y alevosía; mediaron de una y otra parte palabras acerosas; acudieron los amigos y deudos; cada guerrero, cada tribu voló á favorecer á su bando.

Empero la gravedad misma de tamaño acontecimiento, la sorpresa, la incertidumbre, el recelo que los de una y otra parcialidad tenian de que hubiesen sus enemigos preparado alguna celada, todo contribuyó á suspender por el pronto la fatal contienda. Habian creido los Abencerrages, y con cierto viso de certeza, que la acometida del caudillo zegrí no habia sido sino la señal para el degüello y carnicería; y temerosos de algun desman, viéndose desapercibidos, sin concierto, sin armas, en trage y son de fiesta, quisieron por lo menos vender caras sus vidas; y apellidando á sus amigos y parciales, salieron á rienda suelta de la plaza y fueron á guarecerse en un corto recinto, entre la *mezquita mayor* [1], de allí

[1] La *mezquita mayor* de Granada se labró á mediados del siglo XIV, « con gran magnificencia y con todo el primor del arte, » segun las expresiones de que se vale Conde, el cual bebió en las fuentes de los escritores árabes.

Respecto de dicha *mezquita* da un escritor los pormenores siguientes: « Era un edificio cuadrado, bajo de techos, formado en cuatro pequeñas naves, sostenidas de cuatro órdenes de pequeñas columnas de jaspe, que cada dos de ellas era arranque en su capitel de cuatro arcos; y por consiguiente estaban las naves todas entre cortadas de arcos á igual distancia. El espacio de la techumbre, que estaba entre cada cuatro arcos, se levantaba algo mas, formando cada espacio dicho una pequeña cúpula ó media naranja, primorosa y prolijamente trabajada. Tenia tres puertas: una al occidente, que estaba donde hoy la puerta principal del sagrario; otra al mediodia, que estaba donde hoy el postigo de la sacristía; y otra al norte, que estaba donde hoy la que sale á la catedral. El testero estaba al oriente, donde hoy la puerta de la sacristía, que está detras del altar mayor. » (Echeverria, *Paseos por Granada*, tom. 2°, paseo 17.)

poco lejana, y la régia *universidad*, último asilo del saber de los Arabes [1].

Recelosos á su vez, confusos, azorados, ignorando muchos de ellos quien era el causador de aquel escándalo, se habian salvado los Zegríes por el lado opuesto; y siguiendo en tropel la corriente del Dauro, se hallaron en breves momentos á las puertas mismas de Granada. Contaban allí con el escudo y amparo del *xeque* de su tribu, alcaide del castillo de *Bib-Taubin*, que defendia por aquella parte la entrada de la ciudad [2]; y como el orgulloso caudillo habia rehusado concurrir á las fiestas, apenas divisó á lo lejos la turba y polvareda, saltó sobre un caballo y les salió al encuentro.

En larguísimo espacio no pudo saber siquiera las circunstancias de aquel hecho: cada cual lo referia á su antojo; interrumpian unos; gritaban otros; instaban los mas porque no se malgastasen en vanas palabras tan preciosos momentos. Ya habia decretado el rey la destruccion de aquella tribu; ya venia Aben Hamet al frente de los suyos; ya se veian sus enseñas, sus armas.

Dios solo sabe lo que hubiera acontecido aquel dia, á no ser por la confusion y desaliento de uno y de otro bando: porque tal era el furor, tal el encono y la sed de venganza, que no se dieran por satisfechos sino con el exterminio de sus contrarios. Habia desaprovechado Albo Hacen el único momento que le deparó la fortuna, para apagar la llama antes de que cundiese: por colmo de ceguedad y desacierto tenia confiada la autoridad suprema al caudillo de un bando, entregando así su propia suerte, su corona, su vida, al embate de los partidos; en tanto que el pueblo, el inconstante pueblo, que habia perdido hasta la memoria de los estragos de la guerra civil, sentia desasosegado su ánimo, y aguzaba él propio las armas.

Intentaron en balde algunos ancianos, los sabios y alfaquíes ofrecerse como mediadores, llevando de una parte á otra palabras

[1] Reconquistada Córdoba por el santo rey don Fernando III, se recogieron en Granada los restos de las ciencias y de las letras, que con tanta gloria habian cultivado los Arabes en aquella ciudad, cabalmente en los mismos siglos en que habia sido tan general y profunda la ignorancia de Europa.

A mediados del siglo XIV se fundó la universidad de Granada, ademas de otros establecimientos y colegios, que servian á la instruccion y ornato de dicha ciudad. Segun la opinion mas acreditada, la universidad estaba situada donde hoy las *casas de cabildo*, cerca de la *mezquita mayor* y de la *casa del Alfaquí*; cuyos edificios tenian todos ellos la puerta en la plazuela por donde hoy se entra á la capilla real. (Véanse los *Paseos por Granada*, del padre Echeverria, tom. 2°, pág. 34; y los *Nuevos paseos*, de don Simon Argote, tom. 2°, pág. 106.)

[2] La *puerta de Bib-Taubin*, ó sea *de los curtidores* (probablemente llamada así, porque en tiempo de los Moros existian las tanerías á la salida del Darro, como acontece en la actualidad) tenia encima un torreon, que le servia de defensa. Despues de la conquista, los reyes católicos mandaron labrar un castillo en el mismo paraje, que tomó entonces y conserva aun el nombre de *castillo de Bib-Taubin*.

Por lo tocante á la puerta, que daba entrada al Campillo, se derribó en los primeros años de este siglo.

y consejos de paz : crecia por instantes la furia; urgia el peligro ; no quedaba esperanza.

Mas quiso el cielo , en sus juicios inescrutables, retardar por algun tiempo la ruina de aquel imperio , que habia de perecer en breve desgarrado con sus propias manos : y cuando ya sonaba la señal del fatal rompimiento , casi á punto de verterse la sangre , la sangre de hermanos y de hijos, quedaron en suspenso las armas por un acontecimiento inesperado.

CAPITULO VIII.

Llega á Granada el hermano del rey, y se interpone como mediador entre uno y otro bando.

El mismo dia en que se celebraron en la Alhambra los desposorios del rey, allanando el amor los estorbos y acortando los plazos , escribió Albo Hacen á su hermano la nueva de su enlace , no porque le amase entrañablemente, ni sintiese el natural deseo de compartir con un amigo la propia ventura y contento; sino para darle una muestra de predileccion y confianza , y alejarle mas y mas de Aixa y sus parciales. Hallábase á la sazon Abdilehi , ó bien sea el *Zagal* (como le nombraremos de aquí adelante) en la ciudad de Almería , situada orillas del mar, y casi al extremo del reino por la parte de oriente; ciudad rica y populosa, si bien decaida de su antigua grandeza , cuando emulaba y competia con la misma Granada. Habia ido allí aquel príncipe , so color de cerciorarse por sus propios ojos del estado de las fortalezas y costas , por lo que pudiese acontecer un dia, siendo tan quebradiza y poco firme la paz con los cristianos ; pero al mismo tiempo abrigaba la intencion y propósito de tantear los ánimos , y arrojar poco á poco las semillas para sus ulteriores designios. Mas franco y generoso por carácter, y quizá por flaqueza , no recelaba Albo Hacen la encubierta ambicion de su hermano ; y aun se holgaba en sus adentros de verle por lo comun ausente de Granada; porque sin llegar al punto de infundirle temores , su fama le hacia sombra.

Cuando llegaron al Zagal las nuevas del casamiento, grandísimo fue el gozo que recibió en su alma; pues de esta suerte se le lograba ver adormecido á su hermano en el regazo de su esposa, encendido y mas vivo que nunca el odio de Aixa, y á punto tal vez de estallar el rompimiento, en que libraba él sus esperanzas. Rebosó sin embargo su alegría al contestar al mensage del rey, haciéndolo con cierto encogimiento y tibieza, y abultando de propósito las muestras de sumision y de respeto ; pero al mismo tiempo indicó sagazmente cuanto le pesaba tener abierta á la sazon una de sus heridas, que le embargaba el pasar en persona á ofrecer al rey su homenaje, aunque esperaba verificarlo dentro de breves dias. Dueño así de sus

acciones, y pudiendo asechar á placer la ocasion y el tiempo, apenas supo los festejos públicos que en la ciudad se preparaban, concibió el designio de presentarse en ellos de improviso, como quien á costa de su propia salud ofrecia á su hermano aquella fineza; pero con la secreta mira de sorprender con su presencia al pueblo, y ver hasta qué punto podia contar con su voluntad.

Púsolo en ejecucion cual lo habia concebido: salió de Almería sin séquito, sin boato, sin revelar á alma nacida cual era su intencion; y tomando entre una y otra cadena de montañas la senda que conduce á Guadix, se detuvo de oculto en esta ciudad hasta la misma noche que precedió á las fiestas. Caminó toda ella sin tregua ni descanso; mas la oscuridad, la ventisca y lo fragoso y agrio del terreno le detuvieron muy á pesar suyo, en términos que aun se hallaba á no poca distancia de Granada al clarear el dia. Aguijó impaciente el caballo, ansioso de medir la distancia y el tiempo; mas por grande que fue su presteza, ya estaba el sol á la mitad de su curso cuando avistó los muros y las puertas de la ciudad.

Apenas hubo penetrado dentro de su recinto, empezó á notar cierto desasosiego y bullicio, mayor que de costumbre; latióle el corazon y apresuró el paso, creyendo que tal vez la fortuna le traia la ocasion á las manos; y de allí á unos instantes, vió agolparse la gente, cercarle y referirle de mil maneras el aciago acontecimiento. Quedó al pronto suspenso, no acertando á resolver en tan premioso lance; mas así que hubo columbrado con su profunda astucia que aquel no era mas que el amago de la guerra civil, pero que ambos partidos vacilaban antes de descargar el primer golpe, concibió que era llegado el momento de acudir en defensa del rey y sostener su autoridad; haciéndolo de suerte que todos se apercibieran de cuan poderoso era su brazo para inclinar á una ú otra parte la balanza.

Aun no habia llegado á la plaza, estorbándolo el confuso gentío, y ya traia en su seguimiento una muchedumbre de guerreros, acostumbrados á pelear bajo su estandarte, y á proclamar su nombre como signo del triunfo; y cuando llegó el rumor á los oidos del rey, y demandó la causa, apenas tuvo tiempo de asomarse á los *miradores*, cuando vió llegar á su hermano, saltar en tierra, y arrojarse á sus plantas: «¡Aquí me tienes, Albo Hacen! ¿Hay alguien tan osado que se oponga á tu voluntad?» — Pronunció el caudillo estas palabras con tanta entereza, sin embargo de oírsele el sobrealiento de la agitacion y del cansancio, que bien se echaron de ver los brios de su corazon; y no obstante que el rey apenas acertó á responderle, sobrecojido de sorpresa, le alzó del suelo y le estrechó en sus brazos; no pesándole tal vez, en aquel conflicto, hallar este arrimo y apoyo. Pues tal era la extraña condicion de aquel monarca, que sin ser pusilánime ni temeroso, antes bien despreciador de su propia vida, le arredraba el bulto de cualquier empresa, que requiriese resolucion y aliento. Así es que en aquel trance, al ver cercano el riesgo, y cuando ya se escuchaba el rumor de las armas,

aun permanecia indeciso, suspenso, irresoluto; temiendo por un lado el ódio de sus enemigos, que no recataban los deseos de arrojarle del trono, y sin atreverse á echarse en brazos de sus amigos y parciales, por no quedar sometido á su voluntad.

Como tabla de salvacion miró el rey á su hermano, así que hubo vuelto de la sorpresa que le causó su inesperada venida; y sin mas anhelo y afan que alejar á toda costa el inminente riesgo, ordenó que en aquel mismo punto viniese Aben Hamet á su presencia; y encomendó al Zagal que volase sin pérdida de instante á contener á los Zegríes. Obedeció el caudillo, mostrándose complacido y ufano de la confianza del rey; mas resolvió en su ánimo no invocar siquiera su nombre ni prevalerse de su autoridad; antes bien hacer muestra y alarde de su propio influjo y poderío.

A poco de haber salido por la *Puerta de Bib-Rambla*, buscando la corriente del Dauro [1], ya vió el príncipe á los Zegríes cubriendo una y otra ribera, hasta donde cruza el Genil : hallábanse preparados al combate, aguardando de un momento á otro la acometida de sus enemigos; y al ver arremolinarse á lo lejos el espeso gentío, sin ser parte á atinar la verdadera causa, arrojaron el grito de pelea y blandieron en el aire sus lanzas. Apenas les dió tiempo la ira que los cegaba para divisar un pendoncillo blanco, que venian tremolando delante del Zagal; y al escuchar su nombre, repetido de boca en boca como otros tantos ecos, prorumpieron á su vez en aclamaciones, y saliéronle al paso.

De ver era por cierto la gravedad y gallardía con que atravesó el príncipe por aquella cerrada turba, mirando afable á unos, apellidando por su nombre á otros, sobreponiéndose á todos sin desvanecimiento ni arrogancia; y como preguntase con especial esmero por su compañero en los combates, *alli está!* le gritaron, y le condujeron casi en hombros á donde Mahomad se encontraba. Mucho se holgó el caudillo de ver venir en su busca á tan valiente príncipe; y conociendo el sumo precio de granjear su buena voluntad, no escusó tributarle á vista de los suyos toda suerte de homenage y de respetuosos obsequios. Apartáronse un breve trecho cuantos al rededor se hallaban, á pesar del ánsia que tenian de contemplar de cerca á dos caudillos tan famosos; y despues de un secreto coloquio, que de nadie fue oido, solo se escuchó al príncipe decir en voz mas alta : «No me engañé, Mahomad, cuando confié en tu prudencia : no faltará ocasion á estos valientes para lucir en el campo

[1] « Esta puerta, en tiempo de Moros, se llamaba de *Bibarambla* ó *del Arenal*, por la vista que daba al rio Darro, y por la mucha arena que dejaba inmediata á esta puerta, por formar una especie de recodo. Despues se ha llamado *de los Cuchillos*, por estar colgados á un lado de su arco las romanas y pesos faltos, como aparecen algunos hoy dia. Ultimamente se llama *de las Orejas;* porque en el año de 1621, en la proclamacion del señor don Felipe IV, se hundió una casa contigua á esta puerta, en donde perecieron algunas mugeres, á las que cortaban las orejas para robarles las arracadas ó pendientes. » (Echeverria, *Paseos por Granada*, tom. 1°, paseo 7°.)

su esfuerzo; mas no permita Alá que lo llore hoy Granada! » Resonaron mil vivas en derredor del príncipe, que regració á los guerreros con su ademan y rostro: y como si echase menos á Alí, y le buscase con la vista, le divisó entre otros caudillos, y le dijo de lejos: « ¿Dónde estás?, que no te encontraba?... Bien se conoce que no te han visto en los combates los que así te calumnian: yo siempre ví á tu lanza herir el pecho y nunca las espaldas. » Calló al pronto el Zegrí, sin acertar con la respuesta; que no se atrevia á confesar aquella accion bastarda, y tenia á mengua mancharse con villana mentira. « Si el Abencerrage imagina que soy yo quien le ha herido (contestó al fin, no sin turbacion y embarazo), ¿por qué retarda la satisfaccion y el desagravio? » Mostróse satisfecho el Zagal con aquella torcida respuesta; y abrumando al caudillo con el peso de sus elogios, para atarle de esta suerte las manos, dejó encomendado á Mahomad que no le perdiese de vista, y procurase templar el ardor de los suyos; que el mismo príncipe salia fiador con su palabra de que no serian acometidos ni insultados por parte de los Abencerrages.

Cuando volvió el Zagal á donde el rey se hallaba, estaba en su presencia el caudillo de aquella tribu, como pesaroso y malcontento de que hubiesen detenido su brazo; porque ademas de su altiva índole y del deseo natural de venganza, sentia á par de muerte que se le escapase de las manos tan buena coyuntura; teniendo á favor de su bando la autoridad del rey, no menos que el apoyo del pueblo. Hubo empero Aben Hamet de encubrir su desabrimiento, al oir de los labios del monarca su resolucion y mandato; y cerciorado al mismo tiempo de la llegada del Zagal, y como ya le avistase de lejos, compuso el rostro y ademan; como quien viendo perdida la ocasion, aparenta ofrecer de buen grado lo que ya le robó la fortuna.

« Feliz y mil veces dichoso debes reputar este dia (le dijo el príncipe al llegar á su lado): te has comportado como quien eres, leal y caballero; y tienes la buena dicha de no haber empañado tu acero con la sangre de tus hermanos. » Inclinóse el caudillo, en señal de veneracion y agradecimiento; y sin darle tiempo á que contestase, acercóse el Zagal al rey, y le felicitó por haber depositado en tan buenas manos una parte de su autoridad.

Complacióse no poco el monarca, al oir de boca de su hermano alabanzas de su valido; porque le punzaba el recelo de que se mirasen como rivales, ya que no como enemigos; y juzgando por su propio corazon el ageno, confirió con entrambos acerca de los medios de apaciguar los ánimos y de aserenar la ciudad; partiendo Aben Hamet con esta intencion y designio, en tanto que el Zagal, por mayor demostracion y fineza, se encaminaba cuidadoso en busca del Abencerrage que habia salido herido.

Hallóle envuelto en su almalafa, recostado sobre las losas, á la misma puerta de la universidad; y no pocos esfuerzos costaba á sus deudos y amigos contener su furor, aguijándole el ánsia de ir

á vengar su agravio. Abrió paso la turba, así que hubo reconocido al príncipe; y al querer el guerrero ponerse en pié y arrojarse á sus plantas, lo estorbó el Zagal con blandas razones, poniendo su propria mano sobre las ligaduras del hombro. « Mucho me duele, Albin Hamad, que en un dia de júbilo y regocijo haya corrido la sangre de tan buen caballero. » — « La sangre con sangre se lava, » contestó el caudillo; y arrojó un profundo sollozo, como si se creyese afrentado. En larguísimo espacio no levantó del pecho la cabeza; y apenas contestó una que otra palabra á la razones que el Zagal le decia; lo cual advertido por este, y no queriendo malgastar sus instancias y ruegos, en desdoro de su autoridad, dijo al Abencerrage con cierto vislumbre de queja : « Poco te merezco, á fé mia, pues que rehusas hacer en mi obsequio el sacrificio de tu ofensa; mas ya que de tí no lo alcance, débate á lo menos tu patria que no quieras arrastrarla á su ruina. » Sonrojóse el caudillo, clavándosele en el pecho á manera de flechas aquellas punzantes palabras; y entre resentido y vergonzoso murmuró solamente estas voces : « Yo no anhelo sino mi desagravio; míreme cara á cara quien me hirió con alevosía. » — « Bien está (replicóle el príncipe con acento ya mas suave) : recóbrate de tu herida, para que puedas manejar las armas; y si entonces te obstinas en demandar venganza, que no sea por lo menos dentro de la ciudad.... ¿ No está cerca la *fuente del Pino?* »

Era este sitio tan nombrado para duelos y desafíos [1], que al punto comprendió el caudillo lo que el príncipe queria decirle, y mostrándole con sumiso ademan que era gustoso de ello, le besó la orla de la vestidura y hasta le siguió algunos pasos, como deseoso de recobrar su buena gracia antes de que partiese. Despidióse el Zagal con repetidas muestras de afabilidad y de estima : y recibiendo al paso vivas y aclamaciones, con semblante modesto y el corazon alborozado, no descansó en todo lo restante del dia, acudiendo solícito de una parte á otra, sosegando la gente, instándola á volver á sus hogares; en términos que al punto de irse ya atezando la noche, solo se oia en la ciudad un confuso murmullo, como el que resuena en la playa despues que pasó la tormenta.

[1] La *fuente del Pino* se ha hecho famosa, á causa de que en una obra tan popular como las *Guerras civiles de Granada* se señala aquel paraje como propio para duelos y desafíos; se verificó con el del valiente Albayaldos y el maestre de Calatrava. « Y se fueron por el camino de *Albolote* (dice Gines Perez de Hita) un lugar que es dos leguas de Granada, á la *fuente del Pino*, tan nombrada y celebrada de los Moros de Granada y su tierra. » (Obra citada, pág. 211.)

Dicha fuente subsiste hoy dia, y con el mismo nombre, en el término del lugar de Caparacena, lindando con el de Albolote; el paraje en que está situada presenta un aspecto agreste y sumamente pintoresco, por los árboles y arbustos que le dan sombra y frescura.

CAPITULO IX.

Se perpetua el tristísimo recuerdo de aquellas fiestas en versos y cantares.

Aunque se hubiese impedido por tan extraño modo el derramamiento de sangre, que iba á correr á rios, quedaron tan ulcerados los ánimos y las armas tan prontas, que era menester poco menos que cerrar de intento los ojos, para no ver el nublado de males que ya amenazaba. Así no es maravilla que se percibiese en la ciudad cierto desasosiego y tristeza, menos como recuerdo del amago pasado que como anuncio del daño futuro; y el pueblo, que por una especie de instinto antevé muchas veces trastornos y mudanzas (cual suelen azorarse las aves antes que retiemble la tierra), acogió con escaso crédito las promesas de reconciliacion y de paz, con las cuales procuraba el monarca que acabasen de allanarse los ánimos. Tanta mella habian hecho en el pueblo las malogradas fiestas (y mas cuando con el tiempo vió confirmado el aciago pronóstico), que conservó su memoria en versos y cantares, de los cuales ofreceremos aquí algunos, como por via de descanso para esparcir el ánimo de los lectores: debiendo meramente advertir que, trasladados de su propia lengua á una extraña, han perdido gran parte de su frescura y lozanía; pues acontece á los versos y á las palabras lo mismo que á los árboles y á las flores, que por lo comun se marchitan al trasplantarlos de un terreno á otro.

ROMANCE I.

Para festejar las bodas
De Albo Hacen, rey de Granada,
Con la flor del Paraiso,
Con la divina *Zoraya*,
La de los negros cabellos,
La de las luengas pestañas,
Que la hermosura y el nombre
Robó al *lucero del alba*,
Vasto palenque aperciben
En la magnífica plaza,
Que cubre el cercano rio
Con sus arenas doradas.
Como flores en vergel,
Se ven doncellas y damas,
Coronando los terrados,
Ajimeces y ventanas.
No hay una que no suspire,
Presa de amores el alma;
No hay una que no haya dado
Divisa, liston ó banda.
Al son de los anafiles,
Todas al par se levantan,

Descolorido el semblante
Entre el susto y la esperanza :
A su amor buscan los ojos,
A su amor que mucho tarda,
Y á lo lejos le columbran
Al entrar en Biba-Rambla :
Con alma y vida le siguen
En la fingida batalla;
Y si mil veces le pierden,
Otras mil veces le hallan.
Entre tanto los guerreros
Lucen su destreza y gala,
En caballos andaluces
Que al viento sacan ventaja :
Parten, corren, vuelan, llegan,
Tornan, giran, se adelantan,
Como veloz remolino
En los desiertos de Arabia :
Lazos y nudos enredan,
Y con arte los desatan ;
Y tantos círculos forman
Como la lluvia en el agua.
Ya se apiñan y confunden,
Haces con haces mezcladas ;
Ya se comparten en bandos
Y se disputan la palma.
El gallardo Albin Hamad
En la carrera la gana;
Y haciendo mesura al rey,
Vuela á los pies de su dama.
Hasta el caballo parece
Que ufano va con la carga :
La crin inquieto sacude ;
La cola pomposo arrastra;
Y al llegar frente á la Mora,
Cual por encanto se pára :
Ambas rodillas en tierra,
La altiva cerviz levanta,
Y con ruidosos relinchos
El premio ufano demanda.

ROMANCE II.

¡ Cuán hermoso el sol radiante
Brilla en los cisnes de plata,
Que se columpian al viento
Sobre las flexibles ramas!
Cándidas plumas ostentan
En pecho, cabeza y alas,
Como si el céfiro mismo
Con su soplo las rizara ;
En tanto que de los picos
Penden argollas doradas,
Con cintas de mil colores
Que los del iris retratan....
Mas levántase la gente,
Y hasta el aliento le falta,
Al mirar que Albin Hamad

A nueya lid se prepara:
La aguda punta requiere,
Al aire blande su lanza,
Y el cuello del alazan
Con blanda mano regala.
El vasto circo recorre
Con grave ademan y pausa;
Y parte luego veloz,
Como flecha disparada:
Vencido el cuerpo adelante,
La vista en la argolla clava;
Y al punto mismo la cinta
Luce en el hierro del asta.
Al par celebran el triunfo
Las músicas acordadas;
Da roncos vivas la plebe;
Flores arrojan las damas.
No dejó tiempo el Zegrí
A que el aplauso durara;
Que ya en sus venas sentia
Hervir la sangre africana:
Rápido cruza el palenque,
La leve sortija ensarta,
Y á un page arroja la cinta
Con desdeñosa arrogancia.
Dos veces ambos rivales
De su destreza hacen gala;
Y dos veces la fortuna
Con sus dones los iguala.
Mas al llegar la tercera,
Quiso la suerte contraria
Que al golpe de Albin Hamad
Argolla y cinta saltaran:
Vencido ya le reputan;
Un ¡ ay! resuena en la plaza;
Y la turbada Zelinda
Los ojos confusa baja;
Pero el diestro Abencerrage
Ni se inmuta ni desmaya;
Y al vuelo coge la cinta,
Antes que al suelo tocara:
Tremolándola en los aires
Da una vuelta á Biba-Rambla;
Y del undoso liston
Pendientes lleva mil almas.
Cegó el Zegrí por no verlo,
Cegó de cólera y rabia,
El rostro mas encendido
Que su turbante de grana.
Ni un punto aguardar consiente:
El duro acicate clava;
Y con el vientre el corcel
La leve arena levanta.
Derecho va contra el árbol,
Y al pié de su tronco pasa,
Con tal ímpetu y violencia
Que se estremecen las ramas:
Mientras furioso el Zegr

Trémulo tiende la lanza,
Y sobre el cuello del cisne
La aguda punta resbala...
No fue ni visto ní oido :
Cruzar la inmensa distancia,
Errar el golpe, y saltar
Cual veloz tigre de Hircánia,
Elsuelo retembló al golpe,
Cuando traspasó la valla;
Y un alarido de espanto
Sonó en la anchurosa plaza.

ROMANCE III.

Zegríes y Abencerrages
Se aprestan á jugar cañas:
Alá quiera que las fiestas
No terminen en desgracias....
¡ Ay de Granada!
Rétanse entrambas cuadrillas
Con desdeñosas palabras,
Con ademan altanero,
Con insolentes miradas....
¡ Ay de Granada!
Haciendo ostentoso alarde,
Fingido combate traban,
En la mano los bohordos,
La mente puesta en las armas....
¡ Ay de Granada!
Nube de frágiles dardos
Los rayos del sol empaña;
Y el pueblo inocente aplaude,
Sin ver su ruina cercana....
¡ Ay de Granada!
Para los tiros livianos
Fuertes son esas adargas;
Mas no para agudos hierros
Valen aljubas bordadas....
¡ Ay de Granada!
Entre el tropel de ginetes
Ali Zegrí se adelanta,
Y del odiado rival
Ni un punto la vista aparta....
¡ Ay de Granada!
A todas partes le sigue,
Le asecha al volver la espalda;
Y alzándose en los estribos,
Rudo golpe le descarga....
¡ Ay de Granada!
Vuelve Albin Hamad el rostro,
Sospecha la accion villana,
Aplica al hombro la mano,
Y en propia sangre la empapa....
¡ Ay de Granada!
Traicion! gritó entre rugidos;
Traicion! sus parciales claman;
Traicion! repitió la gente;
Traicion! el eco zumbaba....

¡ Ay de Granada !
Despavorido huye el pueblo
De terrados y ventanas ;
Ciérranse á un tiempo cien puertas ,
Y se estremece la plaza....
¡ Ay de Granada !
Entre llantos y lamentos
Suena el rumor de las armas ;
Y brillan las duras cotas
Bajo las mentidas galas....
¡ Ay de Granada !
Corren los Abencerrages ,
Y en la mezquita se amparan ,
Gritando á la airada turba :
Venganza , amigos , venganza !....
¡ Ay de Granada !
Corren al par los Zegríes ,
Y al combate se preparan ;
En sed de enemiga sangre
Ardiendo labios y entrañas....
¡ Ay de Granada !
« Tened , por Alá , tened :
¿ Os ciega tanto la saña ,
Que no veis ya del cristiano
Las enseñas desplegadas ?....
¡ Ay de Granada !
Mirad no llegue algun dia
Al pié de nuestras murallas ,
Talando campos y mieses ,
Quemando templos y casas....
¡ Ay de Granada !
Mirad no lloreis ya tarde
Esas torres derribadas ,
Y en vuestra sangre teñidas
Del Dauro y Genil las aguas....
¡ Ay de Granada !
Las tumbas de vuestros padres
Por el infiel profanadas,
Vuestras esposas cautivas ,
Y vuestras hijas esclavas....
¡ Ay de Granada ! »
Esto dijo un alfaquí :
Y se encaminó á la Alhambra ,
Clamando con triste acento
Por las calles y las plazas :
¡ Ay de Granada !
Cundió confuso el rumor,
Y los ánimos embarga ;
Y en la medrosa ciudad
Solo esta voz se escuchaba....
¡ Ay de Granada [1] !

[1] He escogido este metro por ser el mas popular en España , desde muy antiguo ; y ademas por la razon que indicó en su obra un autor muy versado en las cosas de los Arabes : « Aun en esta parte he querido imitarlos en la traduccion , haciéndola en nuestro verso de *romance* , que es el género de composicion la mas usada en la métrica arábiga , de donde procede sin duda. Y los he hecho imprimir como ellos los escriben ; porque cada dos versos de nuestros romances equivalen á uno ará-

CAPITULO X.

Situacion en que se encontraban los ánimos, cuando volvió Aben Farruch á Granada.

Dos lunas habian trascurrido desde las fiestas de *Biba-Rambla*, que trocó en desventuras un vuelco de la suerte, sin que hubiese sobrevenido en la ciudad ningun suceso digno de mencionarse. Permanecia el monarca cada dia mas prendado de su gentil esposa, si bien á pesar suyo le salteaba el recelo de que no fuese aquella calma estable y duradera; y sin llegar al punto de mostrarse desconocido ni ingrato, como que le escocia en sus adentros, una vez alejado el peligro, que se debiese á su hermano el haber conjurado la tempestad.

Aun menos envidiable, si al parecer no menos dichosa, era la suerte de Zoraya: amaba de corazon á Albo Hacen; y en verdad pudiera decirse que para ella el mundo se reducia á su esposo; mas sin darse cuenta á sí misma del motivo de su tristeza, sentia un descaecimiento, un disgusto, aun mas grave y penoso por el anhelo mismo de ocultarlo. Cuidaba sobre todo con especial ahinco de no mostrarse apesarada á los ojos del rey, no imaginase acaso que estaba arrepentida; pero ya fuese que el corazon leal le anunciase desdichas, ya que el recuerdo de las malaventuradas fiestas le hubiese hecho mas honda impresion en el ánimo, trayéndole á la memoria otro lamentable suceso, lo cierto es que no podia desechar de su mente la tristeza que la aquejaba; y mas de una vez dijo á su amiga, arrasados en lágrimas sus ojos: «¿Ves, madre mia, cuán fatal es mi estrella? No hay para mí dicha ni contento, que muy en breve no se acibaren.»

Procuraba la solícita Arlaja consolarla con blandas razones, con reconvenciones á veces, á veces con caricias; pero aunque no tuviese Zoraya nada que contestarle, y acabase por esconder la cabeza en su seno, por lo comun le decia al separarse, y no sin pena y desaliento: «Dios te oiga, madre mia; y que mi corazon sea quien me engañe?»

Entre tanto parecian mas tranquilos los ánimos de la ciudad: las tribus enemigas, si bien no habian renunciado á sus designios y venganzas, se contemplaban desde lejos, median el terreno y las fuerzas, mientras llegaba la ocasion de venir á las manos: habia vuelto insensiblemente el pueblo á sus ocupaciones y tareas, faltando quien diese pábulo á su furor y á sus pasiones; y hasta el mismo caudillo de los Abencerrages, porque no le echasen en rostro que se prevalia de su autoridad como magistrado, para vengarse

bigo, que ellos dividen en dos partes.» (Conde, *Historia de la dominacion de los Arabes en España*, tom. 1°, pág. 11.)

á mansalva de sus enemigos, evitaba con cuidadoso esmero cuanto pudiese dar márgen á reconvenciones y quejas.

Empero lo que mas contribuia, sin que á la vista apareciese, á mantener colgados y en suspenso tantos sentimientos encontrados, era el influjo del hermano del rey. Conocia este, como advertido y cauto, lo mucho que á sus fines convenia contrapesar una parcialidad con otra, para sobreponerse á entrambas; y que tanto mas abultado y crecido apareceria su poder, cuanto se le mirase de mas lejos, y como envuelto en sombras; pues suele acontecer en tales casos lo mismo que sucede cuando en los cielos se levanta la luna.

Rehuia tambien el cauteloso príncipe de dar celos al rey, mostrándose con sobrada frecuencia á los ojos del pueblo; y como si se hallase mal avenido con morar en la corte, y anhelase respirar á su anchura el aire de los campos, habia pretextado resentirse de sus heridas, para ir á pasar algun tiempo en un lugar cercano (*Atarfe* se llama aun hoy dia) situado á la falda de la *sierra de Elbeira.* Al pié mismo del monte, tan desnudo y estéril que no consiente ni que nazca la yerba (como si un fuego interno estuviese abrasando sus entrañas) se halla escondido un remanso de agua, de temple apacible y suave, aun en la estacion mas destemplada y fria; por manera que á este manantial de vida, famoso entre otros muchos que encierra por don del cielo el reino de Granada [1], solian acudir los guerreros para restañar sus heridas, y aun los labradores y vecinos de la comarca para curar sus comunes dolencias.

Asentó el príncipe unas sencillas tiendas, á manera de campamento, no lejos de aquel parage, agreste y solitario; y recorriendo á veces aquellos sitios, donde á cada paso descubria antiguas ruinas y señales, y recordando los combates y hazañas de que fueron testigos, veia deslizarse los dias lejos de la ciudad y su bullicio; pero desasosegado el corazon con locas esperanzas, pasaba horas enteras en la cresta del monte, al pié de la *atalaya*, sin apartar ni la vista ni el ánimo de las torres de la Alhambra [2].

En esta sazon y coyuntura tornó Aben Farruch á Granada, no ya como nuncio del monarca de Fez (si bien traia de su parte seis caballos árabes para Albo Hacen, y ricas perlas y corales para su esposa), sino como quien volvia ansioso de contemplar de cerca la ventura de tan buen príncipe, en que habia tenido no escasa parte. Habíase regocijado en efecto, por un impulso natural de orgullo, al saber que se hallaba en el trono no menos que su propia cautiva;

[1] En el término de pocas leguas, á una sola jornada de la ciudad, se cuentan los baños de la *sierra de Elvira*, los de la *Malaha*, los de *Alhama* (que dieron á aquella villa su propio nombre), los de *Graena*, los de las inmediaciones de *Alcala la Real*, y otros muchos de diverso temple y distinta naturaleza, para alivio y consuelo del hombre en todo género de enfermedades.

[2] Aun subsiste esta atalaya del tiempo de Moros, llamada comunmente *atalaya de Albolote*, por hallarse en el término de un lugar á que dieron aquel nombre.

mas acostumbrado de muy antiguo á enderezar todas las cosas al logro de sus fines, sintió ahincadamente el deseo de volver con presteza á Granada; deseo que creció en cuanto supo el mal éxito de las fiestas, y que barruntó el sagaz Moro cuán graves podian ser las resultas. « Que no vuelva yo á ver la tierra de mis padres (le dijo al rey de Fez, al tiempo de ausentarse) si no estoy convencido de que la chispa que prendió en *Biba-Rambla* ha de causar voracísimo incendio: Alá quiera, señor, que podamos volver las llamas contra las fronteras; porque si se ceban en el corazon, arder ha todo el reino. »

Indicó despues á aquel príncipe que, atendida la índole de Albo Hacen y cuanto le lastimaba que le echasen en rostro su flaqueza, estimaba por conveniente no apremiarle con nuevas instancias, á nombre del monarca africano, para que levantase el pendon contra infieles; sino halagar su ciega pasion, felicitándole por su reciente enlace, y asechar á su lado la ocasion oportuna de punzarle en lo vivo de la honra, hasta que se condoliese y se alzase.

Con esta secreta mira se embarcó el Moro en Tánger, y arribó á una playa frontera, no lejos del castillo de Velez Málaga; y sin detenerse allí sino breves momentos, y dejando encomendados al alcaide los presentes que para el rey de Granada traia, partió la vuelta de aquella ciudad.

Muy ageno estaba Albo Hacen de ver tan presto en su presencia al que juzgaba en las costas de Africa: acogióle con afabilidad, como que de sus propias manos habia recibido el tesoro que mas preciaba; y llamando en el mismo instante á la reina y á Arlaja, experimentó el bondadoso príncipe no poca satisfaccion y contento, al recordar todas las circunstancias de su pasion, desde la vez primera que vió en aquel sitio á Zoraya.

No escaseó Aben Farruch obsequios ni alabanzas, aunque ocultando la pérfida lisonja con cierta rudeza africana, á fin de cautivar mas fácilmente la buena voluntad de la reina; y como de antemano contase con la secreta ayuda y servicios de Arlaja, no dudó que albergándose dentro del palacio del rey, sin tener noche y dia sino un solo y único pensamiento, muy contraria y aviesa habia de mostrársele la fortuna, para que no le ofreciese ni una ocasion al vuelo.

CAPITULO XI.

De los medios que empleó Aben Farruch para captar la voluntad del rey.

Despues que se hubo hospedado Aben Farruch en el palacio del monarca, puso especial cuidado en que no se escapase de sus labios ni una sola palabra de guerra, ni se clarease la intencion que dentro de su pecho escondia: en términos que el príncipe, de carácter leal y confiado, llegó á punto de persuadirse que el silencio de

las armas y el regalo y delicias de Granada habian amansado la índole del caudillo africano; y hasta los cortesanos mismos, suspicaces de suyo y envidiosos; únicamente recelaban que se proponia el astuto Moro amoldarse al linaje de vida y lisonjear los gustos del monarca, para granjear poco á poco su gracia y valimiento.

Apenas logró mas cabida en el corazon de Albo Hacen, comenzó Aben Farruch á recordarle vários hechos en que habia mostrado ánimo belicoso, ambicion de gloria y nombradía: trájole al pensamiento cuando, siendo aun mancebo, en vez de probar las armas en mentidas peleas, hizo entradas y correrías en tierra de cristianos, bastando apenas la autoridad de su padre Ismael á refrenar sus generosos ímpetus: hacia resonar, como por acaso, en los oidos del monarca la denodada respuesta que dió á los embajadores de Castilla, aun no bien asentado en el trono; viniendo á parar luego, por ocultas sendas y rodeos, á la necesidad y urgencia de prevenir la intencion y designios de aquellos príncipes, antes que acabasen de afirmar su poder y de unir bajo una sola mano las fuerzas y recursos del reino.

No contradecia Albo Hacen las razones del Africano; bien fuese porque le hiciesen mella, ó bien por no dar señales de flaqueza; pero aunque alguna vez se asomase el contento á su rostro, al escuchar tan halagüeñas alabanzas, tampoco daba indicios ni menos mostraba deseo de renunciar al ocio en que yacía, para empuñar de nuevo las armas. Convencióse al cabo el sagaz Moro de que eran vanos sus esfuerzos para despertar en el príncipe sentimientos de gloria, que habia ahogado el amor al deleite; mas lejos de perder la esperanza de lograr al cabo sus fines, tomó para ello otra via, mas torcida, pero mas segura.

Habíase apercibido Albo Hacen, aunque nunca lo confesasen sus labios, de que su vista y presencia causaba menos júbilo al pueblo, especialmente desde el aciago suceso de *Biba-Rambla*: y queriendo tentar de nuevo (tanto duele á los príncipes persuadirse de que no los adoran) si seria su recelo hijo del mero acaso, dispuso bajar á la *mezquita mayor* de la ciudad el primer *juma* siguiente, para celebrar aquel dia con mas solemnidad y aparato [1]. Hízolo así en efecto, yendo acompañado de la flor de su corte, alcaides y caudillos, y saliéndole á recibir numeroso concurso; mas aunque todos se inclinasen en su presencia, con el sumiso ademan que

[1] Los *viernes*, que era el dia que los Moros consagraban expresamente á las prácticas religiosas, se reunian en las mezquitas, donde el sacerdote les leía y explicaba algun pasaje del Alcoran, que estaba guardado en un nicho con la mayor veneracion. Tan hondamente arraigada estaba entre aquella gente la costumbre de celebrar el *viernes*, que en tiempo de Felipe II, casi un siglo despues de la conquista, se prohibió expresamente á los Moriscos el que tuviesen cerrada aquel dia la puerta de sus casas: siendo este uno de los motivos que alegaron, al declararse en rebelion.

aun hoy dia acostumbran los orientales [1], no se oyó en todo el tránsito ni un viva ni un aplauso; y hasta la pompa misma, el brillo de las armas, el tumulto de los guerreros, hicieron resaltar mas y mas á los ojos del rey el silencio del pueblo. Con un príncipe como Albo Hacen, de corazon tan blando que hasta el mas leve pesar dejaba en él profundísima huella, fácil es concebir cuánto le dolería aquella muestra de tibieza, ya que no de desafecto; y por mas que procurase encubrir el torcedor que le atormentaba, volvió á la Alhambra triste y discursivo, y despidió á su comitiva al pié mismo del *mirab de los reyes*, sin dejarla llegar siquiera hasta las puertas del palacio [2].

Pretextó luego una leve indisposicion, nacida del destemple del aire; temiendo no atribuyesen á otra causa su disgusto y desabrimiento; y el mismo príncipe, que amaba mas que á su propia vida á su tiernísima esposa, y que la contemplaba á su lado inquieta y afligida, no pudo resolverse á confiarle un secreto, que pesaba sobre su corazon.

Acostumbrado Aben Farruch á calar hasta los pensamientos mas íntimos del monarca, no quiso desaprovechar la ocasion con que le brindaba la suerte; y no mas tarde que al siguiente dia, hallándose á solas con el rey, y como advirtiese que permanecia triste y caviloso, fijos los ojos en el occidente á tiempo que el sol trasmontaba, calló tambien Aben Farruch por larguísimo trecho; y arrojando de pronto un suspiro : « Excusa, señor, mi osadía; pero aunque provoque tu enojo, y en ello aventure la vida, no puedo contener por mas tiempo los sentimientos que están rebosando en mi alma. » — Quedóse suspenso el rey, sir acertar lo que el Moro queria decirle; y repitiéndole una vez y otra que podia abrirle de par en par su pecho, seguro de hacerle en ello merced, cuanto menos agravio, logró al cabo que Aben Farruch se expresase de esta manera : « Bien lo sabes, gran príncipe : no he mendigado tus favores ni tus tesoros; ni te he demandado mas gracia que la de verter mi sangre en tu defensa, al menor asomo de peligro; pero ya que la fortuna me ha traido otra vez á tu reino, y te he merecido tanta confianza que hasta despierta envidia en los que se disputan tu valimiento, deja al menos, señor, que te hable la verdad un

[1] « Y en señal de que lo agradeciamos (dice Cervantes, en su novela del *Cautivo*), hicimos *zalemas*, á uso de los Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. » (*Quijote*, part. 1ª, cap. 40.)

[2] Ademas tenian *mirabs* ó adoratorios, abiertos hácia el oriente, en donde se detenian á hacer oracion los devotos que pasaban. Este uso se conserva todavía entre los Turcos. » (Argote, *Nuevos paseos por Granada*, tom. 2°, pág. 17.)

La especie de templete, que se ha conservado hasta el dia de hoy en la *plaza de los Algibes* (y al que comunmente se da el nombre de *puerta del Vino*), era probablemente un *mirab* ú oratorio, segun lo indica su estructura, semejante á otros destinados al mismo objeto, así como la inscripcion que estaba grabada sobre uno de los arcos. Toda la obra es notable por su mucha elegancia y primor. (Hablan de ella el padre Echeverria y don Simon Argote, en sus *Paseos por Granada*.)

guerrero, que no aprendió en los palacios el lenguaje de la lisonja.» Calló un instante el Moro, como quien toma respiracion para hacer el último esfuerzo; mas instándole el rey á que prosiguiese sin temor ni zozobra, continuó Aben Farruch en estos términos: «No te pido, gran rey, que me confies el pesar que te aqueja; mas no tomes á desacato que quien anhela tu ventura mas que su propia dicha, haya procurado sondear tu dolencia, por ver si consigue aliviarla. Oyeme, señor, y no te ofendas; que la verdad es como la yerba del campo, que la mas amarga suele ser la mas provechosa. A tí no te basta, Albo Hacen, ser obedecido, ni ver pendientes de una mirada tuya las cabezas de tus vazallos: tu alma es mas noble y generosa; tú quieres amar y ser amado; y al poner la mano sobre el corazon, no lo sientes latir satisfecho.» Hizo el rey, al oirlo, un movimiento involuntario, como quien rehuye el rostro, al arrancarle el antifaz que le encubria; y no le pesó á Aben Farruch que las tinieblas de la noche, que ya venia cercana, permitiesen al monarca ocultar su rubor y desabrimiento. — «Lejos estoy de culparte, gran príncipe, cuando miro y toco tan de cerca las prendas que te hacen digno del trono que ennobleces; ni acuso tampoco al pueblo, cual lo hiciera tal vez por halagarte algun vil cortesano; pero el imperio de Ismael (no lo ignoras) se fundó con el alfange; el alfange lo sostiene; el alfange ha de dar al Profeta el dominio del mundo.... ¿Qué culpa tiene el pueblo de estar tan acostumbrado al ruido de las armas, que si por largo espacio no las oye, ya le parece que le ha olvidado el cielo? Culpa á tus progenitores, que consiguieron con sus triunfos los sobrenombres con que se honraron; cúlpate á tí mismo, Albo Hacen, que hiciste concebir de tí tan grandes esperanzas, que no menos se esperó de tu brazo que la servidumbre de Castilla. No sé si te ofenderán mis palabras, que salen ardientes de mi boca, porque así las arranco del pecho; mas si acaso te lastimaren, mi vida está en tu mano, y conmigo sepultas mi secreto. El pueblo recuerda tus proezas; te contempla, y calla: ese es su delito. Las mismas prendas que en tí admira se vuelven en tu contra: te reconviene por lo mucho que vales; te pide á nombre de tu ley, de tu gloria, que aparezcas tan gran monarca como cuando te asentaste en el trono.»

Advirtió á esta sazon el Moro que suspiró Albo Hacen; y mas alentado y resuelto, prosiguió de esta suerte: «Tus enemigos (¿por qué he de callar que los tienes, cuando solo tu piedad cierra por no verlos tus ojos?) se prevalen traidoramente de esa disposicion de los ánimos, para ir socavando poco á poco el afecto del pueblo: la implacable Aixa, rodeada de sus deudos y amigos, alimenta proyectos de venganza; y aun tal vez (quiera Alá que me engañe!) vé con gozo crecer á su hijo, mientras prepara en secreto la muerte del padre. Hasta tu mismo hermano (no me ha de quedar el escozor de no decirte la verdad por entero) ostenta á los ojos del pueblo su ánimo belicoso, para captar su favor en desdoro de tu

autoridad, y quizá con peligro de tu corona. Una palabra, Albo Hacen, una sola palabra, y confundes á tus enemigos: no con destierros y suplicios (deja esos viles medios á príncipes cobardes y crueles), sino mostrándote como te hizo el cielo, magnánimo, alentado, generoso; con las armas que empuñaste en tu mocedad, y que abandonaste en mal hora.»

Mientras hablaba Aben Farruch, combatian el ánimo del rey tantas olas de pensamientos, que ni acertaba á interrumpirle ni menos se aventuraba á responderle: mil veces quiso hacerlo, y otras mil se detuvo; mas ya porque reviviese en su corazon, como la llamarada de una luz que se apaga, el amor á la gloria que habia alimentado en sus floridos años, ya porque se resintiese su altivez, al ver que los propios vasallos le echaban en rostro su descuido y flaqueza; ó tal vez (como aparece mas probable) que acabase de persuadirse con lo que luego le añadió el sagaz Moro, de que el único medio que le quedaba de acallar los murmullos del pueblo y quitar armas á sus enemigos, era cautivar la atencion y apoderarse de los ánimos, mostrando que no habia perdido en brazos del deleite el temple de su alma, lo cierto es que apenas pudiera creerse (á no conocer la índole fácil de aquel príncipe) la mudanza tan repentina que en él se echó de ver, como si le hubiesen trasformado en otro.

Mas no por esto se ocultó al sagaz Moro que no habia mucho que fiar en una voluntad movediza, instable, voluble al son del viento; y que á toda costa importaba sostener y alentar su ánimo, y empeñarle en alguna empresa, antes que otra vez se postrase. Con cuya intencion y propósito iba ya á manifestarle un designio, que de algun tiempo á aquella parte estaba revolviendo en su mente, cuando vió acercarse una sombra, y reconoció á Aben Hamet, á tiempo que el rey le apellidó en voz alta, para indicar al Africano que guardase silencio.

Levantóse el monarca al momento, como para salir al encuentro de su valido; preguntándole por el estado de la ciudad, y mostrándose tan tranquilo y sereno, que hasta el mismo Aben Farruch se quedó sorprendido. Tambien se maravilló al pronto de que depositase el rey mas confianza en un advenedizo que en un vasallo de su reino, y cabalmente en el mas íntimo de sus privados; mas no tardó en comprender, á fuer de astuto, que hay secretos de tal naturaleza, que duele mas á un príncipe confiarlos á los propios que no á los extraños.

CAPITULO XII.

Determina Albo Hacen ir con su esposa á la ciudad de Málaga.

Aun no bien penetraba un reflejo de luz por los labrados arcos del palacio, cuando salió Albo Hacen á la mañana siguiente, inquieto

y desasosegado, sin llevar en su compañía mas que á Aben Farruch y á unos cuantos esclavos: y tan embebido iba en sus pensamientos, que casi dejó abandonada la rienda del caballo, sin reparar siquiera la senda que seguia. El Africano, por su parte, ni una vez por acaso despegó sus labios; quedándose algun tanto zaguero, como quien teme molestar con su vista. Advirtiólo el rey, y le alentó con una mirada apacible; diciéndole al subir sobre un cerro, fronterizo á la Alhambra, y desde el cual se domina la dilatada Vega: «¿Hay en el mundo un campo mas hermoso?.... Razon tienes, por vida mia: el que nació monarca de este imperio debe verter su sangre antes que exponerse á perderle.» — Calló en seguida por algunos instantes, echó pié á tierra, y se recostó en la cumbre del monte; haciendo señal con la mano para que se alejaran y los dejasen solos. Muy presto se echó de ver en las expresiones del monarca cuánto habia labrado en su ánimo, durante el trascurso de la noche, lo que le habia dicho el sagaz Africano; y cierto este, aunque no lo mostrase, de haber conseguido su intento, se comportó en aquel coloquio con tal arte y astucia, que parecian nacer del monarca mismo los pensamientos que él le sugeria. Por espacio de mas de una hora permanecieron allí solos, departiendo sobre los asuntos del reino; y al volver al alcázar, se traslucia en el rostro del rey que llevaba el ánimo mas despejado y el corazon mas libre; como quien despues de batallar largo tiempo con enojosa incertidumbre, toma al cabo una resolucion, y le parece que ya respira con mas desahogo.

Grandísima sorpresa se despertó en palacio, cuando antes que llegase la nóche, empezó á susurrarse que el rey habia resuelto encaminarse á la ciudad de Málaga; que se aprestaba la partida; que la reina le acompañaba; que no llevaba consigo sino una corta guarda, dejando como inútil la vana pompa de la corte. Abismábanse en conjeturas los mas sagaces y avisados, explicando cada cual á su sabor la inesperada nueva: suponian unos, y no sin visos de verdad, que hallándose quebrantada la salud del rey, y aun mas descaecido su ánimo que su cuerpo, habia tomado la resolucion de pasar en un clima mas templado el rigor del invierno, buscando á la par que alivio solaz y esparcimiento; pretendian otros (y aun lo propalaban á la callada, como quien revela un secreto) que habia condescendido Albo Hacen con las instancias de su esposa, quien como nunca hubiese visto el mar, habia mostrado este deseo, viniendo el rey en ello. Y aun se afirmaron mas y mas en tan errado concepto, cuando hallándose al otro dia Albo Hacen y la reina en el *patio de los Arrayanes*, dijo el rey con afable sonrisa: «Mira este mar, Zoraya (y señaló al estanque): ¿no es el mayor que en tu vida has visto?» Volvióse luego á Aben Farruch, que no venia distante, y le dirigió como al descuido estas meras palabras: «Tú puedes seguirme ó quedarte; mas no olvides que desde nuestras costas se divisan las montañas de Africa.» — «Yo soy, señor,

como los alciones (repuso el Moro con desembarazo y donaire) : hago mi nido en tierra ; pero me alegra salpicarme en las olas. »

Los pocos dias que mediaron hasta el de la partida , mostróse el rey mas desparcido y alegre que lo que tenia de costumbre ; ora porque su viva imaginacion habia menester pábulo y alimento , so pena de consumirse á sí misma , ora porque se complacia el bondadoso príncipe al contemplar el gozo de Zoraya , que le hacia á la vez mil preguntas , nacidas de su candor é inexperiencia , mostrándose tan inquieta y alborozada como si fuese á recorrer el mundo. Mas entre tanto no olvidó el monarca tomar prudentes precauciones para el gobierno y sosiego de la ciudad , durante el corto tiempo que iba á durar su ausencia : confirió con Aben Hamet si podria alejarse sin riesgo ; y una vez asegurado y tranquilo (tanta era la confianza que en aquel caudillo tenia) determinó llevar en su guarda á los esforzados Gomeres ; como que acostumbrados á velar de antiguo en su custodia , y nacidos muchos de ellos en reino extraño , despertarian menos celos y rivalidad en las tribus mas poderosas de Granada.

Antes de salir de sus muros , quiso tambien el príncipe despedirse de su hermano el Zagal , so color de darle aquella prueba de amistad y cariño ; pero tambien con la secreta mira de ligar mas y mas su obediencia , mostrándole una ciega confianza. « Otros reyes , al ausentarse (le dijo sonriéndose , en presencia de vários caudillos) dejaban á sus hermanos en *Salobreña;* yo te dejo en la Alhambra [1].»

Celebraron los cortesanos con un sordo murmullo aquellas expresiones del rey, no menos generosas que corteses ; y volviendo todos á un tiempo el rostro hácia el Zagal , le pusieron en tal apremio , que redobló sus promesas y ofrecimientos , hasta salir fiador con su persona de la paz y sosiego del reino.

[1] El castillo de Salobreña , situado á la orilla del mar, y labrado sobre la cumbre de un peñasco , solia servir para encerrar en él á los monarcas destronados , ó á los príncipes que inspiraban temores de querer usurpar el trono : cosa no rara en un reino tan expuesto á discordias civiles como lo era el de Granada.

En la obra de Conde , ya otras veces citada , se hace mencion de vários príncipes , encerrados en los castillos de Almuñecar y Salobreña. « Este pequeño pueblo estaba situado en medio de un hermoso y fértil valle sobre un montecillo , cerca de la costa del Mediterráneo. Su defensa era un fuerte castillo , edificado por los reyes de Granada , para custodiar sus tesoros. Aquí tambien enviaban á sus hijos y hermanos , cuya ambicion les inspiraba algunos recelos. » (Washington Irwing , *Conquista de Granada* , tom. 1°, pág. 216.)

CAPITULO XIII.

Viaje de Albo Hacen y de su esposa desde Granada á Loja.

Por no pasar en el corazon del invierno las fragosas cumbres de *Zafarraya* [1], y con el fin de ver al paso la ciudad de Loja, tomaron los reyes de Granada esta via, como la menos agria y escabrosa de las dos que conducen á Málaga.

Salieron de la Alhambra con escaso acompañamiento, apenas asomaba el dia, á la sazon tardo y perezoso; y en cuanto hubieron pasado las márgenes del Beiro, despidió el rey con palabras corteses á Aben Hamet y á otros caudillos, que demandaban como señalada merced el proseguir mas lejos; diciéndoles por último, para atajar de una vez sus instancias: « No queda bien Granada, huérfana de tan leales caballeros. »

Ya habia tendido el sol sus rayos, sin que ni una sola nube empañase los cielos, cuando llegó la régia comitiva á un espacioso llano, no lejos del Genil, que tuerce á mano derecha su curso, al salir de Granada, como si fuese presuroso á recibir por tributarios á otros rios. Y tan deleitosa y amena era aquella llanura, desde la cual se descubria la dilatada Vega con cien pueblecillos y aldeas, la sierra cubierta de nieve hasta la falda misma, en que verdeaban los campos, y los muros y las torres de la ciudad coronando uno y otro monte, que por disfrutar á placer aquellas vistas, mandó el rey hacer alto, y se colocó al lado de su esposa, á la puerta de un humilde albergue. Desde allí se complacia el monarca en divisar los sitios mas lejanos, y señalarlos uno por uno á su gentil esposa; deteniéndose con especial agrado cuando reconoció la parte del alcázar en que tenia sus aposentos la reina. ¡ Cuán lejos estaba el desventurado de imaginar entonces que en aquel mismo sitio, á la vuelta de pocos años, se habia de levantar como por encanto una ciudad cristiana, amenazando frente á frente á Granada [2] !

[1] « Volviendo pues al puerto de Talia, donde se hace en lo alto de la tierra una hermosa dehesa de yerba y de encinares, y los Moros llaman *Hesfaaraaya*, que quiere decir *campo de pastores*, y los nuestros *Zafarraya*, prosigue todavía esta sierra mayor, dejando á mano derecha la ciudad de Almuñecar en la costa de la mar, y á la izquierda la de Alhama. » (Mármol, *Historia del rebelion*, etc., lib. 1°, cap. 2°.)

[2] En este paraje se designa el lugar en que se fundó la ciudad de *Santa Fé* : « Y como todos los campos y árboles y frutos talase y destruyese (el rey don Fernando) en un lugar cercano á Granada, que los Moros llaman *Goston*, á donde estaba un campo y una casa pequeña como alquería, asentada en un llano que dista de Granada dos leguas, y mandó aposentar y asentar los reales; y allí los dichos católicos príncipes, habido su consejo, determinaron de fundar y edificar una nueva ciudad, en que durante la guerra el ejército pudiese seguramente invernar; y esta ciudad, trazada en forma cuadrada, le pusieron nombre *Santa Fé.* » (Luc. Mar. Sic., *De os reyes católicos*, lib. 20.)

No sin desabrimiento y disgusto volvieron los reyes la espalda á ciudad tan hermosa; y á medida que de ella se alejaban, no parecia sino que se les iba estrechando el corazon, al contemplar los campos sin aquel verdor y lozanía, los cerros desnudos, escasos y apartados los pueblos.

« No hay otra Granada, Albo Hacen, » le dijo al fin Zoraya. — « Granada y tus amores.... ¿ qué mas dicha en la tierra? » — Y al proferir estas palabras, el apasionado monarca fijó en ella la vista con tanto cariño y ternura como cuando por vez primera le declaró su vehemente pasion.

Se iba ya atezando la noche, cuando llegaron á la ciudad de Loja, que apenas se divisaba entre las altísimas sierras que la circundan; contribuyendo la sombra de los montes, el silencio y la oscuridad, á dar á aquel cuadro un aspecto grave y sublime, que convidaba á la melancolía.

Mucho se holgó la reina cuando se halló por último en el castillo, situado en la parte mas alta de la ciudad, segun costumbre de los Moros [1]; y poco á poco se fue desparciendo su ánimo, oyendo referir á Arlaja vários prodigios y encantamientos, que se suponian acaecidos en los contornos de aquella ciudad, donde se ven abiertas las bocas de hondas simas, y se oye á veces un confuso estruendo, como si pelearan dos ejércitos en las entrañas mismas de la tierra [2].

El cansancio del camino y las confusas imágenes de los extraños cuentos y consejos desasosegaron el sueño de Zoraya, que despertó al punto mismo en que doraba el sol la cumbre de los montes; y con el ánsia de desahogar el ánimo con el ambiente de la mañana, abrió de par en par las ventanas de un *ajimez*, que caia en frente de su lecho. ¡Cuál fue su admiracion, al ver una perspectiva tan grata y halagüeña, donde solo creyó descubrir cerros y precipicios! No era aquel un campo, sino un verjel; cubierto de sembrados, de frutales, de arbustos y yerbas olorosas, cuajado todo de menudas perlas con el abundante rocío. Absorta contemplaba Zoraya aquella amenísima vega, que le presentaba la imágen de la hermosa vega de Granada; y para que fuese mas cumplida su ilusion y mayor su deleite, reconoció á Guadaljenil, que extiende par aquellos campos sus cristalinas ondas, y le saludó como á un antiguo amigo, á quien se ve de improviso en tierra extraña.

[1] En el tomo 2° de la obra de Bruin *Civitates orbis terrarum*, se halla tambien el mapa de la ciudad de Loja, tal como se hallaba á mediados del siglo XVI. Se vé en la parte mas alta el castillo, segun uso constante de los Moros en todos los lugares que fortalecian: uso que seguian igualmente los cristianos, y de que tantos vestigios quedan en toda la sobrehaz de la península.

[2] Los *Infiernos de Loja*, situados en las sierras vecinas á la ciudad, han dado márgen á muchas fábulas y tradiciones supersticiosas, á causa de la gran profundidad de aquella simas, y del ruido subterráneo que desde su boca se oye.

CAPITULO XIV.

Se encaminan los reyes de Granada á la ciudad de Málaga.

El corto tiempo que permaneció Albo Hacen en la ciudad de Loja, lo empleó en reconocerla toda por sí mismo, á fin de que se reparasen los torreones y adarves, para ponerlos á cubierto de cualquier acometida de los cristianos; y en las horas destinadas al esparcimiento y solaz, recorria en compañía de su esposa las huertas y jardines, que se extienden á la falda de la poblacion, tanto mas agradables y amenos, cuanto contrastan con las peladas sierras.

Era tal la impaciencia que mostraba la reina por disfrutar cuanto antes la vista del mar, que Albo Hacen anticipó por complacerla el dia de la partida; y saliendo de Loja al despuntar el alba, apresuraron el paso, para llegar á Málaga antes de que el sol se ocultase.

Algunas leguas distaban todavía de aquella opulenta ciudad, cuando ya empezó á sentir la reina un secreto deleite con el temple del aire, que lejos de anunciar el rigor del invierno, parecia mas bien el suave aliento de la primavera. Por horas, por momentos, se iba trocando la encantadora perspectiva; cual si por mágico hechizo se hubiese convertido aquella zona de España en una de las regiones mas fértiles de oriente. En la cumbre de los alzados montes se veian mecerse las palmeras de Africa; y al abrigo del cierzo, vueltá la cara al mediodia, ostentaban su verdura y galas los plátanos delicados, los sicómoros ó higueras de Egipto, las cañas que destilan miel. En vez de opacos encinares y de altísimos pinos, descubríanse bosques espesos de cidros y naranjos, ostentando el dorado fruto entre las hojas de esmeralda, cual lo fingió la imaginacion de los Griegos en el jardin de las Hespéridas.

Pues cuando mas embebecida contemplaba Zoraya aquel cuadro apacible, tornó la vista al revolver de un altozano, y descubrió de improviso la inmensa llanura del mar. Ni una palabra profirió siquiera; y como que le parecia que la respiracion le faltaba: tanto era su pasmo. Habia cuidado Albo Hacen de proporcionar á su esposa aquella sorpresa, llamando su atencion hácia otros objetos, y buscando las sendas mas á propósito para que de repente se hallase dominando la extension del mar.

Era cabalmente á la caida de la tarde, despejado y sereno el cielo, al punto mismo en que el sol, encendido como una hoguera, empezaba á esconderse debajo de las olas; y solo se columbraban, hácia el último confin del horizonte, unas levísimas nubes blanquecinas, que imitaban con sus várias y confusas formas los picos de la sierra Nevada.

Estaba la mar dormida en calma profundísima, pero al irse acer-

cando á la orilla, se notaba el movimiento de las olas, que llegaban, y cubrian la playa, y se retiraban otra vez, y volvian á cubrirla de nuevo; quedándose embelesada Isabel al contemplar aquel hervidero contínuo, y las labores de blanquísima espuma que dejaban las oleadas en la menuda arena.

Clavados tenia los ojos el rey en su adorada esposa, disfrutando aquel suave placer que solo experimenta quien siente la propia dicha en el corazon de la que ama; y ni aun se atrevia á distraerla con ademanes ni palabras, cuando al cabo Zoraya, empezando á volver de su enagenamiento, prorumpió en sentidas exclamaciones y frases mal concertadas, para explicar de alguna suerte lo que sentia en su ánimo; despertándose mas vivo en él un sentimiento de agradecimiento y de ternura, á que insensiblemente convidan las maravillas de la naturaleza. « ¡Cuánto te debo, esposo mio! » Le dijo por último al rey, arrasados los ojos en lágrimas.... « Mas te debo yo á tí, ángel del paraiso; pues te debo la felicidad de mi vida. »

En esto iban acercándose á la ciudad, que se extendia por larguísimo trecho á la orilla misma del agua, y se levantaba despues poblando el regazo de un monte; y al llegar al pié de los muros, á tiempo que ya anochecia, vieron de pronto iluminados los adarves, las torres y azoteas, y flotar millares de luces en el seno del anchuroso puerto, como si se hubiese convertido la mar en un ascua de oro.

CAPITULO XV.

Anuncia Albo Hacen á su esposa que va á ausentarse por un breve espacio.

Los festejos con que celebró Málaga la dicha de hospedar en su recinto á Albo Hacen y á su esposa, fueron cual eran de esperar de ciudad tan espléndida y opulenta; como que, por un raro privilegio, reune la riqueza propia de su suelo, donde ostentó la naturaleza sus dones mas preciados, y la riqueza de distintas regiones, por su aventajada situacion para servir de emporio al comercio del mundo; con abrigo cómodo para las naves, en el borde de Europa y dándose la mano con Africa, casi á la puerta misma del estrecho en que se abrazan ambos mares.

En medio de tan solemnes fiestas y regocijos empezó á percibir Zoraya que se mostraba el rey discursivo y caviloso: haciendo inútiles esfuerzos por mostrar desparcido el ánimo, y contestando con vagas y perezosas respuestas á las preguntas é instancias de su esposa. Hasta que al cabo, como llegase esta á insinuar al rey, con la mayor ternura y desconsuelo, si tendria ella la mas mínima parte en el pesar que le traia desasosegado, y de que quisiera librarle aunque fuese á costa de su propia vida, no pudo resistir Albo Hacen por mas tiempo; y estrechando cariñosamente las ma-

nos de su esposa, y llevándolas al corazon, calmó sus infundados recelos con sola una sonrisa, llena de bondad y cariño. Manifestóle en seguida que su pasion misma era causa de la tristeza que habia notado; pues no podia pensar siquiera en apartarse un solo dia de su lado, sin sentir en el alma un vacío, como si fuese á faltarle la vida.

Dióle despues á entender, del mejor modo que le fue posible, para no lastimar el pecho de su esposa con sustos y temores, que no podia retardar por mas tiempo el recorrer por sí mismo aquella frontera del reino, para poner coto á los insultos y demasías que habian osado cometer los cristianos, confiados en el silencio en que yacian las armas. « Mi sola presencia bastará (dijo por último el monarca, no sin dignidad y entereza) para asegurar mis estados; y así que haya cumplido con lo que me debo á mí propio, como rey, volveré con mas ansia á tus brazos á disfrutar las dichas de esposo. »

En diciendo esto, estrechó contra su seno á Zoraya, que ni aun se atrevió á replicarle, al verle tan resuelto; y hasta procuró la cuitada contener las lágrimas que involuntariamente brotaban de sus ojos, y que caian gota á gota sobre el corazon de Albo Hacen.

Habia este dicho la verdad, pero no cabal ni cumplida por temor de afligir á su esposa; porque era sobradamente cierto que de algun tiempo á aquella parte traian los cristianos desasosegada la vecina sierra, con entradas y correrías; si bien tan rápidas y pasageras, que parecian turbion de verano, que en breves horas asuela los campos, quedando otra vez el cielo despejado y sereno.

Mediaba para ello una circunstancia tan singular, que no puede pasarse en silencio: en las últimas treguas asentadas entre el rey de Granada y el de Castilla, andando en aquellos tratos y conciertos el conde de Cabra (muy estimado en aquella ciudad, y que llegó á tener cierto valimiento y familiaridad con Albo Hacen), se habia puesto por condicion que no se reputasen quebrantadas las paces por entradas y correrías, ni aun por la toma de fortalezas y villas, con tal que no durase el combate mas del término de tres dias, y que no se asentase real, ni fuese la hueste con banderas tendidas ni con sonido de trompetas, como se sale á batalla aplazada, sino de rebato y con acometimiento improviso [1].

Aspera y ruda escuela, preludio de tantas glorias y de la conquista

[1] Son muchos los historiadores que hablan de la extraña condicion con que se mantenian las treguas entre los cristianos y los infieles; por lo cual nos limitaremos á citar á uno solo: « Continuábanse las treguas, que concertó el conde de Cabra; pero eran de tal manera que, segun las leyes de la guerra que se hacia entre ellos, se podia acometer cualquier castillo, que se pudiese combatir en tres dias, con que no se asentase real, ni fuese con banderas tendidas ni con sonido de trompetas, como se sale á batalla aplazada; sino á hurto y acometimiento de improviso: y esto los tenia siempre en continua guerra, combatiéndose los castillos y fuerzas que no estaban en buena guarda y defensa. » (*Corónica de los Moros de España*, por Fr. Jaime Bleda, lib. 5°, cap. 2°.)

del mundo: cargados con el arnés nuestros mayores, y la espada siempre en la mano, ni una sola noche durmieron con descanso, durante el trascurso de ocho siglos!

CAPITULO XVI.

Da Albo Hacen feliz cima á la empresa que meditaba.

Como si quisiera la suerte favorecer por todos medios los conatos de Aben Farruch, que era el único que sustentaba el ánimo del rey, naturalmente indeciso é irresoluto hasta su daño; ó mas bien, estando ya próximo á cumplirse el plazo que habia decretado la Providencia para la completa liberacion de España, acaeció que en las entradas y correrías que habian difundido el espanto por toda la sierra, andaba de boca en boca el nombre de un famoso guerrero, D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cadiz, contra el cual abrigaba Albo Hacen antiguo y profundo resentimiento.

Es pues el caso (como ya se insinuó en otro lugar) que en vida del rey Ismael, y mas bien contra su voluntad que con su anuencia y beneplácito, hizo Albo Hacen una algarada en tierra de cristianos, poniendo á sangre y fuego la comarca de Algeciras, y difundiendo el terror y espanto por los pueblos á la redonda. Mas cuando ya volvia ufano de su triunfo, arrastrando en pos de la hueste millares de cautivos, trofeos y despojos, vióse acometido de repente por un corto número de cristianos, tan valientes y osados, que rompieron la apiñada nube de enemigos y los pusieron en huida, cerca del *rio de las Yeguas*, famoso por aquel reencuentro [1].

Lo que mas temor causó á los Moros, al ver sobre sus cabezas aquel nublado repentino, es que no tenian ni la mas leve noticia de que anduviese por aquella tierra hueste alguna cristiana, y hasta creian muy lejos á los alcaides y caudillos de mas nombradía; pero apenas llegó la nueva de la entrada de los infieles á D. Rodrigo Ponce de Leon, primogénito del conde de Arcos, y mancebo á la sazon de tan corta edad que apenas le apuntaba el bozo, sintió hervir en sus venas la noble sangre de que procedia; y por estreno de su lanza,

[1] Todos nuestros historiadores refieren la correría que hizo el príncipe Albo Hacen, en vida de su padre, devastando la comarca de Algeciras, y volviendo cargado de despojos; así como la acometida de los cristianos junto al *rio de las Yeguas*, acaudillados por algunos capitanes valientes, entre los cuales sobresalió por su esfuerzo, haciendo estreno de sus armas, don Rodrigo Ponce de Leon, hijo del Conde de Arcos, mancebo entonces de 17 años, y que ganó despues tanta fama y renombre en la conquista de Granada.

« A quien por la excelencia y alteza de su persona (dice un escritor) llaman comunmente nuestros cronistas el *gran marqués*, cuya valerosa y diestra lanza en servicio de los serenísimos reyes católicos fue muy conocida por su prudencia, esfuerzo y valor en la disciplina militar de aquellos tiempos y conquista de armas en el belicoso reino de Granada, de quien estan las historias llenas. » (Alonso Lopez, *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, lib. 4°, pág. 201.)

destinada por el cielo para humillar la media luna, logró ahuyentar á los enemigos, y eclipsar la naciente gloria del que habia de ser rey de Granada.

Desde entonces, y á pesar del trascurso de los años, no se habia borrado en el corazon de Albo Hacen la mella de aquel suceso; en términos que ni una vez siquiera oia el nombre de Ponce de Leon, sin que se le inmutase el rostro.

Y ahora que tenia avisos de que aquel esforzado caudillo, sobrellevando á duras penas el ocio de la paz, habia amenazado una y otra vez las fronteras, no fue menester mas para punzar en lo mas vivo el corazon del monarca y arrojarle á una empresa, liviana al parecer y de poca monta; pero que iba á ser el primer paso para la destruccion de su imperio.

Salió Albo Hacen de Málaga sin séquito ni boato, encubriendo á todos su designio, y apadrinando el rumor de que se encaminaba á Ronda, ciudad fuerte de suyo, guarecida con altísimos montes y profundos tajos; pero que ni aun de esta suerte se veia escudada contra la osadía de los cristianos, que habian llegado hasta tocar con las manos el muro, dejando como señal y trofeo una de las torres por tierra [1].

Tan natural parecia el intento del rey, y tal concepto habia formado el pueblo de su inclinacion á la molicie y al regalo, que ni aun siquiera sospechó que alimentase otro intento; y fue extremada la sorpresa y mayor el júbilo que se difundió por el reino, cuando llegó la inesperada nueva de la toma de Zahara, llevada á cabo con singular ventura en el término de una noche.

Estaba aquella villa abrigada por los vecinos montes y ceñida de fuertes muros; tan difícil de expugnar, merced á la naturaleza y al arte, que su conquista granjeó no escasa fama al infante D. Fernando, á pesar de que contaba entre sus timbres (que le valieron no menos galardon que una corona) el haber conquistado á Antequera.

Vino despues Zahara á poder del mariscal Hernando Arias de Saavedra, quien la poseia á tiempo en que mas bravos andaban los disturbios entre la grandeza y el trono, recien fallecido Henrique IV; y habiéndose refugiado á Granada aquel insigne caballero, segun costumbre muy comun en aquellos tiempos, y hasta escogido aquel campo para retar á sus rivales, halló favorable acogida en la corte de Albo Hacen; y aun tal vez este recordó en su mente lo que acerca

[1] « En este año de 1481 (dice un escritor veraz y prolijo) en el mes de octubre comenzó el marqués de Cadiz á facer públicamente la guerra á los Moros, é sacó su hueste, é amaneció sobre Villaluenga, é quemóla; é corrió á Ronda é durmió sobre ellos, é derribóles la *torre del Mercadillo*, é fízoles muchos daños, é volvióse con la honra é cabalgada; é dende en adelante fizo otras muchas entradas, é se siguió la guerra entre cristianos é Moros é toda la frontera. » (*Historia de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel*, por el Bachiller Andres Bernaldez, cura que fue de la villa de los Palacios, cap. 48. M. S. existente en la real academia de la Historia.)

de la situacion y fortaleza de la villa habia oido de boca de su propio señor, al intentar ahora arrebatarla de manos de su hijo [1].

Ausente éste á la sazon, y encomendada la guardia y custodia de la villa á un alcaide poco vigilante, aprovechóse Albo Hacen del descuido en que yacian los cristianos, confiados en el rigor de la estacion y en la aspereza del terreno.

Dispusiéronse en Ronda todos los aprestos necesarios, siendo Aben Farruch el alma de aquella empresa; pero ocultando sagazmente la mano por no despertar rivalidad y celos, y demandando él propio al monarca que encomendase el mando al caudillo Ataifar, el alcaide de mas fama entre todos los de la serranía.

Hízolo así Albo Hacen, saliendo él mismo de oculto para dar calor á la empresa, y llegando con un corto número de guerreros hasta una barranca profunda, que forman los empinados montes, no lejos de Zahara. Allí aguardaron, sin ser apercibidos, á que cerrase la noche, tan oscura y tempestuosa que parecia anunciar horrores y desastres. Ni una sola estrella se divisaba en el cielo; caia una espesa nevisca, arremolinada por los aires; y se oia á lo lejos zumbar el viento, como si fuese el bramido del mar. Amparados con las tinieblas, y arrastrándose por la tierra, para que no fuese posible distinguirlos desde los adarves, llegaron los infieles al pié del muro; en tanto que los guardas y escuchas habian buscado abrigo contra la inclemencia de la estacion, y mientras los descuidados moradores se habian entregado al descanso, despues de haber celebrado por tres dias con fiestas y cantares el nacimiento del Hijo de Dios.

Acercándose con el mas profundo silencio, escalaron los Moros un torreon, que se empinaba derecho sobre un tajo, tan agrio y escarpado que no podian trepar por él ni aun las cabras monteses; pero el arrojado Ataifar, que conocia aquel terreno á palmos, fue el primero que subió por aquel precipicio; y apenas asentó el pié en lo alto del muro, desplegó al viento el alquicel blanquísimo, para que los demas le siguiesen.

Tocar con la mano las almenas, arrojarse sobre los guardas y

[1] El mariscal habia seguido la parcialidad de la princesa doña Juana, á principios del reinado de los reyes católicos; y receloso y desabrido, habia abandonado el reino, refugiándose á Granada. Es curioso lo que acerca de este particular dice un escritor contemporáneo, por cuanto da á conocer algunas circunstancias propias de aquella época.

« El mariscal en este tiempo estaba en Zahara y en Ronda, que era de Moros, y por allí pasaba su vida; y sabiendo dél el rey de Granada, Muley Bulli Hacen, envióle á llamar, é él fue allí por tierra de Moros, con cinco de á caballo; é el rey le fizo honra, é fue á tiempo que el rey facia alarde, é vido el alarde el mariscal, é díjole el rey que se hallaba á la sazon con siete mil de caballo é ochenta mil ballesteros, é díjole al mariscal que le requiriese, y que él le mandaria ayudar en lo que oviese menester; y despedido del rey moro, se vino á Zahara. » (Bernaldez, M. S. citado, cap. 31.)

Despues que los reyes católicos tomaron la villa de Utrera, se reconcilió con la corte el mariscal, y murió de allí á poco tiempo.

apoderarse del torreon, todo fue un solo punto: desparciéronse luego por la villa, hendiendo con las hachas las puertas, degollando á los moradores, cautivando á mugeres y niños; y como para celebrar su triunfo y dar al mismo tiempo aviso de que eran ya dueños de la villa, encendieron fuegos y ahumadas en derredor de los adarves, y comenzaron á dar tales alaridos, que atronaban los vecinos montes [1].

Acudió al momento Albo Hacen con la gente de su comitiva, para tomar por sí propio posesion de la villa y atajar el destrozo; porque ademas de que no era de suyo cruel ni sanguinario, hasta su flaqueza misma le inclinaba á la clemencia; vacilando siempre entre el deseo de ganar renombre entre los suyos y el temor de atraer sobre su reino el peso de las armas cristianas.

Así es que vió con desabrimiento y pesadumbre la horrorosa carnicería que habian hecho en la villa; pero ni aun se atrevió á manifestarlo á los caudillos, y antes bien regraciólos por su valor y esfuerzo. Puso luego buen recaudo en la fortaleza, entregando las llaves al alcaide Ataifar, á quien dijo meramente, con la magestad propia de un rey: « Quien las ganó sabrá guardarlas. » Y cansado ya de tan corto esfuerzo, y ansioso de volver al lado de su esposa, tomó el rey la vuelta de Málaga, poco satisfecho de sí mismo, y casi pesaroso del triunfo.

CAPITULO XVII.

Situacion en que se encontraban los reyes de Castilla.

Cundió la fama de tan inesperado desastre por todo el ámbito de España, como si de repente se hubiese estremecido la tierra. En las ciudades, en las villas, hasta en los lugares y aldeas no se oia mas que el nombre de Zahara, encareciendo cada cual á porfia las circunstancias del lamentable hecho, y despertando en los ánimos ardiente deseo de venganza.

Hallábanse á la sazon los reyes católicos en Medina del Campo, famosa en aquellos tiempos por su industria y riqueza, de que hacia ostentacion y alarde en sus nombradas ferias, envidia de Europa; y cuando mas tranquilos se hallaban aquellos príncipes, libres ya por su esfuerzo y prudencia de enemigos extraños, y vuelta la atencion y la mente á afianzar la paz doméstica y el bienestar del reino, llegó á sus oidos la tristísima nueva de la desolacion de Zahara.

[1] « El segundo dia de Navidad de dicho año de 1481 escalaron los Moros á Zahara, é tomaron la fortaleza é la villa, con toda la gente é quanto en ella avia, é se perdieron entre muertos é cautivos, chicos y grandes que ovieron los Moros, 160 personas cristianas; que no se salvaron salvo algunos hombres que saltaron por los adarves; é la villa así tomada, tuviéronla é defendiéronla cerca de dos años, fasta que se la tomó é ganó el marques de Cadiz. » (Bernaldez, M. S. citado, cap. 51.)

Escasa confianza tenian aquellos monarcas en el escudo de la paz, tantas veces falseado por los infieles, si es que no roto, para poder herir mas á su salvo; pero nunca menos que entonces pudieran aguardar tamaño insulto y provocacion por parte del rey de Granada, que habia permanecido con las armas ociosas mientras los reyes de Castilla, acosados por todas partes, no tenian siquiera adonde revolver la vista sin topar enemigos.

Mas ya por buena dicha se habia asentado la concordia con Francia, humillado su orgullo ante los muros de Fuenterrabía, y aplazados para mas adelante graves motivos de encarnizadas guerras: habíase reconciliado Portugal con Castilla, vencidas las huestes de aquel reino en Toro y la Albuhera; terminando las artes de la política lo que no habian allanado las armas; y desahuciada hasta tal punto la causa de la princesa doña Juana, juguete largo tiempo de la fortuna, que prefirió al fin sepultar en un claustro la esperanza de una corona.

Pues si tan feliz cima habian dado los reyes de Castilla á sus altercados con otras potencias, no menos afortunados habian sido en apagar los disturbios y disensiones en várias provincias del reino, que amenazaban consumirlo con voracísimo incendio, como otras tantas bocas de un volcan.

Con tan buen órden y concierto empezaba á convalecer y robustecerse la potestad real, largo tiempo enflaquecida y casi exánime; y á su sombra tutelar respiraban algun tanto los pueblos, armándose en defensa del trono y de las leyes, guiados por el instinto de la propia conservacion. Mas eran tantas las heridas, tan hondas y recientes, que aun estaban manando sangre; y el solo pensamiento de empeñar á los pueblos en una nueva lucha, brava de suyo y porfiada, la duracion incierta, seguros los males, el éxito dudoso, aumentaba hasta lo sumo la perplejidad de aquellos príncipes, que lejos de dejarse llevar de los ímpetus del corazon, tenian que pesar en fiel balanza los intereses del Estado.

Grandísima fortaleza hubieron menester para resistir á un tiempo al deseo de vengar tantas ofensas, al noble afan de gloria, al celo por la religion, que los impulsaban de consuno contra los infieles; y como si no tuviesen bastantes estímulos que vencer dentro de sí mismos, llegaban al trono cada vez mas ardientes los votos de los pueblos, los ofrecimientos de ciudades y villas, los clamores de una nobleza altiva y generosa, que mal avenida con el ocio de la paz, y no queriendo malgastar ya sus fuerzas en luchas intestinas, deshonrosas igualmente para vencedores y vencidos, ansiaba ostentar contra el enemigo comun la hidalguía de sus pechos y la pujanza de sus brazos.

Entre tantos insignes caballeros como instaban á la reina doña Isabel para que no retardase por mas tiempo humillar el orgullo de los infieles, distinguíase un venerable anciano, por la inalterable constancia con que no perdonaba ocasion ni coyuntura de presen-

tarse ante la reina, el continente grave, sumiso el ademan, la mirada fija y melancólica, sin proferir jamas ni una sola palabra; pero clavando los ojos en la reina con amargura y desconsuelo, y poniendo la mano en la cruz de la espada.

Habíase renovado la herida del don Alonso de Córdoba (ni aun necesidad habia de nombrarle) al saber el reciente desastre, que le traia mas vivo á la memoria otro cuadro de desolacion; y desde aquel punto y hora se colocaba todos los dias, cual si fuese una estátua, á la entrada de la capilla donde iba la piadosa princesa á invocar la gracia del Altísimo, para regir en paz y justicia á sus pueblos; y con acento grave, como si fuese la voz misma del cielo, no decia al pasar la reina sino esta sola palabra: *Zahara!*

El alma se le partia á la piadosísima Isabel, al ver un dia y otro á tan buen caballero, sin poder aliviar sus pesares ni aun alentarle con esperanzas, que aun no habian llegado á granazon; y por mas que procuraba consolarle con blandas razones y con señaladas muestras de benevolencia, tal era el temple de alma del don Alonso, y tan grabado tenia en su corazon un solo y único pensamiento, que salió de la corte desabrido y pesaroso, y se encaminó á Andalucía, para estar mas cerca del campo de batalla, si estallaba al fin el rompimiento, y para asistir entre tanto á su deudo y amigo el señor de Luque, el cual habia estado á las puertas mismas de la muerte al saber la desgracia de su hijo, llorándole despues con tan ardientes lágrimas, que le habian costado la vista. Desdichada condicion de padre: conservar la memoria de su infortunio, y no tener ni aun ojos para llorarle!

CAPITULO XVIII.

De lo que pasaba á la sazon en el palacio del marqués de Cadiz.

Si la circunspeccion y prudencia de los reyes católicos les obligaban á disimular su enojo, antes de dar la señal de la guerra, ya que estaban firmemente resueltos á no levantar mano de la empresa hasta arrojar á los infieles del último confin de España, la misma prudencia les recomendaba prepararse sin dilacion ni demora para tan grave acontecimiento.

Hiciéronlo así, desde el punto y hora en que supieron la sorpresa de Zahara, que no podia menos de ser causa y ocasion de un rompimiento entre ambas naciones, ora mas próximo, ora mas lejano: mandaron apercibir las fronteras, reparar los castillos, abastecer las fortalezas; y para estar preparados á cuanto sobrevenir pudiese, aprovecharon el respiro que aun les dejaba la paz, para con espacio y holgura reunir todos los aprestos de guerra.

No dejaron de encomendar con sigilo á los principales señores y

adelantados de Andalucía, así como á los de las provincias comarcanas, que tuviesen á punto las armas, para el momento mismo en que se diese la señal [1]; pero como tal demora no se aviniese con el ánimo belicoso de aquellos nobles caballeros, sufrian impacientes el freno del régio mandato, y se rebelaban contra él en lo íntimo de su corazon, si bien el respeto y la obediencia les sellaban los lábios.

En especial el marqués de Cádiz (¿quién contiene á un leon, viéndose provocado?) no disfrutó un solo dia ni una hora de sosiego, desde que supo la desolacion de Zahara. Habian muerto allí cien guerreros, á quienes él conocia por sus propios nombres; sus esposas, sus hijos, caminaban cautivos, atraillados por los Moros, como un vil rebaño; y esto se habia ejecutado en el corazon de Andalucía, cerca de sus estados, como para arrojarle el guante; y el perpetrador de aquel hecho no habia sido un alcaide cualquiera, codicioso de enriquecerse con los despojos de una villa; sino el mismo rey de Granada, aquel Muley Hacen á quien él habia visto las espaldas junto al *rio de las Yeguas!....* « Que me tengan por ruin y villano, si no vengo esta afrenta: » así dijo, dando un recio golpe en un bufete de nogal, en que tenia várias armas; y blandiendo la espada de su padre, que se necesitaban buenos puños para sustentarla siquiera, juró no desprenderla de su lado hasta vengar en Granada misma la sangre vertida en Zahara.

Apartada á un lado de aquel aposento, y embebecida en bordar una banda para su esposo, estaba la nobilísima señora doña Beatriz Pacheco, dechado de matronas castellanas; y como viese la resolucion de su marido, y oyese sus palabras, no se atrevió á replicarle ni aun á manifestarle desplacer; pero tomó en sus brazos á un hijo, niño de corta edad, y le estrechó una vez y otra contra su seno, clavando los ojos arrasados en lágrimas en una hermosa efigie de la Vírgen de la Piedad, que era su esperanza y consuelo.

« No queda huérfano bajo tan buen amparo (dijo al fin el marqués, procurando templar con palabras suaves el pesar de su esposa): le quedas tú en la tierra, y la Madre de Dios en el cielo. » — Acercóse entonces al hijo de su amor, que correspondió con inocentes caricias al halago de tan buen padre; y sin poder reprimir por mas

[1] « Los reyes don Fernando y doña Isabel, desde Medina del Campo, donde tuvieron aviso de lo que pasaba, mandaron á los que tenian cargo de las fronteras, y á las ciudades comarcanas, que se apercibiesen para la guerra, y que no aflojasen en el cuidado y vigilancia; que el daño recibido les debia hacer mas recatados, y avisar que los Moros en ninguna cosa guardan la fé y la palabra. Verdad es que ellos se escudaban con la costumbre que tenian, durante el tiempo de las treguas, de hacer los unos y los otros cabalgadas y correrías, y aun se tomaban lugares, con tal que la batería no pasase de tres dias, y que no asentasen ni fortificasen cerca de pueblo que batian sus reales. » (Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 1º.)

tiempo los sentimientos que rebosaban en su alma, desasióse el marqués de su hijo y de su esposa, temiendo que alguna lágrima revelase, á pesar suyo, lo que pasaba en su corazon.

CAPITULO XIX.

Toma de Alhama.

Só color de una montería, para encubrir mejor su intento, salió el marqués de la villa de Arcos, heredada de sus progenitores; y caminando con escaso séquito, si bien toda ella gente de armas, no menos acostumbrada á perseguir fieras en los bosques que á vencer enemigos en el campo, se encaminó por senderos y atajos á las inmediaciones de Sevilla, donde tenia concertada una plática secreta con don Diego de Merlo, caballero de grande ánimo, de consumada prudencia, nombrado por los reyes católicos asistente de Andalucía.

Para no despertar recelos ni dar márgen á conjeturas y rumores del vulgo, abocáronse con sigilo en un lugar poco distante de Sevilla, desierto á la sazon y despoblado, asiento un tiempo de la famosa Itálica, noble cuna de emperadores, y que hasta en sus ruinas y escombros ostenta la grandeza de Roma.

Al promediar la noche, una de las mas crudas de invierno, se juntaron aquellos insignes caballeros bajo uno de los arcos del espacioso anfiteatro, solos, á la callada, quedándose de aquella suerte por espacio de mas de dos horas, sin que nadie pudiese sondear el objeto de aquella misteriosa entrevista; y únicamente oyeron al marqués, á tiempo de despedirse del don Diego, decirle en alta voz y con acento regocijado: «¿No veis como hasta el cielo mismo parece que bendice nuestra empresa?» Todos, por un movimiento involuntario, levantaron á un tiempo los ojos; y vieron que efectivamente habia conseguido la luna romper la espesa niebla en que estaban envueltos los montes; y derramaba su apacible luz sobre aquellas ruinas, que aparecieron de repente mas corpulentas y magníficas.

De allí á breves dias, procediendo entrambos caballeros con la mayor cautela y recato, aprestó cada cual su gente, escogida toda y probada ya en cien reencuentros; y enderezándose por distintas vias al punto convenido, sin que les acaeciese el mas leve azar ó contratiempo, se hallaron reunidos como por milagro en el corazon del reino de Granada, al pié de las ásperas sierras en que tiene Alhama su asiento.

Era famosa esta ciudad por su tráfico y riqueza, que habia ablandado hasta tal punto la índole de sus moradores, que eran tenidos por poco belicosos; no faltando tambien quien lo achacase al uso inmoderado de los baños, con que los convidaba la natura-

leza en aquellos contornos, calentando los ricos manantiales en las entrañas mismas de la tierra [1].

Bien fuese por flojedad y desidia de los moradores, bien confiasen sobradamente en la fortaleza de la ciudad, cercada de torres y muros y enriscada sobre la cumbre de una montaña altísima, á pocas leguas de Granada y con socorro á mano, lo cierto de ello es que permanecian en el mayor descuido y abandono, aun despues que el desastre de Zahara debiera haber despertado su vigilancia.

Ocultos en los profundos valles, que forman las empinadas sierras, aguardaron los cristianos á que cerrase la noche, mas oscura que boca de lobo, con nubarrones, ventisca y aguaceros; caminaron despues á la deshilada, por en medio de tajos y rocas, con tal recelo que hasta el rumor de las pisadas ponia espanto; y sin respirar siquiera para no ser sentidos, llegaron al pié de un torreon; y allí estuvieron á punto de malograr la empresa por la noble emulacion y el ánsia misma con que cada cual reclamaba para sí la gloria de subir delantero. « *Arriba ó á la fosa*, » dijo Martin Galindo, plantando una escala y trepando velozmente por ella. — « En las almenas nos abrazaremos.... — O en la eternidad, » le contestó Juan Ortega, que en denuedo y arrojo á ninguno en el mundo reconocia ventaja; y al cabo de pocos momentos, ya se divisaban dos bultos sobre los adarves [2].

Subieron despues unos en pos de otros como un centenar de valientes, asidos de las cuerdas que se blandeaban al peso, aguardándoles arriba la muerte y á sus pies un hondo precipicio. Apenas se hallaron en la cima, arrojáronse dentro del castillo sin salida ni efugio, caminando despues á tientas, en medio de las tinieblas, abriéndose paso con la espada; de suerte que los guardas, sobre-

[1] En el tomo 2° de la obra de Bruin, *Civitates orbis terrarum*, se halla el mapa de Alhama, segun existia á mediados del siglo XVI, con una breve descripcion.

« Cerca de dicha villa (dice el autor citado) se ven altos montes de rocas escarpadas, de los cuales se despeña con mucho murmullo un riachuelo, que nace en las *sierras Nevadas*, cerca de Granada, con temple tan helado, que por eso ha tomado el nombre de *rio Frio*. Este pasa al lado de las termas, y recibe el agua caliente que de ellas sale. » (Zurita, *Anales*, lib. 20, cap. 42. — Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 1°. —Cleda, *Crónica de los Moros de España*, lib. 5°, cap. 2°.)

[2] « Los cuales, porque no fuesen sentidos, se detuvieron por algunos dias en un valle, que se dice el *rio de las Yeguas*, de donde moviendo lo mas secretamente que pudieron, guiándoles un Moro que se habia tornado cristiano, llegaron una noche á Alhama, casi dos horas antes de amanecer. Es Alhama un lugar que comienza por la ribera de un rio en lugar bajo, y va subiendo cuesta arriba hasta el lugar llano, donde hay gran número de casas, calles y plazas. El cual lugar es muy fortalecido y cercado de muros y torres; y luego un caballero, que se llamaba *Juan Ortega*, hombre fuerte y animoso y muy diestro y experimentado en la arte de escalar muros, subió á la fortaleza, que estaba junto con el muro; y á un Moro que era guarda de la fortaleza, que le salió al encuentro, mató con puñal. Hay quien dice que este no fue *Juan Ortega*, sino *Martin Galindo*. » (Lucio Marineo Sículo, *De los reyes católicos*, lib. 20.)

Lo mismo refieren con corta diferencia otros muchos historiadores.

cogidos de espanto y entorpecidos con el sueño y el frio, ni aun ánimo tuvieron para vender caras sus vidas.

Ya eran los cristianos dueños del torreon; pero todavía no habian arrostrado los mayores riesgos : era necesario salir de aquel recinto, pelear en las calles y plazas, apoderarse de la ciudad, antes que amaneciese. « Pocas horas nos quedan (dijo el marqués de Cádiz, rodeado de aquellos valientes) : ¿nos contentaremos con quemar una torre, como hicimos en Ronda?.... Pero entonces, compañeros, no teníamos que vengar á *Zahara*... » Aun no habia acabado de decirlo, cuando abriendo las puertas y rastrillos precipitáronse de tropel, como un torrente despeñado; y teniendo á desdoro prevalerse de la sorpresa, tocaron las trompetas y dieron á un tiempo el grito de *Santiago y España!*

Batalla tenebrosa apellidóse aquella; con este tremendo nombre la ha perpetuado la historia : en el breve término de una noche corrieron arroyos de sangre por la ciudad de Alhama, muertos ó cautivos sus moradores; y al clarear el dia, ya ondeaba sobre sus torres el glorioso pendon de Castilla[1].

CAPITULO XX.

De lo que aconteció en Granada, así que se supo la pérdida de Alhama.

Cuando empezó á susurrarse por Granada la pérdida de Alhama, rehusaba la gente dar crédito á tan amarga nueva : imposible parecia que hubiesen osado los cristianos penetrar con sus armas hasta el riñon del reino, cercados por todas partes de enemigos, y pudiendo casi divisar con sus ojos las torres de la Alhambra. Mas al pasmo causado por el primer anuncio sucedió en breve la duda, y á la duda sucedió la certeza; aumentándose de tal suerte el desasosiego y la zozobra, que en el término de pocas horas se hallaba la ciudad sumergida en la mas profunda consternacion. Desatentada corria la gente por calles y por plazas, repitiendo el nombre de Alhama, en medio de lamentos y gemidos : gritaban las mugeres y mesábanse los cabellos, maltratando con sus propias manos el rostro, en señal de amarguísimo duelo; resonaba en las mezquitas la voz de los alfaquíes, enardeciendo los ánimos para la guerra santa, y dando á los guerreros el grito de *Alá Acbar*, tan terrible para los cristianos.

[1] Alhama fue sorprendida y tomada por los cristianos el dia último de febrero del año 1482 : « Y porque se rindió la villa este dia, por la noche, en medio de sus tinieblas y antes de ver la luz del dia, la llaman la *batalla tenebrosa.* » (Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 3ª, cap. 35.)

La villa (segun Bernaldez) era de seiscientos vecinos : de ellos murieron ochocientos varones, en la refriega de aquella noche; y quedaron cautivas unas tres mil almas, poco mas ó menos. (M. S. citado, cap. 52.)

Casi todos nuestros historiadores concuerdan sustancialmente en lo relativo á la toma de *Alhama.*

Recordó el pueblo entonces (como suele por lo comun, cuando ve sobre sí un turbion de malas venturas) los vaticinios y pronósticos, que habia menospreciado mientras le halagaba el viento de la prosperidad; y apenas hubo un solo morador de Granada que no repitiese las palabras del alfaquí Nazer, no menos venerable por su ancianidad que por su entereza; el cual como hubiese visto, pocos dias antes, felicitar á Albo Hacen por la sorpresa de Zahara, desvaneciéndole á porfía con el humo de la lisonja, alzó la voz en medio de la corte, y pronunció estas terribles palabras, como si la llama del Profeta brillase de improviso en su frente: « Las ruinas de ese pueblo caerán sobre nuestras cabezas.... La sangre pide sangre... y el imperio de los Muzlines está ya tocando á su ocaso [1] !.. »

A fervor religioso, si es que no á desvario, atribuyóse entonces la prediccion de aquel anciano; y embriagado Albo Hacen con el aplauso popular, de que á la sazon disfrutaba, y adormecido con el silencio de los reyes católicos (que desdeñaron dar la menor muestra de resentimiento por el insulto recibido, hasta que llegase el momento del desagravio) continuó entregado al deleite en brazos de su esposa, casi abandonadas las riendas del estado, menospreciando los consejos de los prudentes y hasta los avisos del cielo.

Mas á pocos dias de hallarse de vuelta en Granada (á donde le habia traido el ánsia misma de recoger los aplausos del pueblo, lleno de júbilo por el reciente triunfo) sobrecogióle de improviso la pérdida de Alhama, como el estallido de un trueno en medio del cielo despejado; y despertando al fin de su letargo, recordó que era rey, para sustentar su corona.

Sin tregua ni descanso procuró apaciguar los ánimos de la ciudad, pregonando la guerra contra infieles, y desplegando el estandarte sagrado, signo de la victoria: abrió el régio tesoro, congregó la hueste, se puso él propio á su cabeza; y no parecia sino cosa de encanto ver cubrirse de pronto los montes y los valles con tantos millares de guerreros, como si la tierra misma los hubiese brotado.

No descuidó el monarca atender al mismo tiempo á cuanto reclamaba la defensa del reino; una vez abierto el palenque para una cruelísima guerra: el enemigo á las puertas, el peligro urgente, por premio de la lucha un imperio.

En el mismo punto y hora despachó á Aben Farruch, con premiosas cartas para el rey de Fez, demandando su poder y ayuda para cerrar el mar á los cristianos, amenazar sus costas, llamar por cien partes á un tiempo su atencion y sus fuerzas; á fin de que no cayesen de repeso sobre Granada. « Este reino (decia en su men-

[1] « Congojábanles algunas señales vistas en el cielo; y un viejo adevino, luego que los Moros tomaron á Zahara, refieren, dijo en Granada á gritos: *Las ruinas de este pueblo (¡ojalá yo mienta!) caerán sobre nuestras cabezas. El ánimo me da que el fin de nuestro señorío en España es ya llegado.* » (Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 1°.)

saje) es el último baluarte, el postrer refugio y amparo que ya queda á los creyentes; y si llegase en mala hora á caer bajo el yugo de los cristianos, bien pueden apresurarse los monarcas de Africa á levantar diques en sus propias regiones, para atajar el torrente de Europa. »

Ora temiera realmente que pudiesen los enemigos amenazar la comarca donde habia prendido la primer centella de la guerra, ora no quisiese compartir con su hermano los laureles, que parecia ofrecerle la fortuna en el fácil recobro de Alhama, dispuso Albo Hacen que partiese el Zagal para Málaga, nombrándole wazir de la ciudad, y encomendándole la guarda de aquellas fronteras.

Por lo que respecta al sosiego y buen régimen de Granada lo fió principalmente á su privado Aben Hamet, de cuya lealtad tenia tantas pruebas; sin echar de ver que aquel mismo poder y valimiento habia de ulcerar mas y mas el ánimo de sus enemigos, que anhelaban con ánsia el momento de satisfacer su venganza.

Encargóle el rey muy especialmente que velase noche y dia en custodia de Aixa : « No te apiades de la hiena, aunque llore; que cuando llora, tiene sed de sangre. » Estas fueron las últimas palabras que pronunció el monarca al separarse de Aben Hamet; y voló desalado á donde le aguardaba su esposa, temiendo á par de muerte el momento de la despedida.

A duras penas pudo apartarse de sus brazos, al resonar por todo el ámbito de la Alhambra el son de los añafiles y atabales : cien veces volvió el rostro hácia el palacio, antes de bajar á la ciudad; y apenas hubo llegado á la espaciosa plaza, y como alzase la vista en busca de la Alhambra, divisó en la torre de la Vela un bulto, mas blanco que la nieve, que estaba inmóble y solo entre dos almenas... No hubo menester demandar quien fuese; ya se lo habia anunciado su propio corazon.

CAPITULO XXI.

Lo que hicieron los reyes de Castilla, al saber la toma de Alhama.

En una antigua iglesia de Medina del Campo, consagrada por la piedad de los fieles al glorioso apóstol de España, hallábanse á mediados de marzo los monarcas de Castilla, pidiendo al rey de los reyes en favor de sus pueblos, cuando les llegó nueva de la toma de Alhama. Las lágrimas que brotaron de sus ojos, al leer la carta del marqués de Cádiz, con el relato de tan inesperado suceso, les consintieron apenas terminar la lectura; y acostumbrados á acudir en todos los sucesos, ya prósperos ya desgraciados, al que tiene en su mano la balanza de los imperios, rogaron al insigne arzobispo don Pedro Gonzalez de Mendoza que entonase en aquel mismo instante el sagrado cántico de alabanza. Postrados todos ante el altar, envuelto en una nube de purísimo incienso, levantó las manos el

pontífice hácia la morada de los justos; y al ver á los piadosos monarcas, inclinada la frente y el ademan sumiso, poner corona y cetro á los piés del Altísimo, no parecia sino que bajaban en abundante lluvia las bendiciones y las gracias del cielo [1].

Vueltos despues á su morada, no perdieron ni un solo momento en vanas demostraciones de alegría; y antes bien sentian como un peso en el corazon, al contemplar aquel acontecimiento imprevisto, el riesgo de tantos valientes encerrados en los muros de Alhama, la necesidad, el apremio de acudirles con pronto socorro.

Hasta echaron de ver los que mas immediatos asistian al servicio de tan buenos príncipes, que apenas habian gustado los manjares de que estaba abastecida su frugal mesa [2]; y como si la sorpresa y el júbilo les embargasen el habla, pocas y muy compasadas palabras se dijeron entrambos esposos.

Mas en breve se supo la causa que tenia preocupado su ánimo, cuando despues de haber permanecido solos por larguísimo trecho, dió órden el rey Fernando para su partida, que habia de verificarse aquella misma tarde, quedándose la reina en Medina. Admiraron todos la resolucion, digna de tales monarcas, prudentes á la vez y animosos; y sin atreverse siquiera á sondear cual fuese su intento, se esmeraron á porfía en darles muestras de lealtad y veneracion.

Al despedirse el rey, se volvió hácia los caballeros y contínuos que allí estaban presentes, y les ofreció que en breve tornaria á verse en medio de tan fieles vasallos y al lado de la reina. Inclinóse esta, con ademan grave y modesto, en que se traslucia juntamente el respeto á su esposo y la magestad real; y como para calmar la inquietud del monarca, á fin de que partiese con el ánimo mas sereno, le dijo de esta suerte, mirando con rostro afable á cuantos allí estaban: « Segura quedo, mi rey y señor, en medio de mis pueblos, y á la sombra de tan buen prelado. »

[1] « Los reyes católicos (que á la sazon se hallaban en la villa de Medina del Campo) recibieron el primer mensajero con las cartas del marqués de Cádiz, estando en su palacio oyendo misa, casi á los quince de marzo de 1482 años; y leidas las letras, en tanto que el oficio divino se celebraba (segun su costumbre) dando gracias á nuestro Señor, mandaron cantar el cántico *Te Deum laudamus;* y acabada la misa, con gran gozo de todo el palacio y de la corte, el rey se asentó á comer; y entre tanto que comia, así como era prudentísimo, consideraba y revolvia en su ánimo que los reyes de Granada con mucha gente irian luego á cercar á Alhama; de que se podria seguir grande peligro á los que estaban dentro, si no fuesen socorridos con presteza; y mandó luego aparejar las cabalgaduras y cama de campo para se partir; y en levantándose de la mesa, él y la reina fueron á la iglesia de señor Santiago de la dicha villa, á donde dieron muchas gracias y loores á nuestro Señor por la victoria y toma de Alhama; y los prelados y sacerdotes de su real capilla cantaron el cántico *Te Deum laudamus;* y de allí vuelto á su palacio, se partió el mismo dia para el Andalucía, y con él muchos caballeros, que entonces estaban en la Corte. » (Lucio Marineo Sículo, *De los reyes católicos*, lib. 20.)

[2] « La reina de España, la señora de los tesoros de las Indias, ella, su marido, el príncipe heredero, las infantas, todos comian por menos de cuarenta ducados... Pocos años despues su nieto Cárlos, recien venido de Flandes y antes de casarse, gastaba en su mesa diaria mas de cuatrocientos. » (Clemencin, *Elogio de la reina doña Isabel*, tom. 6° de las *Memorias* de la real academia de la Historia.)

Habia dispuesto efectivamente el monarca que permaneciese el arzobispo Mendoza al lado de la reina, para ayudarla con sus consejos; encargándole al mismo tiempo que apresurase, cuanto fuese posible, allegar capitanes y gente de guerra, para tomar la vuelta de Andalucía, adonde él se encaminaba. « Con vuestros deudos basta (dijo el rey) para que vaya segura la reina, no digo yo hasta Córdoba, sino hasta las puertas de Granada. » Dió gracias el arzobispo por tan señalada merced; y aun no habia salido el monarca por las puertas de la ciudad, cuando ya estaba disponiendo todo lo conveniente, para que ademas de las cuatrocientas lanzas que de ordinario mantenia, y de que era capitan su propio hermano, saliesen cuanto antes al campo y acudiesen en socorro de Alhama su sobrino el duque del Infantazgo y los condes de Tendilla y de la Coruña : aquel linaje valia por un reino [1].

CAPITULO XXII.

De lo que pasó en Alhama cuando le puso cerco el rey de Granada.

La noche misma en que partió el rey sin mas escolta que unos cuantos ginetes, ni mas comodidad y regalo que un lecho de campo, la pasó en vela la solícita Isabel, escribiendo de su propia mano, para mayor honra y estímulo, á los principales señores y capitanes de Andalucía, á fin de que acudiesen sin la menor demora en defensa de Alhama. Encarecia la reina la importancia de conservar aquella ciudad, reputada no sin razon como fortaleza y antemural de Granada; el desdoro y mengua que redundaria á todos, si dejaban abandonados á los que habian dado cima á tan gloriosa empresa; la necesidad de salvarlos á todo trance, « *como si ella misma* (esto escribia una dama, una reina, á nobles castellanos) *estuviese encerrada en Alhama.* »

Empero por mas prisa que se dieron los mensageros, y aun cuando fue grandísima la eficacia, así de los señores como de las ciudades y villas, para allegar gentes y acorrer á Alhama, era tal el apremio y conflicto, que ni consentia tregua ni dejaba resquicio á la esperanza.

No mas tarde que al quinto dia (martes era por cierto) despues de la toma de aquella ciudad; y cuando el marqués de Cádiz juntamente con los otros caudillos apenas habian tenido tiempo para hacer escombrar el terreno de ruinas y cadáveres, á fin de respirar

[1] « Partió luego el rey á socorrerla (á Alhama), y dejó á la reina en Medina; mandando al cardenal quedase en su compañía, con órden de que partiese en su seguimiento. Juntó el cardenal la mas gente que pudo, sin las cuatrocientas lanzas ordenadas que tenia apercibidas, de que era capitan su hermano don Pedro Hurtado de Mendoza. Acudieron tambien sus sobrinos, el duque, y condes de Tendilla y Coruña; y caminaron la vuelta de Alhama. » (Salazar, *Crónica del gran cardenal de España*, lib. 1°, cap. 53.)

siquiera y no ser víctimas de la infeccion del aire, vieron al despuntar el dia cubiertas las sierras á la redonda de un numeroso ejército, y correr por los valles y cañadas turbas de almogavares, para apoderarse de entrambas orillas del rio. En el término de breves instantes se vió asediada la ciudad, sola y escueta en lo alto de un monte, á manera de atalaya en medio de un campo enemigo [1].

Para que aun fuese mayor la angustia, amanecieron los contornos, en cuanto alcanzaba la vista, cobijados de espesísima nieve, borrados los caminos y senderos; y al pié mismo de la ciudad, como para recrearse con el próximo triunfo, apareció de repente una tienda magnífica, de grana y sedería, que anunciaba servir de albergue no menos que al rey de Granada. « Ya está el leon encerrado en su caverna : vivo ó muerto le veré á mis plantas. »

Esto dijo Albo Hacen : y al divisar su tienda el marquéz de Cádiz, sintió dilatársele el corazon, como le acontecia en los mayores peligros, cual si entonces se hallase en su natural elemento; y volviéndose á un page de lanza, que junto á él estaba, le mandó que trajese su escudo; y con sus propias manos lo clavó en una almena : « Para que vea ese Moro que no ha de reinar en Alhama. »

El noble ademan del caudillo, tan sereno y sosegado cual si se aprestase á un torneo, hubiera bastado por sí solo, aun cuando fueran menos esforzados cuantos allí se hallaban, para infundirles ánimo; y no hubo uno siquiera que al recorrer el marqués los adarves, no jurase sacarle airoso ó morir á su lado.

Verdad es que la precipitacion misma con que habia salido Albo Hacen de Granada, lo áspero del camino y lo riguroso de la estacion, le habian impedido traer máquinas de guerra, para expugnar los muros de Alhama; pero no por eso era menos angustiosa y apurada la situacion de aquella ciudad. No habia habido tiempo para reparar las murallas, y aun menos todavía para abastecerla de mantenimientos; un corto número de valientes, encerrados dentro de su recinto, tenian que velar noche y dia sobre los adarves, acudiendo á cien partes á un tiempo, arrojando piedras á falta de otras armas, defendiendo las puertas y los muros contra una muchedumbre de infieles.

Tanta fue la mortandad y estrago, que perdida al cabo la esperanza de tomar á viva fuerza la ciudad, desistió Albo Hacen de su intento, seguro de conseguirlo á menos costa y dentro de brevísimo plazo.

Sabia que dentro de la ciudad escaseaban las cosas mas necesarias al preciso sustento, sin que los sitiados pudiesen esperar auxilio ni socorro : los reyes católicos en tierra de Castilla; los adelan-

[1] « La villa tomada (por los cristianos) pusieron sus guardas é todo buen recado é estuvieron allí holgando viernes é sabado, é domingo é lunes, é fasta el martes, que vino sobre ellos el rey Muley Hacen de Granada, con cinco mil é quinientos de caballo, é ochenta mil peones á cercallos. » (Bernaldez. M. S. citado : cap. 52.)

tados y capitanes de Andalucía desapercibidos y lejanos; los caminos todos barreados con un muro de gente.

En medio de tan grave conflicto, no se oia en la ciudad ni una queja ni un solo lamento: al despuntar el alba y al ponerse el sol, registraban solícitos desde lo alto de los muros toda la tierra á la redonda, por ver si descubrian alguna señal ó indicio de que viniesen los cristianos en su socorro; la menor nubecilla que veian blanquear en el horizonte les parecia una bandera amiga, y sentian palpitar su corazon entre el temor y la esperanza; mas cuando llegaba en breve el triste desengaño, lejos de decaer de ánimo, se encaminaban resignados y silenciosos á la iglesia (convertida ya en templo cristiano la mezquita de los infieles), y ofrecian al Dios de sus padres el sacrificio de sus vidas.

CAPITULO XXIII.

De como permitió Dios que se librase de aquel peligro la ciudad de Alhama.

A favor especial del cielo atribuyóse entonces, y apenas era dado imaginar que cupiese en lo humano, el medio singular y portentoso á que se debió en aquel apuro la salvacion de Alhama. Al primer asomo de peligro, se habia encerrado dentro de sus muros un mancebo de pocos años, vástago de una familia ilustre, pero pobre, sin mas amparo que su escudo ni mas arrimo que su lanza. Habíala manejado, y no sin gloria, en la guerra contra Portugal; y como premio de su esfuerzo y estímulo para en adelante, habíale nombrado la reina contínuo de su casa, con un reducido acostamiento.

Pues apenas se halló dentro de Alhama aquel animoso doncel (Hernan Perez del Pulgar se apellidaba, hasta que con sus hechos grangeó mas claro sobrenombre[1]; y como viese que el torcedor de la hambre empezaba á enflaquecer los ánimos, postradas ya las fuerzas del cuerpo, se presentó de secreto al marqués de Cádiz, y rogóle encarecidamente le permitiese acometer una empresa que daria á lo menos un respiro á aquella angustiada ciudad. Pulgar era el que hablaba, y Ponce de Leon quien le oia: no fue por lo tanto

[1] Hernan Perez del Pulgar ejecutó hechos tan portentosos, desde el principio hasta el fin de la guerra de Granada, que mereció que en un ejército de héroes le apellidasen *el de las hazañas*. Algunos escritores le han confundido malamente con Hernando del Pulgar, cronista de los reyes católicos, que los acompañó en aquella empresa; pero este mismo en su *Crónica* habla del otro, que era alcaide del Salar, y á quien apellida *home de buen esfuerzo*. (Cap. III.)

Ademas de la semejanza del nombre, y de haberse hallado juntos en aquella expedicion, medió la circunstancia de que Pulgar, el guerrero, escribió tambien una *Crónica*, en que refiere muchos hechos curiosos del Gran Capitan, su amigo y compañero de armas. Esta crónica, ya casi ignorada, la ha reimpreso el autor de esta obra, en su *bosquejo histórico de Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas*, publicado en el año de 1834.

difícil que al punto se entendiesen. «Dios vaya en vuestra guarda, y os conceda volver con vida,» le dijo enternecido el marqués. — «Dios me concederá venir á salvaros... ó morir con honra en la demanda,» le contestó gravemente el mancebo.

Aquella misma noche se descolgó del muro; y sin mas compaña ni defensa que su espada, atravesando por en medio del ejército infiel, y pisando á veces los tendidos cuerpos, cruzó un monte y otro monte, y tomó sin ser visto ni oido la via de Antequera.

Cuando al cabo de larguísimas horas de cansancio y de contínua zozobra, mas dura y cruel todavía, llegó á avistar los muros de aquella ciudad, á él mismo le parecia un sueño; y por un movimiento involuntario, sin saber él propio lo que hacia, hincó ambas rodillas en tierra, y dió gracias á Dios por tan señalada merced; pues solo era posible haber llegado salvo hasta allí, habiéndole conducido de la mano un ángel del cielo.

Así que los de Antequera le vieron dentro de la ciudad, y oyeron de su boca que habia venido solo desde Alhama, apenas daban crédito á lo que escuchaban, cercando con admiracion y sorpresa á aquel hombre singular. Al punto mismo, y sin malgastar el tiempo en vanas pláticas y demostraciones, refirió brevemente Pulgar el apuro de los cercados, la falta de mantenimientos, enfermedades, hambre, la muerte ó la servidumbre: que acudiesen en socorro de aquellos valientes, si no querian que muriesen todos, echando sobre su patria el feo baldon de haberlos abandonado en tan grave conflicto: no podia perderse ni un solo momento: en el instante mismo en que él estaba hablando, quizá estarian aquellos infelices recibiendo la palma del martirio.

Las palabras del gallardo mozo, su acento, su arrojo y bizarría, que parecian una amarga reconvencion contra los que se mostrasen apocados y tibios, enardecieron los ánimos de aquella gente; y á las pocas horas de su llegada, ya se hallaban prontos buen número de acémilas con vituallas y mantenimientos, para acorrer por el pronto á la ciudad de Alhama. Iban en guarda del precioso depósito en que se encerraba la salvacion de un pueblo, unos cuantos ginetes escogidos, los mejores de aquella tierra, que los da famosos; y buen golpe de gente de á pié, andariega y arriscada: capitaneando á unos y á otros, por unánime aclamacion, y como el único que podia llevar á cabo aquella empresa, el mismo animoso mancebo que la habia concebido.

Continuaron caminando por espacio de algunas leguas, en buen órden y concierto, y sin tener que vencer mas obstáculos que lo estrecho y agrio de las sendas, por entre montes, cerros y altozanos; mas al descender á los llanos de Cantaril, y como los viesen cubiertos todos de morisma, tan unida y apiñada como rebaño en calurosa siesta, detúvose la gente de Pulgar, y comenzó á remolinarse, volviendo el rostro atras; lo cual visto por el animoso caudillo: «Allí está Alhama, cobardes; lo que está aquí es mi lanza.»

Y al tiempo mismo que esto decia, comenzó á herir con ella á los que le atajaban el paso, penetrando por medio de la confusa turba, y poniéndose delantero. Ni aun hizo ademan de reparar si otros le seguian; pero seguro del pundonor castellano, y confiando en la eficacia de su propio ejemplo, se arrojó sobre los infieles, que sobrecogidos de espanto, no tuvieron lugar ni aliento para valerse de las armas.

Como nube de polvo que cruza una llanura, pasó Pulgar con los suyos, sin recibir mayor daño de parte de los enemigos; y conteniéndolos mas de una vez, cuando le acosaban de cerca, prosiguió sin descanso su peligrosa via, hasta llegar sano y salvo á las puertas de Alhama [1].

Ni aun á sus propios ojos daban crédito los que vieron desde los muros acercarse y llegar aquel corto número de valientes; y saliendo al punto en su defensa, recibiéronlos con tales muestras de agradecimiento, que apenas daban las lágrimas lugar á las palabras.

Abrazados como hermanos entraron unos y otros en la ciudad; aclamando todos como libertador de Alhama á aquel bizarro mozo, que habia concebido y llevado á cabo tan arriesgada empresa. «Mucho os debemos, Pulgar!» le gritaron al divisarle algunos caballeros. — «Mucho debemos á Dios; que es quien todo lo ha hecho.»

Y sin descabalgar siquiera, se encaminó á la iglesia, seguido de un tropel de guerreros, que le colmaban de alabanzas y bendiciones. Apenas podia sustentarse en pié, cuando entró por las puertas del templo; y dirigiéndose á un altar de la Vírgen, á que tenia especial devocion el piadoso mancebo, cobró de repente tal brio, que prorumpió en estas palabras: «Ya que me habeis concedido salvar á mis hermanos, yo os ofrezco, madre mia, ejecutar tan singular hazaña que la tengan por fabulosa los siglos venideros. Sin mas que vuestra ayuda, he de ensalzar el nombre de la reina del cielo en la mezquita mayor de Granada.»

Esto dijo Pulgar, poniendo la mano derecha en la cruz de su espada; y cuantos allí estaban presentes, aunque acabasen de ser testigos de su valor y esfuerzo, reputaron como un mero desahogo de su fervor el temerario voto; pero la reina de los ángeles lo acogió desde el cielo; y al cabo de pocos años lo vió ya cumplido la tierra [2].

[1] «Y al llegar á los llanos de Cantaril, que son caminos de Archidona á Loja (decian los reyes católicos á Hernando del Pulgar) algunos de los vuestros tuvieron pavor de pasar por la sierra de ella, é quisieron desampararos; é por no querer pasar adelante ni obedeceros, feristeis en ellos; é teniendo pavor de vos, os siguieron.» (Real cédula expedida por los reyes católicos en Medina del Campo, á 9 del mes de abril de 1494.)

Del mismo documento, así como de otros, resultan las mercedes que le hicieron á Pulgar, en remuneracion de los muchos y buenos servicios que prestó en aquella época; hasta el punto de decirle dichos príncipes: «*que se debia á su industria é valor la conservacion de Alhama só su poderío.*» (Véase el *bosquejo histórico*, y los *documentos* que le acompañan.)

[2] La entrada de Pulgar dentro de Granada, cuando aun se hallaba en poder

CAPITULO XXIV.

Crecen otra vez los apuros y el peligro de Alhama.

Los escasos mantenimientos que habia traido Pulgar no concedian sino un breve respiro á la ciudad de Alhama : volvia á apretar otra vez el dogal de la hambre ; los rebatos á la contínua acababan de enflaquecer las fuerzas de los sitiados ; y para que nada faltase á su angustiosa situacion , empezaron á padecer un linaje de tormento tan grave, cuanto siendo de suyo insufrible, lo agrava todavía mas y mas la imaginacion.

A poco de haber puesto el cerco á la ciudad, creyeron los infieles tomarla por asalta, á escala visto y provocando á la pelea; mas recibieron en pocos dias tantos y tan costosos escarmientos, que tuvieron al fin que desistir de su propósito; acudiendo á otro medio para apoderarse de la ciudad, sino tan breve ni tan noble, mas seguro y menos costoso. Como sabian que dentro de los muros no habia ni fuentes ni cisternas (*Alhama la seca* se apellidó por esta causa), empezaron los Moros por disputar el agua del rio, trabándose frecuentes escaramuzas en su escabrosa márgen, y bebiendo los cristianos el agua mezclada con su propia sangre. Para adelantar en su designio de estrechar á los sitiados con el duro dogal de la sed, cegaron los Alarbes la mina que conducia el agua á la ciudad, combatiendo uno y otro bando en las entrañas mismas de la tierra; y con el fin de arrebatar á los cristianos hasta el postrer rayo de esperanza, no menos intentó aquella muchedumbre de infieles que torcer la corriente del rio, abriéndole otro lecho, y alejándolo de la ciudad [1].

de los Moros, llegando á poner el rótulo del *Ave María* en la puerta de la mezquita mayor, como por via de toma de posesion, y saliendo luego sano y salvo en medio del alboroto de la ciudad, es un hecho tan singular y peregrino, que á pesar de la tradicion popular en que se apoyaba, ha llegado casi á reputarse como fabuloso; pero pocos hechos hay en la historia que descansen en pruebas mas auténticas é irrefragables. (Hállanse recogidas abundantemente en la obra ya citada.)

[1] « E como el rey moro volvió sobre Alhama, dejando de seguir los que vinieron con el fardage, mandóle dar combate por todas partes; é llegaron los Moros con las escalas hasta los muros, é combatian muy bravamente osando morir; é el señor marqués é los otros señores capitanes cada uno por su cabo esforzaron su gente, é diéronse á tal recaudo, que mataron ó firieron de los Moros muy muchos, é defendieron bien sus vidas é la villa; en tal manera que los Moros se enojaron é dejaron el combate, desque vieron tanto daño les facian. El domingo siguiente dieron otro muy gran combate, é minaron el muro é vieron é vinieron á lo dar muy armados é peltrechados, é dando muy grandes alaridos é gritos; el cual duró por muy grande espacio, en que al fin fueron mas de dos mil Moros muertos é heridos; é dende este dia no osaron dar mas combate real, salvo en el agua que quitaron muchas veces á los de la villa por la mina, é volvíanla á echar por dó solia ir; é sobre esta agua echar recibieron asaz daño los cristianos, que de algunos que murieron los mas

Los ojos y el alma se les iban á los sitiados tras la clara corriente; y bramaban de impaciencia y de ira, retando desde el muro á sus traidores enemigos; como el leon generoso, preso con fortísimos hierros y aquejado de la sed que le abrasa, desafia con roncos rugidos á sus cobardes guardas.

Un dia y otro dia permanecieron en situacion tan angustiosa; teniendo colgada la vida de una sola esperanza; y era que acudiesen á su socorro los capitanes y señores de Andalucía, cuyo auxilio habian demandado. Desde el momento mismo que se apoderaron los cristianos de Alhama, habia escrito el marqués de Cádiz várias cartas, firmadas tambien por el asistente don Diego de Merlo y por el conde de Miranda y otros caballeros de cuenta, exponiendo con sencillas razones la toma de la ciudad, «*que se hizo muy bien* (decian con noble candor aquellos caballeros) *como cumplia á servicio de Dios, y de los reyes nuestros señores, y á nuestra honra;*» manifestando luego cuán necesario era, así para la guarda de la villa como para llevar á cabo otras cosas, cumplideras al buen servicio de estos reinos, que viniesen luego en su ayuda, con cuanta gente y fardage traer pudieren; en el concepto de que, avisando de antemano el dia y hora de su venida, saldrian ellos de la ciudad á recibirlos en el punto aplazado.

Partieron, no sin peligro, los mensajeros, llevando escondidas las cartas para vários señores de Andalucía, de los de mas poder y valimiento; tales como el conde de Cabra, el alcaide de los donceles, Garci-Fernandez Manrique, y don Alonso de Aguilar, cuya fama se hubiera levantado aun mas alta, si no hubiese crecido á su lado un Gonzalo Fernandez de Córdoba.

De caza andaba el buen don Alonso, en uno de los dias mas ásperos de marzo, cuando al cruzar *el arroyo del Ciervo*, á la pasada de Loja, recibió la carta de los sitiados; y sin apearse siquiera del caballo, escribió sobre el arzon unos breves renglones, á fin de que saliesen á su encuentro los amigos y deudos con quienes mas contaba. Con no menor afan y diligencia concertó en seguida los medios de allegar gente y reunir bastimentos, para acudir cuanto antes en socorro de Alhama; y al cabo de pocos dias caminó la vuelta de aquella ciudad, hasta llegar á darle vista.

Desde los muros mismos se descubrieron tambien los pendones cristianos, ensanchándose el corazon á los infelices sitiados, y agolpándose á sus ojos lágrimas de muy grande alegría. Mas despues que hubieron permanecido una hora y otra en la mas congojosa incertidumbre, vieron al ejército de los infieles amurallando el paso, y al escuadron amigo permanecer inmóvil sobre la cresta de una

fueron sobre el agua; porque no tenian sino un pozo en la villa; é padecieron los cercados muy grandes penas de sed, á causa que los Moros les quitaban así el rio: estuvieron cercados el marqués é aquellos señores é gente veinticinco dias; tantos estuvo el rey de Granada sobre ellos.» (Bernaldez, M. S. citado, cap. 53.)

montaña, como nube que está amenazando, y se queda suspensa en los aires.

Cerró en esto la noche, larga por demas y angustiosa; y apenas alboreaba el dia, lento á la sazon y perezoso, corrió toda la gente á los adarves, para ver donde se hallaban los que venian en su socorro; pero nada se divisaba en algunas leguas á la redonda. Solo descubrieron al ejército infiel, que mas cauto ahora y precavido, se habia adelantado hasta la falda de las sierras, para cerrar el paso á los cristianos; volviendo luego no menos ensoberbecido que si debiera el triunfo á su valor y esfuerzo.

Inmóbles y silenciosos permanecieron los cristianos, cual si fuesen estátuas de piedra colocadas sobre los muros; sepultando en lo íntimo del corazon un pesar tan intenso, como el que siente el náufrago, abandonado en una isla desierta, al ver alejarse la vela que le roba su última esperanza [1].

[1] Alderete, en sus *Antigüedades de España*, trae una carta muy curiosa, cuyo *original* estaba en su poder, que me parece digna de estamparse en este lugar: dice así: — « Señores: sabed que á servicio de nuestro Señor el cerco á que venimos de esta ciudad de Alhama se hizo muy bien, como cumplia á servicio de Dios y de los reyes nuestros señores y á nuestra honra, que el jueves al alba se escaló la fortaleza é nos apoderamos en ella, é luego comenzaron algunos á salir por la villa: é como no salieron con concierto, no se pudo apoderar luego por la mañana fasta que se ordenó la gente; é por la fortaleza salió gran parte de la gente á la villa, é por un portillo, que se fizo en el muro de la otra parte de dicha fortaleza, entró asi mismo gente; é como quier que los Moros pelearon bien en las torres é barreras, que avian fecho por las calles, se apoderó todavia la dicha ciudad, é murieron asaz Moros é algunos caballeros cristianos, é otra gente, y ovo feridos. E vase dando órden é recaudo, cual conviene para la guarda de la ciudad. E porque convendrá facer otras cosas, conviene mucho, señores, vuestra venida sea luego con toda la gente é fardaje que traeis, é asi el nuestro fardaje que allá quedó, con las gentes de á pié é de caballo que allá quedó. E vuestra venida sea al puerto de Zafarraya, porque allí nos juntemos; é tomado el puerto por vosotros, avisadnos con vuestros peones por dos partes cuando sereis en el puerto, el dia y á la hora; porque á aquella misma nosotros seremos allí: é nuestro Señor guarde vuestras muy virtuosas personas y estados. De la ciudad de Alhama, á tres de marzo de 82 años.

» El marqués de Cádiz.
» El Adelantado.
» El Conde de Miranda.
» Don Juan de Guzman.
» Don Martin Fernandez.
» Don Diego de Merlo. »

» Así están las firmas, y estas tres últimas están al pié del medio pliego en que se escribió la carta. A la vuelta, dice el sobre-escrito: « A los señores conde de Cabra, é don Alonso señor de la casa de Aguilar, é Garci Fernandez Manrique, corregidor de Córdoba, é Martin Alonso de Montemayor, é al alcaide de los Donceles, é á otras ciudades é señores é caballeros. »

» En este mismo reverso está de mano de don Alonso, señor de Aguilar, unos renglones que escribió, estando armado y á caballo, que dicen: « Señor, hoy lunes á mediodia, en el *arroyo del Ciervo*, á la pasada de Loja, me llegó con unos peones de Antequera esta carta, por la cual vereis, señor, que no con menos diligencia debeis andar. — D. Alonso. — Y si por ocupacion alguna no podeis llegar oy aquí con dos ó tres de á caballo, mandadme avisar; porque se pasa el tiempo é gasta la vianda. » (Alderete, obra citada; lib. 2, cap. 2.)

CAPITULO XXV.

De lo que á la sazon acontecia en el palacio del duque de Medina Sidonia.

Pesada losa debe de tener sobre el corazon el buen duque de Medina Sidonia, cuando así lleva de pasar largas horas, apartado de su familia, solo y silencioso en el salon mas recóndito de su palacio, clavada la barba sobre el pecho, como si le costara trabajo sustentar la cabeza. Ni sus deudos mas allegados, ni aun su misma esposa, á quien ama entrañablemente, se atreven á demandarle la pena que le aflige; tanto es su cuidado y afan por encerrarla en lo hondo de su pecho. Hasta de sí propio quisiera recatarla; mas al cabo de contenerse largo tiempo, se levantó de improviso, y prorumpió con el acento de amarguísima queja: « *No han querido fiarse de un descendiente de Guzman el Bueno.* »

En diciendo esto, empezó á vagar por la estancia con pasos apresurados; revolviendo en su mente recuerdos de antiguos odios y de nunca olvidadas ofensas. En un solo instante pasaban por su imaginacion, como confusas sombras por un opaco muro, mil imágenes y figuras distintas; pero á cual mas aciaga y siniestra: sus naves destruidas junto á la playa de San Lúcar; las calles de Sevilla regadas con la sangre de sus deudos y amigos; el castillo de Guadayra ardiendo en vivas llamas, pereciendo entre los escombros no menos que dos de sus hermanos, y el tercero cayendo en manos del aborrecido rival.... Y cuando apenas asentadas las treguas, y depositadas las fortalezas en manos de los reyes, se brindaba la ocasion de apagar los encendidos odios en la sangre de los infieles, rescatando á la patria del deshonroso yugo, se concibe en secreto una empresa, se lleva á cabo, y como que se tiene á mengua compartir los laureles.

Estos y otros pensamientos semejantes traian tan atormentado al animoso duque, que sin ser parte á reprimir su enojo, sintió hervir á borbotones la sangre de sus venas, y saltar en el pecho el corazon con los ímpetus de la venganza. Fortuna grande fue (ó por mejor decir, permision del cielo, que se vale hasta de las circunstancias mas leves para sus santos fines), que en medio de tanta agitacion se parase el duque un momento, y fijase la vista en un lienzo colocado el primero entre los retratos de sus gloriosos ascendientes, y en el que estaba pintada al vivo la hazaña de Tarifa. Se veia la entereza del anciano padre, y el interno dolor que le estaba destrozando el alma; los bárbaros sitiadores amenazando ya con la cuchilla al inocente niño; y este arrodillado, sumiso, con las manos cruzadas sobre el pecho, y levantados los ojos al cielo, donde se veia entre un coro de serafines á la Vírgen Santísima, que le estaba esperando con los brazos abiertos.

Atónito se quedó el duque, como arrobado con una vision celestial; y despues de permanecer largo trecho inmóble y silencioso, se le arrasaron en lágrimas los ojos, y apenas pudo pronunciar estas sentidas voces : « Líbrame de mí propio, Dios mio; y desde este mismo instante te consagro mi vida. »

La abundante lluvia que baja de los cielos, despues de una tormenta de verano, no es tan grata y consoladora á la abrasada tierra, como el llanto que derramó aquel buen caballero lo fue para su corazon; y ya mas sereno el ánimo, y rendidas las fuerzas del cuerpo con tan penosa lucha, reclinó la cabeza sobre el respaldo de un sillon, y asaltóle el sueño.

Bien habia menester algunas horas de descanso para reponerse un tanto; pero apenas empezaba á penetrar la luz del alba por los pintados vidrios, cuando oyó el duque que alguien le llamaba, si bien con voz sumisa y no sin recelo, como temiendo provocar su ira. *¿Quién es?* dijo al levantarse de súbito, dudando todavía si se hallaba dormido ó despierto. « Señor (le contestó Pero Anzules, el mas anciano de sus escuderos), aun habia estrellas en el cielo, cuando empezó á golpear la puerta una noble dueña, si se ha de juzgar por su ademan y trage; que el rostro le trae tan cubierto con el manto, que ni se le descubren los ojos. No ha permitido decir su nombre, ni de donde viene, ni el fin que aquí la trae. A las preguntas no responde; y únicamente dice que no se apartará del palacio, hasta que vea al duque, y le hable sin testigos. » — « ¿Viene sola? » — « No, señor : la acompañan dos escuderos; pero los dos parecen mudos, ó por mejor decir, peores que mudos; porque ni responden por señas. » — « ¿No has podido rastrear ningun indicio?... » — « Lo único que se advierte es que viene muy afligida : de cuando en cuando se oyen sus sollozos; y como que se ahoga por reprimir el llanto. » — « Dí á esa desventurada que entre. »

Habia cedido el duque á un sentimiento generoso al oir que una señora, y al parecer desvalida, demandaba su proteccion y amparo; pero pasado aquel primer impulso, casi le pesó de haber procedido tan de ligero; no acertando á adivinar lo que ser pudiera, buscándole á una hora tan desusada y con tanto misterio. Tambien le punzaba quizá (porque nada debe omitirse en una fiel historia) que llegase á oidos de la duquesa, doña Leonor de Ribera y Mendoza, señora de extremada hermosura y muy cumplidas dotes; pero que no por eso estaba exenta del achaque de celos, sabiendo que el duque habia sido en la flor de sus años muy dado á galanteos.

Entre curioso y arrepentido acercóse á la puerta, como quien desea salir cuanto antes de incertidumbre; y vió venir por una y otra sala á la desconocida dueña, acercándose con un continente tan noble que mas que dama parecia una reina. Hizo mesura al duque, al llegar junto á él; y correspondiendo este con aquella apostura y gentileza que tanta fama le habian grangeado, le rogó con corteses razones que honrase aquella estancia. — « No pasaré de

este quicio, sin que me otorgueis una merced. » — « A merced tendré yo, señora mia, escuchar vuestro mandato, para cumplirlo á ley de caballero. » — « Pues en esa confianza, ved, noble duque, quien se echa á vuestros piés.... » En el momento mismo de intentarlo, abrióse el manto, y descubrió su rostro; quedando el duque tan atónito y sorprendido, que apenas tuvo tiempo para sostener á la afligida dama, antes de que tocasen sus rodillas en tierra. — « ¡ Qué vais á hacer, señora! » — « Pedir al duque de Medina-Sidonia que vaya á salvar á mi esposo. » — « Vuestro esposo quedará salvo, ó el duque de Medina-Sidonia morirá en la demanda. » Pronunció el duque estas palabras con tanta entereza y confianza, que la apesarada señora sintió como ensanchársele el corazon; pero tal era la lucha que en su interior sentia, tal su sorpresa y alborozo, contrastando todavía con su anterior tristeza, que manaba de sus ojos un raudal de lágrimas; al tiempo mismo que asomaba á sus labios una leve sonrisa de satisfaccion y consuelo.

Así que se hubo sosegado algun tanto, propuso el duque á la noble señora llevarla al aposento de la duquesa; la cual se hallaba á la sazon rodeada de sus damas, dando gracias á Dios por haberla dejado disfrutar la nueva luz del dia. »

« Perdonad, si os interrumpo, duquesa; pero tambien se sirve á Dios recibiendo á tan honrado huésped. » — Al decir esto, alzó el duque el rico paño que cubria la puerta, y cogiendo de la mano á la nobilísima señora, la condujo con respetuoso ademan hácia donde se hallaba su esposa; la cual volviendo al punto de su admiracion y sorpresa, salió al encuentro de la ilustre dama, y la recibió con las mayores muestras de afabilidad y cortesía.

Embargadas se hallaron una y otra, durante algunos momentos, siendo aquella la primera vez que se hablaban, y aun quizá que se veian de cerca, separadas hasta entonces entrambas familias por el muro de antiguos odios y enemistades; mas como se apercibiese de ello el duque, se valió de su claro ingenio para entreteger tan sabrosa plática, que al cabo de breve espacio ya se hallaban á su amor una y otra, departiendo juntas sobre el motivo que habia ocasionado tan afortunado suceso.

Pidió licencia el duque para ir sin pérdida de momento á ordenar los aprestos convenientes : « Solo un motivo en el mundo pudiera escusarme de dejaros tan breve : y es el deseo de salvar cuanto antes á vuestro esposo. » — Ni aun palabras halló al pronto la ilustre dama para manifestar su agradecimiento; y por un movimiento involuntario, cogió entrambas manos á la duquesa y las llevó á sus labios. « Tampoco vos, mi señora, teneis motivo de quejaros : se ausenta vuestro esposo; pero os deja esta amiga. »

Con tan corteses razones despidióse el duque; y apenas hubo salido de la estancia, cuando ya se sentia en todo el palacio un confuso hervidero y zumbido; como el que forman en un colmenar los espesos enjambres de abejas : y antes que cerrase la noche, ya se

habia difundido el son de guerra por toda la tierra á la redonda.

El duque de Medina-Sidonia acudia en socorro del marqués de Cádiz [1].

CAPITULO XXVI.

Acude el duque de Medina-Sidonia, y socorre á la ciudad de Alhama.

La fama sola de la empresa levantó como por encanto á toda la comarca; celebrándose con tales alegrías y regocijos, como si ya se tuviese afianzado el triunfo.

Verdad es que como no habia ni una sola familia en el dilatado reino de Sevilla, que no hubiese vestido luto por la muerte de algun deudo ó amigo, á causa de la encarnizada contienda entre una y otra nobilísima casa, el mero anuncio de su reconciliacion era saludado con alborozo, como el término de la discordia civil y el mas feliz preludio de la guerra contra los infieles.

El santo celo de la religion acabó de enardecer los ánimos; y al tiempo mismo en que por las plazas y calles de aquella opulenta ciudad no se oia sino el ronco son de las armas y el estruendo de los aprestos militares, resonaban sin cesar en la antigua basílica las alabanzas del Señor.

De rodillas ante el altar, en que acababa de celebrarse el incruento sacrificio, recibió el noble duque el estandarte de la ciudad, bendecido por el virtuoso prelado; y apenas hubo uno solo, entre tantos fieles como llenaban el espacioso templo, que no sintiese sobrecogida la respiracion y arrasados en lágrimas los ojos, al ver al animoso caudillo besar la mano del ungido del Señor, tremolar la victoriosa enseña, y clavar la vista en la espada del santo rey, que estaba pendiente sobre el ara.

Acudieron de tropel á la empresa muchos y nobles caballeros, la flor de Andalucía, descollando entre todos, no menos por su esfuerzo que por su preclaro linaje, don Diego Pacheco, marqués de Villena, y don Rodrigo Giron, maestre de Calatrava.

Con tan buenos brazos no titubeara el duque acometer un imperio, cuanto mas libertar á Alhama; y reputando desdoro y mengua la menor tardanza, caminó sin descanso la vuelta de aquella ciudad; aumentándose la hueste con la gente que le salia al encuentro, al

[1] En las *Crónicas* de Alonso de Palencia y de Diego Enriquez del Castillo, así como en otras historias, se hallan muchos datos concernientes á las cruelísimas guerras y disturbios á que dió ocasion la enemistad de las dos poderosas casas de Medina-Sidonia y de Arcos, hasta que la reina doña Isabel puso término á tamaños males y escándalos, pocos años antes de comenzar la guerra de Granada.

Durante el primer cerco de Alhama se verificó la reconciliacion del duque de Medina-Sidonia con el marqués de Cádiz, del modo que refieren con corta diferencia nuestros historiadores. (*Crónica de los duques de Medina-Sidonia*, por Pedro de Medina. M. S. —Bleda, *Corónica de los Moros de España*, lib. 5, cap. 2. — Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 1.)

pasar por las villas y aldeas; como acrecienta un rio el caudal de sus ondas con las fuentes y arroyos que le van tributando los campos.

Tanta fue la celeridad y presteza, que apenas dió tiempo á que llegase el rumor al real de los infieles; verificándose en aquella ocasion, así como en otras, que á la incredulidad y á la duda sucedió en breve la sorpresa y el desaliento. Ya se aproximaba la hueste de Sevilla, compuesta no menos que de cuarenta mil peones, y cinco mil ginetes; ya habia movido el campo el rey Fernando, y se acercaba á mas andar por la via de Córdoba; ya habian recibido aviso los cercados, y se aprestaban á caer de repeso sobre los reales de Albo Hacen, en cuanto le viesen acometido por distintas partes á un tiempo.

Abultábase el peligro, al pasar de boca en boca; cual acontece con la mole de nieve, que va rodando de uno en otro monte; y en el término de pocas horas, era tal la confusion y el desmayo del ejército infiel, tan confiado poco antes y ensoberbecido, que temiendo no se desbandase, si al clarear el dia se divisaban las banderas cristianas, levantó el campo el rey de Granada, á la sorda y como con vergüenza, amparado de la oscuridad de la noche [1].

Al reir el alba, no daban crédito los cristianos á lo que sus propios ojos veian; recelosos de que los engañase el deseo. Abandonado el campo, sembradas aquí y allí armas y pertrechos; apagándose las hogueras, con que habian tratado los enemigos de encubrir por el pronto su fuga. Hasta llegaron á sospechar si les tendrian armada alguna celada, para el punto mismo en que saliesen de la ciudad; verificándolo, por lo tanto, con suma cautela y recato, y enviando escuchas y exploradores que registrasen los vecinos montes.

Grandísimo contento recibieron en su corazon, cuando supieron á una que el ejército infiel habia vuelto cobardemente las espaldas, como si no se creyera seguro hasta verse otra vez á la sombra de los muros y torres de Granada; y que por el camino opuesto venia á toda diligencia en socorro de la ciudad un ejército cristiano, que se perdia de vista.

No podian acertar los de Alhama de donde procedia aquella hueste; tan desatentados andaban con la sorpresa y la alegría; ni tampoco era cosa llana (en verdad sea dicho) adivinar el extraño medio de que se habia valido la divina misericordia para libertarlos de una muerte segura.

Don Diego de Merlo fue el primero, entre cuantos se hallaban en la cresta de los adarves, que dijo dudoso todavía, pero no sin satisfaccion y vanagloria: « La vida apostaria á que la gente que allí viene es de Sevilla.... Con eso podré decir (añadió con donaire) lo que dijo un monarca de aquella fidelísima ciudad, dejándolo por timbre en sus armas: « *No-madeja-do.* »

[1] « E el rey moro, desque supo que iban sobre él, alzó su real é fuese huyendo á Granada; é alzó su real en viernes de mañana, á veintinueve dias de marzo. » (Bernaldez, M. S. citado, cap. 52.)

Inmutóse el marqués de Cádiz, al oir aquellas razones, como pesaroso y arrepentido de las bravas discordias que habia sustentado por tantos años con la casa de Medina-Sidonia; no sabiendo si desear ó si temer que fuese realmente su rival quien viniese en su ayuda. Mas sobreponiéndose á sí propio, y sin escuchar mas que la voz de un sentimiento hidalgo: « Vamos, don Diego, vamos á abrazar á nuestros libertadores.... Quien quier que fuere, bien venido sea; pues viene enviado por Dios. »

No bien habia acabado de proferir estas palabras, cuando bajó con tal celeridad hasta el último rastrillo, que apenas pudieron seguirle los caballeros que con él estaban; y saliendo al encuentro de los recien venidos, adelantóse á todos, deseoso de salir cuanto antes de aquella incertidumbre. Poco tiempo hubo menester; porque apenas le divisó el duque, echó pié á tierra y se enderezó hácia él por mayor demostracion y fineza; en tanto que el marqués corria á recibirle con los brazos abiertos, diciéndole estas propias palabras: « Bien parece, señor, que fuera guardada mi honra en las diferencias pasadas, si la fortuna me trujera á vuestras manos; pues me habeis librado de las agenas. » A lo cual respondió el duque, como cristiano y como caballero: « Señor, enemistad ni amistad no ha de ser parte para que se deje de hacer servicio á Dios, y lo que yo debo á mi honra y persona. » Diéronse paz y quedaron amigos [1].

Próspero presagio y dichoso de mas alegres fines: ver apagada la civil discordia (perdicion tantas veces de la desventurada España) y vueltas contra el enemigo comun las armas de sus hijos.

CAPITULO XXVII.

De la mala acogida que halló Albo Hacen en Granada, y como determinó volver otra vez sobre Alhama.

Cuando por horas y momentos se estaba esperando en Granada la fausta nueva del recobro de Alhama, empezó á susurrarse por aquella ciudad que se aproximaba el rey, despues de haber levantado el cerco, sin provecho ni honra. Imposible parecia concebir tan inesperado contratiempo, y aun mas imposible explicarlo: Albo Hacen al frente de un numeroso ejército, el rey Fernando en Córdoba, los sitiados en el mayor apuro; y cuando ya se aprestaban tal vez á doblar la cerviz bajo el yugo del vencedor, abandona Albo Hacen la empresa, sin medir siquiera las armas; y á fuer de fugitivo vuelve presuroso á Granada, para esconder en su palacio su oprobio y su vergüenza.

[1] Estas palabras estan tomadas literalmente de la obra titulada: *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos de España*, por Alonso Lopez de Haro, lib. 1, cap. 10.

Estas y otras pláticas semejantes traian tan levantados los ánimos, inquietos ya de antemano por muchas y poderosas causas, que se temia como inminente una rebelion, cuando de improviso se supo que se habia adelantado el rey á la cabeza de un cuerpo de almogavares, y que por fuera de la ciudad se habia encaminado á la Alhambra.

Así era en realidad: y á la hora misma en que todavía se dudaba si era ó no cierta la llegada de Albo Hacen, se hallaba ya este al lado de su esposa, que habia salido á su encuentro hecha un mar de lágrimas. Procuró consolarla Albo Hacen, pesándole mas el dolor de Zoraya que todas las desdichas del mundo; y á duras penas pudo separarse de sus brazos para atender, cual la gravedad del caso requeria, á la salud del reino.

Habian acudido al palacio, deseosos de ostentar su fidelidad al monarca, Aben Hamet y los principales caudillos de la tribu de los Abencerrages; y con el anhelo natural de descargar el peso que le oprimia, valiéndose juntamente de su ayuda y consejo, les expuso el monarca cuanto habia acontecido en el curso escaso de una luna, desde que se puso cerco á la ciudad de Alhama hasta que la repentina llegada de la hueste de Sevilla les habia arrebatado la presa.

A su vez expuso Aben Hamet, como encargado del gobierno de la ciudad, la situacion en que esta se encontraba: la gente menuda inquieta y desabrida; algunas tribus poderosas mal contentas; los Zegríes atizando sin rebozo el fuego de la rebelion, y la pérfida Aixa socavando sordamente la tierra.

La color se le mudó á Albo Hacen, al oir aquel nombre; bien fuese porque el odio le trajese á la memoria mil amargos recuerdos, ó bien que el corazon, présago y leal, le anunciase que por aquella parte habia de venirle su daño.

Hizo várias demandas á Aben Hamet, como deseoso de que minorase á sus ojos la gravedad del riesgo; pero lejos de conseguirlo, produjo solo el efecto contrario: ya porque en aquel caudillo pudiese mas lo caballero que lo cortesano; ya porque estimase conveniente estimular al rey con tan duro acicate, para que no volviera á adormecerse.

Tambien se dejó entrever, al trasluz de sus palabras, el anhelo que el valido tenia de que se le encomendase el mando de la hueste y la toma de Alhama; animándole tal vez la esperanza de hallar en la guerra contra los cristianos un campo mas digno de sus proezas que no en las revueltas civiles, siempre de escasa gloria, y rara vez exentas de mancha.

Mas las mismas razones que esforzó para sustentar su dictámen, al paso que llevaron tras sí el fácil ánimo de Albo Hacen, le impulsaron á tomar una resolucion inesperada, contraria á los deseos que abrigaba en secreto el valido. « Ya véo que está en peligro la paz del reino, y tal vez mi corona; pero á nadie le toca mas que á mí volver por las llaves de Alhama. »

Al decir esto, levantóse el rey; mostrándose tan firme y resuelto, que ninguno fue osado á oponerse á su determinacion; y antes bien la aplaudieron todos á porfia, como digna de tan gran monarca.

Era hija efectivamente de un sentimiento hidalgo y generoso; reputando el rey como deslustre y mengua permanecer tranquilo y sosegado en el régio alcázar, en tanto que otro salia á campo abierto, para recobrar con las armas la mal perdida joya. No podia sobreponerse Albo Hacen á la idea de ser tenido en poco por el pueblo, sirviendo tal vez de blanco al escarnio de sus enemigos; y hasta en el fondo de su alma tuvo celos de su propia hechura: condicion de reyes.

Apenas cundió por la ciudad la resolucion de Albo Hacen, juntamente con el anuncio de su partida, quedaron en suspenso los ánimos, y se hizo una especie de tregua: ninguno de los bandos, en que empezaba á dividirse el reino, quiso echar sobre sí la fea nota de causar estorbo y embarazo al recobro de Alhama; esperando los unos que, vencidos y alejados los cristianos, quedaria mas holgura y espacio para satisfacer sus miras particulares, sin poner en peligro la seguridad del Estado; y calculando por el contrario otros que, si no salia Albo Hacen con su empresa y volvia tan desairado por la fortuna como la vez primera, no seria menester esfuerzo alguno para que se le cayese la corona: la mera ausencia del príncipe iba á ponerla en riesgo.

Salió en efecto de la ciudad, al cabo de muy breves dias; dejando á su esposa en tal estado de postracion y desconsuelo, que casi se temió por su vida; pero á pesar del entrañable cariño con que el rey la amaba, no consintió ceder á sus ruegos ni retardar un punto su partida. Le apremiaba por una parte el aspecto del pueblo, adusto y silencioso, como el que no sabe qué deba esperar ó temer; y por otra parte le punzaba el deseo de caer sobre Alhama, con tanto ímpetu y presteza como el águila que se arroja desde las nubes sobre el desapercibido ganado.

CAPITULO XXVIII.

De lo que aconteció en el segundo cerco de la ciudad de Alhama.

Por no consumir inútilmente las vituallas y mantenimientos, con que era necesario dejar abastecida á la ciudad de Alhama, y con el fin de evitar las disensiones y rencillas, que empezaron á estallar entre tanta gente, reunida en un corto recinto, la mas de ella allegadiza y al mando de distintos caudillos, resolvieron de comun acuerdo el marqués de Cádiz y el duque de Medina-Sidonia salir sin la menor tardanza, encaminándose cada cual á sus respectivos estados.

Como lo habian resuelto así lo ejecutaron; despues de haber dado gracias á Dios Todo-Poderoso por el buen éxito de tan aventurada empresa, y no sin mediar entre ambos muy corteses ofrecimientos de auxiliarse en cualquier trance con todo el poder de sus armas. « Cuando el rey nos hubiere menester (dijo el de Medina-Sidonia), sin mas recado ni aviso allá nos encontraremos. » — « Vos por cumplir con lo que os debeis á vos mismo; pero yo (replicó el de Cádiz) por pagar tambien una deuda. »

Con hartos visos de tristeza y pesadumbre vieron alejarse á la gente de Sevilla los que se quedaron en guarda y custodia de Alhama; si bien provistos de las cosas mas necesarias al preciso sustento, y agenos todavía de temer el nublado que ya tenian encima.

No se descuidaron, sin embargo, en prepararse á la defensa; pero cuando juzgaban el riesgo aun muy remoto, llegó á sus oidos el rumor de que Albo Hacen habia salido de Granada, y casi al mismo tiempo supieron que se aproximaba, con ánimo de rendir la ciudad ó de allanarla con el suelo. Al ir cerrando la noche, se divisaban ya en la ceja de los vecinos montes algunos caballos alárabes, que venian delanteros para explorar la tierra; siendo probable, ó por mejor decir seguro, que al aclarar el alba, se veria ya embestida la ciudad por una hueste numerosa.

Asomaba ya la mañana, templada y apacible como de las postreras de abril; contrastando la hermosura y la calma, que por todas partes ostentaba la naturaleza, con los azares y turbacion de la pasada noche, no menos que con la desolacion y desastres que amenazaban en el curso del dia. Acercábase entre tanto la hueste infiel, con lentas oleadas y abrasando los campos, como la lava de un volcan; y apenas se hallaba el sol al promedio de su carrera, cuando ya se veian las tiendas y pendones mahometanos, al pié del altísimo monte en que está la ciudad asentada.

Corta demostracion hicieron contra ella, durante aquel dia y el siguiente; contentándose con lanzar algunas armas arrojadizas, para despejar la cima del muro; y manifestando el designio de abarcar tan estrechamente á la ciudad, que apareciese cerrado todo resquicio á la esperanza.

Cuando mas descuidados estaban los cristianos, yendo ya de vencida la noche, y entorpecidos los cuerpos con el peso del sueño y el frescor de la aurora, oyeron un horroroso estrépito hácia la parte del muro mas lejana; como si al retemblar la tierra, se hubiera hundido una parte de la ciudad. Acudieron azorados los guardas; y se hallaron de repente con los infieles: tenian que luchar brazo á brazo; se arrojaban desde los adarves; caian revueltos unos y otros dentro de la ciudad. Los que venian trepando por el escarpado peñasco, servian de escalon con sus hombros á los que subian delanteros, y los arrojaban á la cresta del muro: sucedíanse con tanto ímpetu y violencia como las oleadas del mar; caian unos

despeñados, y ya trepaban otros por encima de los cadáveres; pero encontraban siempre los pechos de los Castellanos, como una firmísima roca.

No contentos con defenderse, cayeron estos de improviso sobre un tropel de infieles, que habia ya logrado penetrar por las estrechas calles; y ni uno solo hubo que no pagase con la vida su arrojo. Corrieron despues al muro; y allí se trabó de nuevo aun mas encarnizada pelea: hasta las armas parecian estorbo; y á veces se aferraban con las manos y se ahogaban contra los pechos. Dios sabe lo que hubiera sido de Alhama en aquella noche de tribulacion, á no valerle el esfuerzo de dos hidalgos (naturales de Sevilla, por mas señas) que firmes en el borde del muro, cual si en él tuvieran raices, hicieron tal destrozo en los infieles, al mismo tiempo que ya tocaban las almenas, que al cabo faltó el ánimo hasta á los mas audaces, y desistieron de la empresa [1].

Lejos de entregarse los cristianos á la alegría y confianza, permanecieron largo trecho sobrecogidos y pasmados; como el que por milagro se salva de deshecha borrasca, y contempla absorto desde la ribera el mar embravecido. Temian tambien, y no sin fundamento, que volviesen los infieles á tentar el asalto; por vengar la recibida afrenta, por despique y venganza, enardecidos por la promesa de entrar la villa á saco, poniendo á hierro y fuego casas y moradores.

Pero al amanecer un dia, apenas trascurridos cinco despues de puesto el cerco, vieron con indecible admiracion y sorpresa que habian desaparecido los infieles, con mayor sigilo, si cabe, que la vez primera; tomando con mas prisa que concierto la via de Granada [2].

[1] « La parte mas alta de Alhama, por su sitio y ser la subida ágria, fue ocasion de descuidarse en guardalla. Los contrarios, convidados de esta ocasion, una noche á 20 de abril, al amanecer, subido aquel monte, escalaron por allí el pueblo. Despertaron los cristianos; acudieron al peligro, pelearon valientemente, y cargaron sobre los contrarios con tal furia, que algunos de los bárbaros perdieron las vidas; otros por se salvar se echaron de los adarves abajo. Desta manera escaparon los nuestros de este gran peligro. Los que mas se señalaron en esta refriega y rebate fueron dos ciudadanos de Sevilla, llamados el uno *Pedro Pineda*, y el otro *Alonso Ponce.* » (Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 1.)

[2] « Tornó el Rey Muley Hacen, moro rey de Granada, dende á pocos dias sobre Alhama, é púsole cerco, é túvola cercada cinco dias, en los cuales la combatió muy fuertemente, é fizo tirar con una gruesa lombarda tres tiros; é entraron los Moros por una escala, que de antenoche habian puesto en un lugar pequeño de unas peñas, é vuelta del adarve en la villa, al tiempo del combate; é estaban ya dentro secretamente cuarenta Moros, sovidos en el adarve en un compas secreto, que no los via nadie, é por sobir mas, quebróseles el escala, é no podieron sobir mas. En esto los cristianos ovieron vista de Moros; é desque ellos vieron que los avian visto, salieron peleando é dando grita; é muchos cristianos se alteraron é dieron á huir, diciendo que sin remedio la villa era tomada: é los Moros mataron dos cristianos; é otros cristianos que estaban cerca de allí se esforzaron, é arremetieron donde sintieron que estaba el escala; é vieron que se les habia quebrado, é atajaron los Moros entrados, é mataron de ellos doce, é prendieron veintiocho, é murieron mu-

No atinaban los sitiados con la causa de tan inesperado suceso; hasta que al cabo de algunas horas les llegó nueva de que se acercaba una hueste cristiana; viniendo aquella vez el socorro como caido del cielo.

Fue pues el caso, que apenas supo el arzobispo Mendoza, hallándose todavía con la reina en Medina del Campo, el aprieto en que se hallaba Alhama durante el primer cerco, dispuso que volasen á socorrer aquella ciudad su hermano don Pedro, juntamente con sus sobrinos y otros muchos caballeros de cuenta, allegando en el camino cuanta gente quisiera guerrear bajo sus banderas.

Caminaron de esta suerte hasta dar vista á Alhama; pero á tiempo en que ya se veia descercada por los infieles; por lo cual, sin detenerse un ponto, se enderezaron á la ciudad de Córdoba, donde el rey Fernando se hallaba, por ser aquella la plaza de armas. La misma noche en que allí llegaron, llegó juntamente el anuncio de que Albo Hacen volvia sobre Alhama con mayor pujanza que antes; y hallándose apercibida la gente del arzobispo, y casi sin descabalgar siquiera, tomó otra vez el camino de aquella ciudad; viniendo en seguida un gran número de acémilas con provisiones y mantenimientos, y en su guarda no menos que el rey Fernando en persona, con el grueso del ejército.

No osó el de Granada hacerle rostro, sabedor de su número y calidad, y á la sazon en que los suyos se encontraban decaidos de ánimo por el descalabro reciente; mas aun así vaciló largo espacio, antes de resolverse á alzar el cerco; doliéndole mas que la muerte ver otra vez empañada su fama. Quizá hubiera aventurado su ejército al trance de una batalla, solo por medir sus armas con las del rey Fernando; pero tenia en el corazon otro cuidado, que le apremiaba aun mas: su corona amenazada y en peligro su esposa.

CAPITULO XXIX.

De como se concertaron en Granada los Zegríes y sus parciales, para rebelarse contra Albo Hacen.

A las pocas horas de haber salido Albo Hacen de Granada, cuando por segunda vez fue á poner cerco á Alhama, congregáronse en una casa del Albaicin, muy cercana á la plaza de *Bib-Albonut*, el xeque de los Zegríes y otros caudillos de su estirpe, la cual tenia mucha mano y valimiento en aquel barrio de la ciudad, poblado á la sazon de gente noble y acaudalada.

Acudieron tambien, avisados de antemano por secretos nuncios, vários caudillos de otras tribus, ligadas con la de los Zegríes por

chos Moros de aquel combate, é fueron muchos heridos: é desque el rey moro esto vido, alzó el real, é volvióse á Granada. » (Bernaldez, M. S. citado, cap. 54)

amistad ó deudo; y apenas se hubieron reunido, habló de esta suerte el caudillo de aquella nobilísima tribu, imponiendo con el peso de su autoridad atencion y silencio: « No temais que os agravie, trayéndoos á la memoria tantas y tan graves ofensas; pero quizá llegan á tal punto, que quien las tolera las merece.

» Un monarca débil, preso en la red de una vil renegada, la reina de nuestra estirpe arrojada del lecho, y cautiva en su propio palacio; su hijo Boabdil cercado de traidores y espías... en tanto que nuestros implacables enemigos nos insultan y afrentan. Abencerrages son los que mandan la hueste; Abencerrages los que oprimen el reino; Abencerrage quien deshonra el trono.... ¿Lo consentirei por mas tiempo?... La paz y el bien del Estado pudieron hasta ahora contener vuestro brazo; pero esa misma paz se halla ya quebrantada, rota; y no con bizarría, como acostumbraron nuestros padres; sino con miedo y con perfidia, propia de salteadores. La toma de Zahara ha traido sobre nosotros el desastre de Alhama; y el causador de tamaña desdicha, tan cobarde en el riesgo como imprudente al provocarlo, ya ha vuelto una vez las espaldas; y quizá torna ahora á cubrirse de mayor afrenta.

» La ocasion se nos brinda favorable: el tiempo corto; el peligro urgente. Si Albo Hacen torna vencido, no puede ya ser rey quien sirve de ludibrio á los cristianos, de blanco á las iras del cielo; y si, lo que no es de creer, volviese vencedor, ¿sabéis á donde llega la venganza de un tirano, cuando conoce á sus enemigos y no les tiene miedo?...

» Los paliativos son inútiles: á grave mal, remedio duro y pronto. Un vástago de nuestra estirpe ha nacido y crece al pié del trono: plantémosle en su cima, y cubrámonos con su sombra. La madre de Boabdil cuenta en todo el ámbito del reino con muchos amigos y parciales; y hasta su persecucion é infortunios han hecho resaltar mas y mas su virtud y entereza. El pueblo se muestra descontento y ansioso de mudanzas: quien hoy murmura, mañana se rebela; pero no vacilemos hoy; que mañana ya puede ser tarde.

» No hubo menester el Zegrí esforzar mucho sus razones; porque tan resueltos se hallaban los que allí le oian, que apenas podian contener su furor é impaciencia. Unicamente el xeque de los Almohades, anciano venerable que á la prudencia de la edad madura allegaba la fama de sus juveniles proezas, se atrevió á levantar la voz, aunque desconfiado de poner dique á aquel impetuoso torrente. « Mala consejera es la ira (les dijo con gravedad y entereza): y aunque sea justo el desagravio, quien se arroja ciego á la venganza, coge el alfange por el filo, y antes de herir se hiere. No está tan helada en mis venas la sangre que heredé de mis padres, que no la sienta hervir á borbotones, al recordar tantas ofensas; pero tambien recuerdo que ví en mis mocedades los estragos de la guerra civil, y su mero anuncio me espanta. Si á esto llamais amilanamiento y cobardía, licencia os doy para apellidarme cobarde; pero

antes de que alguno lo intente, le mostraré desnudo mi pecho, y quizá al paladar se pegará su lengua.

» Tambien yo entonces tuve por tímidos y apocados (rubor me da decirlo) á los que pronosticaron los daños que habia de acarrearnos la civil discordia : hermanos contra hermanos, padres contra hijos, y el enemigo comun cogiendo el fruto de tamaña ceguedad y locura. Pero ahora la ocasion se muestra mas propicia. ¿Ni cuál mejor para volver las armas contra nosotros mismos ?... Los cristianos han penetrado hasta el riñon del reino; son ya dueños de Alhama; están á nuestras puertas.... Subid al alminar de esa mezquita : quizá desde lo alto vereis la Cruz de sus pendones.

» Mas si teneis en algo la fé de vuestros padres; si amais esta tierra de bendicion, único resto y vestigio de tan grande imperio; no os expongais á perder en un dia el fruto de ocho siglos. Unidos todos y apiñados, apenas podremos hacer frente á las huestes de Aragon y de Castilla; ¿ qué haremos divididos, discordes, embotados ya los aceros con nuestra propia sangre? ¡ No permita Alá que mis ojos lo vean! Pero si tal calamidad sobreviniese, nuestros hijos y nuestros nietos maldecirán por siempre á los que hayan provocado con sus discordias la perdicion del reino. »

Apenas pudo terminar el anciano; porque ya se notaba un confuso rumor y hervidero, como el que se advierte en el mar antes de estallar la tormenta. *No mas Abencerrages!* prorumpió de improviso Alí Zegrí, al levantarse del asiento; y dando otros caudillos el mismo grito de furor y venganza, lo repitió confuso el eco por las bóvedas de aquellos subterráneos.

Tiempo y afan costó al xeque mismo de los Zegríes lograr que le escuchasen; mas como no fuese cosa fácil tener uno solo á raya la impaciencia de tantos, tomaron unos y otros como mejor partido confiar á tan buenas manos el logro de la empresa. Quedó pues concertado que cuanto aquel caudillo dispusiese, de acuerdo con la reina, se acataria por todos cual voluntad suprema; y en aquel punto y hora se separaron, á fin de estar apercibidos y prontos: unos por satisfacer su ambicion; otros por saciar su venganza; pero tal vez ninguno por el bien y salud del Estado.

CAPITULO XXX.

Del éxito que tuvo la empresa de los Zegríes.

Suele acontecer mas de una vez, y especialmente en tiempos de revueltas civiles, que las empresas mas aventuradas llevan en sí mismas la prenda de buen éxito; por lo mismo que no es fácil preverlas, y aun menos evitarlas.

Cumpliendo con la obligacion que le habia impuesto la confianza del monarca, y estimulado ademas por el incentivo de sus propias

pasiones, no habia dejado Aben Hamet de tomar todas las precauciones que juzgó oportunas, para sondear los designios de Aixa y oponerse á su ejecucion. A cuyo fin y propósito hizo doblar las guardas en el palacio de *Generalife*, cercano al de la reina por la parte de occidente, no menos que en el de los *Alijares*, asentado en el mismo cerro, si bien vuelta la cara al mediodia.

El pensamiento que preocupó la mente de aquel caudillo, no obstante ser tan sagaz y cauto, fue que probablemente los Zegríes con los de su parcialidad y bando sublevarian al pueblo, si por mala ventura llegaba á sufrir Albo Hacen algun descalabro en Alhama; pero que hasta entonces no osarian arrojarse á tamaña empresa.

Aun llegado este caso, conjeturaba Aben Hamet que el pueblo sublevado reclamaria á viva fuerza la libertad de Aixa y de su hijo; y que el principal conato debia ponerse en cortar toda comunicacion entre la Alhambra y la ciudad, así por la áspera senda que sube desde el Dauro hasta aquel régio alcázar, como por el camino principal, encomendado desde muy antiguo á la fidelidad de los Gomeres.

Mas en tanto que el caudillo Abencerrage se apercibia de esta suerte para un riesgo que aun juzgaba lejano, se estaba tentando á todo trance la evasion y libertad de Aixa. Al ir promediada la noche, ni bien clara ni oscura, entoldada la luna por leves nubecillas que velaban su rostro como un sutil encaje, arrojaron una escala formada con ingenioso artificio de fajas y almaizares, y la ataron á la columna de un *ajimez*, que caia á espaldas del palacio de *Darlaroca*, sobre un tajo escarpado.

Por aquella especie de estrechísimo puente, suspendido sobre un abismo y que retemblaba al menor movimiento, habia de descender, en medio de las tinieblas y cercada de mil peligros, una muger; pero esa muger era Aixa. Unicamente sentia latir el corazon mas aprisa de lo acostumbrado, al pensar que su hijo, objeto de su amor y al propio tiempo instrumento de su venganza, habia de tentar el mismo paso; y no fue corta muestra de la autoridad y predominio que en su ánimo ejercia haberle persuadido á bajar por la escala, y á bajar delantero; recelando Aixa que si se quedaba en el palacio, para seguir sus huellas, quizá le arredrase el peligro, malogrando con su irresolucion tantas y tantas esperanzas.

Ya estaba Boabdil á punto de bajar por la escala, asiéndose de ella azorado, cuando su madre le apretó la mano, y le dijo entre cariñosa y severa: « *No tiembles, hijo mio, no tiembles; que abajo te aguarda una corona.* » Calló el príncipe, embargada la voz y el aliento al contemplarse en tan grave peligro; pero temia aun mas la ira de su madre, si volvia atras ó vacilaba; y continuó descendiendo hasta que le recibieron en sus brazos unos cuantos Zegríes, arrojando Boabdil un grito de pavor, al verse rodeado de aquellos bultos desconocidos.

Esta fue la única señal que tuvo Aixa de haber llegado á salvo su hijo: y en aquel momento mismo volvió en sí y recobró su natural

entereza. Bien es verdad que cualquiera que la hubiese visto, pocos momentos antes, vencido el cuerpo fuera del *ajimez*, atento el oido, y sin atreverse á respirar siquiera, como el que viera su propia vida colgada de un cabello, no habria podido dejar de conocer que Aixa era madre; pues á pesar de la ambicion y del deseo de venganza, que eran el alma de sus pensamientos, sintió bañados sus miembros con un trasudor frio, y casi le pesó en aquel trance haber expuesto á tan grave riesgo la vida de su hijo.

Mas apenas le creyó seguro, detúvose un solo instante, clavados los ojos en el precipicio; y sin mas dilacion ni demora, asentó el pié en la escala con tanto desembarazo y firmeza, como si á pesar de la oscuridad de la noche la estuviesen contemplando, para ver si se le inmutaba el rostro y le faltaba aliento.

Tocar al fin la tierra, y estrechar á Boabdil en sus brazos fue obra de un solo instante; y volviéndose á sus deudos y amigos, que la cercaban solícitos y cuidadosos, no les dijo mas que esta palabra: *Al palacio* [1].

Por la falda misma del *cerro del Sol*, caminando á la deshilada y con el mayor silencio para no ser sentidos, fueron en busca de la márgen del Dauro, por estrechas y retorcidas sendas, en las que habia de trecho en trecho apostados algunos Moros, pegado el cuerpo contra la tierra, y prontos á acudir al menor peligro. Ellos mismos iban sirviendo de guia, inmobles y callados, como las piedras que se ponen para indicar la ruta; hasta que al cabo llegó la reina, con los pocos que la acompañaban, á un sitio deleitoso, en que mana una fuente, no menos abundante que cristalina, en medio de un bosquecillo de almendros y *avellanos*, que le dan sombra y nombre [2]. Allí tomaron aliento unos breves instantes; y bajando á la márgen del rio, que se estrecha acanalado entre uno y otro monte, pasaron á la orilla opuesta, atravesando un puente que en aquel parage servia para unir entrambas riberas [3].

No sin fatiga y sobrealiento treparon despues por un ribazo, y se hallaron en el *camino de Guadix*, que viene siguiendo la corriente del rio, hasta dejarle ya seguro dentro de los muros de la ciudad;

[1] Varios son los historiadores que, acordes con la tradicion popular, afirman que la reina Aixa salvó á su hijo Boabdil, descolgándole desde una ventana por una escala, formada con tocas y fajas de sus mugeres; discordando meramente acerca de algunas circunstancias, poco importantes.

Véase, entre otras, la obra de Mármol: *Del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 12.

[2] La *fuente del Avellano*, uno de los sitios mas deleitosos de Granada, se halla al pié del *cerro del Sol* y cerca de las *Angosturas de Darro*. En la primavera y estío sirve aquel camino de paseo á los moradores de dicha ciudad.

[3] Desde la *fuente del Avellano* se puede bajar al Darro por un cármen, atravesar el rio por un puente de mampostería, que hay fronterizo á la misma fuente, y que probablemente se labró en lugar de otro mas antiguo, como parece indicarlo el nombre que se da á aquel sitio, llamándole *Puente Quebrada*. Subiendo por el ribazo opuesto, se sale al camino del *Sacro-Monte*, casi al paraje en que por su forma toma el nombre de *las Siete Revueltas*.

y como tenian ganado al alcaide que custodiaba aquella puerta[1], no solo entraron por ella con plena seguridad y confianza, sino que aquel Moro, para mejor captarse la buena voluntad de la reina, tenia preparado un disfraz para Aixa y otro para su hijo, á fin de que no pudiesen ser conocidos, si topaban acaso con gente de otro bando. Detuviéronse pues, pero meramente el tiempo preciso al intento, en una casa situada en aquel *barrio de recreo* (que tal sobrenombre alcanzó de los Moros); casa famosa por aquella aventura, y de la cual aun subsisten vestigios[2].

Subieron despues por la áspera y penosa cuesta (*del Chapiz* se llama hoy dia); y atravesando el *Albaicin*, en que ya respiraron seguros, como quien pisa tierra amiga despues de largo cautiverio, se encaminaron por una estrechísima calle, que da cien vueltas y revueltas, hasta ir á parar al punto que era término y blanco de sus deseos.

Habia allí un antiguo palacio (que aun no ha podido allanar el paso de tantos siglos) labrado por los primeros reyes Moros, cuando Granada toda cabia en los estrechos muros de la *Alcazaba;* y como si hubiese querido uno de aquellos príncipes poner para siempre á la vista de sus sucesores la necesidad de velar de contínuo en defensa del reino, acudiendo velozmente al menor asomo de peligro, mandó colocar sobre el palacio un Moro de bronce, á caballo, la lanza en la mano, y en la izquierda la adarga con unos versos, que traducidos al castellano decian de esta suerte:

« Dice el sabio Aben Habuz
Que así se defiende el Andaluz. »

El Moro, montado á la gineta, estaba en lo alto de la torre con tan

[1] La *puerta de Guadix* se llamaba así en tiempo de los Moros, porque allí venia á dar el camino que conducia desde aquella ciudad, y que subsiste hoy dia, como camino de herradura.

De aquella puerta solo quedan unos cortos vestigios, que ha podido examinar el autor de esta obra: y consisten en dos trozos de columnas, que son conocidamente labradas por los Moros, segun su forma y las labores de sus chapiteles, y que probablemente estarian colocadas en la *puerta de Guadix.* Hoy dia se hallan casi por frente del *camino del Sacro-Monte*, sustentando dos esquinas de una callejuela sin salida, que va á dar á una puerta escusada del *convento de la Victoria.* Tal vez por eso han opinado algunos que allí estaria antiguamente la *puerta de Guadix;* pero á mi me parece mas probable (puesto que basta observar como están situados los trozos de las columnas, para conocer que han sido trasladados allí desde otra parte) que dicha puerta debió de estar colocada en el lado opuesto; y que desde ella, ó cuando menos de sus inmediaciones, arrancaria el antiguo muro, que aun se vé subir por aquel monte, hasta llegar á la *ermita de San Miguel el Alto.*

[2] La *casa* llamada del *Chapiz*, situada en la cuesta del mismo nombre (que significa en arábigo *contrasteó valuador de seda*) estaba destinada á este uso, segun el P. Echeverría. (*Paseos por Granada*, tom. 2°, cap. 10.)

Aun quedan de ella algunos vestigios, que son conocidamente del tiempo de los Moros, y que han merecido ser trasladados á la estampa, en el pasado año de 1834, por el célebre artista inglés, M. Lewis, que ha publicado en Londres una magnífica coleccion de vistas y monumentos de la Alhambra.

singular artificio, que al menor soplo se movia, como para explorar la tierra y defenderla; lo cual dió márgen á que el vulgo llamase á aquel palacio *del Gallo de viento*. La lima sorda del tiempo le ha gastado la mitad del nombre [1].

En una de sus estancias, no tan magnífica y risueña como las de la Alhambra, pero no falta de grandeza por su aspecto de antigüedad, aguardaban á Aixa los principales xeques de las tribus coligadas contra Albo Hacen; los cuales habian concurrido á aquel sitio con recato y por distintas vias, despues de dejar apercibido cuanto estimaron conducente á su intento.

Allí, formando todos un espacioso cerco, colocaron en medio á Boabdil, y le proclamaron por rey de Granada, sin mas pompa ni ceremonia que ponerle en los hombros un almaizar de riquísima grana, y entregarle una espada que se custodiaba desde muy antiguo en la armería de aquel palacio, y que se creia comunmente habia pasado de unos reyes á otros: en un lado de la hoja se leia: *El triunfo lo da el valor*; y en el otro: *Solo Dios es vencedor*.

El alfaquí de la mezquita mayor del Albaicin, hechura de Aixa y deudo suyo no muy lejano, leyó en alta voz una sura ó capítulo del Alcoran, como solia hacerse en la coronacion de los reyes; contestando Boabdil con la fórmula acostumbrada en tales casos, reducida en sustancia á prometer regir el Estado en paz y justicia, y defenderlo con las armas contra los idólatras é infieles.

Mientras duró aquel solemne acto, repararon algunos que Boabdil no apartaba los ojos de su madre, como pendiente de su voluntad; en tanto que ella parecia, en su ademan y aspecto, la verdadera reina; impaciente ya de que acabase de clarear el dia, para que lo supiese Granada, aun cuando fuese á costa de verse regada con sangre.

[1] *Casa del Gallo* se llama hoy dia el antiguo palacio de los reyes moros, que probablemente comprendia (segun ha parecido al autor de esta obra, al recorrer aquellos parajes) el terreno en que se halla la parroquia de *San Miguel el Bajo*, el *convento de Santa Isabel* y las huertas adjuntas, situado todo ello en la cumbre del mismo cerro, desde el cual se disfrutan hermosísimas vistas.

La situacion del edificio, su vasta extension, sus estanques, y una tradicion no interrumpida, no dejan la menor duda de que alli estuvo situado dicho palacio, del cual dice lo siguiente el historiador Luis del Mármol: « Allí fueron los palacios del Bediú Aben Habuz, en la *casa del Gallo*, donde se vé una torrecilla, y sobre ella un caballero vestido á la morisca, sobre un caballo ginete, con una lanza alta y una adarga embrazada, todo de bronce, y un letrero al través de la adarga que decia de esta manera: *Calet el Bediú Aben Habuz quidatehabez Lindibuz*, que quiere decir: « *Dice el Bediú Haben Habuz que de esta manera se ha de hallar el Andaluz.* » Y porque con cualquier pequeño movimiento de aire vuelve aquel caballo el rostro, le llaman los Moriscos *dic reh*, que quiere decir *gallo de viento*; y los cristianos llaman aquella casa la *casa del Gallo.* » (*Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1°, cap. 5.)

En el siglo pasado sirvió aquella casa de recreacion á los arzobispos de Granada; y en el presente se ha establecida en ella una fábrica de lona, que aun subsiste, á pesar del decaimiento de nuestra marina, tan funesto á la riqueza y prosperidad de Granada.

CAPITULO XXXI.

Trábase la contienda entre una y otra parcialidad.

El pendon real, enarbolado al amanecer en lo alto de la *puerta Monayta* (como solia hacerse cuando sobrevenia algun grave acontecimiento, para poner en armas á la ciudad) [1], fue el primer anuncio que se tuvo al siguiente dia de la evasion de Aixa y de la coronacion de su hijo.

Todavía resonaban en los ámbitos del palacio, de allí poco distante, los vivas y aclamaciones, cuando ya los instrumentos guerreros difundian la señal del levantamiento por los barrios del *Albaicin* y de la *Alcazaba;* en tanto que un tropel de almogavares, de la tribu de los *Zenetes*, se desprendia como un torrente desde aquellas alturas, para inundar el llano.

Hallábase aquella tribu resentida con Albo Hacen, por haber este confiado la guarda del régio alcázar á los Gomeres, émulos suyos y rivales; y recordando que en tiempos antiguos habian disfrutado ellos tan señalada honra, cuando el palacio de los reyes estaba asentado en el barrio mismo á que los *Zenetes* dieron nombre, se declararon desde luego á favor del nuevo monarca [2].

[1] « Esta es la *puerta Monaica*, dicha asi vulgarmente, por corrupcion de su verdadero nombre, *Mosayca :* en esta, cuando se ofrecia algun motin ó rebelion en Granada, ponia el rey moro una bandera para recoger los soldados *Zenitas*, que eran unos Africanos que tenia pagados para defensa de su persona, como ahora las guardias walonas y españolas; y por vivir el rey en lo alto de la *Alcazaba*, tenian su morada aquí, en este sitio inmediato, que por ellos se llamó *Zenette*, que es por bajo de las *Vistillas de San Miguel.* » (Echeverría, *Paseos por Granada*, tomo 1°, paseo 7.)

Aun subsiste hoy dia la *puerta Monaica*, si bien casi intransitable por los escombros é inmundicias : se halla á mano derecha, subiendo por *la cuesta de Lacava*, en una pendiente muy ágria; está defendida por un torreon, y termina en arco, la forma de herradura, como casi todas las que han quedado del tiempo de los Moros. Cae por cima de la *puerta de Elvira;* y de entre una y otra parece que arrancaba la antigua muralla, de que aun se ven no pocos vestigios y de trecho en trecho varios torreones : ha conservado el nombre de *muro de la Alcazaba*.

[2] « Poblóse tambien otro barrio, por bajo de *las casas del Gallo*, y fuera de los muros de la *Alcazaba*, á manera de un arrabal, llamado el *Zenette*, donde moraba una generacion de Moros llamados *Beni Zenetta*, que venian á ganar sueldo en las guerras; y los reyes moros se servian de ellos, como de milicia segura, para guardia de sus personas; y por tenerlos junto de sí, cuando sus palacios eran en las *casas del Gallo*, les dieron aquel sitio donde poblasen, el cual es áspero y se extiende por una ladera abajo hasta lo llano. » (Marmol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1, cap. 6.)

En Granada se conservan todavía el *barrio y la calle del Zenette*, que corre paralela á la de Elvira, y va á dar á la *cuesta de la Caldereria.* Dicho barrio se halla situado precisamente debajo de las *casas del Gallo*, extendiéndose por el repecho de aquel monte.

De esta tribu guerrera, venida de Africa, quedan muchos vestigios en España, y que recuerdan su nombre : tales como el marquesado del *Zenette*, *Cenes*, *Maracena*, *Belicena*, y algunos otros.

No desaprovecharon los Zegríes las buenas disposiciones en que aquella tribu se hallaba: y conociendo su fogosidad é impaciencia, (al fin raz africana), la aguijonearon juntamente con el estímulo de la ambicion y de la venganza, ofreciéndole como desagravio y recompensa los despojos de los Gomeres.

Cuando aun se hallaba el pueblo sorprendido y absorto, cruzándose como suelen mil confusos rumores, y sin saberse con certeza el grave acontecimiento de la pasada noche, ya se habian apoderado los Zenetes de la *puerta de Elbeyra*, corriendo presurosos á atajar la salida de la ciudad por aquella parte, y extendiéndose los mas osados hasta la puerta misma de *Bib-Almazan* [1].

Por el extremo opuesto, corrió otra turba numerosa hácia el lugar llamado por aquella gente descreida *muladar de los cristianos*, (lugar santificado con los preciosos restos de innumerables mártires); y desde allí se descolgaron á la vecina plaza, para ser los primeros que cruzasen las armas con sus odiados enemigos. Y como el barrio del *Axariz*, no menos que el del *Zacatin* y la *Alcaizería*, estaban minados por los Zegríes y sus parciales, casi puede decirse que al salir el sol, testigo de tantas desventuras, se hallaba la ciudad como dividida en dos campos, siendo el cauce del Dauro el foso que los separaba.

El ánsia misma de Albo Hacen por lograr mas fácilmente el triunfo, tomando de rebate á Alhama y volviendo vencedor cuanto antes, le habia movido á engrosar la hueste con cuantos caudillos y guerreros se brindaron á seguir sus pendones; y como los mas de ellos pertenecian á las tribus afectas al monarca y aliadas con los Abencerrages, necesariamente hubo de acontecer que faltasen en aquel trance los principales sostenedores de su amagado trono.

Los pocos de algun valer que habian quedado en la ciudad, desatentados con un golpe tan imprevisto, corrieron á la desbandada para refugiarse en la Alhambra, rehacerse al abrigo de sus muros, y caer despues sobre sus enemigos; pero al desembocar por las angostas calles, se veian acometidos, deshechos; y los pocos que llegaban á avistar la plaza encontraban en ella una muerte segura.

Sin detenerse á calcular el riesgo, al primer rumor que llegó á sus oidos, bajó Aben Hamet como un rayo por la *cuesta de los Gomeres*, seguido de unos cuantos ginetes, y ansioso de exterminar á la rebelde turba. Mas antes de bajar á la plaza, halló atajado el paso con una muralla de gente; y distinguiendo en un grupo de Zenetes á Ali Zegrí (el que causó tan lamentable escándalo en las fiestas pasadas), le gritó enfurecido desde el pié de la cuesta: «¿Ahí estás tú, traidor? Espérame un instante; y te daré el castigo.» — Decirlo y arrojarse sobre él, todo fue un punto; mas el Zegrí se ade-

[1] «Luego sigue *Bibel Marstan*, que quiere decir *puerta del hospital de los incurables:* porque donde agora está San Lazaro, habia un hospital de incurables; y los cristianos la llaman *Bib-Almazan.*» (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 1, cap. 6.)

lantó tambien, no menos ciego de venganza, haciendo seña á los suyos de que dejasen despejado el campo.

Sobrecogidos y suspensos quedaron los de una y otra parcialidad, al presenciar el combate de dos guerreros de tanta nombradía; echándose bien de ver en el silencio y ansiedad de todos que del éxito de aquella lucha pendia tal vez una corona.

Ni aun dió tiempo Aben Hamet para tener cercano á su enemigo; y le arrojó la lanza con tal ímpetu, que le falseó la adarga con que escudaba el pecho, y le dió tan recio golpe, que le faltó el aliento. Pero volviendo luego en sí, corrió derecho á su rival, con la lanza tendida en ademan de atravesarle el cuerpo de parte á parte; y no fue poca dicha que el diestro Abencerrage revolviese de súbito el caballo, burlando el rudo golpe, y acercándose casi hasta tocar á su adversario.

A un mismo tiempo cruzaron los alfanjes; dándose golpes tan desapoderados y contínuos, que los aceros arrojaban chispas, como los martillos en un yunque. Hirió el Zegrí de un tajo la mano izquierda del Abencerrage, á quien desde aquel punto reputaron todos perdido, al ver el trabajo y afan con que manejaba las riendas; pero no parecia sino que el caballo conoció el peligro en que se encontraba su dueño; y guiado por su propio instinto, le preservaba de los golpes, encabritándose á veces como para embestir á su contrario. Menudeaba este los golpes, ciego de despecho; mas su impaciencia misma causó su perdicion: porque haciendo ademan el Abencerrage de recejar acobardado, aguardó á que el Zegrí le viniese ya encima; y volviendo de revés el alfanje, le cortó á cercen la cabeza.

Un grito sonó á un tiempo en todo el ámbito de la plaza: corrieron los Zegríes y sus parciales á recoger el cadáver de aquel caudillo, y á vengar allí mismo su muerte; corrieron los Gomeres, ansiosos de salvar á Aben Hamet, que se hallaba cercado de enemigos. Peleaba el Abencerrage como una fiera acosada por rabiosos canes, que le embisten juntamente y le temen; pero ya estaba á punto de caer desfallecido, cuando le rescataron los suyos, despues de pelear unos y otros con tal furor y encarnizamiento, que al cabo de pocos instantes corria por medio de la plaza un arroyo de sangre.

Una vez y otra estuvo Aben Hamet casi casi en manos de sus enemigos; mostrando estos el mayor empeño en apoderarse de su persona, tanto para desfogar en ella los antiguos odios, como para desconcertar á sus contrarios, privándoles de caudillo y guia; mas no menos empeño mostraban los parciales de Aben Hamet, apiñándose en derredor suyo, y escudándole con sus propios cuerpos. Aun así, les costó no poco esfuerzo y fatiga ponerle al fin en salvo; teniendo á un tiempo que abrirse paso por entre un tropel de enemigos, y escarmentar á los que mas de cerca les venian picando las espaldas.

De esta suerte subieron trabajosamente la agria *cuesta de los Go-*

meres, hasta llegar muy cerca de la *puerta de Bib-Leuxar*; pero cobrando mayor aliento y brio á vista de las torres de la Alhambra, revolvieron de pronto sobre sus contrarios, arrollándolos hasta la plaza; mientras otros dejaban en lugar seguro, y en brazos de sus deudos y amigos, al mal herido Abencerrage.

CAPITULO XXXII.

Vénse obligados los Abencerrages á salir de Granada.

El miserable estado en que se encontraba Aben Hamet, despues de la pasada refriega, acribillado de heridas, casi desangrado y exánime, fue un golpe mortal para el partido que sustentaba la causa de Muley Hacen; como que, en el momento de mayor apuro, le faltó la cabeza. No desmayaron, sin embargo, los caudillos Abencerrages que se habian refugiado á la Alhambra; pero como rara vez en el mundo viene sola una desventura, al tiempo mismo en que estaban concertando bajar á la ciudad por la *puerta del Sol*, para revolver despues á mano derecha y dar de improviso sobre sus enemigos, recibieron un secreto anuncio de que el alcaide de *Torres Bermejas*, faltando villanamente al prestado homenage y pleitesía, habia ofrecido á Aixa las llaves de aquella fortaleza, y aun se disponia á entregarla en manos de los Zegríes aquella misma noche.

Subió de todo punto el apuro de los que se encontraban como encerrados en la Alhambra, al ver inminente el peligro de que penetrasen los parciales de Boabdil dentro de aquel recinto, en cuyo caso no quedaba refugio ni esperanza. Mas tampoco era fácil ponerse en salvo; teniendo que vencer la timidez de la reina, Aben Hamet casi moribundo, ellos pocos en número, los contrarios muchos y poderosos. Hallábanse estos apoderados de la principal bajada á la ciudad; la comunicacion entre una y otra márgen del Dauro cortada; y el rio tan crecido (por el derretimiento de las nieves que le sirven de cuna) que llegó por aquellos dias á una altura nunca vista ni oida: causa entonces de terror y espanto, y despues de admiracion y asombro [1].

Pues tampoco era cosa llana y hacedera descender por el lado opuesto hasta la márgen del Genil, una vez resquebrada, si es que no rota, la fé del alcaide de *Torres-Bermejas*; y habiendo cometido Albo Hacen la imprudencia, por no mostrar ni visos de descon-

[1] « Y aquí derribó la ciudad gran parte de ella (la segunda cerca), para hacer la *carrera* (de *Darro*); porque iba por delante de San Pedro, hasta una torre que estaba delante de Santa Catalina, señalando con almagra y un clavo una gran creciente del Dauro, que llegó allí con sus aguas, siendo Granada de Moros, *poco despues de la toma de Alhama.* » (Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, part. 1a, cap. 18.)

fianza, de dejar en manos de los Zegríes la puerta y torre de *Bib-Taubin*, que es como la llave de la ciudad, en la confluencia de ambos rios.

No habia que perder un instante: crecia el peligro, y volaban las horas. Y si llegaba á verificarse la temida entrega, iban á verse expuestos á todo linaje de tormentos, no menos que al escarnio de sus enemigos, mil veces mas cruel que la muerte.

Lo que aumentaba los apuros era la situacion de Aben Hamet, privado de sentido, y abrasadas las entrañas con una ardentísima fiebre y aun mas con la sed de venganza; hasta el punto que luchaba y reluchaba él propio, como si estuviese todavía batallando con sus enemigos. Pero la empresa mas árdua era convencer á Zoraya, tímida de suyo, irresoluta, acostumbrada á vivir siempre pendiente de ageno albedrío. En el momento mismo en que supo el fatal acontecimiento, corrió desalada á echarse en brazos de su antigua amiga, que habia sido tantas veces su consuelo y amparo; y por mas ruegos é instancias que le hacian los caudillos que habian acudido á salvarla, solo contestaba estas meras palabras: « Mi esposo me dejó aquí; y aquí me hallará viva ó muerta. »

En vano ponian de bulto ante sus ojos los peligros, la urgencia, la necesidad de aprovechar el único medio de salvacion que aun les quedaba: ó no respondia, ó solo respondia con sollozos; en términos que casi habian perdido la esperanza de reducirla á que los siguiese, resueltos á perecer, si necesario fuere, antes que abandonarla, cuando vieron que se blandeaba su ánimo, al hacerle presente que saliendo fuera de Granada se veria mas pronto al lado de su esposo. « Aquí (le dijo el xeque de los Gomeres) te ves amenazada de enemigos y de traidores; allí te esperan Albo Hacen y su hueste. »

Aun todavía se mostraba rehácia, cuando un guerrero de aquella tribu, impaciente con tanta incertidumbre y tardanza, acertó á decirle con cierto dejo desabrido: « Haces bien, á fé mia, en no temer la muerte; así caerás viva en las garras de Aixa. »

Retembló Zoraya, solo de escucharlo; y como si se hubiera secado de repente el raudal de sus lágrimas, dijo con acento resuelto: « Vamos, amigos, vamos. »

Las horas que aun quedaban de noche las emplearon todas, y aun vinieron escasas, disponiendo los aprestos necesarios para la partida: siendo tal la confusion y el desórden en aquel palacio, mansion poco tiempo antes del amor y de los deleites, que no parecia sino que los enemigos le habian ya entrado á saco.

Mas nunca se echaron tanto de ver las nobles prendas de los Abencerrages, y de los demas que con ellos se hallaban reunidos en aquella tristísima noche: olvidado cada cual de sí propio; y esmerándose todos á porfia en tributar á la afligida reina las mayores muestras de veneracion y agasajo, para que se apercibiese menos de los riesgos y desdichas que la amagaban. Dote rara en los

hombres, y mas en tiempos de borrascas civiles : volver la cara al ocaso, cuando ya el sol ni alumbra ni calienta.

Como un depósito confiado á vasallos fieles y á nobles caballeros, colocaron á la reina en el medio de aquella reducida hueste, y á muy poca distancia al caudillo Aben Hamet, tendido en un lecho de campo, y sin dar señales de vida; en términos que mas bien parecia un cadáver, á quien iban á dar sus amigos honrada sepultura.

Recatados y silenciosos, yendo algunos delante para explorar el campo, salieron á espaldas de la Alhambra, junto al palacio de *Generalife*, para evitar el ser sentidos por el viejo traidor de *Torres-Bermejas;* y apresurando el paso, al atravesar la *loma de Abahul*, se encaminaron sin tardanza á la *puerta de los Molinos*[1]. Allí se rehicieron algun tanto, cuidando de que ninguno se quedase zaguero; y puestos otra vez en buen órden y concierto, bajaron aquella áspera cuesta, y por la parte fronteriza cruzaron el Genil. Como que respiraron, al verse á la otra márgen, libres ya de enemigos ó ciertos de venderles harto caras sus vidas; pero estimando prudente alejarse de la ciudad, antes que al amanecer saliesen en su alcance, atravesaron por medio de los campos, floridos ya y lozanos; dejando á mano derecha la corriente del rio, como si se encaminasen á la falda de *sierra Nevada.*

La vereda que abrieron entonces aquellos caballeros, honra y prez de Granada, fue durante largo tiempo objeto de veneracion para la gente rústica y sencilla, que no se atrevió siquiera á borrarla con el arado : hoy dia es, al cabo de tres siglos, y aun se la distingue con el nombre de la *senda de los Abencerrages*[2].

CAPITULO XXXIII.

Reúnense los Abencerrages con Albo Hacen : determinacion que tomó el rey.

Como la intencion y propósito de los que á costa de tantos afanes habian salido salvos de Granada, era unirse cuanto antes con Albo Hacen, á quien suponian delante de los muros de Alhama, si es que no era su señor y dueño, caminaron á campo travieso, sin descansar un punto; procurando alejarse del espacioso llano, para no ser descubiertos desde las torres de la ciudad, y abrigándose

[1] « La 7ª (puerta) es la *de los Molinos*, por la salida á una ribera de ocho molinos de pan, que muelen con unas acequias del Genil. Tambien llamaron á esta la *de Huejar*, por ser esta puerta la salida á un lugar llamado Huejar, que está á la falda de la sierra Nevada. » (Echeverría, *Paseos por Granada*, tom. 1º, paseo 7.)

[2] Hasta el dia de hoy se llama el *camino de los Abencerrages* á uno que se halla por bajo del paseo de San Anton el Viejo : principia no lejos de las márgenes del Genil, y se dirige como en busca de la *sierra Nevada.*

por mayor seguridad y cautela al pié de los vecinos montes.

De esta suerte siguieron durante todo el peso del dia; y á la caida de la tarde, como divisasen á lo lejos una nubecilla de polvo, que bajaba barriendo una colina, quedáronse suspensos, sin atinar lo que ser pudiese, hasta que vieron á las claras que eran unos cuantos ginetes, que se habian adelantado á una banda mas numerosa. Al estar ya cercanos, preguntáronles en alta voz quiénes eran y de donde venian; á lo que solo dieron aquellos por respuesta: *Albo Hacen!*

Al oir este nombre, quedáronse los Abencerrages cual si fuesen de hielo: sin resolverse á dar un paso ni adelante ni atras, hasta que por sus propios ojos se cercioraron de que entre aquella turba venia efectivamente el rey, mas bien en son de fugitivo que con aparato de vencedor.

Ni aun tiempo tuvieron de anunciar á Zoraya que allí estaba su esposo; porque al primer rumor de tan inesperado encuentro, habia corrido la sin ventura como fuera de sí, dando apenas lugar á Albo Hacen para arrojarse del alazan y recibirla en sus brazos. Así permanecieron algun trecho, sin acertar á volver de su admiracion y sorpresa; en tanto que los caudillos Abencerrages los contemplaban de hito en hito, graves y silenciosos; conteniéndoles por una parte la veneracion al monarca, y sintiendo en el fondo del corazon impetus de ira y despecho, al ver desvanecerse como el humo todas sus esperanzas.

Cual si hubiese Albo Hacen afianzado su corona y reino con tener cerca de sí á su esposa, no hizo en él la mella que era de creer el relato de los sucesos de Granada; y antes bien los escuchó con rostro sereno, mostrándose solamente abatido cuando supo la triste suerte que habia cabido á Aben Hamet: « ¿Dónde le habeis dejado? » preguntó inquieto á los que allí se hallaban; y apenas supo que se encontraba á muy corta distancia, hizo ademan de ir en su busca.

Mas ya á tiempo que le traian sobre los hombros unos cuantos Abencerrages; para ofrecer aquel nuevo testimonio de como sabian los de su tribu pelear y morir por sus reyes. Acercóse Albo Hacen, no sin muestras de pesadumbre; y al ver tan demudado á su valido, que no era fácil reconocerle, inclinó el cuerpo y le llamó por tres veces, como deseando tener el consuelo de despedirse de un antiguo amigo. Bien fuese efecto de aquella voz tan conocida, bien lo fuese del mero acaso, lo cierto es que Aben Hamet entreabrió los ojos, cual si despertase entonces de un profundo letargo, y dirigió la vista hácia el parage donde el rey se hallaba. « Yo soy: ¿no me conoces?.... » Quedó suspenso Aben Hamet, como incierto y dudoso; mas haciendo luego un esfuerzo, que le arrancó un agudo quejido, dió muestras de querer arrojarse á los pies del rey, y le dijo con voz tan apagada que apenas pudo oirse: « Ya ves.... que cumplí mi palabra.... »

Cayó otra vez desplomado, impreso ya en su rostro el sello de la muerte; y en breve no quedó duda de que habia exhalado el último suspiro.

Alejóse Albo Hacen, traspasado el corazon con la vista de aquel espectáculo, y sin que se escapase de sus lábios ni una queja ó lamento; y despues de haber pasado algunos instantes al lado de su esposa, como quien deseaba recatar á sus vasallos lo que pasaba dentro de su alma, llamó á los principales caudillos, para tomar consejo respecto de lo que convenia hacer en aquel apurado trance.

Discordes anduvieron los pareceres, segun suele acontecer, y mas si apremia el tiempo y el peligro ahoga: males por todas partes y seguros; ventajas escasas y dudosas. Proponian unos volver sin demora á Granada, esperanzados en que al presentarse el monarca, acatado por tantos años, recobrarian aliento los muchos parciales que allí le quedaban, y se hundiria el trono de Boabdil, aun antes de que en él se asentase.

Replicaban otros, y no sin fundamento, que no parecia prudente exponer á tal prueba la dignidad real y la salud del Estado: los ánimos de la ciudad en el primer hervor de las pasiones; los parciales de Albo Hacen sin plan ni concierto; sus enemigos unidos y orgullosos. Ni cabia esperar que se abriesen las puertas á la voz del monarca; cuando se habia obstinado la fortuna en negarle por segunda vez sus favores en la empresa de Alhama.

Algunos hubo, de los de mas aliento, que osaron proponer en aquel conflicto un medio aventurado, pero noble: « Al vencido se le cierran las puertas; pero al vencedor se le abren. Volvamos sin tardanza sobre aquella ciudad, que estará descuidada, reputándose ya segura; y cuando la hueste cristiana, que ha acudido á su socorro, se presente delante de sus muros, aceptemos el reto. Si nuestros contrarios llevan la mejor parte en la pelea, moriremos á lo menos con honra; pero si salimos vencedores, en el campo mismo recogeremos, no solo las llaves de Alhama, sino tambien las de Granada. »

Muy lejos estaba Albo Hacen de acoger y apadrinar este dictámen: y aun cuando muchas y poderosas razones no le hubiesen retraido de jugar su corona al azar de una batalla, con un ejército decaido de ánimo, al frente una ciudad enemiga y á la espalda otra ciudad rebelde, hubiera bastado para apartarle de semejante intento la rémora que consigo tenia; volviéndose de contínuo su pensamiento hácia su amada esposa, cuando no debiera tener por norte sino la salud de su imperio.

Teníale tambien no poco inquieto y desasosegado el recuerdo de su hermano, el Zagal, que en aquella ocasion no se apartaba ni un momento de su memoria; temiendo no hubiese entrado en pláticas y conciertos con los parciales de Boabdil, estimando mas fácil arrojar del trono al hijo, despues de haber arrojado al padre. Y como á la sazon se hallase aquel príncipe en la ciudad de Málaga, só

color de restaurar su salud en un clima tan templado y suave, se agravaba el recelo de que, si se rebelaba contra su hermano, sublevase aquella riquísima comarca, juntamente con las ciudades y villas asentadas á la orilla del mar.

El anhelo, pues, de asegurarse cuanto antes de la fé de su hermano, y mas que todo el ánsia de poner en salvo á su esposa, cuya pena le lastimaba mas que la pérdida de un reino, decidieron el ánimo de Albo Hacen en favor de un partido, que parecia menos expuesto que los otros á dificultades y riesgos. Condicion de hombre irresoluto: detenerse á la vista de cualquier obstáculo, y seguir el camino mas llano, aun cuando vaya á dar á un precipicio.

Cuidó sin embargo Albo Hacen de encubrir las verdaderas causas que tanto habian pesado para inclinar su voluntad; y poniendo por delante el bien público, cual suele hacerse para encubrir mejor los afectos particulares, atribuyó á la bizarría de aquellos caudillos, mas bien que á su prudencia, los consejos que le habian dado; pues casi rayaba en locura exponer la suerte de un reino al trance de una batalla ó al antojo de un pueblo sublevado. Convenia, pues, tomarse tiempo y asegurar el triunfo, bien se juzgase conveniente humillar antes la altivez castellana, ó bien escarmentar á vasallos rebeldes.

Resolvió por lo tanto Albo Hacen encaminarse aquella misma noche á Málaga, por la via de Loja, dejando á esta ciudad asegurada, antes que los cristianos, ensoberbecidos con la toma de Alhama, intentasen apoderarse de ella. Por cuya causa urgia dejar al paso un buen presidio, y despues hacer la masa del ejército en la ciudad de Málaga, que se brindaba á ser como el cuerpo del Estado, pudiendo extender libremente sus brazos desde el puerto de Almería hasta el estrecho de Tarif.

Mandó pues á Albin Hamad (que era el caudillo de mas fama entre los muchos que aun contaba la tribu Abencerrage), que cuidase de recoger y ordenar la hueste, á medida que fuese descendiendo al llano; y que despues siguiese sus huellas, hasta reunirse todos al abrigo de los muros de Loja.

A la escasa luz de la luna, mas triste y melancólica que la oscuridad misma, emprendió su camino el desventurado monarca, poco ha tan poderoso, y ahora mal seguro y casi peregrino dentro del propio reino; y caminando á paso lento, sin mas alivio ni consuelo que oir de cuando en cuando el grato acento de su esposa, cruzó los dilatados llanos, apartándose de la sierra y en busca del Genil; como quien busca un compañero, al alejarse de la tierra en que ambos á dos han nacido.

CAPITULO XXXIV.

Llega Albo Hacen á la ciudad de Málaga.

A medida que Albo Hacen se iba apartando de Granada, sentia agravarse la pena que pesaba sobre su corazon; cual suele acontecer al que lleva clavada una flecha, que la ahonda mas y mas con la fatiga y el cansancio.

En tal estado iba, cuando dió vista á Loja, que mandó prevenir á su alcaide que no pensaba entrar en la ciudad, y que saliese á su encuentro, para hacerle las oportunas prevenciones; y habiéndolo verificado así aquel caudillo, en quien tenia puesta el rey toda su confianza, le manifestó que permaneceria acampado, con la gente que le acompañaba, en el regazo del monte, que media entre la poblacion y el rio, para disfrutar de aquella hermosa perspectiva, al aire libre y sin encerrarse dentro de las murallas. A cuyo fin dispuso aquel alcaide que trajesen una tienda magnífica, que le habia servido muchas veces en las guerras pasadas; y la ofreció al monarca, para que en ella descansase juntamente con su querida esposa. Colocáronla en el punto mas eminente, al fin ya del repecho, que desde aquel dia tomó el nombre de *la cuesta de Albo Hacen*.

El motivo verdadero que habia tenido este, para no aposentarse dentro de la ciudad, era lo mucho que le dolia presentar á los ojos del pueblo el contraste de su actual situacion con el estado en que se habia visto poco tiempo antes; y movido del propio estímulo, ni aguardar quiso á que se le reuniese la hueste; y ordenó al alcaide Aliatar (que este era su nombre, tan famoso en nuestras historias), que escogiese un buen número de guerreros, para dejarlos en custodia de Loja, por si acaso los cristianos se atrevian á ponerle cerco, y que sin la menor tardanza caminase el ejército la vuelta de Málaga, donde él iba á esperarle. « Dí á los caudillos que no estarán ociosos: en breve daré á mis enemigos nuevas de mi persona. »

Fluctuando continuamente entre los arranques de su corazon y la inconstancia de su carácter, nada temia tanto Albo Hacen como aparecer pusilánime y apocado; y en el momento mismo en que le arredraba un estorbo, y no se aventuraba á salvarlo, ya estaba revolviendo en su mente algun nuevo proyecto; así para dar muestras de que no le faltaba ánimo, como para acallar dentro del pecho sus propias quejas y reconvenciones.

Todo el tiempo que tardó en llegar desde Loja á Málaga mostróse grave y silencioso, como aquel que va preocupado de un solo y único pensamiento; y aun despues que hubo entrado en aquella ciudad, se encerró en la *Alcazaba*, sin permitir que llegasen á su

presencia sino el alcaide de *Gibralfaro* y algun otro caudillo, por ganarlos mas y mas á su favor con aquella demostracion y fineza [1].

Inquieto estuvo unos instantes, viendo que su hermano el Zagal no era de los primeros que habian acudido; y porque no pareciese duda ó desconfianza, ni aun preguntó por él, sin embargo que no apartaba de la puerta la vista, en cuanto sentia sordo rumor de pasos. Divisóle al fin, sin poder contener la alegria que le asomó al rostro; pero componiendo el ademan, y sin dar el mas leve indicio de incertidumbre ó recelo, se encaminó hácia él con los brazos abiertos, anticipándose á preguntarle como estaba de sus heridas, cual si fuese este el principal cuidado que le aquejaba. Contestóle brevemente el Zagal, dándole mas muestras de respeto y cariño que lo que tenia de costumbre, y diciéndole al cabo con resolucion y nobleza: « Las nuevas que de tí he recibido me han restaurado la salud mas que estos aires y las aguas del mar; dí, Albo Hacen, cuales son entre tus contrarios á los que quieres que castigue primero. »

Mostróse el rey muy reconocido al ofrecimiento de su hermano, si bien no estaba seguro de que le saliese del corazon; pero como por su parte le ocultaba tambien los temores que abrigaba en el suyo, se esforzó en persuadirle con muchas y difusas razones (cual suele acontecer cuando uno propio desconfia de su mala causa), cuanto mas conveniente era que se quedase encargado de la guarda y defensa de Málaga, que era á la sazon el baluarte del imperio, pronto á acudir donde menester fuese, ya contra los cristianos á la menor ocasion ó descuido, ya á sujetar á los rebeldes de Granada, gente instable en sus propósitos, fácil y movediza. « Tú quedarás en esta ciudad, con el poder y pompa de monarca; Albo Hacen tiene él propio que vengar sus agravios. »

No contestó el Zagal sino con un signo de veneracion y acatamiento, si bien columbró al trasluz de aquella simulada honra el secreto temor que la dictaba; y como todavía no se habian aclarado bastante los acontecimientos, para descubrir el rumbo que á su ambicion convenia seguir, tuvo por buena dicha que le dejasen en paz, y cual testigo de la lucha, mientras entrambos combatientes peleaban y se destruian.

[1] En el tomo 1° de la obra ya citada de Bruin se halla un mapa de la ciudad de Málaga, tal como era á mediados del siglo XVI; y en él se ve la fortaleza de la *Alcazaba*, en la pendiente de una cuesta que va á dar al mar, y en lo alto el castillo de *Gibralfaro*, que parece tomó este nombre por corruptela del suyo propio *Gibel Faro* ó *cerro del Fanal*, por uno que habia en aquel sitio.

Así la fortaleza como el castillo, á pesar de los trastornos y mudanzas que han padecido con el trascurso de los siglos, conservan hasta de presente el nombre que les dieron los Moros.

CAPITULO XXXV.

Sale Albo Hacen de Málaga : situacion de su esposa.

No estuvo ocioso Albo Hacen el corto tiempo que permaneció en Málaga; y como era tanta su impaciencia al acometer una empresa como su veleidad para abandonarla, contaba los dias y las horas que tardaba su hueste, ansioso de reunirla bajo sus banderas. Hizo correr la voz de que su intencion era abastecer á la ciudad de Ronda, y recorrer los pueblos principales que yacen abrigados en aquella asperísima sierra, para desembarazarse de cuidados, y revolver luego con mas brio sobre los cristianos, si osaban aguardarle; pero su propósito era muy distinto. Guiado siempre por el impulso de sus pasiones, mas bien que por los consejos de la razon ó por la conveniencia de Estado, no se apartaba un momento de su memoria que habia tenido casi en la mano la conquista de Alhama, y ver cautivo y aherrojado á sus pies al marqués de Cádiz; y agriándose mas y mas con la levadura de la desgracia el odio que de antiguo le tenia, recayó este ahora, y si cabe con mayor violencia, sobre el duque de Medina-Sidonia, que le habia arrebatado aquella presa, siendo la causa principal de los posteriores desastres.

Vengarse de uno y otro, de un modo tal que dejase memoria, era el pensamiento que le traia embargada la mente, tanto ó mas que el recobro de la corona; y por un artificio muy propio del corazon humano, cuando quiere cohonestar con pretextos plausibles la satisfaccion de los propios deseos, acabó Albo Hacen por persuadirse de que llevando á cabo su empresa, desbarataria con su inesperada acometida los planes de los cristianos, y levantaria el ánimo de los vasallos fieles en todo el reino de Granada; apareciendo otra vez guerreador y triunfante en el campo de sus antiguas glorias.

Salió pues de la ciudad de Málaga, sin descubrir á alma nacida sus designios; dejando encomendado el gobierno á su hermano el Zagal, y procurando templar la amarguísima pena de su esposa, quien bien fuese porque tuviera mas quebrantado el ánimo con los golpes de la mala fortuna, bien porque el corazon le anunciase nuevos peligros y desdichas, se despidió entonces de Albo Hacen con mayor desconsuelo que otras veces, cual si al apartarse de sus brazos no hubiese nunca de volver á verle.

Entregada á su profunda melancolía, hasta le eran enojosos los cuidados y consuelos de la fiel Arlaja; y solo encontraba alivio en la soledad, que la libertaba á lo menos de importunos testigos. Lo único que tal vez serenaba su ánimo, convirtiendo su amarga pena en tristeza suave, era la perspectiva que presentaba á sus ojos el mar, cuando á la caida de la tarde descubria encendido el horizonte, como una zona de fuego, y el campo azul que se perdia de vista, viniendo á expirar las olas en la menuda arena.

Horas enteras permanecia absorta, disfrutando de aquel espectáculo; para lo cual se colocaba á veces en un *mirab* ú oratorio, que se levantaba sobre leves columnas en el repecho del monte dentro del recinto de la *Alcazaba*, y otras veces bajaba hasta la orilla misma del mar, por observar mas de cerca su contínuo hervidero. Habia en aquel lugar una estancia, por cierto no muy grande, cubiertas las paredes de conchas y corales, formando lazos y esquisitas labores, y la estancia labrada de tal suerte, que podian entrar en ella las olas, levantarse hasta cierta altura, y retirarse luego mansamente; trayendo nueva frescura y vida con su flujo y reflujo. Llamábase aquel sitio *el baño de la Reina*, probablemente por el uso á que habia servido en otros tiempos.

Cuando la mar estaba tranquila y la noche serena, quedábase embebecida Zoraya, oyendo el canto de los pescadores y marineros, que cruzaban en sus barquillas lamiendo aquella playa; siendo precisamente las tonadas que mas le agradaban las que tenian cierto dejo de tristeza y melancolía, por avenirse mas con el estado de su corazon. Una voz habia, y no era por cierto la mas robusta y sonora, pero tan grata y suave, que entre todas llamaba atencion de la reina; quien echó de ver que únicamente sonaba cuando todos los barquichuelos se iban ya alejando, viéndose por el mar esparcidas mil luces, y el rastro plateado que dejaban las redes y las quillas.

Notó tambien, y no sin extrañeza, que siempre cantaba aquella voz una misma tonada, y al parecer con la propia letra, que apenas podia comprender por el rumor y la distancia; hasta que una noche, estando la mar dormida en profundísima calma, y sin que el viento respirase siquiera, vió acercarse una barquilla, cortando el agua como un pez; y oyó clara y distintamente esta cancion, que entonaba un marinero, dando vueltas y revueltas en frente de donde ella se hallaba:

Olvidó sus juramentos,
Olvidó su antigua fé,
Y hasta su nombre olvidó
Por olvidar su querer....

Boga, cautivo, boga;
Bogad, remos, bogad otra vez.

El viento consigo lleva
Las promesas de muger;
Y si las oye una fuente,
Las lleva el agua tambien....

Boga, cautivo, boga;
Bogad, remos, bogad otra vez.

A Dios por testigo puso,
Y Dios aceptó su fé;
Pero á Dios tambien engaña
La que á su esposo fue infiel....

Un vuelco le dió el corazon, al oir estas palabras; y sin saber ella misma la causa de su sobresalto, apartóse Zoraya de aquel sitio, como acosada de un fatal recuerdo; pareciéndole que á medida que se alejaba, resonaban con mas fuerza en su oido las últimas palabras de la cancion:

Pero á Dios tambien engaña
La que á su esposo fue infiel....

CAPITULO XXXVI.

Grave acontecimiento.

Tanta impresion hizo en el ánimo de la reina la cancion que acababa de oir, que no pudo cerrar los ojos hasta que ya empezaba á clarear el dia; asaltándole un ensueño tan triste, apenas se quedó dormida, que despertó azorada, dando un agudo grito. Serenóse despues algun tanto, si bien quedóle el corazon resentido y lastimado de la reciente lucha; suspirando involuntariamente, cual si presintiese algun daño. Dos noches estuvo sin acudir al sitio acostumbrado, deseándolo por una parte, y temiendo por otra volver á oir la voz que tanta mella le habia hecho; pero avergonzada de que la acobardase aquel vano recelo, resolvióse al fin, no sin trabajo, y se encaminó, ya muy entrada la noche, al mismo paraje que solia. Con inquietud y sobresalto tendió la vista por la extension del mar, y no descubrió cosa alguna; no se oia tampoco ni el rumor mas leve; y como que se complació en su tristeza, al ver que iba á disfrutar á su salvo de aquella tranquilidad y calma. Quedóse en breve adormecida, como aquel á quien desatan pesadas ligaduras, y se rinde al cansancio; mas á poco tiempo, y sin saber ella propia si estaba dormida ó despierta, oyó un quejido y caer desplomado un cuerpo junto á la puerta misma. Abrióse esta de par en par; y presentóse un hombre, cubierto el cuerpo y la cabeza con un albornoz, y un puñal en la mano.

A su vista, quiso huir la infeliz, y no pudo; fue á gritar, y le faltó el habla; y en medio de su tribulacion y congoja, hincóse de rodillas y levantó las manos, como implorando la compasion del que reputó su asesino.

Clavado permaneció aquel bulto en el mismo quicio; hasta que al cabo de unos instantes se acercó lentamente; y al llegar junto á ella, arrojó el albornoz, y le dijo con voz apagada: «¿No me conoces, Isabel, no me conoces?...» Alzó la cuitada los ojos, y se quedó muerta: la voz, el ademan, el rostro le presentaron vivo al esposo que habia visto expirar á su lado; y agolpándose á su fantasía los recuerdos pasados, la cancion, el ensueño, la imágen que tenia delante, creyó al pronto que era una aparicion, que venia á atormen-

tarla. *Por Dios!... Por Dios!...* No dijo mas; y se quedó inmoble y la vista fija, cual si fuese de mármol. Subió de todo punto su terror, al sentir que la asian de las manos; y ni siquiera pudo comprender en largo trecho lo que le decian: « Porqué te aterras así? ¿qué temes?... Mírame, Isabel, mira: el mismo soy que te juró ser tuyo, y que no lo ha olvidado un instante. A las puertas de la muerte, en el cautiverio, en la ausencia, sin esperanza siquiera de volver á verte en mi vida, yo te llevaba tan grabada en mi alma, como cuando te ví por primera vez. ¿Lo has olvidado, Isabel? Tú tambien me juraste ser mia: yo lo oí de tu misma boca, al recibir el golpe que amagaba tu vida... ¿Lo has olvidado?... No: tú ofreciste á Dios el ser mia; y no puedes ser de otro hombre. Yo he corrido en tu busca; he arrostrado mil riesgos, hasta llegar á tí: ya te miro, te tengo; para siempre eres mia!... »

Al decir estas palabras, estaba tan turbado y fuera de sí, que á duras penas pudo levantar del suelo á la desdichada y sostenerla en pié: « ¿Porqué tiemblas, dí, porqué tiemblas?... Dentro de breves momentos estaremos ya en salvo: un barco nos espera á la orilla; todo está prevenido, pronto; volveremos á nuestra patria, al seno de nuestras familias; volveremos al altar donde me juraste ser mia... »

Como Isabel no respondiese, y creyendo él que la tenia embargada el susto y sobresalto, se esforzó mas y mas por desvanecer sus temores: « No corres ni el mas leve peligro: esa puerta está franca, y el guarda ya pagó con su vida... un barco nos aguarda en la playa; y mañana á estas horas, mañana, Isabel, eres mia! » — *Nunca* ... esta fue la única palabra que pronunció la infeliz; y cayó sin sentido. Cogióla el mancebo entre sus brazos, y se esforzó por llevarla á la puerta, como quien conduce un cadáver... mas al mismo tiempo oyó un confuso tropel, que bajaba de la *Alcazaba;* y apenas tuvo lugar para salvarse, arrojándose al mar en busca de su esquife.

CAPITULO XXXVII.

Acuden al socorro de la reina, y recobra esta sus sentidos.

No parece sino que el destino de Isabel habia dispuesto que tuviese Arlaja una parte principalísima en todos los acontecimientos de su vida; pues, á no haber sido por aquella muger, tal vez en la ocasion presente se hubiera llevado á cabo un proyecto, concebido con temeridad y principiado con singular ventura. Aun las personas mas allegadas á la reina no osaban distraerla de su melancolía ni acudir á donde ella estaba, aun cuando tardase algunas noches en volver á su estancia; pero Arlaja, que la miraba siempre cual si fuese su hija, y que habia notado cuanto habia crecido su inquietud y tristeza en los dias anteriores, concibió de pronto el temor de que la hubiese asaltado algun desvanecimiento ó desmayo; y no pudiendo aquietar

la imaginacion ni permanecer tranquila, si no se satisfacia por sus propios ojos, echó á correr desatentada en busca de la reina, siguiéndola unas cuantas mugeres, asustadas á su vez, y sin saber ninguna de ellas la causa ni el motivo.

Como estátuas se quedaron, al hallar á Zoraya sin sentido, junto á la misma puerta; y la sorpresa fue tal y el terror tan grande, que no les consintió por el pronto ni demandar socorro. Unicamente Arlaja corrió hácia donde la reina se hallaba, dando gritos y alaridos, cual si la viese ya muerta. Cien cosas pedia á un tiempo; y ni ella misma se entendia: abrazaba á la reina, la besaba, la llamaba á voces; y viendo que no volvia en sí, dispuso que la llevasen en brazos á otra estancia inmediata.

Mas de dos horas trascurrieron, antes de que diese señales de vida; mas al cabo empezó á suspirar, llevándose la mano al corazon, como para arrancar el peso que encima tenia; y al fin de pocos momentos, se deshizo en un mar de lágrimas y empezó á respirar con mas desahogo.

Apenas cesó el cuidado de Arlaja, al ver que la reina recobraba poco á poco el conocimiento, empezó á atormentarla con preguntas, para informarse de tan extraordinario suceso; pero viendo que no alcanzaba contestacion ni respuesta, lo atribuyó al terror que aun estaba apoderado de su ánimo, y cesó de hostigarla.

Cundió la voz en la *Alcazaba* del peligro que habia corrido la reina: y la gente comun dió por supuesto que tal vez habrian intentado sorprenderla algunos bandidos ó piratas, por robarle las ricas joyas que consigo llevaba; pero los que tenian mas presuncion de entendidos y suspicaces, se decian al oido, como cosa averiguada y segura, que aquella trama la habia urdido la vengativa Aixa, ya que la primera le salió fallida; resuelta como estaba á perseguir á su rival, aun cuando se escondiese en el centro del mar ó de la tierra. Opinion que pareció mas verosímil, y cobró mayor crédito, al saberse que la reina habia preguntado repetidas veces si habian hallado á alguien en la playa; y que apenas se cercioró de que todas las pesquisas habian sido inútiles, encargó con especial ahinco que se procurase mantener secreto aquel azar, ya que no habia resultado por fortuna ni la menor desgracia; para evitar que llegase abultada la nueva á oidos de su esposo, y le causase inquietud y pesadumbre en medio de los cuidados de su empresa.

De esta suerte procuraba la sin ventura recatar á la vista de otros lo que quisiera ocultarse á sí misma; siendo tal su cariño á Albo Hacen, que prefirió callarle el sacrificio que por él habia hecho, á trueque de no causarle desazon y celos con saber la pasion de otro hombre. Así aman las mugeres, cuando una vez aman de veras.

CAPITULO XXXVIII.

De lo que aconteció al mozo Venegas durante su cautiverio.

Curiosos estarán los lectores (ya que nos deja descansar algun tanto el ruido de las armas) curiosos estarán, á fé mia, por saber los sucesos del mozo Venegas, á quien ya reputaban muerto, y que ha vuelto á presentarse ahora, conducido como siempre por su mala estrella; amando ciegamente á una muger, á la que pudo dar el título de esposa, y perdiéndola por dos veces, en el momento mismo de tenerla en sus brazos.

La noche de los desposorios, él propio la escudó con su cuerpo, recibiendo en la frente una herida, que le dejó desalentado y bañado en su sangre. Mas quiso su desdicha, que al registrar los cadáveres para despojarlos de sus joyas, echó de ver un Moro que aun respiraba aquel mancebo, el cual por su vestidura y arreos denotaba ser persona de linaje; y codicioso de la presa, se le llevó con los demas.

En cuanto se pusieron los Alarbes en salvo, repartieron entre sí los cautivos; y habiendo Aben Farruch preferido á Isabel, con las secretas miras que llevó luego á cabo, cupo en suerte el mozo Venegas á un Africano que acompañaba á aquel caudillo, hijo de un alcaide famoso de Velez de la Gomera.

Se le habia encomendado este, para que hiciese á su lado las primeras armas, si estallaba al cabo la guerra, segun era de temer; pero muy ageno de imaginar que le emplease como instrumento en una acometida nocturna, antes propia de salteadores que no de guerreros. Mas apenas se habia terminado la traidora empresa, y como Aben Farruch concibió muy luego el intento de encaminarse á Granada con su hermosa cautiva, dispuso que aquel mancebo fuese con un secreto mensage á la ciudad de Velez, avisando cual próximo el rompimiento con los cristianos, y advirtiendo á los principales de aquel reino que estuviesen apercibidos y prontos para auxiliar al rey de Granada; puesto que de aquella parte podia acudírsele mas fácilmente con ayuda y socorro, por caer frente por frente de la ciudad de Málaga.

No le pesó al jóven africano volver cuanto antes á su tierra, que le parecia mas encantadora que la misma Granada; y siendo de condicion áspera y bronca, al paso que le faltaba discernimiento y experiencia, llegó á lisonjearse con la esperanza de presentarse ufano entre los mancebos del Riff, cual si en la sorpresa del castillo hubiese alcanzado una victoria.

Pensó desde luego en llevar consigo al Venegas, como testimonio y trofeo, y antes por esta causa que por un sentimiento noble y generoso, complacióse mucho al saber que la herida, al parecer

tan grave, habia sido leve y somera; habiendo cesado todo peligro al cabo de muy pocos dias, gracias á la mucha robustez del cristiano y á los brios de la mocedad. Mas bien se temió por su vida, cuando empezando ya á recobrar el conocimiento y las fuerzas, cayó en una profunda melancolía, hasta el punto de negarse muchas veces á tomar el preciso sustento; no sabiéndose á qué punto hubiera podido llegar el decaimiento de su ánimo, á no haber contribuido á distraerle la variedad de vistas, y hasta el cansancio y las penalidades del camino.

Durante todo él, apenas soltó alguna que otra palabra; tan triste y silencioso como aquel que llevan al suplicio, y casi desea llegar cuanto antes al término de sus padecimientos. Mas de una vez quiso preguntar qué habia sido de Isabel (único pensamiento que le tenia embargadas el alma y las potencias); pero le retraia el temor de recibir una respuesta amarga; prefiriendo por lo tanto el tormento de la incertidumbre á una fatal certeza. Como al acaso, y valiéndose siempre de rodeos, meramente se aventuró á inquirir cual habia sido la suerte del alcaide del castillo y de las demas personas de cuenta, que con él se hallaban; y ora fuese por la rudeza propia de aquellos Africanos, ora creyesen que templarian el dolor del cautivo, poniendo en cotejo de su desgracia otra desgracia todavía mayor, le daban únicamente por respuesta que casi todos los cristianos habian perecido en la confusion de la refriega; y que eran muy contados los que habian tenido la buena suerte que él, de escapar por acaso con vida. No sabian aquellos asesinos que con estas palabras le daban mil veces la muerte.

Despues de un penoso viaje, y de una navegacion de pocas horas, arribaron al cabo á la ciudad de Velez, situada á orillas del mar, en un llano en forma de herradura, abrigado al rededor con altísimos montes, y con un rio que defiende sus muros y fecunda juntamente sus campos [1]. Lo apacible del sitio, el aura de la primavera, y la vista del mar que baña mansamente la playa, mientras bate en frente la raiz de un peñasco, que le sirve de estorbo, contribuyeron á que dentro de un breve plazo fuese Venegas reponiendo su ánimo y restaurando sus fuerzas; en términos que ya pudo, al par que otros cautivos, emplearse en labrar un huerto que poseia su señor á la falda misma del *morábito*.

Así continuó por algun tiempo, haciendo vanos esfuerzos para adquirir nuevas de su familia, y persuadiéndose al fin de que le

[1] En el apéndice al tomo 2° de la obra de Bruin, *Civitates orbis terrarum*, se hallan algunas noticias acerca de la antigua ciudad de *Velez de la Gomera*, la cual contenia una gran plaza, un castillo para el alcaide, un palacio para sus reyes, y otros indicios de poder y grandeza.

Su situacion se halla indicada con algunos edificios en un pequeño mapa, que acompaña, y en el que se halla trazado el *Peñon de Velez de la Gomera*, juntamente con la costa vecina y la *playa de las Cuatro Torres*, en que desembarcaron las tropas españolas que arrasaron aquella ciudad.

reputaban por muerto, y que probablemente su desgracia habria costado la vida á su anciano padre. Mas entre tantos recuerdos, á cual mas triste y congojoso, ninguno habia que le atormentase tanto como la memoria de su esposa; siendo harto frecuente soñar algunas noches que estaba desposado con ella, y al ir á estrecharla contra su corazon, despertar despavorido al ruido de la cadena.

No es fácil adivinar lo que habria sido de este desventurado, si se hubiese prolongado mucho mas aquel linaje de vida tan triste y angustioso; pero por dicha suya, murió á poco su dueño, de resultas de una cazería; y cayó Venegas y los demas cautivos en poder de Aben Alamin, anciano bondadoso, que afligido con la inesperada pérdida de su hijo, estuvo en poco que le acompañase al sepulcro.

Solia el buen viejo buscar alivio y consuelo á su pena, sentándose en un montecillo, á la caida de la tarde; y una de ellas, como volviesen sus cautivos de la acostumbrada faena, les hizo detenerse en su presencia, y se informó muy por menor de si eran tratados como él tenia dispuesto. Entre todos ellos llamóle la atencion el Venegas, no solo por su hermosa presencia, sino por su porte y gallardía, que descubria bien ser noble caballero, á pesar de su humilde condicion y lo tosco del traje. « ¿Hace mucho tiempo que estás cautivo? » le preguntó el anciano. — « No ha mucho, señor; pero me parece tan largo!.... »—« ¿Dónde te cautivaron? »—« En el castillo de Martos. »—« ¿Tienes padres? »—Calló el mozo, y levantó los ojos al cielo.—« No te aflijas, desdichado; tal vez te vivirán todavía y volverán á abrazarte.... » En esto el infeliz padre recordó su propia desventura, y enjugó con disimulo una lágrima que caia de sus ojos.—« Me decias que eras de Martos.... »—« No, señor; allí me cautivaron. » « ¿De dónde eres natural? »—« De Luque, en el reino de Córdoba. »—« ¿Cómo te llamas? »—« Don Pedro Venegas, » contestó con cierta dignidad, recordando la sangre que corria por sus venas. —« ¿Don Pedro Venegas, dices? »— « Sí, señor; ese es mi nombre. » — « ¿Eres de la familia de los señores de Luque? » — « En ella nací... » No pudo continuar, porque se le ahogaban las palabras.—« No te aflijas así, pobre mozo; que tal vez no son tan grandes las desgracias como nos las representa la imaginacion. »

En esto hizo seña de que se fuesen; y al pasar el Moro encargado de custodiar á los cautivos, le ordenó, señalando al Venegas, que aquella misma noche le llevase á su estancia.

CAPITULO XXXIX.

Descubre Aben Alamin al mozo Venegas secretos importantes de su familia.

Recostado sobre unos cojines se hallaba el anciano Aben Alamin, cuando le avisaron que estaba allí el cautivo; y mandando con la mano que entrase, se incorporó algun tanto, y le recibió con semblante apacible, en que estaba retratada la bondad de su corazon. —« Varias cosas voy á preguntarte (le dijo); y espero que á todas ellas me responderás con verdad. »—Inclinóse el Venegas, y puso la mano sobre el corazon, como fianza de su promesa.—« Tú me dijiste que eras de la familia de los señores de Luque. » — « Sí, señor. »—« ¿ No sabes si vive tu padre? »—« Vivia, cuando me cautivaron; pero no sé si Dios me lo conserva... » (Esto dijo enternecido el mozo, si bien procuró recobrar su serenidad y entereza.)— « Probablemente no alcanzarias á conocer á tu abuelo paterno... tienes pocos años; y él ya era hombre hecho cuando la toma de Antequera... no le habrás conocido. »—« Solo he oido á mi padre hacer memoria de él; y aun recuerdo que, siendo yo muy niño, le vi algunas veces llorar al mencionar su muerte. » — « ¿ Y no oiste tambien á tu padre hablar de un hijo que habia perdido aquel buen caballero? »—« Le oí decir, si mal no me acuerdo, que habia caido cautivo, siendo todavía de muy corta edad; y mas de una vez mi propia suerte me ha traido á la memoria aquella desgracia. »— « ¿ Pero no sabia tu familia lo que habia acontecido á aquel niño, despues que le cautivaron los Moros de Granada? » — « Creo que no; porque toda la familia le lloró por muerto. »

Quedáronse entonces en silencio por algunos instantes; y el anciano hizo seña al mancebo de que se sentase en un almohadon, que habia á muy corta distancia; y como titubease en hacerlo, por respeto y veneracion, « Siéntate ahí, le dijo : que vas á oir de mi boca lo que no oiste de la de los tuyos; y eso que se trataba de tu propia familia.... cosas oirás que te maravillen y asombren. »— Sentóse el mozo, mostrándose inquieto y desasosegado; y el anciano prosiguió de esta suerte : « Tu padre sabia probablemente que no habia muerto aquel niño; pero á tí te lo recataron.... (Inmutósele el rostro al Venegas; y notándolo el viejo, le dijo, como para tranquilizarle) ó tal vez resolvió tu familia tener oculta á todos la suerte de aquel rapaz... como si pudiera nadie impedir lo que Dios ha dispuesto!—Pues sabe que ese niño se llamaba como tú, don Pedro Venegas; y aun tal vez te pusieron á tí este nombre en memoria suya... Ocho ó diez años tendria cuando cayó cautivo... mil veces se lo he oido contar, sentados mano á mano en su cármen, donde solíamos pasar las noches de verano á la márgen del rio... ¡ qué sitio tan delicioso !... Aquellos tiempos eran mas felices :

él veia jugar al rededor á sus hijos; y yo tambien... pero Dios lo ha querido así!

» Tuvo aquel desgraciado la buena suerte de que le acogiese en su casa un caballero muy principal, el cual le cobró tanto cariño, que le prohijó cual si fuese de su propia familia. Bien que el muchacho lo merecia: lenguas se hacian de él cuantos despues le habian conocido en la flor de sus años... Gallardo, discreto, animoso: baste decir que sobresalia entre los mancebos de su edad, y eso que tantos y tan cumplidos los contaba entonces Granada...... Ya no es aquella ciudad ni sombra suya: los que de allá vienen dicen todos que no se la conoce; tal la han parado nuestras discordias y miserias!

» Juzga tú cuales serian las prendas de aquel mozo, cuando se enamoró de él una princesa, la mas hermosa y gentil de cuantas encerraba la Alhambra; en términos que la fama del galanteo llegó no menos que á oidos del monarca... Al pronto, segun dicen, lo supo con desabrimiento; y aun reconvino agriamente á la princesa; pero viendo cuán firme estaba en su voluntad, y que el mancebo que la requeria de amores era de cuna tan noble, como que contaba entre sus ascendientes á antiguos reyes de Portugal y de Castilla, consintió al cabo en que se cumpliesen sus deseos; celebrándose los desposorios en su mismo palacio.

» Habia ya aquel mozo abrazado nuestra ley.... No tienes porque inmutarte: que eso mismo hicieron antes y despues que él otros muchos caballeros y de los principales de Castilla, que se acogieron á Granada huyendo de persecuciones y revueltas, ó por otras causas; y no por eso se creyó nunca que habian empañado el lustre de su linaje. Y cuenta que aquel mozo tenia el suyo en tanta estimacion y aprecio, que no permitió trocar su nombre con ningun otro, por ilustre que fuese; y conservó su propio apellido de *Venegas*, aun despues de dar la mano á la princesa Citimerien, hermana del rey Juzef, que á la sazon reinaba en Granada.

» No te sorprendas; oye.... y si no das crédito á mis palabras, tú mismo podrás cerciorarte por tus propios ojos; pues todavía vive aquel buen caballero, aunque ya de edad muy avanzada. Cuando yo le ví la última vez, aun se mantenia fuerte, y manejaba como un muchacho las riendas del caballo....

» Para que fuese mas cumplido su gozo, bendijo el cielo aquel enlace; y tuvo de la princesa tres hijos, á cual mas hermoso.... Oye; y no muestres tanta impaciencia: todos tres viven; y si quieres, podrás conocerlos.

» En el reino de Granada quizá no hay dos caballeros tan cumplidos y tan valientes como *Abulcacin* y *Reduan Venegas*, que con tu propio apellido recuerdan su estirpe; y el mismo ha conservado igualmente su hermana, la princesa *Citimerien Venegas*, desposada con Cidy-Hiaya, nieto del rey Juzef.

» Este es ahora alcaide de la ciudad de Baza, mas bien en virtud

de sus propios merecimientos que no por favor cortesano; pues cabalmente, desde que subió al trono Muley Hacen, no gozan de tanta privanza los Venegas, á pesar de sus enlaces con la familia real, por creer que se arriman al bando de Aixa, esposa de aquel monarca y su mas encarnizada enemiga.

»Mas su mismo apartamiento de la corte, dando realce á su valor y fama, los ha hecho mas y mas gratos á los ojos del pueblo; y tal vez no hay en Granada un linaje tenido en mas que el de los Venegas, citándolos frecuentemente como dechados de caballeros [1].»

Al oir el relato del anciano, tan singular y extraño, quedóse el mancebo absorto, como si hubiera oido referirle un cuento de los que acostumbran los Arabes, con maravillas y encantamientos; lo cual advertido por Aben Alamin: «Ya te he dicho que con tus propios ojos puedes cerciorarte de todo; y si te resuelves á pasar á Granada, donde quizá te espera la fortuna, allí podrás vivir dichoso en medio de los tuyos, acordándote alguna vez de este pobre viejo, que ha quedado solo en el mundo.... »

Enterneciόse el anciano; y el mismo Venegas se enterneció tambien. «No extrañes estas lágrimas: tu presencia me recuerda á mi hijo; era el único que ya me quedaba!.... Yo en memoria suya voy á darte la libertad; y solo exijo de tí que me ofrezcas el ir á Granada, donde serás mas dichoso que en parte alguna de la tierra.»

Calló el Venegas, y dejó caer la cabeza sobre el pecho; no acer-

[1] Don Luis de Salazar y Castro (en la *Historia de la casa de Lara*, lib. 5°, cap. 12) refiere como en una entrada que los Moros hicieron en el reino de Córdoba, cautivaron á *Pedro Venegas*, tercer hijo de los señores de Luque, á los ocho años de su edad, al cual criaron en su ley y le llamaron el *Tornadizo*, que en arábigo suena *Gilaire*. Así le nombra la *Crónica* de don Juan el II, cuando refiere que en el año de 1431 aconsejó á aquel monarca que hiciese su entrada por la vega de Granada; y es el mismo que, casando con Citimerien, hermana del rey de Granada Juzef Aben Almaul, tuvo á los dos grandes generales de los Moros, *Albucacin y Reduan Venegas* y á *Citimerien Venegas*, que casó con Cidi Hiaya, alcaide de Baza, nieto del rey Juzef.

En la *Historia de la casa de Cabrera en Córdoba* (fol. 231) se halla referido el mismo hecho y con las propias circunstancias: expresándose ademas que el Pedro Venegas de Quesada, que cautivo en su infancia llegó despues á tener tanto valimiento entre los Moros, era hijo del famoso Egas Venegas (tercer señor del estado de Luque, que se distinguió mucho en la toma de Antequera), y de doña Mencía de Quesada, hija de Pedro Diaz de Quesada, señor de García, y de doña Juana Fernandez de Cárcamo, hija de los señores de Aguilarejo en Córdoba.

De tan ilustre estirpe procedian los *Venegas* que existian en Granada, al tiempo de la conquista por los reyes católicos, segun se dirá en otro lugar de esta obra: siendo notable que un autor coetáneo, y sumamente fidedigno, atribuye gran parte de los disturbios civiles de aquel reino «á la envidia que tenian los caballeros de Granada por la gran privanza que con el rey tenia el Boazin *Venegas*, alguacil de Granada, que mandaba á Granada é todo el reino mucho mejor que el rey. *Este alguacil era de linaje de cristianos, de los Venegas de Córdoba*, é su padre é abuelos fueron cristianos, é él nació en tierra de Moros, é era muy gran servidor del rey.» (Bernaldez, M. S. citado, cap. 56.)

tando á dar respuesta alguna : tan sorprendido estaba ; y temiendo al mismo tiempo con sus dudas é incertidumbre parecer poco agradecido.

« Mi antiguo amigo recibirá con gusto este presente.... aun no me habrá olvidado.... Seguro puedes estar de que va á recibirte con los brazos abiertos, cual si fueses su hijo ; y en su casa hallarás buenos modelos de honradez y de bizarría. No tienes qué cavilar ; nada te hará falta, aun cuando allí no se te mostrase la suerte tan propicia.... Yo tengo muchos bienes ; y.... ya ves, hijo mio, que estoy solo en el mundo, y que me queda poca vida.... »

Por un movimiento involuntario, levantóse de pronto el mancebo, y se echó á los pies del buen viejo ; besándole la mano, y regándosela con abundantes lágrimas. « ¿ Qué haces ? Nada tienes que agradecerme : lo hago por un amigo, y por cumplir con los preceptos de Dios, que nos manda dar socorro á los desgraciados... Yo no sé si el corazon me engaña ; pero me está diciendo que en el camino de Granada vas á hallar el camino de la dicha, como lo halló tu deudo.... ¿qué digo tu deudo ? aun mas recientemente acaba de lograr aun mayor fortuna otra infeliz cautiva ; y tal vez á la hora esta será ya reina de Granada.... »

Oirlo el mancebo, y cuajársele la sangre en las venas, todo fue uno : él propio no sabia la causa de su turbacion ; pero al momento que oyó lo de la cautiva, se le clavó en la mente que no podia ser otra mas que Isabel la que habia tenido poder bastante para rendir á su amor no menos que al rey de Granada.

« ¡ Una cautiva.... reina de Granada !.... Esto dijo el Venegas, sin acertar con las palabras ; pero llevando la secreta mira de ver si lograba rastrear la verdad. — « Y no será la primera que se ha sentado en el trono de nuestros reyes por sus muchas dotes y hermosura ; bien que de esta se cuentan maravillas. » — ¿ Tan hermosa es ?... preguntó el Venegas, no sin timidez y encojimiento, como temiendo escuchar la respuesta. — « Tan hermosa, que le han trocado el nombre de Isabel en el de *Zoraya*, que solo se habia dado entre nosotros al *lucero de la mañana.* »

Un rayo que hubiera caido á los pies del infeliz mancebo, no hubiera embargado tan pronto sus sentidos y potencias : ni hablar podia, ni respirar siquiera ; únicamente sentia que le apretaban el corazon, cual si le estuviesen dando tormento con retorcidas cuerdas.

Creyó Aben Alamin que la perturbacion del mozo provenia de haber asaltado su ánimo tantos y tan encontrados afectos, habiendo pasado de repente de la dura condicion de cautivo á ver abiertas de par en par las puertas de la dicha ; y deseando que se serenase algun tanto : « Vete, hijo, vete en paz y descansa : yo todo lo dispondré como mas convenga. »

Llamó entonces el anciano, y ordenó que llevasen á su estancia al Venegas, y que en todo y por todo se estuviese á su voluntad ;

mas sin ser parte siquiera á darle gracias por tan grandes mercedes, salió el infeliz tan turbado, que hubieron de sostenerle para que no cayese desvanecido en el mismo umbral de la puerta.

CAPITULO XL.

De la lucha y contraste que padeció el mozo Venegas, y de la resolucion que al cabo tomó.

Cuando llegó el Venegas á su aposento, ya le habia acometido una ardentísima fiebre, en términos que no hizo mas que delirar durante aquella noche y al siguiente dia. Llegó á temer Aben Alamin por la vida de aquel mancebo; no acertando á comprender cómo habia sido tan repentina y tan honda la impresion que habian hecho en su ánimo las nuevas que acababa de oir. Encargó que le asistiesen con el mayor esmero; y supo al cabo con singular contento que su enfermedad empezaba á ceder, hallándose ya libre de peligro; si bien le aguardaba una larga y penosa convalecencia.

Fuese reponiendo al fin el desdichado mozo, aunque lenta y trabajosamente, porque las fuerzas que cobraba las iba minando á la par la angustia misma de su corazon, en que batallaban de poder á poder muchos y encontrados afectos.

Corto esfuerzo habria necesitado hacer sobre sí mismo, si solo le hubiesen presentado la perspectiva de la próspera suerte que tal vez le aguardaba en Granada; y es probable que hubiera preferido permanecer cautivo, hasta que el oro, la ocasion ó el tiempo hubieran limado sus hierros, permitiéndole volver libremente al seno de su patria; pero en Granada no solo se hallaban sus deudos en la cima del poder y de la grandeza, sino que en aquella ciudad se encontraba Isabel.... Isabel, sin la cual no podia sobrellevar el peso de la vida.

No le quedaba duda de que ella era á la que habia aludido el anciano: ella, y no otra, podia haber prendado tan ciegamente al rey; ella, y ninguna mas, podia haber resistido á la voluntad del monarca, hasta obligarle á que le diese el título de esposa.... Ni una sola vez se le representó esta idea, sin que la sangre le hirviese en las venas, cayendo frecuentemente en una especie de frenesí. Veia á su esposa tan bella, como la noche fatal en que los separaron junto al ara; la veia pronta á dar la mano al rey; la veia en sus brazos.... y tal era la turbacion de sus sentidos y la violencia de su pasion, que mas que al amor se parecia á la ira. *Antes muerta que de otro hombre*, solia decir, ahogándose de pena; y en el punto mismo no sentia mas anhelo y afan que volar á Granada, libertar á su esposa, ó en el último extremo quitar á su rival mil vidas que tuviera, antes que disfrutase tanta dicha.

En tal situacion se encontraba, que celebró como un triunfo de

su razon el aguardar siquiera á saber con certeza si era su prometida esposa la que iba á serlo ahora del rey de Granada; á cuyo efecto se valió de un renegado muy astuto, Genovés de nacion, y arraez ahora de un barco de Aben Alamin, en cuya casa moraba. Habia este cobrado aficion al mozo Venegas, distrayéndole á veces con la relacion de sus viajes y aventuras; y bien fuese por verdadero afecto, bien esperase sacar ventaja de aquel mozo inexperto, si llegaba á encumbrarle la fortuna yendo libre á Granada, procuró ganarle mas y mas la voluntad, durante su convalecencia, hasta el punto de apoderarse de su confianza.

No cometió sin embargo el Venegas la indiscrecion de fiarle su secreto; pero aparentando suma curiosidad, y hasta indicándole que tenia algun deudo con la cautiva de que se trataba, procuró inquirir la verdad; siendo fácil á Hamet Farrax (que este nombre habia tomado el renegado) darle algunas nuevas seguras, por cuanto iba frecuentemente á las costas de Granada, y allí habia oido referir la aventura de Martos, cuando muerto su alcaide, habian traido á su hija cautiva; logrando esta, á poco tiempo, cautivar á su vez la voluntad del rey.

Una vez cierto de ello el Venegas, como que quedó mas tranquilo; porque á veces descansa el corazon, cuando cesa la lucha en el último linde de la desgracia. Ya no cabia duda ni incertidumbre: patria, familia, religion, en nada encontró obstáculos, ó por mejor decir, ni siquiera pensó en ello: no pensaba, no anhelaba, no soñaba sino una cosa: poseer á Isabel ó morir.

Ocultando su designio en lo mas íntimo del alma; y aparentando en el ademan y rostro estar ya mas sereno, presentóse un dia á Aben Alamin, para regraciarle como era debido por tantos cuidados y finezas, y manifestarle juntamente su determinacion. Apenas la supo el anciano, mostró por ello sumo gozo; ya porque habia cobrado cariño á aquel mancebo, ó ya por dar á su antiguo amigo tan señalada muestra de buena y leal correspondencia, enviándole á su deudo, no solo libre, sino colmado de dones y presentes.

Dió pues órden y concierto para que se aprestase la partida; y habiéndole manifestado el Venegas cuanto se holgaria de que le acompañase Hamet Farrax, como práctico y conocedor de la tierra, vino en ello el buen viejo, añadiendo que podia ademas escoger dos cautivos, los que mas quisiese, para que le acompañasen tambien. «Les doy la libertad, lo mismo que á tí; y solo exijo de vosotros que alguna vez hagais memoria de este padre desventurado... ¿Para qué quiero yo los bienes, si perdí á mi hijo?»

Ni una sola vez vió despues al Venegas, sin que se le arrasasen en lágrimas los ojos; trayéndole á la memoria aquel triste recuerdo: procuraba el mancebo consolarle, y en verdad su agradecimiento era tal, que la noche antes de su partida no podia encubrir su pena, al separarse de su bienhechor, y probablemente para siempre. Hasta le ocultó el momento en que iba á hacerse á la vela, temiendo oca-

sionarle grave pesadumbre en el acto de la despedida; y dispuso con Hamet Farrax que los esperase el barco en un playazo, poco distante de la ciudad, donde años adelante desembarcaron los tercios españoles, destinados á echar por tierra aquel imperio. Aun dura hoy dia la fama de tan glorioso hecho, con los vestigios de *las cuatro torres*, que dan nombre á la playa.

CAPITULO XLI.

Hácese á la vela el Venegas, y arriba á las costas de España.

La mañana en que se embarcó el Venegas con sus compañeros, soplaba una suave brisa, que despedia la tierra, humedecida con el rocío y frescor de la noche; pero á poco tiempo quedó la mar en calma, y pudieron observar á su placer el hermoso espectáculo que ofrecia la costa, defendida y resguardada con una cadena de montes. Entre todos ellos distinguió el Venegas la cumbre del *morábito*, cubierta de una especie de capuz que formaba la densísima niebla; y no pudo menos de arrojar un suspiro, al recordar cuando á su misma falda habia regado con su sudor la tierra.

En esto empezó á rizarse la espalda del mar, sin que todavía se sintiese el soplo del viento; mas por el movimiento de las olas y del celaje conjeturó en breve el arraez que amenazaba temporal de levante; siendo harto difícil, si es que no imposible, arribar al puerto de Málaga. Oirlo el Venegas, y no poder refrenar su impaciencia fue todo uno; porque si se habia deshecho con la enojosa calma, aun mas le atormentó el recelo de que se le frustrase el tomar tierra en aquella ciudad. Instó pues á Hamet Farrax, para que á toda costa lo procurase; mas á pesar de todos sus conatos, cada vez se iban alejando mas y mas del anhelado puerto, á pesar de luchar contra la corriente y el viento: causando á veces terror ver en medio del mar un barquichuelo, casi recostado sobre las olas, y pasando estas sobre él, cual si fuesen á sumergirlo.

En medio de tamaño peligro, mostrábase el Venegas tan sereno como aquel que tiene en poco la vida, y solo anhela la consecucion de un objeto; llegando á lo sumo su desesperacion, al comprender confusamente que arreciando el viento, habia riesgo de no tomar la costa y tener tal vez que embocar el estrecho.

A tierra, á tierra, no decia mas; y él propio se afanaba, como si su esfuerzo bastara para contrarestar los elementos. Temeridad parecia semejante empeño: y no fue poca dicha, gracias á la destreza de Hamet Farrax y á su serenidad de ánimo, que lograsen al cabo avistar la costa de España. Mas como entonces cabalmente se multiplicaban los riesgos, lo hizo presente el arraez, para disuadir del intento al inconsiderado mancebo; el cual solo dió por respuesta: « A tierra, mas que nos estrellemos. »

En poco estuvo que así aconteciese : el mar bravo, recio el viento, la resaca tan fuerte, que mil veces tocaba ya la quilla á la arena, y otras tantas volvian las olas á despedir el barco hasta muy adentro del mar. Fortuna que dieron por acaso con una playa, de muy corta extension pero limpia de peñas, situada entre Marbella y Málaga; y allí lograron desembarcar trabajosamente, ó por mejor decir, allí se arrojaron á nado, trayendo luego el bajel á tierra, entreabierto y casi anegado.

Miró el arraez al mozo Venegas, sin decirle ni una sola palabra; pero reconviniéndole aun mas con su silencio mismo, por haberlos expuesto á tal peligro, únicamente por complacerle; y como el mancebo, si bien audaz y apasionado, tenia un corazon hidalgo y generoso, se sintió al pronto sonrojado, y despues empezó á acariciar á sus compañeros, como para borrar la memoria de la pasada falta, llegando él mismo á enjugar sus ropas en una lumbrada que en la playa encendieron.

Sacaron despues del barco los efectos mas preciosos, y entre ellos un cofrecillo lleno de alhajas y preséas, que habia dado Aben Alamin al Venegas como dádiva generosa, y meramente con el encargo de que algunas de aquellas ricas joyas las ofreciese en su nombre á su antiguo amigo. Ocupáronse despues, durante gran parte de la noche, en barar el buque en la playa, de suerte que no estuviese expuesto al duro embate de las olas; y á la mañana siguiente, no pudiendo consentir el mancebo tardanza ni demora, por leves que fuesen, dispuso que se quedase allí Hamet Farrax con algunos marineros y uno de los cristianos, á fin de conducir el bajel á Málaga, en cuanto pudiera hacerse sin peligro; y él antepuso caminar por la via de tierra, acompañado solamente de un Moro y del otro cautivo cristiano, ya libre como él, y al que miraba con particular aficion por la circunstancia de ser de Lucena.

Iban todos tres vestidos á la usanza berberisca, con albornozes africanos, la gumía en la faja, y al lado el alfanje; dispuestos y aparejados para cuanto acontecer pudiese. Con esta disposicion de ánimo se separaron de sus compañeros; y apenas los perdieron de vista, encargó Venegas al Moro que no los llevase siguiendo de cerca la orilla de la mar, sino mas bien tierra adentro, por los caminos mas escusados que supiese; pues tanto se preciaba de conocer el terreno á palmos.

Temia el Venegas causar extrañeza y tal vez despertar recelos, pasando por los pueblos y villas; y abultándole su propia imaginacion los peligros y azares que podian malograr su apetecida empresa, preferia las sendas mas ocultas y solitarias, yendo insensiblemente internándose en las montañas.

El Moro, que se habia jactado de muy práctico en aquella tierra, llegó á perder el tiento en tales términos, que á la caida de una tarde se hallaba en medio de los senos y cañadas que allí forman

los montes, cual si se hallase encerrado en las vueltas y revueltas de un laberinto.

Continuaron no obstante sin desmayar, andando y desandando cien veces el mismo camino; y aumentándose la confusion y desaliento con una espesa niebla, que ofuscaba la vista y no dejaba discernir los objetos.

Un edificio se descubre allí, dijo el Venegas, al subir delantero á una especie de llanada, á la raiz de un monte; y acercándose los demas, deseosos de encontrar quien les diese refugio ó quien les sirviese de guia, quedáronse admirados, al ver que era una especie de caseron deshabitado, sin vestigio de puerta ó ventana; y habiendo penetrado casi á tientas, recorrieron una estancia, y luego otra, y despues otras várias hasta el número de doce, todas ellas labradas al parecer de una sola y única piedra, sin que se descubriera trabazon ni juntura, ni aun asomo siquiera de haber mediado en aquella obra la mano de los hombres.

« *Gualá!* dijo el Moro: que no vuelva yo á ver la cara de mis hijos, si no hemos llegado á parar al *palacio de la Encantada*, de que se cuentan en esta tierra tantas maravillas. » Sonrióse el Venegas, al notar los aspavientos que hizo el Moro; pero no dejó de quedar á su vez sorprendido, cuando empezando á desvanecerse la niebla con los rayos de la naciente luna, distinguió con mas claridad lo singular y extraño de semejante edificio; único tal vez en su clase en toda la redondez de la tierra [1].

CAPITULO XLII.

En que se da cuenta de las cosas notables que vió el Venegas durante si viaje, así como de los prodigios que le refirieron.

Durante el corto tiempo que permanecieron nuestros caminantes sentados en aquel sitio, para reponerse del cansancio y emprender con mayores brios la subida del monte, cedió el Moro á las instancias que le hicieron sus compañeros de viaje, si bien temeroso de que no diesen crédito á lo que en aquella tierra se contaba respecto de la *Princesa Encantada*. « Habia un rey, no sé cuando, pero debe de haber muchos siglos, que mandaba en toda esta comarca, llamado *Abdalaxis*, y que dejó su nombre á una de esas sierras. Este rey tenia una hija, tan hermosa y lozana como una *houri del paraiso*, que nunca se envejecen; pero era tan extremado su orgullo, que queria aventajar á los hombres todos en las dotes de su entendimiento, así como aventajaba á todas las mugeres en donaire y belleza.

[1] Existe efectivamente, en el paraje que aquí se indica, una casa muy curiosa, labrada toda ella de una misma piedra, con doce estancias pequeñas : cuando la examinó el autor de esta obra (á mediados del año de 1832), aun subsistian en pié los muros, hasta la mitad de su altura; pero no tenia ni puertas ni techedumbre.

Por satisfacer sus deseos, hizo su padre venir á un viejo muy sábio, que se hallaba en la corte de Egipto; el cual enseñó á la princesa á trocar todos los metales en oro, como se cuenta del rey que labró los alcázares de la Alhambra, y le enseñó tambien vários secretos de la naturaleza, y hasta dicen que el arte de la nigrománcia. *Nada se ocultará á tu vista* (le decia) *de cuanto encierran los siete cielos y la tierra; todos los elementos obedecerán á tu voluntad, sin mas que hacer tres círculos en el aire con esta varita de enebro, cortada en la luna menguante despues de la pascua de Idquivir; pero aunque puedas vencer á tigres y leones, guárdate de una tímida oveja.*

» Con estas promesas del viejo, cada dia estaba la princesa mas orgullosa y desvanecida, en términos que rehusó dar su mano á vários monarcas que la solicitaron; dando lugar con sus desaires á largas y cruelísimas guerras. Pesóle mucho al padre el desacuerdo de su hija, conociendo demasiado tarde el error que él propio habia cometido; y como no bastasen consejos ni amenazas, echóle al cabo su maldicion, deseándole la muerte. Bien fuese que el cielo quisiera castigarla por su altivez é inobediencia, ó bien que estuviese así escrito en el libro de su destino, á poco murió la princesa, no faltando quien lo achacase á yerbas. Mas ni con la muerte se aplacó el encono del padre; el cual se negó á que se la enterrase en la *rauda*, donde yacian los demas príncipes; y ordenó que llevasen el cadáver, como á hurtadillas, en una noche oscura y tormentosa, á una profunda cueva, que hay en frente de ese monte, y que tomó desde entonces el nombre de *cueva de la Encantada* [1].

» Andando el tiempo, borróse algun tanto la memoria de aquel suceso; pero apenas murió el rey Abdalaxis (como si su voluntad sola fuera bastante para mantener á su hija encerrada debajo de tierra), empezó á salir esta casi todas las noches, dando unos quejidos tan tristes que tenia aterrada la comarca. Dudaba al principio la gente; pero los mas incrédulos hubieron al fin de convencerse, al ver que se les aparecia bajo distintas formas, aunque antes de amanecer se iba disipando, cual si fuese una nieblecilla, y volvia á esconderse en la *cueva*.

» Una vez que habia acudido mucha gente del contorno, porque la noche estaba muy clara y apacible, vieron que la Encantada señalaba una porcion de terreno, del tamaño de un gran estanque, y se recostaba en él, destrenzado el cabello y suelto el vestido, cual si fuera á bañarse; pero como no hubiese allí agua, y la gente empezase á reir de tan extraño antojo, no hizo mas la princesa que señalar con su varita el monte de enfrente, que se dividió al punto como tajado con una cuchilla, y bajó despeñado desde la cumbre un caudaloso rio, formando al pié una balsa ó remanso. No hay que reir

[1] Desde la cumbre del monte, llamado comunmente *mesas de Villaverde*, se descubre frente por frente la boca de una cueva, á la que dan aquellas gentes el nombre de *cueva de la Encantada*, refiriendo que de ella solia salir una aparicion.

tampoco (dijo el Moro, al notar como que sus compañeros se mofaban) : en cuanto amanezca podemos ir á verlo; que ahí cerca esta [1].

» Tambien se vé aun, junto á aquel despeñadero, abierto el taladro que hizo en el mismo monte la Encantada, y donde habitó durante algun tiempo : dos de las estancias subsisten, labradas en las entrañas de la piedra; pero no se ha podido llegar hasta la última, aunque algunos lo han intentado con riesgo de la vida, con el ánsia de desenterrar un tesoro [2].

» Apenas se esparcia algun rumor contra la Encantada, hacia esta nuevo alarde de su poder, y cada vez con mayores prodigios. *Hace bien en esconderse en ese agujero, y en la cima del monte, como una lechuza* (dijo una noche un pastor, estando á solas en su choza con otro); y al salir con sus ganados á la mañana siguiente, ya hallaron labrada de una sola peña esta casa en que estamos, que ocupaba precisamente el mismo terreno que empleaban aquellos pastores para redil de su ganado.

» No contenta con esto la Encantada, se propuso no menos que labrar ella sola una ciudad, sin emplear para ello mas horas que las que mediaban entre salir la luna y aparecer por el oriente el lucero de la mañana. Ya llevaba muy adelantada la obra, despues de haber allanado la cumbre de un monte, de ese mismo que ahí se divisa, y en el que vereis, así que aclare el dia, las señales y vestigios de aquella ciudad, que llevaba trazas de ser de las mas grandes y famosas que tuviese la Andalucía.

» Pero estaba escrito que no habia de llegar á completarse aquella obra, que hubiera asombrado á las gentes; faltando el mismo artífice, cuando cabalmente su fama iba á llegar hasta el último confin de la tierra.

» Es pues el caso (y así lo he oido referir mil veces) que la Encantada solia divertirse en retar á los caudillos mas valientes to-

[1] « El tercer rio, que baja de sierra Blanquilla, nace á la parte del Burgo, y pasando junto á la villa, va al castillo de Turon, fortaleza importante cuando la tierra estaba por los Moros, y á la villa de Hardales : y juntándose con él otros rios en unas sierras, se vá á despeñar entre dos piedras tajadas de grandísimo altor, que estan media legüa abajo de la junta que llaman el *despeñadero* : allí entra el rio por una angostura ó gollizo muy largo, donde antiguamente estaban dos grandes poblaciones, *cuyas reliquias se ven el dia de hoy*, apartadas media legua del rio, la una hácia el mediodia, y la otra hácia el norte : la del mediodia llaman los modernos *Villaverde*, y la otra *Abdelagiz*, donde está una poblacion pequeña, que corruptamente llaman Audalaxix. » (Mármol, *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos*, lib. 9°, cap. 3°.)

Esto se escribia por los años de 1580; en la actualidad el rio se despeña igualmente por en medio de un monte tajado, como si el rio mismo lo hubiese hendido; cae de una altura de veinticinco á treinta varas; y despues forma un remanso ancho y profundo. Esta cascada, situada en medio de sierras altísimas, recuerda algun tanto el *circo de Gavarnie* en los Pirineos, y *la caida del Rhin* en Suiza; ofreciendo un hermoso espectáculo, si bien no tan grande y sublime.

[2] Al lado de la cascada, en lo alto del monte, se vé abierta la boca de una cueva, donde hace pocos años penetraron algunas personas en busca de un tesoro; pero parece que solo hallaron unas estancias pequeñas y totalmente vacias.

mando diferentes disfraces, y á veces inquietándolos en sus amores y galanteos. Llegó á sus oidos la voz de que en el ejército cristiano, que tenia puesto cerco á Antequera, venia un mozo de muy pocos años, en términos que ni siquiera le apuntaba el bozo; pero de tan gran corazon y tan diestro en el manejo de las armas, que ninguno se le aventajaba en su campo; y los sitiados le temian como á su mayor enemigo. Cuando supo la Encantada que aquel rapaz habia vencido no menos que al valeroso Argolan, que era el terror del reino, sintió un irresistible deseo de retar al cristiano, y pelear con él ante los muros de Antequera, para que fuese mas cumplido el triunfo. Puso por obra su pensamiento; presentándose en aquella ciudad bajo el aspecto de un jóven gallardo, que venia de Fez para romper tres lanzas con aquel cristiano. Aceptó este el desafío sin mas defensa que un escudo en el brazo izquierdo, con un vellon pintado en el centro; y en rededor estas palabras: *Me conservo cándido y puro.*

» Trabóse al principio muy brava la pelea; notando la Encantada que sus armas no herian á su adversario, á pesar de que cien veces le tocaban el cuerpo; y empezando entonces á desmayar, levantó la varita en alto, como para preservarse de los golpes; en cuyo momento se la cortó el contrario, dándole un tajo con la espada; y se disipó la vision, dando un grito que puso espanto, sin que desde entonces acá haya vuelto á aparecerse en parte alguna.

» Parece que el enemigo que habia vencido á la Encantada, no era un guerrero, como se creia; y despues se supo que era una doncella, llamada Laurena, hija de un rico ganadero, la cual hizo muchas hazañas durante el sitio de Antequera; manteniéndose hasta el fin en hábito de hombre, para defender mejor su honestidad. Es creible que vosotros tambien hayais oido hacer mencion de aquella muger singular, que ha dejado en esta tierra tanto renombre y fama[1]... »

Al decir esto, y advirtiendo que clareaba el dia, levantóse el Moro; y sus compañeros le siguieron hasta subir á lo alto de un monte, cuya cima forma una especie de llanada; por lo cual hoy dia la llaman vulgarmente *mesas de Villaverde.* Allí se descubria realmente la traza de una antigua ciudad, señalado una especie de campamento, amojonado el terreno y piedras de labrar por todas partes[2].

[1] En un antiguo M. S., en que se refieren muy por menor todas las cosas concernientes á la conquista de Antequera, ha hallado el autor de esta obra la anécdota á que ha aludido, por juzgarla curiosa cuando menos, y como tal digna de mencionarse: « Así vino tambien en el ejército del infante una doncella valerosa, armada y disfrazada, por nombre *Laurena*, nacida en las sierras de Bejar, en Estremadura, hija de Ricardo, ganadero; la cual peleó gallardamente con el Moro Argolan, y le venció, y hizo otras hazañas de grande nombre. »

[2] El monte, en que se hallan estas ruinas y desde el cual se descubren hermosísimas vistas, forma una llanada en su cumbre; razon por la cual le habrán probablemente dado el nombre de *mesas de Villaverde.* Por toda la montaña se ven ves-

Admirados se quedaron nuestros caminantes, al recorrer aquellos parajes; pero aun fue mayor su admiracion, al derramar la vista á la redonda, descubriendo una perspectiva tan hermosa desde aquella especie de mirador, como si fuese realmente un pais encantado. La vega de Alora, sobre todo, que desde allí se descubria, cubierta de arbolados y huertos, y un rio serpenteando entre la verdura, retrataba á la imaginacion como un cuadro del paraiso. Ya iba muy entrado el dia, cuando se apartaron de aquel deleitoso lugar, acosados por la sed que los molestaba; y habiéndola apagado en un algibe de agua muy fresca y cristalina, labrado con mucho trabajo y afan en uno de los costados de aquel monte, rogaron á un zagal, que hallaron allí, que los dirigiese por la senda mas corta, á fin de encontrar cuanto antes el camino de Málaga [1].

CAPITULO XLIII.

De lo que hizo el Venegas, llegado que hubo á la ciudad de Málaga.

Al dia siguiente de haber llegado nuestros caminantes á Málaga, y en el momento mismo en que estaban contemplando el anchuroso puerto, vieron arribar el bajel que tan inquietos los tenia; abrazando con el mayor gozo á sus compañeros, en el acto de saltar á tierra.

Cabalmente, por los mismos dias, se supieron en aquella ciudad los acontecimientos de Granada; y casi al propio tiempo, como si fuese portador de la mala nueva, llegó el destronado monarca, en compañía de su esposa. Así fue que el Venegas supo de un golpe toda su desventura; pero sin desistir por eso de su intento, y antes bien acrecentándose su pasion con los mismos obstáculos, se resolvió á tentar todos los medios, por aventurados que fuesen, á trueque de satisfacer su deseo.

Mucho le sirvieron para ello las noticias del renegado, que como práctico y conocedor de aquella ciudad, en la que habia mantenido contínuo tráfico durante largos años, tenia á mano los medios á propósito para urdir una trama; siendo por inclinacion y carácter emprendedor y bullicioso, y mediando en el caso presente el estímulo

tigios de una gran poblacion: piedras labradas, restos de muros, y señalado el terreno de un campamento, ó bien fuese de una fortaleza, en la misma cima.

« *Villaverde*, despoblado de la provincia de Granada, distante una legua de la villa de Hardales, otra del castillo de Turon, y tres de Antequera al occidente. Conserva los cimientos de piedra de un pueblo romano, y se perciben los de las casas con sus patios, escaleras y demas distribucion, los de las calles y los de la plaza. Pertenecia á los *Célticos Turostanos.* » (*Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, por don Juan A. Cean-Bermudez, pág. 339.)

[1] No solo existe este abundante algibe de agua potable, sino que se conserva todavía la antigua escalera de piedra, para bajar á la cueva en que aquel se halla situado.

del propio interes, por mas que lo disfrazase con el velo de la amistad. Habíase propuesto desde luego labrar su fortuna en Granada, si el mozo Venegas hallaba en los suyos la acogida que él se prometia; y apenas columbró que el amor era el alma de aquella empresa, lejos de oponerse á ella, le dió calor y alas, calculando acertadamente que alcanzaria una recompensa muy crecida de manos de Aixa si contribuia á hacer á su infiel esposo una herida tan profunda en el corazon.

Por los medios mas ingeniosos y las trazas mas peregrinas, ora tomando el hábito de mercader, ora repartiendo dádivas y presentes, llegó á tener abiertas las puertas de la Alcazaba; de tal suerte que penetraba hasta los mas secretos arcanos de aquella fortaleza. Así supo, á muy poco tiempo de haberse ausentado Albo Hacen, la costumbre que tenia Zoraya de bajar muchas noches á la orilla del mar; y por las señas que le dieron, llegó hasta el punto de rastrear cuando esto se verificaba, sin mas que colocarse á cierta distancia de la ribera, y observar el reflejo de la luz que se descubria por unas saeteras, al tiempo que la reina bajaba desde su estancia por una escalera de caracol, que venia á parar cerca del baño.

Todos los tesoros del mundo que hubieran presentado al Venegas, no le habrian causado tanto júbilo como estas noticias; no hallando ni palabras con que encarecerlas ni recompensas con que remunerarlas. Desde aquel punto no trascurrió ni una sola noche, sin que se colocase en su esquife, frente por frente de la torre, aguardando el reflejo de la luz con tanta ánsia y desasosiego, como el navegante que perdido el rumbo en medio de una noche tempestuosa, no aparta los ojos del cielo por ver si descubre una estrella.

Arrastrado por su pasion, y sin reparar en peligros ni inconvenientes de ninguna clase, habia concebido el plan que estuvo á punto de llevar á cabo; mas ya hemos visto de que modo le burló la fortuna, derribando con un mero rumor tantos proyectos y esperanzas.

CAPITULO XLIV.

Correría de Albo Hacen por la comarca de Tarifa.

Muy ageno de temer el grave riesgo que corria su esposa, aunque inquieto siempre y receloso por el extremado amor que le tenia, hallábase á la sazon Albo Hacen recorriendo los estados del duque de Medina-Sidonia, con tanta celeridad y causando en ellos tales estragos, como nublado repentino que descarga granizo y piedra. Hallábase desapercibida la comarca, no habiendo sido posible prever que el viento que se habia levantado en Granada arrojase hasta allí aquella nube; y así fue que la nueva de tamaño desastre llegó á oidos del duque cuando mas sosegado se hallaba en la ciudad de Sevilla.

Como habia licenciado su gente, apenas volvió de la empresa de Alhama, no era cosa fácil allegarla otra vez, hallándose desparcida por los pueblos y campos, y colgadas en el hogar las armas; y aunque en breve se apellidó la tierra, cundiendo el rumor de la entrada de los infieles, los diques que al torrente se opusieron, lejos de contenerlo, no hicieron mas que acrecentar su ímpetu y multiplicar sus estragos. Los que conservaban memoria de la correría que habia verificado Albo Hacen, siendo príncipe y mozo, veian representado ahora el mismo cuadro, pero con mas horrores; como si con el peso de la edad y con los golpes de la fortuna se hubiera encallecido su carazon, haciéndole insensible á tantas lástimas y desventuras.

Unicamente con la primera entrada de los Moros, por aquellos mismos parajes, cuyo recuerdo se conservaba aun vivo á pesar del trascurso de tantos siglos, podia compararse la presente desolacion. Pueblos enteros puestos á sangre y fuego; arrasadas las mieses y arboledas; hombres, mugeres, niños, reducidos á cautiverio; y aquella turba de infelices caminando revueltos entre el polvo con las robadas reses y rebaños. No se sabe á donde hubiera llegado la ruina y exterminio, si por generoso esfuerzo, y mas bien esperando la venganza que el triunfo, no hubiera salido de improviso el alcaide de Gibraltar, á quien tenia confiada el duque la guarda de aquella fortaleza, reconquistada pocos años antes con sus propias armas; acudiendo con no menor presteza el alcaide de Castellar, con la poca gente de armas que pudo congregar de rebato, unida á los campesinos y labriegos que acudieron en defensa de sus padres, de sus esposas, de sus hijos. Con mas ímpetu que prudencia cayeron entre dos albas sobre la retaguardia del ejército infiel, embarazada con la balumba del robo y del fardaje; y habiendo logrado desbaratarla en medio de la confusion y sorpresa, rescataron una buena parte de cautivos y de ganados. Aun así, quedaron los campos de Tarifa y la comarca de Medina-Sidonia talados y empobrecidos para largos años; habiendo apenas una sola familia que no vistiese luto [1].

Entre tanto caminaba ya Albo Hacen la vuelta de Málaga, seguido de su hueste y de los despojos cristianos; cediendo como

[1] Muchos historiadores hablan de esta correría de Albo Hacen: y uno de ellos la refiere en los términos siguientes: « En el dicho año de 1482, mientras el rey estaba sobre Loja, corrió el rey Muley Hacen, el viejo, el campo de Tarifa, en que llevó mucho ganado vacuno, como no habia caballeros que lo resistiesen, que estaban en el cerco de Loja, é á la salida cerca de Castellar, dieron en la delantera de los Moros Diego de Vera, alcaide de Gibraltar, é Cristoval de Mesa, alcaide de Castellar, con fasta sesenta de caballo, é desbarataron ciento cincuenta de caballos Moros, muertos é heridos; é con aquel alboroto se volvieron mas de dos mil bacas de las que los Moros llevaban; é con todo eso, llevaron todavía mas de tres mil bacas; é ansi el rey moro se volvió á Malaga, donde entonces reinaba, despues que Granada lo despidió, tomando por rey á su hijo Muley Boablidelin. » (Bernaldez, M. S. citado, cap. 59.)

siempre á su natural inconstancia, que no le consentia permanecer mucho tiempo en la misma empresa, y aguijoneado ahora por un motivo poderoso, que llamaba su atencion á otra parte.

CAPITULO XLV.

Cerco y descerco de la ciudad de Loja.

Ya dijimos como el rey Fernando en persona habia acudido desde Córdoba al socorro de Alhama; y habiendo prevalecido en el consejo de capitanes el dictámen de la reina doña Isabel, que con ánimo varonil se opuso á que se abandonase aquella conquista, la primera que se habia hecho á los infieles durante su reinado, y que era como la toma de posesion del reino de Granada, dióse órden para que se proveyese á Alhama de armas y bastimentos; nombrando por general de aquella frontera á don Luis Portocarrero, señor de Palma, caballero de gran linaje y aun de mayores merecimientos.

Para no dejar en ocio las armas, y antes bien hacer alarde de retar en su propia casa á los contrarios, partió el rey don Fernando con su hueste, tan pobre en número como rica en brios, y recorrió una parte de la Vega de Granada; empezando entonces la tala, que por espacio de muchos años consecutivos, como plaga de estio, asoló aquellos fertiles campos.

Y como no encontrasen los cristianos oposicion ni resistencia, por hallarse á la sazon aquella ciudad conturbada en su seno y dividida con el destronamiento de Albo Hacen y la coronacion de su hijo, no menos intentó el rey Fernando que probar otra vez fortuna, poniendo cerco á Loja, si bien con escasa fuerza y sin los aprestos necesarios. Levantados los ánimos con la toma de Alhama y la reciente correría, reputaban fácil y liviana cualquier empresa, aun no bastante alicionados por la experiencia ni desengañados con duros escarmientos de la incierta suerte de las armas. Con doce mil peones, y apenas cuatro mil de á caballo, sin lombardas para batir los muros, ni mas que algunos tiros poco gruesos, como ribadoquines y cerbatanas, llegó el desaconsejado Príncipe á la vista de Loja; ciudad fuerte de suyo, encastillada en la cumbre de un monte, y al pié dividida su vega por el cauce de un rio. Corre por allí el Genil hondo y acanalado, en términos de no poder vadearse, y como los Alarbes estaban apoderados de la puente, eran señores y dueños de una y otra ribera, pudiendo caer con presteza sobre el punto que mas les conviniese.

Dispuso el monarca sus reales con escasa inteligencia y tino, desoyendo los prudentes consejos de su hermano el duque de Villa-Hermosa (que de tal estirpe procede este linaje), el cual le puso á la vista los riesgos y peligros. Despreciólos en mala hora el rey, mas

atento á los ímpetus del valor que á los consejos de la prudencia; y se dió por satisfecho con encargar á algunos caballeros de cuenta que con sus gentes custodiasen y defendiesen un ribazo, por donde era de temer que acometiesen los Moros, y que era precisamente la misma cuesta á que se habia dado el nombre de Albo Hacen.

Ni de dia ni de noche, durante el corto tiempo que permaneció el rey Fernando á la vista de Loja, le dejó descansar el alcaide de aquella fortaleza; quien á pesar de contar de vida casi un siglo, se mantenia firme y entero, como añosa encina; siendo tal la confianza que en él tenian los moradores de la ciudad, que lejos de temer el haber de darse á partido, se asomaban á los muros y adarves, para presenciar los contínuos rebatos y escaramuzas, cual si fuesen un mero simulacro, animando á los suyos con algazara y gritería, segun uso y costumbre de aquella gente.

Nada notable ocurrió en los primeros encuentros, y antes bien llegaron á lisonjearse los cristianos de que los Moros no osarian descender á la vega, ni mucho menos acometer las estancias; contentos con esperar, al abrigo de sus torres y muros, que les llegasen los socorros que habian demandado á Granada.

Mas estaban muy lejos de conocer al enemigo con quien las habian; y como este notase sobrada confianza y descuido en el campo cristiano, dispuso en el silencio de la noche una muchedumbre de caballos (cerca de cinco mil eran); y dividiéndolos en dos trozos para caer á un tiempo por dos partes distintas, se puso al frente el viejo Aliatar, y dió con tal ímpetu y pujanza sobre los cristianos que defendian la cuesta, que en el primer momento de sorpresa, encomendaron su salud á los pies, con olvido y quiebra de la honra. En vano trataron de contener á los fugitivos unos cuantos capitanes, de los de mas aliento; no era su voz oida, si es que en el ciego tumulto no eran sus personas atropelladas: allí perecieron muchos insignes caballeros, por no sobrevivir á tamaña afrenta, allí recibió dos heridas mortales el famoso don Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava, perdiendo en flor una vida que prometia tanta gloria á su patria[1].

Mas cuando los cristianos empezaban á volver en sí, intentando rehacerse, creció su turbacion y espanto, al sentirse acometidos por la espalda; y al mismo tiempo vieron entrados de rebato los reales, salir de la ciudad nuevas y nuevas turbas, cubierto de ginetes el llano.

En tamaño conflicto, no olvidó Fernando que era rey; y como tal se comportó aquel dia. Con la espada en la mano y suelta la rienda al caballo, se arrojó á los infieles, sin reparar siquiera si le seguian

[1] « El infeliz (dice sentidamente un historiador contemporáneo) cayó herido de dos saetas, que le atravesaron el pecho; y apenas libertado de las garras de los enemigos, que estaban sobre él, expiró de allí á poco tiempo: mancebo muy gallardo y muy querido de la nobleza. » (*Crónica*, latina, de Alonso de Palencia, M. S. existente en la real academia de la Historia.)

los suyos : « *Tener , caballeros , tener !* » gritaba á los que huian ; y al propio tiempo les daba ejemplo, abriéndose paso por medio de los cerrados escuadrones.

En poco, en nada estuvo que se perdiese en dia tan aciago aquel ilustre príncipe, y con él las esperanzas y la salud de España; pero la divina Providencia lo escudó con su amparo.

Él solo, mas firme que una roca, al ver que un tropel de infieles corria á tomar un paso, los atajó por largo tiempo; y al sentir que venian en su favor algunos caballeros, clavó los acicates al corcel y se metió entre la turba, desbaratando una batalla [1]. *Que el Rey está en peligro!...* No se oyó mas que esta voz en el campo cristiano : y en el punto mismo se vieron acudir en tropel tantos y tantos caballeros, anhelando á porfía la gloria de salvarle. Allí acudió el marqués de Villena; allí el maestre Giron, sin aguardar siquiera á que le arran-

[1] « E como vido aquello (el rey Fernando) acudió por aquel lugar con unos pocos de caballeros, diciendo á voces : *Tener, caballeros, tener ;* é peleó allí él mesmo con los Moros, é desbarató una batalla, é atajó obra de cincuenta Moros, que no pudieron tomar el paso... » (Bernaldez , M. S. citado, cap. 58.)

El cronista Hernando del Pulgar refiere el mismo hecho de esta manera , seca y descarnada : « El rey é los capitanes, é los caballeros que con él estaban, visto aquel desconcierto , y el peligro grande en que todos estaban por la fuida indiscreta de aquellas gentes, mostraron el ánimo de fortaleza que fue necesario en tal tiempo á la salud de todos, é ficieron rostro á los Moros que salian de la cibdad, para ir en seguimiento de aquellas gentes que fuian. E cada uno de aquellos caballeros en su estanza, con sus criados y las gentes de sus casas, pelearon con los Moros, é ficiéronlos retraer. El rey con algunos caballeros púsose á caballo en un lugar bien peligroso de los tiros de pólvora é ballestas, que los Moros tiraban; é desde aquel lugar proveia á los lugares mas flacos que entendia, é mandaba á algunos que fuesen á ayudar á otros, ansi á pié como á caballo. » (*Crónica*, part. 3ª, cap. 9°.)

Este y otros pasajes semejantes dan márgen á creer que es merecida la censura que de dicha obra hizo un escritor coetáneo, tachándola de escasa y diminuta : juicio que insertamos aquí, como muestra curiosa de crítica literaria, y como una nueva prueba de que los hechos que obraron los cristianos, durante la guerra de Granada, son aun mas singulares y portentosos de como por lo comun los refiere la historia. « En todo ello el cronista (Pulgar) pasa sucintamente; que lo que escribe aun no es suma muy breve de lo mucho que deja por decir; y lo que es peor es que en muchas partes y lugares procede tan desnudo de particularidades, que ni nombra las personas, ni dice el hecho entero con sus circunstancias como pasó; antes trocándolo y abreviándolo demasiadamente, lo confunde con alguna retórica vana, de que algunas veces usa, en tal manera que no se puede bien juzgar si lo hizo por dolo ó por culpa; porque aunque en las crónicas principalmente se deben contar las vidas y los hechos de los príncipes; pero no por eso se deben dejar ni olvidar los hechos notables de las personas que inciden en el tiempo de que la crónica habla y trata; nombrándolas y expresando los lugares y circunstancias necesarias que se requieren para entera noticia del hecho, y para mayor gloria de los reyes, en cuyo tiempo los tales hechos pasaron, y para memoria de los porvenir, fama y ejemplo de sus succesores, que se esfuercen á los seguir. A infelicidad grande por cierto de la nobleza de España se debe atribuir, siendo los tiempos felices y los actos notables que se repartieron por todos los linajes y casas de España, segun la magnanimidad de tan grandes príncipes, que á todos amaban y de todos servian y eran de todos servidos, haberles dado cronista tan escaso y estéril de dar á cada uno su talento. » (*Anales breves de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel*, por el doctor don Lorenzo Galindez Carbajal, de su consejo, etc. M. S. existente en la real academia de la Historia.)

casen la saeta que llevaba clavada en el pecho; allí el conde de Ureña, mas cuidadoso por la vida del rey que por el peligro de su hermano; allí don Alonso de Aguilar el bravo; y allí el marqués de Cádiz, el valiente entre los valientes. « *Ya estoy aquí, señor : yo respondo de V. A. y de la hueste.* » — Esto dijo al monarca; y en el momento mismo se colocó delante, formando con los suyos un fortísimo muro, para contener el torrente. A él se debió tal vez que no se perdiera el ejército, si bien se levantó el campo con poca órden y abandonando las estancias [1]. Mientras el marqués de Cádiz contenia á los Moros, pudo el rey Fernando rehacer algun tanto la hueste, ayudado de otros caballeros, y emprender la retirada, difícil por demas y penosa. A cada paso, al menor tropiezo, sentian el empuje de los Moros, como las oleadas del mar enbravecido, que si ceden por un momento, vuelven despues con mayor ímpetu; y sin poder hacer alto ni respirar siquiera, rendidos de cansancio, acosados de sed, cubiertos de polvo y de sangre, dejando por aquellos campos á sus compañeros heridos y moribundos, caminaron los infelices cristianos no menos que por espacio de siete leguas (angustia da pensarlo), sin que se creyesen seguros hasta que se reunieron al abrigo de la *peña de los Enamorados* [2].

[1] E como el rey en esto andaba peleando con los Moros, recrecíanse mas Moros; é vídolo el marqués de Cadiz, é socorriólo con sesenta lanzas, dejando el cabo donde estaba, é vino allí, é fizo quitar al rey de aquel peligro, é púsose él allí, é salieron otra vez los Moros por allí, é fizo el marqués tres ó cuatro vueltas sobre ellos, muy esforzadamente con los que con él estaban, é echó una lanza á un Moro é atravesólo, é quedó sin lanza é firiéronle el caballo de una saeta; é con esta vuelta que fizo escusó que no se perdió parte del real; con todo, se perdió mucha harina é algunos tiros de pólvora, en los cuales fueron cuatro ó cinco ribadoquines. » (Bernaldez, M. S. citado, cap. 58.)

[2] Todos los historiadores convienen sustancialmente en el descalabro que sufrieron las armas cristianas durante el primer cerco de Loja; así como en la penosa retirada de que se ha hecho mencion. (Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 2°. — Pulgar, *Crónica de los reyes católicos*; part. 3ª, cap. 9°.)

El primero de dichos historiadores alude á un rumor que cundió en aquellos tiempos, y que explica con alguna mas extension otro escritor, que vamos á citar : « Deste destrozo y del levantarse el cerco de Loja tan arrebatadamente, hubo diversos rumores entre las gentes; afirmando el vulgo, que suele por la mayor parte hacer muy errados juicios, y algunas veces sale verdadero, que habia sido por cierta traicion; y que por ella se habia visto el rey en mucho peligro; y esta fama se derramó tanto, que fue necesario que el rey mandase escribir á las ciudades destos reinos que habia sido por no llevar el número de gentes que requeria el cerco de aquella ciudad; así por el asiento de ella, como por las entradas y salidas que tiene, que necesariamente eran menester tres campos, y tambien faltaron los bastimentos, que se mandaron llevar al real. » (Bleda, *Crónica de los Moros de España*, lib. 5°, cap. 4°.)

CAPITULO XLVI.

De lo que aconteció en uno y otro campo, despues del suceso de Loja.

El descalabro que sufrieron á la vista de Loja las armas castellanas fue tan grave y doloroso, que tal vez hubiera bastado aquel lamentable principio para retraer á otros príncipes de tamaña empresa; mas no habia que temerlo de Isabel y de Fernando. Con los golpes de la adversidad se prueba el temple de las almas, así como el hierro en el yunque.

« E fue escuela al rey este cerco primero de Loja (dice un escritor de aquellos tiempos, con sencillez y candor inimitable) en que tomó licion y deprendió ciencia, con que despues fizo la guerra, é con ayuda de Dios ganó la tierra, segun adelante será dicho; é desde esta vez le creció contra los Moros gran omecillo; é fizo facer sobre la que tenia muy gran artillería de tiros de pólvora en Huesma, é muchos robadores, é guarneció se mucho de todas las cosas necesarias para la guerra, é fizo facer sobre la que tenia muy gran artillería, é muchas gruesas lombardas, é labrar en esta Andalucía muchas piedras para ella, é en la sierra de Constantina muy mucha madera para la dicha artillería [1]. »

Por este y otros testimonios, no menos auténticos y fidedignos, se echa de ver que á fines de aquel siglo estaba todavía en mantillas el arte de la guerra (ya que se da el nombre de arte al conjunto de reglas para exterminarse los hombres); siendo fácil notar que en la larga y trabajosa escuela de la conquista de Granada, como que duró no menos que por espacio de diez años, fue donde se formaron aquellos grandes capitanes, gloria y prez de su siglo, y asombro de los venideros.

Lo que pasma á la par y maravilla es la vasta comprension y constancia de los reyes católicos, que conociendo muy desde los principios la magnitud de la empresa que habian acometido, apercibieron los medios necesarios para su feliz logro, sin olvidar ni uno siquiera [2]. Al mismo tiempo perfeccionaban el ramo de artillería, tan importante en una guerra en que se contaban á centenares los pueblos amurallados y las fortalezas que habia que expugnar; ordenaban el corte de maderas, la construccion de ingenios y máquinas indispensables; formaban compañías numerosas de minadores y pontoneros, para abrir los pasos difíciles en un terreno doblado y montuoso; ordenaban el servicio de postas, para tener expeditas las comuni-

[1] Bernaldez. M. S. citado, cap. 58.

[2] Acerca de este punto, véase el erudito *apéndice*, con que enriqueció su *Elogio de la reina doña Isabel* el laborioso don Diego Clemencin. (Tomo 6° de las *Memorias*, premiadas por la real academia de la Historia.)

caciones; planteaban por primera vez el servicio de los hospitales militares (una de aquellas invenciones que honran mas al corazon que al entendimiento); y para estrechar al enemigo por todas partes, arrebatándole hasta la esperanza de recibir socorros, disponian que saliesen galeras de los puertos de Vizcaya, al mando de capitanes de fama, para vigilar las costas, interponiéndose entre Africa y España[1].

En estos y otros cuidados semejantes se ocuparon los reyes católicos despues de malograda la empresa de Loja; recorriendo el rey Fernando la corona de Aragon, para allanar obstáculos y facilitar recursos en su propio reino; y sin descansar ni un instante la princesa doña Isabel, ya acudiendo á las fronteras de Navarra, deseosa de concertar un enlace muy ventajoso á la fuerza y esplendor de esta monarquía, y ya pasando algun tiempo en la ciudad de Vitoria, donde en compañía de su esposo celebró la páscua de Natividad; encaminándose despues á Madrid, para disponer durante el invierno los aprestos de la nueva campaña.

Los Moros por su parte tampoco se dormian, recelosos, y no sin razon, de los males que les amenazaban; pero como se hallaban á la sazon tan revueltos y divididos, su propia discordia les ataba las manos. Al primer rumor del cerco de Loja, intentó Boabdil acudir con su gente, para ganar de esta suerte los ánimos de aquella ciudad; pero el temor de que alzasen la cabeza en Granada los partidarios de su padre resfrió su resolucion y entorpeció sus pasos. Tambien Albo Hacen habia querido ganar para sí fama y renombre, libertando á la ciudad cercada; mas por pronto que acudió desde la comarca de Medina-Sidonia, apenas tuvo tiempo para llegar á Málaga, donde le sorprendió el aviso de la rota de los cristianos.

Una vez alcanzado aquel triunfo, debido únicamente al esfuerzo del alcaide Aliatar, entrambos príncipes procuraron como á porfia ganarle cada cual á favor de su bando; no solo por el peso que podia dar un caudillo de tanta fama, sino porque tenia en su mano las llaves de una ciudad, colocada precisamente en el promedio de uno y otro estado. Mas por muchas que fuesen las demostraciones y finezas que hizo Albo Hacen, con apariencias de recompensar tan señalada victoria, pudieron mas en el ánimo del alcaide unas cuantas

[1] «Los Moros, temiendo los males que de la guerra se les habian seguido, é recelando de los haber mayores; enviaron sus alfaquíes á publicar por todos los reinos é pueblos de Africa el gran daño que recibian, é la necesidad en que estaban por la guerra que el rey é la reina les facian; é que temian perdicion de la tierra, si no les enviaban ayuda de gentes é mantenimientos. Sabido esto por el rey é por la reina, mandaron hacer armada de naos é galeras por la mar, de las cuales eran capitanes Martin Diaz de Mena, é Charles de Valera, e Arriaran. Estos capitanes, por mandado del rey é de la reina, estaban continuamente en el estrecho de Gibraltar, é andaban por los puertos de Africa, é facian guerra á los Moros, é no dejaban pasar navios de la una parte á la otra.» (Pulgar, *Crónica de los reyes católicos*, parte 3ª, cap. 7.)

palabras de Aixa, que á fuer de muger, y ademas astuta, llevaba á su esposo ventaja. Apenas supo el suceso de Loja, escribió á Aliatar una carta en que solo se leia lo siguiente : « El alcaide de Loja tiene una hija, que dicen es jóven y hermosa : Aixa dispone de Boabdil; y Boabdil posée una corona. »

No fue menester mas, para que saltándole el corazon al amoroso padre, que no tenia en el mundo mas afan que la dicha de aquella doncella, partiese en su compañía la vuelta de Granada : « No queriendo morir (decia con cariño á su hija) sin verla con sus propios ojos en el alcázar de la Alhambra. »

Allí se verificaron los desposorios, con escasa pompa y aun menos alegría, por lo nublado de los tiempos; sin embargo de que en aquellos dia llegó tambien la nueva de haber tenido un éxito cumplido otra intriga de Aixa; la cual habia enviado de secreto á su hijo menor (Muley Venahahige se llamaba) como muestra de buena voluntad, ó tal vez como prenda y fianza para los habitantes de Almeria; habiendo logrado de esta suerte que se alzase en favor de Boabdil aquella ciudad, una de las principales del reino.

« Por el rey Albo Hacen (dice un historiador, tan grave en los pensamientos como en las palabras) quedaron todavía Málaga y Baza, con otras ciudades. De esta manera aquella nacion se dividia en dos parcialidades, que no les daban menos trabajo ni los tenian puestos en menor aprieto que los enemigos de fuera. Estado miserable y revuelto, como se puede pensar, cuando dos se llaman reyes, y mas en una provincia pequeña. Lo que hace maravillar es que, dado que andaban tan revueltos, ninguna de las partes llamó á los fieles en su socorro : antes consta que en lo mas recio de aquella guerra civil hicieron diversas entradas y cabalgadas en tierra de cristianos, y aun tomaron la villa de Cañete, que está asentada á la frontera de aquel reino : muestra en aquella ocasion de ánimo muy grande, y resolucion notable [1]. »

CAPITULO XLVII.

De la rota que padecieron los cristianos en los montes de Málaga.

Con ansia aguardaban los reyes católicos á que volviese á asomar la primavera, para proseguir en su empeño de rendir á Granada; pero la impaciencia de algunos caballeros, reunidos á la sazon en los términos de Andalucía, dió lugar á un fracaso tan lamentable, cual no ocurrió otro igual en todo el curso de la guerra. Tres siglos han mediado; y aun no puede recordarse aquel desastre sin lástima y espanto.

Fue pues el caso que, habiendo don Pedro Enriquez, adelan-

[1] Mariana, *Historia de España*, lib. 25, cap. 2.

tado de Andalucía, recobrado la villa de Cañete, que era de sus estados, le dolia en el alma desparcir su gente, dispuesta ya y aparejada para guerrear contra los infieles: lo propio acontecia al conde de Cifuentes, asistente recien nombrado de Sevilla, si bien no habia sido tan afortunado en su reciente empresa de tomar á Zahara; y contando con uno y otro socorro el maestre de Santiago, que por aquellos dias se hallaba en Antequera, propuso al alcaide de aquella ciudad que no dejasen enmohecer las armas, pues iba ya de vencida el invierno; y que antes bien diesen ellos la señal del combate.

Pocos esfuerzos se hubieron menester para persuadir á pelear á quien tanto lo deseaba (baste decir que el alcaide era don Alonso de Aguilar); mediando tambien la circunstancia de que habia acudido, al mero rumor de las armas, el marqués de Cádiz, cuya sola presencia infundia aliento y confianza.

Dispusieron pues aquellos caballeros formar tres escuadrones, y con ellos penetrar por tres partes á un tiempo en los montes de Málaga, que caen á la parte de oriente (*Axarquía* la llamaban los Moros); tierra agria y fragosa, sembrada de pueblecillos, abrigados en los senos que forman las montañas; pais entonces muy abundante y rico en frutos, ganados y seda.

Con mas arrojo que prudencia cayeron de repeso los cristianos en medio de aquella comarca, antes de ser sentidos; y olvidando su corto número (á tres mil caballeros no llegaban, y escasos mil peones) se desparramaron por la sierra; poniéndola toda á sangre y fuego, y cebándose desapoderadamente los soldados en recoger cautivos y despojos. Recordaron luego y volvieron en sí; pero como aquel que despierta de su postrer sueño, y vé ya levantado el cadalso [1].

Con hogueras y ahumadas en las cumbres de unos y otros montes, que allí se eslabonan y enlazan como una fortísima cadena, habian los Moros avisado del daño á toda la tierra á la redonda; y alzándose de repente cien pueblos á la vez, acudieron por todas partes á encerrar á los cristianos en el centro de aquellas sierras, para que allí encontrasen su tumba. Acudió tambien el Zagal desde los alrededores de Málaga; y atajando el camino mas llano, que corre no lejos del mar (camino largo, penoso, inundado á veces por las olas), trepó ligero por aquellos riscos, mas sediento de sangre que un tigre; viendo ya con los ojos de la imaginacion el destrozo y carnicería de los cristianos.

Sorprendidos estos á su vez, tentaron por cien lados la fuga; y todas cien en vano. Los embarazaba el botin, el terreno, el peso de las armas; subian una cuesta, y la hallaban ya coronada de infieles; evantaban la cabeza, y caia sobre ellos una nube de dardos y aza-

[1] Con poco mas de tres mil de caballo y obra de mil peones, entraron en la *Xarquía de Málaga*; comenzando de correr é quemar lugares é matar é robar, un jueves de mañana, víspera de S. Benito, á 20 dias de marzo, fasta la tarde, que se apellidó toda la tierra de los Moros, é vinieron de cada parte muchos Moros obre ellos.» (Bernaldez, M. S. citado, cap. 60.)

gayas. Sin encontrar efugio ni salida, empezaron á recogerse en un profundo valle, que forman y ciñen dos montes, cual si en aquel recinto pudieran los infelices encontrar abrigo y amparo; pero allí crecieron los peligros y apareció cierta su perdicion. Porque al ir cerrando la noche, destemplada y revuelta como pocas del mes de marzo, vieron cubiertas de morisma las montañas, y encendidas al rededor mas de diez mil hogueras, que acrecentaban el horror y espanto. Clara y distintamente percibian los ahullidos de los infieles, que ya celebraban su triunfo, seguros de la presa; y para que nada faltase en aquel trance, oian zumbar las rocas y peñascos, que bajaban rodando desde la cumbre de los montes hasta caer en aquella hondonada.

Encerrados en ella, y tan estrechos que ni aun valerse de las armas podian, sin esperanza ni socorro humano ni mas amparo que el de Dios, pasaron los cristianos aquella larguísima noche, que mas terrible y angustiosa no la pasaron nunca hombres nacidos; anhelando por una parte que clarease el dia, y temerosos de hallar entonces la muerte ó el cautiverio.

Ni combatir cabia, ni siquiera vengarse: llegó á faltar el ánimo aun á los mas valientes; y contados fueron y muy pocos los que se arrojaron desde luego á probar fortuna; prefiriendo morir de una vez antes que sufrir mas y mas horas aquel duro martirio. Entre los que tomaron tan aventurada resolucion contóse el marqués de Cádiz, que logró salir sano y salvo, gracias á su propio esfuerzo y á la fidelidad de unos tornadizos, que solian acompañarle en sus empresas, y á cuya lealtad se entregó, viéndose ya perdido: ellos le sacaron de aquel estrecho por una senda oculta; pero llevando el corazon traspasado de muy agudísima pena: tres hermanos se dejaba allí; y todos tres muertos á su lado [1].

El maestre de Santiago, que habia sido el promovedor de la

[1] «El marqués, por guarecer la gente de la rezaga, quedó atajado aquella noche, que no pudo llegar ni pasar á la gran batalla del maestre é de los otros señores: allí por amparar la rezaga, le mataron el caballo, é quedó con fasta cincuenta de caballo atajado; é avia muchos Moros entre él é la otra gente, é estuvo gran parte de la noche allí; é los tornadizos le amonestaron é aconsejaron que saliese por una parte por dó lo guiarian; pues no podia juntarse con los demas, sin peligro de su persona; é que si allí aguardaba á la mañana, amanecerian sobre aquellos Moros, que lo tenian cercado, otros en gran suma, é que entonces no se podria quizá poner en cobro; é de tal manera se vido afrentado aquella noche, que ovo de tomar el consejo de los tornadizos, é no pudo al facer sino escapar su vida á uña de caballo, por donde lo guiaran los adalides suyos tornadizos, é Luis Amar, é al fin salió á Antequera.» (Bernaldez, M. S. citado, cap. 60.)

«El marqués (dice otro historiador contemporáneo) visto el destrozo de los suyos, tomó otro caballo; porque el suyo ya estaba cansado é mal ferido; é guiándole un adalid por una sierra alta, que duraba cuatro leguas, se pudo salvar. É los Moros siguieron el alcance fasta media legua, matando é captivando muchos de los christianos. Allí, en aquel destrozo, mataron los Moros á don Diego, é á don Lope, é á don Beltran, hermanos del marqués, é á don Lorenzo é á don Manuel, sus sobrinos, é otros muchos de sus parientes é criados, é de los otros que se llegaron á su compañía.» (Pulgar, *Crónica de los reyes católicos*, parte 3ª, cap. 19.)

empresa, olvidando su propio riesgo, sentia el peso junto de todas aquellas desgracias; y anteponiendo mil veces arrostrar una muerte segura: «¿Qué hacemos, caballeros? dijo, al ir clareando ya el dia. ¿Vamos á perecer aquí cobardemente, acorralados como un vil rebaño?.... Sus! seguidme, y á ellos: muramos siquiera matando.»

Aun no habia acabado de decirlo, cuando empezó á trepar por una asperísima cuesta, la espada en la boca y asiéndose con entrambas manos. Siguiéronle en tropel muchos y muy ilustres caballeros, al pié de cuatrocientos; imitando su ejemplo los mas de los cristianos.

Vana temeridad: enseñoreados los Moros de la cumbre, arrojaban piedras y saetas á los que subian, los despeñaban por aquellos tajos, los herian á mansalva; y al cabo de pocos instantes ya se veia la pendiente cubierta de cadáveres, como haces en un campo segado; en tales términos que hasta á los Moros mismos daba espanto. *Cuesta de la Matanza* le pusieron por nombre en aquel dia de desolacion; y aun vive hoy el nombre y la memoria.

De cuantos cristianos intentaron abrirse paso con las armas, cerca de dos mil quedaron allí muertos ó reducidos á servidumbre; mas de treinta comendadores faltaban; habia perecido en pocas horas la flor de Andalucía; y al volver el Zagal á Málaga, halló estrecho el recinto de la *Alcazaba*, para encerrar á tantos caballeros cautivos. Aconteció tamaño desastre el dia 21 de marzo del año de 1483: viernes al fin, para que dejase de ser triste y aciago [1].

CAPITULO XLVIII.

Batalla del rey moro.

Al derramarse por España la nueva del desbarato que habian padecido los cristianos en las lomas de Málaga, fue tan grande la angustia y consternacion, que en todas las ciudades y villas no se oian sino lloros, gemidos, lamentos. En especial los reyes católicos, que veian deshacerse con aquel imprevisto golpe cuanto habian estado preparando á costa de cuidados y afanes, tuvieron que acudir á su piadosa resignacion, para sobrellevar tan dura prueba. Ni

[1] Muchos son los historiadores, y todos ellos contestes en las circunstancias principales, que refieren el horrible destrozo que padecieron los cristianos en la *Axarquía de Málaga*. Entre otras, pueden consultarse las obras siguientes: Bernaldez, M. S. citado, cap. 60; Alonso de Palencia, *Crónica*, en latin, M. S. lib. 2, *de la guerra de Granada;* Pulgar, *Crónica*, part. 3ª, cap. 19; Mariana, *Historia de España*, lib. 25; Zurita, *Anales*, lib. 20, cap. 47.)

Dos escritores de nuestros dias, ambos á dos extrangeros y muy aficionados á la literatura española, han trazado con mucha fidelidad y exactitud aquel lamentable suceso. Washington Irving, en el tomo 1º de su amena obra intitulada: *Chronicle of the conquest of Granada;* y su compatriota M. Prescott, que acaba de publicar, en los Estados Unidos de América, una obra llena de selecta erudicion: *History of the reign of Ferdinand and Isabella the Catholic*, tomo 1, cap. 10.

una queja se escapó de sus labios, ni una reconvencion siquiera; y solo se notó que permanecian mas tiempo de lo acostumbrado al pié de los altares, como pidiendo á Dios les diese fortaleza para llevar á cabo la obra que habian emprendido en su santo nombre.

Oyó el Señor la súplica, tan pronto y de un modo tan señalado, que se descubrió patentemente su divina mano. Un mes habia trascurrido apenas, cuando el luto de España se trocó en regocijo.

Aconteció pues, que al saberse en Granada el triunfo que habia conseguido el Zagal, á poco de haberse difundido la fama de la correría de Albo Hacen, aquel pueblo inconstante, que seguia siempre el iman de la fortuna, volvió otra vez el rostro hácia el destronado monarca; achacando á su hijo que permanecia ocioso en la Alhambra, cual si fuese un tierno rapaz, sin osar apartarse del calor de su madre.

Llegaron estas voces á oidos de Aixa: y conociendo cuanto importa en tiempos de discordias civiles no malograr la ocasion ni dejar que tome cuerpo ninguna nubecilla, por leve que parezca, concertó con el alcaide Aliatar (que era ya su brazo derecho) que saliese juntamente con Boabdil, para hacer una cabalgada por tierra de cristianos, á tiempo que se hallaban entorpecidos con el frio del miedo. «Ninguno de ellos osará hacer rostro (le decia la reina), que harto tienen que hacer con llorar á los suyos.»

Holgóse mucho el viejo de que le encomendasen aquella empresa, llevando por caudillo en el nombre, y en realidad como alumno al hacer las primeras armas, no menos que al rey de Granada; y verificados los aprestos con celeridad suma, salieron una mañana por la *puerta de Elbeyra*; alegres y levantados los ánimos de la ciudad por la mucha fé y confianza que tenian en aquel alcaide; pero temerosos y desconfiados al ver el continente de Boabdil: poco rey para tanto imperio. Hasta quiso la suerte que, al salir por la puerta, diese en lo alto del arco el estandarte real, que llevaba aquel princípe, y se rompiese el asta; lo cual fue reputado generalmente como de mal agüero.

Con nueve mil peones y obra de setecientos caballos penetraron los Moros por las tierras de Andalucía, desapercibidas á la sazon, sin capitanes ni gente de guerra; y como no encontrasen obstáculo, talaron á su salvo la comarca de Aguilar, y se presentaron ufanos á vista de Lucena. Era aquella villa muy poco fuerte, muros endebles, provisiones escasas, los habitantes cortos en número, y los mas de ellos sin armas; pero tenia las llaves su señor natural, el alcaide de los Donceles. El cual, lejos de desmayar en tamaño peligro, atajó lo mejor que pudo las entradas de la villa con fosas y reparos; recogió despues su gente á la parte mas alta; y se resolvió á defenderla á todo trance.

«Los Moros me cercan, y yo no me rindo; venid si podeis á salvarme, ó á darme sepultura.» Esto escribió aquel animoso mancebo á su tio el conde de Cabra, el cual se hallaba á la sazon en

Baena ; y aun antes de que le llegase el aviso, como le advirtiesen que en los montes de Horquera se hacian ahumadas , echando de cinco en cinco los hachos ardiendo (que era señal de que habia ejército real de moros talando la frontera) no dejó trascurrir la noche sin mandar tocar á rebato , para reunir cuanta gente se le quisiese allegar, que apenas serian unos mil doscientos peones , y trescientos de á caballo , si bien todos ellos animosos , curtidos en la guerra ; y sin mas aprestos ni preparativos salió muy de mañana, tomando el camino de Cabra.

Avisó al mismo tiempo al señor de Luque para que le enviase algun socorro , ya que él no podia salir al campo por su edad y achaques. Era aquel infeliz el padre del mozo Venegas; y á fuerza de llorar sus desdichas, se habia quedado ciego , como ya hemos dicho ; pero apenas supo que se presentaba ocasion de tomar venganza de los Moros, daba lástima ver al pobre viejo recorrer á tientas las salas del castillo, descolgar él mismo las armas , y entregarlas á sus deudos y vasallos : « Duro en ellos , y no dejeis ni uno solo con vida ; acordaos que esos perros me asesinaron á mi hijo ! »

Los ojos se le encendian como áscuas , al pronunciar estas palabras : y bien se echaba de ver cuánto le pesaba y dolia no poder vengarse con sus propias manos.

Lo único que le consolaba era que estaba en su casa y compañía don Alonso de Córdova, el señor de Zueros, de quien várias veces se ha hecho mencion en esta historia; el cual apenas supo que habia allí cerca Moros, lo consideró como especial favor del cielo. « No tengo que ir en su busca ; ellos mismos vienen aquí , á pagarme la deuda de Martos. » No lo habia acabado de decir, cuando ya estaba cabalgando , sin aguardar siquiera á que le siguiese el alcaide de Luque, á quien se confió la bandera de la villa, para que á falta de su señor capitanease la gente.

En Cabra se reunió esta con la que habia salido de Baena ; y como allí recibiese el conde nuevo aviso de su sobrino, advirtiéndole que crecian los apuros, y que ya los Moros habian puesto fuego á las puertas, como postrer recurso á fin de apoderarse de la villa, apresuraron unos y otros el paso, para andar la legua que faltaba, y que llegase el socorro á tiempo.

Muy cerrada estaba ya la noche, cuando llegaron á las inmediaciones de Lucena, con suma precaucion y recato, para no dar en alguna celada de los Moros ; mas al cabo de poco tiempo se cercioraron de que habian dejado estos de embestir la villa, desparramándose para talar los campos y heredades. Salió el alcaide de los Donceles á recibir al conde y á los suyos; alojándolos dentro de la villa, lo mejor que pudo; mas sin descansar un momento, ya estaba inquieto el conde para salir en busca de la morisma, pareciéndole un siglo las horas que faltaban hasta el alba. Hízole presente su sobrino que esperaba al dia siguiente las gentes de Aguilar y de Montilla; y que con ellas podrian salir en campo, visto que

los Moros eran muchos. « Mejor (replicó el Conde) : nos tocarán á mas. » Y en el momento mismo dispuso la salida, para en cuanto clarease, llevando consigo al alcaide de los Donceles y unos trescientos peones y ochenta caballos, con que habia defendido su villa.

No se ocultaba al conde, como que tenia mas edad y experiencia, lo aventurado de la empresa que iba á acometer; pero le anunciaba el corazon un triunfo completo, ó por mejor decir, Dios mismo le movia, para levantar con aquella victoria el ánimo de España. « No hay que dar grito de pelea, hasta que lo den ellos; para que se confunda uno con otro, y no conozcan que somos tan pocos. Ni hay que malgastar las armas, arrojándoselas desde lejos : ¿á qué tirarlas al aire, teniendo ellos cuerpos? » Y á esto el buen conde soltó su propia lanza, y echó mano á la espada, para mayor estímulo y ejemplo; ordenando á su tio Lope de Mendoza, y á Diego Cabrera, alcaide de Doña Mencia, que echasen pié á tierra y se metiesen entre los peones, para darles aliento.

Estaba la mañana entoldada, cubiertos los campos con espesa niebla; mas al trepar un cerro, avisaron los exploradores que á la bajada estaban los Moros, dispuestos sus ginetes en batalla, y la gente de á pié con poca órden y concierto. Mandó entonces el conde que avanzasen las señas, disponiendo los suyos de tal manera que pareciesen la vanguardia de numerosa hueste; y previniéndoles que á la primera acometida de los Moros, por lo comun impetuosa, hiciesen semblante de ciar, para desordenarlos en el alcance y revolver despues sobre ellos.

Verificóse de todo punto cual el conde lo habia previsto : al principio titubearon los Moros, sin saber el número de los cristianos, y sin concebir siquiera que fuesen tan contados; arremetieron despues con ciega confianza, viendo que empezaban los nuestros á cederles palmo á palmo el terreno; mas presentándose entonces el conde en persona, con su hermano don Gonzalo, con el señor de Zueros y otros caballeros principales, hicieron tal riza y destrozo en las turbas de infieles, que comenzaron estos á remolinarse y cejar.

En el momento mismo, como si fuese permision del cielo, asomó por otro cerro, cubierto de carrascas y monte bajo, un tropel de caballos y peones, cual si intentasen cortar á los Moros el paso; y al oir estos el sonido de unas trompetas italianas, que aquellos cristianos traian, fue tal su turbacion y espanto, como si el mundo todo les viniese encima. Ni tiempo tuvieron de discernir cuán pocos eran los que de aquella parte venian; pues apenas llegaban á cincuenta caballos y doble número de infantes, acaudillados por Lorenzo de Porres, alcaide de Luque, el cual inventó aquella traza.

Viendo perdido el lance, y que se desbandaban los suyos, corrió á rienda suelta Aliatar, por ver si podia contenerlos; pero tan ciego iba de furor y de ira, que se metió por la punta de las armas cristianas, y recibió cien heridas á un tiempo. Arrastró su caballo el cadáver, llevándole por medio de sus gentes; y apenas le recono-

cieron, cual si en él tuviesen puestas su salud y esperanza, empezaron á arrojar las armas y á ponerse en huida.

Desparcidos por aquellos campos, apenas uno que otro osó volver el rostro por espacio de mas de una legua, hasta que llegaron á la orilla del arroyo de Martin Gonzalez, que con las lluvias de la primavera venia muy crecido. Hallando atajado el paso, trataron de afirmar el pié y defenderse; pero todo fue en vano; porque cayendo sobre ellos un tropel de cristianos, que venian delanteros, pusieron en tal aprieto á los infieles, que quedaron muertos ó cautivos cuantos no se ahogaron.

Encontrábase allí Boabdil, solo y abandonado; y viendo desangrarse el caballo, que habia recibido en el pecho una profunda herida, echó pié á tierra y se metió por el arroyo arriba, procurando ocultarse entre las yerbas y maleza. Descubriéronle dos cristianós, al registrar cuidadosos la márgen, y él se puso en defensa, embrazada la adarga y el alfange desnudo; mas al ver que uno de ellos le iba ya á traspasar con la pica, gritó despavorido: « No me mateis; que soy Aben Aleyzer, caballero de la casa real de Granada, y tendreis por mí buen rescate [1]. Esto solo le salvó la vida; y habiéndole aquellos soldados puesto á disposicion del alcaide de los Donceles, sin saber que fuese el rey de Granada, y teniéndole meramente por un Moro muy principal, encargó aquel á un hidàlgo de su casa (Cortes se llamaba por cierto) que le llevase custodiado hasta el castillo de Lucena.

Muerto Aliatar y cautivo el rey, á quien los Moros tambien reputaban muerto en la refriega, no pensaron sino en salvarse por los piés, cada cual del mejor modo que podia; pero aconteció en aquella ocasion, como en todas, que no hay puerta que no se cierre al que va huyendo de la desgracia. Advertidas por los rebatos y ahumadas, salian por todas partes las gentes de los concejos á defender su tierra y recoger despojos; salió tambien de Antequera don Alonso de Aguilar, y recogió no pocos cautivos; y para que fuese mayor la rota y perdicion de los infieles, no parece sino que hasta los rios les salian al encuentro; ahogándose muchos de ellos al intentar vadear el Genil y Beudera.

Pocos, muy pocos fueron los que lograron salvarse; habiendo quedado muertos ó cautivos mas de cinco mil Moros, y buena parte de á caballo.

El primero que se puso en cobro, espoleado por el miedo, fue un Moro llamado Cidy Caleb, sobrino del alfaquí mayor de la mezquita del Albaycin; y llegando desatentado á la ciudad de Loja, entró á escape por las puertas, y recorrió las calles con el sello de la muerte en el semblante. Acudió la gente, y cercóle, y le preguntó una vez y otra: « Caballero, ¿ dó el rey é la gente? » — A lo cual solo respondió, con un profundísimo suspiro: « Allá quedan: que el cielo

[1] Garibay, *Compendio*, lib. 40, cap. 31.

cayó sobre ellos; é todos son perdidos é muertos. » — Esto dijo, no mas : y como si no se creyese seguro ni aun dentro de los muros de la ciudad, salió de ella á todo correr, y tomó el camino de Granada; sembrando por todas partes la consternacion y el espanto [1].

Tal fue el éxito de la batalla, llamada *de Lucena ó del rey moro* [2].

CAPITULO XLIX.

De lo que aconteció en Castilla, al saberse la prision del rey chico.

Cuando despues de una noche oscura y tormentosa, sale por la mañana el sol, alumbrando los cielos y regocijando la tierra, no es mayor el contento de todos los seres criados, que el que se experimentó en los anchos términos de España, al difundirse la voz de tan señalada victoria.

Llegó la nueva á los reyes católicos, hallándose en la villa de Madrid, aun no convalecido su ánimo de la reciente pena; y fue tan colmado su gozo, que despues de dar gracias al Dios de los ejércitos, á quien acudian siempre en todos los acontecimientos de su vida, únicamente pensaron en recompensar como era debido al conde de Cabra y al alcaide de los Donceles; ambos á dos iguales, no solo en merecimiento, sino tambien en nombre : Diego Fernandez de Córdoba llamábanse uno y otro.

Escribiéronles los reyes « muy regaladamente (segun cuenta un historiador) el gran servicio que habian hecho á Dios y á ellos, y la obligacion en que los habian puesto. » Y como por los mismos dias hubiese llegado á Madrid Luis de Valenzuela, para informar á aquellos príncipes de todo lo concerniente á la prision del rey de Granada, á fin de que SS. AA. proveyesen lo que habia de hacerse con su persona, dieron órden por el pronto y hasta pensar mejor lo que cumplia al bien de estos reinos, que se le custodiase en el castillo de Porcuna, con los miramientos debidos á su alta dignidad y aun mas á su desgracia; encargando la guarda de tan precioso depósito á un insigne caballero, Martin Ruiz de Alarcon.

No se dieron por satisfechos los reyes con las honras y mercedes que tenian preparadas, á fin de recompensar al conde y á su sobrino; sino que para mas honrarlos, á vista y presencia de la corte, les rogaron, por no mandárselo, que viniesen cuanto antes á Ma-

[1] Esta curiosa anécdota está sacada de la obra del cura de los Palacios, en su M. S. tantas veces citado, capítulo 61; en el cual refiere aquel autor lo concerniente á la *batalla de Lucena ó del rey moro.*

[2] El autor de esta obra ha seguido principalmente, al referir los pormenores y circunstancias de esta importantísima batalla, la relacion que se halla en la *Crónica del Gran Cardenal de España*, por el doctor D. Pedro Salazar y Mendoza; el cual dice expresamente lo que sigue : « Este suceso se refiere de tantas maneras, que si bien no toca tanto al cardenal, por ser el conde casado con sobrina suya, me corre obligacion de referirle, *tomado de buenos originales, escritos por personas que se hallaron presentes.* » (Obra citada, lib. 1, cap. 54.)

drid; pues que estaban los reyes pesarosos (así les decian en sustancia) hasta que no hubiesen satisfecho su deuda.

Apresuráronse á cumplir el mandato, que para tales caballeros lo era la menor demostracion de sus príncipes; y fueron recibidos en la corte con tales fiestas y agasajos, cual no habia desde muy antiguo memoria.

En su palacio los convidaron á cenar los reyes, sentándolos á su propia mesa; y como ya se hubiesen levantado, y siguiese tocando la música, compuesta de ministriles y otros instrumentos, quedáronse todos maravillados, al ver que el rey sacó á bailar á la reina, quien vino en ello de buen grado, aunque sin desdecir de su magestad y compostura; cosa que dió á todos los que allí presentes se hallaban mucho gozo y contentamiento.

Prosiguió despues el sarao: y para mayor fineza, se concedió al conde de Cabra que bailase con la princesa doña Isabel, la que despues fue reina de Portugal; y siendo ya muy entrada la noche, dijo el rey á entrambos caballeros: « Hora es ya de que os recojais.»

Despidiéronse entonces el conde y su sobrino, despues de besar la mano á SS. AA., regraciándolas por tantas mercedes; mas como todavía no se diese el rey por contento, les dijo con mucha afabilidad y agasajo: « Esta será para con otras muchas. » — A lo cual contestaron ellos, haciendo mesura á los reyes: « En servicio de Vuesas Altezas. »

Al despertar á la mañana siguiente, hallaron ya en su posada á un secretario de aquellos príncipes, que les traia la alegre nueva de las gracias que SS. AA. les habian otorgado: una cantidad de juro perpétuo, y otra de por vida; con licencia de añadir al escudo de sus armas por orla veintidos banderas, y en medio un rey cautivo, con la cadena al cuello, en memoria de su reciente hazaña.

« Entre otras mercedes que hicieron al conde de Cabra (dice un célebre cronista, muy enterado en las cosas de aquella ilustre casa) fue darle privilegio, para que se pudiese llamar *don*. Advierto de ello, para que se entienda el estado en que estaba entonces este alto prenombre, y el que tiene en este tiempo, que es harto lastimoso [1].... »

¡Qué diria el buen cronista, si viviera en el nuestro!

CAPITULO L.

Vuelve Albo Hacen á Granada, y se sienta otra vez en el trono.

Si todo era júbilo y alegría en tierra de cristianos, ocioso fuera decir cual seria la conturbacion y desconsuelo en el reino de Gra-

[1] Salazar, *Crónica del Gran Cardenal de España*, lib. 1°, cap. 54, párrafo 4.) En el mismo se halla la narracion de la fiesta y de las demas recompensas que otorgaron los reyes católicos al conde de Cabra y al alcaide de los Donceles.

nada. Tan imprevisto y recio habia sido el golpe, que por de pronto abrió los ojos á aquellos desalumbrados habitantes, viendo á sus plantas el abismo de males que con sus propias manos abrian; y como el comun peligro acallase las villanas pasiones, fue unánime el clamor para que se encomendase á una sola mano el timon del Estado.

Con la prision de Boabdil se habia hundido su trono; y fue menester la entereza de Aixa y el poder y valimiento de los Zegríes, para que no se desbocase el pueblo contra aquella parcialidad; dándoles lugar y tiempo para refugiarse en el *Albaycin* y la *Alcazaba*, como quien busca asilo mientras pasa lo mas recio de la tormenta, sin desistir por eso de seguir despues su camino.

En Málaga supo Albo Hacen el desman de su hijo; pero tanto puede la codicia del mando, y tan vivo era el ódio que contra Aixa abrigaba aquel príncipe, que en el primer momento sintió ensanchársele el corazon; y él propio hubo de sonrojarse, al ver que le rebosaba la alegría con el triunfo de los cristianos. Disimuló empero lo mejor que pudo, por no quebrar los ojos á sus vasallos fieles; y dejando encomendada á su hermano la custodia de aquella ciudad y la guarda de la frontera, partió sin pérdida de instante camino de Loja, cuyas puertas se le abrieron de par en par. Con tan feliz anúncio, no vaciló en seguir la vuelta de Granada, para aprovechar en favor suyo el desaliento y la sorpresa; mas al llegar frente por frente de *la torre del Salar*, ya vió llegar algunos caballeros, que venian á poner á sus pies las llaves de la ciudad, rogándole que mirase á sus moradores con la clemencia de padre, mas bien que con la justicia de rey [1].

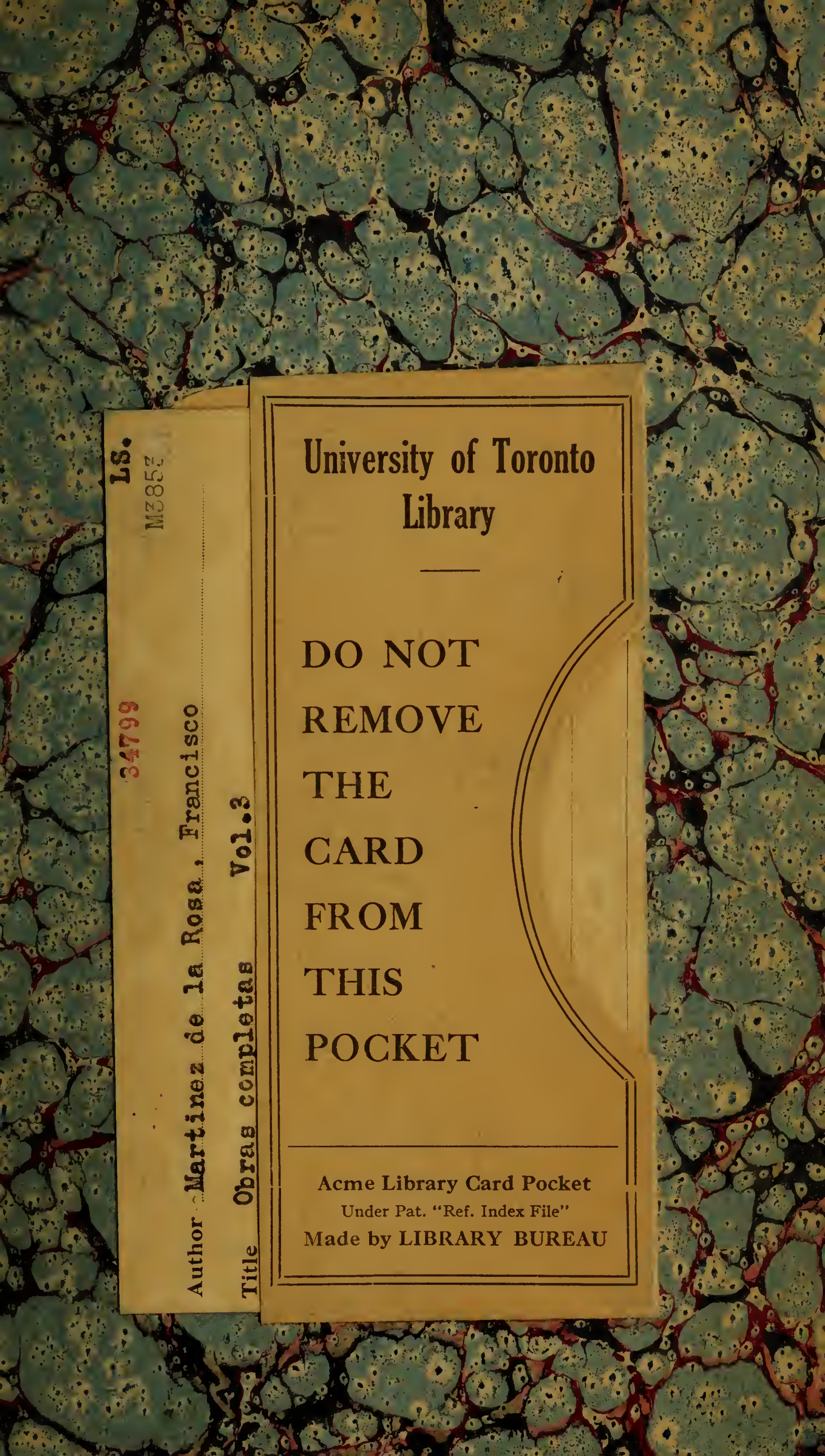
Holgóse mucho de ello : y como no era de suyo cruel ni sanguinario, solo pensó en la dicha de recobrar su trono, y de volver á verse en la Alhambra al lado de su esposa, de la cual no apartaba los ojos ni un instante.

A la mañana siguiente, hizo su entrada Albo Hacen, en compañía de Zoraya; acudiendo á bandadas las gentes, como para recibirle en triunfo; músicas por las calles, vivas y aclamaciones, empabesado el *Zacatin* con rica sedería, cubierto el suelo con ramas de palma y de oliva; pero aquellas demostraciones y agasajos como que ocultaban cierto fondo de tristeza y desconfianza, por lo mismo que recordaban las anteriores fiestas : que la union de los príncipes con sus pueblos, así como la de los amantes, puede quizá soldarse, una vez rota, pero nunca queda tan firme.

[1] «En el dicho año de 1483, luego como los Moros de Granada vieron perdido al rey, é vieron que era tanta gente con él estragada é perdida, enviaron por el viejo á Málaga, que volviese á reinar; é vino luego, é apoderóse en Granada como antes estaba.» (Bernaldez, M. S. citado, cap. 62.)
Todos los demas historiadores concuerdan en el mismo hecho.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
M385
34799
Author Martinez de la Rosa, Francisco
Title Obras completas Vol.3

